Alejandro Manzoni

LOS NOVIOS

CLÁSICOS DE HISTORIA 518

ALEJANDRO MANZONI

LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVII

Traducción de Juan Nicasio Gallego

Biblioteca Clásica, tomo XXXI

Madrid 1880

https://books.google.es/books?id=xq9EAQAAIAAJ&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 518

ÍNDICE

I.
Un mal encuentro[1]

Aquel ramal del lago de Como que, torciendo hacia el Sur entre dos cordilleras de montes, forma varios golfos y ensenadas, según ellos se apartan o se acercan, toma casi de repente curso y figura de río, estrechándose entre un promontorio al lado derecho y una espaciosa ribera al izquierdo. El puente, que en este sitio abraza las dos orillas, presenta más patente a la vista semejante transformación, pareciendo que designa el punto en que termina el lago y empieza el Ada, río que vuelve a tomar después el nombre de lago, cuando alejándose de nuevo sus orillas, se espacian segunda vez sus aguas, resultando otras ensenadas y otros golfos. La ribera, obra del tiempo y de tres caudalosos torrentes, viene declinando desde la falda de dos montañas contiguas, llamada la una el Cerro de San Martín, y la otra el *Recegon*, voz lombarda que significa hoz o sierra, y nace de la semejanza que le dan con estos instrumentos los muchos picos en fila que terminan su cumbre: así, el que la vea por su frente como desde las murallas de Milán que caen al Septentrión, no podrá menos de distinguirla al instante, por las señas indicadas, de los demás montes de menos nombradía y más común configuración que componen aquella prolongada cordillera. Desde la orilla del río va subiendo la ribera con suave y regular declive, que interrumpen después algunas colinas y valles de poca extensión, formando alturas y sinuosidades según la estructura de los montes y el continuo lamer de las aguas. Los puntos más altos de aquel terreno, socavados por los cauces de los torrentes, están por lo común cubiertos de piedras y cascajo, pero el resto son campos y viñedos, aldeas y granjas, con algunos bosquecillos que suben por la falda de los montes. No lejos del puente y tan cerca del lago, que en las grandes avenidas llega a circundarla, está situada Leco, la principal de aquellas poblaciones, tan aumentada en nuestros días que casi presume de ciudad.

En el tiempo que sucedieron las cosas que vamos a referir no era ciertamente de tanta consideración, pero ya se reputaba por un pueblo regular, y tenía su castillo, guarnecido por un comandante y soldados españoles, que cuidaban de inspirar modestia a las muchachas del país, de sacudir el polvo de tiempo en tiempo a sus padres y maridos, y de esparcirse por las viñas en el otoño para aliviar en parte a los aldeanos del trabajo de la vendimia. Todo el terreno, desde el lago a los montes, de un collado a otro, de casería a casería, estaba y está cruzado de caminos y sendas, unas llanas y otras pendientes, quedando algunas tan hondas entre los vallados de las heredades, que apenas descubre el caminante otra cosa que el picacho de algún monte o el pedazo de cielo que está sobre su cabeza. A veces permite la altura del terreno que la vista descubra perspectivas más o menos extensas, pero siempre variadas y ricas, según campean o se esconden los diferentes puntos y objetos de aquellos amenos contornos. Ya brilla y deslumbra por una parte la tersa superficie del lago, que oculta después un grupo de árboles o de casas. Ya vuelve a aparecer más extenso entre los montes que le circundan, y se pintan inversamente en sus ondas. A este lado se descubre el río, más allá el lago, y el río otra vez, que serpeando y luciendo como plata al pie de la cordillera que le acompaña, se pierde por fin y desaparece con ella en el horizonte.

Por uno de los caminos arriba descritos volvía de paseo hacia su casa, al caer la tarde del 7 de Noviembre de 1628, D. Abundo, cura de una de aquellas aldeas, cuyo nombre no se expresa en el manuscrito que nos sirve de guía. Iba rezando en su breviario pacíficamente, cerrándolo a veces entre salmo y salmo, y cruzando las manos a la espalda con un dedo puesto por vía de señal entre las hojas. Ya caminaba con los ojos bajos, echando con el pie hacia las cercas los guijarros del camino, ya levantaba la vista fijándola en la cima de algún monte, en que los rayos del sol en su

1 Puesto que en la edición que reproducimos los capítulos carecen de título, reproducimos los epígrafes de la traducción de Gavino Tejado, publicada en 1859 en Madrid. (Nota del editor digital.)

ocaso, penetrando por las quebradas de otro situado enfrente, formaban largas y brillantes fajas de púrpura.

Abierto otra vez el breviario, y rezando de nuevo, llegó a donde torcía el camino, y en este paraje levantó los ojos mirando adelante como solía hacerlo los demás días. La senda después de torcer seguía derecha como unos sesenta pasos, dividiéndose luego en dos, de las cuales la derecha subía hacia la montaña, y era la que conducía a la parroquia, y la izquierda bajaba al valle hasta llegar a un torrente, siendo por esta parte más baja la pared. Las cercas interiores de las dos sendas, en vez de formar ángulo al reunirse, remataban en una pequeña ermita en que estaban pintadas varias figuras largas, undosas, y acabadas en punta, las cuales, según la intención del pintor, y a los ojos de los habitantes, debían significar llamas, alternando entre ellas ciertos mamarrachos como personas de medio cuerpo arriba, que significaban ánimas del purgatorio, y unas y otras de color de ladrillo sobre un fondo blancuzco, con algunos desmochados de trecho en trecho.

Al volver D. Abundo de la esquina, y dirigiendo la vista hacia la ermita, según tenía de costumbre, vio lo que no esperaba ni hubiera querido ver. Casi en la confluencia de las dos sendas se hallaban dos hombres, uno enfrente de otro: el uno de ellos sentado en la pared más baja con una pierna colgando por la parte de adentro, y el compañero en pie, apoyado en la tapia de enfrente y con los brazos cruzados. Por el traje, el aire, y lo que podía divisarse desde el punto a que había llegado el cura, era fácil inferir su condición. Los dos llevaban en la cabeza una redecilla verde, que con gran borla caía sobre el hombro izquierdo, saliendo de ella en la frente un gran mechón de pelo a manera de tufo; dos grandes bigotes ensortijados por la punta, y la chaquetilla ajustada al cuerpo, con un cinturón de cuero muy reluciente, de donde colgaban un par de pistolas. Pendiente del cuello, y caído sobre el pecho en forma de dije, traían un cuernecito con pólvora. A la derecha salía de un bolsillo lateral de los anchos calzones el mango de un gran puñal, y colgaba a la izquierda una disforme espada con el puño de metal muy labrado y terso. Manifestaba semejante atavío que aquellos dos hombres eran de los que en aquel tiempo se llamaban bravos o valentones.

Esta clase de individuos, que en el día ya no existe, era muy antigua y entonces muy floreciente en la Lombardía. Para dar una idea a los que no la tengan de su carácter principal, de los esfuerzos que se hicieron para extinguirla y de su larga y tenaz resistencia, presentaremos los trozos auténticos siguientes:

Desde el 8 de abril de 1583, D. Carlos de Aragón, príncipe de Castelvetrano, duque de Terranova, marqués de Ávila, conde de Burgueto, grande almirante y gran condestable de Sicilia, gobernador de Milán y capitán general en Italia por S. M. C., «informado de los trabajos en que vivió y vivía la ciudad de Milán por causa de los bravos o vagamundos, publicó un bando contra ellos, declarando estar comprendidos en él dichos bravos o vagamundos, los cuales siendo forasteros o del país no tienen oficio alguno, o teniéndolo no lo ejercen, sino que sin salario o con él, se ponen a la merced de algún caballero o hidalgo, oficial, o comerciante, para guardarle las espaldas, o más bien, como es de presumir, para armar asechanzas a otros.» En el expresado bando se mandaba «que en el término de seis días saliesen del país, bajo la pena de galeras a los que no lo verificasen»; y se concedía a los dependientes de justicia las facultades más amplias y extraordinarias para la ejecución de la orden. El año siguiente, en 12 de abril, sabedor el mismo capitán general de que la «ciudad estaba todavía llena de dichos bravos, los cuales vivían como antes, sin haber mudado de conducta, ni haber disminuido su número», publicó otro bando más enérgico y riguroso, en el cual, entre otras cosas, mandaba «que cualquiera individuo de la ciudad o forastero a quien se le justificase con dos testigos ser considerado, o generalmente reputado, por bravo, o tener este nombre, aunque no constase haber cometido delito alguno, por la sola opinión de bravo, y sin más indicios, pudiese por los jueces y por cualquiera de ellos ser puesto al castigo de la cuerda y al tormento por información sumaria... Y aunque no confesase delito alguno, pudiese, sin embargo, ser condenado a tres años de galeras por sola la opinión y nombre de bravo.» Y concluía

diciendo: «Todo esto, y lo demás que se omite, porque S. E. está resuelto a que todos le obedezcan.»

Al oír palabras tan terminantes, y disposiciones de tanto rigor, nadie habrá que no piense que todos los bravos desaparecerían para siempre: pero el testimonio de un personaje de no menos autoridad ni menos títulos nos obliga a creer lo contrario. Éste es el Excmo. Sr. D. Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla, mayordomo mayor de S. M. C., duque de Feria, conde de Haro, señor de la casa de Velasco, y de la de los siete infantes de Lara, gobernador del estado de Milán, etc. «En 5 de Junio de 1593 también informado plenamente de los perjuicios y ruinas que causaban los bravos y vagamundos, y de los pésimos efectos que por esta clase de gente resultaba al bien público en menosprecio de la justicia, mandó de nuevo que saliesen del país en término de seis días, repitiendo las mismas penas y castigos de su antecesor.» Luego el 23 de mayo de 1598, «informado con no poco sentimiento suyo de que se aumentaba cada día más en aquella ciudad y estado el número de bravos y vagamundos, y que día y noche sólo se oían heridas alevósamente dadas, homicidios y robos, y otros delitos semejantes que cometían con tanta más facilidad cuanto confiaban en el favor de sus principales y fautores, prescribía de nuevo las mismas medidas y remedios», aumentando la dosis como en las enfermedades rebeldes, y concluía el bando en estos términos: «Cuiden, pues, de no contravenir de modo alguno al presente bando, pues en vez de encontrar clemencia en S. E., experimentarán su rigor y su cólera, por haber resuelto que éste sea el aviso último y perentorio.»

Poco o ningún efecto produjeron semejantes medidas, pues vemos renovadas las mismas disposiciones por el gobernador de Milán conde de Fuentes en 5 de diciembre de 1600, por el marqués de Hinojosa en 22 de septiembre de 1612, por el duque de Frias en 24 de diciembre de 1618, por D. Gonzalo Fernández de Córdoba en 5 de octubre de 1627, y otros posteriores al tiempo en que ocurrió lo que vamos refiriendo.

Que los dos bravos arriba descritos estuviesen allí aguardando a alguno, era cosa de que no se podía dudar; lo que no agradó a D. Abundo fue el inferir, por ciertos movimientos, que él era la persona que esperaban. En efecto, así que le vieron se miraron uno otro, levantando la cabeza con cierto ademán como si dijesen: «allí viene.» El que estaba a horcajadas en la cerca saltó al camino, y separándose de la pared el compañero, se dirigieron ambos hacia nuestro cura, el cual, con el breviario abierto como si leyera, alzaba la vista con disimulo por encima del libro para ver lo que hacían. Convencido de que se dirigían a él, le pasaron por la cabeza varios pensamientos. El primero de todos fue el de discurrir rápidamente si entre él y los bravos había alguna senda a derecha o a izquierda; pero no la había. Hizo después un rápido examen para averiguar si había hecho ofensa a algún poderoso vengativo; bien que le tranquilizó en parte el testimonio de la conciencia. Acercábanse entre tanto los bravos teniendo los ojos fijos en él. Puso entonces los dedos índice y medio de la mano izquierda entre el alzacuello como para sentarlo bien, y dando vuelta con ellos alrededor del cuello, volvía la cara todo lo que podía, torciendo al mismo tiempo la boca y mirando de reojo hasta donde alcanzaba, para ver si parecía gente por aquel contorno; pero no vio a nadie. Echó una mirada también inútilmente por el lado de la cerca a los campos, y otra con más disimulo delante de sí, sin ver más alma viviente que los dos bravos.

En semejante apuro no sabía qué hacerse. De volver atrás ya no era tiempo: echar a correr era lo mismo que decir seguidme, o quizá peor: viendo, pues, que no podía evitar el peligro, se determinó a arrostrarle, porque aquellos momentos de incertidumbre eran para él tan penosos, que ya sólo pensaba en abreviarlos: de consiguiente, aceleró el paso, rezó un versículo con voz más alta, compuso el semblante lo mejor que pudo, manifestando serenidad y sosiego, se esforzó por preparar una sonrisa, y cuando se halló enfrente de los dos perillanes, dijo para sí: «ahora es ello», y se quedó parado.

—Señor cura, —dijo uno de los bravos, mirándole de hito en hito.

—¿Qué se le ofrece a usted, amigo? —contestó inmediatamente D. Abundo levantando los ojos del breviario que tenía abierto en las dos manos.

—¿Está usted en ánimo —prosiguió el otro con tono amenazador— de casar mañana a Lorenzo Famallino con Lucía Mondella?

—Ciertamente —respondió con voz trémula D. Abundo—; es decir, que como no hay dificultad ni impedimento... Ustedes son personas que conocen el mundo, y saben cómo van estas cosas. El pobre cura nada tiene que ver en eso: hacen entre ellos sus enjuagues, y luego vienen a nosotros como... en fin...

—En fin —interrumpió el bravo con voz moderada, pero con el tono de quien manda— tened entendido que este casamiento no se ha de hacer ni mañana, ni nunca.

—Pero, señores —replicó D. Abundo con la voz pacata de un hombre que quiere persuadir a un impaciente —pero, señores, pónganse ustedes en mi lugar. Si la cosa estuviese en mi mano... Ya ven ustedes que yo no tengo en ello interés alguno.

—¡Ea! —interrumpió otra vez el bravo— si la cosa se hubiese de decidir con argumentos, convengo en que no saldríamos bien librados; pero nosotros no entendemos de razones, ni nos gusta malgastar saliva. Ya estáis prevenido... y al buen entendedor...

—Ustedes son demasiado racionales para...

—Como quiera —interrumpió el bravo que hasta entonces no había hablado— el casamiento no ha de hacerse... (aquí echó un tremendo voto), y el que lo hiciere no tendrá que arrepentirse, porque le faltará tiempo, y... (aquí otro voto).

—¡Vaya, vaya! —repuso el primer bravo— el señor cura conoce el mundo, y nosotros somos hombres de bien, que no queremos hacerle daño, siempre que tenga prudencia. Señor cura, reciba usted expresiones del Sr. D. Rodrigo.

Este nombre hizo en el ánimo de D. Abundo el mismo efecto que en noche de tormenta un relámpago, que iluminando rápida y confusamente los objetos, aumenta el espanto. Bajó como por instinto la cabeza, y dijo:

—Si ustedes supiesen indicarme un medio...

—¡Indicar medios a un hombre que sabe latín! —interrumpió el bravo con una sonrisa entre burlona y feroz.— Eso le toca a usted. Sobre todo, chitón; y nadie tenga noticia de este aviso que le damos por su bien. De lo contrario... ¿Está usted? Hacer semejante casamiento sería lo mismo que... En fin, ¿qué quiere usted que digamos al señor D. Rodrigo?

—Que soy muy servidor suyo.

—No basta, señor cura. Es preciso que usted se explique.

—Siempre, siempre dispuesto a obedecer sus mandatos...

Pronunciando D. Abundo estas palabras, él mismo no sabía si hacía un mero cumplimiento, o una promesa. Tomáronla los bravos, o aparentaron tomarla, en este último sentido, y se despidieron, dándole las buenas tardes. Don Abundo, que poco antes hubiera dado un ojo de la cara por no verlos, deseaba ahora prolongar la plática, y así cerrando el breviario con ambas manos, empezó diciendo: «Señores...» pero los bravos sin darle oídos tomaron el camino por donde él mismo había venido, y se ausentaron, cantando cierta cancioncilla que no quiero copiar. Quedó el pobre D. Abundo un momento con la boca abierta, como quien ve visiones; tomó luego la senda que conducía a su casa, echando con trabajo un pie delante del otro, porque los dos se le figuraban de plomo, y tan consternado como podrá inferir más fácilmente el lector, después de que tenga datos más puntuales acerca de su carácter, y de la condición de los tiempos en que le había tocado vivir.

D. Abundo no había nacido con un corazón de león (como lo habrá advertido ya el lector), y desde sus primeros años hubo de convencerse que en tales tiempos no había condición más miserable que la del animal que, naciendo sin uñas ni garras, no siente en sí la menor inclinación a

dejarse devorar por otro. Entonces la fuerza legal no era bastante a proteger al hombre sosegado y pacífico que no tuviera otros medios de meter miedo a los demás; no porque faltasen leyes y penas contra las violencias privadas; antes por el contrario, las leyes llovían sin consuelo; los delitos estaban enumerados y especificados con fastidiosa prolijidad; las penas, sobre ser brutalmente severas, eran agravadas en cada ocurrencia por el mismo legislador y sus mil ejecutores, y la forma de enjuiciar propendía a que el juez no encontrase impedimento en condenar a su antojo, como lo atestiguan los bandos contra los bravos, de que acabamos de dar noticia: por la misma razón dichos bandos publicados y repetidos de gobierno en gobierno, sólo servían para manifestar con énfasis la impotencia de sus autores; y si producían algún efecto inmediato, era únicamente el de añadir muchas vejaciones a las que los hombres débiles y pacíficos sufrían de parte de los perturbadores, y de aumentar las violencias y las astucias de estos últimos. La impunidad estaba organizada y tenía raíces, a que no alcanzaban, o que no podían arrancar los bandos.

Tales eran los asilos y privilegios de algunas clases de la sociedad, unos reconocidos por la misma fuerza legal, otros tolerados con culpable silencio, y otros disputados con vanas protestas, pero sostenidos de hecho, y conservados por las mismas clases, y casi por cada individuo, con todo el empeño que inspira el interés, o la vanidad de familia. Esta impunidad, pues, que amenazaban e insultaban los bandos sin destruirla, debía naturalmente, a cada amenaza y a cada insulto, emplear nuevos medios y nuevas tramas para sostenerse. En efecto así sucedía, pues en cuanto se publicaba un edicto contra los opresores, buscaban éstos en su fuerza material los arbitrios más oportunos para continuar haciendo lo que prohibían los bandos. Estos, a la verdad, podían molestar y oprimir a cada paso al hombre incauto que no tuviera fuerza propia ni protección, porque con el fin de extender sus disposiciones a todo hombre para precaver castigar todo delito, sometían cada movimiento de la voluntad privada a la voluntad arbitraria de mil magistrados y ejecutores. Pero el que antes de cometer el delito había tomado sus medidas para acogerse a tiempo a un convento, o a un palacio en donde nunca hubiesen puesto el pie los esbirros; el que sin otra precaución llevaba una librea que empeñase la vanidad o el interés de una familia poderosa o de una corporación a defenderle, podía reírse de toda la bulla de los bandos y de los edictos. De los mismos que estaban encargados de su ejecución, algunos pertenecían por su nacimiento a las clases privilegiadas, otros dependían de ellas por clientela; unos y otros habían abrazado sus máximas por educación, por interés, por hábito, o por imitación, y se hubieran guardado de faltar a ellas en obsequio de un pedazo de papel pegado a una esquina.

Por otra parte, aunque los hombres encargados de su inmediata ejecución hubiesen sido tan resueltos como héroes, tan obedientes como monjes, y tan resignados como mártires, jamás hubieran llegado a conseguir el intento, tanto por ser inferiores en número a aquellos con quienes debían entrar en pugna, cuanto por la frecuente probabilidad de que los abandonasen, y quizá los sacrificasen los mismos que en abstracto, o digámoslo así, en teoría, les mandaban obrar. Además, estos encargados eran, por lo regular, hombres malos, canalla sacada de la hez del pueblo; su mismo encargo se tenía por vil, y su nombre como una afrenta. De aquí es fácil inferir que tales gentes, lejos de aventurar su vida en una empresa casi imposible, venderían su inacción y aun su connivencia a los poderosos, y se limitarían a ejercer sus detestadas facultades y la fuerza que tenían en aquellas ocasiones en que no hubiese riesgo en oprimir, esto es, en vejar a los habitantes pacíficos e indefensos.

El hombre que trata de hacer daño o teme que se lo hagan, busca naturalmente aliados y compañeros; así es que en aquellos tiempos llegaba al exceso la tendencia de los individuos a reunirse en clases, a formar nuevas corporaciones, y a aumentar la fuerza de aquellas a que pertenecían. El clero trabajaba en defender y extender sus inmunidades, la nobleza sus privilegios, y el militar sus fueros. Los comerciantes y los artesanos se reunían en sociedades y corporaciones; los letrados formaban liga, y hasta los médicos se clasificaban en compañías. Cada una de estas pequeñas oligarquías tenía su fuerza propia y particular, y el individuo encontraba en cada una la ventaja de emplear para sí, en proporción de su crédito y de su habilidad, la fuerza de muchos. Los

más honrados se valían de esta ventaja para su defensa, y los astutos y malvados se aprovechaban de ella para el logro de sus siniestras empresas, que no hubieran podido llevar a cabo con sólo el auxilio de sus medios personales, y menos asegurar su impunidad. Sin embargo, la fuerza de estas diversas ligas era muy desigual, sobre todo, fuera de las ciudades; el noble rico y perverso, con una cuadrilla de bravos, y rodeado de aldeanos acostumbrados por tradición doméstica, e interesados, u obligados a considerarse como súbditos o soldados del amo, ejercía un poder al cual no era fácil que pudiese contrarrestar asociación alguna.

Nuestro D. Abundo, pues, no siendo ni noble, ni rico, ni valiente, conoció casi al salir de las mantillas, que se hallaba en aquella sociedad como un vaso de barro precisado a caminar en compañía de otros muchos de hierro; de consiguiente se conformó gustoso con la voluntad de sus padres que le destinaron a la Iglesia. A decir verdad (y sin que por esto se desentendiese de las obligaciones y fines sublimes del ministerio a que se dedicaba), el proporcionarse los medios de vivir con alguna comodidad, e introducirse en una clase fuerte y respetable, le parecieron desde luego dos razones más que suficientes para semejante elección. Pero una clase, cualquiera que fuese, no favorecía ni aseguraba al individuo sino hasta cierto punto, y ninguna le dispensaba de formarse un sistema particular. Ocupado continuamente D. Abundo en mirar por su propia seguridad, no codiciaba aquellas ventajas cuyo logro exigía trabajar mucho o arriesgarse algún tanto. Su sistema consistía principalmente en evitar toda contienda, y en ceder en aquellas de que no podía librarse: neutralidad desarmada en todas las guerras que se encendían por aquel contorno de resultas de las competencias, entonces frecuentísimas, entre el clero y la potestad civil, y de los altercados también muy frecuentes entre militares y nobles, entre nobles y magistrados, y entre valentones y soldados, y hasta en las quimeras entre dos aldeanos, originadas por una palabra y decididas a palos o a puñaladas. Si a la fuerza se veía precisado a tomar parte entre dos contrincantes, se declaraba siempre en favor del más fuerte; pero sin abandonar la retaguardia, y procurando manifestar al contrario que no era su enemigo por su propia voluntad. En fin, con mantenerse lejos de los poderosos, con disimular sus fechorías ligeras, con tolerar las más graves y trascendentales, y con obligar por medio de saludos y profundas reverencias a los más vanos y desdeñosos a corresponderle con una sonrisa cuando le encontraban, llegó el buen hombre a vadear los sesenta años de su vida sin grandes borrascas.

Esto no es decir que no tuviese también él su poquito de hiel en el cuerpo; y la necesidad continua de aguantar, el dar siempre la razón a los demás, y las muchas píldoras amargas que callando había tenido que tragar, se le habían acedado en términos, que si no hubiese podido darle de cuando en cuando un poco de desahogo, hubiera padecido bastante su salud. En efecto, como había en el mundo y a su lado personas que tenía por incapaces de hacerle daño, desahogaba con ellas su mal humor por largo tiempo reprimido, y podía satisfacer su deseo de ser algún tanto caprichoso y de regañar sin razón. Por otra parte, era un censor rígido de los hombres que no se conducían como él, con tal que en la censura no hubiese el menor riesgo. El apaleado era para él, cuando menos, un imprudente; el muerto había sido siempre un hombre turbulento; al que, por haber sostenido su derecho contra un poderoso, salía con las manos en la cabeza, siempre le encontraba don Abundo alguna culpa, cosa bastante fácil, porque nunca la razón y la sinrazón tienen tan claros y exactos límites que no se hallen de algún modo mezcladas una con otra.

Declamaba sobre todo contra sus compañeros, que de su cuenta y riesgo tomaban la defensa de algún débil contra un opresor poderoso. A esto llamaba él comprarse cuidados y querer enderezar el mundo; y regularmente concluía todos sus discursos con esta máxima: que casi nunca le sucede mal al que no se mete en camisa de once varas.

Háganse ahora cargo nuestros lectores de la impresión que haría en el ánimo de D. Abundo el encuentro que hemos referido. El susto que le causó el terrible ceño de los valentones, el escándalo de aquellos votos, las amenazas de un poderoso que nunca amenazaba en balde, su sistema de vida alterado en un momento después de tantos años de estudio para mantenerle, el atolladero sin salida

en que se hallaba; todos estos pensamientos rodaban tumultuariamente en la cabeza de D. Abundo, el cual se decía a sí mismo:

—¡Si pudiera enviar a pasear a ese Lorenzo!... ¡Válgame Dios! ¿qué podré yo decirle? Sobre todo... ¡él también tiene una cabecilla!... muy buena si no le tocan; mas si le contradicen, adiós, es una furia, y más ahora que está enamorado perdido de esa Lucía!... ¡Mozalbetes, que no saben qué hacerse, se enamoran, y quieren casarse luego, sin hacerse cargo de los conflictos en que ponen a los hombres de bien!... Yo no sé por qué aquellos dos bribonazos no irían con su intimación a otra parte... ¡Qué desgracia no haberme ocurrido entonces esta especie! Pudiera habérsela insinuado...

Pero reflexionando D. Abundo que el arrepentirse de no haber aconsejado una maldad era cosa demasiado inicua, volvía toda su cólera contra el que turbaba su sosiego. No conocía a D. Rodrigo sino de vista y de fama, ni había tenido con él otras relaciones que la de tocar el pecho con la barba y el suelo con el sombrero las pocas veces que le había encontrado. Habíale ocurrido más de una vez defenderle contra los que privadamente reprobaban alguna de sus iniquidades; mil veces había dicho que era persona muy respetable; pero ahora le dio en su interior todos aquellos títulos que nunca oyó en otras ocasiones sin interrumpirlos con un «¡vamos, vamos, pocas murmuraciones.»

Llegado entre el tumulto de semejantes ideas a la puerta de su casa, situada en la extremidad de la aldea, metió aprisa el picaporte, que ya tenía en la mano, abrió, entró, y cerró de nuevo con mucho cuidado; y ansiando por hallarse con persona de su confianza, empezó a gritar: «¡Perpetua! ¡Perpetua!» dirigiéndose al comedor en que aquella estaba poniendo la mesa para cenar. Era Perpetua, como ya lo conjeturará cualquiera, el ama de D. Abundo, criada afecta y fiel, que sabía obedecer y mandar a su tiempo, y sufrir con oportunidad los regaños y las extravagancias del amo, para hacerle luego sufrir las suyas, que eran de día en día más frecuentes, pues ya había pasado la edad sinodal de los cuarenta sin haberse casado, bien fuese por haber desechado, según ella decía, no pocos partidos, bien por no haberse presentado ninguno, según se decía en el pueblo.

—Voy —respondió Perpetua, dejando en la mesa la botella del vino predilecto de D. Abundo.

Y echó a andar pausadamente; pero aun no había llegado a la puerta del comedor cuando entró su amo, tan mustio, y con las facciones tan alteradas, que no se necesitaban los ojos expertos de Perpetua para conocer al instante que le había sucedido algún contratiempo.

—¡Jesus! Señor, ¿qué tiene usted?

—Nada, nada —respondió D. Abundo, sentándose con agitación en su silla poltrona.

—¿Cómo nada? ¡A mí me lo querrá usted decir! Según esa cara, es imposible que no le haya a usted sucedido alguna cosa.

—¡Déjame en paz por Dios! Cuando digo que no es nada, o es nada, o es cosa que no puedo decir.

—¿Conque tampoco a mí? ¿Quién cuidará de la salud de usted? ¿Quién le dará un buen consejo?

—Vaya, calla, y dame un poco de vino.

—¿Y usted querrá darme a entender que no tiene nada? —dijo Perpetua llenando el vaso, que mantenía luego en la mano, como si no quisiese soltarlo sino en pago de que le declarase lo que tenía.

—Tráelo, tráelo —dijo D. Abundo.

Y tomando el vaso con mano no muy firme, se echó al cuerpo el vino tan aprisa como si fuera una purga.

—¿Conque tendré yo que ir a preguntar por la vecindad qué es lo que le ha sucedido a mi amo? —dijo Perpetua de pie delante de él, puesta en jarras y con los ojos clavados en su rostro.

—¡Por amor de Dios, no me fastidies! déjate de alharacas. Se trata... nada menos que de la vida.

—¿De la vida?

—Sí, de la vida.

—Bien sabe usted que cuando me ha dicho algo en confianza, jamás...

—Sí, como cuando...

Advirtió Perpetua al momento que había tocado mala tecla, y variando de registro:

—Señor —dijo con voz enternecida y para enternecer—, yo siempre he querido a usted, y si ahora deseo saber lo que le ha sucedido, no es más que porque me intereso en aliviar a usted, en socorrerle, aconsejarle y consolarle.

Lo cierto es que D. Abundo tenía tanta gana de echar fuera su secreto, como Perpetua de saberlo; por lo que, después de haber repelido cada vez más débilmente sus varias acometidas, después de haberle hecho jurar por más de una vez que no resollaría, por fin con muchas interrupciones y muchísimos intercalares le contó el suceso.

Cuando pronunció el nombre del autor del atentado, no pudo Perpetua contenerse, y echó un voto. Al oírle don Abundo se dejó caer sobre el respaldar del sillón con un gran suspiro, y levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Perpetua, por amor de Dios!

—¡Jesus mil veces! —prosiguió el ama—; ¡qué pícaro! ¡qué bribonazo! ¡Qué hombre tan sin temor de Dios!

—¿Quieres callar, o quieres perderme para siempre?

—Aquí estamos solos; nadie nos oye. ¿Y cómo se compondrá usted, pobre señor?

—No está mala la salida —dijo D. Abundo con enfado—. ¿El parecer que me has ofrecido es preguntarme cómo me compondré?

—Yo bien le diría mi parecer, bueno o malo; pero…

—Oigámoslo.

—Mi parecer sería, que como todos dicen que nuestro Arzobispo es un santo, un hombre de sumo respeto que no teme a esos bribones, y que se complace por sostener a un párroco en meter en costura a uno de esos prepotentes, yo le escribiría una cartita muy bien puesta, informándole de todo, y...

—Calla, calla, no digas más. ¿Y es ese el famoso parecer que me das en tan duro conflicto? Cuando me hayan sepultado en los riñones un par de balas, ¡Jesus! ¿lo remediará el señor Arzobispo?

—Pues qué, ¿las balas se reparten así a dos por tres como los confites? ¡Dios nos librara si esos perros mordiesen todas las veces que ladran! Yo siempre he visto que al que enseña los dientes todos le respetan, y dice bien el refrán, que al que se hace de miel las moscas se lo comen. Justamente porque usted nunca sostiene su razón, todos vienen a... con perdón hablando...

—¿Quieres callar?

—Ya callo; pero es muy cierto que cuando las gentes ven que uno siempre y en todos los lances se deja sopapear...

—¿Quieres callar, repito? ¿Estamos ahora para esas badajadas?

—En fin, basta; consúltelo usted esta noche con la almohada; pero entretanto no empiece a hacerse daño a sí mismo y a arruinarse la salud. Coma usted un bocado.

—Sí, sí, yo pensaré en ello —respondió D. Abundo refunfuñando—. Ya lo sé—prosiguió levantándose:— nada quiero tomar, nada. ¡Buena gana tendré yo de comer! Ya sé que a mí me toca discurrir lo que se debe hacer.

—Vaya otra gotita —dijo Perpetua, echando vino en el vaso—. Ya sabe usted que éste le conforta el estómago.

—¡Ah! no, basta; otra cataplasma se necesita, otro confortante.

Diciendo esto, tomó la luz y prosiguió refunfuñando:

—¡Ahí es un grano de anís! ¡Que esto me suceda a mí, a un hombre como yo!

Con estas y otras lamentaciones se dirigió a su cuarto para acostarse. Llegando a la puerta se paró un momento, se volvió hacia Perpetua, y poniendo el dedo índice en los labios, dijo con tono lento y muy recalcado:

—¡Perpetua, por amor de Dios!

Y se metió adentro.

II.
El gozo en el pozo.

Cuentan que el príncipe de Condé durmió profundamente toda la noche víspera de la célebre batalla de Rocroi; pero en primer lugar Condé estaba muy cansado, y en segundo, ya había dado las disposiciones necesarias para la acción, y acordado todo lo que había de hacerse por la mañana. No le sucedía esto al pobre D. Abundo, porque él al contrario no sabía lo que debía hacer al día siguiente; y así estuvo una gran parte de la noche cavilando con inquietud. No hacer caso de la atroz intimación, y casar a Lorenzo, era un partido acerca del cual ni siquiera quería deliberar. Confiar a Lorenzo lo ocurrido, y discurrir con él algún medio... ¡Dios nos libre! ni una palabra: sonaba todavía en sus oídos el «chitón» y el «¿Está usted?» de los bravos, y tan lejos estaba de hablar del asunto, que casi se arrepentía de habérselo confiado a Perpetua. ¿Huir? ¿y a dónde? ¿y cómo? ¿y después? ¡Qué laberinto! A cada partido que desechaba se volvía del otro lado. En fin, el arbitrio que le pareció mejor fue el de ganar tiempo, dando largas con palabras y pretextos. Se acordó, afortunadamente, que faltaba poco tiempo para cerrarse las velaciones, y esperaba que pudiendo entretener por pocos días a Lorenzo, tenía luego dos meses de espera, y en dos meses podían suceder grandes cosas. Estuvo rumiando pretextos, que aunque le parecían fútiles, tenía confianza en que su autoridad les daría peso, y en que su antigua experiencia le proporcionaría mucha ventaja sobre un mozalbete ignorante.

—Veremos —decía para sí:— a él le importa su novia; pero yo trato de mi pellejo, y así estoy más interesado en este negocio... luego mis conocimientos, mi experiencia...

Tranquilizado un poco el ánimo con semejante resolución, consiguió por fin cerrar los ojos y dormirse; pero ¡qué sueño, y qué sueños! Bravos, D. Rodrigo, Lorenzo, derrumbaderos, fuga, persecución y balazos fue lo que ocupó su imaginación durmiendo.

El momento de despertar después de una desventura o conflicto, es siempre muy amargo. La imaginación entonces, restituida a su oficio, acude a las ideas habituales de tranquilidad anterior, pero como al punto ocurre desagradablemente el pensamiento del nuevo estado de cosas, se aumenta el disgusto con aquella instantánea comparación. Tal fue para D. Abundo el momento en que despertó; sin embargo, recapituló inmediatamente su proyecto de la noche, se confirmó en él, lo coordinó mejor, se levantó, y estuvo esperando a Lorenzo con no menos temor que impaciencia.

Lorenzo no se hizo aguardar mucho. En cuanto creyó ser la hora en que podía sin indiscreción presentarse al Cura, pasó a verle con el anhelo de un joven de veintidós años que debe en aquel día casarse con una persona a quien ama. Huérfano Lorenzo desde su niñez, ejercía la profesión de hilandero de seda, profesión casi hereditaria en su familia, muy lucrosa en tiempos anteriores, y que si bien algo decaída en aquella época, no lo estaba tanto que un oficial hábil no pudiese vivir

cómodamente con ella. El trabajo iba de día en día disminuyendo; pero la continua emigración de los artesanos, atraídos a los países limítrofes con promesas, privilegios, y jornales crecidos, era causa de que no les faltase a los que permanecían en el país. Además tenía Lorenzo un poco de tierra, que hacía labrar, y labraba él mismo cuando le faltaba el hilado de la seda; por manera que en su clase podía llamarse acomodado. Y aunque aquel año era más escaso que los anteriores, y se empezaba a experimentar una verdadera carestía, como desde que él puso los ojos en su amada arrendó una pequeña hacienda, con ella y sus ahorros no tenía que temer que le faltase pan. Presentóse, pues, a D. Abundo en gran gala con plumas de varios colores en el sombrero, un puñal de curiosa empuñadura en el bolsillo lateral de los calzones, y aire alegre y de guapetón; muy común entonces hasta en las personas más pacíficas. La acogida seria y misteriosa de D. Abundo formaba una contraposición particular con las maneras joviales y francas del mancebo.

«¿Si tendrá la cabeza ocupada en algún grave negocio?» discurrió para sí Lorenzo. Y luego dijo:

—Tenga usted muy buenos días, señor Cura. Vengo a saber a qué hora le parece a usted que nos veamos en la iglesia.

—Sin duda querrás decir qué día.

—¿Cómo qué día? ¿No se acuerda usted que hoy es el que está señalado?

—¿Hoy?—replicó D. Abundo, como si fuera la primera vez que oía hablar del asunto—. Hoy... hoy... pues ten paciencia, porque hoy no puedo.

—¿No puede usted hoy? ¿Qué ha sucedido?

—Ante todo, estoy desazonado.

—Lo siento; pero es tan poco y de tan corto trabajo lo que tiene usted que hacer...

—Luego hay... hay...

—¿Qué es lo que hay señor Cura?

—Hay embrollos.

—¡Embrollos! No sé qué embrollos puede haber.

—Fuera preciso estar en mi lugar para saber cuántos entorpecimientos se encuentran en este oficio, cuántas cuentas hay que dar. Yo soy demasiado blando de corazón; trato de vencer obstáculos, de facilitarlo todo, de hacer las cosas a gusto de los demás, y luego para mí son las reconvenciones.

—Por amor de Dios, no me tenga usted en ascuas; dígame usted de una vez lo que hay.

—¿Sabes tú cuántas formalidades se necesitan para hacer un casamiento en regla?

—Algo debo saber de eso —dijo Lorenzo, empezando a alterarse—, pues tanto me ha quebrado usted la cabeza estos días pasados; pero ahora, ¿no se ha hecho todo lo que había que hacer?

—Sí, todo: a ti te lo parece. El tonto soy yo, que para que las gentes no penen he dejado de cumplir con mi obligación; pero ahora... basta; sé lo que me digo. Nosotros los pobres curas nos hallamos entre la espada y la pared; vosotros impacientes... Yo a la verdad te disculpo, pobre muchacho; pero los superiores... Basta; no se puede decir todo nosotros, en fin, somos los que pagamos el pato.

—Pero explíqueme usted qué otra diligencia es la que hay que practicar, y se hará al instante.

—¿Sabes tú cuántos son los impedimentos dirimentes?

—¿Qué quiere usted que sepa yo de impedimentos?

—*Error, conditio, votum, cognatio, crimen, cultus, disparitas, vis, ordo,* etc.

—Usted se está burlando de mí: ¿qué tengo yo que ver con esos latines?

—Pues si no sabes las cosas, ten paciencia y confórmate con el parecer de los que las saben.

—En resumidas cuentas...

—Vaya, Lorenzo mío, no te acalores: estoy pronto a hacer... todo lo que esté en mi mano. Quisiera verte contento, pues yo te estimo... ¡Cuando pienso que estabas tan bien! Nada te faltaba: se te ha metido ahora en la cabeza el casarte...

—¿A qué viene esta reconvención? —prorrumpió Lorenzo entre sorprendido y encolerizado.

—Eso es decir... en fin, ten paciencia.

—En una palabra...

—En una palabra, hijo mío, yo no tengo la culpa. La ley no la he hecho yo. Antes de hacer un casamiento tenemos obligación de practicar muchas, muchísimas diligencias para asegurarnos de que no hay impedimento alguno.

—Pero por María Santísima, dígame usted: ¿qué impedimentos son esos?

—Ten paciencia: no son cosas estas que puedan arreglarse así como se quiera en dos palotadas. Creo que no habrá dificultad; pero de todos modos hay averiguaciones, que nosotros forzosamente tenemos que practicar. El texto está claro y terminante: *antequam matrimonium denunciet...*

—Ya he dicho a usted que yo no entiendo ni quiero entender de latines.

—Ello es preciso que yo te explique...

—Pero ¿no ha hecho usted ya todas estas averiguaciones?

—No todas, te digo, como hubiera debido hacerlas.

—¿Y por qué no las ha hecho usted en tiempo? ¿por qué me dijo usted que todo estaba acabado? y ahora ¿por qué me hace aguardar?

—¿Ves cómo me echas en cara mi demasiada bondad? Para servirte más aprisa facilité las cosas, pero ahora han ocurrido circunstancias... Yo me entiendo.

—Y por último, ¿qué quiere usted que haga?

—Que tengas paciencia por algunos días... En fin, hijo mío, unos días no es la eternidad... Vaya, ten paciencia.

—¿Por cuánto tiempo?

—No vamos mal —dijo para sí D. Abundo.

Y con modo afectuoso contestó:

—Así como unos quince días, y en este tiempo indagaré...

—¡Quince días! ¡ahora sí que estamos bien! Se hizo todo cuanto usted quiso; se señaló el día; el día llegó, y ahora salimos con haber de esperar otros quince! ¡Quince demonios! —prosiguió dando un golpe sobre la mesa.

Y hubiera continuado con el mismo tono y estilo, a no haberle interrumpido D. Abundo, cogiéndole una mano con cierta amabilidad tímida y oficiosa, y diciendo:

—Vaya, vaya, Lorenzo, no te alteres por Dios: yo trataré, yo veré si en una semana...

—¿Y qué le diré yo a Lucía?

—Que ha sido una equivocación.

—¿Y las gentes qué dirán?

—Diles a todos que yo he tenido la culpa por servirte demasiado presto. No temas, échame a mí las cargas. ¿Puedo hacer más?... Ea, ¡una semana!...

—¿Y luego no habrá más entorpecimientos?

—Cuando yo te lo digo...

—Pues bien, aguardaré una semana; pero cuente usted que pasada ésta, no me satisfaré con chanzonetas. Entre tanto, páselo usted bien.

Con esto se marchó manifestando en su despedida más despecho que urbanidad.

Saliendo a la calle y dirigiéndose disgustado a casa de su novia, iba discurriendo en medio del enojo acerca de la pasada conferencia, y le parecía cada vez más extraña. La acogida reservada y fría de D. Abundo, sus palabras inconexas, sus ojos azules que mientras hablaba volvía de una parte a otra como si temiera que desmintiesen sus dichos, el hacerse de nuevas respecto de un casamiento concertado con tanta anticipación y formalidad, y sobre todo el indicar siempre una gran cosa sin decir nada claro; todas estas circunstancias reunidas daban en qué pensar a Lorenzo, y sospechaba que hubiese algún misterio diferente del que indicaba D. Abundo.

Estuvo dudando un momento si volvería atrás para hacerle hablar claro, cuando en esta incertidumbre vio a Perpetua que iba a entrar en un huerto, junto a la casa del mismo Cura. Dióle una voz cuando iba a abrir la puerta, apretó el paso, la alcanzó, la detuvo en la entrada, y con el objeto de descubrir terreno trabó conversación con ella.

—Buenos días, señora Perpetua: esperaba que hoy hubiésemos tenido un rato de diversión...

—Amigo, Dios no ha querido. ¡Pobre Lorenzo!

—Hágame usted un favor. El señor Cura me ha ensartado un fárrago de razones que no he podido comprender. Explíqueme usted mejor el motivo por qué no puede o no quiere casarme hoy.

—¿Te parece a ti que yo sé los secretos de mi amo?

«Bien me lo figuraba yo que había misterio», dijo para sí Lorenzo. Y para descubrirlo continuo:

—Vaya, señora Perpetua, nosotros somos amigos: dígame usted lo que sabe; favorezca usted a un pobre muchacho.

—Lorenzo mío, mala cosa es haber nacido pobre.

—Es verdad —contestó Lorenzo, confirmándose cada vez más en su sospecha—. Es verdad; pero los curas no deben tratar mal a los pobres.

—Oye, Lorenzo, yo nada puedo decir, porque... en fin, porque nada sé; pero lo que te puedo asegurar es que mi amo no quiere hacerte perjuicio, ni a ti ni a nadie, y no tiene culpa...

—¿Y quién la tiene?—preguntó Lorenzo como descuidadamente, pero con el oído fijo y el corazón alerta.

—Repito que nada sé... pero puedo hablar en defensa de mi amo, porque me incomoda sobremanera ver que se le obligue a hacer daño a nadie. ¡Es un bendito! y si peca, peca por demasiada bondad. Es bien cierto que en el mundo hay bribones, prepotentes, hombres sin temor de Dios.

—Bribones! ¡prepotentes! Estos no serán sin duda los superiores. —dijo para sí Lorenzo.

Y ocultando su agitación que progresivamente se aumentaba, continuo:

—Vaya, señora Perpetua, dígame usted quién es.

—¡Ah! tú quisieras sonsacarme, picaruelo, y yo no puedo hablar, porque... En fin, no sé nada, y cuando digo que nada sé, es como si dijera que he jurado callar. Aunque me dieran tormento, nada sacarías. Adiós; es tiempo perdido para los dos.

Con esto entró aprisa en el huerto, y cerró la portezuela. Devolvióle Lorenzo el saludo, detúvose un poco, para que por el ruido de los pasos no advirtiese el camino que tomaba; pero así que se alejó bastante para que no pudiese oírle ni verle la buena mujer, apresuró el paso, y en un momento llegó a la puerta de D. Abundo. Entró sin llamar, y se metió a la deshilada en el cuarto donde le había dejado, y habiéndole hallado allí, se dirigió a él con desembarazo y los ojos encendidos.

—¡Cómo! —dijo D. Abundo— ¿qué novedad es esta?

—¿Quién es el prepotente? —preguntó Lorenzo con el tono de un hombre determinado a saber la verdad— ¿quién es el prepotente que no quiere que yo me case con Lucia?

—¿Cómo, cómo? —murmuró D. Abundo con el color más blanco que un papel.

Sin embargo, sin dejar de murmurar, se levantó apresuradamente de la silla, dando un salto para tomar la puerta; pero Lorenzo, que se lo figuraba, se arrojó antes que él, la cerró y metió la llave en el bolsillo.

—Ahora hablará usted, señor Cura. Todos saben mis negocios menos yo. ¡Voto a... Quiero saberlos yo también. ¿Cómo se llama ese caballero?

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! así tengan buen siglo las ánimas de tus difuntos, por caridad mira lo que haces: piensa que...

—Lo que yo pienso es que quiero saberlo al instante. —Diciendo esto puso la mano quizá sin advertirlo sobre el mango del puñal que se le salía del bolsillo.

—¡Dios me asista!—exclamó D. Abundo con voz flaca.

—Quiero saberlo…

—¿Quién te ha dicho?...

—Dejémonos de razones; quiero saberlo, y al instante.

—¿Tú quieres, pues, mi muerte?

—Quiero saber lo que tengo derecho a saber.

—Pero si hablo muero; ¿y no quieres que me interese mi vida?

—Hable pues...

Pronunció Lorenzo estas dos palabras con tanta energía y tono tan decidido, que D. Abundo perdió enteramente la esperanza de poder desobedecer.

—¿Me prometes, me juras —dijo entonces— de no darte por entendido, de no decir jamás a nadie?...

—Lo que prometo es hacer un desatino si usted no me declara inmediatamente quién es ese hombre.

A esta nueva graciosa insinuación, D. Abundo, con la cara y los ojos del que tiene en la boca el gatillo del sacamuelas, articuló:

—Don...

—Don... —repitió Lorenzo, como para ayudar al paciente a pronunciar el resto, y sin apartar los ojos de los del Cura, ni quitar las manos de detrás.

—D. Rodrigo —pronunció D. Abundo aprisa, y de un modo como si quisiese desfigurar el nombre.

—¡Ah perro! —exclamó Lorenzo, rechinando los dientes—. ¡Ah perro! ¿Y cómo? ¿qué le ha dicho a usted para...?

—¿Cómo? ¿Cómo? —respondió con voz casi airada don Abundo, el cual, después de tamaño sacrificio, se consideraba como acreedor de Lorenzo—. ¿Cómo? ¡Ya, ya! Quisiera que a ti te hubiese sucedido en mi lugar; que en verdad no estarías para fiestas.

Aquí se puso a pintar con los colores más horrorosos el fatal encuentro con los bravos, y sintiéndose en el cuerpo, mientras hablaba, cierta cólera que el miedo tuvo reprimida hasta entonces, y viendo al mismo tiempo que Lorenzo entre ira y confusión estaba inmóvil con la cabeza baja, continuo diciendo:

—¡Has hecho por cierto una brava acción! ¡Una pasada semejante a un hombre de bien, a tu párroco, en su propia casa, en lugar sagrado! ¡Vaya, que la cosa es de contar! ¿Y luego para qué?

para sacarme de la boca tu desgracia, y la mía, lo que yo te ocultaba por prudencia, para tu bien. Ahora, pues, que lo sabes, quisiera que me dijeras qué es lo que has adelantado. Por amor de Dios, estas no son burlas: no se trata de si hay o no hay razón; se trata de la fuerza. Y cuando esta mañana te daba yo un buen consejo, al instante alborotarse. Yo miraba por ti y por mí. Y ahora ¿qué se hace? Abre por lo menos la puerta, o dame la llave.

—He faltado a usted al respeto —respondió Lorenzo con voz humilde para con D. Abundo, pero que indicaba furor contra su enemigo.— He faltado; pero póngase usted la mano al pecho, y reflexione si en mi lugar...

Diciendo esto, había ya sacado la llave del bolsillo, e iba a abrir. D. Abundo fue tras él; y mientras Lorenzo abría, se le acercó, y con rostro serio le dijo:

—Jura al menos...

—He faltado: disimule usted respondió Lorenzo, abriendo la puerta para salir.

—Jura —replicó D. Abundo agarrándole de un brazo con mano trémula.

—Me he propasado —añadió Lorenzo, soltándose de él. Y ausentándose apresuradamente cortó de esta manera la cuestión que, como las de literatura y filosofía, hubiera durado seis siglos por el tesón con que entrambos se hubieran mantenido en sus trece.

—¡Perpetua! ¡Perpetua! —gritó D. Abundo después de haber llamado en vano al joven fugitivo.

Pero el ama no respondía, y D. Abundo ya no sabía lo que le pasaba.

Ha sucedido más de una vez que personajes de categoría más elevada que la de D. Abundo, hallándose en grandes apuros, y sin saber qué partido tomar, creyeron excelente recurso meterse en la cama con calentura. No tuvo don Abundo que ir a buscar semejante arbitrio, porque él mismo se le vino naturalmente a las manos. El susto del día anterior, la mala noche, el miedo que le acababa de meter Lorenzo, y el pensar lo que pudiera sucederle en adelante, produjeron su efecto. Aturdido y fatigado, volvió a sentarse en su sillón y empezó a sentir algunos escalofríos. Se miraba las uñas, suspiraba, y de cuando en cuando llamaba con voz trémula y rabia a Perpetua. Por fin llegó ésta con una gran col debajo del brazo, y tan serena como si nada hubiera pasado. No quiero molestar al lector con los lamentos, las quejas, los cargos, las defensas; aquello de que «tú sola puedes haber hablado», y lo que, «yo no he dicho nada», con los demás dimes y diretes de aquél coloquio. Bastará decir que D. Abundo mandó a Perpetua que atrancase la puerta; que no volviese a salir, y que si alguno llamaba, respondiese que el señor Cura se había metido en la cama con calentura. Subió luego lentamente la escalera, exclamando a cada tres escalones: «Estoy fresco»; y de veras se metió en la cama, en donde por ahora habremos de dejarle.

Caminaba entretanto Lorenzo con paso agitado a su casa, sin haber aun resuelto qué partido tomaría; no obstante, tenía vivas ansias de hacer alguna diablura. Los provocadores, los hombres injustos, todos los que hacen daño a los demás, son culpados, no sólo por el mal que cometen, sino también por los excesos a que provocan a los ofendidos. Lorenzo era un mozo pacífico, enemigo de verter sangre, un joven franco, y ajeno de toda alevosía; pero en aquel momento su corazón meditaba un atentado, y su imaginación estaba ocupada en tramar una traición. Hubiera querido buscar a D. Rodrigo, agarrarle por el gañote, y... pero se acordaba que su casa era una fortaleza, guardada por bravos interior y exteriormente, que sólo entraban en ella los criados y los amigos de mayor confianza; que a un artesano incógnito no se le admitiría sin mucho examen, y que él sobre todo sería muy conocido. Pensaba entonces tomar su escopeta, y oculto detrás de un vallado aguardar si por casualidad pasaba por allí don Rodrigo solo. Gozándose en esta feroz idea, se figuraba haber llegado el anhelado momento, oír el estampido del arma, y ver a su enemigo caer y revolcarse en su sangre: le echaba una maldición, y marchaba a ponerse en salvo en la raya del país veneciano.

¿Y Lucía? A este recuerdo desaparecían los pensamientos criminales, y ocupaban su lugar los buenos principios a que Lorenzo estaba acostumbrado. Se acordó de las últimas palabras de sus padres; se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos: se le presentó a la imaginación el placer que había experimentado muchas veces al considerar que no había cometido delitos, y el horror que siempre le había causado la noticia de un asesinato; y se despertó de aquel sueño de sangre con horror y remordimientos, y al mismo tiempo con cierta especie de gozo por no haber hecho más que imaginar semejante crimen. ¡Pero el recuerdo de Lucía qué distintos pensamientos no traía consigo! ¡Tantas esperanzas frustradas! ¡Tantas promesas fallidas! ¡Un porvenir tan halagüeño! ¡Un día tan anhelado! Por otra parte, ¿cómo anunciarle tan dolorosa noticia? Y sobre todo, ¿qué partido adoptaría? ¿Cómo se casaría con ella contra la voluntad y las tramas de aquel poderoso? En medio de estas reflexiones, le pasaba de cuando en cuando por la imaginación, no una sospecha decidida, sino cierta sombra, que le atormentaba: porque, aunque no dudase de la fidelidad de Lucía, le parecía muy extraño el arrojo de D. Rodrigo. ¿Si tendrá Lucía algún antecedente? ¿Podría aquel malvado haber concebido tan infame designio sin que ella hubiese advertido cosa alguna? ¿Y no decirle nada a él, a su novio?

Sumergido en estos tristes pensamientos, pasó delante de su casa, situada en medio del pueblo, y se dirigió a la de Lucía, que se hallaba a la salida del mismo. Tenía la casilla un pequeño corral delante, cercado con pared que le separaba de la calle. Entró Lorenzo en él, oyó en un cuarto alto ruido de voces confusas, y juzgando que serían vecinas y comadres que irían a dar el parabién a Lucía, no quiso meterse en aquella bulla con tan desagradable noticia en el cuerpo. Una niña que se hallaba en el corral, corrió a él gritando:

—¡El novio! ¡El novio!

—Calla, Betina, calla —dijo Lorenzo:— escucha; sube al cuarto, y llamando aparte a Lucía, dile al oído, y sin que nadie lo oiga, que venga a la sala baja, que tengo que hablarle, y que sea al instante.

Subió la niña apresuradamente la escalera, muy ufana por tener un encargo secreto que ejecutar. Lucía iba a salir en aquel momento, muy ataviada por mano de su madre. Las amigas se la disputaban por verla y abrazarla; pero Lucía se negaba con aquella modestia algo rústica de las aldeanas; y aunque bajaba la cabeza y se tapaba desdeñosamente la cara con el brazo, no dejaba de asomar a su rostro una ligera y atractiva sonrisa. Sus nítidos y negros cabellos separados en mitad de la frente, pasaban detrás de la cabeza, formando en ella varios círculos de trenzas, sostenidos por largos alfileres de plata que repartían en rededor a manera de los rayos de las aureolas, como aun en el día usan las aldeanas del Milanesado. Rodeaba su garganta una sarta de granates alternados con cuentecillas de oro afiligranadas, y ceñía el suelto talle un juboncillo de brocado con flores, y las mangas abiertas, y atadas con hermosas lazadas. La falda era de seda con espesos y menudos pliegues; las medias de color rosa, y las chinelas de seda bordadas. Además de este adorno, que era el del día de la boda, tenía la joven el de todos los días, que era el de su modesta hermosura, a que daban mayor realce los afectos que retrataba su rostro, es decir, cierta alegría mezclada con una ruborosa turbación, con una plácida inquietud, que, sin alterar la belleza de una novia, le presta un carácter particular que interesa. Betina se metió en el grupo de las mujeres, se acercó a Lucía, y dándole a entender diestramente que tenía alguna cosa que comunicarle, le dijo su palabrita al oído.

—Voy, y vuelvo al momento —dijo Lucía a las mujeres.

Y bajó aprisa la escalera. Al ver la cara inmutada y el aspecto inquieto de Lorenzo:

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó, no sin cierto triste presentimiento.

—Querida Lucía —respondió Lorenzo—, lo que es peor; hoy todo se lo llevó Barrabás; ¡y quién sabe cuándo podremos casarnos!

—¿Cómo? —dijo Lucía asustada.

Contóle Lorenzo en pocas palabras lo que había sucedido aquella mañana. Escuchábale Lucía muy angustiada, y cuando oyó el nombre de Rodrigo:

—¡Ah! —exclamó, poniéndose colorada y trémula:— ¿es posible? ¡hasta este extremo!

—¿Luego tú sabías...? —preguntó Lorenzo.

—Demasiado —respondió Lucía—; pero ¿quién creyera...?

—¿Y qué es lo que sabías?

—No seas impaciente, ni excites mi llanto; pero deja que llame a mi madre, y despida a esas gentes, pues conviene que estemos solos.

Al irse Lucía, dijo Lorenzo como a media voz:

—¡Nunca me has hablado palabra de esto!

—¡Ah, Lorenzo! —respondió Lucía, volviéndose sin pararse.

Comprendió Lorenzo muy bien que su nombre pronunciado en aquel momento y con aquel tono, era lo mismo que decir, que no debía dudar de que había tenido los motivos más puros y justos para callar.

Entretanto, la buena de Inés (que así se llamaba la madre de Lucía), entrando en sospecha y curiosidad por aquella palabrita al oído, y por haber visto ausentarse a su hija, bajó a saber qué novedad había ocurrido. Lucía la dejó con Lorenzo, volvió donde estaban sus amigas y vecinas, y disimulando lo mejor que pudo la alteración de su ánimo, dijo:

—El señor Cura está malo, y hoy nada se hace.

Con esto las saludó a todas apresuradamente y volvió a bajar.

Desfilaron entonces las mujeres, y todas corrieron a divulgar lo que había sucedido, y muchas a averiguar si efectivamente estaba enfermo D. Abundo; mas la verdad del hecho cortó todas las conjeturas, indicándolas desde luego con medias palabras y expresiones misteriosas.

III.
La consulta.

Con gran zozobra estaba Lorenzo informando a Inés, que no le escuchaba con menos, cuando entró Lucía en el cuarto bajo. Volviéronse entrambos a quien sabía más que ellos sobre el particular, y de quien esperaban con ansia mayor aclaración, dejando traslucir en medio de la pena, y con el amor distinto que cada uno de aquellos profesaba a Lucía, un sentimiento también diverso por haberles ocultado una cosa de aquella naturaleza. Aunque Inés estaba en ascuas por oír a su hija, no pudo dejar de reconvenirla con esta expresión:

—¡No decir nada a tu madre!

—Todo lo diré ahora —contestó Lucía, enjugándose las lágrimas con el delantal.

—Habla, pues, habla —dijeron a una vez el novio y la madre.

—¡Virgen Santa! —exclamó Lucía—. ¿Quién hubiera creído que las cosas llegasen a este término?

Y con voz interrumpida por el llanto, contó como pocos días antes, volviendo de la fábrica de hilados, y habiéndose quedado algún tanto atrás de sus compañeras, había pasado delante de ella D. Rodrigo con otro caballero; que al principio trató de detenerla con discursos, según ella decía, nada buenos; que ella apresuró el paso y alcanzó a sus compañeras, y que entretanto oyó al caballero reírse a carcajadas, y a D. Rodrigo decir: «¡Apostemos!» Los dos al día siguiente se encontraron

también al paso; pero Lucía iba entre sus compañeras con los ojos bajos; y mientras el caballero daba grandes risotadas, D. Rodrigo decía: «Lo veremos, lo veremos.»

—¡Gracias a Dios —continuó Lucía— que aquel día era el último en que se trabajaba en la fábrica! Al instante se lo conté...

—¿A quién se lo contaste? —interrumpió apresuradamente Inés, como enojada de que otra persona hubiese merecido tal preferencia sobre su madre.

—Al padre Cristóbal en confesión —respondió Lucía con tono blando y de disculpa—; todo se lo conté la última vez que fuimos juntas a la iglesia del convento; y si usted aquella mañana hubiese puesto cuidado, hubiera visto que ocupándome ya en una cosa, ya en otra, iba retardando nuestra salida con objeto de que pasase gente con dirección al convento, para que tuviésemos compañía, porque desde aquel encuentro las calles me causaban miedo.

Al nombre respetable del padre Cristóbal, se mitigó el enojo de Inés.

—Has hecho muy bien —dijo:— pero ¿por qué no decírselo también a tu madre?

Dos buenas razones tuvo Lucía para ocultárselo. La primera por no afligir a su madre, y asustar a la buena mujer con una cosa a la cual no podía poner remedio; y la segunda por no exponerse a que pasase de boca en boca un hecho que Lucía deseaba no traspirase, tanto más, cuanto esperaba que su próximo casamiento pondría un término en sus principios a semejante persecución. De estas dos razones sólo alegó la primera.

—¿Y a ti —dijo luego volviéndose a Lorenzo con aquel modo con que se suele reconvenir a un amigo manifestándole que no tiene razón— y a ti, ¿fuera prudente que te hablase de esta ocurrencia? Demasiado la sabes ahora.

—¿Y qué te dijo el Padre? —preguntó Inés.

—Me dijo que apresurase todo lo posible mi casamiento, que no me dejase ver, y que me encomendase a Dios, con lo cual esperaba que no viéndome D. Rodrigo, ya no se volvería a acordar de mí: y entonces fue —prosiguió Lucía, volviéndose de nuevo a Lorenzo sin levantar la vista y poniéndose colorada— entonces fue cuando con sobrada desenvoltura te rogué que se verificase nuestro casamiento antes del tiempo convenido. ¿Quién sabe lo que tú en aquella ocasión pensarías de mí? Pero yo lo hacía con buen fin; y esta mañana estaba tan lejos de pensar...

Aquí prorrumpió en copiosísimo llanto.

—¡Pícaro! ¡bribón! ¡malvado! —exclamó Lorenzo, paseándose presurosamente por el cuarto y apretando la empuñadura de su cuchillo.

—¡Qué apuro, Dios mío! —exclamaba Inés.

Paróse el joven de repente delante de Lucía que lloraba; la miró con ternura violenta, y dijo:

—Esta es la última que hace ese malvado.

—¡Ah! No —interrumpió Lucía—; no, por amor del cielo. ¿Cómo quieres que Dios nos ayude, si obramos mal? No, por Dios —repetía Inės.

—Lorenzo —prosiguió Lucía con aire de esperanza y resolución—; tú tienes un oficio, y yo también sé trabajar; vámonos lejos de aquí, y no vuelva ese hombre a saber de nosotros.

—¡Ah Lucía! ¿Y luego? Aunque no somos marido y mujer, ¿querrá darnos el Cura la certificación de estado libre? Si estuviésemos casados, ¡ah! entonces sería otra cosa.

Empezó Lucía a llorar otra vez, y los tres quedaron en un profundo silencio, haciendo su abatimiento triste contraposición con sus vestidos de boda.

—Oíd, hijos míos, escuchadme —dijo Inés al cabo de un rato—. Yo he nacido antes que vosotros, y conozco un poco el mundo; no conviene asustarse demasiado, pues no siempre es tan fiero el león como lo pintan. A nosotros los pobres nos parece la madeja más enmarañada, porque no sabemos encontrarle la cuerda; pero a veces el consejo de un sujeto que ha estudiado... yo bien

me entiendo... yo bien me entiendo. Haz lo que te digo, Lorenzo; vete a Leco, pregunta por el abogado Tramoya, y cuéntale... pero cuidado con que le llames así, porque ese es un mote. Debes decir al señor abogado... ¡qué diantre! ya no me acuerdo de su verdadero nombre: todos le llaman como te he dicho... No, no me acuerdo: en fin, preguntarás por aquel abogado alto, seco, calvo; con la nariz colorada, y un lunar en un carrillo...

—Le conozco de vista —dijo Lorenzo.

—Pues bien —continuo Inés— ¡es un hombre como hay pocos! He visto yo varias personas más empantanadas que una carreta, y en media hora de plática de silla a silla con el abogado Tramoya (cuidado que no le llames así) salir triunfantes con la suya. Toma las cuatro gallinas (¡qué lástima!) a que pensaba yo torcer el cuello para la cena de esta noche, y llévaselas, porque con estos señores no conviene irse con las manos vacías. Cuéntale todo lo sucedido, y verás cómo en un santiamén te dirá lo que a nosotros no nos hubiera ocurrido en diez años.

Lorenzo adoptó gustoso el consejo, le aprobó Lucía, e Inés, ufana por haberle dado, cogió una a una las cuatro gallinas, juntó sus ocho piernas a manera de ramillete, las ató con un cordelito, y se las entregó a Lorenzo, que con palabras de esperanza dadas y recibidas salió por la portezuela del huerto, para que no le viesen los muchachos que, esperando los confites, empezaban a gritar: «¡El novio! ¡el novio!»

Atravesando campos y buscando atajos, iba Lorenzo pensando con ira en su desgracia, y ensayándose en lo que debía decir al abogado. Dejo al lector hacerse cargo de cómo estarían aquellos cuatro animalitos con las piernas atadas y la cabeza colgando, en las manos de un hombre que, agitado por su pasión, acompañaba con gestos los pensamientos que pasaban a montones por su mente; y en ciertos momentos de enojo y desesperación, extendiendo con violencia los brazos, les daba terribles sacudidas, y hacía saltar aquellas cuatro cabezas pendientes, las cuales mientras tanto se entretenían en darse sendos picotazos, como con harta frecuencia suele suceder entre compañeros de desgracia.

Llegado Lorenzo al pueblo, preguntó por la casa del Abogado; se la enseñaron, y se fue a ella. Al entrar se sintió sobrecogido de aquella cortedad que experimentan los pobres aldeanos cuando se acercan a un gran señor o a un sabio. Se le olvidaron todos los discursos que había ensayado en el camino; pero cobró ánimo al mirar las cuatro gallinas. Entrando en la cocina preguntó a la criada si se podría hablar con su amo: vio la mujer las aves, y como acostumbrada a semejantes regalos, les echó la mano, a pesar de que Lorenzo las iba retirando, porque quería que el abogado supiese y viese que le llevaba alguna cosa. Llegó el amo al mismo tiempo que la criada le mandaba que entrase a hablarle. Hizo Lorenzo una gran reverencia al señor Licenciado, que le acogió con semblante halagüeño:

—Entra, hijo —y le recibió en su estudio.

Era éste un cuarto muy grande, y tan grande como destartalado: tres de las cuatro paredes estaban cubiertas con cinco o seis mapas antiguos y unas estampas alemanas sin marco, y tales que por su vejez, apenas se distinguía lo que representaban. Ocupaba la cuarta pared un estante de libros viejos, desarreglados y cubiertos de antiguo polvo. En medio de la pieza había una gran mesa con legajos de papeles, expedientes, súplicas, bandos y cosas semejantes: detrás de la mesa estaba un gran sillón de vaqueta, cuya antigüedad no era menor que la de los demás muebles, que todos se reducían a lo expresado, y además cuatro sillas del mismo gusto alrededor de la mesa. El Abogado estaba en bata, esto es, llevaba una toga raída y sucia, que le había servido muchos años antes, cuando tenía que ir a Milán a defender alguna causa de importancia. Cerró la puerta, y animó al joven en estos términos:

—Vaya, hijo, di lo que se te ofrece.

—Quisiera consultar con usted en confianza cierto negocio.

—Aquí estoy —dijo el abogado— habla.

Y se sentó en el sillón nonagenario. Lorenzo, de pie delante de la mesa, dando vueltas con la mano derecha al sombrero, que tenía en la izquierda, empezó diciendo:

—Quisiera saber de usted, que ha estudiado...

—Dime tu asunto sin preámbulos —interrumpió el Abogado.

—Usted perdonará, señor Abogado, porque nosotros los pobres no sabemos hablar bien. Quisiera, pues, saber...

—¡Qué gente esta! Todos sois lo mismo: en vez de exponer el negocio sencillamente, queréis preguntar, porque tenéis allá en la cabeza vuestras manías.

—Quisiera saber, señor Abogado, si hay alguna pena para el cura que se negase hacer un casamiento.

—Comprendo,—dijo el Abogado, que nada había comprendido.

Y revistiéndose de cierta gravedad, añadió después de haber apretado los labios:

—¡Caso grave, hijo, caso previsto! Has hecho bien en venir aquí: es un caso claro, previsto en muchos bandos... mira aquí un edicto del año pasado, mandado publicar por el señor Gobernador, Capitán general actual... ahora, ahora te lo haré ver y tocar con la mano.

Diciendo esto, empezó a revolver de arriba abajo todos aquellos papelotes, como quien hace una ensalada.

—¿Dónde estará?... vamos a ver... ¡Hay precisión de tener tantas cosas entre manos! Pero debe estar aquí, porque es un bando de mucha importancia... ¡Ah, aquí está!

Lo sacó, lo abrió, miró la fecha, y exclamó:

—«En 15 de octubre de 1627...» Cierto, es del año pasado; bando fresco, que son los que meten más miedo. Hijo, ¿sabes leer?

—Alguna cosa, señor Abogado.

—Ea, pues, sígueme con la vista, y verás.

Y teniendo el bando abierto en el aire, empezó a leer entre dientes varios trozos, y expresando otros muy detenidamente, según le parecía oportuno..

—«Aunque por el bando publicado de orden del Excelentísimo señor Duque de Feria el 14 de diciembre de 1620 y confirmado por el Ilmo. y Excmo. señor D. Gonzalo Fernández de Córdoba, etc., etc., se trató de atajar con remedios extraordinarios y rigurosos las opresiones, concusiones y actos tiránicos que algunos se atreven a cometer contra estos fieles vasallos de S. M.; sin embargo, la frecuencia de los excesos, y la malicia, etc., etc., se ha aumentado en términos que su S. E. se ha visto en la precisión, etc.; por lo que, con el dictamen del Senado y de una junta, etc., manda que se publique el presente.

»Y empezando por los actos tiránicos, como la experiencia ha manifestado que muchos, tanto en las ciudades como en los demás pueblos (¿oyes?) de este Estado ejercen con tiranía concusiones, oprimen a los más débiles, obligándolos a hacer contratos violentos de compras, arrendamientos, etc. (¿A dónde estás? Aquí, aquí, oye) que se verifiquen casamientos o no se verifiquen...» (¿Ves?)

—Ese es mi caso —dijo Lorenzo.

—Oye, oye —prosiguió el Abogado—. ¡Qué! hay mucho más, y luego siguen las penas: «Que se atestigüe, o no se atestigüe; que uno pague una deuda, que el otro vaya a su molino...» Esto nada nos importa; pero aquí está. «El cura que no hiciere lo que debe por su ministerio, o hiciese cosa a que no estuviese obligado.» (¿Ves?)

—Parece que el bando está hecho expresamente para mí —dijo Lorenzo.

—¿No es verdad? —prosiguió el Abogado—; escucha, escucha: «y otras violencias semejantes, que cometen los feudatarios, los nobles, la gente mediana, los hombres viles y los plebeyos...» (cuidado que nadie se escapa, es como el valle de Josafat; oye ahora las penas)

«Aunque todas estas y otras acciones malas de esta clase están ya prohibidas; no obstante, conviniendo emplear más rigor, S. E. por la presente, no derogando, etc., ordena y manda que contra los infractores en orden a cualquiera de los indicados casos y otros semejantes, procedan todos los jueces ordinarios de este Estado, imponiendo penas pecuniarias y corporales, destierro o galeras, y hasta la muerte» (¡ahí es una friolera!) «al arbitrio de S. E. o del Senado, según la calidad de los casos, personas y circunstancias, y esto irre... mi... si... ble... mente, y con... todo... el... rigor.» ¿Qué? ¿hay poco aquí? Mira, esta es la firma: «Gonzalo Fernández de Córdoba» (más abajo) «Platonus» (y luego) «vidit Ferrer» (Nada le falta).

Mientras el Abogado leía, le seguía Lorenzo con la vista, procurando sacar en claro lo que podía serle útil. Causaba admiracion al Letrado el ver que su nuevo cliente se mostraba más atento que temeroso, y decía de botones adentra: «¿Si estará matriculado?»>

—Ya, ya —le dijo luego—, veo que te has hecho cortar el tufo: has obrado con prudencia: sin embargo, puesto en mis manos, no era necesario: el caso es grave; pero tú no sabes lo que yo soy capaz de hacer.

Para comprender esta salida del Abogado conviene saber, o recordar, que en aquel tiempo los bravos de profesión y los facinerosos de todas clases llevaban un tufo, o mechón de pelo muy largo y espeso, que dejaban caer a la cara a modo de visera al tiempo de acometer a alguno, cuando creían necesario que no se les conociese y la empresa era de aquellas que exigían vigor y reserva. Los bandos hablaban también de esta moda, como se ve por el siguiente trozo de uno mandado publicar por el marqués de Hinojosa:

«Manda S. E. que todo el que se deje caer el pelo en término que llegue hasta las cejas, o cubra las orejas con las trenzas, pague una multa de trescientos escudos, conmutados en caso de posibilidad en tres años de galera por la primera vez; y por la segunda además de la expresada pena, otra mayor pecuniaria y corporal al arbitrio de S. E. Permite sin embargo que el que sea calvo, o tenga motivo justo de señal, o heridas, pueda para mayor decoro y salud llevar el pelo largo lo bastante para encubrir semejantes faltas y nada más; con la advertencia de que no exceda de lo que pida la pura necesidad para no incurrir en la pena impuesta a los demás contraventores.

»Manda igualmente a los barberos, pena de cien escudos y tres tratos de cuerda, que se le darán en público, y otra pena mayor corporal al arbitrio como arriba, que no dejen a aquellos a quienes corten el pelo ninguna especie de dichos tufos, trenzas, o rizos, ni los pelos más largos que el ordinario, tanto en la frente como en los lados, a excepción de los calvos, y otras personas defectuosas, como queda dicho.»

Era, pues, el tufo una especie de armadura y un distintivo de los bravos y matones, que por esta razón, luego se les llamaba comúnmente *ciufft*, tufos. Este título ha quedado todavía, pero en acepción más modificada, y pocas serán las personas en el Milanesado que en su infancia no hayan oído decir, hablando de un calavera, «es un tufo, es un tufillo» (*e un ciuffo, e un ciuffeto*).

—En mi conciencia —respondió Lorenzo— protesto que yo nunca he llevado tufo.

—Nada hacemos —dijo el Abogado, meneando la cabeza con una sonrisa entre impaciente y maliciosa— nada hacemos si no tienes confianza en mí: el que dice mentira al abogado es un necio que tendrá que decir la verdad delante del juez. Al abogado se le deben contar las cosas claras, y nosotros es a quien toca embrollarlas. Si quieres que yo te ayude, es indispensable que me digas todo desde la cruz a la fecha, y con el corazón en la mano como al confesor. Has de nombrarme la persona que te ha dado la comisión (supongo que será persona de circunstancias); en este caso iré yo a hacerle una visita; no le diré, por cierto, que tú me has declarado su nombre, sino que voy a implorar su protección en favor de un pobre joven calumniado, y concertaremos juntos el medio de salir con honra. ¿Entiendes? Por otra parte, si el atentado es únicamente obra tuya, también habrá remedio. ¡A cuántos he sacado yo de peores atolladeros! y siempre que la persona ofendida no sea de alto carácter, la cosa se compondrá a costa de pocos cuartos. ¿Me entiendes? En este caso debes decirme quién es el ofendido y cómo se llama, porque según su condición, su estado y su rumor,

veremos si conviene más tenerle a raya con protecciones, o amenazarle con una causa criminal. ¿Me entiendes? Sabiendo dar un tornillo a los bandos, ninguno es reo, ni ninguno es inocente: por lo que toca al Cura, si es hombre prudente, no se meterá en danza, y si quisiese tenérnoslas tiesas, hay también para ellos su freno. De todo se puede salir bien; pero se necesita un hombre: tu caso es grave, y muy grave; el bando está terminante, y si la cosa ha de decidirse entre tú y la justicia, estás fresco. Te hablo como amigo; las calaveradas es menester pagarlas. Si quieres zafarte, dinero y verdad; confiar en quien desea salvarte, y hacer cuanto te manda.

Mientras el Abogado charlaba de esta manera, Lorenzo le estaba mirando con la misma atención con que los babiecas en la plaza miran con la boca abierta al titiritero que, después de haberse tragado cierta cantidad de estopa, saca de la boca un sin fin de cintas de todos colores; pero apenas se hizo cargo de lo que decía y de su equivocación, le cortó la palabra en estos términos:

—Señor Abogado, usted ha comprendido mal: la cosa es todo al contrario; yo jamás he amenazado a nadie: no soy hombre de semejantes grescas, y si usted pregunta en mi pueblo, todos le dirán que yo nunca he tenido que ver con la justicia. La picardía a mí me la han hecho, y vengo a ver a usted para saber cómo he de conseguir que se me haga justicia, y estoy muy contento con haber visto ese bando.

—¡Qué diantre! —exclamó el Abogado abriendo muchísimo los ojos— ¿qué pastel es este? No hay que darle vueltas; todos sois iguales: ¿es posible que no sepáis hablar claro?

—Perdone usted, señor Abogado: usted no me dio lugar para explicarme. Ahora le contaré todo. Sepa usted, pues, que yo debía casarme hoy con una muchacha con quien estoy en galanteos desde el verano, y hoy, como digo, era el día de la boda: todo estaba dispuesto, cuando el señor Cura buscando mil pretextos y excusas... En fin, para no fastidiar a usted diré, que habiéndole puesto en precisión de explicarse como era justo, confesó que se lo había prohibido, pena de la vida, hacer este casamiento. El prepotente D. Rodrigo...

—¡Disparate! —interrumpió inmediatamente el Abogado frunciendo las cejas, arrugando la nariz colorada y torciendo el hocico— ¡disparate! ¿Por qué me vienes a romper la cabeza con esos cuentos? Ten tales discursos allá entre tu gente, que no sabe medir las palabras; pero no vengas a comprometer a un hombre de bien que conoce lo que valen. Vete, vete, que no sabes lo que te dices. No quiero embrollos con mozuelos, ni oír semejantes boberías.

—Lo juro...

—Vete, repito: ¿a mí qué me importan los juramentos? No me meto en eso: lavo mis manos —diciendo esto restregaba una mano con la otra, como si realmente se las lavase—. Aprende a hablar: no se viene de esta manera a sorprender a un hombre de bien...

—Oiga usted, oiga usted —repetía inútilmente Lorenzo. Pero siguiendo el Abogado su tema, le empujaba hacia la puerta, y en cuanto llegó a ella la abrió de par en par, llamó a la criada, y le dijo:

—Devuelve a ese hombre al punto lo que ha traído, que yo nada quiero.

La mujer, que en todo el tiempo que estaba en aquella casa jamás había recibido orden igual, se quedó admirada; pero esta vez fue tan terminante la que se le daba, que sin titubear tuvo que obedecer. Cogió, pues, las cuatro gallinas y se las entregó con sentimiento visible a Lorenzo, el cual, por cumplimiento, se negaba a recibirlas; pero el Abogado se mantuvo tan inflexible, que el pobre joven tuvo que admitirlas y marcharse a su pueblo a contar el triste resultado de su expedición a las dos mujeres, las cuales en su ausencia, después de haber trocado los vestidos de boda por los humildes de todos los días de trabajo, se pusieron a discurrir de nuevo sobre el particular, sollozando Lucía y suspirando Inés. Después que ésta hubo hablado largamente del grande efecto que debía esperarse de los consejos del abogado Tramoya, dijo Lucía que era necesario apelar a todos los medios para salir del apuro; y siendo el padre Cristóbal un hombre capaz no sólo de aconsejar, sino también de obrar cuando se trata de favorecer a los pobres, hubiera

sido muy conveniente informarle de lo que pasaba. Pareció muy bien a Inés, y ambas empezaron a cavilar acerca del modo; porque marchar ellas mismas al convento, distante quizá media legua, no era empresa que quisiesen aventurar aquel día; y a la verdad que tampoco ningún hombre sensato se la hubiera aconsejado. Mientras así estaban trazando medios, llamaron a la puerta con un pausado, pero claro *Deogracias*. Figurándose Lucía quién podría ser, corrió a abrir, y en efecto, bajando la cabeza entró el lego limosnero de los capuchinos con un saco al hombro izquierdo, y la extremidad superior del mismo saco arrollada, y asegurada con ambas manos sobre el pecho.

—¡Bien venido, fray Galdino! —dijeron las mujeres.

—Dios sea con ustedes —contestó el fraile—. Vengo a la cuesta de las nueces.

—Ve corriendo por las nueces para los capuchinos —dijo Inés.

Dirigióse Lucía al cuarto inmediato; pero antes de entrar se paró detrás de fray Galdino que permanecía en pie, y cruzando el índice en la boca, dio a su madre una mirada, como pidiéndole con empeño que nada dijese de lo que pasaba.

Pero el fraile preguntó cuándo se hacia el casamiento.

—¿No era hoy —añadió— cuando debía efectuarse? He notado en el pueblo cierta confusión que parece indicar no sé qué cosa. ¿Ha habido alguna novedad?

—El señor Cura está enfermo, y ha sido forzoso diferir la boda —contestó aprisa la mujer.

A no haber hecho Lucía aquella señal, la respuesta hubiera sido muy distinta.

—¿Y cómo vamos de limosnas? —preguntó Inés para mudar de conversación.

—No muy bien, amiga. No hay más que esto.

Y entonces puso en el suelo el costal, descubriendo con las dos manos el fondo, que contenía una corta porción de nueces.

—Esto es todo lo que hay —prosiguió— y por esta gran cantidad he tenido que llamar a diez puertas.

—El año es malo, fray Galdino, y cuando hay que andar a pleitos con el pan, es preciso escatimar lo demás.

—¿Y para que vuelva la abundancia qué se hace, buena mujer? Limosna. ¿No sabe usted aquel milagro de las nueces que sucedió años hace en un convento nuestro de la Romaña?

—No por cierto: cuéntelo usted... fray Galdino.

—Pues ha de saber usted que en aquel convento había uno de nuestros religiosos que era un santo, y se llamaba el padre Macario. Un día de invierno pasando por el campo de uno de nuestros bien hechores, también hombre muy bueno, le vio el padre Macario, que estaba con cuatro jornaleros alrededor de un gran nogal, trabajando con azadones para echarle la raíz al sol. «¿Qué estáis haciendo con ese pobre árbol?» preguntó el religioso. «Padre, contestó el dueño, hace años que no da nueces, y así voy a hacer leña.» «Dejadle, dejadle, dijo el padre Macario, pues este año dará más nueces que hojas.» El hombre, que conocía al que le hacía aquel vaticinio, mandó a los jornaleros que volviesen a cubrir las raíces con tierra, y llamando al Padre, que continuaba su camino, le dijo: «Padre Macario, la mitad de la cosecha será para el convento.» Como se divulgó la voz de la predicción, todo el mundo iba a ver el nogal. Con efecto, en la primavera floreció, pero ¡cómo! y luego nueces sin consuelo. Nuestro bienhechor no tuvo el gusto de varearlas, porque pasó antes de la cosecha a recibir el premio de su caridad. Pero el milagro fue mucho mayor, como va usted a oír. Dejó aquel buen cristiano un hijo muy diferente de él. Llegado el tiempo de la cosecha de las nueces, fue el limosnero pedir la mitad que correspondía al convento: pero el hombre no sólo se hizo de nuevas, sino que tuvo la insolencia de decir que jamás había oído que los capuchinos supiesen hacer nueces. ¿Y sabe usted lo que sucedió? Un día (oiga usted) en que aquel mala cabeza había convidado a varios de sus amigos de la misma calaña, contaba así bromeando la historia de las nueces, y se burlaba de los frailes. Habiéndoles con esto entrado gana a sus amigos de ver aquel

gran montón de nueces, los condujo al granero: oiga usted ahora: abre la puerta, se van todos hacia el rincón en donde se habían puesto las nueces; y al decir «mirad», y al mirar él también, ven, ¿qué le parece a usted que vieron? un grandísimo montón de hojas secas de nogal. ¿No fue este un buen escarmiento? El convento en lugar de perder ganó mucho, porque después de este suceso, es tan grande la limosna de las nueces, que un bienhechor, movido a lástima del pobre limosnero, dio al convento un asnillo, que ayudase a llevar las nueces, y se hacía tanto aceite, que a todos los pobres se les socorría según su necesidad; porque, amiga, nosotros somos el mar, que recibe agua de todas partes, y la vuelve a distribuir a todos los ríos.

Ya Lucía había vuelto con el delantal tan lleno de nueces, que apenas podía sostenerle, y al tiempo de abrir fray Galdino la boca del saco para meterlas en él, Inés dio una mirada a su hija, como reconviniéndola de la demasía en la limosna; pero Lucía contestó con otra mirada, significando con ella que se justificaría. Prorrumpió el limosnero en elogios, ofrecimientos y muchos «Dios se lo pague», y puesto de nuevo su saco a cuestas, iba a salir, cuando llamándole Lucía le dijo:

—Fray Galdino, quisiera que usted me hiciese el favor de decir al padre Cristóbal que desearíamos hablarle, y que nos hiciese la caridad de venir a vernos lo más presto posible, porque yo no puedo ir a la iglesia.

—¿No quieren ustedes otra cosa? Antes de una hora tendrá el recado el padre Cristóbal.

—Nos hará usted mucho favor.

—Descuiden ustedes.

Y al decir esto salió de la puerta algo más contento que cuando entró por ella.

Al ver que una pobre aldeanilla mandaba a llamar con tanta confianza al padre Cristóbal, y que fray Galdino admitía el encargo sin admiración ni dificultad, nadie se figure por eso que aquel padre Cristóbal era un fraile de misa y olla. Por el contrario, era hombre de grande autoridad entre los suyos, y en toda la comarca; pero era tal la condición de los capuchinos entonces, que nada para ellos era demasiado bajo, ni demasiado elevado. Servir a la clase ínfima del pueblo, y ser servidos por los poderosos; entrar en los palacios y en las chozas con humildad y franqueza; ser a veces en una misma casa objeto de burla, y un personaje sin el cual nada se decidía; pedir limosna en todas partes, y darla a todos los que la pedían en el convento; todas estas eran cosas a que estaba acostumbrado un capuchino. Andando por las calles le era tan fácil encontrarse con un príncipe que le besase el cordón, como con un tropel de muchachos que, aparentando reñir entre ellos, le salpicasen la barba con lodo. La palabra «fraile» era en aquellos tiempos palabra de honor y de menosprecio, y los capuchinos, quizá más que otra orden religiosa, eran el objeto de dos sentimientos contrarios, experimentando de consiguiente los dos opuestos destinos; porque no poseyendo bienes algunos, llevando un traje extrañamente distinto del común, y haciendo profesión más visible de humillaciones, se exponían más de cerca a la veneración o al vilipendio, según el diferente humor y el distinto modo de pensar de los sujetos con quienes se rozaban.

Apenas salió fray Galdino, cuando Inés exclamó:

—¡Tantas nueces, y en este año!

—Perdone usted, madre mía —respondió la joven—; si hubiéramos dado una limosna como los demás, ¿quién sabe cuánto tiempo hubiera tenido que dar vueltas fray Galdino para llenar el saco? ¡y Dios sabe cuándo con sus pláticas y sus cuentos hubiera vuelto al convento, y se hubiera olvidado...!

—Tienes razón, hija mía —dijo Inés—, y al cabo lo que se da de limosna nunca es perdido.

En esto llegó Lorenzo, y entrando con mal semblante echó despechadamente las gallinas sobre una mesa.

—¡Bravo consejo me dio usted! —dijo a Inés—. ¡A buen sujeto me ha enviado usted a ver! ¡Cómo ayuda a los pobres!

Y en seguida contó cuanto le había sucedido con el Abogado. La buena mujer, aturdida con tan fatal resultado, se esforzaba por probar que el consejo era bueno, pero que quizá Lorenzo no habría sabido ejecutarlo; en fin, Lucía cortó la disputa, diciendo que ella esperaba haber encontrado un expediente mejor. Entregóse Lorenzo también a la esperanza, como les sucede a todos los desgraciados que se hallan metidos en algún embrollo, y después de varias razones, dijo que si el padre Cristóbal no encontraba remedio, él de un modo o de otro lo encontraría. Las dos mujeres le aconsejaron la prudencia y la paz.

—Mañana —añadió Lucía— vendrá sin falta alguna el padre Cristóbal, y verán ustedes cómo halla algún arbitrio de los que a nosotros por nuestra ignorancia ni siquiera pueden pasarnos por la imaginación.

—Así lo espero —dijo Lorenzo—; pero en todo caso yo buscaré una salida; que por fin en este mundo no deja de haber justicia.

Con tan tristes razonamientos, y con las idas y venidas que hemos referido, se pasó aquel día, y ya empezaba a oscurecer.

—¡Buenas noches! —dijo tristemente Lucía.

—¡Buenas noches! —respondió aun más tristemente Lorenzo, que no acertaba a marcharse.

—Algún santo nos ayudará —replicó la joven—; ten prudencia y resignación.

Otros consejos de la misma clase agregó la madre, y el novio se marchó con el corazón angustiado, y repitiendo muchas veces: «por fin en este mundo no falta quien haga justicia.» ¡Tan cierto es que el hombre que padece una gran aflicción, no sabe lo que se dice!

IV.
Una vocación.

Todavía no se dejaba ver el sol en el horizonte cuando el padre Cristóbal salió de su convento de Pescarénico para ir a la casita en donde le aguardaban. Pescarénico es una corta aldea en la orilla izquierda del Ada, o por mejor decir, del Lago, a pocos pasos del puente: fórmanla un pequeño grupo de casas de pescadores, cuyas paredes se ven de trecho en trecho tapizadas con redes puestas a secar, y otros varios instrumentos de pesca. El convento está situado (todavía existe el edificio) a alguna distancia del pueblo, pasando entre los dos el camino que va desde Leco a Bérgamo. El cielo estaba despejado y sereno, y a medida que el sol salía por detrás del monte, su luz bajaba de la cumbre de las montañas opuestas, desplegándose rápidamente por las pendientes y los valles. Un vientecillo de otoño desprendía de las moreras las hojas ya amarillas, llevándolas a caer a alguna distancia del árbol.

En las viñas a derecha e izquierda brillaban con un color rojo variado los pámpanos de los sarmientos todavía frescos, y los surcos recién labrados se distinguían por su color oscuro de las rastrojeras blanquecinas y relucientes con el rocío. Alegre era su perspectiva; pero contristaba la vista cada aldeano que pasaba. Encontrábanse sin cesar mendigos macilentos y andrajosos, o envejecidos en este oficio, u obligados entonces por la necesidad a pedir limosna. Pasaban tristemente al lado del padre Cristóbal, le miraban con respeto, y aunque nada podían esperar de él, pues un capuchino jamás tocaba dinero, le saludaban como dándole gracias por la limosna que recibían en el convento. No menos doloroso era el cuadro que presentaban los labriegos, diseminados por los campos. Algunos echaban a la tierra las semillas con escasez y a disgusto, como quien aventura cosas que teme desperdiciar, y otros manejaban el azadón con flojedad y desaliento. La zagaleja flaca y descolorida llevando del cordel la vaca extenuada, y mirando al suelo, a manera de quien busca alguna cosa, se bajaba de cuando en cuando, con el fin de coger para

alimento de la familia ciertas hierbas, habiendo el hambre enseñado al hombre que con ellas se puede sostener la vida. Aumentaban semejantes objetos la tristeza del buen religioso, el cual caminaba con el desagradable presentimiento de que iba a oír alguna desgracia. Pero, preguntarán mis lectores, ¿por qué este fraile tomaba tanto interés por Lucía? ¿por qué al primer aviso se puso en camino con tanta presteza como si le llamara el padre Provincial? ¿Y quién era este padre Cristóbal? Es preciso satisfacer a semejantes preguntas.

Era el padre Cristóbal de *** un hombre cuya edad se acercaba más a los sesenta años que a los cincuenta. Su cabeza rapada, a excepción de lo que formaba la corona, solía alzarse de cuando en cuando con movimientos de orgullo y de impaciencia, pero al momento se inclinaba por reflexión de humildad. La barba canosa, y tan larga que le llegaba hasta el pecho, realzaba las facciones superiores del rostro, a las cuales más bien daba gravedad que disminuía su expresión la abstinencia habitual de muchos años; y aunque sus ojos hundidos estaban por lo regular inclinados al suelo, algunas veces brillaban con repentina viveza.

No siempre había sido el padre Cristóbal el que era entonces, ni su nombre el que acabamos de darle, pues en la pila recibió el de Ludovico.

Fue su padre un mercader que, hallándose con muchas riquezas en los últimos años de su vida, y con este hijo único, dejó el comercio por vivir a lo grande.

En su nuevo estado de ociosidad, dio en avergonzarse tanto de haber sido útil a la patria en su antigua profesión, que predominado de semejante extravagancia, buscaba todos los medios posibles para hacer olvidar que había sido mercader, y él mismo hubiera querido olvidarlo; pero el almacén, la vara de medir y los fardos se le presentaban siempre a la memoria, como a Macbeth la sombra de Bancuo, entre la suntuosidad de las mesas y la lisonjera sonrisa de los parásitos. Y es indecible el cuidado con que estos aduladores procuraban evitar hasta la más mínima palabra que aludiese a su antigua profesión, tanto, que no volvió a ser convidado un imprudente gorrista que, contestando a cierta chanza del amo de la casa, le dijo que hacía orejas de mercader.

De esta manera el padre de Ludovico pasó los últimos años de su vida en continuas angustias, temiendo siempre ser escarnecido, sin reflexionar jamás que el vendedor no es más ridículo que el comprador, y que aquella profesión de que tanto se avergonzaba entonces, la había ejercido muchos años con honra y utilidad suya y del público. Sin embargo, dio una educación esmerada a su hijo, según las luces y las costumbres de aquel tiempo, proporcionándole buenos maestros, tanto en letras como en ejercicios caballerescos, y murió dejándole rico y joven. Ludovico había contraído hábitos de caballero, y los aduladores entre quienes se crió, le acostumbraron a ser tratado con mucho respeto; pero cuando quiso mezclarse con los nobles principales de la ciudad, encontró las cosas muy diferentes de lo que se había figurado, y vio que para tratar con ellos convenía hacer estudio de paciencia y de sumisión, quedar siempre debajo, y tragarse a cada momento alguna píldora amarga.

No siendo este modo de vivir conforme a su educación ni a su carácter, se separó de la nobleza despechado; pero le molestaba semejante separación, porque se creía con derecho para alternar con ella. No pudiendo con este contraste de inclinación y de odio tratar familiarmente con los principales del pueblo, y deseando, sin embargo, ponerse a su nivel, se dedicó a competir con ellos en lujo y boato, granjeándose de este modo con su dinero envidias, enemistades y befa. Por otra parte, su índole honrada y al mismo tiempo violenta le había empeñado muy de antemano en una lucha más seria. Tenía naturalmente horror a toda injusticia y violencia, y aumentaba este horror la calidad de las personas que con más frecuencia las cometían, y que justamente eran las que él odiaba. Para satisfacer todas estas pasiones a la vez, tomaba partido con gusto en favor de toda persona débil oprimida, se complacía en tenérselas tiesas a un prepotente, se metía en un empeño, buscaba otro; tanto, que poco a poco vino a constituirse protector declarado de los oprimidos, y vengador de los agravios. Ardua era la empresa, y no hay que preguntar si el pobre hombre tendría enemigos, lances y cavilaciones, porque, además de la guerra exterior, le agitaban continuamente combates interiores, pues para salirse con la suya en un negocio (sin contar los diferentes en que

quedaba desairado) se veía él mismo precisado a emplear manejos y tramas que no aprobaba su conciencia.

Debía rodearse de un número crecido de bravos, y tanto por su propia seguridad, como para el logro de sus intentos, tenía que elegir los más atrevidos, esto es, los más malvados, y por amor a la justicia vivir con facinerosos. Por esta razón, más de una vez, o desalentado por una acción malograda, o inquieto por un peligro inminente, fastidiado de cuidar siempre de su propia defensa, disgustado de sus compañías, y pensando en el estado futuro de sus intereses, que cada día iban a menos, ya por lo que empleaba en buenas obras, ya por lo que le costaban las expediciones aventuradas, pensó en meterse fraile, que en aquel tiempo era el medio más acertado de salir de embrollos.

Pero esto, que quizá en todo el discurso de su vida no hubiera sido sino una ocurrencia pasajera, se convirtió en resolución, a consecuencia de un accidente el más grave de cuantos hasta entonces le habían sucedido.

Paseábase un día por la ciudad en compañía de un antiguo factor de su casa, al cual su padre le había trasformado en mayordomo, y de dos bravos que le seguían. El mayordomo, que se llama Cristóbal, era un hombre de unos cincuenta años, muy adicto desde joven a su amo, a quien había visto nacer, y con cuyo salario y liberalidades vivía y mantenía cómodamente a su esposa y ocho hijos.

Vio Ludovico asomar de lejos cierto caballero valentón prepotente, de quien, aunque nunca había hablado con él, era odiado de muerte, pagándole en la misma moneda, porque en aquel siglo, y aun en el día, suelen las gentes odiarse sin conocerse ni haberse visto nunca. Venía el caballero acompañado de cuatro bravos y con aire de perdonavidas, y él y Ludovico muy arrimados a la pared. Es de notar que Ludovico llevaba la derecha, y que, según costumbre, no tenía obligación de cederla a persona alguna, cosa de que en aquel tiempo se hacía gran caso, como lo hacen aun en el día algunos necios. Pensaba el otro que como a noble se le debía ceder la acera en virtud de otra costumbre, porque en éste como en otros muchos puntos estaban en vigor dos costumbres opuestas, sin que jamás se decidiese cuál de las dos debía prevalecer; lo que daba margen a contiendas y lances funestos cuando se encontraban dos cabezas destornilladas, o dos personas ridículas o de mala educación. Venían, pues, los dos tan cosidos a la pared que parecían dos figuras de medio relieve; y así que se hallaron cara a cara, el caballero, mirando de la cabeza a los pies a Ludovico, dijo con ceño y tono orgulloso que se apartase.

—Usted debe apartarse —respondió Ludovico— pues la acera es mía.

—Con personas de mi clase no vale esa regla. La acera es mía siempre.

—Eso sería si la insolencia de las personas de su clase fuera ley para mí.

Las dos comitivas se habían parado cada una detrás de su principal, mirándose al soslayo, y con las manos puestas en la daga, como prontos a la pelea. La gente que iba pasando se paraba a observar a cierta distancia, y su presencia animaba más el puntillo de los dos contendientes.

—Deja la acera, hombre vil, si no quieres que yo te enseñe el modo de proceder con los caballeros.

—¡Cómo vil! mientes una y mil veces.

—Tú eres quien mientes en desmentirme —esta respuesta era de tabla—. Si fueras caballero como yo, pronto te hiciera ver con la espada quién es el mentiroso.

—Salida de cobarde para evadirse de sostener con los hechos la insolencia de las palabras.

—Echad al arroyo a ese tuno —dijo el caballero a los suyos.

—Ahora lo veremos —repuso Ludovico, dando un paso atrás y desenvainando la espada.

—¡Insolente! —gritó el otro sacando la suya—; cuando tu sangre haya manchado la mía, sabré hacerla mil pedazos.

Arrojáronse de esta manera el uno contra el otro, y los criados de ambas partes corrieron a la defensa de sus respectivos amos.

La lucha era desigual, tanto por el número, cuanto porque Ludovico trataba más bien de quitar los golpes y desarmar al enemigo que de matarle; pero éste quería su muerte a toda costa. Ludovico había ya recibido de un bravo una puñalada en el brazo izquierdo y un rasguño en la cara, y el caballero se le echaba encima para rematarle, cuando Cristóbal, viendo a su amo en peligro, se abalanza con el puñal al enemigo, quien volviendo contra él toda su ira, le traspasó con la espada.

Al ver esto Ludovico, como fuera de sí, metió la suya por el vientre al provocador, el cual cayó muerto casi al mismo tiempo que el desgraciado Cristóbal. Malparados los asesinos que acompañaban al caballero, viéndole en el suelo echaron a huir. Los de Ludovico, igualmente maltratados, viendo que ya no había con quien habérselas, y no queriendo encontrarse con la gente que de todas partes acudía, pusieron también pies en polvorosa, y Ludovico se halló solo con aquellos dos cadáveres, en medio de una inmensa muchedumbre.

—¿Cómo ha sido? ¡un muerto!

—¡No, sino dos!

—¿Quién le ha abierto ese ojal en el vientre? ¿A quién han muerto?

—¡Aquel prepotente!

—¡Santa María, qué horror!

—No hace tanto la zorra en un año como paga en una hora.

—¡También él acabó! ¡Qué tragedia!

—¿Y ese otro desgraciado?

—¡Jesus, qué horror!

—Libradle, libradle.

—También él está fresco.

—¡Válgame Dios! ¡cómo está!

—Huya usted, infeliz.

—Huya usted, no se deje echar la mano.

Estas exclamaciones que se oían entre el bullicio confuso de aquel inmenso concurso, expresaban la opinión general, y con el consejo vino también el auxilio. El hecho había sucedido cerca de una iglesia de capuchinos, asilo, como todos saben, impenetrable en aquel tiempo para los esbirros, y para todo el conjunto de personas y cosas a que se da el nombre de justicia. Allí la turba condujo, o por mejor decir, llevó casi sin sentido al matador, y los religiosos le recibieron de mano del pueblo que se lo recomendó, diciendo que era un hombre de bien que había muerto a un bribón orgulloso, por verse precisado a defender su vida.

Hasta entonces Ludovico no había derramado sangre humana, y aunque en aquel tiempo el homicidio era cosa tan común que a nadie causaba novedad, sin embargo es imponderable la impresión que hizo en su ánimo la idea de un hombre muerto en su favor y otro por su mano; de modo que fue para él un descubrimiento de nuevos afectos. La caída de su enemigo con la alteración de aquellas facciones que pasaron instantáneamente desde la amenaza y el furor al abatimiento de la muerte, fue un espectáculo que cambió en un momento el ánimo de Ludovico. Arrastrado, digamos así, al convento, no sabía en dónde se hallaba ni lo que pasaba por él; y cuando volvió en su acuerdo se encontró en una cama de la enfermería en manos del religioso cirujano (los capuchinos entonces tenían uno en cada convento), el cual aplicaba cabezales y vendas a las heridas que recibió en la reyerta. Se había llamado ya para que acudiese al paraje de la catástrofe a un religioso, cuyo encargo era asistir a los moribundos, y que muchas veces había ejercido su oficio en las calles. Vuelto al convento, a los pocos minutos entró en la enfermería, y acercándose a la cama de Ludovico:

—Consuélese usted —le dijo— pues a lo menos ha muerto bien, encargándome alcanzase de usted su perdón, así como él le otorgaba el suyo.

Estas palabras animaron al desconsolado Ludovico, excitando con mayor fuerza y más distintamente los confusos sentimientos que agitaban su ánimo, a saber, la pena por el amigo muerto, la aflicción y los remordimientos por el golpe que salió de su mano, y al mismo tiempo la dolorosa compasión en favor del hombre a quien quitó la vida.

—¿Y el otro? —preguntó con ansia al Padre.

—Ya había expirado —contestó— cuando yo llegué.

Entretanto, en las inmediaciones del convento, en sus avenidas, bullía el pueblo curioso; pero llegados los esbirros, hicieron despejar, poniéndose en acecho a cierta distancia de las puertas, de modo que nadie pudiese salir sin ser visto. Presentáronse también armados de pies a cabeza un hermano del muerto, dos primos, y un tío anciano con gran comitiva de bravos, rondando el convento, y mirando con ceño y ademán de despecho a los esbirros, los cuales, aunque no se atrevían a decir: «bien empleado le está», lo llevaban escrito en la cara.

Apenas pudo Ludovico llamar a examen sus pensamientos, hizo que le trajesen un confesor, y le suplicó que buscase a la viuda de Cristóbal, y le pidiese perdón en su nombre, por haber sido causa aunque involuntaria de aquella desgracia, asegurándola al mismo tiempo que de su cuenta corría la subsistencia de la familia. Reflexionando luego sobre su situación, se renovó en él con más fuerza que nunca el pensamiento de tomar el hábito, ya que otras veces le había pasado por la cabeza. Parecióle que el mismo Dios le había puesto en aquel camino, manifestándole su voluntad con haberle traído a un convento de capuchinos en aquella ocasión; y adoptando irrevocablemente este partido, llamó al Guardián, y le expuso su determinación. La respuesta fue que convenía tener cuidado con las resoluciones precipitadas; pero que si persistía en su designio, no sería desechado. Con esto mandó llamar a un escribano, e hizo una donación de todo lo que tenía, que era todavía un rico patrimonio, a la familia de Cristóbal, a saber, una cantidad crecida a la viuda, y el resto a los hijos.

La resolución de Ludovico convenía mucho a los capuchinos, que por culpa de él se hallaban en un gran compromiso. Hacerle salir del convento, y exponerle al rigor de la justicia, esto es, a la venganza de sus enemigos, era un partido sobre el cual ni siquiera se podía entrar en deliberación. Hubiera sido lo mismo que renunciar a sus privilegios, desacreditar el convento en el concepto del pueblo, granjearse la animadversión de todos los capuchinos del globo por haber dejado violar sus derechos, y concitar contra sí a todas las autoridades eclesiásticas, que entonces se consideraban como tutoras de aquellas inmunidades. Por otra parte, la familia del muerto, muy poderosa, y con relaciones de valimiento, había jurado vengarse, y declaraba enemigos suyos a cuantos contribuyesen a estorbarlo. La historia no dice si sintieron mucho su muerte, ni tampoco si se derramó una sola lágrima en toda la parentela; solamente hace mérito de que los parientes ansiaban tener entre sus garras al matador vivo o muerto, y tomando Ludovico el hábito, todo quedaba hecho tablas; porque de esta manera parecía aquello una retractación pública, se imponía él mismo una penitencia, se declaraba implícitamente culpado, abandonaba todo empeño, y en fin, era un enemigo que entregaba las armas. Por otra parte, los parientes del muerto podían cacarear, si querían, que se había metido fraile por desesperación, o temiendo su resentimiento; y últimamente reducir un hombre a desprenderse de sus bienes, a raparse la cabeza, a ir descalzo, dormir en la paja, y a vivir de limosnas, podía parecer un castigo más que suficiente aun al ofendido más orgulloso y vengativo.

Presentóse el padre Guardián con humildad desembarazada al hermano del muerto, y después de mil protestas de respeto hacia la ilustre familia, y de su deseo de complacerla en todo cuanto estuviese en su mano, habló del arrepentimiento de Ludovico, y de su resolución de entrar religioso, insinuando también con maña que la casa debía tener en ello una satisfacción, y dando a entender, aun con más destreza, que, agradase o no agradase, la cosa debía verificarse. Furibundo se

manifestó el hermano, pero el buen Padre dejó que desahogase su cólera, y sólo de cuando en cuando repetía: «Ese dolor es muy justo.» Dijo entre otras cosas que la familia sabría tomarse una satisfacción; y el Capuchino, cualquiera que fuese su opinión, no le contradijo; por último pidió, o, por mejor decir, exigió como condición que el matador de su hermano saliese de la ciudad; y el Guardián, que así lo había resuelto, convino en lo que solicitaba, dejando que creyese, si quería, que aquel era un acto de obediencia.

De este modo quedó concluido el negocio; contenta la familia, que se libraba de un compromiso; contentos los frailes, que salvaban a un hombre y sus inmunidades sin granjearse enemigo alguno; contentos los fanáticos por los privilegios de la nobleza, porque veían terminado el asunto con honra; contento el pueblo, que, al paso que veía salir de un pantano a un sujeto bienquisto, admiraba una conversión; y por último, contento más que todos, en medio de su dolor, el mismo Ludovico, el cual principiaba una vida de expiación y de penitencia, que podía, si no reparar, a lo menos enmendar el mal, y acallar los penosos estímulos de sus remordimientos. Afligióle un instante la sospecha de que su resolución pudiera atribuirse al miedo; pero se consoló luego con pensar que esta misma opinión sería para él un castigo y un medio de expiación. De este modo a los treinta años vistió el hábito, y debiendo, según el uso, tomar otro nombre, eligió uno que le recordase a cada instante sus yerros, para purgarlos, y se llamó fray Cristóbal.

Concluida la ceremonia de tomar el hábito, le intimó el Guardián que fuese a hacer su noviciado al pueblo de*** a sesenta leguas de distancia, y que saliese al siguiente día. Bajó el novicio la cabeza, y pidió una gracia, diciendo:

—Permítame vuestra reverencia que antes de salir de esta ciudad, en donde he derramado la sangre de un hombre, y en donde dejo una familia gravemente ofendida, yo a lo menos la resarza de semejante agravio y le manifieste mi pesar por no poder reparar el daño con pedir perdón al hermano del muerto y aplacar con el auxilio divino su resentimiento.

Pareciéndole al Guardián que semejante acto, además de ser en sí bueno, contribuiría a reconciliar cada vez más la familia con el convento, marchó en derechura a exponer al hermano del muerto el deseo del padre Cristóbal. Tan inesperada propuesta excitó en el ánimo del caballero un nuevo arrebato de cólera; pero templado con vanidosa complacencia, y después de haber estado pensativo algunos instantes, dijo: «que venga mañana»; y señaló la hora. Volvió el Guardián al convento con la noticia del permiso.

Pensó inmediatamente el caballero que cuanto más solemne y ruidoso fuese aquel acto de sumisión, tanto más se aumentaría su crédito en el concepto de los parientes y del público, y sería (según el estilo moderno) una hermosa página en la historia de la familia. Hizo avisar aprisa a todos los parientes para que se sirviesen acudir a su casa a la hora del mediodía siguiente a recibir una satisfacción en común. Al mediodía, en efecto, bullía el palacio de caballeros y damas de todas edades: se veían ir y venir y cruzarse por todas las salas ricas capas, plumas de varios colores, grandes espadas, gorgueras menudamente plegadas y almidonadas, y vestidos de mil maneras bordados: y en la antesala, en los patios, y aun en la calle, era inmenso el número de lacayos, cocheros, pajes, bravos y curiosos. Vio fray Cristóbal aquel aparato, y sospechando el motivo, se turbó algún tanto; pero recobrándose al momento, dijo así: «Es justo: le maté en público, en presencia de tanto enemigo suyo; aquel fue un escándalo, ésta es la satisfacción.» Así, pues, con los ojos bajos, y el Padre compañero al lado, entró por la puerta, cruzó el gran patio entre la turbamulta que lo miraba con curiosidad poco ceremoniosa, subió la escalera, y pasando por medio de otra muchedumbre elegante, que se separaba dejándole paso y siguiéndole con la vista, llegó hasta el amo de la casa, el cual, rodeado de los parientes más propincuos, estaba de pie en medio de la última sala con la cabeza levantada y los ojos bajos, la mano izquierda apoyada al puño de la espada, y la derecha sobre el pecho sosteniendo el cuello de la capa.

Hay a veces en el continente y en el rostro de un hombre cierta expresión tan clara, que entre un número inmenso de personas inclina a todas a formar de él un mismo juicio. El rostro y el

continente de fray Cristóbal decía claramente que no se había metido fraile ni hacía aquel acto de humillación por temor humano; y esto principió a conciliarle los ánimos. Así que vio al ofendido, apresuró el paso, se echó de rodillas a sus pies, cruzó las manos sobre el pecho, y bajando la cabeza rapada, se expresó en estos términos:

—Yo soy el homicida del hermano de usted. Bien sabe el Señor que quisiera restituirle la vida a costa de mi sangre; pero no pudiendo sino pedir perdón, le suplico que acepte por Dios mi arrepentimiento.

Todos los ojos estaban clavados en el novicio y en el personaje a quien hablaba; todos los oídos prestaban atención a sus expresiones. Al callar fray Cristóbal, se levantó en toda la sala un murmullo expresivo de compasión y respeto.

El caballero, que estaba en actitud de forzada condescendencia y de ira comprimida, se conmovió también al oír aquellas palabras, y bajándose hacia el religioso, le dijo con voz alterada:

—Levántese, Padre... la ofensa... el hecho a la verdad... mas el hábito que usted lleva, y también por usted; pero Padre, levántese... Mi hermano... no puedo negarlo, era un caballero... un hombre... algo precipitado... algo vivo. Es cierto que todo sucede por disposición de Dios... No se hable ya del asunto... Pero, Padre, usted no debe estar en esa postura.

Y cogiéndole del brazo le levantó. Fray Cristóbal de pie, pero con la cabeza baja, contestó:

—¿Conque podré esperar que usted me perdone? Y si usted me concede su perdón, ¿de quién no podré esperarle? ¡Ah! si yo pudiera oír de su boca esa palabra: ¡perdón!

—¡Perdón! —replicó el caballero—; ya usted no lo necesita; pero pues lo desea, yo le perdono de corazón, y todos...

—¡Todos, todos! —gritaron a la vez los circunstantes. Manifestáronse entonces en la cara del religioso gozo y agradecimiento, sin que por eso se dejase de traslucir un profundo arrepentimiento del mal que no reparaba suficientemente el perdón de los hombres. Conmovido el caballero por sí mismo y por la común exaltación de los circunstantes, echó los brazos al cuello a fray Cristóbal, y le dio y recibió el ósculo de paz. Un *¡bravo!* un *¡muy bien!* repetido resonó por todas partes. Agolpáronse todos y rodearon al religioso.

Llegaron entretanto los criados con abundantes refrescos, y acercándose el caballero a fray Cristóbal, que indicaba querer despedirse, le dijo:

—Padre, tome usted alguna cosa: deme usted esta prueba de amistad.

Y se dispuso a servirle antes que a los demás; pero negándose el padre Cristóbal con urbana y afectuosa resistencia:

—Estas cosas —dijo— no son ya para mí; pero no permita Dios que yo deseche sus ofrecimientos. Estoy para ponerme en camino: tenga usted, pues, la bondad de mandarme traer un pan para que pueda yo decir que he disfrutado su limosna, que he comido su pan, y que he conseguido una señal de su perdón.

Habiéndolo mandado así el caballero, se presentó el mayordomo con un pan en una bandeja de plata, poniéndolo en manos del religioso, el cual, después de tomarlo y dar las gracias, pidió licencia para ausentarse. Abrazó otra vez al amo de la casa, y a los que estando más inmediatos se apresuraron a darle los brazos, costándole trabajo el poder separarse de ellos. También en las demás piezas y en la antesala tuvo que hacer esfuerzos para desprenderse de los criados, y hasta de los bravos, que le besaban la extremidad del hábito y el cordón; y en la calle le llevó el pueblo como en triunfo, acompañándole hasta la puerta de la ciudad, por donde salió para principiar su pedestre viaje con dirección a la casa de su noviciado.

No es nuestro ánimo escribir la historia de su vida claustral: diremos solamente que cumpliendo siempre gustosa y exactamente con las obligaciones que con frecuencia se le imponían de predicar y asistir a los moribundos, no perdía ocasión de llenar otros dos deberes que él mismo

se había impuesto, a saber: el de cortar disensiones y proteger a los oprimidos. En esta resolución entraba, sin que él lo advirtiese, algún poco de su antiguo hábito, y un resto de aquel espíritu belicoso que no pudieron extinguir del todo las humillaciones y las penitencias. Su lenguaje era por lo regular llano y humilde; pero cuando se trataba de justicia, o de verdad combatida, se enardecía pronto, y su ímpetu antiguo, reunido y modificado con el énfasis adquirido en el uso de la predicación, daba a aquel lenguaje un carácter particular. Su continente, lo mismo que su aspecto, indicaban una larga guerra entre un genio pronto y fuerte, y una voluntad opuesta, habitualmente victoriosa, siempre sobre sí, y dirigida por motivos e inspiraciones superiores.

Si alguna pobre desconocida, hallándose en el caso de Lucía, hubiese implorado su favor, el padre Cristóbal se hubiera prestado inmediatamente a protegerla; pero tratándose de Lucía, acudió con tanto más interés, cuanto conocía y admiraba su inocencia y virtud. Ya estaba sobresaltado con el riesgo que corría, y había excitado su enojo la torpe persecución declarada contra ella. A esto se agregaba que habiéndola aconsejado, por mejor acuerdo, que no hiciese novedad ni hablase del asunto, temía que el consejo pudiese haber producido algún triste resultado, y en este caso acompañaba al ardor de su innata caridad aquella angustia escrupulosa que atormenta frecuente mente a los buenos.

Pero mientras nosotros hemos estado contando sus hechos, el padre Cristóbal llegó a casa de Lucía y se asomó a la puerta: Lucía y su madre dejaron las devanaderas, y se levantaron diciendo a una voz:

—¡Padre Cristóbal, sea usted bien venido!

V.
Una cuestión ardua.

Paróse a la puerta el buen religioso, y apenas miró a las dos mujeres, conoció que era cierto su presentimiento, y así, con aquel tono de voz con que se pregunta, temiendo una desagradable respuesta, dijo:

—¿Y bien?

Y Lucía contestó prorrumpiendo en llanto. Empezó la madre pidiéndole perdón por la molestia; pero el Padre se adelantó, y sentándose en un banquillo, cortó todos los cumplimientos de Inés, diciendo a Lucía:

—No hay que afligirse, ¡pobre muchacha!

Y volviéndose a Inés, añadió:

—Y usted dígame lo que hay.

Mientras la buena mujer hacia su relación lo mejor que podía, el padre Cristóbal mudaba de cuando en cuando de color, a veces levantaba los ojos al cielo, otras hería el suelo con el pie, y concluido el relato, se cubrió con ambas manos la cara, exclamando:

—¡Bendito sea Dios! hasta dónde...

Pero sin concluir la frase, y vuelto a las dos mujeres, dijo:

—¡Pobrecillas! Dios quiere probar a ustedes... ¡Pobre Lucía!

—¿Y nos abandonará usted?—dijo Lucía sollozando:

—¡Abandonaros! —contestó el religioso— ¡No quiera Dios que tal haga! No os desalentéis: Dios os asistirá: Dios todo lo ve, y puede valerse de un hombre de la nada como yo, para confundir a un... Vamos a pensar lo que se puede hacer.

Diciendo esto, apoyó el codo izquierdo en la rodilla, inclinó la frente sobre la palma de la mano, y con la derecha apretó la barba como para discurrir; pero cuanto más pensaba, tanto más grave y complicado le parecía el negocio, y más escasos, inciertos y peligrosos los recursos.

«Avergonzar a D. Abundo —decía para sí—, hacerle conocer que falta gravísimamente a su obligación; pero ¿qué son obligación y vergüenza para quien está poseído del miedo? ¿Amedrentarle más? Y ¿qué medios tengo yo para infundirle otro mayor recelo que el que ya le ha infundido la perspectiva de un escopetazo? ¿Informar de esto al Cardenal Arzobispo, y reclamar su autoridad? Para esto se necesita tiempo. ¿Y entretanto? ¿Y después? Por otra parte, aun cuando esta inocente se casase, ¿sería un freno para ese hombre?... ¿Quién sabe hasta dónde podría llegar su atrevimiento? ¿Resistirle? ¿Cómo? ¡Si pudiera ser que tomasen partido los Padres de mi comunidad! ¡Los de Milán! Pero no es un negocio común, y me abandonarían. Ese hombre se vende por amigo del convento, se jacta de ser partidario de los capuchinos, y sus bravos se han refugiado más de una vez entre nosotros: me hallaría solo en la danza: quizá me tacharían de caviloso, de embrollón, de busca ruidos; y lo más malo es que, con una intentona intempestiva, pudiera acaso empeorar la suerte de esta infeliz.

Pesadas todas las circunstancias en favor y en contra, le pareció que el mejor partido sería el de arrostrar al mismo D. Rodrigo, procurando distraerle de su infame designio con súplicas, con recordarle los castigos de la otra vida, y aun con los de esta si fuese posible. A turbio correr se podría por lo menos de este modo conocer hasta qué punto llega su obstinación en seguir su brutal empeño, descubrir mejor su intención, y proceder en su consecuencia.

Mientras el padre Cristóbal estaba discurriendo de esta manera, Lorenzo, que no sabía estar separado de aquella casa, se presentó en la puerta; pero viendo al Padre embebecido, y que las mujeres le hacían señas de no estorbarle, se mantenía en el umbral callando. Al levantar la cabeza el padre Cristóbal para comunicar a las dos mujeres lo que había determinado, le atisbó y saludó de un modo que indicaba su acostumbrada benevolencia aumentada con la compasión.

—¿Le han dicho a usted, Padre?… —le preguntó Lorenzo con voz alterada.

—¡Demasiado! y por eso he venido.

—¿Qué dice usted de aquel bribón?

—¿Qué quieres tú que diga? Está lejos: de nada servirían mis palabras. Lo que te digo a ti, es que pongas la confianza en Dios, y que él no te abandonará.

—¡Benditas sean sus palabras! —exclamó el joven—. Usted no es de los que siempre tiran a los pobres como el señor cura y el bueno de aquel abogado.

—No revuelvas lo que sólo puede servir para afligirte inútilmente. Yo soy un pobre fraile; pero te repito lo que acabo de decir a estas infelices, que en lo poco que valgo no os abandonaré nunca.

—Ya veo que usted no es como los amigos del día. ¡Embusteros! ¡Quién hubiera creído las protestas que en otro tiempo me hacían! Según se expresaban, hubieran dado toda su sangre por servirme: contra el mismo demonio me hubieran sostenido si hubiese sido necesario. Con que yo hubiera hablado, la cosa estaba concluida: el que me hubiese ofendido no hubiera vuelto a comer pan: ¡y ahora si usted viese cómo se niegan!...

Aquí levantando Lorenzo los ojos, notó que el Padre había mudado de aspecto: conoció que había dicho algún disparate, y queriendo enmendarle se embrollaba cada vez más.

—No era mi ánimo… —prosiguió—; quería decir...

—¿Qué querías decir? —interrumpió el Capuchino—. ¿Malograr mi obra antes que yo la hubiese empezado? ¡A bien que te has desengañado a tiempo! ¿Buscas amigos? ¡Y qué amigos! ¿No sabes tú que sólo Dios es el amigo de los afligidos que confían en su bondad? ¿Ignoras que los medios reprobados nunca salen bien? Y aunque se consiga el objeto, ¿cuál es el fin del resultado? Lorenzo, ¿quieres fiarte de mí? ¡Qué digo de mí, pobre fraile! ¿Quieres poner en Dios tu confianza?

—Sí, señor —respondió Lorenzo.

—Pues bien —continuo el padre Cristóbal— prométeme que no acometerás a nadie, que no provocarás a persona alguna, que te guiarás por lo que yo te diga.

—Lo prometo.

Dio Lucía un profundo suspiro como si se le quitase un peso de encima, e Inés dijo:

—¡Bien! eso es ser mozo de juicio.

—Escuchad, hijos —prosiguió el padre Cristóbal—, hoy voy a hablar a ese caballero. Si Dios le toca el corazón, y da fuerza a mis palabras, bien; cuando no, Él nos proporcionará otro remedio. Vosotros entretanto no os mováis, no hagáis conversación de esto, y no os dejéis ver. Esta noche, o a más tardar mañana por la mañana, nos veremos.

Dicho esto, cortó todas las demostraciones dirigidas a darle gracias y a bendecirle, y salió encaminándose al convento. Llegó a la hora del coro, rezó, comió luego, e inmediatamente se puso en camino para la cueva donde vivía la fiera que intentaba amansar.

El palazuelo de D. Rodrigo se eleva aislado, a manera de los antiguos castillejos, en la cumbre de uno de los collados de que se forma aquella cordillera. El paraje caía más arriba de la aldea de los dos novios, a unas tres millas de distancia, y a cuatro del convento. A la falda del monte por la parte que mira al lago se hallaba un grupo de casuchas, habitadas por colonos de D. Rodrigo, y aquella era como la miserable capital de su mezquino reino. Con pasar por allí bastaba para formarse una idea de la condición y de las costumbres del país. Echando una mirada a las habitaciones bajas, cuyas puertas estaban entreabiertas, se veían colgados de las paredes, sin orden, escopetas, azadones, rastrillos, sombreros de paja y bolsas para pólvora. Las gentes que se encontraban eran hombres de mala catadura, con un gran tufo, recogido en una redecilla de varios colores; ancianos que, aunque ya sin garras, estaban siempre prontos a enseñar los dientes; mujeres de gesto varonil, brazos membrudos y dispuestos a obrar como auxiliares de la lengua con la más leve ocasión; y hasta en los mismos muchachos que jugaban en la calle, se advertía un no sé qué de arrojado y provocativo. Dejó fray Cristóbal las casas atrás, se metió por una senda en figura de caracol, y llegó a un estrecho llano delante del palacio. La puerta estaba cerrada, porque siendo la hora de comer, no quería el amo que nadie le molestase. Las pocas y pequeñas ventanas que caían a la calle, aunque cerradas por puertas apolilladas y medio caídas, tenían fuertes rejas de hierro, y las del piso bajo eran tan altas que apenas hubiera podido asomarse un hombre encima de otro.

Reinaba alrededor un profundo silencio, y cualquier pasajero la hubiera creído una casa abandonada, a no ser por cuatro criaturas, dos vivas y dos muertas, que puestas en simetría por la parte de afuera, daban indicios de que había gentes en ella. Clavados estaban en la puerta con las alas abiertas y la cabeza colgando, dos buitres enormes, el uno medio consumido y casi sin plumas, y el otro entero todavía y en buen estado; y dos bravos tendidos en dos bancos, uno a cada lado de la puerta, estaban de guardia, esperando que los llamasen a gozar de los restos de la mesa del amo. Paróse el Padre en ademán de quien se propone aguardar; pero se levantó uno de los bravos diciendo:

—Entre usted, Padre, que aquí no se hace aguardar a los capuchinos. Nosotros somos amigos del convento, y yo he vivido allí en cierta época en que el aire de fuera no era muy saludable para mí; y a la verdad que si me hubieran cerrado la puerta, no lo hubiera pasado muy bien.

Diciendo esto, dio dos aldabazos; a los golpes respondió inmediatamente el ladrido de los perros de guarda y de los gozquecillos, y poco después llegó refunfuñando un criado viejo; pero viendo al Padre, le hizo una profunda reverencia, sosegó a los perros con la mano y con la voz, introdujo al religioso al primer patio, y volvió a cerrar: condújole después a una sala, y mirándole con apariencia de admiración, le dijo:

—¿No es usted el padre Cristóbal de Pescarénico?

—El mismo.

—¿Y usted aquí?

—Ahí verá usted.

—Será para hacer algún bien.

—Cierto.

—Ya se ve: en todas partes se puede hacer bien —continuo el criado entre dientes.

Y siguiendo adelante los dos, después de haber pasado unas cuantas piezas oscuras, llegaron a la puerta del comedor. Oíase dentro un ruido confuso de cucharas, tenedores, cuchillos, vasos, platos de peltre, y sobre todo de voces de diferentes personas que estaban disputando. El Padre quería retirarse, y aguardar a que hubiesen acabado de comer; y mientras porfiaba sobre ello con el criado, se abrió la puerta. Sentado frente de la misma estaba un primo de D. Rodrigo llamado el conde Atilio, el cual, viendo al Capuchino y su modesta resistencia, gritó:

—Adelante, Padre, adelante; no se nos escape usted.

Sin conocer D. Rodrigo el motivo preciso de aquella visita, sólo por cierto presentimiento la hubiera evitado con gusto; pero ya con aquella salida del Conde no le pareció conveniente negarse, y así dijo:

—Entre usted, Padre, entre usted.

Entró entonces fray Cristóbal saludando al amo, y correspondiendo de una y otra parte a los saludos de los convidados.

Cuando un hombre de bien se presenta al frente de un malvado, a todos agrada figurársele con la cabeza erguida, el mirar firme y la lengua suelta; pero para que tenga semejante actitud es necesario que concurran muchas circunstancias difíciles de reunir; y así no es de extrañar que el padre Cristóbal, a pesar del testimonio de su conciencia, del convencimiento firme de la justicia de la causa que iba a defender, y del horror y compasión que a un mismo tiempo le inspiraba D. Rodrigo, estuviese con cierta cortedad delante de aquel hombre, en su propia casa, en su reino, digámoslo así, rodeado de amigos, de obsequios, de indicios de su poder, y con una cara capaz de helar en la boca del más osado cualquiera petición o consejo, cuanto más una advertencia o una reconvención. A su derecha estaba sentado el conde Atilio, su primo y compañero de libertinaje, el cual había ido de Milán a pasar algunos días con él en el campo; a la izquierda se hallaba con gran respeto, templado con cierta muestra de seguridad y pedantería, el *Podestá* o alcalde mayor del distrito, el mismo que hubiera debido administrar justicia a Lorenzo, y aplicar a D. Rodrigo las penas establecidas en los bandos de que hemos hecho mención. Enfrente del *Podestá* estaba nuestro abogado Tramoya en ademán respetuoso y sumiso, con capa negra, y la nariz más colorada que nunca; y frente de los dos primos, dos convidados oscuros, que no hacían más que comer, bajar la cabeza y aprobar con sonrisa aduladora todo lo que decía cualquiera de los comensales, cuando no había quien le contradijese.

—Una silla al Padre —dijo D. Rodrigo.

Y al momento se la acercó un criado. Sentóse fray Cristóbal, disculpándose en pocas palabras por haber ido en hora inoportuna, y acercándose después al oído de D. Rodrigo, añadió con voz más baja, que deseaba hablarle a solas acerca de un negocio de importancia.

—Bien, bien, hablaremos —respondió D. Rodrigo— y entretanto que traigan un vaso para el Padre.

Quería fray Cristóbal eximirse, pero levantando D. Rodrigo la voz entre la gresca, que de nuevo empezaba, decía a gritos:

—No por vida mía; no me hará usted semejante desaire; no quiero que se diga que un capuchino ha salido de está casa sin probar el vino de mi bodega, ni un acreedor insolente la leña de mis bosques.

Siguióse a estas palabras una carcajada general, y con ella quedó un momento interrumpida la cuestión, que se agitaba con mucho calor entre los convidados. Trajo un criado en una salvilla de plata un vaso en forma de cáliz, presentándosele al padre Cristóbal, el cual teniendo por falta de urbanidad resistirse más a las vivas instancias de un hombre de quien tanto necesitaba en aquella ocasión, condescendió bebiendo pausadamente algunos sorbos.

La cuestión que discutían entonces estaba fundada sobre el hecho siguiente: Un caballero envió un cartel de desafío a otro, y no hallando el mensajero en su casa al desafiado, entregó la esquela a un hermano suyo, el cual, después de leerla, apaleó al dador. El Conde aprobaba la acción, el *Podestá* la afeaba, defendiendo en forma escolástica su opinión. En fin, después de muchas voces y gritos sin entenderse unos a otros, se empeñó D. Rodrigo como por befa disimulada en que decidiese la cuestión el padre Cristóbal. Negóse éste por algún tiempo, alegando que no entendía de semejantes materias; pero al fin, hostigado por todos, dijo que su parecer sería que no hubiese desafíos ni palos, ni mensajeros de aquella clase.

Los convidados se miraron todos como pasmados.

—¡Vaya —interrumpió el conde Atilio— que la sentencia es original! Perdone usted, Padre; se ve que usted no conoce el mundo.

—¿Quién, el Padre? —dijo D. Rodrigo— ¡ay, ay! primo. Lo conoce mejor que tú. ¿No es verdad, Padre? ¿No es cierto que usted también ha corrido sus caravanas?

Fray Cristóbal, en vez de contestar a tan maliciosa insinuación, no habló palabra.

—No será extraño —dijo el primo—; ¿y cómo se llama el Padre?

—Padre Cristóbal —respondieron casi todos a la vez.

—Pues, padre Cristóbal, muy señor mío —prosiguió el Conde—, veo que usted quisiera trastornar el mundo de arriba a bajo. Sin desafíos y sin palos, ¡adiós pundonor! ¡Impunidad para toda la canalla! Por fortuna, la cosa no es posible.

—Ea, Abogado —saltó D. Rodrigo, que no quería que siguiese la disputa entre su primo y el Padre—, ea, usted, que sabe dar la razón a todos, veamos cómo apoya el argumento del padre Cristóbal.

—A la verdad —respondió el Abogado con el tenedor en el aire, y volviéndose al religioso—, a la verdad, no comprendo cómo el padre fray Cristóbal, que al paso que es buen religioso es también hombre de mundo, no ha reflexionado que su sentencia, excelente para el púlpito, nada vale (y usted perdone) en una disputa de caballería; pero el Padre sabe, mejor que yo, que todas las cosas son buenas en su lugar, y yo creo que esta vez ha querido salir del paso con una pulla en lugar de dar una sentencia.

Tampoco a esto respondió fray Cristóbal; pero D. Rodrigo, cansado de esta cuestión, quiso promover otra, con cuyo objeto dijo:

—He oído que en Milán corrían voces de que se trataba de un convenio.

Nuestros lectores quizá sabrán que en aquel año estaba encendida la guerra por la herencia del ducado de Mantua; porque habiendo fallecido sin sucesión masculina Vicente Gonzaga, había entrado en aquel estado el duque de Nevers, su pariente más inmediato.

Luis XIII, o por mejor decir, el cardenal Richelieu, quería sostenerle en él por ser afecto suyo y naturalizado francés; Felipe IV, o por mejor decir, el conde-duque de Olivares, se oponía por las mismas razones, y había declarado guerra a la Francia. Como por otra parte el ducado de Mantua era feudo del Imperio, las dos partes contendientes andaban en negociaciones con el emperador Fernando II, la una para que diese la investidura al nuevo Duque, y la otra, no sólo para que la negase, sino para que contribuyese a echarle del Ducado.

Sosteniendo el Conde que las cosas se arreglarían, dijo que tenía razones y fundamento para pensarlo.

—No lo crea usted, señor Conde —contestó el *Podestá*—. Aunque en este rincón, no estamos a ciegas de lo que pasa, porque el señor Gobernador español, que me estima más que merezco, y por ser hijo de un criado del Conde-Duque, debe saber alguna cosa...

—No se canse usted —interrumpió el Conde—; yo en Milán hablo todos los días con otros personajes, y sé de buena tinta que el Papa, que está muy empeñado en la paz, ha hecho proposiciones...

—Así debe ser —replicó el *Podestá*—. La cosa está en regla. Su Santidad cumple con su obligación. Un Papa debe siempre poner paz entre los príncipes cristianos; pero el Conde-Duque tiene su política, y...

—¿Y qué? ¿Sabe usted cómo piensa el Emperador en este asunto? ¿Cree usted que en el mundo no hay más que Mantua? Hay muchas cosas a que atender, señor mío. ¿Sabe usted, por ejemplo, hasta qué punto puede el Emperador fiarse en este momento de su príncipe de Valdistaino, o Valdistain, como se llama, y sé...

—El nombre verdadero en alemán —interrumpió otra vez el *Podestá*— es Wallenstein, como he oído muchas veces que lo pronuncia el Gobernador español. No tenga usted miedo, que antes de mucho...

—¿Querrá usted ahora darme lecciones...? —replicó el Conde.

Pero D. Rodrigo lo tocó con la rodilla indicándole que terminase la disputa; y, en efecto, habiendo callado el Conde, soltó el *Podestá* la taravilla, pronunciando un largo y pedantesco elogio del Conde-Duque, y sabe Dios cuándo hubiera concluido, si D. Rodrigo, fastidiado, y estimulado también por los gestos de su primo, no hubiese puesto término al pesadísimo e insustancial razonamiento del *Podestá*, mandando a un criado que trajese unos frascos de vino superior, que estaba reservado para los postres.

—Señores,—dijo luego,—vamos a brindar a la salud de D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, y después me dirán ustedes si el vino corresponde al personaje.

Y tomando en la mano el vaso prosiguió diciendo:

—¡Viva el conde de Olivares, duque de Sanlúcar, y gran privado del Rey nuestro señor!

—¡Viva el Duque! —repitieron todos.

—Traed un vaso al padre —dijo D. Rodrigo.

—Perdone usted —respondió fray Cristóbal—, ya he cometido un exceso, y no quisiera...

—¿Cómo? —dijo D. Rodrigo—; se trata de brindar a la salud del Conde-Duque. ¿Quiere usted que le tenga por partidario de los Navarrinos? (que así se llamaban entonces en Italia, por escarnio, los franceses, deduciendo esta denominación de los príncipes de Navarra que empezaron a reinar en Francia con Enrique IV.)

A esta insinuación tuvo que beber el fraile. Todos los convidados prorrumpieron en exclamaciones, celebrando el vino, a excepción del abogado, el cual con levantar la cabeza, abrir los ojos más de lo regular, y fruncir los labios, decía mucho más que con un largo panegírico.

—¿Qué le parece usted, señor Abogado? —preguntó don Rodrigo.

El Abogado sacando del vaso la nariz más reluciente y colorada que nunca, alabó con énfasis el vino, y después los banquetes de D. Rodrigo, añadiendo que la penuria general estaba desterrada de aquel recinto.

Esta palabra penuria, pronunciada sin intención, dio margen a que todos dirigiesen su discurso a tan triste objeto; y aunque en lo principal estaban de acuerdo, sin embargo, la gritería era mayor que si hubiese habido discordia en los pareceres: todos hablaban a un tiempo.

—En realidad, no hay semejante escasez —decía uno—; la causa son los logreros.

—¿Y los panaderos —decía otro— que ocultan el trigo? Es menester ahorcarlos sin compasión.

—No, señor —gritaba el *Podestá* como letrado—, formarles causa.

—¡Qué causa! —gritaba más recio el Conde— ¡Justicia sumaria! Coger tres o cuatro, o seis de los que, según la opinión general, son los más ricos y los más malos, y ahorcarlos inmediatamente.

—¡Escarmientos ejemplares! —decían otros a la vez— Sin esto nada se consigue.

—¡Ahorcarlos! ¡Ahorcarlos! y saldrá el trigo a carretadas.

Sólo el que se haya hallado en una numerosa orquesta, cuando los músicos todos a la vez templan sus instrumentos haciéndolos chillar lo más fuerte posible, para oírlos mejor entre el ruido y la bulla de los concurrentes, podrá formarse una idea de tan absurdos razonamientos. Entre tanto, andaban los vasos alrededor de la mesa, y como los elogios del vino exquisito se interpolaban con aquellos principios de jurisprudencia económica, las palabras más frecuentes y más sonoras que se distinguían eran *ambrosía* y *ahorcarlos*.

Entre tanto, D. Rodrigo echaba de cuando en cuando ciertas miradas al padre Cristóbal, y le veía inmóvil y firme sin dar la más mínima señal de impaciencia ni de prisa, y sin hacer movimiento alguno que propendiese a indicar que estaba allí aguardando; pero sí con semblante de no querer marcharse sin ser oído.

De buena gana le hubiera enviado a pasear; pero despedir a un capuchino sin haberle oído, no entraba en las reglas de su política. En el supuesto, pues, de que no era posible evitar aquella incomodidad, resolvió salir presto del paso: se levantó de la mesa con toda la comitiva, sin que cesase la gritería; pidió licencia por un momento a los convidados, se acercó con mesurado continente al Capuchino que también se había levantado, y le dijo:

—Padre, estoy a las órdenes de usted.

Y le condujo consigo a otra pieza.

VI.
El lobo y el mastín.

—¿En qué puedo servir a usted? —dijo D. Rodrigo plantándose en medio de la sala, y aunque las palabras fueron estas, el tono con que las pronunció daba claramente a entender que mirase con quién hablaba, que pesase bien las palabras y que despachase.

Para animar a nuestro fray Cristóbal no había medio más seguro ni más expedito que el de apostrofarle con altivez; y, efectivamente, mientras estaba suspenso buscando las palabras y pasando entre los dedos las cuentas del rosario, que tenía colgado de la cintura, como si buscase en alguna de ellas el exordio de su discurso, al ver aquel modo de D. Rodrigo, le ocurrieron más expresiones de las que necesitaba; pero pensando luego cuánto importaba no echar a perder su asunto, o por mejor decir, el ajeno, corrigió y templó las frases que le habían ocurrido, y dijo con meditada humildad:

—Vengo a proponer a V. S. un acto de justicia, y a pedirle una caridad. Algunos hombres de depravada conducta han comprometido el nombre de V. S. para intimidar a un pobre cura, e impedirle que cumpla con su obligación en perjuicio de dos inocentes. V. S. puede con una sola palabra desmentir a los malvados, restablecer el orden, y reanimar aquellos a quienes se hace semejante extorsión. V. S. lo puede, y pudiéndolo, la conciencia, el honor...

—Usted, Padre, me hablará de mi conciencia —interrumpió D. Rodrigo— cuando vaya a pedirle consejo: por lo que toca al honor, tenga entendido que es cuidado que a mí solo me

pertenece, a mí únicamente, y que cualquiera que pretenda tomar parte en él es un atrevido que lo ultraja.

Convencido fray Cristóbal de que D. Rodrigo tomando pie de sus palabras trataba de dar otro giro al asunto con tergiversaciones, se empeñó todavía más en sufrir, y resuelto a tolerar cuanto aquel altanero quisiese decirle, respondió con la mayor sumisión:

—Si acaso se me ha escapado alguna expresión que pueda desagradar a V. S., crea que ha sido sin intención. Corríjame, pues, y repréndame si no sé hablar como conviene; pero dígnese escucharme. Por amor de Dios, de aquel Dios ante cuya presencia hemos de comparecer todos... (diciendo esto, tenía en la mano la calavera de hueso pendiente del rosario) no se obstine en negar una justicia tan fácil y tan debida a unos infelices. No olvide que Dios tiene los ojos sobre ellos, y que allá arriba se escuchan sus imprecaciones: la inocencia es muy poderosa, y...

—Vamos, Padre —interrumpió con enojo D. Rodrigo—, el respeto que me merece su hábito es muy grande; pero si alguna cosa pudiese hacer que lo olvidase, sería el verle puesto en una persona que se atreviese a venir a hacer de espía en mi propia casa.

Encendieron estas palabras el rostro del religioso; pero con semblante de quien traga una amarguísima pócima, replicó:

—Ese título de ningún modo me conviene. Bien conoce V. S. en su interior que esta acción no es ni vil ni despreciable. Señor D. Rodrigo, escúcheme V. S., y quiera el cielo que no tenga que arrepentirse de no haberme escuchado. No haga estribar su gloria... ¡qué gloria! V. S. es poderoso aquí abajo; pero...

—¿Sabe usted —interrumpió D. Rodrigo con impaciencia y con ira—, sabe usted que cuando se me antoja oír un sermón sé irme a la iglesia como los demás? Pero ¡en mi casa! —continuó con risa sardónica— ¡en mi casa! Usted me encumbra demasiado. ¡Predicador en mi casa! Sólo lo tienen los príncipes.

—Y aquel Dios que pide cuenta a los príncipes de las palabras que envía a sus oídos en sus mismos palacios; aquel Dios que ejerce ahora para con V. S. un acto de misericordia, enviando uno de sus ministros, indigno, miserable, pero ministro suyo, a suplicar por una inocente...

—En una palabra, Padre —dijo D Rodrigo en ademán de marcharse—, yo no comprendo lo que usted me habla; entiendo sólo que debe haber alguna mozuela que le interese mucho. Vaya, pues, a confiárselo a otros, y no se tome la libertad de importunar así a un caballero.

—Me intereso, es verdad —replicó el Padre, poniéndose delante de D. Rodrigo, y alzando las manos en aire de súplica y con el objeto de detenerle—; me interesan entrambos más que si fuesen mi propia sangre. Señor D. Rodrigo, yo nada puedo hacer en favor suyo, sino rogar a Dios por ellos, y lo haré con todo mi corazón. No me niegue V. S. esta gracia: no quiera prolongar las angustias de aquellos inocentes: con una palabra suya todo está acabado.

—Pues bien —replicó D. Rodrigo—, ya que usted cree que yo puedo hacer mucho por esa persona; ya que tanto le interesa, aconséjela usted que venga a ponerse bajo mi protección; nada le faltará entonces, y le doy mi palabra de honor que nadie se atreverá a molestarla.

A semejante propuesta, la indignación del religioso, reprimida hasta entonces, rompió los diques. Desvaneciéronse todos los propósitos de sufrimiento y paciencia: el hombre antiguo se halló de acuerdo con el hombre nuevo, y en este caso fray Cristóbal valía por dos.

—¡Vuestra protección! —exclamó, retirándose dos pasos atrás y apoyándose sobre el pie derecho, puesta la mano izquierda en la cadera; y levantando la derecha hacia el caballero con el índice extendido, clavó en él los ojos, y arrojando fuego por ellos, repitió:— ¡Vuestra protección! Basta ya: con esa infame propuesta llegó al colmo la medida de vuestros excesos, y ya ningún miedo me inspiráis.

—¿Qué es lo que hablas, fraile imprudente?

—Hablo como se habla a una persona dejada de la mano de Dios. ¡Vuestra protección! Ya sabía yo que Dios había tomado bajo la suya a la inocente Lucía. Ya veis cómo pronuncio su nombre sin reparo alguno, con frente serena, con ojos impávidos.

—¡Cómo! ¿En mi casa?...

—Tengo lástima de esta casa; sobre ella está pendiente la maldición del Todopoderoso. Sería de ver que la justicia de Dios respetase cuatro paredes y cuatro asesinos... ¿Cómo podéis creer que Dios ha hecho una criatura a imagen suya para daros el derecho de atormentarla? ¿Pensabais que Dios no sabría defenderla? Habéis despreciado su aviso, y vos mismo habéis pronunciado vuestra sentencia. Endurecido estaba como el vuestro el corazón de Faraón, y Dios supo hacerle pedazos. Lucía está libre de vuestras asechanzas, yo os lo aseguro, yo miserable fraile; y por lo que a vos toca, oíd lo que os pronostico; un día...

Hasta entonces había quedado inmóvil D. Rodrigo entre la rabia y el asombro; pero cuando oyó comenzar una predicción, se agregó en él a la ira un remoto y misterioso terror: agarró con furor la mano amenazadora del Capuchino, y levantando la voz para acallar la del infausto profeta, gritó:

—¡Ea pronto! Quítate de mi presencia, villano insolente.

Estas palabras dejaron estático al padre Cristóbal. A las ideas de amenaza y de villanía estaban en su mente de tal modo asociadas las de humildad y silencio, que al oír aquel apóstrofe se apagó en un momento el fuego de su enojo y de su entusiasmo, sin quedarle otra acción que escuchar sumisamente cuantos improperios quiso añadir don Rodrigo. Al fin, retirando la mano con mesura de entre los dedos del caballero, bajo la cabeza y se quedó inmóvil, como al ceder el viento en lo más fuerte de una borrasca, aquieta y compone naturalmente sus ramas un árbol antiguo, y recibe la granizada como el cielo se la envía.

—Vete de aquí —prosiguió D. Rodrigo—, y da gracias al sayal que te cubre.

Así diciendo, le señaló con desprecio una puerta opuesta a la que le sirvió de entrada. El Padre inclinó la cabeza y se fue, cerrando tras sí la puerta, cuando vio en aquella estancia escurrirse un hombre rozándose con la pared, como para no ser visto desde la sala anterior, y conoció que era el criado viejo que le abrió la puerta de la calle. Hacía cuarenta años que este hombre vivía en la casa, esto es, antes que naciera D. Rodrigo, habiendo entrado a servir a su padre, persona de carácter enteramente distinto. A su muerte, el nuevo amo despachó a toda la familia, renovándola con otra gente; sin embargo, conservó aquel criado, ya por ser viejo, ya porque, aunque de índole y costumbres diferentes de las suyas, recompensaba esta falta con dos cualidades de que hacía D. Rodrigo gran caso, y eran que tenía en gran concepto la dignidad de su casa, y una gran práctica del ceremonial, cuya tradición y particularidades más mínimas conocía más que otro alguno. El pobre viejo jamás se hubiera atrevido en presencia de su amo ni siquiera a indicar la menor desaprobación de lo que a cada paso veía, y sólo de cuando en cuando prorrumpía en exclamaciones y alguna reconvención entre dientes a sus compañeros, que muchas veces se burlaban de él, divirtiéndose en provocarle a que echase algún sermón en alabanza de los antiguos usos del palacio. Con esto sus censuras nunca llegaban a oídos del amo, sino acompañadas de la relación de la burla que se hacía de ellas, por manera que aun para él eran un objeto de mofa sin resentimiento: y luego, en los días de convite, el viejo era el hombre de más importancia.

Miróle al pasar fray Cristóbal, le saludó, y continuaba su camino, cuando el viejo se acercó a él misteriosamente, se puso el índice en los labios, luego con el mismo índice le hizo una seña para que entrase en un corredor oscuro: allí le dijo con voz baja que todo lo había oído, y que tenía que hablarle.

—Diga usted, pues, buen hombre —respondió el Padre.

—Aquí, no señor —replicó el viejo—. ¡Dios me librara de que el amo lo advirtiese! Pero yo podré saber muchas cosas, y mañana iré al convento...

—¿Hay algún plan?

—Algo hay sin duda: he llegado a conocerlo; pero ahora estaré sobre aviso y lo sabré todo. Descuide usted, Padre... Veo cosas... ¡Qué cosas...! ¡Estoy en una casa...! Yo lo que quiero es salvar mi alma.

—Dios bendiga a usted —dijo fray Cristóbal; y profiriendo estas palabras, puso la mano sobre la cabeza del criado que, aunque más viejo, estaba inclinado delante de él con la sumisión de un niño—. Dios se lo pagará a usted —continuo el Capuchino—, pero no deje de ir mañana.

—Iré sin falta —contestó el viejo—, pero usted márchese al instante, y por Dios no me descubra.

Y acechando alrededor, salió por el otro lado del corredor a una sala que caía al patio. Viendo que el campo estaba libre, llamó al Padre, le indicó la puerta principal, y el Capuchino salió sin hablar palabra.

Por lo visto, este criado había estado escuchando a la puerta. ¿Y había hecho bien? ¿Hacía bien el padre Cristóbal en alabarle por eso? Según las reglas generales y comunes, la acción es reprensible; pero ¿no podía ser aquel un caso exceptuado? ¿Y hay excepciones para las reglas generales de moralidad? Estas cuestiones las resolverá el lector si quiere. Nosotros no tratamos de exponer nuestra opinión; nos limitamos a referir los hechos.

Viéndose el Padre en la calle, y vueltas las espaldas a aquella caverna, respiró con más libertad, bajando aceleradamente la cuesta con la cara encendida, y con grande agitación interior, de resultas de lo que había oído y visto. Pero no dejaba de alentarle el ofrecimiento del criado, pareciéndole que con esto el cielo le había dado una prueba visible de su protección.

—Éste es un hilo —decía para sí— que pone en mis manos la Providencia en esa misma casa, sin que yo ni remotamente lo buscase.

Discurriendo de esta manera, levantó los ojos hacia el Occidente, y viendo que el sol se aproximaba a la cumbre de la montaña, advirtió que quedaban pocas horas de día. Entonces, aunque quebrantado por las fatigas de aquella jornada, apresuró el paso para llevar una razón cualquiera a sus protegidos, y llegar al convento antes que anocheciese, que era una de las reglas que se observaban con más rigor en los conventos de su orden.

En este intermedio se habían propuesto y ventilado en la casilla de Lucía ciertos proyectos, de que es necesario informar a nuestros lectores. Después de haber salido el religioso, quedaron algún tiempo sin hablar los tres individuos restantes. Lucía preparaba tristemente la comida; Lorenzo indeciso trataba de marcharse a cada instante por no verla afligida, y no sabía separarse de ella; Inés, ocupada al parecer con su devanadera, estaba madurando en su mente un pensamiento, y cuando le pareció haberlo combinado todo, rompió el silencio en estos términos:

—Hijos míos, escuchad: si tenéis el ánimo y la maña que se necesita, y queréis fiaros de vuestra madre, yo me prometo sacaros del atolladero, mejor, y quizá más presto que fray Cristóbal, a pesar del hombre que es.

Lucía quedó parada y miró a su madre de un modo que más expresaba admiración que confianza; pero Lorenzo dijo inmediatamente:

—Una vez que sólo se necesita ánimo y destreza, diga usted pronto lo que hay que hacer.

—¿No es cierto —prosiguió Inés— que si estuvieseis casados, ya habría mucho adelantado, y que a todo lo demás se le encontraría remedio?

—No cabe duda —dijo Lorenzo—; ¡ah! ¡como estuviésemos casados!... En fin, todo el mundo es país, y a dos pasos de aquí, en el territorio de Bérgamo, reciben con los brazos abiertos a cualquiera que trabaje en seda. ¿Sabéis cuántas veces Bartolo, mi primo Bartolo me ha escrito me fuera allá con la certeza de que haría fortuna, como la ha hecho él? Nunca hice caso, porque tenía aquí el corazón. Una vez casados, nos iríamos todos juntos: pondríamos casa allí, y viviríamos en

santa paz, lejos de las garras de ese bribón, y lejos de la tentación de hacer un desatino. ¿No es verdad, Lucía?

—Sí —dijo Lucía— pero ¿cómo?...

—¿Cómo? Yo diré —replicó Inés— ¡Ánimo y maña! Y la cosa es fácil.

—¿Fácil? —dijeron Lucía y Lorenzo a la vez.

—Fácil, como se sepa hacer —prosiguió Inés—. Escuchad, y lo comprenderéis vosotros mismos. He oído decir a personas que lo saben, y yo misma he visto un caso, que para hacer un casamiento es precisamente necesario el cura; pero no es necesario que quiera, pues basta que se halle presente.

—¿Cómo es eso? —preguntó Lorenzo.

—Escucha y lo oirás —prosiguió Inés—. Conviene tener prontos dos testigos muy ladinos y bien impuestos. Se busca al cura; la dificultad consiste en cogerle descuidado, y que no pueda escaparse. El novio dice: «Señor cura, ésta es mi mujer»; y la novia dice: «Señor cura, éste es mi marido.» Es preciso que el cura y los testigos lo oigan bien, el casamiento queda hecho, y tan válido como si lo hubiera hecho el Papa en persona. Dichas estas palabras, por más que el cura chille, que alborote, que se dé al diablo, no hay remedio, sois marido y mujer.

—¿Será posible? —exclamó Lucía.

—¿Cómo? —dijo Inés— ¿Conque en treinta años que estoy en el mundo antes que vosotros, no habré aprendido nada? La cosa es como os la digo; por más señas, que una amiga mía que quería casarse con uno contra la voluntad de sus padres, consiguió de esta manera su intento. El cura, que tenía sospechas, estaba sobre aviso; pero los dos diablillos hicieron la cosa con tanta maña, que le cogieron descuidado; dijeron las palabras, y quedaron casados, aunque la pobrecilla se arrepintió luego a los tres días.

La cosa, en efecto, sucedía como la pintaba Inés. Los casamientos contraídos de este modo eran entonces, y fueron hasta nuestros días, considerados como válidos; pero como no acudían a semejante expediente sino las personas que encontraban obstáculo por la vía ordinaria, los curas procuraban evitar semejante cooperación forzada, y cuando alguno de ellos se veía sorprendido por una de tales parejas con sus testigos, buscaba todos los medios para zafarse como Proteo de las manos de los que querían obligarle a vaticinar por fuerza.

—¡Si fuera eso verdad, Lucía! —dijo Lorenzo mirándola como quien espera una respuesta satisfactoria.

—¿Cómo si fuera verdad? —replicó Inés— ¿Tú también crees que yo cuento patrañas? Yo me afano por vosotros, y vosotros no me dais crédito; pues bien, componeos como podáis, que yo por mi parte me lavo las manos.

—¡Ah, no! No nos abandone usted —exclamó Lorenzo—. ¡Digo esto porque el recurso me parece demasiado bueno! Me pongo, pues, en sus manos como si fuera mi verdadera madre.

Disiparon estas palabras el enfado momentáneo de Inés, la cual olvidó un propósito que seguramente no fue sino de boca.

—Pero, madre —preguntó Lucía con su modesta sumisión—, ¿por qué no se le habrá ocurrido eso al padre Cristóbal?

—Sí se le habrá ocurrido —respondió Inés—; vaya si se le habrá ocurrido; pero no habrá querido decirlo.

—Pero ¿por qué? —preguntaron a la vez los dos jóvenes.

—¿Por qué?... ¿Por qué? —dijo Inés— Ya que queréis saberlo, porque los religiosos dicen que no es bien hecho.

—¿Cómo puede ser que la cosa no esté bien, ni esté bien hecha, cuando está hecha? —dijo Lorenzo.

—¿Qué quieres que yo te diga? —respondió Inés—. La ley la han hecho otros a su antojo, y nosotros los pobres nada entendemos de eso. Y luego cuántas veces... Mira, es lo mismo que soplarle a un pobre diablo un puñetazo: ello no es bien hecho; pero dado ya, ni el Pontífice se lo puede quitar de encima.

—Si es cosa mala —dijo Lucía— no debe hacerse.

—¿Qué? —dijo Inés—. ¿Acaso te querré yo dar un consejo contra la ley de Dios? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un mala cabeza, ya lo entiendo; pero estando yo contenta, y para casarte con este muchacho y oponerse a la violencia de un bribón... quizá el mismo señor Cura...

—Vaya, vaya —interrumpió Lorenzo—, la cosa es más clara que la luz del sol.

—No conviene —continuo Inés— hablar de eso al padre Cristóbal antes de hacer la cosa; pero hecha y logrado el intento, ¿qué piensas tú que dirá el Padre? Te dirá: «Hija mía, el desliz ha sido gordo, pero ya está hecho.» Los religiosos deben hablar así; pero no dudes de que en su interior se alegrará mucho.

Lucía, sin encontrar qué responder a semejante razonamiento, no parecía muy satisfecha; pero Lorenzo enteramente alentado, dijo:

—Siendo así, la cosa está concluida.

—Poco a poco —dijo Inés—, ¿y los testigos? ¿Y el modo de coger descuidado al señor Cura, que hace dos días que no sale de casa? ¿Y detenerle? que aunque es algo pesado, al veros, y al conocer vuestra intención, se pondrá más ligero que un gato, y escapará como el demonio del agua bendita.

—Ya he encontrado yo el medio; ya lo he encontrado —dijo Lorenzo, pegando una puñada tan fuerte en la mesa, que hizo saltar los platos dispuestos para la comida.

Y expuso en seguida su pensamiento, que aprobó Inés en todas sus partes.

—Estos son embrollos —dijo Lucía— no son cosas bien hechas. Hasta ahora hemos obrado bien; sigamos adelante con fe, que Dios nos ayudará. Lo ha dicho fray Cristóbal; oigamos antes su parecer.

—Déjate gobernar por quien sabe más que tú —contestó Inés con gravedad—. ¿Qué necesidad hay de pedir parecer a nadie? Dios dice: ayúdate, que yo te ayudaré. Al Padre se lo contaremos todo después.

—Lucía —dijo Lorenzo— ¿qué timidez es esa? ¿No hemos procedido hasta aquí como buenos cristianos? ¿No debía estar ya celebrado el matrimonio? ¿No nos había señalado el señor Cura el día y la hora? ¿Quién tiene, pues, la culpa, si nos ayudamos con un poco de maña? No, no creo que me faltes. Me voy, y vuelvo con la respuesta.

Y saludando a Lucía con tono de súplica, y a Inés con semblante de satisfacción, se marchó apresuradamente.

Suele decirse que los apuros aguzan el ingenio, y Lorenzo, que en el curso regular de su vida, no se había hallado hasta entonces en necesidad de afilar el suyo, discurrió en esta ocasión una treta capaz de honrar a cualquier jurisconsulto de aquella época. Con efecto, marchó en derechura a buscar a cierto amigo suyo llamado Antoñuelo, y le halló haciendo una polenta; su madre, su hermana y su mujer estaban sentadas a la mesa, y tres o cuatro niños en pie tenían los ojos clavados en el perol, esperando con ansia que lo quitasen del fuego. Mientras Lorenzo trocaba los saludos con la familia, volcó Antoñuelo sobre la mesa de pino la polenta, cuya mole no estaba en razón del número de los individuos de que se componía la familia, ni de su apetito, sino en la de los tiempos. Sin embargo, las mujeres convidaron a Lorenzo con el cumplimiento de «¿usted gusta?» que usan siempre los aldeanos de la Lombardía, cuando se presenta alguno en hora en que están comiendo.

—¡Gracias! —contestó Lorenzo—; sólo venía a hablar dos palabras con mi amigo; y si quieres, Antoñuelo, para no molestar a tu gente, iremos a comer juntos a la hostería, y allí hablaremos.

Gustoso aceptó Antoñuelo el convite, y tampoco le puso mala cara la familia, viendo disminuirse el número de los concurrentes a la comida. El convidado, sin preguntar más, se salió con Lorenzo a la calle.

Llegados a la hostería, y sentados con toda comodidad solos a una mesa, pues la miseria había ahuyentado de aquel sitio a todos los glotones, mandaron traer lo poco que había que comer; y apurado un jarro, Lorenzo en ademán misterioso dijo a su amigo:

—Si tú quieres hoy hacerme un favor, yo te haré otro bien grande.

—Dispón de mí como quieras; en el fuego me meteré por ti.

—Tú debes veinticinco libras al señor Cura por el arrendamiento del campo que labraste el año pasado.

—¡Ah, Lorenzo! tú me acibaras el beneficio que me haces. ¿Qué diablos me traes a la memoria? ¿Quieres que pierda las ganas de comer?

—Si te hablo de tu deuda es para proporcionarte el medio de pagarla.

—¿De veras?

—De veras, ¿y te gustaría?

—¡Si me gustaria! Vaya, aunque no fuera más que para no ver la mala cara que me pone el señor Cura siempre que nos encontramos. Y luego aquello de: «Antoñuelo, no te olvides; ¿cuándo nos hemos de ver para aquel asunto?» A la verdad que cuando en el púlpito me mira, se me figura que me va a pedir en público las veinticinco libras: además que entonces me volvería el collar de mi mujer, que en el día sería preciso conventirle en polenta. Pero...

—Déjate de peros. Si quieres hacerme un favor, están prontas las veinticinco libras.

—Habla.

—¡Pero!… —dijo Lorenzo poniéndose el dedo índice en los labios.

—A mí no tienes que encargarme el silencio, ya me conoces.

—El señor Cura —continuo Lorenzo— va sacando ciertas razones sin sustancia para dar largas en mi casamiento, y yo quisiera salir del paso. Parece que poniéndose delante de él los dos novios con dos testigos, y diciendo yo, por ejemplo, *ésta es mi mujer*, y Lucía, *éste es mi marido*, el casamiento queda hecho sin remedio; ¿me entiendes?

—¿Tú querrás que yo sirva de testigo? ¿No es así?

—Cierto.

—¿Y pagarás las veinticinco libras?

—Seguro.

—Dame esa mano.

—Pero es necesario buscar otro testigo.

—Ya le tenemos: el simple de mi hermano Gervasio hará lo que le diga; tú le darás para beber.

—Y también para comer. Le traeremos aquí con nosotros: pero, ¿sabrá representar el papel?

—Yo le enseñaré.

—Mañana, pues.

—Sí, mañana.

—A la caída de la tarde.

—Muy bien.

—¡Pero!… —dijo Lorenzo poniéndose otra vez el dedo en los labios.

—¿Es posible? —respondió Antoñuelo, doblando la cabeza sobre el hombro derecho con una cara que parecía decir: Tú me agravias.

—¿Y si tu mujer pregunta, como sin duda preguntará...?

—Son tantas las mentiras que le debo a mi mujer, que por muchas que le diga, me parece que nunca saldaremos la cuenta. Ya inventaré alguna novela con que acallar su curiosidad.

—Mañana por la mañana —dijo Lorenzo— nos pondremos de acuerdo en casa para que la cosa salga bien.

Con esto salieron de la hostería: Antoñuelo se fue a su casa estudiando en el camino el enredo con que había de satisfacer la curiosidad de su familia, y Lorenzo a dar cuenta de los pasos que había dado.

En este intermedio, Inés se había cansado en vano tratando de convencer a su hija, que siempre respondía ya con la una, ya con la otra parte de su dilema: «¿O la cosa es mala y no se debe hacer, o no lo es? ¿Y por qué entonces no lo decimos al padre Cristóbal?»

Llegó en esto Lorenzo triunfante, hizo su relación, y concluyó diciendo: «¿Y bien?» expresión que equivale a decir: ¿No soy yo todo un hombre? ¿No sé yo hacer las cosas como se debe?

Lucía meneaba la cabeza; pero Inés y Lorenzo, enfervorizados, poco caso hacían de ella, mirándola como a un niño, a quien no pudiendo hacer entender la razón, se espera que luego con súplicas o por autoridad se le obligará a prestarse a lo que se quiere.

—Todo va bien —dijo Inés —pero ¿no te ha ocurrido una cosa?

—¿Qué falta? —preguntó Lorenzo.

—¿Y Perpetua? A Antoñuelo y Gervasio los dejará entrar; pero a ti no lo creo, y menos a los dos. ¿Te parece que no tendrá orden de no dejaros entrar?

—¿Cómo lo haremos? —dijo Lorenzo poniéndose pensativo.

—¡Ahí verás tú! A mí ya me ha ocurrido. Iré yo también en vuestra compañía, y tengo un secreto para entretenerla y embaucarla, de modo que no ponga atención en vosotros, y así podréis entrar. La llamaré, y le tocaré cierta tecla... En fin, ya lo veréis.

—¡Bendita sea usted! —exclamó Lorenzo—. Siempre he dicho que usted es nuestro ángel tutelar.

—Pero todo esto de nada sirve, si no se convence a esta tonta, que se empeña en sostener que es pecado.

Ensayó también Lorenzo su elocuencia; pero Lucía no se daba a partido.

—Yo no sé —decía— qué responder a vuestras razones, pero veo que para hacer cosa tan santa, es necesario empezar con engaños, con mentiras y ficciones. Yo quiero ser tu mujer —esto lo decía poniéndose colorada—, pero ha de ser por el camino derecho, en la iglesia, como lo manda la ley de Dios; y sobre todo, ¿por qué andar con misterios con fray Cristóbal?

Duraba todavía la disputa, cuando ciertas pisadas presurosas de sandalias, y ruido de hábitos, semejante al que hacen las velas de un buque con las ráfagas del viento, anunciaron que llegaba fray Cristóbal. Callaron todos; y la madre de Lucía sólo tuvo tiempo para decir al oído a Lucía.

—¡Cuidado con que le digas nada!

VII.
Plan de batalla.

Venía el buen religioso con el continente de un capitán veterano que, perdida sin culpa suya una batalla importante, acude afligido, mas no desalentado; pensativo, mas no aturdido; en retirada, mas no huyendo, a donde le llama la necesidad para defender los puntos amenazados, reunir las tropas, y dar nuevas órdenes.

—¡La paz sea con vosotros! —dijo al entrar—. Nada hay que esperar de aquel hombre endurecido; por lo mismo, es necesario poner más confianza en Dios; y yo tengo ya alguna prueba de su protección.

Aunque ninguno de los tres fundaba grandes esperanzas en la tentativa del padre Cristóbal, porque el ver en aquella época a un poderoso desistir de una acción violenta, por mera condescendencia a súplicas desarmadas, y sin ser obligado por la fuerza, era cosa rara, si no inaudita; sin embargo, la triste certeza fue un golpe terrible para todos. Las mujeres bajaron la cabeza; pero la ira en el ánimo de Lorenzo sobrepujó al abatimiento. Semejante noticia le hallaba ya afligido y exasperado por una serie de sorpresas tristes, de tentativas inútiles, y de esperanzas frustradas; y sobre todo, agitado en aquel momento por la obstinación de Lucía.

—Quisiera saber —dijo, rechinando los dientes y levantando la voz, como nunca lo había hecho en presencia del padre Cristóbal—, quisiera saber qué razones ha alegado aquel perro para pretender que Lucía no se case conmigo.

—¡Pobre Lorenzo! —respondió el Capuchino con tono de lástima, y una mirada que encargaba con dulzura la moderación—. Si el poderoso que quiere cometer una injusticia tuviese que decir siempre los motivos, las cosas no irían como van.

—¿Conque el bribón ha dicho que no quiere, sin decir por qué no quiere?

—Ni eso ha dicho. ¡Pobre Lorenzo! Fuera también una ventaja el que para cometer una iniquidad hubiese que confesarla paladinamente.

—Pero alguna cosa ha debido decir, ¿y qué ha dicho aquel tizón del infierno?

—Yo he oído sus palabras, y no es fácil repetirlas. Las palabras del impío que es fuerte, penetran y se disipan. Puede ofenderse de que tú sospeches de él, y al mismo tiempo darte a conocer que tus sospechas son fundadas; puede insultar y suponerse insultado, vilipendiar y pedir una satisfacción, ofender y quejarse, desvergonzarse y creerse ultrajado; no me preguntes más. Ese hombre terco no ha tomado en boca tu nombre, ni el de esta inocente: no ha aparentado siquiera conoceros, ni manifestado la menor pretensión: sin embargo, he conocido, con harto dolor mío, que es inexorable. No obstante, ¡confianza en Dios! Vosotras, pobrecillas, no os desaniméis; y tú, Lorenzo, ¡ah! no creas que yo dejo de ponerme en tu lugar: sé lo que pasa en tu corazón; pero, ¡paciencia! Esta es una palabra de poco valor para el que no cree; pero tú... ¡Ah Lorenzo! deja obrar a Dios; yo tengo ya un hilo por donde podré ayudaros. No puedo deciros más por ahora. Mañana no vendré, porque tengo por vosotros que estar todo el día en el convento. Tú, Lorenzo, haz por llegarte allá, y si por algún accidente no pudieres, envíame un hombre de confianza o un muchacho de juicio, para avisaros de lo que ocurra. Ya es tarde, y no puedo detenerme. ¡Animo, pues, confianza! Y buenas noches.

Con esto salió apresuradamente dirigiéndose a tropezones por un atajo pedregoso, a fin de no llegar tarde al convento y tener que sufrir una corrección o alguna penitencia que le impidiese estar al día siguiente en disposición de hacer lo que fuese necesario para servir a sus protegidos.

—¿Han oído ustedes —dijo Lucía— lo que el Padre ha manifestado de no sé qué hilo que tiene para ayudarnos? Conviene, pues, confiar en él; es un hombre que cuando promete diez...

—¿Y eso qué significa? —interrumpió Inés—, debía haber hablado más claro, o a lo menos haberme llamado aparte y haberme dicho lo que hay.

—¡Cuentos! ¡cuentos! yo lo arreglaré todo —añadió Lorenzo a su vez, paseándose como fuera de sí por el cuarto, y con voz y semblante que no dejaban duda acerca del sentido de estas palabras.

—¡Ah, Lorenzo! —exclamó Lucía.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Inés.

—Claro está lo que quiere decir: que yo lo arreglaré todo, aunque tenga mil demonios que le ayuden: al cabo es de carne y hueso como yo.

—¡No, por amor de Dios!… —principió a decir Lucía; pero el llanto la impidió continuar.

—Esas expresiones —añadió Inés—, ni por chanza deben soltarse.

—¡Por chanza! —repitió Lorenzo, parándose frente de Inés y clavando en ella los ojos como furioso—. ¡Por chanza! Ya verá usted la chanza.

—¡Ah, Lorenzo! —dijo Lucía entre sollozos—; jamás te he visto como ahora.

—No digas esas cosas —replicó Inés apresuradamente bajando la voz—; ¿te has olvidado que tiene tantos brazos a su disposición?... Y aun cuando... ¡Dios nos libre!... Contra los pobres siempre hay justicia.

—La justicia la haré yo. Ya es tiempo... La cosa no es fácil, también lo conozco: mucho se guarda ese perro asesino; conoce lo que merece; pero no importa... ¡Paciencia y resolución! Llegará el momento... Sí; la justicia me la haré yo; yo libraré de un malvado a este país... ¡Cuántos me bendecirán! Y luego en un par de saltos...

El horror que experimentó Lucía al oír estas palabras ya más claras, contuvo su llanto, y le infundió ánimo para hablar. Quitando, pues, del rostro lloroso las manos, dijo a Lorenzo con tono dolorido, pero resuelto:

—¿Luego ya no te importa que yo sea tu esposa? Yo ofrecí mi mano a un joven timorato; pero a un hombre que fuese capaz... Aunque nada tuviera que temer de la justicia, aunque fuera hijo del rey...

—Pues bien —gritó Lorenzo con rostro inmutado—, tú no serás mía, pero ni tampoco suya. Yo quedaré sin ti; pero él irá a los profundos infiernos...

—¡Ah, no! ¡Por la Virgen María, no digas eso! No pongas esos ojos; no quiero verte de esa manera.

Diciendo esto Lucía, lloraba y suplicaba con las manos juntas, mientras Inés por su parte procuraba también sosegar a Lorenzo. Éste quedó inmóvil, pensativo, y casi conmovido un momento al ver aquella cara suplicante de Lucía; pero fijando de repente los ojos en ella, se retiró un paso, levantó el brazo, y cerrando el puño con rabia, exclamó:

—Así lo quiere; morirá pues; sí, morirá.

—¿Y yo qué es lo que te he hecho para que me mates? —dijo Lucía echándose a sus pies.

—¡Tú! —respondió Lorenzo con voz airada—, ¡tú! ¡En verdad que es mucho tu cariño! ¿Qué pruebas me has dado de quererme? ¿No te he pedido, suplicado, y más que suplicado? ¿Y he podido conseguir?...

—Sí, sí —contestó apresuradamente Lucía—, iré mañana contigo a ver al señor Cura: ahora mismo si quieres; pero sosiégate; iré.

—¿Me lo prometes? —dijo Lorenzo con voz más blanda y rostro menos alterado.

—Sí, lo prometo.

—Mira que lo has prometido.

—¡Ah! ¡gracias a Dios! —exclamó Inés, contenta por más de un motivo.

El autor del manuscrito de donde hemos sacado esta historia no se atreve a decir si Lorenzo, en medio de su arrebatamiento, había conocido la utilidad que podía producir el temor de Lucía, y si de consiguiente procuró aumentarle con arte para sacar mejor partido. Nosotros creemos que tampoco el mismo Lorenzo podría decidirlo. En lo que no hay duda es en que este joven estaba furioso contra D. Rodrigo, y al mismo tiempo deseaba con ansia el consentimiento de Lucía, y cuando dos pasiones violentas luchan en el corazón del hombre, nadie, ni el mismo interesado, puede siempre distinguir y saber con seguridad cuál es la que domina.

—Lo he prometido —dijo Lucía con tono de tímida y afectuosa reconvención—; pero tú también me prometiste no dar escándalo, y conformarte con lo que el padre Cristóbal...

—Déjate de eso; no hagas que me irrite de nuevo. ¿Quieres acaso retractarte? ¿Quieres que haga un desatino?

—No, no —dijo Lucía, asustándose otra vez—. Lo he prometido y no me vuelvo atrás; pero mira cómo me has hecho ofrecer... Dios quiera...

—Déjate, Lucía, de tristes agüeros. Ya Dios ve que a nadie hacemos daño.

—Prométeme por lo menos que esta será la última.

—Te lo prometo a fe de hombre honrado.

—Pero esta vez lo has de cumplir —dijo Inés.

Aquí confiesa el autor del manuscrito que ignora otra cosa, esto es, si Lucía sentía enteramente haberse visto precisada a ceder. Nosotros dejaremos también la cosa en problema.

Lorenzo hubiera querido prolongar la conferencia, y tratar circunstanciadamente de lo que debía hacerse al día siguiente; pero la noche era oscura, y las mujeres le despidieron deséandosela buena; porque consideraban que no parecía bien que permaneciese allí más tiempo en aquella hora.

Empero la noche fue para los tres cual debe serlo la que se sigue a un día de agitación y de males, y precede a otro destinado a una empresa importante y de éxito dudoso. Por la mañana temprano se presentó Lorenzo, y concertó con las mujeres, o, por mejor decir, con Inés, la grande operación de la noche, proponiendo y resolviendo alternativamente dificultades, previendo accidentes, y hablando ya el uno, ya el otro del negocio como de cosa hecha. Escuchábalos Lucía, y sin aprobar con palabras lo que repugnaba a su corazón, prometía conducirse lo mejor que pudiese.

—¿Vas al convento—preguntó Inés a Lorenzo — para hablar al padre Cristóbal como te encargó anoche?

—¡Qué disparate! —respondió Lorenzo—; bien sabe usted los ojos que tiene el Padre; al instante me leería en la cara, lo mismo que en un libro, que había alguna tramoya, y como empezase a sonsacarme, caería yo en el garlito sin duda alguna. Por otra parte, yo debo estar aquí para disponer las cosas, y así sería mejor que usted enviase a alguno.

—Sí, enviaré a Mingo...

—Muy bien— respondió Lorenzo.

Y se marchó, como dijo, a prevenir lo necesario para la empresa.

Pasó Inés a la casa inmediata a preguntar por Mingo, un mozalbete listo y despejado, el cual por primos y cuñados venía a ser medio sobrino suyo. Se le pidió a sus padres para cierta diligencia y traídole con licencia de ellos le metió en la cocina, le dio de almorzar, y le mandó que fuese a Pescarénico y se presentase al padre Cristóbal, el cual le daría un recado, y añadió:

—¿El padre fray Cristóbal, sabes? aquel viejo del semblante hermoso con la barba blanca, que llaman el santo.

—Ya sé quién es —contestó Mingo—; el que siempre hace fiestas a los niños, y de cuando en cuando les da aleluyas.

—El mismo; y si te dice que te aguardes allí cerca del convento, no te desvíes; mira no vayas con los demás muchachos al lago a tirar chinitas al agua, ni a ver pescar, ni a enredar con las redes puestas a secar, ni...

—Vaya, tía, que ya no soy tan niño.

—Bien, haz la diligencia con juicio, y cuando vuelvas con la respuesta... ¿ves estas dos monedillas nuevas? serán para ti.

—Démelas usted ahora, que...

—No, no, que las jugarás. Vete, pues, que como hagas bien la diligencia, te daré otras.

En el discurso de aquella larga mañana se advirtieron ciertas novedades que infundieron sospechas en el ánimo ya agitado de las dos mujeres. Un mendigo, ni macilento ni andrajoso como los demás, y con cierto semblante de mal agüero, entró a pedir limosna, mirando a hurtadillas por todas partes. Diéronle un pedazo de pan, que recibió con un «Dios se lo pague» mal expresado, deteniéndose luego en hacer mil preguntas impertinentes, a las cuales respondió Inés lacónicamente, y todo al contrario de la verdad. Al salir aparentó errar la puerta, y se metió por la de la escalera, espiando de una ojeada todos los rincones. Gritáronle que se equivocaba, y entonces tomó la puerta que le indicaron, disculpándose con una humildad afectada, que no correspondía a su severo y desagradable ceño.

Dejáronse ver después otras figuras extrañas, que aunque no era fácil adivinar qué hombres fuesen, se podía asegurar que no eran los viajeros honrados que pretendían aparentar. Uno entraba con el pretexto de preguntar por el camino, otros estando delante de la puerta acortaban el paso mirando adentro por fin, como quien quiere ver sin excitar sospechas: como a cosa del mediodía concluyó semejante procesión. Levantábase de cuando en cuando Inés, atravesaba el patio, se asomaba a la puerta de la calle, miraba a derecha e izquierda, y volvía diciendo: «no hay nadie»; expresión que profería con placer, y que con placer oía su hija, sin que ni la una ni la otra supiesen bien la causa; pero este accidente dejó tal confusión en su ánimo, con particularidad en el de Lucía, que las privó de una parte del valor que querían conservar por la noche.

Aquí conviene que el lector sepa algo más con respecto a aquellos rondadores misteriosos; y para enterarle con exactitud, es preciso que volvamos atrás a buscar a D. Rodrigo, que ayer dejamos solo después de comer en una sala de su palacio, habiendo salido fray Cristóbal.

D. Rodrigo, como dijimos, o debimos decir, se quedó midiendo a pasos acelerados aquella sala, de cuyas paredes colgaban los retratos de su familia de varias generaciones. Cuando daba de hocicos en la pared, y se volvía, se hallaba al frente algún antepasado suyo, que había sido el espanto de los enemigos y de sus propios soldados, con torvo ceño, cabello erizado y largos bigotes. Pintado de cuerpo entero y armado de pies a cabeza, tenía el brazo derecho puesto en jarras, y la mano izquierda sobre el puño de la espada. Mirábale D. Rodrigo, y cuando al llegar debajo del retrato se volvía, se le presentaba otro antepasado suyo, magistrado, terror de los litigantes, sentado en un sillón de terciopelo encarnado y envuelto en una toga negra, y todo negro a excepción del cuello blanco con dos largas cintas, y un forro de martas (era el distintivo de los senadores, y como sólo le llevaban en invierno, no se hallaba retrato alguno de senador vestido de verano), amarillento, con las cejas fruncidas, y con un memorial en la mano, que parecía que decía: «veremos.» Por un lado una matrona, terror de sus doncellas; por otro un abad, terror de sus monjes; en fin, gente toda que infundió terror, y que también lo infundía retratada. A vista de semejantes memorias se aumentó su coraje, y se avergonzaba todavía más de que un fraile hubiese osado conminarle con la prosopopeya de un Nathan. Ya discurría cómo vengarse; ya desistía de su proyecto; ya pensaba cómo había de satisfacer a un tiempo su pasión y lo que llamaba su honor, y a veces (¡lo que son las cosas!) sonándole al oído aquel principio de profecía del Capuchino, se estremecía momentáneamente, y casi estaba para abandonar sus caprichos. En fin, llamó a un criado, y le mandó que le disculpase con sus comensales, diciéndoles que estaba ocupado en un negocio urgente. Cuando volvió el criado a decirle que aquellos caballeros se habían marchado, dejando

para él mil respetuosas expresiones, preguntó por el conde Atilio, sin dejar de pasear, a lo que contestó el criado, que el Conde había salido con los demás.

—¡Bien! —prosiguió—; seis personas de acompañamiento al instante para el paseo; la espada, la capa y el sombrero; volando.

Salió el criado haciendo una reverencia, y a breve rato volvió con la rica espada que al momento se ciñó su amo, con la capa que se echó encima al desgaire, y con el sombrero guarnecido de plumas, que se encasquetó con una palmada, señal de que corría mal viento. Al salir encontró en la puerta a los seis bandoleros armados, los cuales, después de hacer ala y una reverencia, echaron a andar tras de él. Más orgulloso y más ceñudo que lo que acostumbraba, tomó el paseo hacia Leco, quitándosele el sombrero e inclinándose hasta el suelo cuantos aldeanos encontraba en el camino, con la circunstancia de que el grosero que hubiese omitido este acto de urbanidad, hubiera salido bien librado si alguno de los bravos de la comitiva se hubiese contentado con echarle el sombrero al suelo de una manotada.

A estos saludos no contestaba D. Rodrigo. Saludábanle también las personas de clase más elevada, y a éstas correspondía con gravedad. Aquel día no sucedió que encontrase al Gobernador español; pero cuando se verificaba, el saludo era completo y profundo por ambas partes, como entre dos potentados independientes, los cuales por conveniencias honran su respectiva dignidad. Para disipar el mal humor, y contraponer a la imagen del Capuchino, que no se apartaba de su imaginación, otros rostros y otros actos muy diversos, entró aquel día en una casa en que se hallaba una brillante concurrencia, y en donde fue recibido con todas aquellas demostraciones de respeto y consideración con que se obsequia a los hombres que se hacen amar o temer mucho; y finalmente, entrada la noche, volvió a su palacio. Acababa de entrar el conde Atilio, y servida la cena, estuvo D. Rodrigo bastante pensativo en la mesa y habló muy poco.

Así que se levantaron los manteles y se fueron los criados, el Conde con tono burlón dijo:

—¿Y bien, primo, cuándo me pagas la apuesta?

—Aún no ha pasado San Martín.

—Lo mismo da que la pagues ahora, porque han de pasar todos los santos del almanaque antes que...

—Eso es lo que está por ver.

—Primo, estoy tan seguro de haber ganado la apuesta, que me dan ganas para hacer otra.

—¿Y cuál es?

—Que el Padre... el Padre... ¿Qué se yo?... Aquel fraile me parece que te ha convertido.

—Esa es ocurrencia propiamente tuya.

—Convertido, primo, sí, convertido. Yo me alegro. ¿Sabes tú que será cosa graciosa el verte compungido con los ojos bajos? ¡Y qué ufano estará el fraile! ¡Con qué orgullo habrá vuelto al convento! ¡Caramba! No son peces éstos que se cogen todos los días, ni con todas las redes. No dudo que te cite como un ejemplo, y cuando vaya a hacer alguna misión algo lejos, hablará de ti. Me parece que le estoy oyendo.

Y aquí hablando gangoso, y acompañando las palabras con gestos afectados, empezó diciendo en tono de sermón:

—«En un país de este mundo que por ciertos respetos no nombro, vivía, y aun vive, amados oyentes míos, un caballero libertino más amigo de las mujeres que de los hombres de bien, el cual siguiendo el refrán de cuantas veo... puso los ojos...»

—Basta, basta —interrumpió D. Rodrigo sonriéndose—. Si quieres doblar la apuesta, estoy pronto.

—¿Sobre qué? ¿acaso has convertido tú al fraile?

—No me hables de él; y por lo que toca a la apuesta, San Martín decidirá.

Grande era la curiosidad del Conde, y así no anduvo corto en preguntas; pero todas las eludió D. Rodrigo, remitiéndose siempre al día señalado, pues no quería comunicar designios que ni estaban intentados, ni todavía decididamente resueltos.

La mañana siguiente despertó D. Rodrigo, y despertó el mismo D. Rodrigo de antaño, que es lo mismo que decir, que con el sueño de la noche se había desvanecido la poca compunción que excitó en su ánimo aquel «Vendrá un día» del Capuchino, y sólo quedaba en él la ira exasperada por el remordimiento de todo lo que él llamaba debilidad pasajera, no habiendo contribuido poco a restituirle a sus antiguos sentimientos de depravación las demostraciones de obsequio y sumisión recibidas en el paseo del día anterior, y las chanzas del primo. Apenas levantado, hizo llamar al *Canoso*. «¡Asunto gordo!» dijo para sí el criado que recibió la orden, porque el hombre que tenía este apodo era nada menos que el jefe de los bravos, el mismo a quien se encargaban las empresas más arduas y arriesgadas, el que gozaba de la confianza del amo, y fiel a toda prueba, tanto por su interés como por agradecimiento. Habiendo cometido públicamente un homicidio, para librarse de las uñas de la justicia se había acogido a la protección de D. Rodrigo, el cual con recibirle por criado, le había puesto al abrigo de toda persecución. Prestándose de esta manera a cometer cualquier delito que se le mandase, se había asegurado la impunidad del primero. Su adquisición era para D. Rodrigo cosa de mucha importancia; porque además de ser el *Canoso* el más valiente de todos sus criados, era también una muestra de lo que el amo podía intentar con éxito contra las leyes, de modo que su poder se aumentaba tanto en realidad como en opinión.

—*Canoso* —dijo D. Rodrigo—; ahora es cuando se ha de ver lo que vales. Antes de mañana esa Lucía debe estar en este palacio.

—Jamás se dirá que el *Canoso* ha dejado de obedecer un mandato de su señor.

—Llévate los hombres que necesites, manda y dispón la cosa como te parezca, con tal que se consiga el objeto; pero cuida sobre todo de que no se le haga daño.

—Señor, un poco de miedo para que no alborote es indispensable.

—¡Miedo!... comprendo... es preciso; pero cuidado que no se la toque al pelo de la ropa; en fin, que se la respete en todo y por todo. ¿Entiendes?

—Señor, no es posible arrancar una flor de su planta y traerla a vuestra señoría sin ajarla un poquito; pero no se hará sino lo puramente necesario.

—La cosa queda a tu cargo... ¿Cómo piensas tú hacerlo?

—Estaba pensándolo... Tenemos la fortuna de que la casa se halla a la salida del pueblo. Necesitamos de un paraje para ocultarnos, y justamente a poca distancia hay en el campo aquella casucha medio derribada, aquella casa… pero... vuestra señoría nada sabe de estas cosas... Una casa que se quemó pocos años hace; y como no hubo dinero para levantarla, se ha quedado abandonada. Ahora tienen allí sus juntas las brujas; pero no siendo hoy sábado poco importa: como estos paletos están llenos de aprensiones, no haya miedo que se acerquen en ningún día de la semana, aunque los maten; y así podemos ocultarnos allí sin temor de que nadie venga a molestarnos.

—¡Bien va! ¿Y luego?

Aquí proponiendo el *Canoso* y discurriendo D. Rodrigo, quedaron por último de acuerdo acerca del modo de lograr el intento, y de cómo se haría, no sólo para que no quedase indicio de los autores, sino también para dirigir las sospechas a otra parte con falsas apariencias, imponer silencio a la pobre Inés, y causar tal miedo a Lorenzo que se le pasase el dolor, la idea de acudir a la justicia, y hasta la gana de quejarse, con todas las demás infamias necesarias para el éxito de la infamia principal. Omitimos el referir todas las ocurrencias de aquel acuerdo, por no ser necesarias para nuestra historia, como lo verán los lectores; y además nos desagrada entretenernos y entretenerlos tanto tiempo con la criminal conferencia de aquellos dos malvados. Bastará con decir que, marchándose ya el *Canoso* a poner mano a la obra, le llamó D. Rodrigo diciéndole:

—Oye, si por casualidad cayese bajo tus uñas aquel badulaque insolente, no será mal hecho darle con anticipación entre el cogote y la rabadilla un buen recuerdo, pues así hará más efecto la orden que se le intime el día siguiente de callar su pico. Pero no le busques expresamente, por no echar a perder el negocio principal: ¿me comprendes?

—Déjelo vuestra señoría a mi cuidado —contestó el *Canoso*.

E inclinándose en ademán de obsequio y valentonada, se despidió de su amo.

Empleó toda la mañana en reconocer el país. El supuesto mendigo, que del modo que hemos visto, se había introducido en la casita de Inés, era el *Canoso*, el cual adoptó aquel medio para levantar con la vista el plan de ella; y los supuestos viajantes eran sus perversos compañeros, a los cuales, para obrar bajo sus órdenes, bastaba un conocimiento más ligero del paraje; así es que hecha la necesaria inspección, no volvieron a parecer para no llamar la atención demasiado.

Vueltos al palacio de D. Rodrigo, el *Canoso* dio cuenta de todo a su amo, y quedando acordado definitivamente el plan de la empresa, se distribuyeron los encargos, y se dieron las instrucciones correspondientes. Nada de esto pudo hacerse sin que el antiguo criado, que estaba alerta, dejase de conocer que se maquinaba alguna cosa de grande importancia. A fuerza de oír y de preguntar, de mendigar media noticia en un punto, media en otro, de glosar para sí una palabra vaga, e interpretar una acción misteriosa, hizo tanto que vino en conocimiento de lo que se trataba de ejecutar aquella noche; pero cuando llegó a averiguarlo era muy tarde, y ya una vanguardia de bandoleros había salido a campaña para ocultarse en la casucha medio derribada.

Aunque el pobre anciano no dejaba de conocer cuán arriesgado era el juego que jugaba, y temiese que el auxilio fuese el socorro de España; sin embargo, no queriendo faltar a lo que se había comprometido, salió con pretexto de ir a que le diese un poco el aire, y se dirigió apresuradamente al convento para avisar al padre Cristóbal. Poco después se pusieron en movimiento los demás bravos, saliendo a la deshilada uno después de otro, para no aparentar reunión, y tras ellos el *Canoso*, quedando para lo último una litera, que debía conducirse entrada la noche, y efectivamente se condujo a la casucha indicada. Reunidos allí todos, envió el *Canoso* a tres de ellos a la taberna de la aldea; el uno para que quedase a la puerta, observando lo que pasaba en la calle hasta el momento en que todos los vecinos estuviesen recogidos en sus casas; los otros dos para que se entretuviesen dentro bebiendo y jugando como aficionados, con el objeto de espiar todo lo que mereciese llamar la atención; y él entre tanto con el grueso de la gente quedó en acecho aguardando el instante oportuno.

Trotaba todavía el pobre anciano; los tres exploradores marchaban a su puesto, y el sol caminaba al ocaso, cuando entró Lorenzo en casa de Inés y Lucía y les dijo:

—Aquí fuera quedan Antoñuelo y Gervasio; me voy con ellos a cenar a la hostería, y al toque de oraciones vendremos por usted. ¡Animo, Lucía! no es más que un momento.

—Sí, ánimo —contestó Lucía suspirando, y con voz que desmentía las palabras.

Cuando Lorenzo y sus compañeros llegaron a la taberna, hallaron al perillán que puesto de centinela ocupaba el medio de la puerta, y con los brazos cruzados dirigía sus miradas a todas partes con ojos de lince. Llevaba en la cabeza una gorra chata de terciopelo carmesí, que ladeada le cubría la mitad del tufo, o mechón de pelo, el cual dividiéndose en su torva frente, acababa en trenzas sostenidas por un peine cerca de la nuca. Tenía en la mano una especie de cachiporra, y aunque realmente no llevaba armas a la vista, bastaba con sólo mirarle a la cara para que hasta un niño conociera que llevaba encima toda una armería. Cuando Lorenzo, el primero de los tres, estuvo cerca de él, y manifestó que quería entrar, le miró de hito en hito sin moverse; pero interesado el joven en evitar toda disputa, como quien está empeñado en llevar a cabo alguna empresa importante, ni siquiera le dijo que se apartase, sino que rozándose con el otro lado de la puerta, entró como pudo por el hueco que quedaba, teniendo que hacer la misma evolución para entrar sus compañeros. Vieron entonces a los otros dos bravos, los cuales sentados a una mesita jugaban a la

morra, tirándose de cuando en cuando al coleto sendos vasos de vino, que llenaban de un gran jarro. También éstos se pusieron a mirar a los que entraban, especialmente uno de los dos, que, teniendo levantada la mano con tres dedos tiesos y la boca abierta gritando *seis*, miró de pies a cabeza a Lorenzo, hizo del ojo al compañero, y después al de la puerta, que contestó haciendo una seña con la cabeza. Escamado con esto Lorenzo, miraba a sus dos convidados, como si quisiera buscar en su cara una explicación de semejantes gestos; pero su cara nada indicaba sino mucha gana de comer. A él le miraba el tabernero como para pedirle órdenes, por lo que Lorenzo le llamó a una pieza inmediata, y le mandó que dispusiese la cena.

—¿Quiénes son esos forasteros? —le preguntó luego de quedo, cuando volvió con un mantel ordinario y no muy limpio debajo del brazo y un jarro en la mano.

—No los conozco —respondió el tabernero desdoblando el mantel.

—¿Cómo? ¿ni uno siquiera?

—Ustedes saben muy bien —prosiguió el tabernero estirando con ambas manos el mantel sobre la mesa— que la primera regla de nuestro oficio es la de no meternos en negocios ajenos, tanto que hasta nuestras mismas mujeres no son curiosas. ¡No habría poco que hacer con tanta gente como entra y sale! Para nosotros basta con que los parroquianos sean hombres de bien: lo demás de saber quiénes son o no son, poco nos importa. Ea, voy a traer un plato de almondiguillas que apuesto que nunca las han comido ustedes iguales.

—¿Y cómo puede usted saber?… —continuaba diciendo Lorenzo.

Pero el tabernero, que iba marchando hacia la cocina, prosiguió su camino. Allí, mientras preparaba el plato de almondiguillas, se le acercó aquel bravo que había mirado de los pies a la cabeza a Lorenzo, y le preguntó con voz baja:

—¿Qué gente es esa?

—Gente buena de aquí del país —contestó el tabernero echando sus almondiguillas en la fuente.

—¡Bueno! pero ¿cómo se llaman? ¿quiénes son? —insistió el bravo con voz algo áspera.

—El uno se llama Lorenzo —respondió el otro también en voz baja—, buen muchacho, acomodado, hilador de seda, y que sabe bien su oficio; el otro es también un aldeano llamado Antoñuelo, buen camarada y de humor alegre: lástima que no tenga mucha moneda, pues toda la dejaría aquí; el otro es un pobre zonzo que come bien cuando encuentra quien le haga la costa. Con licencia.

Y de un brinquito salió llevando la fuente de almondiguillas a la mesa.

Al verle Lorenzo, volvió a tomar el hilo de su conversación, diciendo:

—¿Y cómo puede saber si son hombres de bien si no los conoce?

—Las acciones, amigo mío; el hombre se conoce por ellas. Los que beben el vino sin desacreditarle, los que presentan al mostrador la cara del rey sin regatear, los que no mueven camorra con los demás parroquianos, y si tienen que regalar alguna puñalada se salen de la casa con el fin de no comprometerla, éstos son los hombres de bien: sin embargo, si se puede conocer la gente buena como nosotros cuatro nos conocemos, mucho mejor; pero ¿por qué diablos se le antoja a usted ahora saber estas cosas, cuando va a casarse, y debe tener ocupado el magín en otros asuntos, y con esas almondiguillas a la vista que pueden resucitar a un muerto?

Diciendo esto dio la vuelta a la cocina.

Observando nuestro autor del manuscrito el diferente modo con que el tabernero satisfacía a las preguntas, dice que era hombre de tal calaña que en todas sus conversaciones hacía alarde de ser amigo de los hombres de bien en general; pero en la práctica mucho más condescendiente con los que tenían opinión y cara de bribones.

La cena no fue muy alegre. Los convidados hubieran querido saborearse con ella; pero Lorenzo, preocupado con lo que sabe el lector, y además fastidiado y algo inquieto al ver el continente de los desconocidos, no veía la hora de marcharse. Por causa de aquella gente hablaba en voz baja, y con palabras sueltas y pronunciadas como al descuido.

—Fuerte cosa es —saltó de repente Gervasio— que Lorenzo para casarse necesite...

Interrumpióle Lorenzo con enfado, y Antoñuelo le dijo:

—¡Calla, bestia! —acompañando este título con un codazo.

De esta manera la conversación fue decayendo hasta el fin. Guardando Lorenzo la mayor sobriedad, se aplicó a dar de beber a los dos testigos con el tino necesario para ponerlos alegres, sin que perdiesen la cabeza. Levantados los manteles, y pagada la cuenta por el que menos gasto había hecho, tuvieron los tres que pasar de nuevo delante de aquellas malas caras, y todos se volvieron a mirar como la primera vez a Lorenzo, el cual volviendo la cabeza a poco de haber salido de la taberna, vio que le iban siguiendo los dos que dejó sentados en la cocina. Paróse entonces con sus compañeros, como diciendo: «Veamos qué es lo que quiere esa gente»; pero así que los dos advirtieron que los habían visto, se pararon ellos también, hablaron de quedo y volvieron atrás. Si Lorenzo se hubiera hallado tan cerca para poder oír las palabras, hubiera sin duda extrañado las siguientes:

—Sería a la verdad un valiente golpe, sin contar con la propina —decía uno de aquellos matones—, si volviendo a casa pudiéramos referir que le habíamos sentado muy bien las costuras nosotros solos sin el fachenda del señor *Canoso*.

—Sería quizá malograr el asunto principal —contestó el otro—; algo ha notado, pues se paró a mirarnos; ¡ay si fuera más tarde! Volvamos, pues, para no excitar sospechas. Mira, por todas partes viene gente; dejemos que todos se metan en su nido.

Había, en efecto, aquel bullicio, aquel movimiento que se nota al anochecer en los lugares, y al cual poco después sucede el profundo silencio de la noche. Venían del campo las mujeres con sus niños en brazos, y de la mano los mayorcitos, a quienes hacían rezar las oraciones de la tarde, y los hombres volvían con las palas y azadones al hombro. Cuando se abrían las puertas de las casas, se veía en muchas de ellas el fuego encendido para prevenir las pobres cenas, y por las calles se oían los recíprocos saludos, y las breves y tristísimas pláticas acerca de la escasez de la cosecha y del mal año: además el esquilón del lugar anunciaba con el lento toque de oraciones la caída del día. Así que Lorenzo vio que los dos bravos se habían retirado, prosiguió su camino, haciendo en voz baja, entre la oscuridad que iba creciendo, ora al uno, ora al otro hermano, ya una prevención, ya un recuerdo; y de esta manera llegaron muy entrada la noche a la casita de Lucía.

El intervalo que media entre la formación de un proyecto peliagudo y su ejecución, dice un autor, es un sueño de fantasmas y sobresaltos. Hacía muchas horas que Lucía experimentaba las angustias de semejante sueño, y la misma Inés, la autora del proyecto, estaba pensativa, hallando apenas palabras con que animar a su hija. Pero en el momento de despertar, en el momento en que se trata de poner mano a la obra, se encuentra el ánimo enteramente trasformado. Al miedo y valor que luchaban en él, sucede otro valor y otro miedo, y la empresa se presenta a la imaginación bajo un aspecto enteramente nuevo. Lo que se temía al principio a veces parece una cosa sumamente fácil, y a veces se encuentra mayor el obstáculo que desde luego pareció de poca consideración. La imaginación atemorizada se arredra, los miembros se niegan a ejercer su oficio acostumbrado, y el corazón falta para aquello a que se había prestado con más resolución. Así es que Lucía, en cuanto oyó que Lorenzo llamaba de quedo a la puerta, se aterró de manera que en aquel momento resolvió sufrir cualquiera cosa, aunque fuera separarse de él para siempre, más bien que ejecutar lo que había determinado; pero cuando se presentó Lorenzo y dijo: «Aquí estoy: vamos»; cuando todos se manifestaron dispuestos a marchar sin dificultad, como cosa irrevocablemente acordada, no tuvo Lucía ni lugar ni ánimo para resistirse, y como arrastrada se agarró temblando del brazo de su madre y del de su novio, y echó a andar con los demás.

Callandito en la oscuridad y con pasos mesurados salieron de casa, y tomaron el camino por fuera del pueblo. El más corto hubiera sido atravesar el lugar para salir a la extremidad opuesta en donde vivía D. Abundo; pero escogieron el primero para que nadie los viese. Por sendas entre huertas y campos llegaron cerca de la casa del Cura, y allí se separaron. Los dos novios quedaron escondidos detrás de una esquina de la misma casa; Inés con ellos, pero algo más adelante para hacerse oportunamente la encontradiza con Perpetua, y Antoñuelo con el badulaque de Gervasio, que, no sabiendo hacer nada, nada podía hacerse sin él, se puso con desembarazo a la puerta y llamó con la aldaba.

—¿Quién llama a estas horas? —gritó Perpetua desde una ventana que se abrió en aquel instante—. No hay enfermo que yo sepa; ¿si habrá sucedido alguna desgracia?

—Soy yo —respondió Antoñuelo—, que vengo con mi hermano, porque tengo que hablar con el señor Cura.

—¿Y es hora de venir esta? —respondió ásperamente Perpetua—. ¡Qué poca consideración! Ven mañana.

—Oiga usted: vendré o no vendré. He cobrado algunos cuartos, y quería pagar aquella friolera que usted sabe. Tenía aquí las veinticinco del pico, pero si no se puede, ¡paciencia! No me falta en qué emplearlas, y volveré cuando haya juntado otras veinticinco.

—Aguarda, aguarda; vuelvo al instante; pero ¿por qué has venido a estas horas?

—La hora puedo variarla; yo no me opongo. Aquí estoy; si no quiere o no puede abrir, me iré.

—No: aguarda un instante, que vuelvo con la respuesta.

Diciendo esto cerró la ventana. Separóse entonces Inés de los novios, y después de decir a Lucía, «ánimo, niña; es obra de un instante como el sacarse una muela», fue a reunirse con los dos hermanos delante de la puerta, poniéndose a charlar con Antoñuelo, de modo que Perpetua, viéndola cuando volviese, pudiera creer que pasando casualmente por allí, Antoñuelo la había detenido un momento.

VIII.
La emigración.

—¡Carnéades! ¿Quién será este Carnéades? —discurría para sí D. Abundo sentado en un gran sillón en un cuarto del primer piso, con un libro abierto delante, cuando entró Perpetua con la embajada—. ¡Carnéades! Este nombre me parece haberlo oído, o leído; sin duda debió ser un hombre grande, un literatazo de la antigüedad: es un hombre de esos; pero ¡quién diablos sería!

Tan lejos estaba el pobre hombre de prever la tormenta que se fraguaba contra su cabeza.

Conviene saber que D. Abundo acostumbraba leer cada día unos cuantos renglones, y un cura vecino suyo, que tenía cierto número de libros, solía prestarle algunos, dándole el primero que le venía a la mano. Aquel sobre que estaba cavilando entonces D. Abundo, convaleciente de la calentura del susto, o por mejor decir, ya más curado de lo que aparentaba, era un panegírico que en alabanza de San Carlos Borromeo se dijo con énfasis y se oyó con admiración en la catedral de Milán dos años antes. En él se comparaba el Santo con Arquímedes en cuanto al estudio; y hasta aquí no había hallado tropiezo D. Abundo, porque Arquímedes hizo tales cosas, y tanto se ha hablado de su sabiduría, que para tener noticia de él no es necesaria una erudición muy vasta. Después de Arquímedes seguía el orador la comparación con Carnéades, y aquí el lector se hallaba atollado. En esto fue cuando Perpetua anunció la visita de Antoñuelo.

—¿A estas horas? —exclamó también, como era natural, D. Abundo.

—¿Qué quiere usted? Esas gentes no tienen tino; pero si no se le coge al vuelo...

—Seguramente que si no le pesco ahora, ¿quién sabe cuándo le echaré la vista encima? Díle que entre... Oye, ¿estás segura que es Antoñuelo?

—Vaya —respondió Perpetua, bajando la escalera.

Abrió la puerta y dijo:

—¿Dónde estás?

Presentóse entonces Antoñuelo, y al mismo tiempo se dejó ver Inés, saludando a Perpetua por su nombre.

—¡Buenas noches, Inés! —contestó Perpetua—. ¿De dónde se viene a estas horas?

—Vengo —respondió Inés— de la aldea inmediata... Y si usted supiera... Justamente por usted me he detenido tan tarde.

—¡Por mí! ¿Y cómo? —preguntó Perpetua.

Y vuelta a los dos hermanos:

—Entrad —dijo— que allá voy luego.

—Una mujer —prosiguió Inés— de las que todo se lo quieren saber y nada saben... ¿Creerá usted? Estaba empeñada en sostener que usted no se había casado con Pepe Suela-vieja ni con Anselmo Longuiña porque ellos no quisieron, y yo porfiaba en que usted, al contrario, les había dado calabazas a los dos.

—Así es... ¡Qué mentirosa!... ¡qué embusterona! ¿Y quién es esa mujer?

—No me lo pregunte usted, porque soy enemiga de meter chismes.

—Sí, me lo ha de decir usted. ¡Se ha visto semejante embustera!

—Basta ya... usted no puede figurarse cuánto sentí no saber toda la historia para confundir a aquella mujer.

—Es una mentira la más grande del mundo —dijo Perpetua—. Por lo que toca a Pepe, todos saben y han visto... Antoñuelo, entorna la puerta y sube, que voy allá al instante.

Antoñuelo respondió que sí por la parte de adentro, y Perpetua continuo su narración.

Enfrente de la puerta de D. Abundo había entre dos casillas una callejuela, que luego torcía hacia el campo. Inés se fue insensiblemente retirando a ella, como si quisiese ponerse en paraje donde poder hablar con más libertad, y Perpetua la fue siguiendo maquinalmente.

Así que volvieron la esquina y se hallaron donde no podía verse lo que pasaba delante de la casa de D. Abundo, Inés tosió muy recio, que esta era la señal concertada. Oyóla Lorenzo, animó a Lucía apretándole el brazo, y los dos de puntillas volvieron también su esquina, se cosieron a la pared, se acercaron a la puerta, la abrieron poco a poco, y uno a uno entraron en el zaguán. Allí los aguardaban los dos hermanos. Lorenzo echó con gran tiento el pestillo, y los cuatro subieron la escalera, sin meter más ruido que el que meterían dos personas. Llegados todos a lo alto, los dos hermanos se acercaron a la puerta del cuarto que estaba a la derecha de la escalera, y los dos novios se estrecharon a la pared.

—*¡Deo gracias!* —dijo Antoñuelo con voz vigorosa.

—Antoñuelo, entra —respondieron de adentro.

Abrió Antoñuelo la puerta sólo lo preciso para entrar con su hermano uno tras otro. El golpe de luz que salió de repente por la parte abierta de la puerta, cruzando el pavimento oscuro del rellano, atemorizó a Lucía, como si creyese ser vista. Entrados los dos hermanos, Antoñuelo cerró la puerta, y los novios quedaron inmóviles en la oscuridad con el oído atento y deteniendo el resuello, por manera que el ruido mayor era el que metían los latidos del corazón de la pobre Lucía.

Estaba D. Abundo sentado, como hemos dicho, en su sillón antiguo a la escasa luz de un ruin velón, envuelto en una bata vieja, y encapuchado en un gorro todavía más viejo y mugriento que le caía sobre los ojos. Salíanle del gorro dos guedejas pobladas y canas: éranlo también el bigote, las

cejas y la perilla, y como todo sobresalía en una cara morena y bastante arrugada, es fácil hacerse una idea de la rara figura que presentaba el buen D. Abundo.

—¡Ah! ¡Ah! —fue el primer saludo con que recibió a los dos hermanos, quitándose al mismo tiempo los anteojos, que metió en el librillo.

—Extrañará el señor Cura que haya venido tan tarde —dijo Antoñuelo inclinando el cuerpo, como también lo hizo aunque chabacanamente Gervasio.

—Cierto que es ya muy tarde, y tarde bajo todos aspectos. ¿No sabes que estoy malo?

—Lo siento mucho.

—Bien lo habrás oído decir... Y no sé cuándo podré salir a la calle... pero ¿por qué te has traído a la cola a ese... a ese mozuelo?

—Para que me acompañara, señor Cura.

—Vaya, pues, vamos.

—Son veinticinco belingas nuevas de las que tienen un San Ambrosio a caballo —dijo Antoñuelo sacando del bolsillo un atadito.

—Veamos —replicó D. Abundo.

Y tomando el atadito, se plantó otra vez los anteojos, le desenvolvió, sacó las belingas, les dio mil vueltas, las contó y recontó, y las halló corrientes.

—Ahora, señor Cura, me hará usted el favor de volverme el collarcito de mi Tecla.

—Es muy justo —respondió D. Abundo.

Y se dirigió a un armario, sacó la llave, miró alrededor como para apartar a los circunstantes, abrió sólo una hoja, ocupó con el cuerpo todo el hueco, metió la cabeza para ver lo que hacía, y un brazo para tomar la prenda; la sacó, cerró el armario, desenvolvió el papelillo, y dijo: «Esta es»; doblóle otra vez, y se le entregó a Antoñuelo.

—Ahora, pues —dijo éste— sírvase usted hacerme en un papel dos garabatos.

—¿También eso?… —dijo D. Abundo— ¡Y lo que saben estos palurdos! ¡Cómo está el mundo en el día! ¿Conque no te fías de mí?

—¿Cómo, señor Cura? muchísimo; pero como mi nombre está puesto allí en su librote, en la hoja de las deudas... puesto que se tomó usted el trabajo de escribir entonces... En fin, somos mortales...

—¡Bien, bien! —interrumpió D. Abundo.

Y refunfuñando tiró de un cajoncito de la mesa, sacó papel, pluma y tintero, y se puso a escribir, repitiendo en alta voz las palabras a medida que salían de la pluma. Antoñuelo, entretanto, y a una señal suya su hermano, se colocaron delante de la mesa para quitar que se viera la puerta, y, como por ociosidad, estregaban los pies en el suelo, tanto para, avisar a los que estaban afuera, como para que no se oyese el ruido de las pisadas.

Embebecido D. Abundo en lo que escribía, en nada reparaba. Al estregar de los cuatro pies, Lorenzo cogió de un brazo a Lucía, y apretándosole para infundirla ánimo, echó a andar trayéndola toda trémula tras sí, pues sola no hubiera podido dar un paso. Entraron los dos de puntillas, y reprimiendo el resuello, se pusieron detrás de los dos hermanos. En esto, habiendo D. Abundo acabado de escribir, leyó el papel sin levantar la vista, y le dobló, diciendo:

—¿Estás contento ahora?

Y quitándose con una mano los anteojos, alargó con la otra el papel a Antoñuelo, levantando la cabeza. Tendiendo éste la mano para tomarle se apartó a un lado, y Gervasio a otro, y he aquí que a manera de una decoración teatral, aparecieron en el medio Lorenzo y Lucía. Parecióle a D. Abundo un sueño, quedó absorto, y todo esto en el tiempo que empleó Lorenzo en pronunciar las palabras:

—Señor Cura, protesto en presencia de estos dos testigos, que esta es mi mujer.

Aun no había acabado de pronunciar la última palabra, cuando don Abundo había ya dejado caer el recibo, cogido con la mano izquierda el velón, y arrastrado con la derecha el tapete de la mesa, tirando al suelo libro, tintero y salvadera, y saltando entre el sillón y la mesa, se acercó a Lucía. Apenas la pobrecilla con blanda y trémula voz había pronunciado la palabra «Y este...» cuando D. Abundo le echó groseramente sobre la cabeza el tapete para impedirle que concluyese la fórmula, y dejando caer luego la luz que traía en la otra mano, se ocupó con ambas en apretarle el tapete a la cara, en términos que casi la ahogaba, gritando al mismo tiempo con toda su fuerza:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! ¡traición! ¿quién me socorre?

La luz moribunda en el suelo reflejaba un resplandor pálido e intermitente sobre Lucía, la cual enteramente desalentada, ni siquiera trataba de desenvolverse, por manera que podía compararse con una estatua modelada en barro, sobre la cual hubiese echado el artífice un paño humedecido. Apagada del todo la luz, dejó D. Abundo su presa, buscando a tientas la puerta que conducía a otro cuarto, y habiéndola encontrado, entró en él y se cerró por dentro sin dejar de gritar:

—¡Perpetua! ¡traición! ¿quién me socorre? ¡Fuera, fuera de casa!

En el otro cuarto todo era confusión. Lorenzo trataba de agarrar al Cura, buscándole con los brazos tendidos para adelante, como si jugara a la gallina ciega, llegó a la puerta, y dando golpes en ella, decía:

—¡Abra usted! ¡Abra usted! ¡No alborote!

Lucía llamaba con voz desfallecida a Lorenzo, y decía en tono de súplica:

—¡Vámonos por amor de Dios!

Antoñuelo andaba a gatas barriendo con las manos el suelo para encontrar su recibo, y Gervasio, dado al diablo, gritaba buscando la puerta de la escalera para ponerse en salvo.

En medio de semejante gresca, no podemos menos de detenernos un momento para hacer una reflexión.

Lorenzo alborotando de noche en casa ajena, a donde se había introducido furtivamente, y sitiando al dueño en un cuarto, tenía toda la apariencia de un opresor, y sin embargo, era en realidad el oprimido. D. Abundo sorprendido, puesto en fuga y atemorizado mientras se ocupaba sosegadamente en sus negocios, pudiera parecer una víctima; con todo, examinado bien el asunto, él era quien faltaba a su deber. Así van las cosas en este mundo... Quiero decir que así iban en el siglo decimoséptimo.

Viendo el sitiado que el enemigo no pensaba en levantar el sitio, abrió una ventana que caía delante de la iglesia, gritando a gañote tendido:

—¡Favor al Cura! ¡favor al Cura!

Hacía la luna más hermosa del mundo; la sombra de la iglesia, y más adelante la larga y aguda de la torre se extendían inmóviles y limpias en el herboso suelo de la plazuela: todos los objetos casi podían distinguirse como de día; sin embargo, no parecía alma viviente en todo cuanto alcanzaba la vista. Pero cerca de la pared lateral de la iglesia, y justamente por el lado que miraba a la casa parroquial, había una reducida covacha en que dormía el sacristán, quien despertándose a las desaforadas voces de D. Abundo, saltó de la cama, abrió una hoja de su ventanilla, sacando la cabeza con las pestañas todavía pegadas, y dijo:

—¿Qué sucede?

—Corra usted, Ambrosio —gritó D. Abundo—. Socórrame usted; hay gente en casa.

—Voy al momento —contestó el sacristán.

Entróse de nuevo, cerró la ventanilla, y medio dormido y más que medio espantado, encontró al punto un expediente para dar más auxilio del que le pedían, sin meterse en la zambra, cualquiera que fuera. Cogió los calzones que tenía sobre la cama, se los puso debajo del brazo, y bajando a

brincos una escalerilla de madera, corrió al campanario, echó mano a la cuerda de la mayor de las campanas, y empezó a tocar a rebato.

Al *dan dan* de la campana, se sientan en la cama los aldeanos, y los mozos que duermen en los pajares aplican el oído y se levantan: «¿Qué será esto? Tocan a rebato. ¿Si será fuego? ¿Si serán ladrones? ¿Si serán forajidos?» Muchas mujeres aconsejan y piden a sus maridos que no se muevan y dejen que vayan otros; algunos se levantan y se asoman a la ventana; los cobardes, como si cediesen a las súplicas, se acurrucan debajo de la colcha; los más curiosos y los más animosos acuden a coger horquillas y escopetas, y otros se quedan a la expectativa.

Pero antes que los valientes estuviesen en disposición de obrar, y aun antes que estuviesen bien despiertos, ya el alboroto había llegado a oídos de otras personas que velaban vestidas, a saber, los bravos en un paraje, y Perpetua e Inés en otro. Referiremos desde luego en pocas palabras lo que hicieron los primeros desde el instante en que los dejamos parte en la casucha y parte en la taberna. Estos tres, cuando vieron todas las puertas cerradas y las calles sin gente, salieron aparentando que iban muy lejos; dieron una vuelta al lugar para cerciorarse de que todos estaban recogidos, y con efecto, no hallaron alma viviente ni oyeron el más leve rumor.

Pasaron también delante de la pobre casita de Lucía, la más silenciosa de todas, pues nadie había en ella, y luego marcharon en derechura a la casucha para hacer su relación al señor *Canoso*, el cual se puso inmediatamente un sombrero muy grande, se echó encima una esclavina de hule, tomó en la mano un bordón de peregrino, y dijo:

—Vamos, compañeros, silencio y atención a las órdenes.

Con esto echó a andar el primero. Siguiéronle los demás, y en breve llegaron a la casita por camino opuesto al que tomaron nuestros amigos cuando salieron para su expedición. Mandó el *Canoso* parar su gente a la distancia de algunos pasos, adelantóse él solo para explorar, y viendo que todo estaba solitario y sosegado, llamó a dos de los suyos que escalasen silenciosamente la cerca del corral, ocultándose luego en un rincón detrás de una grande higuera. Hecho esto, llamó suavemente a la puerta, con ánimo de suponerse un peregrino extraviado que pedía hospedaje hasta que amaneciese. Como nadie respondiese, llamó de nuevo algo más fuerte, y viendo que ninguno resollaba, hizo venir otro bandolero, mandándole que bajase al corral como los otros dos, con el encargo de levantar o correr poco a poco por la parte de adentro el cerrojo para tomar la libre entrada y salida. Todo se ejecutó con gran tiento y feliz resultado. Va entonces a llamar a los demás, los hace entrar consigo y los oculta al lado de los primeros. Abre después la puerta con mucha precaución, coloca allí dos centinelas, y marcha en derechura a la otra puerta del piso bajo. Allí llama igualmente, y aguarda en vano que le respondan: empuja también poquito a poco aquella puerta; pero nadie pregunta: *¿Quién es?* Nadie se mueve, y según el *Canoso*, la cosa iba perfectamente. Llama, pues, a los que estaban escondidos detrás de la higuera, y entra con ellos en aquel cuarto bajo en donde por la mañana había traidoramente mendigado un pedazo de pan. Saca eslabón, piedra, yesca y pajuela, enciende una linternita que llevaba consigo, entra en otro cuarto más adentro para cerciorarse si había alguien, y a nadie encuentra.

En seguida vuelve atrás, se asoma a la puerta de la escalera, aplica el oído, y todo es soledad y silencio. Deja en el piso bajo otras dos centinelas y hace que le siga el *Gritapoco*, un bravo de la ciudad de Bérgamo, que era el que debía amenazar, acallar, mandar, en una palabra, ser el que hablase, a fin de que su dialecto hiciese creer a Inés que la expedición venía de aquel país.

Con este valentón al lado y los otros detrás subió el *Canoso* la escalera muy de quedo, echando un voto para sí a cada escalón que rechinaba y a cada pisada de aquellos bribones que metía algún ruido.

Llegado arriba, «aquí está la liebre», dijo entre sí, y empujando suavemente la puerta de la primera pieza, mete la cabeza y encuentra oscuridad, aplica el oído para oír si alguno ronca, respira o se menea; pero nadie se mueve: avanza entonces, se pone la linterna delante, para ver sin ser visto, abre de par en par la puerta, y viendo una cama corre hacia ella, pero la encuentra hecha y

vacía. Se encoge de hombros, vuelve a los compañeros, les hace señal de que va a la otra pieza y que le sigan sin meter ruido. Con efecto entra en ella, hace las mismas ceremonias, y encuentra lo mismo:

—¿Qué diablos es esto? —dijo en voz alta—. ¿Si alguno nos habrá vendido?

Todos entonces se ponen a buscar con menos silencio; no hay rincón que no registren trasteando por la casa de arriba abajo. Mientras estaban ocupados en la faena, los dos que guardaban la puerta de la calle oyen venir alguien hacia ella y acercarse con menudos y presurosos pasos, y suponiendo que cualquiera que sea pasará adelante, se quedan quietos sin dejar de estar prevenidos para todo evento. Cesan las pisadas a la puerta, y era Mingo que venía enviado por el padre capuchino para avisar a las dos mujeres, que por amor de Dios huyesen al instante y se refugiasen al convento, porque... El porqué ya lo saben nuestros lectores. Agarra Mingo la aldaba para llamar, y advierte que está desclavada: «¿Qué es esto?» dice para sí, y atemorizado empuja la puerta, que se abre sin resistencia. Mete un pie dentro con gran cautela, y se siente coger por ambos brazos y que en voz baja le dicen:

—Si chistas, mueres.

Mingo, al contrario, da un grito furioso: uno de los bandoleros le pega un bofetón en la boca, y el otro saca un puñal para asustarle. Tiembla el pobre muchacho como un azogado, sin pensar en gritar, cuando de repente, y con otro tono, suena el primer toque de la campana, y tras de aquel otros. El que mal anda siempre está en brasas, dice un refrán milanés; así es que a los dos bandoleros les pareció oír en aquel toque de campanas, su nombre, su apellido y apodo; por lo cual soltaron más que de prisa a Mingo, metiéndose en la casa en donde estaban los demás. Mingo en libertad, echó a correr por la calle, tomando el camino del campanario, en donde por lo menos debía haber algunas personas. La misma impresión hizo la campana en los demás guapos. Con esto se aturden, se confunden, tropiezan unos con otros, y cada uno busca el camino más corto para coger la puerta: sin embargo, era gente a toda prueba, y acostumbrada a no arredrarse por cosa alguna; pero no pudieron mantenerse firmes contra un peligro indeterminado y que no previeron antes de que se les echase encima.

Fue necesaria toda la superioridad del *Canoso* para que no se desbandase la chusma, y se convirtiese en fuga la retirada. Así como el perro que guarda una piara de cerdos, corre de una a otra parte para reunir a los que se desbandan, acometiendo a la oreja del uno, mordiendo el rabo del otro, y ladrando al más descarriado, de la misma manera atrapa el *Canoso* a uno que ya tocaba el umbral de la puerta, detiene con el bordón a dos que estaban cerca de ella, grita a otros que corrían sin saber dónde, tanto que al fin consigue reunirlos a todos en el corral, y aquí les dice:

—¡Alto! ¡alto! Prontas las pistolas, listos los puñales, y todos unidos marchemos: así es como se debe ir. ¿Quién queréis, majaderos, que se nos acerque estando juntos? Pero si fuésemos uno a uno, hasta los aldeanos se os atreverían. ¡Qué vergüenza! Ea, todos detrás de mí, y bien unidos.

Después de esta lacónica arenga, se puso al frente y salió el primero. La casa, como dijimos, estaba a la salida del lugar, tomó el *Canoso* aquel camino, y todos le siguieron en buen orden.

Dejémoslos ir, y volvamos unos pasos atrás para buscar a Inés y a Perpetua que dejamos plantadas a la vuelta de cierta esquina. Inés había procurado alejar a Perpetua todo lo posible de la casa de D. Abundo, y hasta cierto punto la cosa había salido perfectamente. Pero la criada se acordó de repente que la puerta quedaba abierta, y quiso volver atrás. Nada había que oponerle, e Inés para no escamarla tuvo que dar la vuelta con ella, y retroceder, haciendo sin embargo lo posible para entretenerla cada vez que la veía enfervorizada en la relación de sus malogrados casamientos. Aparentaba oírla con atención; y de cuando en cuando, para manifestar que no se distraía y alimentar la charla, decía:

—Cierto, ya comprendo; va bien; claro está; ¿y luego? ¿y él? ¿y usted?

Pero entre tanto discurría en lo interior de esta manera: «¿Si habrán salido ya? ¡Qué torpes hemos andado en no haber convenido en una señal para que me avisasen cuando la cosa estuviese hecha! ¡Qué torpeza! En fin, no hay remedio: ahora lo mejor es entretener a ésta, pues a turbio correr nada hay perdido sino un poco de tiempo más.» De esta manera, a pausas y a carreritas, habían llegado las dos mujeres a poca distancia de la casa de D. Abundo, que por causa de la esquina no veían todavía. Tratándose un punto importante de la narración, Perpetua sin advertirlo se había detenido, cuando de repente llegaron tronando a sus oídos aquellos primeros gritos desaforados de D. Abundo:

—¡Perpetua! ¡Perpetua! ¡traición! ¿No hay quien me socorra?

—¡Válgame Dios! ¿Qué será esto? —exclamó Perpetua en ademán de echar a correr.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? —dijo Inés deteniéndola por el guardapiés.

—¡Válgame Dios! ¿No ha oído usted? —replicó desasiéndose Perpetua.

—Pero ¿qué es? —repitió Inés cogiéndola de un brazo.

—¡El diablo de la mujer! —exclamó Perpetua librándose de ella con un empellón, y echó a correr.

Al mismo tiempo, más lejos y más agudos se oyeron los chillidos de Mingo.

—¡Válgame Dios! —exclamó también Inés corriendo detrás de la otra.

Aún no habían andado cuatro pasos, cuando el esquilón empezó sus toques, que hubieran sido espuelas, si de ellas hubiesen necesitado.

Perpetua llegó como unos dos pasos antes, y al echar la mano a la puerta para empujarla, la abrieron de par en par por dentro, y se encontró en el umbral con Antoñuelo, Gervasio, Lorenzo y Lucía, los cuales habían dado con la escalera, la bajaron a brincos, y oyendo luego aquel tocar a rebato, corrían a todo correr para escaparse.

—¿Qué hay? ¿qué hay? —preguntó Perpetua jadeando a los dos hermanos, que contestaron con un empellón, y se escurrieron— ¿Y vosotros? ¡Cómo! ¿Qué hacéis aquí vosotros? —preguntó luego a la otra pareja, así que vio quiénes eran; pero ellos también salieron sin contestar palabra.

Para acudir Perpetua a lo más urgente, no trató de hacer mayores indagaciones, sino que entró apresuradamente en el zaguán, dirigiéndose a tientas a la escalera.

Los dos novios medio desposados se encontraron con Inés, que fatigada y afanosa, acababa de llegar.

—¡Ah! ¿aquí estáis? —dijo sacando con trabajo las palabras...— ¿Cómo habéis salido? ¿Y qué es eso de la campana? Me parece haber oído...

—A casa, a casa —interrumpió Lorenzo— antes que se reúna gente.

En esto llega Mingo, los conoce, se para delante de ellos, y todavía temblando, con voz casi apagada, dijo:

—¿A dónde van ustedes? Vuélvanse aprisa y al convento.

—¿Eres tú? —dijo Inés.

—¿Qué hay?—preguntó Lorenzo; y llena de terror, Lucía temblaba sin hablar palabra.

—Que los demonios andan en casa —contestó Mingo jadeando—; yo mismo los he visto; me quisieron matar. Lo ha dicho el padre Cristóbal y ha dicho que usted, Lorenzo, vaya también al punto: y luego yo los he visto. Fortuna que los encuentro a ustedes aquí. Ya lo diré todo cuando estemos más lejos.

Lorenzo, que era el que estaba más en su acuerdo, juzgó que por un lado o por otro convenía irse al instante antes que llegase gente: que lo más acertado sería hacer lo que aconsejaba, o por mejor decir mandaba Mingo con toda la fuerza de un espantado, y que luego por el camino, y fuera de todo peligro, se podría saber por menor del muchacho lo que pasaba.

—Con efecto —le dijo—; vete delante; y vámonos con él —dijo a las mujeres.

Y los cuatro volvieron atrás. Tomando aprisa hacia la iglesia, atravesaron su plazuela, donde por fortuna no había aun alma viviente; entraron en una callejuela que atravesaba entre la iglesia y la casa de D. Abundo, se metieron por el primer atajo, y siguieron su camino por medio de los campos.

No habían andado cincuenta pasos cuando empezó a acudir gente, aumentándose por momentos; mirábanse unos a otros; cada uno tenía cien preguntas que hacer, y ninguna respuesta que dar. Los que llegaron primero, corrieron a la puerta de la iglesia, y la encontraron cerrada; se dirigieron entonces al campanario, y uno de ellos acercó la boca a una especie de tronera, diciendo:

—¿Qué diablos hay?

Cuando Ambrosio oyó voz conocida, soltó la cuerda de la campana, y notando por el murmullo que se había juntado mucha gente:

—Voy a abrir —contestó.

Púsose de cualquier manera los calzones, que hasta entonces había tenido debajo del brazo, y por la parte de adentro abrió la puerta de la iglesia.

—¿Qué alboroto es este? —preguntaron muchos— ¿qué hay? ¿qué ha sucedido?

—¿Cómo qué hay? —dijo Ambrosio teniendo con una mano una hoja de la puerta, y sosteniéndose con la otra los calzones—. ¿Cómo? ¿no lo saben ustedes? Hay gente en casa del señor Cura. ¡Ánimo, muchachos, a ellos!

Todos se dirigieron entonces a casa de D. Abundo: miran, se acercan en tropel, vuelven a mirar, aplican el oído, y no hallan novedad alguna. Otros van a la puerta de la calle, y la encuentran cerrada y atrancada; miran arriba, y no ven ventana alguna abierta ni oyen el menor ruido.

—¡Hola! ¿Quién está ahí dentro?—gritan—; ¡señor Cura! ¡señor Cura!

Don Abundo que, vista la fuga de los invasores, se había retirado de la ventana, y acababa de cerrarla, estaba en aquel momento batallando en voz baja con Perpetua por haberle dejado solo en aquel peligro; cuando oyó que el pueblo le llamaba, tuvo que asomarse de nuevo a la ventana; y viendo tanta concurrencia, se arrepintió de haberla provocado.

Mil voces a la vez gritaban diciendo:

—¿Qué ha sido? ¿Qué le han hecho a usted? ¿A dónde están? ¿Quiénes son?

—Ya no hay nadie: os doy las gracias; volveos a vuestras casas. Ya no hay nada: gracias, hijos, gracias por vuestra atención.

Aquí empezaron algunos a refunfuñar, otros a burlarse, otros a votar, otros a encogerse de hombros, y ya todos se marchaban, cuando llegó uno tan agitado, que apenas podía echar el aliento. Vivía éste casi enfrente de la casa de Inés, y habiéndose asomado a la ventana al oír el ruido, había visto en el corral aquella confusión de los bravos cuando el *Canoso* trabajaba para reunirlos. Recobrando el aliento, gritó:

—¿Qué hacéis aquí, muchachos? El diablo no está en este sitio, sino al último de la calle, en casa de Inés Mondella. Hay gente armada dentro; parece que quieren matar a un peregrino. ¿Quién sabe qué diablos hay allí?

—¿Qué dices? ¿qué es eso? —preguntan algunos.

Y principia una consulta tumultuosa.

—Conviene ir, es necesario ver. ¿Cuántos somos? ¿Cuántos son ellos? ¿Cuántos son?... ¿El cónsul? ¿Dónde está el cónsul?

—Aquí estoy —contesta el cónsul en medio de la turba—, aquí estoy; es preciso que me ayudéis, y sobre todo que me obedezcáis. Pronto, ¿a dónde está el sacristán? ¡La campana! ¡la campana! Que uno vaya corriendo a Leco para pedir auxilio. Venid aquí todos.

Unos se presentaron; otros deslizándose entre la muchedumbre, tomaron soleta. El alboroto era grande, cuando llegó otro que los había visto huir, y también él a su vez gritaba:

—Corred, muchachos; son ladrones o bandoleros que huyen con un peregrino. Ya están fuera del pueblo, ¡a ellos! ¡a ellos!

A este aviso, sin aguardar más orden, echan a andar todos de tropel hacia la salida del pueblo, y a medida que el ejército se adelanta, muchos de la vanguardia acortan el paso y se van quedando atrás, o se confunden con los del centro. Los últimos avanzan, y por fin llega el enjambre confuso al paraje indicado. Recientes y claras estaban las señales de la invasión; las puertas abiertas, los cerrojos arrancados; pero los invasores habían desaparecido. Entra la turba en el corral, llega a la puerta del piso bajo, y la halla también desquiciada. Unos llaman a Inés, otros a Lucía, y otros al peregrino.

—Sin duda Esteban lo habrá soñado —dicen algunos.

—No por cierto —responden otros—, que los vio también Carlos y Andrés.

Vuelven a llamar al peregrino, a Inés y a Lucía; y como nadie responde, se persuaden de que se las han llevado. Hubo entonces varios que, levantando la voz, propusieron que se siguiese a los ladrones, diciendo que era una iniquidad, y sería una deshonra para el lugar si cualquier bribón pudiese impunemente llevarse las mujeres, lo mismo que el milano se lleva los pollos en una era descuidada. Aquí hubo nueva consulta, y más tumultuosa; pero uno, que nunca se supo quién fue, esparció la voz de que Inés y Lucía se habían puesto en salvo en otra casa. Difundióse rápidamente la especie, y como adquiriese crédito, ya nadie volvió a hablar de perseguir a los fugitivos; con lo que se diseminó la turba, retirándose cada uno a su casa. Por todas partes se oía bullicio, llamar y abrir las puertas, parecer y desaparecer luces, mujeres a las ventanas preguntando, y gentes respondiendo desde las calles.

Vueltas éstas a su antigua soledad, continuaron las conversaciones en las casas, y murieron entre bostezos para empezar de nuevo al día siguiente; sin embargo, no hubo más hecho sino que aquella mañana, estando el cónsul en el campo, apoyado en su azadón, cavilando acerca de los acontecimientos de la noche anterior, y discurriendo qué cosa en razón de sus atribuciones le tocaba hacer, vio venir hacia él dos hombres de gallarda presencia, ricamente puestos, aunque parecidos en lo demás a los que cinco días antes acometieron a D. Abundo, cuando no fuesen los mismos; los cuales con menos ceremonia que entonces le intimaron que si deseaba morir de enfermedad, se guardase bien de dar parte al *Podestá* de lo ocurrido, de decir la verdad en el caso que fuese preguntado, y de tener habladurías y fomentarlas entre los aldeanos.

Mucho tiempo caminaron aprisa y en silencio Lorenzo, Inés y Lucía, volviéndose ya uno, ya otro para ver si alguien los seguía, molestando a los tres la fatiga de la fuga, la incertidumbre en que se hallaban, el sentimiento del mal éxito de la empresa, y el temor confuso de un peligro aun no bien conocido. Afligíalos todavía más el toque continuo de la campana, que, disminuyéndose al paso que se alejaban, parecía más lúgubre y de peor agüero. Cesado por fin el campaneo, y hallándose nuestros fugitivos en paraje solitario y silencioso, acortaron el paso, y fue Inés la primera que, cobrando ánimo, rompió el silencio, preguntando a Lorenzo cómo había salido la cosa, y a Mingo, quién diablos eran los que había en su casa. Contó Lorenzo brevemente su historia; y vueltos luego los tres al muchacho, refirió éste circunstanciadamente el aviso del padre Cristóbal, y dio cuenta de lo que él mismo había visto, y del riesgo que había corrido, lo que confirmaba demasiado aquel aviso. Comprendieron los oyentes más de lo que pudo decirles Mingo: estremeciéronse al oír aquella relación; se pararon un momento en medio el camino, y se miraron unos a otros como espantados. Luego con unánime impulso acariciaron al muchacho, tanto para darle tácitamente las gracias por haber sido para ellos un ángel tutelar, como para manifestarle la lástima que les causaba, y en cierto modo pedirle perdón de lo que por ellos había sufrido y del peligro en que se había visto.

—Vuélvete, pues, a casa —le dijo Inés— para que tus gentes no estén con cuidado.

Y acordándose de la promesa de las dos monedas, le dio cuatro, añadiendo:

—Vaya, pide a Dios que nos veamos presto.

Lorenzo le dio también una *berlinga*, encargándole que nada dijese de la comisión del padre Cristóbal, y Lucía le acarició de nuevo, le saludó afectuosamente, y el muchacho enternecido se despidió de todos, tomando el camino de su casa. Los tres entonces prosiguieron pensativos el suyo, las dos mujeres adelante, y Lorenzo detrás como para escoltarlas. Iba Lucía agarrada del brazo de su madre, y evitaba con blandura el auxilio que el mozo le ofrecía en los malos pasos de aquel camino extraviado, avergonzándose entre sí, aun en medio de tales apuros, de haber permanecido tanto tiempo sola y tan familiarmente con él, cuando esperaba ser dentro de pocos instantes su esposa. Pero disipando ya desgraciadamente aquel lisonjero sueño, se arrepentía de haberse excedido tanto; y entre los infinitos motivos de temor, temblaba también, no por efecto de aquel pudor que nace de la certeza del mal obrar, sino de ciertos recelos desconocidos semejantes al miedo del muchacho que tiembla en la oscuridad sin saber qué es lo que teme.

—¿Y nuestra casa? —exclamó Inés de pronto.

Pero por muy justo que fuese el cuidado que arrancaba aquella exclamación, nadie contestó, porque nadie podía darle una respuesta satisfactoria. De esta manera continuaron en silencio su camino, hasta que por fin desembocaron en una plazuela, delante de la iglesia del convento.

Acercóse Lorenzo a la puerta, y habiéndola empujado suavemente, se abrió, iluminando los rayos de la luna que penetraban en ella la cara pálida y la barba blanca del padre Cristóbal, que los estaba aguardando cuidadoso. Viendo que nadie faltaba:

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Y les hizo señas de que entrasen. Estaba al lado del religioso otro capuchino, y era el sacristán lego, que cediendo a las súplicas y razones del padre Cristóbal, se había prestado a velar con él, a dejar entornada la puerta, y a quedar de centinela para acoger a aquellos desgraciados.

Y a la verdad era necesaria toda la autoridad de fray Cristóbal, y su opinión de santo, para determinar al lego a una condescendencia, sobre incómoda, irregular y peligrosa. Así que entraron, entornó el padre Cristóbal otra vez la puerta, y entonces fue cuando no pudiendo resistir ya el sacristán, le llamó aparte susurrándole al oído:

—¡Pero, Padre, de noche! ¡En la iglesia! ¡Con mujeres!... ¡Cerrar la puerta!... ¿Y la regla?... ¡Pero, Padre! —diciendo esto meneaba la cabeza.

Mientras pronunciaba con dificultad estas palabras, el padre Cristóbal estaba pensando que si hubiese sido un asesino, perseguido por la justicia, fray Facio no le hubiera puesto dificultad ni embarazo, ¡y a una pobre inocente que huía de las garras del lobo!... «Omnia munda mundis», dijo luego volviéndose de repente a fray Facio, sin acordarse que no entendía latín; pero semejante olvido fue justamente lo que produjo su efecto; porque si el padre Cristóbal se hubiera puesto a argüir con raciocinios, no le hubieran faltado a fray Facio razones que oponer, y sabe Dios hasta cuándo hubiera durado la disputa; pero al oír aquellas palabras, para él misteriosas, y pronunciadas con tanta resolución, se le figuró que debían contener la solución de todos sus escrúpulos. Tranquilizóse, pues, y dijo:

—Está bien; usted sabe más que yo.

—Fíese usted de mí —contestó el padre Cristóbal.

Y a la luz lánguida que ardía delante del altar, se acercó a sus protegidos, que perplejos estaban aguardando, y les dijo:

—Hijos míos, dad gracias al Señor que os ha librado de un peligro... Quizá en este momento...

Y aquí se extendió explicándoles lo que les había mandado a decir por el muchacho, pues no sospechaba que tuviesen más noticias que él, y suponía que Mingo los había encontrado tranquilos en su casa antes que llegasen los bandoleros. Ninguno le desengañó, ni tampoco Lucía, a quien sin

embargo le acusaba la conciencia por semejante simulación con un hombre de su clase; pero aquella era la noche de los enredos y de las ficciones.

—Ya veis —prosiguió el religioso— que en esta tierra no hay seguridad para vosotros. Éste es vuestro país; habéis nacido en él; no habéis hecho daño a nadie; pero Dios lo quiere. Es una prueba, hijos míos; soportadla con paciencia, con fe, sin resentimiento, y no dudéis que llegará tiempo en que os alegréis de lo que ahora os está pasando. Yo he pensado ya en buscaros un refugio por estos primeros momentos, pues espero que presto podréis volver a vuestra casa. De todos modos, Dios proveerá para vuestro provecho, y yo procuraré corresponder a la gracia que me hace, eligiéndome como ministro suyo para consolaros en vuestras tribulaciones. Vosotras —continuo dirigiéndose a las mujeres— iréis a ***: allí estaréis fuera de peligro, y al mismo tiempo no lejos de vuestra casa. Buscaréis nuestro convento, y preguntando por el padre Guardián, le entregaréis esta carta: él será para vosotras otro fray Cristóbal. Y tú también, Lorenzo mío, debes por ahora sustraerte a la ira ajena y a la tuya. Lleva, pues, esta otra carta al padre Buenaventura de Lodi en nuestro convento de la puerta oriental de Milán: este religioso te servirá de padre, te acomodará y te buscará donde trabajar hasta que puedas volver a vivir aquí tranquilamente. Iréis todos a la orilla del lago cerca de donde desagua el Bion, arroyo a poca distancia del convento. Allí veréis un bote parado, diréis «Barca», os preguntarán para quién, responderéis «San Francisco». Entonces os acogerán en él, y os trasladarán al otro lado, en donde encontraréis un carruaje que os llevará en derechura a ***.

El que preguntase cómo fray Cristóbal tenía tan presto a su disposición semejantes medios, manifestaría que ignoraba cuán grande era en aquel tiempo el poder de un capuchino en opinión de santo.

Faltaba hablar del cuidado de las casas. Tomó el Padre las llaves, encargándose de entregarlas a los que Lorenzo e Inés le indicaron. Al dar Inés la suya, arrojó un profundo suspiro acordándose de que su casa estaba abierta, que había puesto en ella los pies el diablo, ¿y quién sabe lo que quedaba que guardar?

—Antes que os marchéis —dijo el padre— dirijamos nuestras súplicas al Señor, para que sea con vosotros en este viaje, y siempre, y sobre todo para que os dé fuerza y voluntad de querer lo que él quiere.

Diciendo esto, se arrodilló en medio de la iglesia, y todos hicieron lo mismo. Después de haber rezado algunos instantes en silencio, pronunció el Padre en voz sumisa, pero clara, una plegaria en que todos le acompañaron, implorando la divina misericordia en favor del que era la causa principal de aquel trastorno, y pidiendo a Dios que le tocase el corazón para que se convirtiera. Levantándose después aprisa, dijo:

—Vaya, hijos; no hay que perder tiempo: Dios os guíe, y el ángel de la guarda os acompañe: adiós.

Y mientras ellos se iban con aquella conmoción que no pueden expresar las palabras, y que se manifiesta sin ellas, añadió el Padre con voz de enternecimiento:

—Me da el corazón que presto hemos de volvernos a ver.

Y sin aguardar respuesta, se retiró apresuradamente. Salieron los viajeros, y fray Facio cerró la puerta, despidiéndolos también él con voz algo alterada.

Dirigiéronse, pues, los tres a la orilla indicada, vieron el bote, y dada la señal, se embarcaron en él. Cogiendo el barquero dos remos, y bogando luego a dos brazos, se largó hacia el lado opuesto.

No corría viento alguno, estaba el lago como una balsa de aceite, y hubiera parecido inmóvil, a no ser por el ligero y trémulo ondear de la luna, que desde lo alto del cielo reflejaba en él como en un espejo: oíase sólo el suave y lento murmullo de las olas que lamían el quijo de la orilla: más lejos el ruido del agua que se estrellaba en los pilares del puente, y los golpes compasados de los remos que cortaban el agua, salían goteando y volvían a sumergirse. Las ondas que cortaba el bote,

reuniéndose detrás de la popa, dejaban señalada una raya que se iba separando de la orilla. Silenciosos los pasajeros, con la cara vuelta al punto que abandonaban, miraban las montañas y el país iluminados por el resplandor de la luna y variados de trecho en trecho por medio de grandes sombras.

Divisábanse las aldeas, las casas y hasta las cabañas. Descollando el palacio de D. Rodrigo con su torre chata sobre el miserable caserío amontonado en la falda del cerro, despertaba la idea de un hombre feroz que de pie en las tinieblas, al lado de unos compañeros dormidos, velaba meditando un delito. Violе Lucía y estremecióse. Atravesó con la vista toda la pendiente hasta fijarla en su aldea: buscó la extremidad de ella, descubrió su casita, distinguió la espesa copa de la higuera que sobresalía de la cerca del corralito, vio la ventana de su aposento, y sentada como estaba en el bote, apoyó el codo en el borde, bajó la frente sobre él como para dormirse, y lloró secretamente.

¡Adiós, montañas que salís de las aguas, y vosotras elevadas al cielo cumbres desiguales, que conoce el que creció a vuestra vista, y que impresas estáis en su mente como los objetos más familiares! ¡Adiós, torrentes cuyo curso estrepitoso le es tan conocido como el tono de voz de las personas de su familia! ¡Aldeas que blanqueáis esparcidas por esas pendientes como rebaños de ovejas, adiós! ¡Cuán triste es el trance del que criado entre vosotros tiene que abandonaros! En la imaginación del mismo que voluntariamente se aleja, halagado con la esperanza de próspera fortuna, pierden su atractivo en aquel instante los sueños de grandes riquezas; se admira de haber podido determinarse a partir, y al punto regresaría si no esperara volver presto poderoso. Cuando recorre los llanos, retrae la vista cansada al aspecto de aquella monótona extensión, y le parece pesada y sin movimiento la atmósfera. Se introduce con tristeza en las ciudades tumultuosas, y las casas pegadas a otras casas, y las calles que desembocan en otras calles, fatigan su respiración, y delante de los magníficos edificios que admira el extranjero, piensa con inquieto deseo en el campo de su país, y en la casita a que de largo tiempo atrás tiene echado el ojo para comprarla cuando vuelva rico a sus hogares.

¿Y qué será de aquel que ni con el deseo momentáneo pasó más allá de aquellas mismas montañas? ¿Y de aquel que a solas ellas redujo todos los proyectos de su futura suerte y a quien aleja una fuerza opresora? ¿Qué será de aquel que, separado de sus más queridos hábitos, y frustrado en sus esperanzas más dulces, deja aquellas montañas para ir en busca de extranjeros que nunca deseó conocer, no pudiendo ni en conjetura figurarse el momento de su vuelta? ¡Adiós, casa nativa, en donde con ocultas ansias aprendió el oído a distinguir de las pisadas comunes el ruido de unos pasos deseados con temor misterioso! ¡Adiós, casa todavía extraña, casa mirada tantas veces de paso y no sin rubor, en la que se complace la imaginación, suponiéndola la morada tranquila y perpetua de una futura esposa! ¡Adiós, iglesia en donde tantas veces entró el ánimo tranquilo a cantar las alabanzas del Señor, y en donde el suspiro secreto del corazón debía ser bendecido, y debía imponerse como obligación el amor después de santificado, adiós!

De esta clase, si no precisamente los mismos, debían ser los pensamientos de Lucía, y poco diferentes los de los dos peregrinos, mientras el bote se iba acercando a la orilla derecha del Ada.

IX.
Un sacrilegio.

El sacudimiento del bote al tocar la orilla sacó de su enajenación a Lucía, la cual, después de limpiarse de oculto las lágrimas, se levantó como si despertase, saltó en tierra Lorenzo el primero, y dio la mano a Inés, quien, después de salir, se la dio a su hija, y los tres dieron con tristeza las gracias al barquero.

—No hay de qué: todos estamos en el mundo para ayudarnos unos a otros —respondió el buen hombre, retirando la mano con desdén, como si se le hubiese propuesto un robo, cuando Lorenzo quiso entregarle una parte de los cuartejos que tenía y que llevó consigo aquella noche para hacer una demostración a D. Abundo después de que, aun mal de su grado, le hubiese servido.

Ya estaba pronto el carruaje: saludó el carretero a los tres viajantes, los ayudó a subir, arreó la bestia, dio un latigazo y tomó el camino.

Aquí no describe nuestro autor este viaje nocturno, y no sólo calla el nombre del pueblo a que se dirigió la pequeña caravana, sino que manifiesta expresamente que no quiere nombrarle. Por el progreso de la historia se saca el motivo de su silencio. Las aventuras de Lucía en aquel país están enlazadas con una trama escandalosa de cierta persona perteneciente a una familia, según parece, rica y poderosa en el tiempo en que el autor escribía.

Sin embargo, para dar cuenta de la conducta reprensible de la misma persona con respecto a Lucía, ha tenido que referir en compendio su vida, y en ella la familia hace el papel que verá más adelante el que siga leyendo. Esta es la causa de la circunspección del historiador; sin embargo, como aun a los hombres más advertidos suele a veces hacerles traición la memoria, él mismo, sin echarlo de ver, nos ha puesto en camino para descubrir lo que quiso ocultar con tanto empeño. En una parte de la relación, que nosotros omitiremos como no necesaria para la integridad de la historia, se le escapa decir que aquel pueblo era una villa noble y antigua, a la cual sólo faltaba el título de ciudad para serlo; añade luego inadvertidamente en otro paraje, que pasa por ella el río Lambro, y además que tiene un arcipreste. Con estos indicios no hay en toda Europa un hombre medianamente instruido que no conozca que aquel pueblo es Monza.

Poco después de salir el sol, llegaron nuestros viajeros a Monza. Paró el carretero en un mesón, y como práctico del país y conocido del mesonero, hizo disponer un cuarto para los nuevos huéspedes, y los acompañó a él. Después de darle Lorenzo las gracias, trató de recompensarle; pero aquél, lo mismo que el barquero, se negó a recibir recompensa alguna. Contando con la del cielo, retiró la mano, y como huyendo, marchó a cuidar de su bestia.

Después de una prima noche como la que hemos descrito, y del resto de ella, como cualquiera puede figurarse, pasada en gran parte con pensamientos tristes, con temor continuo de algún acontecimiento desagradable en el silencio y oscuridad, y entre el violento traqueteo del incómodo carruaje, que sacudía a los viajeros en el momento en que empezaba a vencerlos el sueño, a la inclemencia de un fresco más que otoñal, les supo bien descansar en el banco de una pieza medianamente resguardada del aire. Aquí comieron alguna cosa correspondiente a la penuria de los tiempos, a los escasos medios en proporción de las urgentes necesidades, a un porvenir incierto y al poco apetito.

Acordáronse todos sucesivamente del banquete que dos días antes esperaban tener, y cada uno a su vez dio un profundo suspire. Lorenzo hubiera querido detenerse a lo menos todo aquel día, ver a las dos mujeres acomodadas, y asistirlas en aquellas primeras diligencias; pero el padre Cristóbal había encargado a las dos que le enviasen inmediatamente a su destino: alegaron de consiguiente dichas órdenes, con otras muchas razones, a saber, que la gente hablaría más de lo regular; que cuanto más tardase en irse, tanto mayor sería el sentimiento de todos al separarse, que podía volver presto a verlas, y en fin, tanto dijeron, que el joven determinó marcharse. Concertaron, pues, las cosas más por menor; Lucía no ocultó sus lágrimas; Lorenzo pudo apenas reprimir las suyas, y apretando las manos a Inés, dijo con voz ahogada:

—¡Adiós! —y marchóse.

Mas empantanadas se hubieran hallado las dos mujeres, a no haber sido por aquel buen carretero que tenía orden de conducirlas al convento, dirigirlas y asistirlas en todo cuanto hubiesen necesitado. Guiadas por él se encaminaron, pues, al convento, que, como todos saben, dista de Monza un corto paseo. Llegados a la portería, el carretero tiró de la campanilla e hizo llamar al Guardián, que no tardó en presentarse y recibir la carta.

—¡Hola, fray Cristóbal! —dijo conociendo la letra.

El tono de la voz y los movimientos de la cara indicaban claramente que pronunciaba el nombre de un grande amigo suyo.

Es indudable que el padre Cristóbal en aquella carta recomendaría con mucho calor a las dos mujeres, y referiría circunstanciadamente su desgracia, porque el padre Guardián daba de cuando en cuando muestras de sorpresa y de indignación, y levantando los ojos, miraba a las dos mujeres con expresión de lástima y de interés. Así que acabó de leer la carta, estuvo algún poco pensativo, y luego dijo para sí:

—No hay sino la señora... como la señora tome sobre sí este empeño...

Llamó luego a la madre algunos pasos aparte en el atrio del convento, le hizo algunas preguntas, a las que Inés satisfizo, y volviéndose después a Lucía, dijo a las dos:

—Amigas mías, yo buscaré, y espero encontraros un asilo más que seguro y honesto, hasta que Dios disponga otra cosa mejor. ¿Queréis venir conmigo?

Contestaron las dos respetuosamente que sí, y el Padre continuo diciendo:

—Vamos al convento de la señora; pero quedaos algunos pasos atrás, porque la gente se complace en murmurar de los religiosos, y quién sabe los cuentos que forjarían si viesen al padre Guardián por la calle con una muchacha hermosa, quiero decir, con mujeres.

Con esto marchó delante. Lucía se puso colorada, y el carretero se sonrió mirando a Inés, a quien también se le escapó una ligera sonrisa, y en cuanto estuvo el Padre a cierta distancia, los tres echaron a andar, siguiéndole con unos diez pasos de separación. Preguntaron entonces las mujeres al carretero lo que no habían osado preguntar al Guardián: quién era la señora.

—La señora —contestó el buen hombre— es una monja; pero no una monja así como quiera; no porque sea abadesa o priora, pues al contrario, según dicen, es de las más jóvenes, sino porque es de la costilla de Adán, y sus abuelos eran grandes personajes que vinieron de España, de donde son los que nos mandan ahora. La llaman la señora para dar a entender que es una señorona, y en todo el país no la conocen por otro nombre, porque dicen que en este convento nunca ha habido una persona de tanta nobleza, y sus parientes de ahora allá en Milán pueden mucho, y son de los que siempre tienen razón, y todavía más en Monza; porque aunque el padre no vive aquí, es el más poderoso de todos; de forma que ella puede en el monasterio revolverlo todo de arriba abajo. También las gentes de fuera la respetan mucho, y como tome un empeño, se puede apostar a que se sale con la suya. Si ese buen Padre que va allí consigue poner a ustedes en sus manos y ella las admite, estarán ustedes tan seguras como en un sagrario.

Llegado el padre Guardián a la puerta de la población, flanqueada en aquel tiempo por un torreón antiguo, y un trozo de castillo derribado, que quizá más de diez de mis lectores se acordarán haber visto casi entero, se paró volviendo la cabeza por ver si le seguían; entró después, y se dirigió al convento. Así que llegó, se paró de nuevo en el umbral, aguardando a las viajeras. Rogó al carretero que diese una vuelta por el convento a recoger la respuesta; quedó en ello el buen hombre, y se despidió de las dos mujeres, que le encargaron diese las más expresivas gracias al padre Cristóbal, manifestándole su agradecimiento.

Hizo el padre Guardián que Inés y Lucía entrasen en el patio del monasterio, las encomendó a la demandadera, y entró solo a hacer la solicitud. Volvió al cabo de pocos minutos muy contento a decirlas que entrasen con él; y su presencia fue muy oportuna, porque la madre y la hija no sabían cómo librarse de las preguntas impertinentes de la demandadera. Atravesando otro segundo patio, las instruyó el padre Guardián acerca del modo como debían conducirse con la señora.

—Está bien dispuesta —dijo— en favor vuestro, y puede haceros muchísimo bien. Habladle con humildad y respeto; respondedle con sencillez a las preguntas que tuviere a bien haceros, y cuando no os pregunte, dejadme hablar a mí.

Entraron en un cuarto bajo, de donde se pasaba al locutorio, y antes de entrar en él, dijo el Padre en voz baja, señalando la puerta: «aquí está», como para recordar a las dos mujeres las advertencias que acababa de hacerles. Lucía, que nunca había visto un convento, así que puso el pie en el locutorio, miró a todas partes, y no viendo persona alguna quedó como alelada. Advirtiendo que el Padre se dirigía a un punto, y que Inés le seguía, volvió los ojos a aquel paraje, y vio un agujero cuadrado a manera de media ventana con dos rejas muy gruesas, distantes una de otra como cosa de un palmo, y detrás de ellas una monja en pie. Su aspecto representaba una mujer de unos veinticinco años, que podía llamarse hermosa; pero de una hermosura abatida y casi ajada. Ceñíale la cabeza un velo negro que caía a derecha e izquierda separado algún tanto de la cara. Debajo del velo, una toca de blanquísimo lienzo cubría hasta la mitad su frente, que era de distinta, mas no de inferior blancura, y bajaba rodeándole el rostro con menudos pliegues hasta dar vuelta por bajo de la barba, extendiéndose por el pecho lo suficiente para cubrir el escote de una túnica negra. Pero aquella frente denotaba de cuando en cuando en sus arrugas cierta contracción dolorosa, y entonces dos negrísimas cejas se acercaban entre sí con rápido movimiento.

A veces sus ojos, también negrísimos, se fijaban imperiosamente como para escudriñar los pensamientos de la persona a quien se dirigían, y otras, se bajaban de pronto como para ocultar los suyos. En algunos instantes, un observador experimentado hubiera creído que solicitaban afecto, correspondencia, compasión, y otras, se hubiera figurado descubrir en ellos señales de un odio inveterado y reprimido, y aun ciertos indicios de ferocidad. Cuando estaban parados, porque ella no fijase la atención en cosa alguna, denotaban cierto desdén orgulloso, la preocupación de un sentimiento profundo, o tal vez el continuo torcedor de una pena más poderosa que los objetos que tenía delante. Aunque el contorno de su palidísimo rostro era delicado y fino, se advertía en sus mejillas cierto caimiento y flaqueza, resultado al parecer de una lenta extenuación. Los labios, aunque apenas teñidos de un levísimo color de rosa, sobresalían en la palidez del semblante, y sus movimientos, iguales a los de los ojos, eran vivos, prontos y llenos de una expresión misteriosa. El continente de su persona, alta y bien formada, desmerecía algún tanto por cierto descuido y abandono habitual, o chocaba por varios movimientos repentinos, irregulares, impropios, no sólo de una religiosa, sino de cualquiera mujer; y hasta en su modo de vestir se echaba de ver por una parte mucho estudio, y por otra no poco desaliño, lo que manifestaba una monja de un carácter original.

Llevaba la túnica con afectación secular, y dejaba salir por entre la toca la extremidad de un negro rizo en la sien, que indicaba olvido, o acaso desprecio de la regla que prescribía tener siempre bien rapado el pelo, como quedaba en la ceremonia de la profesión.

Nada de esto notaron las dos mujeres, que no sabían distinguir monja de monja, y el padre Guardián, que no era la primera vez que veía a la señora, estaba ya acostumbrado, como otros muchos, a aquella irregularidad de su hábito y modales.

Estaba entonces, como acabamos de decir, de pie cerca de la reja, apoyada lánguidamente en ella con la mano, cruzando por las aberturas sus candidísimos dedos, y con la cara inclinada para ver a los que entraban.

—Madre reverenda e ilustre señora —dijo el padre Guardián con la cabeza baja y una mano en el pecho—, esta es la pobre joven, por quien no creo haber implorado en balde su protección, y esta es su madre.

Las dos no cesaban de hacer grandes reverencias, hasta que la señora, haciéndolas señas de que bastaba, se volvió al Padre, diciendo:

—Tengo mucha satisfacción en poder servir a nuestros buenos amigos los padres capuchinos; pero sírvase usted contarme por menor el caso de esta joven para ver mejor lo que podré hacer por ella.

Lucía se puso colorada y bajó la cabeza.

—Ha de saber usted, madre reverenda… —empezó a decir Inés.

Pero el Padre la cortó la palabra con una mirada, y contestó de esta manera:

—A esta joven me la recomienda, como ya he dicho, uno de mis hermanos. Ha tenido que salir de oculto de su país, por librarse de graves peligros, y necesita por algún tiempo de un asilo en que pueda vivir sin que se sepa su paradero, y en donde nadie se atreva a venir a molestarla, aun cuando...

—¿Y qué peligros son esos? —interrumpió la señora—. Perdone usted, Padre Guardián: no me diga las cosas tan enigmáticamente; ya sabe usted que las monjas somos curiosas, y deseamos saber las historias con todos sus pelos y señales.

—Son peligros —contestó el Guardián— que a los castos oídos de la reverenda madre deben indicarse apenas…

—Cierto, cierto —dijo apresuradamente la monja poniéndose algún poco colorada.

¿Efecto acaso de rubor? El que hubiese visto la rápida expresión de despecho que acompañó a aquella alteración, tal vez lo hubiera dudado, y mucho más, comparándole con el que de cuando en cuando coloreaba la cara de Lucia.

—Bastará decir —prosiguió el Guardián— que un caballero prepotente... No todos los grandes de este mundo emplean los bienes que Dios les ha concedido en honra y gloria suya y en utilidad del prójimo, como lo hace la señora... Un caballero prepotente, después de haber perseguido largo tiempo a esta infeliz, para seducirla, viendo por último que todo era inútil, tuvo valor de perseguirla abiertamente por medios violentos, de manera que la pobre se ha visto precisada a huir de su casa.

—Acércate, niña —dijo la señora a Lucía, haciéndola señas con el dedo—. Sé que el padre Guardián es la boca de la verdad; pero nadie mejor que tú puede estar al corriente de este negocio. Tú, pues, debes ahora decirnos si efectivamente aquel caballero era para ti un perseguidor odioso.

En cuanto a acercarse, obedeció Lucía inmediatamente; mas por lo que toca a responder, ya era otra cosa. Una pregunta de aquella naturaleza la hubiera puesto en confusión, aun cuando se la hubiera hecho una persona igual a ella; pero hecha por aquella señora, y con cierto tonillo como de duda, la dejó enteramente sin ánimo para responder.

—Señora... Madre reverenda...—dijo con voz trémula. Y como daba indicio de no poder proseguir, Inés, que seguramente, después de su hija, era la que mejor debía estar impuesta, se creyó autorizada para ayudarla, por lo cual tomó la palabra diciendo:

—Señora, yo puedo asegurar en mi alma que mi hija odia a aquel caballero más que el diablo al agua bendita; quiero decir que él era el diablo. Vuestra señoría me perdonará si hablo mal, porque nosotras somos gente como Dios nos ha hecho. El caso es que esta pobre muchacha estaba para casarse con un mozo, igual nuestro, hombre de bien, timorato, y bastante acomodado; y si el señor Cura hubiese sido un hombre como yo me entiendo... Sé que hablo de un sacerdote; pero el padre Cristóbal, amigo del padre Guardián, también es sacerdote como él; y es un hombre muy caritativo, y si estuviera aquí, pudiera decir...

—Muy pronta estáis para hablar sin que os pregunten —interrumpió la señora con cierto tono de autoridad orgullosa, y un ceño que la hizo parecer fea—. Callad: ya sé que a los padres nunca les faltan excusas para disculpar a sus hijos.

Abochornada Inés, dio una mirada a su hija como diciéndole: Mira lo que padezco por no saber tú hablar: también el padre Guardián indicaba a Lucía con la cabeza y los ojos que aquella era la ocasión de animarse, y no dejar fea a su pobre madre.

—Reverenda señora —dijo entonces Lucía—, cuanto ha dicho mi madre es la pura verdad. El mozo que me pretendía (aquí se puso como la grana) era un joven con quien yo me casaba a gusto. Perdone vuestra señoría si hablo con este descoco: lo hago para que no piense mal de mi madre; y por lo que toca a aquel señor (¡Dios le perdone!), quisiera morir mil veces antes que caer en sus manos; y si vuestra señoría hace la buena obra de ponernos en salvo, ya que nos vemos en la triste

precisión de mendigar un abrigo y molestar a las personas caritativas (pero hágase la voluntad del Señor), puede vuestra señoría estar segura de que nadie pedirá a Dios con más fervor por vuestra señoría que nosotras.

—A vos os creo —dijo la monja con menos aspereza—; sin embargo, tendré gusto en oíros a solas; no porque necesite —añadió volviéndose con estudiada cortesía al religioso— de otras averiguaciones ni de otros motivos para servir al padre Guardián; antes por lo contrario he pensado en ello, y he aquí lo mejor que por ahora me ha ocurrido. Hace pocos días que la demandadera del convento ha casado la última de sus hijas: estas mujeres podrán ocupar el cuarto que con semejante motivo ha quedado vacío, y suplir la falta de aquella muchacha en los pequeños cargos que ella desempeñaba. A la verdad (aquí hizo señas al padre Guardián para que se acercase a la reja), a la verdad que atendida la carestía de los tiempos, se pensaba en no poner a nadie en su lugar; pero yo hablaré a la madre Abadesa, y una palabra mía... luego un empeño del padre Guardián... En fin, doy la cosa casi por hecha.

Quiso el padre Guardián darle las gracias; pero la señora le interrumpió diciendo:

—Dejémonos de cumplimientos; yo también, en caso de necesitarlo, me valdría del favor de los padres capuchinos; al cabo —continuo con una sonrisa equívoca—, ¿no somos nosotros hermanos y hermanas?

Con esto llamó a una de sus criadas legas, pues por un privilegio especial se le concedían dos, y le mandó que diese noticia de todo a la madre Abadesa, y que llamando después a la demandadera, acordase con ella y con Inés las medidas correspondientes. Dio licencia a ésta para que se retirase, se despidió del capuchino, y se quedó sola con Lucía. El Guardián acompañó a Inés hasta la puerta principal, haciéndole de paso algunas advertencias, y se volvió a su convento a contestar a la carta del padre Cristóbal.

—¡Qué cabecilla es la tal monja! —decía para sí en el camino—. ¡A la verdad que es rara! Pero el que sabe acomodarse a su genio hace de ella lo que quiere. Sin duda no se aguardará mi amigo fray Cristóbal que yo le haya servido tan presto. ¡Qué excelente religioso es! ¡Qué empeño toma siempre en hacer bien a los desgraciados! Ya verá él que aquí también nosotros valemos alguna cosa.

La monja, que delante de un anciano capuchino había estudiado todas las acciones y palabras, en cuanto se quedó mano a mano con una pobre aldeana, muchacha sin experiencia ni conocimiento del mundo, no puso ya el mayor cuidado en contenerse, y sus discursos llegaron a ser al último tan extraños, que en vez de trasladarlos, creemos más oportuno relatar sucintamente su historia, esto es, lo que baste para que se comprenda la razón de cierto carácter misterioso que hemos notado en ella, y los motivos de su conducta en los hechos que tendremos que referir en adelante.

Era ésta la hija menor del príncipe de***, magnate de Milán, y uno de los más ricos de aquella ciudad; pero por el exagerado concepto de su calidad, consideraba sus riquezas apenas suficientes para sostener el decoro de su casa, y su grande empeño era el de conservarlas perpetuamente reunidas en el estado en que se hallaban entonces. No consta por la historia cuántos hijos tenía; sólo resulta que había destinado al claustro a todos los segundos de ambos sexos, para que los bienes recayesen sin disminución en el primogénito que había de perpetuar el nombre de la familia, esto es, engendrar hijos para sacrificarlos luego de la misma manera con vocación o sin ella.

La de que hablamos aun no había salido del vientre de su madre, cuando ya su suerte estaba echada para siempre; sólo faltaba decidir si sería fraile o monja, porque para esto se necesitaba su presencia. Cuando salió a luz, queriendo el Príncipe su padre ponerle un nombre que despertase la idea del claustro y fuese de una santa de ilustre prosapia, la llamó Gertrudis. Los primeros juguetes que se pusieron en sus manos fueron muñecas vestidas de monjas, y estampas de monjas, encargándole siempre que las cuidase mucho. Cuando el Príncipe, la Princesa o el heredero, que era el único de los varones que se criaba en casa, querían alabar la bella presencia de la niña, no

hallaban mejor modo de expresarse que el decir: «¡Qué hermosa abadesa!» Pero ninguno jamás le dijo tú debes ser monja, porque era cosa ya decidida y tocada sólo por incidente todas las veces que se hablaba de su destino futuro. Si alguna vez la niña Gertrudis cometía algún acto de orgullo a que propendía su carácter dominante y altivo:

—Eres todavía demasiado niña —le decían—; cuando seas abadesa, entonces mandarás a zapatazos.

Cuando otras veces el Príncipe la reprendía por ciertos modales algo libres, que igualmente solían ser de su gusto:

—Ea —le decía—, esos no son modales de una niña de tu clase; si quieres que algún día te respeten como conviene, acostúmbrate desde ahora a guardar más decoro; acuérdate que en todos los casos debes ser siempre la primera del convento, porque la sangre debe distinguirse donde quiera.

Palabras de esta clase imprimían en el cerebro de la niña la idea implícita de que debía ser monja; pero las que pronunciaba su padre hacían más efecto que todas las demás juntas. Los modales del Príncipe eran habitualmente los de un amo severo; y cuando se trataba del estado futuro de sus hijos, se notaba en su rostro y en sus palabras una inflexibilidad de carácter, una ambición suspicaz de autoridad que infundía la idea de una absoluta obediencia.

A la edad de seis años, Gertrudis fue colocada, no sólo para su educación, sino también para encaminarla a la vocación que se le impuso, en el convento en que la hemos visto; y la elección no fue sin misterio.

El buen carretero que condujo a Lucía y a su madre a Monza, dijo que el padre de la señora era el primer personaje de aquella ciudad, y combinando esta aserción, valga por lo que valiere, con algunas indicaciones que de cuando en cuando se le escapan por descuido a nuestro anónimo, podemos inferir que era el señor feudal de aquel territorio. Como quiera que sea, su autoridad allí era muy grande; y así creyó sin duda que en aquella ciudad, mejor que en otra parte, tratarían a su hija con toda la distinción y las atenciones que pudiesen lisonjearla, cuando eligió aquel convento para su perpetua morada. Con efecto, no se equivocó. La Abadesa de entonces, y algunas monjas de las que, como se suele decir, tenían la sartén por el mango, hallándose enredadas en ciertas contiendas con otro convento y con varias familias del país, tuvieron a gran suerte que se les proporcionase semejante apoyo: recibieron con gratitud la honra que se les hacía, y correspondieron en todo a las intenciones que el Príncipe dejó traslucir con respecto a la colocación de su hija, intenciones que, por otra parte, estaban en grande armonía con el interés de las mismas monjas.

Apenas entró Gertrudis en el convento, se llamó por antonomasia la *Señorita,* y se le señaló lugar distinguido en la mesa y en el dormitorio. Proponían además su conducta a sus compañeras como por norma, se la regalaba con dulces y caricias sin término, acompañándolo todo con aquella familiaridad respetuosa que tanto engríe a los niños cuando ven que la gastan con ellos aquellas personas que tratan a los demás niños con tono habitual de autoridad. Sin embargo, no todas las monjas se ocupaban en hacer caer en el lazo a la pobrecilla. Muchas había muy sencillas y ajenas de toda trama, las cuales se hubieran horrorizado sólo con pensar que podían ser capaces de sacrificar a una muchacha por miras de interés; pero de éstas, unas se ocupaban únicamente en sus negocios particulares, otras no advertían semejantes manejos, otras no conocían la gravedad del delito, otras se abstenían de discurrir sobre ello, y otras callaban por no dar escándalo inútilmente.

Alguna había también que, acordándose de haber sido seducida del mismo modo para que hiciese una cosa de que se arrepintió, se lastimaba de aquella pobre inocente, y se desahogaba con hacerla melancólicas caricias, estando muy lejos Gertrudis de sospechar que en aquellas había un misterio. Entretanto, la trama iba adelante, y quizá hubiera continuado de la misma manera hasta el fin, si no hubiera habido más muchachas que Gertrudis en el convento. Pero entre sus compañeras de educación, algunas había destinadas a casarse. Gertrudis, criada en las ideas de superioridad, hablaba con énfasis de su futuro destino de abadesa, esto es, de princesa del convento; en una

palabra, quería a toda costa ser objeto de envidia para las demás, y se admiraba y sentía que algunas no se la tuviesen ni poco ni mucho. A las imágenes majestuosas, pero limitadas y lánguidas, que puede suministrar la primacía en un convento, contraponían las otras las imágenes extensas y brillantes de esposo, de banquetes, de tertulias, de ciudades, de justas, de vestidos, de galas, de coches, etc.

Estas imágenes produjeron en el cerebro de Gertrudis aquel movimiento y deseo que excitaría un canastillo de flores frescas colocadas en un rincón. Sus padres y sus maestros habían fomentado y aumentado en ella su vanidad natural, contrayéndola al claustro; pero en cuanto estimularon esta pasión ideas más análogas a su carácter, se entregó muy presto a ellas con ardor más vivo y más espontáneo. Para no ser menos que sus compañeras, o para ceder al mismo tiempo a sus nuevas inclinaciones, respondía que en resumidas cuentas nadie podía ponerle la toca sin su consentimiento; que ella también podía tener un marido, vivir en un palacio, y disfrutar de las diversiones del siglo mejor que todas ellas; que podía hacerlo siempre que quisiere, que quizá querría, y realmente la inquietaba el deseo. La idea de la necesidad de su consentimiento, que hasta entonces había estado como aletargada en su mente, se desenvolvió manifestándose en toda su fuerza. A cada instante la llamaba Gertrudis en su auxilio, para recrearse tranquilamente en la perspectiva de futuros placeres; pero detrás de esta idea venía siempre la de que era preciso negar aquel consentimiento al Príncipe su padre, que ya contaba con él, o a lo menos lo aparentaba, y con esta idea el ánimo de la hija estaba muy lejos de tener aquella seguridad que ostentaban sus palabras. Comparábase entonces con sus compañeras, cuya suerte no era dudosa, y entonces experimentaba aquella envidia que pensó excitar en ellas. Envidiándolas las odiaba; a veces el odio se evaporaba en desaires, groserías y sarcasmos; otras le adormecía la conformidad de inclinaciones y esperanzas, y de aquí resultaba una aparente y lisonjera intimidad.

Otras veces, queriendo gozar entretanto de alguna cosa real y presente, se saboreaba con las distinciones que le hacían, procurando herir el amor propio de las demás con tal superioridad; y otras, en fin, no pudiendo soportar en silencio sus temores y sus deseos, iba casi humillada a buscar a aquellas mismas compañeras, implorando de ellas benevolencia, valor y consejos. Entre estas deplorables alternativas de pequeña guerra consigo y con las otras, pasó Gertrudis la puericia, y entraba ya en aquella edad peligrosa, en la cual parece que se introduce en el ánimo una fuerza misteriosa, que excita, embellece y aviva todas las inclinaciones, todas las ideas, y a veces las trasforma y las hace tomar un curso enteramente imprevisto. Lo que hasta aquí había lisonjeado más a Gertrudis en sus sueños de un estado futuro, había sido el fausto y la pompa exterior; y un cierto no sé qué de tierno y afectuoso, que al principio era como niebla imperceptible en su imaginación, empezó entonces a desenvolverse y a ocupar el primer lugar en su fantasía.

Habíase formado allá en lo más recóndito de su mente una especie de brillante retiro, donde apartándose de los objetos presentes, se acogía con frecuencia, y recorriendo confusas memorias de su infancia, de lo poco que pudo ver en sus primeros años, y de lo que había oído a sus compañeras, se fraguaba ciertos personajes ideales y a su manera. Con ellos conversaba, preguntaba y se respondía, daba órdenes y recibía obsequios. De cuando en cuando llegaban a turbar tan lisonjeras imágenes pensamientos de religión; pero la religión, según se la habían enseñado a la infeliz, lejos de proscribir el orgullo, lo santificaba, proponiéndole como un medio para ser feliz en la tierra. Despojada de esta manera de su esencia, ya no era la religión sino una ilusión como las demás. En los intervalos de esta ilusión que ocupaba el primer lugar y dominaba en la imaginación de Gertrudis, acosada la infeliz de oscuros temores, y agitada por una idea confusa de sus obligaciones, se figuraba que su repugnancia al claustro y la resistencia a sus mayores con respecto a la elección de estado, eran culpas, y se proponía en su interior expiarlas encerrándose voluntariamente en el convento.

Era ley que ninguna joven pudiese recibirse en calidad de monja sin haberla examinado antes su vicario, u otro eclesiástico nombrado al intento, para que constase su vocación, y este examen no

podía verificarse sino un año después de haber expuesto en un escrito en forma sus deseos. Aquellas monjas que habían admitido el triste encargo de hacer que Gertrudis se ligase para siempre con el menor conocimiento posible de lo que hacía, se aprovecharon de uno de aquellos instantes que acabamos de describir, para hacerle copiar y firmar semejante solicitud. Y para inducirla con más facilidad, no dejaron de decirle e insistir en lo que realmente era cierto; esto es, que aquella por fin no era sino una mera formalidad, que no tenía efecto si no la acompañaban otros actos posteriores que dependían absolutamente de su albedrío.

Sin embargo, no había aun llegado a su destino la solicitud, cuando Gertrudis estaba arrepentida de haberla escrito; luego se arrepentía de haberse arrepentido, pasando de esta manera los días y los meses en una continua alternativa de propósitos y de arrepentimientos. Tuvo oculto por largo tiempo a sus compañeras el hecho de la petición, ya por temor de exponer a contradicciones una buena resolución, ya por la vergüenza de haber hecho un desatino; pero, por último, venció el deseo de desahogar el ánimo, y buscar valor y consejo. Había también otra ley que mandaba que ninguna joven fuese admitida al examen de su vocación sino después de haber permanecido a lo menos un mes fuera del convento en donde había sido educada. Estaba para concluirse el año después de la remisión de la súplica, y ya sabía Gertrudis que dentro de poco la sacarían para su casa, en donde permanecería un mes, y que entretanto se harían los preparativos necesarios para concluir la obra que ella realmente había empezado. El Príncipe y el resto de la familia contaban el negocio como si se hubiese verificado; pero no era esa la cuenta de la muchacha, la cual, lejos de querer dar los demás pasos, pensaba en anular el primero.

En semejante conflicto, resolvió abrir su pecho a una de sus compañeras, la más franca y la más dispuesta siempre a dar consejos vigorosos, y ésta la animó a que con una carta informase a su padre cómo había mudado de opinión, ya que no tenía bastante entereza para plantarle en su cara un solemne *no quiero*; y pues que los pareceres gratuitos son en este mundo más raros de lo que algunos suponen, la consejera hizo pagar el suyo a Gertrudis mofándose de ella por su cobardía. Entre tres o cuatro educandas de satisfacción se fraguó la carta, se escribió a escondidas y se empleó una estratagema para remitirla. Con grande ansia estaba Gertrudis aguardando la contestación, que nunca llegó, y sólo a los pocos días, llamándola aparte la Abadesa, le hizo varias observaciones con tono de disgusto y de compasión, insinuándola con reticencias y enigmas que el Príncipe su padre estaba sumamente irritado por cierta insolencia suya; pero al mismo tiempo se le daba a entender que comportándose bien, había esperanzas de que todo se echaría en olvido. Oyó la joven a la Abadesa sin atreverse a hacer más preguntas.

Llegó finalmente el día tan temido y deseado. Aunque no ignoraba Gertrudis que iba a sostener una lucha, sin embargo, el salir del convento, el dejar aquellas paredes en que había estado ocho años encerrada, el correr en coche en campo abierto, el volver a ver la ciudad y su casa, todo esto excitaba en su corazón un placer tumultuoso.

Por lo que toca a la lucha, ya con el dictamen de sus confidentas había tomado sus medidas y formado su plan de batalla.

—Querrán violentar mi voluntad —decía para sí— ¿y qué haré yo? Mantenerme firme como una roca: seré humilde y respetuosa; pero me negaré a obedecer. No se trata sino de pronunciar otro sí, y yo no lo pronunciaré por cierto. Querrán emplear la dulzura, venir a buenas; yo seré más buena que ellos; lloraré, suplicaré, les moveré a compasión; que al cabo yo sólo pido no ser sacrificada.

Nada se verificó de estas previsiones, como suele suceder muy a menudo. Pasábanse los días sin que el padre ni los demás le hablasen de la solicitud ni de la retractación, y sin que le hiciesen propuesta alguna ni con amenazas ni con halagos. Sus padres estaban serios y tristes, poniéndole siempre mal gesto sin decirle el motivo; sólo se infería que la miraban como delincuente e indigna de pertenecer a su familia. Raras veces, y sólo en ciertas horas determinadas, se le permitía acompañar a sus padres y al primogénito, y en la conversación de los tres respiraba la mayor franqueza, lo que hacía más sensible y dolorosa la proscripción de la pobre Gertrudis. Ninguno le

dirigía la palabra; las que ella se atrevía a pronunciar humildemente, cuando no recaían sobre asuntos de evidente necesidad, o no las escuchaban, o respondían con una mirada indiferente, despreciadora o altiva; y si no pudiendo tolerar por más tiempo tan amarga y humillante distinción, intentaba granjearse un poco de benevolencia, inmediatamente le interrumpían con alguna expresión tortuosa, pero clara, acerca de la elección de estado, y le daban a entender con indirectas que había un medio de conciliarse de nuevo el afecto de su familia. Gertrudis, que no lo quería a ese precio, se veía precisada a retroceder, a desechar aquellas primeras muestras de cariño que tanto deseaba, y a volver a la situación de proscrita, en que para mayor desconsuelo permanecía con la apariencia de culpada.

Todas estas contrariedades estaban en completa oposición con las halagüeñas ilusiones que tanto habían lisonjeado y todavía lisonjeaban secretamente la imaginación de Gertrudis. Esperó en algún tiempo que en la ostentosa y concurrida casa de sus padres gozaría en realidad alguna parte de lo que había imaginado; pero quedaron enteramente fallidas sus esperanzas. La clausura de su casa era igual a la del convento; jamás se trataba de paseo, y quitaba hasta el único motivo de salir a la calle una tribuna que caía a la iglesia inmediata. La sociedad era para ella más triste, más pequeña y menos variada que el convento. En cuanto anunciaban una visita, tenía Gertrudis que retirarse a un cuarto con algunas dueñas, y allí también comía en los días de convite. Los criados seguían en su conducta y discursos el ejemplo de sus amos, y Gertrudis, que por inclinación hubiera querido tratarlos con familiaridad señoril y desembarazada, se hubiera dado entonces por muy satisfecha con que le hubiesen hecho como de igual a igual alguna demostración de benevolencia, y bajándose a veces a mendigarla, se veía humillada hasta el punto de que la correspondiesen con una indiferencia notable, aunque acompañada de un insignificante obsequio de formalidad.

No se dejó, sin embargo, de advertir que un pajecillo muy diferente de los demás criados la trataba con cierto respeto y compasión de un género particular. El continente de aquel jovencillo era lo que Gertrudis hasta entonces había visto más parecido y más análogo al orden de cosas y al modelo de los personajes ideales que, como hemos visto, se había fraguado en su imaginación. Notóse por grados algo de nuevo en sus acciones, una tranquilidad y una inquietud distintas de las que antes manifestaba, y un modo de conducirse igual al de una persona que había encontrado alguna cosa que le interesaba, y a la cual apetecía mirar a cada instante, sin que otras la viesen. Con esto estuvieron siguiéndola de cerca sin perderla de vista: y hete aquí que una de aquellas camareras y dueñas la sorprendió una madrugada en el momento en que a hurtadiİlas doblaba una carta que le hubiera valido más no escribir. Después de muchos tirones y esfuerzos por una y otra parte, la carta quedó en manos de la dueña, y de allí pasó a las del Príncipe.

No es posible describir el terror de Gertrudis al oír los pasos de su padre, de un padre como aquel, sobre todo, irritado, y además conociéndose ella misma culpada. Pero cuando le vio con aquel ceño y con la carta en la mano, hubiera querido estar no sólo en el convento, sino siete estadios debajo de tierra. Las palabras no fueron muchas, pero terribles, y el castigo que se le impuso por el momento fue el de estar encerrada en aquel cuarto bajo la vigilancia de la vieja que hizo el descubrimiento; pero ésta no era más que una providencia interina, y por las apariencias no se podía dudar que le aguardaba otro castigo mayor, indeterminado y de consiguiente más terrible. El paje fue echado inmediatamente de la casa, y también se le amenazó con un castigo horroroso, como en algún tiempo osase hablar del asunto. Al hacerle el Príncipe esta insinuación, le descargó dos bofetones tremendos para agregar a la aventura un recuerdo que le quitase toda tentación de alabarse de ella. Para la despedida del paje no era difícil encontrar un pretexto, y en cuanto a la joven, se dijo que estaba indispuesta.

Allí, pues, se quedó Gertrudis con el remordimiento, la vergüenza, el temor de las consecuencias y sólo la compañía de aquella mujer a quien aborrecía por ser el castigo de su yerro y la causa de sus desgracias. La mujer por su parte odiaba también a Gertrudis, porque por ella se

hallaba reducida, sin saber hasta cuándo, a la condición fastidiosa de carcelera y depositaria para siempre de un secreto, en aquellos tiempos muy peligroso.

Sosegóse poco a poco aquel primer tumulto de afectos; pero volviendo luego cada uno de ellos a agitar sucesivamente el ánimo de la infeliz, se aumentaba y se detenía en él para afligirla con mayor fuerza. ¿Qué castigo podría ser aquel con que su padre le amenazó sin determinarlo? Muchos, variados y muy extraños se ofrecían a la ardiente imaginación de Gertrudis. El que le parecía más probable era el que la condujesen de nuevo al convento de Monza, para estar allí, no ya como una señorita, sino como una culpada. ¿Quién sabe hasta cuándo y con qué tratamiento? Lo que tan penosa contingencia tenía para ella de más doloroso era quizá la vergüenza. Pasaba y repasaba en su memoria las frases, las palabras y hasta las comas de aquella malhadada carta: se figuraba que todas habrían sido analizadas por un lector muy diferente de aquel a quien contestaba con ella: temía que la hubiesen visto su madre, su hermano y algunas otras personas, y en comparación de esto todo lo demás le parecía nada. No dejaba tampoco de venir con frecuencia a molestar a la pobre presa la imagen de aquel que había sido el origen de todo el escándalo, y bien se deja entender el papel que haría entre los demás criados tan diferentes de él por sus caras serias, frías y ceñudas. Pero por la misma razón que no podía separarle de los demás ni volver un instante a recrearse en sus pasajeras ilusiones sin que inmediatamente le ocurriesen las penalidades presentes que eran sus consecuencias, comenzó poco a poco a recordarlo con menos frecuencia, a desecharlo de su imaginación y a perder la costumbre de pensar en él.

Tampoco paraba ya la mente con más gusto en aquellas alegres y risueñas quimeras de otros tiempos, porque las encontraba demasiado opuestas a las circunstancias reales y a toda probabilidad futura. El solo castillo en que Gertrudis podía esperar un asilo tranquilo y honroso que no fuese en el aire, era el convento. No podía dudar de que semejante resolución todo lo arreglaría cambiando en un momento su situación. Es cierto que contra este propósito conspiraban los cálculos y las ilusiones de su edad fogosa; pero los tiempos eran otros; y en comparación del precipicio en que Gertrudis había caído y de lo que debía temer, la condición de monja festejada, obsequiada y obedecida, era una especie de paraíso. Contribuyeron también por intervalos a disminuir su antigua repugnancia dos sentimientos muy diferentes, a saber, los remordimientos consiguientes a su falta, y cierta tendencia a la devoción, y quizá también el orgullo ofendido e irritado por los modales de su carcelera, la cual (muchas veces, a decir verdad, provocada por ella) se vengaba, ya amedrentándola con el castigo que le aguardaba, ya avergonzándola con recordarle su culpa. Después, cuando quería manifestarle compasión, adoptaba un tono de protección más odioso todavía que los insultos. En semejantes ocasiones, la gana que tenía Gertrudis de salir de sus uñas, y de hallarse en un estado superior e independiente de su cólera y de su compasión, se aumentaba cada día en términos de hacer que le pareciese soportable todo lo que podía contribuir a satisfacerla.

Al cabo de cuatro o cinco días larguísimos de cautiverio, una mañana, hostigada Gertrudis y furiosa por una de las continuas groserías de su carcelera, se metió en un rincón del aposento, y allí, cubriéndose la cara con las manos, permaneció algún tiempo desahogando su rabia. Sintió entonces la necesidad poderosísima que tenía de ver otros semblantes, de oír otras palabras y de ser tratada de distinta manera. Pensó en su padre y en su familia; pero el pensamiento se arredró atemorizado: sin embargo, acordándose de que en su mano estaba hacérselos amigos, experimentó un improviso consuelo, al que se siguió un profundo pesar y un extraordinario arrepentimiento de su yerro, con deseos vehementes de expiarlo; y aunque su voluntad no estaba absolutamente decidida, nunca se halló más próxima a semejante propósito. De consiguiente, se levantó, se fue a la mesa de escribir, tomó aquella pluma fatal, y escribió a su padre una carta en que se expresaba con grande entusiasmo y llena a un tiempo de aflicción y de esperanzas; e implorando su perdón, se manifestaba dispuesta a todo lo que pudiera agradar al que había de concedérsele.

X.
Sor Gertrudis.

Momentos hay en que el ánimo, especialmente el de los jóvenes, se halla dispuesto de manera que basta la más leve insinuación para lograr todo lo que tiene apariencias de bien o de sacrificio. Estos momentos, que deberían mirarse con tímido respeto, son justamente aquellos que acecha la astucia para aprovecharse de ellos al vuelo y encadenar una voluntad que no está sobre aviso.

Leyendo el Príncipe la carta de su hija, vio el camino abierto para el logro de sus antiguas y constantes miras. Mandóla llamar inmediatamente, y se preparó para machacar el hierro en caliente. Llegó, con efecto, Gertrudis, y sin levantar los ojos a mirar a su padre, se echó a sus pies, teniendo apenas ánimo para decirle:

—¡Perdóneme usted!

El Príncipe la hizo señal de que se levantase, y con voz no muy propia para infundirle ánimo, le contestó que no bastaba desear el perdón y pedirlo, pues era cosa natural que así lo hiciese cualquiera que se considerase delincuente y temiese el castigo, sino que convenía merecerlo.

Gertrudis, con gran sumisión y temblando, preguntó qué era lo que tenía que hacer. A esto el Príncipe (nos repugna en este momento darle el título de padre) no contestó directamente, sino que empezó a hablar con extensión de la culpa de Gertrudis, y sus palabras herían el corazón de la desgraciada a manera de una mano áspera que pesa sobre una llaga. Continuó diciendo que, aun cuando hubiese podido tener intención alguna vez de colocarla en el siglo, ella misma había puesto un obstáculo insuperable a semejante determinación, pues una persona de su honradez jamás hubiera cometido la bastardía de entregar a un caballero una joven que había dado tan mala cuenta de sí misma. Anonadada estaba la infeliz Gertrudis; y suavizando el Príncipe la voz y el tono, prosiguió diciendo que, sin embargo, había un remedio y una expiación de toda culpa: que la suya era de aquellas para las cuales el remedio estaba claramente indicado; y que debía considerar aquel triste acontecimiento como un aviso de que la vida del siglo era para ella demasiado peligrosa.

—¡Ah, sí! —exclamó Gertrudis, sobresaltada por el temor, dispuesta por la vergüenza y movida de un arrebato instantáneo de ternura.

—¡Ah, tú también lo conoces! —prosiguió el Príncipe—. Ea, pues, no se vuelva a hablar de lo pasado: todo se borró: has tomado el partido más honroso y el más conveniente que te quedaba; pero como lo has tomado de tu propia voluntad, a mí me toca hacer que le encuentres en todo y por todo agradable, y recaiga sobre ti todo el mérito y la utilidad de la resolución. Yo me encargo de ello.

Diciendo esto, tocó una campanilla que estaba sobre la mesa, y a un criado que entró, le dijo:

—Llámame a la Princesa mi esposa y al señorito.

Y prosiguió luego en estos términos:

—Quiero que todos tomen parte en mi satisfacción; quiero que todos empiecen a tratarte como conviene; hasta aquí has encontrado un padre algo severo, pero en adelante encontrarás a uno tierno y amoroso.

Oyendo estaba Gertrudis como alelada este razonamiento. Unas veces pensaba cómo sería que aquel sí, que se le había escapado, pudiese influir tanto; otras discurría sobre si había un medio de retractarle, o de alterar su sentido; pero la persuasión del Príncipe parecía tan completa, su gozo tan seguro y su benevolencia tan condicional, que Gertrudis no se atrevió a pronunciar una palabra que pudiese incomodarle en lo más mínimo.

Llegaron al momento la madre y el hermano, y viendo allí a Gertrudis, la miraron de un modo que indicaba incertidumbre y admiración; pero el Príncipe, con rostro risueño y tono amoroso, que en cierto modo mandaba que otro igual empleasen los demás:

—He aquí —dijo— la ovejilla extraviada. Y quiero que ésta sea la última palabra que recuerde lo pasado. Esta niña es el consuelo de su familia. Gertrudis ya no necesita de consejos: lo que nosotros deseamos para su bien lo ha elegido ella misma espontáneamente. Está resuelta; ya me lo ha indicado: está resuelta...

Aquí echó Gertrudis una mirada a su padre, entre temerosa y suplicante, como para pedirle que no terminara la frase; pero el Príncipe prosiguió sin detenerse:

—Está resuelta a tomar el velo.

—¡Bien! ¡muy bien! —exclamaron a una voz la madre y el hijo.

Y uno tras otro abrazaron a Gertrudis, la cual recibió semejantes demostraciones con lágrimas. Entonces el Príncipe se extendió hablando de lo que haría para que fuese lisonjera y ostentosa la suerte de su hija. Hizo mérito de las distinciones con que sería tratada en el convento y en todo el país; añadió que viviría como una reina, representando en algún modo a la familia; que apenas lo permitiese la edad, sería elevada a la dignidad suprema, y que entretanto sólo estaría subordinada en el nombre. La madre y el hermano repetían de cuando en cuando las congratulaciones y los elogios, y a Gertrudis le parecía que estaba soñando.

—Convendrá luego —dijo el Príncipe— fijar el día para ir a Monza a entablar la solicitud con la Abadesa. ¡Qué contenta estará! Y no hay duda de que todo el convento se penetrará de la honra que le hace Gertrudis... Me ocurre ahora que pudiéramos ir hoy mismo; con eso tomaría Gertrudis un poco de aire.

—Vámonos —dijo la Princesa.

—Voy a prevenirlo todo —añadió el hijo.

—Pero… —dijo con voz sumisa Gertrudis.

—Poco a poco —interrumpió el Príncipe—; dejemos que lo decida ella misma. Quizá no se halle hoy muy dispuesta y prefiera aguardar a mañana.

—Sí, mañana —contestó con tristeza Gertrudis, a quien aun se le figuraba ganar mucho con tomarse aquel corto intervalo.

—Mañana, pues —dijo el Príncipe con tono de decisión—. Gertrudis quiere que sea mañana. Yo iré entretanto a pedir al Vicario de las monjas que señale día para el examen.

Dicho y hecho; salió el Príncipe, y efectivamente fue a verse con el Vicario, que convino en que fuese dentro de dos días.

En todo el resto de aquel no tuvo Gertrudis dos minutos de descanso. Hubiera deseado recogerse en sí misma, examinar su corazón, meditar sobre lo que había hecho y lo que le quedaba por hacer, saber ella misma lo que quería; en una palabra, detener aquella máquina, que, apenas puesta en movimiento, caminaba con tal precipitación pero no fue posible, porque las ocupaciones se sucedían sin intermisión unas a otras. Concluido el solemne coloquio de que acabamos de hablar, la condujeron al gabinete de la Princesa su madre, para que allí la vistiese y ataviase su propia camarera. Aún no estaba concluida la operación, cuando llamaron a la mesa. Pasó Gertrudis entre las reverencias de los criados, que manifestaban darle el parabién por su restablecimiento, y halló varios parientes de los más cercanos que habían sido convidados a toda prisa para obsequiarla, felicitándola al mismo tiempo por las dos buenas noticias, esto es, la de haber recobrado la salud, y haber manifestado su vocación.

La *expósita* (que así llamaban a las muchachas que iban a entrar monjas, y con este nombre acogieron a Gertrudis al entrar en el comedor), la *expósita* tuvo mucho que hacer para contestar a los cumplimientos que se le dirigían. Bien conocía que todas aquellas contestaciones eran otros tantos empeños; pero ¿cómo responder de otra manera?

Levantados los manteles, llegó la hora de pasear. Gertrudis entró en el coche con su madre y con dos tíos suyos, que habían asistido al convite. Después del paseo acostumbrado, pararon en la

calle Marina, que entonces cruzaba el terreno que ocupan ahora los jardines públicos, y era el punto donde se reunían en coche los principales del pueblo a recrearse. Los tíos hablaron mucho a Gertrudis del asunto del día, y uno de ellos, que al parecer tenía mayor conocimiento que el otro de todas las personas, de todos los coches, de todas las libreas, y que a cada paso se le ofrecía algo que decir, ya de un caballero, ya de una dama, interrumpió de repente su relación, y vuelto a la sobrina, le dijo:

—¡Ah, picaruela! Tú lo entiendes: das un puntapié a todas estas fruslerías; nos dejas a nosotros los pobres mundanos en el atolladero; vas a hacer una vida feliz, y al paraíso en coche.

Al anochecer volvieron a casa, y bajando los criados las escaleras con las hachas encendidas, avisaron que había muchas visitas esperando. Estaba ya divulgada la noticia, y los parientes y amigos iban a cumplir con los deberes de la urbanidad. Entró Gertrudis con los que la acompañaban en el salón de recibimiento, y la *expósita* fue el ídolo, o por mejor decir, la víctima de aquella concurrencia. Cada uno se esmeraba en entretenerla: unos apalabraban los dulces, otros ofrecían visitarla: había quien hablaba de la madre tal, parienta suya; quién de la madre cual, su conocida; quién celebraba el hermoso cielo de Monza; quién la lisonjeaba con el lugar distinguido que ocuparía. Otros que aun no habían podido acercarse, por estar Gertrudis casi sitiada, aguardaban la ocasión de aproximarse, y creían faltar si no le ofrecían sus respetos. Por último, se fue disipando poco a poco el concurso; todos salieron sin el escozor de no haber cumplido, y Gertrudis quedó sola con su familia.

—En fin —dijo el padre—, he tenido el consuelo de ver a mi hija tratada conforme a su calidad; pero es preciso confesar que ella también se ha portado a las mil maravillas, y ha manifestado que no le costará trabajo hacer el primer papel y sostener el decoro de la familia.

Cenaron aprisa para recogerse presto y estar prontos a la madrugada del día siguiente.

Gertrudis, triste, despechada, y al mismo tiempo envanecida con los obsequios que había recibido en todo aquel día, se acordó de lo que le hizo sufrir su carcelera, y viendo a su padre dispuesto a complacerla en todo a excepción de una cosa, quiso aprovecharse del auge en que se hallaba para satisfacer a lo menos una de las pasiones que la atormentaban; de consiguiente manifestó repugnancia en ser servida por aquella mujer, quejándose amargamente de sus modales.

—¿Cómo? —dijo el Príncipe—. ¿Te ha faltado al respeto? Mañana, mañana le diré cuántas son cinco: déjalo, que yo haré que te dé una completa satisfacción. Entretanto, una hija que me tiene tan contento no debe ver a su lado una persona que le desagrada.

Con esto hizo que llamasen a otra criada, a quien mandó que sirviese a Gertrudis, la cual, saboreando la satisfacción que acababa de recibir, se admiraba de hallar en ella tan poco placer, en comparación de lo que la había deseado. Lo que también ocupaba a pesar suyo su imaginación, era el considerar los grandes progresos que había hecho en aquel día en el camino del claustro, y el reflexionar que para retroceder entonces se necesitaba más fuerza y resolución que la que hubiera bastado pocos días antes, y que sin embargo no fue capaz de tener.

La mujer que se la destinó para que la acompañase en su habitación era una vieja, aya en otro tiempo del primogénito, a quien recibió de los brazos del ama, y dirigió hasta la edad de la adolescencia. Como en él había depositado todas sus esperanzas y su gloria, estaba sumamente contenta, mirando la decisión de aquel día como su propia fortuna, y Gertrudis, para que todo fuese completo, tuvo que aguantar las congratulaciones, las alabanzas y los pesados consejos de la vieja. Hablóle ésta de una tía suya y otras parientas lejanas que se habían hallado muy bien con ser monjas, porque perteneciendo a aquella familia, habían gozado siempre de los primeros honores, y teniendo mucha mano fuera, salieron desde su locutorio victoriosas de empeños en que habían quedado mal las primeras damas de la ciudad. Le habló de las visitas que recibiría, y de las que le haría su hermano cuando se casase con una dama de la primera distinción, con lo que se alborotaría no sólo el convento, sino todo el país. Esta conversación tuvo la dueña mientras desnudaba a Gertrudis, la continuó estando ésta en la cama, y ya dormía sin que la vieja hubiese cesado de

hablar. La juventud y el cansancio tuvieron más fuerza que los cuidados; sin embargo, el sueño fue inquieto, penoso y acompañado de tristes ensueños; pero nada le interrumpió sino la voz chillona de la dueña que por la mañana temprano fue a despertarla a fin de que se dispusiese para el viaje de Monza.

—Aprisa, aprisa, señora expósita. Ya es de día claro, y para que usted se vista es menester más de una hora. La señora está levantándose; la han despertado lo menos cuatro horas antes de lo acostumbrado. El señorito ha bajado ya a la caballeriza, ha vuelto a subir, y está pronto para el viaje. Ese diablillo es más listo que una ardilla; era lo mismo de pequeñito; bien lo sé yo que lo he tenido en mis brazos; pero cuando está dispuesto, le incomoda mucho aguardar; así es que, a pesar de ser de una excelente pasta, entonces se impacienta y se pone furioso. ¡Pobrecillo! Merece disculpa; es efecto de su temperamento. ¡Triste del que le contradiga en tal ocasión! Ea, señorita, aprisa; ¿por qué me mira usted tan escandalizada? A estas horas ya debía usted estar fuera del nido.

A la idea del señorito impaciente, todos los demás pensamientos que se habían aglomerado en la imaginación de Gertrudis, se disiparon a manera de una bandada de gorriones al asomarse una ave de rapiña. Obedeció, pues, al instante, se vistió de prisa, se dejó acicalar, y se presentó en la sala, donde estaban reunidos sus padres y su hermano. Hiciéronla sentar en una silla de brazos, y le trajeron una jícara de chocolate, lo que en aquel tiempo era lo mismo que el dar la toga viril entre los romanos.

Cuando avisaron que el coche estaba pronto, el Príncipe llamó aparte a su hija, y le habló en estos términos:

—Ea, Gertrudis, ayer te portaste muy bien, y hoy debes superarte a ti misma. Se trata de hacer tu entrada pública en el convento y en el país en donde has de hacer el primer papel. Ya te aguardan —es excusado decir que el Príncipe había avisado a la Abadesa el día antes—; ya te aguardan, y todos tendrán los ojos puestos en ti. Dignidad y desembarazo. La Abadesa te preguntará, por pura formalidad, qué es lo que quieres: debes responder que pides ser admitida a tomar el hábito en aquel convento en donde has sido educada con tanto esmero y amor, y has recibido tantos favores, en lo que no dirás sino la verdad. Cuidarás de pronunciar estas palabras con soltura y desembarazo, para que no se diga que te las han apuntado, por no saber hablar tú sola. Aquellas buenas madres ninguna noticia tendrán de lo ocurrido, pues ese es un secreto que debe estar sepultado en la familia. Sobre todo, cuidado con no poner una cara afligida que pueda infundir algunas dudas. No desmientas tu sangre: modestia, buenos modales; pero sin olvidar que allí, a excepción de tu familia, nadie hay superior a ti.

Sin aguardar respuesta echó a andar el Príncipe, y lo siguieron su esposa, Gertrudis y su hermano. Bajaron todos la escalera, y se metieron en el coche. Las molestias y los contratiempos del mundo, y la vida tranquila y feliz del claustro, principalmente para las jóvenes de alta nobleza, fueron los argumentos de toda la conversación durante el viaje. Estando ya próximo el pueblo, repitió el Príncipe las instrucciones a su hija, con especialidad la fórmula de la respuesta. Al entrar en la ciudad, se le anubló a Gertrudis el corazón; pero la distrajo momentáneamente cierto número de caballeros, que, mandando detener el coche, arengaron al Príncipe con no sé qué especie de cumplimientos. Continuando luego el camino, se dirigieron más lentamente al convento entre las miradas de los curiosos que en gran número acudían de todas partes. En cuanto paró el coche delante de aquellas paredes, se encogió más todavía el corazón de Gertrudis, la cual se apeó con los demás, entre dos filas de curiosos que los criados iban apartando; y como todos los ojos estaban puestos en ella, se veía la pobre en la precisión de componer con estudio su semblante; pero de todos aquellos ojos juntos, ningunos la reprimían tanto como los de su padre, a los cuales, por más que los temiera, no podía dejar de volver los suyos a cada instante. Atravesado el primer patio, entraron en el segundo, y allí se vio abierta de par en par la puerta del claustro interior, y ocupada enteramente por monjas. Estaba en primera línea la Abadesa rodeada de ancianas; detrás las demás

monjas confundidas unas con otras, algunas de ellas de puntillas, y al último las legas subidas en bancos.

Veíanse asimismo de trecho en trecho brillar algunos ojillos, y asomar entre las tocas algunas caritas, y estas eran las educandas más diestras y atrevidas que habían sabido hallar un agujero para ver también ellas alguna cosa. De cuando en cuando salían de aquella muchedumbre exclamaciones, y se veían menearse manos y pañuelos en señal de parabién y de alegría. Llegados a la puerta, Gertrudis se halló cara a cara de la madre Abadesa, la cual, después de los cumplimientos de estilo, le preguntó con un modo entre halagüeño y majestuoso, qué era lo que pedía en aquel sitio donde nada podía negársele.

—Aquí vengo… —empezó Gertrudis.

Pero al pronunciar las palabras que debían decidir casi irrevocablemente su suerte, titubeó un momento, quedando con los ojos fijos en la muchedumbre que tenía delante. Divisó en aquel punto a una de sus compañeras que la miraba con cierto aire de compasión, mezclado con un poquito de malicia, como si dijera: «Cayó por fin la que echaba tantas bravatas.» Despertando esta vista en ella sus antiguos sentimientos, le infundió también un poco de su antiguo ánimo; por manera que ya estaba buscando una respuesta cualquiera, diferente de la que le habían prescrito, cuando al levantar la vista hacia el Príncipe casi para experimentar sus fuerzas, advirtió en su aspecto una inquietud tan profunda y una impaciencia tan mal comprimida, que, decidiéndose por temor con la misma rapidez con que huiría a la vista de un objeto horrible, prosiguió:

—Aquí vengo a solicitar el hábito religioso en este convento en donde he sido educada con tanto cariño.

A esto respondió inmediatamente la Abadesa, que sentía mucho que el estatuto le impidiese en aquel caso darle al instante una respuesta que debía ser el resultado de los sufragios comunes de las madres, y a la cual debía preceder la licencia de los superiores; pero que Gertrudis conocía sobradamente la consideración con que la distinguían en aquel sitio, para prever cuál sería dicha respuesta, y que entretanto ningún reglamento impedía a la Abadesa y a las demás religiosas manifestar el placer que les causaba semejante solicitud. Levantóse entonces un murmullo confuso de congratulaciones y de aplausos. Vinieron luego grandes bandejas de dulces, que se presentaron primero a la expósita y después a los padres, y mientras algunas monjas la confundían a abrazos, otras cumplimentaban a la madre y otras al mayorazgo. La Abadesa hizo suplicar al Príncipe que pasase al locutorio, en donde le aguardaba. Acompañábanla allí dos ancianas, y en cuanto le vio venir:

—Señor Príncipe —dijo—, para obedecer a la regla y cumplir con una formalidad indispensable, aunque en este caso... pero debo decirle que siempre que una joven pide el hábito... la Superiora, cargo que yo indignamente ocupo, tiene la obligación de advertir a los padres... que si por casualidad violentasen... la voluntad de su hija, incurrirían en excomunión... Me perdonará...

—¡Muy bien, muy bien, reverenda madre! Aplaudo su exactitud: es muy justo; pero usted no puede dudar…

—¡Seguramente, señor Príncipe!... He hablado sólo por cumplir con mi obligación precisa... Por lo demás...

—Cierto, cierto, madre Abadesa...

Pronunciadas entre los dos interlocutores estas pocas palabras, se hicieron recíprocamente una profunda reverencia, separándose como si los dos sintiesen prolongar aquel coloquio, y cada uno se retiró a su puesto, el uno fuera y el otro dentro del claustro.

—Ea —dijo el Príncipe—, Gertrudis tendrá presto toda la comodidad para gozar de la compañía de estas buenas madres: ya las hemos molestado demasiado.

Y haciendo una reverencia, manifestó querer ausentarse: la familia se puso en pie, se renovaron los cumplimientos y partieron.

A la vuelta no tenía Gertrudis mucha gana de hablar. Asustada con el paso que había dado, avergonzada por su cobardía e irritada contra los demás y contra sí misma, calculaba las ocasiones que todavía le quedaban para decir que no, y se proponía débil y confusamente ser en una u otra más fuerte y más decidida.

No tardaron en llegar a Milán, y entre comer, hacer algunas visitas, disfrutar algún poco del paseo y de la tertulia, se pasó enteramente aquel día. Al concluirse la cena, puso el Príncipe a examen un negocio importante, que era la elección de madrina. Así se llamaba, y aun se llama en el día, la dama que, elegida por los padres, se constituye guarda y guía de la joven que entra monja; y su encargo en el tiempo que media entre la solicitud y vestir el hábito, es el de emplearlo con ella en visitar las iglesias, los establecimientos públicos, los santuarios, las concurrencias, y en una palabra, todas las cosas notables de la ciudad y de los alrededores, a fin de que las muchachas, antes de pronunciar un voto irrevocable, vean bien lo que van a dejar.

—Convendrá pensar en la madrina —dijo el Príncipe—, porque mañana vendrá el Vicario para la formalidad del examen, e inmediatamente propondrán la admisión de Gertrudis en capítulo.

Pronunciando estas palabras, se dirigió a la Princesa, la cual, creyendo que pedía su dictamen, dijo se le podía hablar... pero la interrumpió el Principe prosiguiendo:

—No, no hay que hablar a persona alguna. Ante todas cosas la madrina debe ser del agrado de la expósita, y aunque la costumbre deja la elección a los padres, Gertrudis tiene tanto juicio y talento que merece que se haga una excepción.

Y volviéndose a la misma Gertrudis, en ademán de quien hace una gracia particular, continuo:

—Cualquiera de las damas que han asistido a la tertulia de esta noche posee las cualidades necesarias para ser madrina de una hija nuestra; y como no dudo de que cualquiera tendrá a mucha honra el ser preferida, a ti te toca elegir.

No dejaba Gertrudis de conocer que elegir era dar un nuevo consentimiento; pero le hacían la propuesta con tanto aparato, que el no admitirla parecería desprecio, y eximirse desagradecimiento y necedad. Dio, pues, este paso también, y nombró la dama que más le había agradado en la tertulia, esto es, la que más la había acariciado, la que la había alabado más, la que la había tratado con aquellas maneras familiares y afectuosas, que, cuando por primera vez se conoce a una persona, son el remedo de una antigua amistad.

—¡Excelente elección —exclamó el Príncipe, que esperaba y deseaba que recayese en aquella dama.

Fuese casualidad o arte, lo cierto es que sucedió en esto lo que acontece cuando un titiritero haciendo juegos de manos pasa delante de la vista de los circunstantes una baraja, diciendo que piensen una carta para luego adivinarla él mismo, lo que no es difícil porque abre la baraja en términos que sólo deja ver una carta por entero, con lo cual regularmente la imaginación de los que la ven se fija en aquella. En efecto, la dama elegida había estado toda la noche al lado de Gertrudis, y tanto la había entretenido, que hubiera sido necesario un esfuerzo de imaginación para elegir otra. Por otra parte, todo aquel esmero no era sin misterio, porque hacia tiempo que esta dama había echado la vista al primogénito del Príncipe para hacerle su yerno; de aquí es que miraba todas las cosas de aquella casa como suyas propias.

El día siguiente se despertó Gertrudis con la imaginación ocupada en el Vicario examinador, y cuando estaba pensando cómo podría aprovecharse de esta ocasión para volverse atrás, el Príncipe la mandó llamar.

—Vaya, hija —le dijo—, hasta este punto te has portado perfectamente; se trata ahora de coronar la obra. Todo cuanto se ha hecho hasta aquí se ha hecho con consentimiento tuyo. Si en este intermedio te hubiese ocurrido alguna dudilla, alguna especie de momentáneo arrepentimiento, o capricho de juventud, debías haberte explicado; pero según el estado en que se hallan hoy las cosas, ya no es tiempo de hacer niñerías. El hombre virtuoso que ha de venir hoy por la mañana, te hará

mil preguntas relativas a tu vocación, acerca de si estás gustosa, por qué y cómo... ¿Y qué sé yo qué más? Si titubeas en responder, te tendrá en el aire ¡quién sabe hasta cuándo! lo que sería un fastidio y una incomodidad grandísima para ti; pero además podría resultar otro inconveniente mucho más grave. Después de todos los pasos que se han dado, cualquiera leve perplejidad de tu parte, comprometería mi honor, porque se podría creer que yo había tomado una ligereza tuya por una firme resolución, que me había precipitado, y que había ¿qué sé yo? En este caso me vería en la dura necesidad de escoger entre dos partidos igualmente dolorosos, esto es, o dejar que el mundo formase mal concepto de mi conducta, partido que por mi propio decoro no puedo adoptar, o descubrir el verdadero motivo de tu resolución, y...

Aquí, viendo que el rostro de Gertrudis se había encendido, que sus ojos se arrasaban en lágrimas, y que sus facciones se inmutaban, cortó aquel discurso, y con tono de afabilidad, prosiguió diciendo:

—Vaya, vaya, todo depende de ti, de tu prudencia; sé que la tienes, y que no eres capaz de echar a perder una obra buena al tiempo de concluirla. Pero yo debía prever todos los casos posibles. No se hable más de esto, y quedamos de acuerdo en que responderás con tal franqueza, que no puedan nacer dudas en la cabeza de ese buen señor: y tú también con eso despacharás más presto.

Aquí, después de haber sugerido varias respuestas a preguntas que pudieran hacérsele, entró en la conversación acostumbrada de las dulzuras y placeres que gozaría Gertrudis en el convento, y con esto la estuvo entreteniendo hasta que un criado avisó que allí estaba el señor Vicario examinador. El Príncipe, después de un breve recuerdo a su hija acerca de las prevenciones que acababa de hacerle, la dejó sola con el Vicario, según estaba mandado.

Venía el buen eclesiástico casi convencido de que Gertrudis tenía un gran vocación al claustro, porque así se lo había dicho el Príncipe cuando fue a verle. Bien es verdad que, como sabía que la desconfianza era una de las cualidades más necesarias en su oficio, tenía por máxima andar despacio en dar crédito a semejantes aseveraciones, procurando no dejarse preocupar; pero rara vez sucede que las aserciones de persona autorizada no tiñan de su color la mente de quien la escucha. Después de los cumplimientos de costumbre, dijo el Vicario:

—Señorita, yo vengo a hacer el oficio del demonio, porque vengo a poner en duda lo que usted en su súplica ha presentado como cierto; vengo a hacerle presente las dificultades, y a cerciorarme de si las ha meditado con reflexión. Permítame, pues, que le haga algunas preguntas.

—Pregunte usted lo que guste —contestó Gertrudis.

Principió entonces el Vicario a interrogar en la forma prescrita en los reglamentos, diciendo:

—¿Está usted libre y espontáneamente resuelta a hacerse monja? ¿Se han empleado amenazas o halagos? Hable usted sin reparo y con toda veracidad a una persona cuya obligación es conocer su verdadera voluntad, para impedir que se la violente de modo alguno.

La verdadera respuesta a semejante pregunta se presentó a la mente de Gertrudis con un aspecto espantoso. Para darla era necesario entrar en una explicación; nombrar al que la había amenazado; en una palabra, referir una historia. Aterrada la infeliz, desechó semejante idea, y acudió a buscar cualquiera otra contestación, la que mejor y más presto la sacase del conflicto.

—Entro monja —dijo ocultando su turbación— por gusto mío, y por mi propia voluntad.

—¿Qué tiempo hace —continuo el Vicario— que tiene usted ese pensamiento?

—Siempre lo he tenido —contestó Gertrudis, más franca ya después del primer paso para mentir contra sí misma.

—¿Pero cuál es el motivo principal que la induce a entrar monja?

Ignoraba el buen hombre cuán terrible era la cuerda que tocaba, y Gertrudis hizo un grande esfuerzo para que no se notase en su rostro el efecto que producía en su ánimo aquella pregunta.

—El motivo —contestó— es el de servir a Dios, y huir de de los peligros del mundo.

—¿Sería acaso algún disgusto? ¿Algún... (usted perdone) algún capricho? A veces una cosa momentánea puede hacer una impresión que parezca perpetua; pero así que cesa la causa, y el ánimo se muda, entonces...

—No señor, no señor —respondió precipitadamente Gertrudis—; la causa es la que he indicado.

El Vicario, más bien para cumplir con su obligación que porque lo juzgase necesario, insistió en las preguntas; pero Gertrudis estaba resuelta a engañarle: porque además de la repugnancia que le causaba el descubrir su debilidad a aquel eclesiástico, que al parecer estaba muy lejos de sospechar de ella semejante cosa, no dejaba de ocurrirle que, aunque bien podía el Vicario impedir que fuese monja, allí acababa su autoridad sobre ella y su protección, y que en cuanto aquél se ausentase, se quedaría con su padre a solas. De todo lo que entonces tendría que sufrir nada sabría el Vicario, y aun sabiéndolo, lo más que podría hacer con toda su buena intención sería compadecerla. En este supuesto, antes que de mentir Gertrudis, se cansó de preguntar el examinador, el cual, viendo que todas las respuestas eran idénticas, y no teniendo motivo alguno para dudar de su veracidad, mudó de lenguaje, diciéndole todo lo que creyó conveniente para confirmarla en su buen propósito, y felicitándola acerca de su resolución se despidió de ella. Al atravesar las salas, a la salida, se encontró con el Príncipe, que al parecer pasaba casualmente por ellas, y le dio el parabién de las excelentes disposiciones de su hija. El Príncipe, que hasta entonces había estado en una penosa ansiedad, respiró al oír semejantes noticia, y olvidando su gravedad acostumbrada, fue casi corriendo a ver a Gertrudis, colmándola de alabanzas, caricias y promesas con un placer verdaderamente cordial, y una ternura en gran parte sincera: tales son las contradicciones del corazón humano.

Nosotros no seguiremos a Gertrudis en aquella serie de continuadas fiestas y diversiones a que por ultima vez se entregaba, ni describiremos parcialmente y por orden progresivo todos los movimientos de su ánimo en aquel espacio de tiempo, porque sería una historia de penas y fluctuaciones demasiado monótona, y casi una repetición de lo que hemos manifestado.

La amenidad de los sitios, la variedad de los objetos y la alegría de los campos hacían más odiosa la idea del paraje en que había de ir a sepultarse para siempre. Todavía más penosas eran para ella las impresiones que recibía en las reuniones y concurrencias particulares. Causábale una envidia, una desazón insoportable la vista de las recién casadas, a quienes se daba el título lisonjero de esposas, y a veces, al ver algunos personajes, se figuraba que debía ser el colmo de la felicidad el oírse aplicar dicho título.

Otras veces la magnificencia de los palacios, el lujo de los muebles y el bullicio festivo de las tertulias, excitaba en ella un deseo tan vivo de gozar tan envidiable vida, que formaba el proyecto de retractarse y de sufrir cualquiera cosa más bien que volver a la triste monotonía del claustro; pero todas estas resoluciones se disipaban como el humo, al calcular con más detención las dificultades, y con fijar la vista en su padre. Entre tanto, habiendo remitido el Vicario la certificación correspondiente, y conseguidas las licencias necesarias, se celebró el capítulo. Concurrieron, como era de presumir, las dos terceras partes de los votos secretos que exigía la regla, y Gertrudis fue admitida. Cansada ella misma de tan violenta situación, pidió volver lo más pronto posible al convento. A la verdad que, como no había quien se opusiese a semejante determinación, adhirieron a sus deseos, y conducida en gran pompa al convento, tomó el hábito.

Después de un año de noviciado en que se arrepintió mil veces, y mil veces se arrepintió de haberse arrepentido, llegó el momento de pronunciar un *no* más dificultoso, más extraño, y más escandaloso que nunca, o de repetir un *sí* tantas veces pronunciado. Repitióle con efecto, y monja fue para siempre.

Una de las facultades particulares e incomunicables de la religión cristiana, es la de poder dirigir y tranquilizar al que en cualquiera situación y término acude a ella. Si lo pasado tiene

remedio, lo prescribe, lo facilita, y suministra luces y fuerzas para ponerle por obra; si no tiene remedio, indica el modo de hacer de la necesidad virtud, como suele decirse vulgarmente: enseña a continuar con firmeza y acierto lo que se emprendió con ligereza; inclina el ánimo a abrazar con propensión lo que impuso la violencia, y da a una elección que fue temeraria, pero irrevocable, toda la conformidad y el placer de la vocación. Con este medio hubiera podido Gertrudis ser una monja santa, y vivir conforme y tranquila con su resolución, como quiera que la hubiese tomado; pero la infeliz, al contrario, recalcitraba contra el yugo, y de este modo se le hacía más duro su peso. Un recuerdo repetido de la libertad perdida, un aborrecimiento implacable a su estado, y un vagar continuo en pos de deseos que jamás podrían satisfacerse, eran las ocupaciones principales de su ánimo.

Volvía y revolvía en su mente las amarguras del tiempo pasado; traía a su memoria todas las circunstancias que la habían conducido donde se hallaba: mil veces hacía y deshacía con el pensamiento lo que había hecho con las obras; se culpaba a sí misma de cobardía, y a los demás de violencia y perfidia, y se consumía en su interior. Idolatraba y deploraba al mismo tiempo su hermosura; lloraba su juventud destinada a destruirse en un lento martirio, y en algunos momentos envidiaba la suerte de cualquiera mujer que pudiera, fuese como fuese, gozar en el mundo de aquellos dotes.

Miraba con odio a todas aquellas monjas que habían cooperado a reducirla a semejante situación. Se acordaba de las artes y artificios que habían empleado, y se los pagaba con otras tantas descortesías, cavilosidades, y aun abiertas reconvenciones. Tenían éstas que aguantarlo todo, porque, aunque el Príncipe quiso tiranizar a su hija, nunca hubiera consentido que su sangre quedase desairada, y cualquiera pequeña queja que aquélla hubiese dado, pudiera haberles hecho perder la poderosa protección de su padre, y quizá convertir en enemigo a tal protector. Parecía regular que Gertrudis tuviese alguna propensión a las otras monjas que ninguna parte tuvieron en aquellos funestos manejos, que, sin haberla deseado por compañera, la amaban como tal, y que virtuosas, ocupadas en sus labores, y alegres, le manifestaban con su ejemplo cómo allí se podía, no sólo vivir, sino también vivir agradablemente; pero a éstas las odiaba también por otro estilo. Sus semblantes, en que se notaba la piedad y el contento, eran para ella una especie de reconvención con que se le echaba en cara su disgusto y su extravagante conducta, y así no perdía ocasión de burlarse de ellas por detrás, calificándolas de gazmoñas y mojigatas. Quizá las hubiera despreciado menos si hubiera sabido o sospechado que ellas fueron las que echaron aquellas pocas bolitas negras que se encontraron en la urna cuando se votó su admisión.

No obstante, algún consuelo encontraba a veces en el mando, en verse obsequiada dentro y visitada con adulación por las personas de fuera, en salir bien de varios empeños, en franquear su protección, y en que la diesen el dictado de señora; pero ¡qué consuelo!

Poco después de su profesión, la nombraron maestra de educandas. Figúrese cualquiera cómo estarían aquellas niñas bajo su dirección. Sus antiguas compañeras habían salido ya; pero ella conservaba todas las pasiones de aquel tiempo, y de un modo o de otro las jóvenes debían sentir el peso de ellas. Cuando se acordaba de que algunas estaban destinadas a aquel género de vida a que ella nunca podía aspirar, las miraba casi con rencor, las trataba con aspereza, y las hacía pagar anticipadamente la felicidad de que esperaban gozar algún día.

Quien hubiese visto en aquellos momentos la aspereza magistral con que las reconvenía por cualquier pequeño descuido, la hubiera juzgado como una mujer irreprensible. Otras veces la misma aversión que tenía al claustro se manifestaba de un modo enteramente opuesto: entonces no solamente toleraba las clamorosas diversiones de sus discípulas, sino que las provocaba, se mezclaba en sus juegos, y por ella llegaban a ser menos arreglados; tomaba parte en sus conversaciones, y las llevaba más allá de la intención con que aquellas las habían empezado.

Si por casualidad se hacia mención de algún resabio de la madre Abadesa, la maestra les hablaba continuamente de él, convirtiéndole en una escena de comedia. Ya remedaba con gestos la

cara de una monja, ya el porte de otra, riéndose de ellas a carcajadas. De esta manera vivió algunos años, no habiéndosele proporcionado medio ni oportunidad para otra cosa, cuando quiso su desgracia que una ocasión se le presentase.

Entre los privilegios y distinciones que se le habían concedido para indemnizarla en algún modo de la imposibilidad de ser abadesa por su corta edad, gozaba la de tener habitación separada. Contigua a aquel lado del convento se hallaba una casa en que vivía un joven, malvado de profesión, uno de los muchos que en aquella época, con sus bravos y su unión con otros malvados de la misma calaña, podían hasta cierto punto burlarse de la fuerza pública y de las leyes. En el manuscrito ya citado se le llama Egidio, y nada más. Éste, desde una ventanilla suya, que caía a un patio de aquella parte del convento, había visto algunas veces a Gertrudis pasear y dar vueltas por allí en momentos de ociosidad, y como los peligros y la impiedad de las empresas le halagaban en lugar de arredrarle, se aventuró un día a dirigirle la palabra, a que contestó la desventurada.

Experimentó Gertrudis en aquellos primeros momentos un placer no enteramente puro, pero muy vivo, porque una ocupación fuerte y continua vino a llenar el perezoso vacío de su corazón; sin embargo, este placer era como la bebida fortificante que suministraba a los reos la estudiada crueldad de los antiguos, para animarlos a soportar los suplicios. Notóse al mismo tiempo una gran novedad en toda su conducta: se manifestó de improviso más mesurada y más tranquila, y no sólo cesaron los escarnios, sino que comenzó a producirse con modales más afables y cariñosos; por manera que tanto mayor era el contento de las monjas al ver tan feliz mudanza, cuanto más lejos estaban de figurarse que el verdadero motivo de aquella nueva virtud no era sino hipocresía agregada a sus antiguos defectos. Con todo, no duró mucho aquella apariencia de mejora, a lo menos con continua igualdad.

En efecto, no tardaron en producirse las acostumbradas descortesías y caprichos, y se oyeron de nuevo las imprecaciones y denuestos contra la sujeción del claustro, no pocas veces expresados en un lenguaje impropio de aquel sitio y de aquella boca. Pero a cada tropiezo acudía con una apariencia de arrepentimiento, procurando hacer olvidar su descuido a fuerza de halagos. Sufrían las monjas lo mejor que podían semejantes vicisitudes, atribuyéndolas al carácter extravagante y ligero de la señora.

Parece que por algún tiempo ninguna llevó más adelante el pensamiento; pero un día en que la señora, trabándose de palabras con una lega por cierta habladuría, se desató contra ella en improperios e insultos, la lega, después de haber aguantado bastante, perdió al fin la paciencia, y se le escapó cierta indirecta indicando que sabía alguna cosa, y que a su tiempo hablaría. Desde entonces no halló Gertrudis sosiego; pero a poco tiempo sucedió que una mañana aguardaron en vano a la lega para el desempeño de sus tareas ordinarias. Buscáronla en su celda, la llamaron por todas partes; revolvieron de arriba abajo el convento, y todo inútilmente. ¿Y quién sabe las conjeturas que se hubieran hecho, si prosiguiendo las diligencias no hubiesen descubierto en la cerca de la huerta un grande agujero, de que infirieron que por allí se había escapado? Despacháronse propios en varias direcciones para alcanzarla, y se hicieron exquisitas investigaciones por fuera, sin haber podido adquirir jamás noticia de ella. Quizá algo se hubiera averiguado si, en lugar de buscarla lejos, hubiesen cavado el terreno más próximo. Después de haber manifestado todas mucha admiración, pues nadie creía a aquella mujer capaz de semejante exceso, y después de muchos argumentos, se vino por fin a parar en que debió haber ido muy lejos; y porque a una monja se le ocurrió decir: «sin duda habrá ido a Holanda», se dijo y se tuvo siempre por cosa cierta en el convento que se había refugiado en aquel país.

No obstante, parece que la señora no estaba en ese entender, no porque manifestase no creerlo, o se opusiese a la opinión común con razones propias, pues si algunas tenía, jamás las disimuló mejor; por el contrario, de nada se abstenía tanto como de tocar semejante historia, y en lo que menos pensaba era en averiguar aquel misterio; mas cuanto menos hablaba de él, tanto más presente le tenía. ¡Cuántas veces al día se le presentaba la imagen de aquella monja, sin que pudiese

apartarla de su mente! ¡cuántas veces hubiera querido oír el agudo sonido de su verdadera voz, cualesquiera que hubiesen sido sus amenazas, más bien que tener siempre en el oído mental el susurro de aquella misma voz, y oír palabras a que no quería responder, repetidas con una pertinacia incansable, que jamás tuvo persona alguna viviente!

Habría como cosa de un año que había pasado esta aventura, cuando el padre Guardián de capuchinos presentó a Lucía a la señora, que tuvo con ella aquel coloquio en el cual suspendimos nuestra narración. Multiplicaba Gertrudis las preguntas acerca de la persecución de D. Rodrigo, y entraba en ciertos pormenores con un desembarazo que pareció, y debió parecer extraño a Lucía, quien jamás se imaginó que la curiosidad de las monjas pudiese extenderse a semejantes asuntos. No eran menos extrañas las opiniones que dejaba traslucir, o que interpolaba con las preguntas. Parecía que casi se burlaba del terror de Lucía; preguntaba si D. Rodrigo era tan feo para causar tanto miedo, y casi daba a entender que tendría por ridículo y necio el desdén de Lucía, a no disculparla su preferencia por Lorenzo. También acerca de este particular se extendió a tantas y tales preguntas, que provocaron la admiración y el pudor de la inocente aldeana; pero, advirtiendo luego que había dejado correr la lengua tras los extravíos de la imaginación, procuró enmendar lo mejor que pudo con interpretaciones sus imprudencias; pero no por eso dejó Lucía de quedar con cierta desagradable admiración y confuso recelo, de modo que, en cuanto pudo hallarse a solas con su madre, le descubrió su ánimo con respecto a lo que había pasado. Inés, como más experimentada, disipó en pocas palabras todas sus dudas, diciendo:

—No debes maravillarte de eso; cuando conozcas el mundo como yo, verás que estas son cosas de que no hay que admirarse. Los personajes, unos más, otros menos, unos por un lado, otros por otro, todos tienen algo de locos; se les deja que digan, y no se hace caso: al contrario, el modo de conseguir de ellos lo que se quiere, es darles siempre la razón. ¿No viste con qué orgullo se me echó encima, como si yo hubiera dicho algún despropósito? Mas yo no hice caso. Todos son lo mismo; con todo, debemos dar gracias a Dios de que, según parece, la has agradado, y quiere protegerte de veras.

El deseo de servir al padre Guardián; la satisfacción que se experimenta en dar amparo a un miserable; la idea del buen concepto que produciría una protección concedida con fin tan piadoso; cierta prevención en favor de Lucía; el placer que causa el hacer bien a una inocente, el consolar y socorrer a los oprimidos, habían realmente determinado a la señora a tomar a su cargo la suerte de las dos emigradas. En virtud de órdenes que dio, y del cuidado que mostró por ellas, las colocaron en la habitación de la demandadera, considerándolas como empleadas y dependientes del convento. Alegrábanse la madre y la hija por haber hallado tan presto un asilo tan seguro y honroso. Hubieran también deseado que nadie tuviese noticia de ellas; pero esto era imposible en un convento como aquel, tanto más, cuanto había una persona poderosa empeñada en saber el paradero de una de ellas, y en cuyo ánimo se agregaba a la pasión y al empeño primero, el coraje de haberse llevado chasco y haber sido engañado. Nosotros, dejando a las dos mujeres en su refugio, volveremos al palacio de D. Rodrigo, en la hora en que estaba aguardando con ansia el resultado de su perversa comisión.

XI.
Lluvia de pan.

Como los perros, después de haber corrido inútilmente una liebre, vuelven jadeando, con la cola caída y las orejas bajas, del mismo modo en aquella alborotada noche volvieron los bravos al palacio de D. Rodrigo, el cual estaba a oscuras, dando paseos en un camaranchón que caía a la llanura. Parábase de cuando en cuando a oír y mirar por las rendijas de las toscas ventanas con grande impaciencia y no sin inquietud, no tanto por lo dudoso del éxito, cuanto por las resultas que pudiera muy bien tener, porque la empresa era una de las más graves que hasta entonces había

intentado el buen caballero. Sin embargo, se iba animando con las precauciones que se habían tomado para que no quedase indicio alguno del hecho. En cuanto a las sospechas, se reía de ellas.

—¿Quién será —decía— el valiente que se atreva a venir aquí, para averiguar si hay o no una muchacha? Venga cualquiera, que será bien recibido. ¿Que venga el fraile? Que venga. ¿La vieja? La vieja, que vaya a Bérgamo. ¿La justicia? ¡Qué, la justicia! El *Podestá* no es ni un muchacho, ni un loco. ¿Y en Milán? ¡Milán! ¿Quién se cuida en Milán de tales gentes? ¿Quién les dará oídos? Nadie sabe siquiera que existen; ni tienen un amo que pueda clamar por ellas. Vaya, vaya, fuera miedo. ¡Cómo se quedará por la mañana el conde Atilio! Ahí verá si yo soy hombre de chapa. En fin, si hubiese algún tropiezo... ¿Qué sé yo?....... Si algún enemigo quisiese aprovechar la ocasión... También Atilio podrá aconsejarme... En ello se interesa el honor de toda la parentela.

Pero el pensamiento en que más se detenía, porque en él hallaba mejor solución de sus dudas, y también un alimento a su pasión principal, era el de los halagos y las promesas con que esperaba vencer a Lucía.

Mientras hacia esta cuenta sin la huéspeda, oye pisadas, abre un poquito la ventana, se asoma y dice:

—¡Ellos son!... ¿Y la litera?... ¡Qué diablos! ¿dónde estará la litera... tres... cinco... ocho; allí vienen todos. También está el *Canoso*... pero la litera no se ve. ¿Qué diablos querrá decir esto?

Así que entraron todos, dejó el *Canoso* en un rincón de una pieza baja el bordón, se quitó el sombrero, arrimó la carabina, y, según lo exigía su empleo, que nadie le envidiaba en aquella ocasión, subió a dar cuenta de su expedición a D. Rodrigo. Aguardábale éste en la escalera, y viéndole venir con el aspecto de un bribón chasqueado:

—¿Y bien —le dijo— señor matasiete? ¿señor baladrón? ¿señor general derrotado?

—Dura cosa es —contestó el *Canoso* con un pie puesto en el primer escalón—; dura cosa es oírse reconvenir después de haber servido fielmente, haber cumplido con su obligación, y a mayor abundamiento, haber arriesgado el pellejo.

—¿Cómo ha ido? Veamos —dijo D. Rodrigo encaminándose a su aposento.

Siguióle el *Canoso*, el cual hizo inmediatamente relación de lo que había dispuesto, ejecutado, visto y no visto, oído, temido y remediado, y lo hizo con toda la confusión, la incertidumbre y el aturdimiento que debía reinar en sus ideas.

—Tienes razón —dijo D. Rodrigo—, te has portado bien; has hecho todo lo que era posible; pero... ¿si debajo de este techo habrá algún espía? Si lo hay, y llego a descubrirlo... y como lo haya, lo hemos de descubrir; te aseguro, *Canoso*, que le he de poner como merece.

—A mí también me ha ocurrido esa especie —dijo el *Canoso*—. Si le hubiese, y llegamos a descubrir semejante bribón, mi señor debería entregármelo. A mí me tocaría pagar al tunante que se hubiese divertido en hacerme pasar una noche de perros como ésta: sin embargo, por el conjunto de las circunstancias, me parece que hay otro embrollo que no se comprende; mañana veremos más claro.

—¿No os han conocido? —preguntó D. Rodrigo.

—Me parece que no —contestó el *Canoso*.

Y la conclusión de la conferencia fue que D. Rodrigo le mandó tres cosas. Primera, despachar muy temprano dos hombres para que hiciesen al Cónsul la intimación que hemos visto; segunda, que mandase otros dos a la casucha, para evitar que nadie entrase y viese la litera hasta la noche, que se enviaría por ella, porque no convenía por entonces dar más pasos que pudiesen llamar la atención; y tercera, que saliese él mismo a husmear, y enviase también otros dos de los más despejados a inquirir la causa de la trapisonda de aquella noche. Dadas estas órdenes, despachó con muchos elogios al *Canoso*, para que se fuese a dormir, y él mismo se retiró a su cuarto.

La mañana siguiente muy temprano ya andaba corriendo el *Canoso*, cuando se levantó D. Rodrigo. Buscó inmediatamente al conde Atilio, el cual, apenas le vio, le dijo con tono de mofa:

—¿Y San Martín?

—No sé qué contestar —respondió D. Rodrigo—; pagaré la apuesta; pero no es eso lo que más me escuece. Nada te he dicho, porque pensé sorprenderte; pero... En fin, ahora te lo contaré todo.

—Aquí anda la mano del fraile —dijo el primo después de haberle oído toda la historia, con más atención de lo que podía esperarse de una cabeza tan destornillada—. A ese fraile, con su gazmoñería y su mónita, le tengo yo por un solemne pícaro. ¡Tú nunca me has querido hablar con franqueza! ¡No quisiste decirme a qué vino a hablarte!

Refirióle entonces D. Rodrigo la conferencia.

—¿Y tú le aguantaste? —exclamó el Conde—. ¿Y le dejaste salir sin darle su merecido?

—¿Qué querías? ¿Que me enemistase con todos los capuchinos de Italia?

—No sé —replicó el Conde—; pero yo en aquel momento, quizá me hubiera olvidado que había más capuchinos que aquel picarón que me insultaba; pero además, aun sin faltar a las reglas de la prudencia, ¿deja de haber modos de vengarse también de un capuchino? En fin, puesto que se ha librado del castigo que merecía, lo tomo yo bajo mi protección, y quiero tener el gusto de enseñarle cómo se habla con las personas de nuestra clase.

—Eso sería poner las cosas en peor estado.

—Fíate una vez de tu primo, y no tengas cuidado, que te serviré como amigo y pariente.

—¿Y qué tratas de hacer?

—Todavía no lo sé; pero te aseguro que saldremos de ese fraile. Lo pensaré... El que me ha de servir es el Conde mi tío, del Consejo secreto. Me baño en agua rosada siempre que hago trabajar en mi favor a ese politicón... Pasado mañana estoy en Milán, y de un modo o de otro, verás que el fraile me la paga.

Trajeron en esto el almuerzo, que no impidió que se continuase hablando de un negocio de tanta importancia. Aunque el Conde tomaba en él aquella parte que requerían el honor de familia y la amistad del primo, según las ideas que tenía de la amistad y del honor, hablaba con desahogo y franqueza, y no podía menos de reírse de cuando en cuando de la aventura de D. Rodrigo; pero éste, como se trataba de causa propia, no tenía gana de fiestas, y agitando en su cabeza pensamientos más graves, decía:

—¡Qué de habladurías habrá en todos los alrededores! Pero a mí ¿qué me importa? En cuanto a la justicia, tampoco temo: pruebas no las hay, y aun cuando las hubiera, me reiría de ellas. De todos modos esta mañana he hecho prevenir al Cónsul que se guarde bien de dar cuenta al *Podestá* de lo sucedido; pues siempre es mejor que se hable del asunto lo menos posible.

—¡Bien hecho! —respondió el Conde—, porque aunque seas amigo del *Podestá*, si le van con una delación... ¡Y qué testarudo es!

—Sí —dijo D. Rodrigo con seriedad;—por eso tú siempre le contradices, te burlas de él, y a veces le aburres. ¡Qué diablos! ¿un *Podestá* no puede ser algo bestia y terco, si en lo demás es un hombre de bien?

—¿Sabes tú lo que digo? que me parece que tienes tu poquito de miedo.

—¡Qué miedo! ¿No me has dicho tú mil veces que conviene contemporizar en muchas ocasiones?

—Sí, lo he dicho; y para que veas que soy consecuente, hoy mismo voy a ver al *Podestá*, y a darle razón en todo. Por otra parte, más necesidad tiene él de nuestra protección que nosotros de su condescendencia.

Después de estas y otras pláticas de la misma naturaleza salió el Conde a cazar, y D. Rodrigo estuvo aguardando con ansia al *Canoso*, que por fin cerca de la hora de comer vino a dar cuenta de lo que había hecho.

La gresca de aquella noche había sido tan ruidosa, y la ausencia de tres personas en un pueblo de corto vecindario era un hecho tan notable, que las indagaciones, ya por intereses, ya por curiosidad, debían precisamente ser muchas y repetidas: por otra parte, los que algo sabían eran en demasiado número para que todos se conviniesen en no hablar. No podía Perpetua asomarse a la puerta sin que le preguntasen quiénes eran los que habían metido tanto miedo a su amo. La misma Perpetua, repasando en su mente todas las circunstancias del suceso, y conociendo cómo Inés la había embromado, se encolerizó tanto por semejante perfidia que necesitaba un poco de desahogo. Es cierto que no se quejaba del modo con que la habían embaucado, porque acerca de esto guardaba el más profundo silencio; pero no podía callar el tiro hecho a su amo, y sobre todo por haberle dado aquel chasco un mozo que pasaba por hombre de bien, y una viuda que se tenía por muy honrada.

Gervasio, que estaba ufano por haber pasado un gran susto, y por haber cooperado a una cosa que olía algo a criminalidad, se consideraba ya un hombre como los demás, reventaba por alabarse de ello, y aunque su hermano Antoñuelo, que temía a los escribanos más que a los jueces, le inclinase al silencio, amenazándole con el puño cerrado, no podía taparle la boca. Antoñuelo también, como aquella noche se había retirado a su casa más tarde de lo que acostumbraba, con un semblante y una agitación que le obligaba a la sinceridad, no pudo ocultar el hecho a su mujer, que por cierto no era muda.

El que habló menos de todos fue Mingo; porque apenas principió a contar a sus padres la historia y el objeto de su expedición, tuvieron por cosa tan peligrosa el que un hijo suyo se hallase mezclado en una trama cuyo objeto era frustrar un proyecto de D. Rodrigo, que no dejaron que el muchacho concluyese su narración, imponiéndole perpetuo silencio con graves amenazas; y el día siguiente, pareciéndoles que todavía no estaban bien seguros, determinaron no dejarle salir de casa en algún tiempo; ¿pero qué importaba? si ellos mismos hablaban con los vecinos, y sin querer aparentar que sabían más que los otros, cuando se trataba del punto oscuro de la fuga de los tres ausentes, de cómo, de cuándo y adónde, añadían, como cosa sabida, que se habían refugiado en Pescarénico; y así esta circunstancia se agregó también a las noticias que corrían.

Con todos estos retazos de noticias, zurcidos luego, como suele suceder, y la franja que se les pega naturalmente al coserlos, había bastante para forjar una historia, igual a muchas que suelen forjarse también en nuestros días; pero lo que dejaba la historia todavía oscuro y embrollado era el hecho de la invasión de los bravos, accidente del cual nadie tenía una noticia exacta, aunque demasiado ruidoso para poderle separar del resto. Entre los susurros andaba el nombre de D. Rodrigo, y en esto todos estaban de acuerdo; pero en lo demás variaban los datos. Se hablaba mucho de los bandoleros que se vieron al anochecer, y del que estaba a la puerta de la taberna; preguntaban al tabernero quiénes fueron los concurrentes de la noche anterior; pero el tabernero ni se acordaba haber visto gente, ni dejaba concluir, diciendo que la taberna era un puerto de mar.

Lo que sobre todo trastornaba las cabezas y desordenaba las conjeturas, era el peregrino que vieron Esteban y Carlos Andrés, al que quisieron matar los facinerosos, y que marchó con ellos, o se lo llevaron. ¿Y qué vendría a hacer? Unos decían que era un alma buena que acudió para salvar a las dos mujeres; otros que era el alma perdida de un peregrino bribón e impostor, que todas las noches iba a reunirse con los que cometían las maldades que él cometió cuando vivía; otros que era un verdadero peregrino, que quisieron asesinar los bandoleros porque se disponía a despertar a los habitantes; otros (cosa rara) que era uno de los mismos bandoleros disfrazado: en fin, eran tan vagas, tan diversas, tan confusas las noticias, que no hubiera alcanzado a aclararlas toda la sagacidad y experiencia del *Canoso*, si él hubiera tenido que deslindar esta parte de la historia por medio de las conjeturas ajenas.

Pero lo que justamente era más oscuro, como sabe el lector, para los demás, era tan claro para el *Canoso*, que le sirvió de llave a fin de interpretar las demás noticias recogidas por él y sus exploradores, y componer una relación bastante circunstanciada para D. Rodrigo. Encerróse, pues, con él, y le dio cuenta del golpe que intentaron los novios, lo que explicaba el motivo de haber encontrado la casa sin gente y el tocar a rebato. Habló de la fuga de los mismos novios, hallando la causa de ella en el temor que experimentarían después de su intentona, o en algún aviso que recibirían de hallarse invadida su casa; y por último, añadió que se habían refugiado en Pescarénico. Alegróse don Rodrigo al ver que nadie le había hecho traición, y que no quedaba rastro alguno del hecho que podía comprometerle; pero su alegría fue efímera.

—¿Conque huyeron juntos? —exclamó—. ¡Y ese fraile! ¡Ese fraile pícaro tiene también la culpa de todo!

Pronunciaba estas palabras mordiéndose los labios, y su cara aparecía tan fea como sus pasiones.

—Juro que ese fraile me la ha de pagar... *Canoso*, a fe de caballero... quiero saber... quiero hallarlos... Esta noche he de averiguar dónde están. Aprisa, *Canoso*, a Pescarénico al instante a indagar y a saber... Cuatro escudos al momento y mi protección para siempre: esta noche quiero saberlo todo... Y ese bribón: ese fraile...

Sale de nuevo el *Canoso* a campaña, y en la noche de aquel mismo día pudo traer a su amo la noticia que deseaba. He aquí de qué manera.

Uno de los mayores consuelos de esta vida es la amistad; y uno de los mayores consuelos de la amistad es el tener una persona a quien poder confiar un secreto. Los amigos no están divididos por parejas como los matrimonios, sino que, generalmente hablando, cada uno tiene más de un amigo, lo que forma una cadena interminable. Cuando, pues, un amigo se proporciona el consuelo de depositar un secreto en el seno de otro, excita en éste el deseo de proporcionarse respectivamente el mismo consuelo: es verdad que le pide que nada diga; pero si esta condición se tomase en sentido riguroso, se cortaría inmediatamente el curso de los secretos; por esto la práctica general obliga a que no se fie el secreto sino a un amigo de confianza, imponiéndole la misma condición; y así de amigo en amigo corre el secreto la cadena de las amistades hasta que llega a oídos de aquel o de aquellos a quienes nunca quería que llegase el primero que le confió. No hay duda en que un secreto por lo regular tardaría mucho tiempo en recorrer dicha cadena si cada uno sólo tuviese dos amigos, esto es, el que le confía, y aquel a quien lo confía; pero hay hombres privilegiados que cuentan los amigos a centenares, y cuando un secreto llega a uno de estos hombres, los turnos son tan rápidos y multiplicados que ya no es posible darles alcance.

Nuestro autor no ha podido averiguar por cuántas bocas pasó el secreto que el *Canoso* tenía orden de descubrir; mas el hecho es que habiendo vuelto a Pescarénico con su carro, a hora de vísperas, el buen hombre que condujo las dos mujeres a Monza, se encontró antes de tocar el umbral de su casa con un amigo de satisfacción, al cual contó con gran sigilo la buena obra que acababa de hacer y todo lo demás; y el *Canoso* dos horas después pudo volver al palacio de D. Rodrigo a darle cuenta de que Lucía y su madre se habían acogido a un convento de Monza, y que Lorenzo había continuado su camino a Milán.

La separación de Lorenzo y Lucía excitó en el ánimo de D. Rodrigo un indigno placer, y comenzó a concebir la infame esperanza de lograr su objeto.

Ocupó una gran parte de la noche en idear el modo, y se levantó por la mañana con dos proyectos, el uno decidido, y el otro en bosquejo. Reducíase el primero a enviar a Monza al *Canoso*, para que se impusiese mejor de la situación de Lucía, e indagase si se podía intentar alguna cosa. Hizo, pues, llamar a su fiel bandolero, le plantó en la mano los cuatro escudos, celebró la habilidad con que los había ganado, y le dio la orden premeditada.

—Señor… —dijo titubeando el *Canoso*.

—¿Qué? ¿No me has entendido?

—Si Useñoría quisiese enviar a otro...

—¿Cómo?

—Ilustrísimo señor, yo estoy pronto a dar la vida por mi amo; es mi obligación; pero si Useñoría no quiere aventurar demasiado la vida de sus criados...

—¿Pues qué hay?

—Useñoría no ignora los pregones que tengo encima. Aquí estoy bajo la protección de Useñoría. El señor *Podestá* es amigo de casa; los esbirros me respetan; y yo también... Es cosa que no me honra mucho; pero para vivir con tranquilidad... los trato como amigos. En Milán conocen la librea de Useñoría; pero en Monza... a decir verdad, allí me conocen todos. Useñoría sabe (no es por alabarme) que el que me entregue a la justicia, o presente mi cabeza, hace un buen negocio: cien escudos a toca teja, y la facultad de librar a dos reos.

—¡Qué diablos! —dijo D. Rodrigo—. Te vas pareciendo a aquella clase de perros que apenas tienen ánimo para tirarse a las piernas del que pasa por su puerta, mirando atrás para ver si le ayudan los de casa, sin atreverse a separarse cuatro pasos.

—Señor, creo haber dado pruebas...

—¡En suma!...

—En suma —contestó el *Canoso*, picado—, haga Useñoría cuenta que nada he dicho. Corazon de león, piernas de liebre, y vamos andando.

—No pretendo que vayas solo: llévate un par de hombres de los mejores, y vete sin miedos. ¿Quién quieres que diga nada a tres caras como las vuestras, que van tranquilamente por su camino? Sería necesario que los esbirros de Monza tuviesen en poco su vida para aventurarla por cien escudos; y luego no creo ser allí tan poco conocido, que la calidad de criado mío no haya de valer algo.

Excitada de este modo algún tanto la vergüenza del *Canoso*, le dio D. Rodrigo largas instrucciones, y aquél, reunido con los dos compañeros, partió con semblante alegre e impávido, pero renegando interiormente de Monza, de las mujeres, y de las voluntariedades de su amo.

El proyecto de D. Rodrigo era el de hacer que, ya que Lorenzo se había separado de Lucía, no volviese a verla, ni a poner los pies en el país.

Ocurrióle hacer divulgar voces de amenazas y de insidias, que, llegando a sus oídos por medio de algún amigo, le quitasen la gana de volver a su tierra: sin embargo, pensaba que lo más seguro sería buscar modo de hacerle desterrar del Estado; y conocía que para esto hubiera sido mejor medio el de la justicia que el de la fuerza. Parecíale que no sería difícil abultar un poco la tentativa hecha en la casa parroquial, pintándola como una agresión o un acto sedicioso, y valiéndose del abogado Tramoya, persuadir al *Podestá* que estaba en el caso de librar un auto de prisión contra Lorenzo; pero madurando mejor las ideas, echó de ver que no le convenía revolver aquel negocio; y sin alambicarse más el cerebro, determinó descubrirse al abogado Tramoya lo bastante para que comprendiese su deseo.

Mas así van a veces las cosas de este mundo. Mientras D. Rodrigo ponía la vista en el abogado, considerándole como el hombre más a propósito para servirle en semejante negocio, otro hombre (¿quién lo creyera?), el mismo Lorenzo trabajaba en servirle de un modo mucho mejor y más eficaz de cuantos hubiese podido imaginar el letrado más embrollón. Vamos, pues, a ver cómo.

Después de la dolorosa separación que hemos referido, marchaba Lorenzo desde Monza a Milán, con el ánimo como cualquiera puede fácilmente imaginarse. Huir de su casa, de su país, y, lo que es todavía más penoso, de Lucía; hallarse en un camino sin saber a dónde iría a parar, ¡y todo por causa de aquel bribón! Cuando pensaba en esto se encendía en cólera, y mil ideas de venganza se asomaban a su imaginación; pero acordándose entonces de la plegaria que con el buen fray

Cristóbal había dirigido a Dios en la iglesia de Pescarénico, desechaba todo pensamiento contrario a lo que en aquella ocasión había ofrecido. No tardaba en volver a irritarse; pero viendo una imagen en la pared se quitaba el sombrero, y se paraba a rezar un poco, por manera que en aquel viaje mató más de veinte veces a D. Rodrigo, y más de veinte volvió a resucitarle. El camino, que en aquel tiempo iba entre dos ribazos, era muy fangoso, y con carriles tan profundos, que en cuanto llovía un poco, formaban arroyos; y cuando éstos no bastaban en algunas partes a contener el agua, todo el camino se convertía en un pantano, haciéndose intransitable. En estos puntos ciertos hoyos en el vallado, a manera de escalones, indicaban que habían servido a otros viajeros para tomar el camino por los campos. Subió Lorenzo por ellos, y puesto en paraje más elevado, vio delante de sí aquel grande edificio de la catedral de Milán llamado el *Duomo*, que por la distancia no parecía fundado en medio de una ciudad, sino en un desierto. Olvidando por un instante sus males; se paró a contemplar aquella octava maravilla de que había oído hablar tanto desde su infancia; pero volviendo después la vista atrás, vio en el horizonte aquella cordillera de montañas, y distinguiendo entre ellas por su elevación el Resegón, se le heló la sangre en las venas: estuvo mirando con tristeza algún tiempo tan caros lugares, y suspirando profundamente, prosiguió su camino.

Poco después empezó a descubrir las torres, las cúpulas y los tejados; bajó entonces al camino, anduvo todavía algún trecho, y cuando conoció que estaba muy cerca de la ciudad, se acercó a un caminante, y saludándole lo mejor que supo, le llamó la atención diciendo:

—Perdone usted, caballero...

—¿Qué se te ofrece, amigo?

—¿Podría usted darme razón del camino más corto para ir al convento de capuchinos en donde está el padre Buenaventura?

La persona a quien se dirigió Lorenzo era un habitante acomodado de las inmediaciones, que, habiendo ido por la mañana a Milán a sus negocios, se volvía más que de prisa sin haber hecho cosa alguna, deseando tanto hallarse en su casa, que de buena gana hubiera evitado aquella detención; sin embargo, sin manifestar impaciencia, contestó con agrado:

—Amigo mío, hay más de un convento de capuchinos. Es preciso que me digas cuál es el que buscas.

Sacó entonces Lorenzo la carta del padre Cristóbal y se la entregó al caballero, el cual habiendo leído en el sobre «Puerta Oriental», se la devolvió diciendo:

—Tienes fortuna: el convento que buscas está cerca; debes tomar esa vereda a la izquierda; algo más adelante encontrarás un edificio muy largo y bajo, que es el Lazareto, y siguiendo el foso que le rodea, irás a parar a la Puerta Oriental. Entra por ella, y a los trescientos o cuatrocientos pasos verás una plazuela con álamos; allí está el convento: es imposible equivocarse. Vete con Dios.

Y acompañando estas últimas palabras con una cortesía, prosiguió su camino. Quedó admirado Lorenzo al ver el buen modo con que los milaneses trataban a los forasteros; pero ignoraba que aquel era un día fuera de lo ordinario, en que los señores más orgullosos y desatentos procuraban manifestar atención y popularidad. Siguió el camino que le indicaron, y se halló en la Puerta Oriental. Es necesario tener presente que todo aquel espacio era entonces muy diferente de lo que es en el día. Entró, pues, Lorenzo, y pasó adelante sin que los guardas le hablasen una palabra, cosa que extrañó muchísimo, porque de los pocos de su país que podían alabarse de haber entrado en Milán, había oído contar sus maravillas acerca de los registros, molestias y vejaciones que tenían que sufrir todos los que llegan de afuera. La calle estaba tan desierta, que si no hubiera oído cierto susurro lejano, que indicaba un gran movimiento, le hubiera parecido que entraba en una ciudad abandonada. Yendo más adelante sin atinar con lo que sería, notó en el suelo ciertas rayas blancas como si fuera nieve; pero como la nieve ni forma rayas, ni aquella era su estación, se acercó, y mirando y tocando, vio que era harina.

—Mucha abundancia —dijo para sí— debe haber en Milán, cuando se desperdicia de esta manera la gracia de Dios. Y luego nos dicen que en todas partes hay carestía. Eso es para que los aldeanos no nos alborotemos.

Pasó más adelante, y llegando a cierta distancia de una columna que existía en aquel tiempo, divisó al pie de la misma otro objeto todavía más extraño, esto es, en las gradas del zócalo, esparcidas ciertas cosas, que no eran guijarros, y que vistas en casa de un panadero, se hubieran tenido por panes. No se atrevía Lorenzo a creer a sus propios ojos, porque a la verdad no era aquel sitio a propósito para ello.

—Veamos —dijo— qué viene a ser esto.

Y acercándose a la columna, se bajó, cogió una de aquellas cosas, y vio que era un hermoso pan redondo, y de cuya calidad no solía comer sino en ciertos días.

—Es pan de veras —dijo en voz alta; tan grande era su admiración—; ¿de este modo le siembran en esta tierra y en este año? ¿Y no se incomodan en recogerlo cuando se les cae? ¿Si será éste el país de Jauja?

Con diez millas de camino en el cuerpo, y el fresco de la mañana, aquel pan tras de la admiración le despertó el apetito.

—¿Lo cogeré? —decía para sí—; puesto que le han dejado aquí a discreción de los perros, ¿no será mejor que lo coma un cristiano? Por último, si viene su amo, se lo pagaré y acabóse.

Razonando en estos términos, se metió en la faltriquera el que tenía en la mano, cogió otro y lo metió en la otra, y comenzando a comer otro tercero, echó a andar con más incertidumbre que nunca, ansioso de saber qué novedad era aquella. A los pocos pasos vio venir gente de lo interior de la ciudad: los primeros fueron un hombre y una mujer con un muchacho detrás.

Llevaban todos una carga que parecía superior a sus fuerzas, y los tres con extraña figura. Así los harapos que llevaban encima como sus caras estaban enharinadas, divisándose apenas la alteración y el color encendido de sus rostros. El modo de andar no sólo era fatigoso por el peso, sino que también se advertía en él cierta dificultad como de miembros magullados y doloridos.

Llevaba el hombre colgando del cuello un gran saco de harina con algunos agujeros por donde salía porción de ella a cada traspié de los que con frecuencia daba; pero más rara era la figura de la mujer. Tenía, al parecer, un corpachón desmesurado con los brazos larguísimos, que le sostenían con trabajo, y parecían dos asas encorvadas desde el cuello hasta el centro de una desmedida redoma.

De debajo de aquel corpachón salían dos piernas desnudas hasta la rodilla que caminaban vacilando. Miró Lorenzo con atención, y vio que lo que formaba aquel gran cuerpo eran los guardapiés de la mujer, levantados casi hasta el pescuezo, y tan atestados de harina, que de cuando en cuando salía algún poco. El muchacho llevaba en la cabeza con las dos manos una canasta llena de pan, y como tenía las piernas más cortas que sus padres, quedaba detrás a trechos, y teniendo que correr de cuando en cuando para alcanzarlos, se le iban cayendo los panes de la canasta.

—Si dejas caer otro, pedazo de bruto… —dijo la madre al muchacho rechinando los dientes— por vida de tal…

—Yo no los dejo caer —respondió el muchacho—; si ellos se caen, ¿cómo lo he de remediar yo?

—Tu fortuna es —replicó la madre— que tengo las manos ocupadas.

Y como al decir esto meneó los brazos, como si quisiese pegar al pobrecillo, vertió más harina que la que entraba en los dos panes que se le cayeron entonces al muchacho.

—Vaya, vaya —dijo el hombre—; volveremos atrás para recogerlos, y si no, no faltarán otros pobres que los recojan. ¡Hace tanto tiempo que estamos muertos de hambre! Ahora que hay un poco de abundancia, gocemos de ella en santa paz.

Llegaba en tanto gente de afuera, y acercándose a la mujer uno de los que venían, le preguntó dónde se iba a coger el pan.

—Más adelante —contestó la mujer; y estando aquellos a unos diez pasos de distancia, añadió refunfuñando:— Estos bribones de forasteros vendrán a limpiar todos los hornos y almacenes, y nada quedará para nosotros.

—Calla, mujer —dijo el marido—; ya que hay abundancia, deja que todos la disfruten.

Por esto y otras cosas semejantes, que vio Lorenzo, empezó a conocer que se hallaba en una ciudad sublevada, y que aquel era un día de rebatiña, es decir, que cada uno tomaba lo que quería, según su voluntad y su fuerza, dando en pago empellones y golpes. Por más que deseamos que nuestro serrano haga buen papel en la historia, no podemos dejar de decir que su primer sentimiento fue el de complacencia. Debía tan poco al estado ordinario de las cosas, que se inclinaba a probar todo lo que pudiera contribuir a mudarle, fuese como fuese. Por otra parte, como no era hombre de luces superiores a las de su siglo, vivía en la absurda opinión de que los panaderos tenían la culpa de la escasez del pan; de consiguiente, creía justo cualquiera medio que se emplease para quitarles el alimento que ellos, según su concepto, negaban al hambre de toda una población.

Sin embargo, se propuso no meterse en la gresca, y se alegró de ir dirigido a un capuchino que le proporcionaría un asilo tranquilo y seguro. Con esta idea, y mirando a los nuevos conquistadores, que se iban presentando cargados de despojos, anduvo el breve camino que le quedaba para llegar al convento.

En donde se ve ahora un magnífico palacio con su hermoso pórtico, había entonces y duraba no hace muchos años una plazuela, en cuya extremidad estaban la iglesia y el convento de capuchinos con cuatro frondosos álamos delante. Nosotros felicitamos, y no sin envidia, a la porción de nuestros lectores que no ha visto las cosas en aquel estado, porque quiere decir que son muy jóvenes, y por falta de tiempo habrán dejado de hacer no pocos disparates. Llegóse Lorenzo en derechura a la puerta, se metió en el pecho el medio pan que le quedaba, sacó la carta, y tiró de la campanilla. Abrió el padre portero la rejilla, se asomó a ella, y preguntó quién era.

—Un forastero —respondió Lorenzo— que trae al padre Buenaventura una carta urgente del padre Cristóbal.

—Démela —dijo el portero, metiendo la mano por la rejilla.

—No, no —contestó Lorenzo— debo entregársela en sus propias manos.

—No está en el convento —replicó el portero.

—Déjeme usted entrar —dijo Lorenzo—, que ahí le aguardaré.

—Podéis aguardarle en la iglesia —contestó el fraile—, y no os vendrá mal el que entretanto recéis un poco: por ahora no se permite entrar en el convento.

Diciendo esto cerró la rejilla.

Quedóse Lorenzo como un tonto con su carta en la mano; dio diez o doce pasos hacia la iglesia para seguir el consejo del padre portero; pero quiso antes ver otro poco la bulla. Atravesó con efecto la plazuela, se puso en la acera de la calle, y con los brazos cruzados se paró a mirar a la izquierda hacia lo interior de la ciudad, en donde era mayor el alboroto. El torbellino atrajo al curioso.

—Vamos a ver —dijo— un poquito más adelante.

Sacó de nuevo su medio pan, y comiéndole poco a poco se dirigió hacia aquel sitio. Mientras llega, contaremos nosotros en resumen las causas y el principio de aquel tumulto.

XII.
Cuestión de subsistencias.

La cosecha infeliz de aquel año no era ya la primera. También la del precedente había sido escasísima, y sólo con el auxilio de los acopios que se conservaban de tiempos más abundantes pudo suplirse la falta a duras penas, y bien o mal había ido tirando la población hasta el estío del año de 1628, a que pertenece nuestra historia. Pero al llegar la ansiada época de la recolección de las mieses, se vio que la cosecha era aun más miserable que la anterior, tanto por los malos temporales (y eso no sólo en el Milanesado, sino en gran parte del país circunvecino), cuanto por culpa de los hombres. Las talas y el destrozo causados por la guerra de que hemos hecho mención eran tan grandes, que en las comarcas contiguas al paso de las tropas, se quedaban las campiñas más incultas y abandonadas de lo que solían, desamparando sus haciendas los labradores, los cuales, en vez de proporcionar con su trabajo el sustento propio y ajeno, se veían obligados a pedirlo por amor de Dios de puerta en puerta.

He dicho más de lo que solían, porque las insoportables gabelas impuestas sin concierto y arrebatadas con no menos ruidosa rapacidad; la conducta habitual, aun en tiempos pacíficos, de las tropas estacionarias, comparada en los tristes documentos de aquella edad con la de un ejército enemigo, y otras causas largas de referir, habían ido labrando lentamente de algunos años atrás en todo el Milanesado la fatal penuria que le aquejaba: así las circunstancias particulares de que hablamos ahora pueden reputarse como una exacerbación repentina de un mal crónico y antiguo. Apenas se acabó de recoger aquella tan miserable cosecha, cuando las provisiones para el ejército y el desorden que siempre las acompaña la redujo a tal extremo, que empezó a experimentarse la escasez, y tras ella su tan doloroso como seguro y a veces tan saludable resultado, la carestía.

Pero cuando la carestía llega a cierto punto, se levanta siempre (o al menos así lo hemos visto hasta ahora; y si esto sucede en el día después de tantos y tan juiciosos escritos sobre esta materia, ¿qué sucedería entonces?); digo que se levanta y acredita el rumor en el público de que no es la escasez quien la motiva. Se olvidan las gentes de que la temieron y vaticinaron; y suponen desde luego que hay todo el grano que se necesita, y que el mal dimana de que no se vende lo suficiente para el consumo; suposiciones todas infundadas, pero que lisonjean al mismo tiempo la cólera y la esperanza; se atribuye la carestía a los tratantes en granos, verdaderos o imaginarios, a los propietarios de tierras que no lo vendían todo en un día, a los panaderos que lo compraban; en una palabra, a cuantos por sus tráficos en estos artículos se supone que, ocultan grandes acopios.

Estos eran el objeto de las quejas universales y de la ira de las personas bien o mal vestidas. Se citaban los almacenes, se decía dónde estaban los graneros llenos y apuntalados, se indicaban números excesivos de sacos, se hablaba como de cosa cierta de las inmensas cantidades de cereales que se enviaban furtivamente a otros países, en los cuales probablemente se clamaba con igual furor y certeza; suponiendo que sus granos venían a Milán. Se imploraban de los magistrados aquellas providencias que a la muchedumbre parecen siempre, o a lo menos han parecido, equitativas, sencillas y eficaces para hacer salir a la plaza el grano que suponían escondido, emparedado y sepultado en silos, y restablecer la abundancia. Los magistrados echaban mano de cuantos medios les dictaba aquel apuro, como el de fijar el precio máximo de algunos géneros, de imponer penas a los que se negaban a vender, y otros de la misma especie. Pero como la eficacia de las disposiciones humanas, por muy enérgicas que sean, no alcanza a disminuir la necesidad de comer, ni a producir cosechas fuera de tiempo; y las que se tomaban entonces no eran a la verdad las más oportunas para atraer los víveres de los puntos en que pudiese haber abundancia de ellos, el mal duraba y aumentaba de día en día. La muchedumbre lo atribuía a la falta o a la flojedad de los remedios, y reclamaba a gritos otros más decisivos y eficaces. Por desgracia dio con un hombre a medida de su deseo.

En ausencia del gobernador o capitán general D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba en el sitio del Casal de Monferrato, hacía sus veces en Milán el gran canciller D. Antonio Ferrer. Persuadido (¿y quién no lo estaría?) de que el precio moderado del pan sería una cosa excelente, se figuró (aquí está el error) que una orden suya bastaría para disminuirlo; y en este supuesto fijó la tasa del pan como si el trigo se vendiese al precio regular de treinta y treinta y tres liras la medida común del país, siendo así que llegaba hasta a ochenta, haciendo con esto lo que haría una vieja que creyese rejuvenecer falsificando su fe de bautismo.

Órdenes menos absurdas y menos injustas habían quedado más de una vez sin efecto por la resistencia misma de las cosas; pero en la ejecución de ésta se interesaba la muchedumbre, que, viendo por fin convertido en ley su deseo, no sufriría ciertamente que quedase ilusoria.

En efecto, acudió en el momento a las panaderías a pedir pan al precio tasado, y acudió con aquella resolución y aquel tono amenazador que inspiran las pasiones apoyadas en la ley y la fuerza. Los magistrados por una parte imponían penas, y por otra el pueblo estrechaba, y a la menor tardanza en ser complacido, murmuraba y amenazaba sordamente con una de sus sentencias, que son las peores de cuantas se ejecutan en el mundo; y así los pobres panaderos no tenían otro recurso sino el de amasar, cocer y vender sin descanso. Mas para seguir de aquella manera no bastaban ni las órdenes rigurosas ni el terrible miedo que los miserables tenían. Era necesario que la cosa fuese posible, y hubiera dejado de serlo a poco más que durase aquel estado. Reclamaban sin cesar haciendo presente la iniquidad de la carga que se les había impuesto y la imposibilidad de soportarla, y protestaban que echarían la pala al horno y se marcharían; pero entretanto iban siguiendo adelante del modo posible con la esperanza de que el gran Canciller llegaría a hacerse cargo de la justicia, de sus reclamaciones. Mas D. Antonio Ferrer, que era, según la expresión actual, hombre de carácter, contestaba que los panaderos habían ganado mucho anteriormente, y que también ganarían mucho en adelante, mejorando los tiempos; que ya se vería y arreglaría tal vez el modo de resarcirles; y así era menester que entretanto siguiesen abasteciendo la ciudad.

Ya fuese porque él mismo estuviera convencido de las razones que alegaba, o ya porque, conociendo por los efectos la imposibilidad de sostener aquella absurda providencia, quisiese dejar a otros la odiosidad de revocarla (pues no es fácil adivinar sus pensamientos), no varió en un átomo su resolución. Finalmente, los decuriones (cuerpo municipal compuesto de nobles, que se extinguió en 1796) dieron cuenta por escrito al Capitán general del estado de las cosas, pidiéndole que indicase algún temperamento para su remedio.

Engolfado D. Gonzalo en los negocios de la guerra, nombró una Junta, a la cual confirió la facultad de poner al pan un precio arreglado a justicia, para conveniencia de ambas partes. Juntáronse los comisionados, y después de cumplimientos, preámbulos, suspiros, reticencias y proposiciones, la necesidad imperiosa les obligó a tomar una determinación. Conocían que era paso aventurado, pero convencidos de que no había otro arbitrio, acordaron aumentar el precio del pan, con lo cual respiraron los panaderos, y el pueblo se puso furioso.

La noche que precedió al día en que Lorenzo llegó a Milán, las calles y las plazas estaban llenas de hombres, que, arrebatados de indignación, y animados de una misma idea, conocidos y no conocidos, se reunían en corrillos, sin acuerdo anterior y casi sin advertirlo, como se juntan en el punto a que las arrastra un mismo declive las canales de los tejados.

Cada discurso aumentaba la persuasión y la furia, no sólo de los oyentes, sino también del que los pronunciaba. Entre tantas personas había algunas de sangre más fría, que se complacían en estar observando cómo se enturbiaba el agua; contribuían a revolverla cada vez más con los argumentos y cuentos que saben fraguar los bribones, y a los cuales ceden con facilidad los ánimos alterados; y teniendo presente el refrán *a río revuelto ganancia de pescadores*, se proponían no dejar que se aclarase sin haber pescado antes alguna cosa. En fin, miles de hombres se fueron a acostar con el pensamiento indeterminado de que era necesario hacer alguna cosa, y la convicción de que algo se haría.

Antes de amanecer ya estaban las gentes en movimiento, y por todas partes se encontraban numerosas reuniones. Agolpábanse a la ventura muchachos, mujeres, jóvenes, viejos, trabajadores y mendigos. Aquí sonaban gritos diferentes y confusos, allí uno predicaba y otros aplaudían; más allá hacía uno a su vecino la misma pregunta que antes le habían hecho a él; aquel repetía la exclamación que acababa de oír; por último, todo era admiración, quejas y amenazas, y la materia de tantos discursos se reducía a un corto número de vocablos.

Faltaba sólo un asidero, un impulso cualquiera para pasar de las palabras a los hechos, y no tardó en verificarse. Salían de las panaderías poco después de amanecer los mozos que llevaban el pan a las casas; presentarse uno de aquellos malhadados muchachos con su cuévano lleno de pan fue lo mismo que caer una chispa en un almacén de pólvora.

—¡Qué tal! ¿Hay pan o no? —gritan cien voces a un tiempo.

—¡Sí, para los bribones! —exclama uno.

—Sí, para los pícaros que, nadando en la abundancia, quieren que nosotros muramos de hambre.

Al decir esto se acerca al muchacho, echa mano al asa del cuévano, y añade:

—Ahora lo veremos.

Se pone descolorido el muchacho; tiembla, quisiera decir, «déjenme ustedes»; pero se le añuda la lengua. Afloja los brazos para soltar aprisa el peso, y entretanto gritan por todas partes:

—¡Abajo ese cuévano!

Se arrojan a él muchas manos, vuela el paño que lo cubría, y se difunde en derredor una tibia y lisonjera fragancia.

—Nosotros también somos cristianos y hemos de comer pan —dice el primero.

Y coge uno de ellos: lo levanta, lo enseña a los demás y le hinca el diente. Entonces se echan todos encima como furias, y en un abrir y cerrar de ojos queda el cuévano limpio como una patena. Aquellos a quienes nada pudo tocar, irritados al ver que otros habían disfrutado semejante hallazgo, y animados por la facilidad de la empresa, corren a bandadas en busca de otros cuévanos, y cuantos encuentran tantos quedan despachados. Tampoco fue necesario dar el asalto; porque los que los llevaban, lo mismo era ver la turba que soltarlos en el suelo y poner pies en polvorosa. Sin embargo, los que quedaban en blanco eran los más; los mismos gananciosos no estaban satisfechos, y como confundidos unos y otros se hallaban allí los que habían contado con un desurden de mayor lucro, se empezaron a oír las voces.

—¡A los hornos! ¡A las panaderías!

En la calle que se llama el Coso de los Servitas había un un horno y lo hay todavía con el mismo nombre, nombre que en toscano significa el horno de la provisión, y en milanes se compone de palabras tan extrañas, que no hay letras en el alfabeto para expresar su sonido[2]. A aquel punto se dirigió la turba. Estaban los amos informándose del mozo que volvía saqueado, y que todavía trémulo, contaba tartamudeando su triste aventura, cuando oyeron a lo lejos los rumores del tropel que se acercaba, y a poco se dejaron ver sus precursores.

—Cerrad, cerrad pronto —gritan unos; corren otros a pedir auxilio a la justicia; otros atrancan aprisa las puertas y ventanas, y entretanto crece la turba delante de la casa gritando:

—¡Pan! ¡Pan! Abrid esas puertas.

Llega en este intermedio el Capitán de justicia, acompañado de sus alabarderos, diciendo:

—¡Señores! ¡señores! ¿Qué es esto? Alabarderos, abrid paso al Capitán de justicia.

Como no había aun mucha gente reunida, pudieron los alabarderos con su jefe llegar, aunque desordenados, hasta la puerta del horno, y desde ella peroraba el Capitán en estos términos:

---

2 Toda la novela está escrita en dialecto milanés.

—Señores, ¿qué hacen ustedes aquí? Cada uno a su casa; ¿dónde está el temor de Dios? ¿Qué dirá el Rey nuestro señor? A nadie se trata de hacer daño; pero cada uno a su casa. ¿Qué diablos querrán ustedes hacer aquí? ¡Ea, a sus casas! ¡a sus casas!

Pero aun cuando hubiesen querido obedecer los que oían las palabras del Capitán, no hubieran podido hacerlo, porque ellos mismos estaban estrechados y empujados por los que venían detrás, como sucede con las olas, hasta la extremidad de la bulla que por momentos se iba aumentando. Como al mismo Capitán ya le empezaba a faltar la respiración, decía a los alabarderos:

—Por Dios, alejad a esa gente para que pueda respirar; pero a ninguno le hagáis daño: veamos cómo meternos en la casa: que se retiren algún poco.

—Atrás, atrás —gritaban los alabarderos echándose sobre los más inmediatos y empujándolos con las astas de las alabardas.

Chillaban éstos reculando lo mejor que podían, y dando con las espaldas en los pechos, los codos en los vientres y los talones en las puntas de los pies a los que estaban detrás, de donde resultaba tal desorden y apretura, que los que se hallaban en el medio se arrepentían de haberse metido en semejante confusión. Habiéndose con esto despejado algún tanto la inmediación de la puerta, llamó el Capitán con grandes porrazos para que le abriesen.

Asomáronse a una ventana los de dentro, bajaron apresuradamente y abrieron. Entró el Capitán y tras de él los alabarderos uno a uno, conteniendo los últimos a la gente con las alabardas. Así que todos se hallaron dentro, corrieron aprisa el cerrojo, subió el Capitán, se asomó a una ventana, y quedó atónito al ver aquella inmensa muchedumbre.

—Hijos —empezó a gritar—, hijos, a vuestras casas; perdón general a los que se retiren al instante.

—Queremos pan, ábranse las puertas —eran las únicas palabras que en contestación podían distinguirse en aquella desentonada gritería.

—¡Hijos, moderación! Mirad lo que hacéis: aun estáis a tiempo; vaya, retiraos a vuestras casas. Se os dará pan; pero éste no es el modo de pedirle. Pero ¿qué es lo que veo allí? ¿Qué es eso? ¡Fuera esas herramientas! ¿Qué se diría de los milaneses, que en todo el mundo tienen fama de buenos? Escuchad, escuchad, buenos milaneses... ¡Ah canalla!

Causó esta rápida mudanza de estilo una peladilla de arroyo, que salida de las manos de uno de aquellos buenos milaneses, fue a parar a la cabeza del Capitán.

—¡Canalla! ¡canalla! —continuo gritando.

Pero se metió adentro, cerrando más que de prisa la ventana; y aunque había voceado a gañote tendido, se había llevado el viento sus palabras buenas o malas: lo que dijo que veía era el empeño de la gente por forzar las puertas y arrancar las rejas del piso bajo con piedras y herramientas de que se proveyó en el camino.

Muy adelantada estaba la obra, cuando lo amos y los mozos del horno, asomados a las ventanas altas con gran munición de guijarros de que se surtieron desempedrando el patio, gritaban a los agresores que desistiesen, enseñándoles al mismo tiempo las piedras. Viendo que nada conseguían, empezaron a lanzarlas con tan irresistible acierto, que ninguna se perdía, pues estaba la gente de tal manera apiñada que no se hubiera desperdiciado un grano de alpiste.

—¡Ah infames ladrones! —exclamaban los de abajo—; ¿es este el pan que dais a los pobres?

—¡Ay, ay! ¡qué iniquidad! —decían unos.

—¡Dios me valga! —gritaban otros.

—¡Ay, Dios, que me han muerto!

Estas voces y otras semejantes se oían entre las demás de imprecación y de ira. En efecto, muchos fueron muy maltratados, y dos muchachos quedaron muertos. Pero con esto el furor aumentó las fuerzas de la muchedumbre, las puertas saltaron en pedazos, se arrancaron las rejas, y

los amotinados inundaron a manera de torrente toda la casa. Viendo los de dentro la cosa mal parada, se acogieron a los desvanes; el Capitán de justicia, sus alabarderos y algunos de la familia quedaron cobijados debajo de las tejas, y otros saliendo por las buhardas, corrían como los gatos por los tejados.

Olvidando los vencedores con la vista del botín todo deseo de venganza, se arrojaban a los cajones, y el pan y la harina llevaban igual camino.

Otros, menos hambrientos y más codiciosos, corren al mostrador, descerrajan los cajones, y después de haber llenado los bolsillos a dos manos, salen cargados de dinero, con ánimo de volver por pan en el caso de que todavía quedase alguno. La turba se esparce por los almacenes, y se declara la guerra a los sacos. Unos los abren y arrojan parte de la harina para poder llevarlos: otros gritan: «aguarda, aguarda», y acuden con paños y hasta con sus vestidos para recoger las sobras. Quién carga con la masa que por todas partes se les escapa, quién se lleva los mismos utensilios; quién sale, quién entra, quién va, quién viene; hombres, mujeres, niños, se encuentran, tropiezan, se empujan, y gritan, al paso que por todas partes se levanta una espesa nube de polvo blanco, que todo lo cubre y los envuelve a todos.

No es menos el bullicio por la parte de afuera; dos filas opuestas se cruzan y obstruyen la entrada, formada la una por los que salen cargados de botín, y la otra por los que se apresuran para entrar a cogerle.

Mientras saqueaban tan bárbaramente esta inmensa panadería, iguales escenas pasaban en las demás del pueblo; pero en ninguna se aglomeró tanta gente que pudiese hacer con impunidad lo que quería. En unas los amos habían reunido varios amigos y parientes, y estaban a la defensa, y en otras, siendo menos numerosos o más tímidos los dueños, entraban en convenio, distribuyendo pan a los que se reunían, con la condición de que se marchasen, y éstos lo verificaban, no porque estuviesen contentos con lo que les daban, sino porque no osando los esbirros ni alabarderos acercarse al horno grande, se presentaban en otras partes con fuerza suficiente para contener aquellos pocos amotinados. Con esto el desorden y el alboroto se iban aumentando cada vez más en esta desgraciada panadería, porque todos aquellos a quienes punzaba la codicia o el ansia de cometer alguna fechoría de provecho, acudían allí donde, siendo mayor el número de sus amigos, era más segura la impunidad.

Éste era el estado de las cosas, cuando Lorenzo, como dijimos, acabando de comer su pedazo de pan, iba andando por el barrio de la Puerta Oriental, dirigiéndose sin saberlo al centro del mismo tumulto. Caminaba unas veces impelido, otras embarazado por la turba, y en el camino atisbaba y aplicaba el oído con el fin de ver si entre el discorde rumor del concurso llegaba a enterarse de lo que estaba pasando: y éstas poco más o menos fueron las razones que pudo comprender.

—Ya está conocida —decía uno— la impostura de esos bribones que sostenían que no había ni pan, ni harina, ni trigo. Ya lo hemos visto, y a buen seguro que no nos engañan en adelante. ¡Viva la abundancia!

—Con esto nada adelantamos —decía otro—; es hacer un hoyo en el agua; y quizá será peor si no se hace un buen escarmiento. No hay duda de que abaratarán el pan; pero echarán en él veneno para que los pobres muramos como moscas: ya dicen que hay mucha gente de más: lo han dicho en la misma Junta, y yo lo sé, a no dudarlo, porque se lo he oído a mi comadre, que es amiga de un pariente de un mozo de cocina de los señores de la Junta.

Echando espuma por la boca, decía cosas horrendas otro que venía sujetando con la mano a la cabeza un pingajo de pañuelo entre el cual se descubrían mechones de pelo descompuesto y ensangrentado: y las expresiones con que algunos le consolaban eran tan comedidas y decentes como las suyas.

—A un lado, señores: dejen pasar a un pobre padre de familia que lleva de comer a cinco hijos —así decía uno que iba dando traspiés con un pesado saco de harina encima, y todos se apartaban para franquearle el paso.

—Yo me escurro —decía otro a media voz a su compañero—; conozco el mundo y sé cómo van estas cosas. ¿Ves la bulla que meten ahora esos badulaques? pues mañana o al otro día los verás todos metidos en sus casas, llenos de miedo. Ya he visto yo ciertos pajarracos atisbando y haciendo la ronda: éstos todo lo notan, ven quién está y quién no está, y cuando cesa el alboroto se ajustan las cuentas, y el que paga paga.

—Quien protege a los panaderos —grita uno con voz tan retumbante que llamó la atención de Lorenzo—, es el Director de las provisiones.

—Todos son unos pícaros —decía otro.

—Sí; pero él es el jefe —replicaba el primero.

—Pícaros, sí, pícaros —exclama otro—; ¿puede llegar a más la iniquidad? Han tenido hasta la avilantez de decir que el gran Canciller es un viejo chocho, para desacreditarle y mandar ellos solos.

—¿Pan? ¿eh? —decía uno que iba muy de prisa—; no era mal pan por cierto; guijarros como puños; piedras de a libra que caían como granizo. ¡Qué de cabezas, qué de costillas rotas!... En mi casa quiero yo verme.

Entre semejantes discursos que aturdieron más que informaron a Lorenzo, llegó éste por fin delante del horno. Como la gente iba a menos, pudo contemplar a su gusto aquel destrozo de paredes, ventanas y puertas.

—A la verdad —dijo para sí— que esto no es muy bueno. Si desbaratan de esta manera los hornos, ¿en dónde querrán cocer el pan? ¿En los pozos?

De cuando en cuando salían de la casa algunos con tablas y sillas rotas, con pedazos de artesones y de bancos y otras cosas semejantes, y gritando, «apartarse, señores», pasaban entre la gente, dirigiéndose todos a un mismo punto. Deseoso Lorenzo de ver también qué historia era aquella, siguió a uno que, después de haber hecho un grande atado de astillas y tablas rotas, se lo echó al hombro, tomando como los demás la calle que va por el lado septentrional de la iglesia mayor, y se llama de las Gradas, por más que antes había y ya no existen.

Por más gana que tuviese el serrano de ver lo que pasaba, no pudo menos de detenerse un momento mirando con la boca abierta de arriba abajo aquel inmenso edificio; apresuró luego el paso para alcanzar al que iba delante, volvió la esquina, dio también un vistazo a la fachada de la misma catedral, rústica en aquel tiempo y sin concluir, y prosiguió tras de su conductor, que se dirigía al medio de la plaza. Cuanto más adelantaba, tanto más apiñada estaba la gente; pero el hombre de la leña se habría paso entre las oleadas del pueblo, y metiéndose Lorenzo por la senda que aquél abría, llegó con él al centro de la muchedumbre. Había allí un grande espacio despejado, y en el medio, inmenso cúmulo de ascuas, residuo de los muebles de que hemos hecho mención. Alrededor, todo era palmadas, aplausos, gritos de triunfo y salvas de maldiciones.

El hombre del lío lo arrojó al fuego, con una pala medio quemada atizó las ascuas por uno y otro lado hasta que se levantó la llama, aumentándose con ella la gritería, los aplausos y las voces «¡Viva la abundancia! ¡Mueran los logreros! ¡Muera la junta! ¡Muera la provisión! ¡Viva el pan!»

A la verdad el descubrir los hornos y el arruinar a los panaderos no son los medios más propios para que viva el pan; pero ésta es una de aquellas metafísicas que no entran en la cabeza de la multitud. Sin embargo, Lorenzo, sin ser gran metafísico, como no estaba acalorado como los demás, hacía la misma reflexión, sin atreverse a manifestarla, porque las caras de los circunstantes no indicaban estar de humor de escuchar reflexiones.

Habíase apagado de nuevo la llama, nadie acudía con más combustibles, y la gente comenzaba a fastidiarse, cuando se oyó decir que en el Cordusio estaba puesto el sitio a otro horno. En ciertas circunstancias el anunciar un suceso es causa de que se verifique. Con aquella voz se

difundió en la muchedumbre la gana de ir al Cordusio, y ya se oían por todas partes los gritos de «Allá voy yo: ¿quieres venir? ¡vamos! ¡vamos!» Con esto se exaltó más la gente, y todos se dirigieron al horno indicado. Lorenzo quedaba atrás casi sin moverse sino en cuanto le arrastraba la chusma, recapacitando si saldría de la bulla e iría a buscar al padre Buenaventura, o si seguiría con los demás, por ver en qué paraba aquello: por último venció la curiosidad; sin embargo, determinó no meterse en lo más espeso de la zambra, sino ver los toros desde la barrera, para no salir con los huesos molidos o algo peor. En este supuesto, hallándose ya un poco distante, sacó el segundo pan, le echó el diente, y fue marchando a la cola del ejército tumultuario. El cual desembocando por el ángulo de la plaza, se había ya introducido por la corta y angosta calle de la Pesquería vieja, y desde allí por el arco de la plaza de los Mercaderes.

Aquí pocos había que, al pasar delante del nicho que promedia el balconaje del edificio, que entonces se llamaba el colegio de los doctores, no echase una mirada a la estatua colosal de Felipe II, cuyo ceño adusto, aun de mármol, imponía respeto, pareciendo que con tono severo decía: *¡Aquí estoy yo, bribones!*

El nicho en el día está vacío por una circunstancia particular. A los ciento sesenta años de haber sucedido lo que estamos refiriendo, un día ciertas gentes cambiaron la cabeza de la estatua, en vez del cetro le pusieron un puñal en la mano, y al nombre de Felipe sustituyeron el de Marco Bruto. Como cosa de un par de años estuvo la estatua trasformada del modo dicho, hasta que una mañana algunos que no eran muy afectos a Marco Bruto, o, por mejor decir, que le tenían tirria, le echaron una soga al cuello y dieron con ella en el suelo: mutiláronla de mil maneras, y reducida a un trozo desfigurado, la arrastraron por las calles, hasta que hartos y cansados la echaron en no sé qué parte. ¿Quién se lo diría al famoso Andrés Riffi, cuando la estaba esculpiendo?

Desde la plaza de los Mercaderes se metió la turba alborotada por la callejuela de los Fustaneros, y de allí se extendió por el Cordusio. Al desembocar, todos se dirigían a mirar hacia el horno; pero en lugar de ver a los amigos que esperaban encontrar, veían sólo a unos cuantos papanatas charlando a mucha distancia del horno, el cual estaba cerrado y las ventanas ocupadas por gente armada en ademán de defenderse si fuese necesario. Varios se paraban entonces para informar a los que llegaban, y preguntar qué partido tomarían, y otros se volvían o quedaban atrás, de donde resultaba un murmullo confuso de preguntas, respuestas, consultas, exclamaciones y pareceres. En esto sale de la turba una maldita voz, diciendo:

—Cerca está la casa del Director de provisiones; vamos a ella, vamos a hacer justicia.

Esta voz fatal pareció más bien que una propuesta el recuerdo de un convenio establecido; tanta fue la unanimidad con que todos a la vez gritaron:

—¡A casa del Director! ¡a casa del Director!

Con esto se puso en movimiento la turba furibunda, dirigiéndose en tropel hacia la casa en tan mal punto nombrada.

XIII.
Antaño como hogaño.

Estaba en aquel momento el desgraciado Director de provisiones haciendo una digestión laboriosa, después de haber comido sin apetito un poco de pan duro, y aguardaba con inquietud el resultado de aquella tormenta, pero muy ajeno de temer que hubiese de ir a descargar el pedrisco sobre su cabeza. Alguna buena alma se adelantó a la chusma, y corrió a dar aviso del urgente peligro. Ya los criados, atraídos por el ruido, estaban en la puerta mirando con sobresalto hacia el lado de donde se acercaba el tumulto. Aun no habían acabado de recibir el aviso, cuando vieron aparecer la vanguardia. Corren inmediatamente a prevenir al amo, y mientras éste delibera cómo y

dónde huir, llega otro criado para decirle que ya no había tiempo. Le tienen los criados apenas para cerrar la puerta; la atrancan lo mejor que pueden, y corren a cerrar balcones y ventanas, como cuando al ver acercarse nubarrones oscuros, se aguardan de un instante a otro el agua y el granizo. Ya suena más de cerca la gritería; retumba el espacioso patio, la casa misma retiembla, y entre el dilatado y confuso estrépito, se oyen menudear fuertes pedradas en la puerta.

—Salga el Director —gritaban todos—; salga ese tirano, que nos quería matar de hambre; aquí ha de venir vivo o muerto.

Corría el pobre de cuarto en cuarto dándose palmadas en la frente, y encomendándose a Dios y a sus criados, pidiéndoles que no le desamparasen, o le buscasen medio de escapar. Pero ¿dónde y cómo? Subió al desván, y mirando por la buharda a la calle, la vio llena de un inmenso gentío; oyó con más claridad las voces con que pedían su cabeza, y, más muerto que vivo, bajó a buscar un escondrijo en que ocultarse. Allí encogido escuchaba si por casualidad la furia popular se iba debilitando, si el tumulto cedía algún tanto; pero oyendo, por el contrario, que los gritos eran más fuertes, y más frecuentes los golpes en la puerta, acometido de un nuevo terror, se tapaba aprisa los oídos; luego, como fuera de sí, rechinaba los dientes, fruncía las cejas, y extendiendo los brazos, empujaba con los puños, como si quisiese impedir que se abriese la puerta. Finalmente, como desesperado, se dejaba caer, y como aturdido, aguardaba la muerte.

Hallábase Lorenzo esta vez en lo más apretado de la bulla; no porque le hubiese llevado allí el ímpetu de la muchedumbre, sino porque él mismo se había metido expresamente en ella. A la primera propuesta de sangre, se le heló de horror la suya; pero en cuanto al saqueo, no se determinaba a resolver si en aquel caso sería bien o mal hecho: de todos modos le horrorizó desde luego la idea de un asesinato; y aunque, por aquella funesta docilidad con que los ánimos exaltados suelen creer lo que otros exaltados aseguran, estaba Lorenzo persuadido de que el Director de las provisiones era un malvado, como si estuviese impuesto a fondo de lo que aquel infeliz había hecho, omitido y pensado; sin embargo, acudió de los primeros con la firme intención de salvarle.

Con este objeto estaba ya cerca de la puerta que de mil maneras se trataba de hacer trizas. Unos con piedras machacaban los clavos de la cerradura; procuraban otros trabajar más en regla con formones, martillos y palancas, y otros con piedras puntiagudas, cuchillos despuntados, clavos, y hasta con las uñas, se esforzaban por romper la pared y abrir una brecha. Los que no podían obrar con las manos, animaban a los demás con los gritos; pero al mismo tiempo impedían con la apretura el trabajo, que entorpecía por otra parte el desordenado conato de los mismos trabajadores: así, por un beneficio de la Providencia, sucede a veces en el mal, que sus más activos fautores son un impedimento para su ejecución.

Al primer aviso que tuvieron del alboroto, los magistrados enviaron a pedir auxilio de tropas al castillo, que entonces se llamaba de puerta Giovia, y su Gobernador despachó inmediatamente un piquete; pero por el tiempo que se empleó en enviar el aviso, en expedir la orden, en reunir la gente, en ponerse en camino y en la marcha, llegó la tropa cuando ya la casa estaba para ser invadida, e hizo alto a cierta distancia. El oficial que la mandaba no sabía qué partido tomar. La mayor parte de los alborotadores se reducía a vagabundos y gentuza desarmada de ambos sexos y de todas edades. A las intimaciones que se les hacían de separarse, sólo contestaban con un confuso murmullo sin moverse. El hacer fuego contra aquella chusma le parecía al oficial cosa, no sólo cruel, sino muy aventurada, que ofendiendo a los menos obstinados hubiera irritado a los más atrevidos; además de que tampoco tenía instrucciones para ello. Abrirse paso, y arrollar por todo a derecha e izquierda, y marchar adelante, hubiera sido lo más acertado; pero la dificultad consistía en conseguirlo. ¿Quién sabe si los soldados hubieran podido marchar unidos? Y en el caso de separarse entre la turba, cada uno de ellos se hubiera hallado solo a merced de los amotinados enfurecidos. Atribuyendo éstos a miedo, con razón o sin ella, la irresolución del oficial y la inmovilidad de los soldados, los que estaban más cerca los miraban como burlándose de ellos, los que se hallaban algo más lejos los insultaban con denuestos y visajes, y los más distantes o no sabían, o les importaba poco que allí

estuviesen: entretanto, los trabajadores proseguían en su empeño, sin otro pensamiento más que el de concluir pronto la empresa, que no cesaban de animar con voces los espectadores.

Entre éstos se distinguía y llamaba la atención un viejo de mala traza, el cual abriendo cuanto podía sus hundidos ojos, echando fuego, y contrayendo las arrugas del rostro con una sonrisa de diabólica complacencia, enseñaba con las manos levantadas por encima de sus infames canas un martillo, una cuerda y cuatro clavos, jactándose de que con ellos había de clavar al Director en la puerta de su misma casa después de muerto.

Horrorizado Lorenzo al oír aquellas expresiones, que algunos celebraron, pero animado al mismo tiempo con ver que otros, aunque callados, manifestaban en su rostro el mismo horror, se le escapó decir:

—¡Qué vergüenza! ¿Hemos de usurpar nosotros el oficio al verdugo? ¡Asesinar a un cristiano! ¿Cómo queremos que Dios nos dé pan, si cometemos semejantes iniquidades? Rayos serán lo que nos envíe, y no pan.

¡Tú que tal dijiste!

—¡Ah, perro, traidor! —gritó volviéndose a Lorenzo con una cara endemoniada, uno de los que en aquella confusión alcanzó a oír sus amonestaciones—. ¡Aguarda, aguarda! He aquí un criado del director, disfrazado de serrano: es un espía, ¡a él, a él!

Mil voces suenan alrededor:

—¿Quién? ¿dónde está? ¡un criado del Director! ¡un espía! Es el Director disfrazado que trata de fugarse; ¿dónde está? ¡A él, a él!

Enmudece Lorenzo, se encoge, y quisiera escurrirse. Algunos le ayudan a ocultarse, y procuran confundir aquellas fatales palabras con otras voces y gritos; pero lo que le valió más que todo fue la expresión de «paso, paso, señores», que se oyó allí cerca, con un «vamos, ¿quién echa aquí una mano, compañeros?»

Provenía esto de que algunos traían una escalera larguísima, para apoyarla a la casa y entrar por una ventana. Pero por fortuna el mismo medio que había de facilitar la empresa era difícil de ejecutar, por el embarazo que encontraban los que traían la escalera para haber de pasarla entre tanta gente sin causar daño a nadie. Los tropezones, los encuentros, los empujones, los golpes, fueron un excelente medio para separar y disipar a los enemigos de Lorenzo, el cual se aprovechó de la confusión, y poco a poco al principio, y meneando después los codos a toda prisa, se alejó de aquel paraje con ánimo de salir del tumulto lo más pronto que pudiese, e ir sin más demora a buscar al padre Buenaventura.

En esto, un movimiento, que de improviso empezó en una extremidad del concurso, se propaga por toda la muchedumbre. Se difunde la voz de que viene el gran Canciller. El efecto que produjo este nombre donde quiera que llegó a oírse, fue excitar en unos sorpresa, placer en otros, y en otros cólera y despecho. Quién lo celebra, quién lo reprueba, quién quiere desmentir su llegada, quién la confirma, quién lo bendice, y quién lo detesta.

—Viene el gran Canciller —dicen unos.

—No es cierto —dicen otros.

—Sí, sí; ¡viva el Sr. Ferrer, el que abarata el pan!

—No, no.

—Sí, viene en coche.

—¿Eso qué importa?

—¿Qué tiene que hacer aquí?

—A nadie queremos.

—¡El Sr. Ferrer! ¡viva el Sr. Ferrer, el amigo de los pobres! Viene a llevarse preso al Director.

—No, no; queremos tomarnos la justicia por nuestra mano: atrás, atrás.

—Sí, sí, venga el gran Canciller, y vaya preso el Director de provisiones.

Y poniéndose todos de puntillas, se volvieron a mirar hacia la parte en donde se anunciaba la llegada del Canciller. Levantándose todos, veían lo mismo que si no se hubiesen levantado; pero esto no impidió que cada cual se empinase cuanto podía.

Con efecto, en la extremidad opuesta a aquella en que se hallaban los soldados, llegaba en coche D. Antonio Ferrer, el gran Canciller, el cual, arguyéndole quizá la conciencia de haber, con sus disparates y su terquedad, dado margen a aquel tumulto, iba a ver si podía aquietarle, o por lo menos estorbar uno de sus más funestos efectos, empleando una popularidad mal adquirida.

En los alborotos populares hay siempre cierto número de hombres que por acaloramiento, por fanatismo, por perversos designios o por una maldita inclinación al trastorno hacen todo lo posible para llevar las cosas a los mayores extremos: proponen y promueven las medidas más desatinadas, y soplan el fuego, cuando le ven cerca de apagarse; para ellos nada es demasiado, y quisieran que el alboroto nunca tuviese término ni medida. Pero en compensación hay otro número de hombres que quizás con igual empeño y no menos tesón, trabajan en sentido opuesto, algunos movidos por amistad o por parcialidad en favor de las personas amenazadas, y otros sin más impulso que una natural aversión a la sangre y a las atrocidades (Dios los bendiga). En cada uno de estos partidos opuestos, aun cuando no haya convenio anterior, la uniformidad de voluntad y de deseos crea un concierto instantáneo en las operaciones. Lo que luego compone la masa y casi el material del tumulto, es una reunión mixta de hombres que más o menos, por gradaciones indefinidas, propenden a uno y otro extremo, unos un poco acalorados, o bribones, otros un poco inclinados a cierta justicia, según ellos la entienden, otros anhelando por ver alguna atrocidad memorable, dispuestos a la ferocidad o a la misericordia, al respeto o a la exageración, según se presenta coyuntura de manifestar a las claras el uno o el otro sentimiento, desean siempre saber o crear algún gran suceso, y se hallan con necesidad de vituperar, aplaudir o de gritar por alguno.

«Viva o muera» son sus palabras favoritas, y el que llega a persuadirles que una persona no merece ser ahorcada, ya no necesita gastar más palabras para convencerlos de que es digna de que se la lleve en triunfo. Son actores, espectadores, instrumentos u obstáculos, según el viento, y aun dispuestos a callar cuando nadie les sugiere las palabras, a desistir cuando faltan los instigadores, a desbandarse cuando algunas voces sin contradicción dicen: «vámonos», y a volverse a sus casas preguntándose unos a otros: «¿Qué ha sido?» Pero como esta masa tiene en semejantes casos la mayor fuerza, o por mejor decir, es la fuerza misma, cada una de las dos partes emplea todos los medios posibles para apoderarse de ella; por manera que se puede decir que es un alma que pugna por meterse en aquel gran cuerpo y darle movimiento. Trabajan a quien más puede en divulgar las voces más a propósito para excitar las pasiones y dirigir los movimientos en favor del uno y del otro intento, en buscar mejor las noticias que muevan a indignación o la templen, que infundan esperanza o temor, y en hallar los gritos que, repetidos por la mayor parte, y con más fuerza, expresen, confirmen y formen en un punto el voto de la popularidad por una o por otra parte.

Hemos hecho todo este fastidioso razonamiento para venir a parar en que, en la lucha de los partidos que se disputaban el voto de la gente reunida delante de la casa del Director de provisiones, la presencia de D. Antonio Ferrer dio en un momento una ventaja inmensa al partido de los humanos, que era evidentemente inferior, y que, a haber tardado un poco aquel socorro, no hubiera tenido ya ni fuerza, ni objeto por qué luchar. El hombre tenía gran partido entre la muchedumbre por su disparatada tasa del pan, y su heroica firmeza en no ceder a cuantos argumentos se le hicieron en contra. Se aumentó la buena inclinación de los amigos ya prevenidos en su favor, al ver la confianza con que se presentaba sin guardias ni aparato a arrostrar una muchedumbre enfurecida, y daba mayor peso a todo la voz de que iba a prender por sí mismo al Director: de esta manera la ira, que hubiera tomado mayor incremento si se le hubiese resistido sin querer ceder en nada, entonces con aquel ofrecimiento de satisfacción, con echarle, como dicen los milaneses, aquel

hueso, se aquietó un poco, cediendo su lugar a los sentimientos opuestos que se declaraban en la mayor parte de los ánimos.

Habiendo cobrado aliento los partidarios de la humanidad, ayudaban de mil maneras al gran Canciller. Los que se hallaban cerca excitaban con sus repetidos aplausos el aplauso de los demás, y procuraban apartar la gente para abrir paso al coche: los otros repitiendo los vivas, trasmitían las palabras del Canciller, o las que suponían que pudiera decir, y rebatiendo a los furiosos y obstinados, empleaban contra ellos los nuevos sentimientos de la inconstante muchedumbre.

—¿Quién se opone —decían— a qué gritemos? ¡Viva el Sr. Ferrer! ¿Que no quieren que se abarate el pan? Son pícaros que no quisieran que se hiciese justicia, como Dios manda.

Hay algunos que gritan más alto que los demás para hacer que el Director se escape:

—A la cárcel el Director. ¡Viva el Sr. Ferrer! Paso al señor Ferrer.

Con esto se apoderaron de la puerta, tanto para impedir la entrada a los frenéticos, como para facilitársela al Canciller, y alguno por las rendijas, que no faltaban, avisó dentro, diciendo:

—Ya llega socorro, viene el Sr. Ferrer que el Director esté pronto para ir a la cárcel... Ya ustedes me entienden...

Acordándose Lorenzo del *vidit Ferrer* que le enseñó al pie del edicto el abogado Tramoya, preguntó a uno que estaba a su lado:

—¿Es el mismo Ferrer que ayuda a componer los bandos?

—Cierto —le contestó el vecino—; como que es el gran Canciller.

—Debe ser muy hombre de bien —replicó Lorenzo.

—¿Si es hombre de bien? —respondió el otro—; como que es el que puso el pan barato y no quisieron los otros, y ahora viene a prender al Director de las provisiones por no haber hecho las cosas como debía.

Es excusado decir que Lorenzo se declaró al instante por D. Antonio Ferrer, y resolvió acercarse. La cosa no era fácil; pero a fuerza de empellones y codazos, consiguió abrirse paso y ponerse en primera fila, justamente al lado del coche.

El cual ya se había adelantado entre la muchedumbre, y en aquel momento estaba parado por uno de aquellos entorpecimientos inevitables cuando hay que pasar entre tanta gente. Asomaba la cabeza el anciano Ferrer, ya por una portezuela, ya por otra, con una cara de pascuas que daba gozo el verla, como que era la misma que habría puesto en presencia de Felipe IV. Hablaba también; pero el murmullo de tantas personas, y los mismos vivas impedían que se oyese lo que decía: por esta razón, ayudándose con los gestos para expresarse, bajaba la cabeza, hacía besamanos, y cuando un rato de silencio lo permitía, le oían decir:

—Pan habrá, pan en abundancia; vengo a hacer justicia: abrir paso, señores.

Aturdido después por tantas voces, y al ver tantas caras y tantos ojos clavados en él, se retiraba a la testera del coche, y dando un gran resoplido exclamaba:

—¡Jesús! ¡qué de gente!

Se acercaba luego al vidrio, e inclinándose hacia el cochero, decía:

—Adelante, Pedro, si puedes.

Pedro también tenía la cara risueña, y con ademán afectuoso, como si fuera un gran personaje, agitaba poco a poco y con gran majestad el látigo, y luego decía:

—Señores, suplico a ustedes; apártense un poquito.

De esta manera, ya parándose, ya marchando entre la gritería y los aplausos, y con el auxilio de los bien intencionados, entre los cuales se distinguía el buen Lorenzo, llegó el coche del gran Canciller a la puerta del Director de provisiones.

Los que, como hemos dicho, se hallaban allí con las mismas buenas intenciones, habían conseguido, aunque con trabajo, que aquel punto quedase algún tanto despejado. Respiró el gran Canciller, viendo que la puerta estaba todavía cerrada, esto es, no enteramente abierta, porque ya habían arrancado casi todos los goznes, y sacado no pocas astillas; de manera que en el medio quedaba una abertura de más de seis dedos, desde donde se veía el cerrojo torcido y casi arrancado. Un hombre de bien se asomó a aquella abertura, gritando que abriesen sin temor, y otro acudió a abrir la portezuela del coche. Sacó la cabeza el anciano, y apoyándose en el brazo de aquel hombre honrado, salió del coche parándose en el estribo.

Por una y otra parte estaba la multitud con la cabeza levantada para ver mejor, y la curiosidad y la atención produjeron un instante de silencio. Volvió el gran Canciller la vista por todas partes, saludó a la gente bajando la cabeza, y puesta la mano al pecho, dijo: «Pan y justicia», y bajó entre un millón de aclamaciones.

Entretanto los de adentro abrieron, o, por mejor decir, acabaron de arrancar el cerrojo, cuidando de no permitir sino el hueco suficiente para que entrase el gran Canciller.

—Aprisa, aprisa —decía éste—; abrid lo suficiente para que entre yo, y vosotros, amigos, procurad detener la gente a fin de que no se me eche encima.

Así que entró D. Antonio, volvieron a atrancar la puerta los de adentro, y los de afuera trabajaban con los hombros, los brazos y las voces, para mantener despejada la inmediación de la entrada, pidiendo a Dios que se evacuase presto la diligencia.

—Presto, presto —decía también el gran Canciller por la parte de adentro a los criados, que jadeando y cubiertos de sudor, le rodeaban, bendiciéndole cada uno a su manera—. Presto, presto —repetía D. Antonio—, ¿en dónde está este buen hombre?

Bajaba el Director de provisiones la escalera, conducido y casi arrastrado por otros criados, y más blanco que un papel. Al ver aquel auxilio, dio un gran suspiro, se le volvió el alma al cuerpo, y cobrando alguna fuerza en las piernas, se dirigió al gran Canciller diciendo:

—Me pongo en las manos de Dios y en las de vuecelencia; pero ¿cómo saldremos de aquí, si todo está lleno de gente que pide mi cabeza?

—Venga usted conmigo —contestó el gran Canciller—, y tenga ánimo: aquí fuera está mi coche; presto, presto.

Diciendo esto, le tomó de la mano, y animándole le condujo hasta la puerta; sin embargo, decía para sí: «Aquí está el busilis: ¡Dios me la depare buena!»

Se abre la puerta: el gran Canciller sale el primero, siguiéndole el otro muy encogido, y casi cosido a la toga protectora, lo mismo que un niño a las faldas de su madre. Los que habían mantenido despejado aquel sitio, levantan las manos y los sombreros, ocultando de este modo a la vista del pueblo al Director, el cual entra el primero en el coche, y se acurruca en un rincón. Sube después el gran Canciller, cierran la portezuela, la muchedumbre entrevió, supo, adivinó lo que había sucedido, desatándose en un torrente de imprecaciones contra el uno, y de aplausos en favor del otro.

La parte del camino que quedaba parecía la más difícil y peligrosa; pero la opinión pública se había declarado bastante en orden a permitir que el Director fuese conducido a la cárcel. Además los que habían facilitado la llegada del gran Canciller se dieron maña durante su detención para mantener abierta una senda; por manera que esta vez el coche pudo pasar más libremente y sin paradas.

A medida que iba adelante, las dos alas que formaba la muchedumbre se reunían y seguían tras él.

Apenas sentado D. Antonio, encargó al Director que se encogiese todo lo que pudiera para que no le viese el pueblo; pero era excusada semejante advertencia. Él, al contrario, se presentaba a las portezuelas para llamar sobre sí la atención general, y en todo el camino fue arengando como la

primera vez al inconstante gentío, interrumpiendo de cuando en cuando su arenga con palabras en castellano que dirigía al oído de su atemorizado compañero.

—Sí, señores —decía—, pan y justicia; a la ciudadela en un calabozo; no, no se escapará (para sosegarlos). Es muy justo: se le formará causa, se le castigará con todo el rigor de las leyes. (Esto es para bien de usted.) Se pondrá una tasa equitativa, y se castigará a los que querían matar al pueblo de hambre. El Director será castigado como merece (si es culpado). Sí, sí, a esos panaderos se les pondrán las peras a cuarto. ¡Viva el Rey! ¡Vivan los buenos milaneses! (Ánimo, ya estamos fuera de riesgo).

En efecto, ya habían salido casi del mayor apuro, y cuando el gran Canciller empezaba a dar algún descanso a sus pulmones, vio venir un piquete de soldados españoles, que a pesar de poderse considerar ya como lo que vulgarmente se llama el socorro de España, y en lombardo el socorro de Pisa, no dejaron de ser de alguna utilidad a lo último, pues auxiliados por varios paisanos, cooperaron a disminuir el gentío. Al emparejar con el coche se formaron presentando las armas al gran Canciller, que saludó a derecha e izquierda, diciendo al Oficial con tono irónico:

—Beso a usted las manos —como si dijese: «¡Valiente socorro me habéis prestado!»

Contestó el Oficial al saludo, y se encogió de hombros, por manera que aquí hubiera venido bien aquello de *cedant arma togæ*; pero D. Antonio Ferrer no estaba para citas, además de que hubieran sido palabras echadas al viento, pues el Oficial no entendía el latín.

Con pasar Pedro por aquellas dos filas de migueletes, recobró su antiguo brío, se acordó de quién era y a quién servía, y dando gritos a lo cochero, sin otras ceremonias, por ser ya poca la concurrencia, sacudió a los caballos y los hizo tomar el trote hacia la ciudadela.

—Respire usted, ya estamos fuera —dijo D. Antonio al Director; quien animado con no oír la gritería del pueblo, con el correr del coche, y con estas palabras, se incorporó dando mil y mil gracias a su libertador; el cual, después de haberse condolido con él por el pasado peligro, y haberse congratulado por su libertad:

—¡Ah! —exclamó pasándose la mano por la calva—. ¿Qué dirá S. E., que desde luego está dado a los diablos, con ese maldito Casal, que no quiere rendirse? ¿Qué dirá el Conde-duque, que se asusta con que una hoja de un árbol meta más ruido que la otra? ¿Y qué dirá el Rey nuestro señor, pues al cabo no le han de poder ocultar lo que ha pasado? ¡Sabe Dios el rumbo que tomará este negocio!

—Yo por mí —dijo el Director— no quiero más cargos de esta clase: me lavo las manos: hago dimisión de mi destino en manos de V. E., y me voy a una choza de la sierra. Me voy a meter ermitaño. Ya nada quiero con esos bárbaros.

—Usted —respondió con gravedad el gran Canciller— hará lo que más convenga al servicio de S. M.

—S. M. no querrá mi muerte —replicó el Director—. En una choza lejos de semejante canalla...

Lo que sucedió luego respecto de este propósito no lo dice nuestro autor, el cual, después de haber acompañado al infeliz a la ciudadela, no vuelve a hacer mención de su persona.

XIV.
Por la boca muere el pez.

La gente que quedó atrás empezó a dispersarse por varias partes; unos iban a sus negocios, otros se salían del concurso a respirar, después de tantas horas de apreturas, y otros iban buscando a sus conocidos para charlar un poco acerca de las ocurrencias de aquel día. Del mismo modo se iba

despejando la calle en la extremidad opuesta, y sólo quedaba todavía formando corrillos una parte de la ínfima plebe; porque cierto número de vagabundos y gente perdida, disgustados al ver que el alboroto había tenido un fin para ellos tan insulso, rabiaban y votaban consultando entre sí el modo de animarse recíprocamente, y ver si aun podían hacer alguna cosa, y como por ensayo empujaban de cuando en cuando aquella desgraciada puerta, que los de dentro habían atrancado otra vez del mejor modo posible.

Al llegar el piquete, se separó aquel populacho, dejando el puesto libre a los soldados, que le ocuparon acampándose en él para seguridad de la casa y de la calle; pero en las inmediaciones y en las plazuelas contiguas permanecían algunos corrillos. En donde había dos personas se reunían tres, cuatro, veinte, y al paso que unos se separaban, se juntaban otros, a manera de aquellos nubarrones que a veces después del temporal quedan diseminados por el campo azul del cielo, dando motivo a los que los miran para decir que todavía no está sentado el tiempo. Allí cada uno discurría a su manera; quién contaba con exageración lo que había visto en aquel día; quién refería lo que él mismo había hecho; quién se alegraba de que las cosas hubiesen acabado de aquel modo, y alabando al gran Canciller, pronosticaba que el Director tendría qué sentir; quién con sonrisa maligna aseguraba que no le harían daño alguno, porque los lobos no se muerden unos a otros; y quién, de genio más colérico que los demás, murmuraba diciendo que no se habían hecho las cosas como convenía, que era una engañifa, y que había sido una locura meter tanta bulla, para luego dejarse chasquear de aquella manera.

El sol entretanto se había puesto: las cosas todas iban volviéndose de un mismo color, y muchos, cansados ya y hastiados de hablar a oscuras, se retiraban a sus casas. Lorenzo, después de haber cooperado a la marcha del coche, y pasado con él como en triunfo por las dos filas de los soldados, se alegró al verle correr sin embarazo alguno, anduvo algún poco con la chusma, y en el primer hueco que encontró, salió de ella para respirar con más libertad.

A los pocos pasos, agitado todavía por la idea de aquella borrasca y por tantos recuerdos recientes y confusos, se sintió con gana de comer y descansar, y comenzó a mirar hacia arriba por una y otra parte, buscando alguna muestra de hostería o de taberna, pues le pareció tarde para ir al convento de los capuchinos. Caminando de este modo dio con un corrillo, en donde se hablaba de conjeturas, proyectos, y propuestas para el día siguiente. Paróse un momento a escuchar, y persuadido de que él también podía echar su cuarto a espadas, tanto más que por lo que había visto en aquel día se le figuraba que para lograr un intento bastaba con hacer que lo aprobasen los que andaban por las calles, metió su cucharada empezando en tono de exordio de esta manera:

—¿Quieren ustedes... señores, que yo también diga mi pobre parecer? Mi parecer es que no sólo se cometen iniquidades en el negocio del pan, sino también en otros muchos, y pues que hoy se ha visto que enseñando los dientes se consigue lo que es justo, es preciso ir adelante del mismo modo hasta que se remedien todas las demás infamias, y se logre que el mundo ande más derecho. ¿No les parece a ustedes, señores, que hay una gavilla de pícaros que obran todo al contrario de lo que manda la ley de Dios; que se meten con los hombres de bien para hacerles daño, y luego tienen siempre razón? De estos debe haber también en Milán una buena porción.

—¡Sí, señor, demasiado! —interrumpió uno de los circunstantes.

—Ya no lo dudaba yo —replicó Lorenzo—. También allá en nuestros pueblos sabemos lo que pasa por aquí: lo más extraño es que hay bandos y edictos muy buenos, en que van puestas con sus pelos y señales todas las picardías, y señalados los castigos; pero ¿de qué sirven? Allí se dice que no haya distinción de personas, y sin embargo, si ustedes acuden a los escribas y fariseos para obtener justicia contra algún poderoso, según los edictos, les oyen a ustedes como quien oye llover. Con esto se ve claramente que aunque el Rey y los que mandan quieren que se administre justicia, y que a todos se les mida con una misma vara, nada se hace; ¿luego hay quien se opone a tan benéficas miras? Esto es menester verlo. Mañana debemos ir a buscar al Sr. Ferrer, que es hombre de bien y amigo de los pobres; hemos de hacerle presente cómo están las cosas: yo por mi parte se las podré

contar muy buenas, porque me han sucedido a mí mismo. Un abogado me enseñó un bando con unas armas muy grandes, puesto por tres señores, cuyos nombres estaban al pie del mismo bando, entre ellos el del Sr. Ferrer, y cuando le pedí que a tenor de dicho bando se me hiciese justicia, me trató de loco. Estoy seguro que cuando el Sr. Ferrer sepa semejantes injusticias, pondrá remedio en ello, y más si estamos aquí nosotros para ayudarle como hemos hecho hoy, en el caso de que los prepotentes no quieran bajar la cabeza. No digo yo que ande todos los días en coche para llevarse los pícaros a la cárcel, pues necesitaría para ello el arca de Noé; pero bastará que mande a quien corresponda, no sólo aquí en Milán, sino también fuera, para que obedezcan los edictos, formando causa a todos los que cometen maldades, y donde dice cárcel, cárcel; y donde dice galera, galera; y a los jueces, que cumplan con su obligación, y de lo contrario, enviarlos a pasear. En fin, repito que estamos aquí nosotros para ayudarle. ¿No digo bien, señores?

Con tanto énfasis hablaba Lorenzo, que desde el principio una gran parte de los concurrentes suspendió toda discusión y se paró a escucharle, y al cabo todos fueron oyentes suyos. Acompañaron su arenga con muchos aplausos, y las expresiones confusas de «bravo, tiene razón, es demasiado cierto», etc. No obstante, no faltaron sus críticas.

—¿Quién hace caso de serranos? —decía uno, y pasaba de largo.

—Ahora —decía otro—, cualquier pelagatos quiere echarla de político, y con atizar el fuego no se abaratará el pan, que es lo que importa.

Sin embargo, Lorenzo sólo hizo caso de los aplausos.

—¿Dónde? —preguntaban otros.

—En la plaza de la Catedral.

—Sí, sí, y haremos algún cosa.

—¿Quién hay entre estos señores —añadió Lorenzo— que quiera hacer el favor de enseñarme una posada para tomar un bocado y buscar una cama medio decente?

—Allá voy yo a servir usted, amiguito —dijo uno de los que habían estado escuchando todo el sermón sin abrir su boca—. Conozco cabalmente una posada, que es la que os conviene, y os recomendaré al dueño, que es amigo mío y hombre de bien.

—¿Está cerca? —preguntó Lorenzo.

—No está lejos —respondió el otro.

Separóse el corrillo, y Lorenzo, después de muchos apretones de manos desconocidas, echó a andar con su compañero, dándole las gracias por la molestia que se tomaba.

—No hay de qué —dijo aquel—; una mano lava la otra y las dos la cara. ¿No estamos obligados a hacer bien a nuestro prójimo?

Y caminando iba haciendo a Lorenzo varias preguntas de estas manera:

—Perdone usted, amigo, me parece que está usted cansado. ¿Se puede saber el país de donde viene usted?…

—Vengo —contestó Lorenzo— desde Lecco.

—¿Desde Lecco? ¿Luego es usted de Lecco?

—De Lecco, o, por mejor decir, de su partido.

—¡Pobre joven! Por lo que he podido entender, le han hecho a usted alguna mala pasada.

—¡Ay, amigo! He tenido que meterme a hablar de política por no contar en público lo que pasa... Pero basta; algún día se sabrá, y entonces... Mas aquí veo una muestra de posada, y a la verdad, no tengo gana de ir más lejos.

—No, no, venga usted adonde le he insinuado, que ya falta muy poco —dijo el desconocido—; aquí no estará usted bien.

—¡Cómo que no! —respondió el joven—; yo no soy un señorito acostumbrado a dormir entre algodones; a mí me basta cualquiera cosa a la buena de Dios para llenar el pancho, y un jergón; lo que me importa es encontrar presto uno y otro.

Diciendo esto, entró por una puerta que tenía de muestra una luna llena.

—Pues bien —dijo el desconocido— ya que así lo quiere usted, entraremos aquí.

Y siguió tras de él.

—No es necesario que usted se incomode más —dijo Lorenzo—; pero estimaré que me acompañe a echar un trago.

—Acepto su favor —respondió aquel.

Y como más práctico de la casa, marchó adelante, se acercó a una puerta vidriera, levantó el pestillo, abrió y entró con su compañero en la cocina. Alumbrábanla dos candiles colgados de una de las vigas del techo. Mucha gente estaba sentada en bancos alrededor de una mesa ordinaria, estrecha, y tan larga, que ocupaba una gran parte de la pieza. En un lado había servilletas extendidas, en otro platos con comida, en otro naipes cubiertos y descubiertos, en otro dados, y en casi todos botellas y vasos. De cuando en cuando se veían correr berlingas, parpayolas y reales[3] que si hubiesen podido hablar, probablemente hubieran dicho: «Esta mañana estábamos en la hortera de algún panadero, o en el bolsillo de algunos de los concurrentes, que, ocupados en ver cómo se arreglaban los negocios públicos, descuidaban los pequeños asuntos de su propia casa.»

Grande era la confusión: un mozo daba mil vueltas corriendo y sirviendo la mesa de comida y de juego. El amo estaba sentado en un banquillo debajo de la campana de la chimenea, ocupado al parecer en formar en la ceniza con el badil ciertas figuras que sucesivamente iba deshaciendo; pero en realidad su ocupación era observar con cuidado lo que pasaba. Levantóse al ruido del pestillo, presentándose a los dos que entraban, y al ver al compañero de Lorenzo, dijo para sí: «¡Maldito seas! ¡que siempre has de venir aquí cuando menos te necesito!» Echando luego la vista a Lorenzo, añadió: «No te conozco; pero viniendo con semejante cazador, no puedes menos de ser perro o liebre: ya te conoceré en cuanto te oiga dos palabras.» De este mudo soliloquio nada aparecía en la cara del huésped, que se conservaba inmóvil como una pintura. Era su cara redonda y lucia, con una barbilla espesa y rojiza, y los ojillos vivos y penetrantes.

—Señores —dijo—, pidan ustedes.

—Ante todo, un buen jarro de vino sin bautizar —contestó Lorenzo—, y luego cualquiera cosilla de comer.

Diciendo esto se sentó en un banco a una extremidad de la mesa, echando un *¡ay!* muy sonoro, como si dijese: «¡Qué bien sabe un poco de banco después de tanto trabajar y estar de pie!» Pero acordándose al mismo tiempo del banco y de la mesa en que estuvo sentado poco antes con Inés y Lucía, arrojó un profundo suspiro; mas sacudiendo la cabeza como para desechar semejante pensamiento, vio venir al posadero con el vino. Su compañero, que se había sentado enfrente de él, le echó de beber diciendo:

—Para humedecer la palabra.

Y llenando otro vaso, lo bebió de un golpe.

—¿Qué nos daréis de comer? —preguntó luego al posadero.

—Un buen pedazo de carne en estofado —contestó aquél.

—Corriente —replicó Lorenzo—; un buen pedazo de carne en estofado.

—Al instante, señores —repuso el posadero.

Y volviendo al mozo, añadió:

—Ea; sirve presto a estos caballeros.

---

3 Monedas que corrían en aquel tiempo.

Diciendo esto se dirigió a la chimenea; pero deteniéndose de pronto, prosiguió volviéndose a Lorenzo:

—El caso es que hoy no tenemos pan.

—Por lo que toca al pan —dijo Lorenzo en alta voz y riéndose— ha surtido la Providencia.

Y sacando el tercero y último pan de los recogidos cerca de la cruz de San Dionisio, lo levantó en el aire gritando:

—¡Aquí está el pan de la Providencia!

Al oírlo se volvieron muchos, y viendo aquel triunfo, uno de ellos exclamó:

—¡Viva el pan barato!

—¿Barato? —dijo Lorenzo— *gratis et amore.*

—¡Mejor que mejor!

—Sí; pero no quisiera —añadió Lorenzo— que estos señores pensasen mal de mí. No crean que yo lo he birlado, como se suele decir; lo encontré en el suelo; y si pudiera hallar a su dueño, por cierto se lo pagaría.

—¡Muy bien! ¡bravo! —gritaron riéndose a carcajadas los compañeros, de los cuales a ninguno le vino a las mientes que aquellas palabras expresaban seriamente un hecho y una verdadera intención.

—Piensan que me burlo, pero no es sino la pura verdad —dijo Lorenzo a su compañero.

Y volviendo entre las manos aquel pan, añadió:

—Miren ustedes cómo le han puesto, parece una torta; ¡vaya si había gente! Frescos estarían los que tuviesen los huesos un poco blandos.

Y arrancando luego con los dientes, y tragando dos o tres bocados uno tras otro, les echó encima otro vaso de vino, añadiendo:

—Este pan no quiere ir abajo solo; jamás he tenido la garganta tan seca. ¡Válgame Dios! ¡cuánto se ha gritado!

—Preparad —dijo el desconocido— una buena cama para este amigo, que quiere pasar aquí la noche.

—¿Quiere usted dormir aquí? —preguntó el posadero a Lorenzo acercándose a la mesa.

—Sí —contestó éste—; una cama cualquiera con tal que estén limpias las sábanas, porque, aunque soy un pobre artesano, estoy acostumbrado a la limpieza.

—¡Ay! en cuanto a eso —dijo el posadero— no hay cuidado.

Y después de acercarse a un banquillo que estaba en un rincón de la cocina, volvió con un tintero y un pedazo de papel en una mano y una pluma en la otra.

—¿Qué significa eso? —exclamó Lorenzo tragando un pedazo de carne que ya le había servido el mozo y sonriendo luego como admirado—: ¿es esa la sábana limpia?

Sin responder el posadero, puso el papel y el tintero sobre la mesa, se bajó luego, y apoyando sobre la misma mesa el brazo izquierdo y el codo derecho, y con la pluma tiesa en la mano y la cara levantada hacia Lorenzo, dijo:

—Hágame usted el favor de decirme su nombre, apellido y patria.

—¿Qué significa eso? —replicó Lorenzo:— ¿qué tienen que ver esas historias con la cama?

—Cumplo con mi obligación —respondió el posadero, fijando la vista en el desconocido—. Estamos obligados a dar noticia de todas las personas que vienen a parar en nuestras casas. «Nombre, apellido, nación, qué negocios trae, si tiene armas, cuánto tiempo piensa permanecer en esta ciudad», son palabras del mismo bando.

Antes de contestar, vio Lorenzo el fondo de otro vaso, que era el tercero, sin que luego pudiesen contarse los demás, y dijo:

—¡Hola! ¿tenéis el bando? Ya sé yo el caso que se hace de los bandos; que aquí donde me veis tengo intención de hacerme doctor en leyes.

—Hablo con formalidad —dijo el posadero siempre mirando al mudo compañero de Lorenzo.

Y habiéndose dirigido de nuevo al banquillo, trajo un gran pliego de papel, que era un ejemplar del bando, y lo extendió delante de Lorenzo, el cual exclamó diciendo:

—Ya lo veo, ya lo veo.

Y levantando con una mano el vaso otra vez lleno, lo apuró de nuevo. Extendiendo luego la otra mano con el índice tieso hacia el bando abierto:

—Aquí tenemos —añadió— esta hermosa hoja de misal; me alegro mucho; conozco esas armas: sé lo que quiere decir esa cara de hugonote, con el dogal al pescuezo[4]; quiere decir, mande quien pueda, y obedezca el que quiera. Cuando esa cara haya enviado a galeras al señor D... ya sé yo... como dice otra hoja de misal igual a ésta; cuando haya resuelto que un mozo hombre de bien pueda casarse con una muchacha honrada, que quiere ser su mujer, entonces no sólo diré mi nombre, sino que también le daré encima un beso. Si un bribón con otros bribones a sus órdenes, porque si fuese solo... —aquí concluyó la frase con un gesto expresivo— si un bribón, digo, quisiere saber dónde estoy para hacerme mal, pregunto yo: ¿esa cara vendría a socorrerme? No es mala ocurrencia el que haya de contar yo mis negocios. Supongamos que haya venido a Milán a confesarme; siempre será con un capuchino, y no con un posadero.

Éste callaba, mirando sin cesar al camarada de Lorenzo, el cual tampoco hablaba palabra. Lorenzo (nos pesa el decirlo) se tragó otro vaso de vino, y prosiguió:

—Te daré otra razón, amigo mío, que quizá llegará a convencerte. Si los bandos que se expiden en favor de los buenos cristianos nada valen, ¿han de valer los que hablan contra ellos? Llévate, pues, todos estos embelecos, y tráete en su lugar otro jarro, porque éste ya está roto —diciendo esto le dio con un nudillo de la mano, añadiendo—: ¿No oyes cómo suena a rayado?

Esta vez el discurso de Lorenzo había llamado la atención de los demás; así que cuando acabó de hablar se levantó un murmullo general de aprobación.

—¿Y yo qué arbitrio tengo? —dijo el posadero mirando al desconocido, que para él no lo era.

—Vaya, vaya —gritaron algunos de los circunstantes—: tiene razón el forastero; todas son picardías, bribonadas, extorsiones. Ley nueva, ley nueva de aquí adelante.

Entre esta gritería, echando el desconocido una mirada como de reconvención al posadero por su imprudencia, dijo:

—Déjele, pues, que haga lo que quiera, y no deis margen a escándalos.

—He cumplido con mi obligación —dijo el posadero en voz alta, y añadió para sí: «ya estoy cubierto».

Recogió luego su papel, la pluma, el tintero, el bando y el frasco vacío para entregarlo al mozo.

—Trae del mismo —dijo Lorenzo—, que le echaremos a dormir con el otro, sin preguntarle su nombre, ni su apellido, ni a qué viene, ni cuánto piensa quedarse en esta ciudad.

—Del mismo —dijo el posadero al mozo entregándole el frasco.

Y volvió a sentarse debajo de la campana de la chimenea, en donde renovando sus dibujos en la ceniza, decía entre sí: «¡Pobre diablo! ¡en qué manos ha caído! Si quieres perderte, piérdete, majadero, en buen hora; pero el dueño de la posada de *La Luna llena* no ha de pagar tus locuras.»

4 En la cabeza de los bandos que se publicaban entonces, se estampaban como en el día las armas del capitán general; y las de Gonzalo de Córdoba tenían un rey moro encadenado por el cuello.

Dio Lorenzo las gracias a su compañero y a todos los que habían estado de su parte, y añadió:

—Amigos míos, ahora veo que todos los hombres de bien se dan la mano y se sostienen.

Y poniéndose de nuevo en ademán de arengar, prosiguió:

—¡Fuerte cosa es que todos los que tienen algún manejo para todo han de echar mano de la pluma y del tintero! ¡Siempre la pluma por delante! ¡Qué manía!

—Oíd, amigo forastero; ¿queréis saber la razón? —dijo riéndose uno de los jugadores que estaba ganando.

—Oigámosla —respondió Lorenzo.

—La razón es —prosiguió el otro— que como esos señores se comen los gansos, les quedan luego tantas plumas que es preciso que busquen en qué emplearlas.

Riéronse todos, menos el que perdía.

—¡Tate! —dijo Lorenzo—, éste es poeta. ¿También tenéis poetas por acá? Ya veo que en todas partes los hay. También yo suelo tener numen, y digo mis chistes; pero es cuando las cosas van bien.

Para comprender esta sandez del pobre Lorenzo es necesario saber que entre el vulgo de Milán, y con especialidad en las aldeas del contorno, la palabra poeta no significa, como entre la gente racional, un ingenio sublime, un habitante del Pindo, un alumno de las musas, sino un hombre raro y algún tanto estrafalario, en cuyos hechos y dichos campea más la originalidad y la agudeza que no la razón; tan grande es el atrevimiento del vulgo embrollador, que trastorna el sentido de las palabras, haciéndoles decir cosas disparatadas, y sin contexto con su legítimo significado.

—Pero la verdadera razón la diré yo —prosiguió Lorenzo—; y es porque la pluma está en sus manos, y así sus palabras vuelan y desaparecen, y las que dice un hombre de bien las oyen con atención para clavarlas en el papel, y hacerlas valer luego cuando les convenga. Tienen además otra malicia, y es que cuando quieren enredar a un buen hombre que no entiende de papeles, pero que tiene un poco... un poco... de... yo bien me entiendo... y advierten que ya empieza a comprender la farándula, plantan algunas palabrotas que llaman forenses, o en latín, para trastornarle la cabeza. Basta; muchos son los malos usos que hay que desterrar. A buena cuenta hoy se ha hecho todo en romance sin papel, pluma ni tintero, y mañana, si la gente sabe gobernarse, se hará todavía más; pero se entiende, sin llegar a nadie al pelo de la ropa, y todo en términos de justicia.

Entretanto, algunos de aquellos concurrentes habían vuelto a su juego; otros se habían puesto a comer, y otros a gritar: unos salían, otros entraban, y el posadero acudía a unos y otros, cosas todas que ninguna relación tienen con nuestra historia. También el compañero desconocido deseaba marcharse; ningún negocio tenía al parecer en aquel sitio; sin embargo quería, antes de irse, charlar otro poco a solas con Lorenzo. Dirigiéndose, pues, a él, volvió al asunto del pan, y después de alguna de aquellas frases más comunes entonces, manifestó su opinión sobre el particular, diciendo:

—En verdad que si yo mandara, muy pronto hallaría el modo de hacer que las cosas fuesen como deben ir.

—¿Y qué es lo que haría usted? —preguntó Lorenzo con dos ojillos más relucientes que una estrella, y torciendo algo el hocico como para prestar más atención.

—¿Qué haría? —dijo el otro—; haría de modo que hubiese pan para todos, tanto para los pobres como para los ricos.

—Eso sí; eso sería muy bueno —dijo Lorenzo.

—He aquí cómo yo haría —prosiguió el compañero—. Una tasa moderada que todos pudiesen pagar, y luego distribuir el pan en proporción de las bocas, porque hay imprudentes que todo lo quieren para sí, y luego falta el pan para los pobres. Distribuir, pues, el pan; ¿y cómo? De esta manera. Se da un billete a cada familia en proporción de los individuos para ir a sacar el pan del horno. A mí, por ejemplo, deberían darme un billete en estos términos: «A Ambrosio Fusella, de

profesión espadero, con mujer y cuatro hijos en edad de comer pan, se le dará tanto pan, y para tantos, etc.» Así debería hacerse el repartimiento, a tantos individuos tantas libretas. A usted, por ejemplo, deberían darle un billete para... ¿vuestro nombre?

—Lorenzo Tramallino —contestó el incauto joven, que entusiasmado con el proyecto, no advirtió que todo estaba fundado sobre papel, pluma y tintero, y que para realizarlo, la primera cosa era apuntar los nombres de las personas.

—¡Muy bien! —dijo el desconocido—; ¿tiene usted mujer e hijos?

—A estas horas debiera ya tener... hijos no, que es muy pronto —contestó Lorenzo—, pero mujer, si las cosas marchasen como era regular...

—¿Conque es usted solo? Una porción más pequeña, y paciencia.

—Es justo, pero presto con el favor de Dios... Basta... ¿Y si yo me casase?

—Entonces se cambia el billete y se aumenta la cantidad, como ya he dicho, siempre en proporción de las bocas —dijo el desconocido levantándose del banco.

—¡Eso sí que sería bueno! —exclamó Lorenzo dando puñetazos sobre la mesa—; ¿y por qué no habrán hecho una ley como ésta?

—¿Qué quiere usted que le diga? —respondió el compañero—. Entretanto le doy a usted las buenas noches y me voy, porque ya me estarán aguardando mi mujer y mis hijos.

—¡Otro traguito! ¡otro traguito! —gritaba Lorenzo, llenando aprisa el vaso, y levantándose luego y agarrando a su compañero de la chupa, tiraba para obligarle a que se sentase de nuevo—; otro trago; vaya, no me haga usted este desaire.

Pero el desconocido se desasió de un tirón, y dejando que Lorenzo continuase con instancias y reconvenciones, dijo de nuevo: «¡buenas noches!» y se marchó. Así charlaba Lorenzo cuando ya el otro estaba en la calle, hasta que dejándose caer luego como un plomo sobre el banco, fijó la vista en el vaso que había llenado, y viendo pasar al mozo, le detuvo, haciéndole una seña con la mano, como si tuviese que comunicarle algún negocio. Enseñóle el vaso, y con una pronunciación algo torpe, sacando las palabras de un modo raro, dijo:

—¿Ves este vaso? Dispuesto estaba para aquel amigo: ¿lo ves? lleno, llenito, pues sin querer probar gota me dejó plantado. Vaya que algunas gentes tienen a veces ideas muy raras: ¿y yo qué le he de hacer? Mi buena voluntad manifiesta estaba. Ahora bien, ya que la cosa está hecha, no hemos de desperdiciar el vino.

Diciendo esto, tomó el vaso y lo vació en un soplo.

—Ya comprendo —dijo el mozo, y se fue.

—¡Ah! ¡ah! ¿también tú has comprendido? —respondió Lorenzo— ¿Luego es verdad? Cuando las cosas son justas...

Aquí es necesario todo el amor que profesamos a la verdad para obligarnos a proseguir fielmente una narración tan poco honrosa para un personaje tan principal, y que casi pudiera llamarse el protagonista de nuestra historia. Por esta misma razón de imparcialidad debemos también decir que ésta es la primera vez que a Lorenzo le sucedía semejante cosa, y justamente el no estar acostumbrado a estos extravíos, fue en gran parte la causa de que el primero fuese para él tan funesto. Los pocos vasos que contra su costumbre apuró al principio uno tras otro, parte para mitigar el ardor de su garganta, parte por cierta alteración de ánimo que no le permitía hacer cosa con cosa, se le subieron inmediatamente a la cabeza, cuando a un bebedor algo ejercitado en el oficio no le hubieran hecho mella alguna. «Los buenos hábitos, dice un autor, tienen también la ventaja de que cuanto más arraigados están en un hombre, tanto más fácilmente, si hace alguna cosa contraria a ellos, experimenta al momento tal daño e incomodidad, cuando menos, que tiene que acordarse de ella largo tiempo, por manera que hasta un tropiezo le sirve de escuela.»

Como quiera que sea, cuando los primeros humos subieron al cerebro de Lorenzo, vino y palabras continuaron andando, el uno abajo y las otras arriba sin modo ni orden, y en el punto que le dejamos estaba ya de remate. Experimentaba un violento deseo de hablar; no faltaban oyentes, y en un principio las palabras iban saliendo tal cual ordenadas; pero poco a poco el negocio de acabar las frases empezó a serle terriblemente dificultoso. El pensamiento que se había presentado vivo y limpio en su mente, se enturbiaba y desaparecía en un instante, y la palabra, después de haber tardado algún tanto en dar con ella, no era ya la que convenía. En semejante angustia, por uno de aquellos falsos instintos que en tantos casos pierden a los hombres, acudía al maldito frasco; ¿pero de qué provecho podía serle este recurso? Dígalo quien tenga una pizca de seso.

Nosotros referimos sólo algunas de las muchísimas palabras que se le escaparon en aquella malhadada noche; las demás las omitimos porque no vendrían al caso, pues no sólo carecían de sentido, sino hasta de la apariencia de tenerle, y en un libro que ha de verse impreso, ésta es una condición indispensable.

—¡Ah! posadero, posadero —empezó mirando alrededor de la mesa, o hacia la chimenea: a veces dirigiéndole la palabra a donde no estaba, seguía charlando en medio de la algazara de los concurrentes—. ¡Qué bueno eres!... No puedo tragarla... la pasada del nombre y del apellido, y negocios que traía... ¡A un mozo de mis circunstancias!... No te has portado como convenía... ¿Digo bien, señores? Los posaderos debían ser siempre en favor nuestro... Oye, amigo; quiero hacerte una comparación... por el motivo... ¡Hola! ¿se ríen ustedes? Estoy algo alegre; ¿no es verdad? Pero hablo en razón. Dime; ¿quién te sostiene la casa? La gente honrada como nosotros; estos cuatro mosquitos: ¿no digo bien? ¿Vienen alguna vez a tu casa esos señores de los bandos a humedecerse las fauces?

—Es toda gente que bebe agua —dijo uno de los concurrentes.

—Quieren no perder la cabeza para poder mentir mejor —añadió otro.

—¡Ah! —exclamó Lorenzo—; veo que es el poeta el que ahora ha hablado... luego también el poeta entiende mis razones. Respóndeme, pues, posadero de los diablos. ¿Ferrer, que es el mejor de todos, ha venido aquí nunca a echar un brindis; a gastar la mitad del sueldo? Y ese perro asesino de D... callo porque... En fin, estoy contento con que no haya corrido sangre; ese es oficio que debe dejarse al verdugo... Pan, eso sí..... ¡qué empujones, qué codazos me han dado! Yo también he distribuido bastantes... Allí hubiera yo querido ver al señor Cura... y a fe que sé muy bien lo que tengo en el pensamiento.

Al pronunciar estas palabras, bajó la cabeza y estuvo algún tiempo como pensativo y cavilando; dio luego un suspiro, y levantó la cabeza con ojos encandilados, y tan decaído, que hubiera sido lástima que le hubiese visto la persona que ocupaba entonces su imaginación; pero aquella gentualla, que ya había empezado a divertirse con su expresiva elocuencia, se burlaba todavía más al verle compungido. Los más inmediatos llamaban a los demás para que le mirasen, y con esto vino a ser el juguete de toda aquella chusma, y no porque todos estuviesen en sano juicio, sino porque, a decir verdad, ninguno lo había perdido tanto como el pobre Lorenzo, teniendo además la desgracia de ser forastero. Ya uno, ya otro, empezaron a hostigarle con preguntas impertinentes y groseras, y Lorenzo unas veces se escandalizaba, otras tomaba la cosa a risa, otras, sin hacer caso de lo que decían, hablaba de cosas distintas, otras respondía, otras preguntaba, y siempre a pausas y disparatadamente.

Por fortuna, en tan completo desvarío le había quedado bastante instinto para ocultar los nombres de las personas, de suerte que ni siquiera profirió aquel que debía estar más grabado en su memoria, porque a la verdad, hubiéramos sentido que dicho nombre, que merece nuestro respeto, hubiese andado en aquellas bocas asquerosas, y hubiese sido objeto de diversión para aquellas lenguas impuras.

XV.
Aquellos polvos...

Viendo el posadero que la burla iba pasando de raya, y duraba más de lo regular, se acercó a Lorenzo, y pidiendo también con buen modo a los demás que le dejasen, le iba sacudiendo agarrado de un brazo, tratando de hacerle comprender y persuadirle que fuese a acostarse; pero Lorenzo volvía a la cantinela del nombre, apellido y bando: sin embargo, las palabras cama y dormir, repetidas muchas veces a sus oídos, hicieron tanta impresión en su ánimo, que le dieron a conocer muy distintamente la necesidad de lo que significaban, y produjeron un momento de lúcido intervalo. La corta dosis de razón que recobró le hizo comprender que la mayor parte había desaparecido, del mismo modo que la última luz de una iluminación hace ver que las demás están apagadas. Tomó, pues, una resolución; sobre la mesa, procuró una dos veces levantarse, suspiró, estuvo vacilante, y por fin a la tercera, ayudado por el posadero, se puso de pie. Sosteniéndole el mismo posadero, le hizo pasar entre la mesa y el banco, y tomando con una mano una luz, con la otra le condujo lo mejor que pudo, o le arrastró hasta la escalera. Aquí Lorenzo, para corresponder a los ruidosos saludos que le hacía toda la chusma, se volvió tan aprisa, que a no estar tan listo su conductor en sostenerle por un brazo, hubiera pegado un zarpazo terrible, y con el brazo que le quedaba libre trazaba y describía en el aire ciertos saludos como bendiciones de clérigo loco.

—Vamos a la cama —dijo el posadero.

Y metiéndole por la puerta, le fue tirando con gran trabajo por una angosta escalera, haciéndole entrar luego en el cuarto que le tenía destinado. Viendo Lorenzo la cama que le aguardaba, se alegró, miró con cariño a su conductor con dos ojillos que ya brillaban más que nunca, y ya se eclipsaban como luciérnagas. Quiso sostenerse sobre las piernas, y alargó las manos hacia los carrillos del posadero para cogerle uno entre el índice y el dedo medio en señal de amistad y agradecimiento; pero como no pudiese conseguirlo:

—Bravo —dijo—, veo que eres hombre de bien: es una obra buena la de dar una cama a un mozo honrado; pero no lo era aquel empeño rabioso del nombre y del apellido: lo bueno es que yo, gracias a Dios, tampoco soy lerdo.

El posadero, que conocía que Lorenzo no podría ya charlar mucho, y que por larga experiencia sabía cuán fáciles son los hombres en aquel estado de cambiar rápidamente de ideas y de opiniones, quiso aprovecharse de aquel lúcido intervalo para hacer una tentativa.

—Hijo mío —le dijo con voz y cara halagüeñas—, yo no lo hice por incomodar a usted, ni saber sus negocios: ¿qué quiere usted? Allí está la ley, y nosotros debemos obedecerla; de otra manera, somos los primeros en pagar la pena; más vale ceder, y... últimamente, ¿de qué se trata? ¡gran cosa! de dos palabras... Vaya, no por quien lo manda, sino por mí, aquí entre nosotros, dígame usted su nombre, y luego se acuesta con el corazón tranquilo.

—¡Ah bribón! —exclamó Lorenzo—, ¡traidor! ¡cómo vuelves a acometerme con la iniquidad del nombre y apellido!

—Calla, borracho, métete en la cama —dijo el posadero.

Pero el otro gritaba más recio:

—Ya te entiendo: tú también eres de la liga; aguarda, que yo te arreglaré.

Y dirigiendo la boca a la puerta de la escalera, chillaba más desaforadamente:

—Amigos, este pícaro es de la...

—Lo dije por chanza —gritó el posadero, arrimándose a la boca de Lorenzo.

Y empujándole hacia la cama, continuaba diciendo:

—¿No oyes que lo dije por chanza?

—¡Ah, por chanza! —dijo Lorenzo—, ahora hablas bien: una vez que lo dijiste por chanza... Es verdad que son cosas para reírse.

Y se dejó caer en la cama.

—Ea pues; a desnudarse aprisa —dijo el posadero.

Y al consejo añadió el auxilio, que bien era necesario. Así que Lorenzo consiguió quitarse la chupa, la tomó el posadero, metiendo inmediatamente las manos en el bolsillo para ver si estaba el gato. Encontróle en efecto; y haciéndose el cargo de que el día siguiente lo menos en que tendría que pensar su huésped sería en pagarle, y que aquel gato caería probablemente en manos de donde no podría arrancarle ni con ganchos, quiso ensayar otra tentativa.

—¿No es cierto —le dijo— que usted es un mozo honrado, un hombre de bien?

—Si; mozo honrado como el primero —contestó Lorenzo, pleiteando todavía con los botones de la ropa que aun no había podido quitarse enteramente.

—Pues siendo así —continuó el posadero— no tendrá usted dificultad en pagarme la cuentecita, pues mañana debo salir temprano para evacuar algunas diligencias...

—Es muy justo —dijo Lorenzo—. Yo soy muy tuno, amigo; pero hombre de bien, eso sí... ¿Mas el dinero? ¿Cómo le buscamos ahora?

—Aquí está —interrumpió el posadero.

Y valiéndose de toda su maña y su paciencia, logró por fin ajustar la cuenta y hacerse pago.

—Ayúdame a que me acabe de desnudar —dijo entonces Lorenzo:— conozco que tengo un sueño que no puedo más.

Ayudóle efectivamente el posadero, le tapó muy bien, y aun no había acabado de darle las buenas noches, cuando Lorenzo estaba roncando. Luego, por aquella especie de complacencia que se experimenta en contemplar un objeto de incomodidad, lo mismo que otro de cariño, y que acaso no tiene más origen que el deseo de conocer lo que obra con fuerza en nuestro ánimo, se paró un momento a mirar a su incómodo huésped, dirigiendo hacia él la luz, haciéndola reflejar en su cara, a la manera sobre poco más o menos que pintan a Psiquis contemplando furtivamente las facciones de su desconocido esposo, y para sí dijo al pobre dormido:

—¡Loco, majadero! ¡En buen berenjenal te has metido! Mañana me lo dirás. ¡Mentecatos, que queréis andar por el mundo sin saber por dónde sale el sol, para caer después y meter al prójimo en tales atolladeros!

Dicho y pensado esto, retiró la luz, echó a andar, salió del cuarto y cerró la puerta por fuera con llave. Llegado a la mitad de la escalera, llamó a su mujer, a quien mandó que dejando el cuidado de los niños a una mozuela que los servía, bajase a la cocina a cuidar de la casa.

—Es necesario —dijo— que yo salga por causa de un diablo de forastero que por mis pecados ha venido a hospedarse aquí. Cuidado con todo, y prudencia, especialmente en este maldito día. Hay allá abajo una caterva de malas cabezas, que ya por la bebida, ya porque tienen la lengua larga, hablan mil disparates. Si algún atrevido...

—Vaya —interrumpió la mujer—, ¿soy yo alguna niña? Sé lo que hay que hacer: me parece que hasta ahora...

—Bien, bien —dijo el posadero— y cuidado de que todo el mundo pague. En cuanto a lo que despotrican, hablando del Director de provisiones, del Sr. Ferrer, del Gobernador general, del Ayuntamiento, de España y de otras majaderías semejantes, hacer como que no se oye, porque contradiciendo se puede salir mal desde luego, y aprobando se puede tener que sentir después. Ya sabes que a veces los que las sueltan más gordas suelen ser... En fin, cuando se oigan ciertas proposiciones, irse a otra parte como si llamara alguno. Yo volveré lo más presto que pueda.

Dicho esto, bajó con ella a la cocina para ver si había novedad, descolgó de un clavo la capa y el sombrero, epilogó con otra mirada a la mujer las anteriores instrucciones, y salió de casa. Al

hacer estas operaciones tomó en su mente el hilo del apóstrofe que había empezado a la cabecera de la cama del pobre Lorenzo, y lo iba prosiguiendo en el camino.

—¡Terco serrano! —decía (porque por más que Lorenzo hubiese querido ocultar el lugar de su nacimiento, le descubrían sobradamente sus palabras, su pronunciación, su cara y sus modales) —. A fuerza de política y prudencia me había zafado yo limpio de un día como este; y parece que el demonio te ha metido en que vengas a descomponerlo todo. ¿Faltan posadas en Milán para que te vinieras a tropezar con la mía? Si por lo menos hubiese venido sólo, podría haber hecho yo por esta noche la vista gorda, y mañana te lo dirían de misas; pero, no señor, vienes acompañado; y ¿con quién? Con un maldito corchete, como quien dice, miel sobre hojuelas.

A cada paso encontraba el posadero personas solas o de dos en dos, o cuadrillas de gente que caminaba cuchicheando. Al llegar a este punto de su muda alocución, vio venir una patrulla de soldados, y apartándose a la acera los miró de reojo, y continuo diciendo entre sí:

—Allí están los que las enderezan, y aquel zambombo por haber visto a cuatro alborotadores meter bulla por la calle, se figuró que se iba a cambiar el mundo, y con esto se ha perdido a sí mismo y quería también arruinarme a mí. Yo hacía cuanto podía para salvarle, y él tan bestia que por poco no me alborota la casa. Ahora verá cómo ha de salir del pantano; por lo que a mí toca, yo pondré remedio: ¡como si yo quisiera saber tu nombre por curiosidad! ¡A mí qué me importa que te llames Tadeo o Bartolo! ¡A la verdad que tendré yo un gran gusto en estar siempre con la pluma en la mano! No sois vosotros solos los que ven las cosas como ellas son. Yo también sé que hay bandos que nada significan porque no se cumplen, y seguramente no es ésta una gran noticia para que venga a dárnosla un patán de la sierra. ¿Y no sabes tú que los bandos contra los dueños de fondas, posadas y hosterías se observan con rigor porque valen el dinero? ¿Y quieres andar por el mundo y hablar? ¿Sabes tú que el pobre posadero que pensase como tú, y no preguntase el nombre de los que le honran hospedándose en su casa, sabes tú, bestia, lo que le sucedería? «Bajo pena de trescientos escudos —dice el bando—, a cualquiera de dichos posaderos, taberneros y demás nombrados arriba.» ¿No hay más que soltar trescientos escudos? ¡Y para emplearlos tan bien! «De los cuales las dos tercias se aplicarán a penas de cámara, y el resto al acusador o delator.» ¡Qué buen sujeto! «Y en caso de insolvencia, cinco años de galeras al arbitrio de S. E.» ¡Ahí es un grano de anís! ¡Gracias, señor excelentísimo!

Al concluir estas palabras, ya el posadero estaba en el umbral del palacio de Justicia. Allí, como en las demás secretarías, todo estaba en movimiento. En todas partes se trabajaba en expedir las órdenes que se creían las más oportunas para el día siguiente, tanto a fin de quitar todo pretexto a los atrevidos que deseasen nuevos alborotos, como para poner la fuerza en las manos de los que estaban acostumbrados a hacer uso de ella. Se aumentó la tropa en casa del Director de provisiones; se atajaron las bocacalles con vigas y carros; se mandó a los panaderos que amasasen pan sin intermisión; se despacharon propios a los pueblos inmediatos con orden de remitir trigo a la ciudad, y para cada horno se destinaron diputados nobles, que al amanecer se trasladasen a ellos, a fin de cuidar del repartimiento del pan y contener a los turbulentos con su autoridad y buenas palabras; pero para dar, como se suele decir, un golpe al caballo y otro a la silla, y hacer más eficaz la blandura con un poco de temor, se trató también de echar mano a algunos de los alborotadores, y esta era principalmente la atribución del Capitán de justicia, cuya disposición respecto de las asonadas y de los sediciosos es fácil inferir cuál sería.

Sus lebreles ya estaban en campaña desde el principio del alboroto, y aquel famoso Ambrosio Fusella era, como lo dijo el posadero, un esbirro disfrazado que recorría las calles con encargo de coger *in fraganti* a alguno, seguirlo, apuntar su nombre y pescarlo luego por la noche cuando todo estuviese sosegado, o a la mañana siguiente. Habiendo oído cuatro palabras del sermón de Lorenzo, le señaló inmediatamente, pareciéndole que aquel individuo era el más a propósito para su intento. Conociendo además que era forastero, pensó dar el golpe maestro de conducirlo en caliente a la cárcel, como la posada más segura de la ciudad; pero por entonces se le volvió el sueño del perro,

como hemos visto; pudo, sin embargo, llevar a sus jefes el nombre, apellido y patria, con otras muchas señas de conjetura; por manera que cuando llegó el posadero a dar razón de lo que sabía de Lorenzo, ya estaban allí mejor enterados que él. Entró, pues, en la oficina de costumbre, y dio su denuncia, diciendo que se había hospedado aquella noche en su casa un forastero, el cual jamás quiso manifestar su nombre.

—Habéis cumplido con vuestra obligación dándonos semejante aviso —dijo un escribano soltando la pluma—, pero ya lo sabemos.

—¡Gran misterio! —dijo el posadero para sí— ¡por cierto es una gran habilidad!

—Ya sabemos también —continuó el Escribano— ese nombre tan misterioso.

—¡Qué diablo! —dijo el posadero en su interior—; eso del nombre ya pica en historia.

—Pero vos —replicó el otro con seriedad— no lo decís todo francamente.

—¿Qué tengo que decir?

—¡Ya, ya! Sabemos muy bien que ese forastero llevó a vuestra posada una gran cantidad de pan robado o adquirido en la asonada.

—Viene un hombre con un pan en el bolsillo, ¿y he de saber yo dónde lo ha tomado? Porque hablando como si estuviera en la hora de mi muerte, puedo jurar que no le vi sino un solo pan.

—Bueno es disculpar y defender siempre a los bribones. Según vosotros, todos son hombres de bien. ¿Cómo podéis probar que aquel pan era bien adquirido?

—¿Qué he de probar yo? En eso no me meto. Mi oficio es el de posadero.

—Sin embargo, no podéis negar que ese vuestro parroquiano ha tenido la insolencia de proferir palabras injuriosas contra los bandos, y de cometer actos indecentes contra las armas de S. E.

—Dígame useñoría por amor de Dios, ¿cómo puede ser parroquiano mío un hombre que lo veo por la primera vez? El diablo, perdone useñoría, es quien me lo trajo a mi casa. Si yo le conociera, ¿habría tenido necesidad de preguntarle su nombre?

—Pero en vuestra casa, en vuestra propia presencia, se han dicho cosas horribles; ha habido palabras denigrativas, expresiones sediciosas, murmuraciones, gritos, alborotos.

—¿Cómo quiere useñoría que tenga yo cuenta con todos los disparates que pueden decir tantos gritadores, que hablan todos a la vez? Yo soy un pobre, y debo cuidar de mis intereses, y además, useñoría bien sabe que perro ladrador nunca fue mordedor.

—Sí, sí, déjalos que hagan y digan: mañana veréis cómo se les obliga a volver en su acuerdo. ¿No creéis que así sea?

—Yo, señor, nada creo.

—¿Que la canalla se apodere de Milán?

—¡Disparate!

—Ya veréis lo que se arma.

—Ya entiendo: el Rey será siempre Rey; el que tenga que pagar pagará. Un pobre padre de familia en nada se mete. Useñorías tienen la fuerza, y a useñorías toca emplearla.

—¿Tenéis todavía mucha gente en la posada?

—Muchísima.

—¿Y ese vuestro parroquiano continúa alborotando?

—Ese forastero, querrá decir useñoría, se ha ido a la cama.

—¿Conque hay mucha gente?... Cuidado que no se escape.

«¿Soy yo acaso esbirro?», dijo de botones adentro el posadero; pero no dio contestación alguna.

—Volved, pues, a vuestra casa, y tened juicio —continuo el escribano.

—Yo siempre lo he tenido. Useñoría sabe que jamás ha habido queja contra mí.

—¡Bien! ¡bien! No creáis que la justicia haya perdido su fuerza.

—¿Yo? Por amor de Dios, yo nada creo: solamente en mi oficio.

—Siempre la misma cantinela... ¿Tenéis algo más que decir?

—¿Qué quiere useñoría que diga más? La verdad es una sola.

—Basta: si fuere necesario, informareis más por menor a la justicia.

—Yo nada más tengo que decir.

—Cuidado con dejar que se vaya.

—Espero que el señor Capitán de justicia sabrá que he venido inmediatamente a cumplir con mi obligación. Beso a useñoría las manos.

Al rayar el día había ya siete horas que Lorenzo roncaba, y todavía estaba en lo mejor de su sueño, cuando le despertaron dos fuertes sacudimientos en los brazos, y una voz que desde los pies de la cama gritaba:

—¡Lorenzo Tramallino!

Movióse, sacudió los brazos, abrió con trabajo los ojos, y vio a los pies de la cama un hombre vestido de negro, y a otros dos armados, uno a cada lado de la cabecera. El pobre, entre la sorpresa, el no estar bien despierto y el efecto del vino, quedó como encantado, y creyendo que soñaba, y no gustándole el sueño, se agitaba como para acabar de despertarse.

—Vamos, ¿habéis oído? Lorenzo Tramallino —dijo el hombre vestido de negro, que era el escribano de la noche anterior—. Ea, pues, levantaos y venid con nosotros.

—¡Lorenzo Tramallino! —exclamó Lorenzo— ¿Qué significa esto? ¿Qué me quieren ustedes? ¿Quién les ha dicho mi nombre?

—Menos palabras, y levantaos pronto —dijo uno de los esbirros, agarrándole de nuevo por un brazo.

—¿Cómo? ¿Qué tropelía es esta? —gritó Lorenzo retirando el brazo— ¡Posadero! ¡amigo posadero!

—¿Nos lo llevamos en camisa? —preguntó el mismo esbirro al escribano.

—¿Habéis oído? —dijo éste a Lorenzo— Y así se hará, si no os despacháis a vestiros para venir al momento con nosotros.

—Pero ¿y por qué? —preguntó Lorenzo.

—El porqué os lo dirá el señor Capitán de justicia.

—¿Yo? Yo soy un hombre de bien; nada he hecho, y me admiro...

—Tanto mejor, así despacharéis al momento, y podréis marcharos a donde queráis.

—Déjenme ustedes, pues, que me vaya desde ahora —dijo Lorenzo— Nada tengo que ver con la justicia.

—Ea, acabemos —gritó uno de los esbirros.

—¿Nos lo llevamos de veras? —añadió el otro.

—¡Lorenzo de Tramallino! —dijo el Escribano.

—¿Cómo sabe useñoría mi nombre?

—Cumplid con vuestra obligación —dijo el Escribano a los esbirros, los cuales al punto se echaron sobre Lorenzo para sacarlo de la cama.

—¡Ea! no hay que poner las manos en un hombre de bien: yo sé vestirme.

—Levantaos, pues, y vestíos al instante —dijo el Escribano.

—Voy a levantarme —respondió Lorenzo.

Y en efecto, iba recogiendo por aquí y por allí su ropa como reliquias de un naufragio en la playa, y empezando a ponérsela, proseguía diciendo:

—No quiero ir a casa del Capitán de justicia; nada tengo que ver con él; y pues que se comete conmigo semejante tropelía, quiero ser presentado al Sr. Ferrer. A éste le conozco; es hombre justo, y me debe algunos favores.

—Sí, sí, hijo, serás conducido a casa del Sr. Ferrer —contestó el Escribano.

En otras circunstancias se hubiera reído a carcajadas al oír semejante propuesta; pero aquella ocasión no era para reírse. Al ir a la posada había visto en las calles cierto movimiento, que no dejaba discernir si eran restos de la sublevación aun no reprimida, o principios de otra nueva. El salir temprano de su casa los habitantes, el juntarse unos con otros, el ir en tropel, el formarse en corrillos eran síntomas que no le agradaban; por tanto, ahora, sin aparentarlo, o tratando al menos de que no se notase, tenía el oído atento, y le parecía que se aumentaba el murmullo: con esto deseaba despachar; pero quería al mismo tiempo llevarse a Lorenzo a buenas, porque si se le declaraba la guerra, no se podía asegurar que llegados a la calle no se encontrasen tres contra uno: por esto hacía del ojo a los esbirros para que tuviesen paciencia y no exasperasen al mozo; y él también por su parte procuraba templarlo con buenas palabras. Lorenzo entretanto iba vistiéndose poco a poco, y enlazando lo mejor que podía las especies inconexas del día anterior, empezaba a creer que los bandos, su nombre y apellido debían ser la causa de aquel contratiempo. Pero ¿cómo diablos el hombre de la capa negra sabía su nombre? ¿Y qué habría sucedido en aquella noche para que la justicia hubiese adquirido tantas noticias para venir en derechura a echar la mano a uno de los buenos que el día antes habían hecho tan honroso papel, y que al parecer no todos estaban dormidos, pues también él percibía en la calle cierto murmullo que crecía por instantes?

Mirando después la cara del Escribano, advertía, a pesar de su forzado disimulo, la turbación que éste procuraba ocultar. Por lo cual, con objeto de aclarar sus conjeturas y descubrir tierra, como también para ganar tiempo e intentar un golpe maestro, dijo:

—Comprendo muy bien que el origen de todo esto es mi nombre y apellido. Ayer noche, a la verdad, estaba yo algo más alegre de lo que acostumbro. Estos posaderos tienen a veces vinos tan traidores... y a veces... ya se sabe que cuando el vino ha pasado por el canal de las palabras, quiere él también decir sus cosas, pero cuando no se trate de otro asunto, estoy pronto a dar toda la satisfacción que se quiera; y últimamente useñoría ya sabe mi nombre: por cierto que no sé quién diablos se lo ha dicho.

—Bien, amigo, bien —contestó cariñosamente el Escribano— veo que eres mozo de juicio, y créeme, pues yo entiendo estos negocios; tú eres más avisado que otros: ese es el mejor modo de salir bien del pantano. Con tan buenas disposiciones, en un momento estás despachado y puesto en libertad: pero yo, ya ves, tengo las manos atadas, y no puedo soltarte aquí como quisiera. Ea, pues, despáchate, y ven sin miedo, que en cuanto vean quién eres... además yo diré... descuida: en fin, veremos: vamos, pues, hijo, vamos.

—¡Ah! ya veo que useñoría no puede —dijo Lorenzo al paso que continuaba vistiéndose, desechando con gesticulaciones las que hacían los esbirros para ponerle las manos encima a fin de apresurar la operación.

—¿Pasaremos por la plaza de la Catedral? —preguntó luego al Escribano.

—Por donde quieras; por el camino más corto, para que más presto puedas quedar libre —contestó el Escribano, pensando responder con aquella contestación a la misteriosa pregunta de Lorenzo, y todas las demás que pudieran seguirsele.

«¡Qué desgracia! —dijo para sí— ¡qué desgracia! creía... He aquí un hombre que cantaría como un canario. ¡Ah! ¡si hubiese un poco de tiempo! Así extrajudicialmente, a manera de amistosa conversación, se le haría confesar sin tormento lo que se quisiese. Este hombre iría a la cárcel ya

confeso, sin que siquiera lo advirtiese. ¡Qué lástima que un hombre de esta especie caiga en mis manos en momentos tan críticos! Y no hay remedio —continuaba para sí el Escribano, y doblando el cuello, aplicaba el oído—. No hay remedio: este día va a ser peor que el de ayer.»

Lo que le hizo pensar así, fue oír que en la calle había una bulla extraordinaria, por lo cual no pudo contenerse sin abrir un postigo de la ventana para dar una ojeada a fuera. Vio que quien alborotaba era un corrillo de paisanos, que, a la intimación de separarse que les hizo una patrulla, respondieron al principio con invectivas, desbandándose luego sin dejar de insultar a los soldados; y lo que el Escribano tuvo por señal mortal, fue el buen modo con que se conducía la tropa. Cerró el postigo, y estuvo un momento indeciso entre si llevaría a cabo la empresa, o si dejando Lorenzo al cuidado de los dos esbirros, correría a dar cuenta al Capitán de justicia de lo que sucedía. Pero le ocurrió inmediatamente que se le tacharía de cobarde y bajo, y se le reconvendría por no haber cumplido las órdenes que llevaba.

—Ya estamos metidos en la danza —dijo para sí— y es preciso bailar. ¡Malditos alborotos!... ¡mal haya el oficio!

Ya Lorenzo estaba en pie, teniendo a cada lado uno de los satélites, a quien hizo señal el Escribano para que no le violentasen demasiado, y volviéndose a él, le dijo:

—Vamos, hijo, vamos aprisa.

Lorenzo sentía, veía y pensaba. Ya estaba casi del todo vestido, y sólo le faltaba el gabán que tenía con una mano, hurgando con la otra en los bolsillos.

—¡Hola! —dijo mirando al Escribano con aire socarrón:— aquí, señor mío, había moneda y una carta.

—Todo se te devolverá puntualmente —dijo el Escribano— en cuanto se evacuen ciertas formalidades: vamos, vamos.

—No —contestó Lorenzo meneando la cabeza—, esto no es conmigo; quiero lo que es mío; daré razón de mis acciones, pero venga mi carta y mi dinero.

—Quiero hacerte ver que me fio de ti; toma, y despacha —dijo el Escribano, sacando del pecho con un suspiro, y entregando las cosas embargadas a Lorenzo, el cual entre dientes decía:

—¡Arre allá! ¡Como siempre andáis entre ladrones, parece que entendéis algún tanto el oficio!

Faltábales a los esbirros la paciencia; pero el Escribano los contenía con los ojos, diciendo para sí: «Si llegas a meter dentro los pies, te aseguro que las has de pagar todas, y con creces.»

Mientras Lorenzo se ponía el gabán y tomaba el sombrero, el Escribano hizo señal a uno de los esbirros para que marchase delante por la escalera; siguió detrás el preso, luego el satélite, y, por último, echó a andar él después de todos. Así que llegaron a la cocina, mientras Lorenzo decía «¿y este bendito posadero dónde se ha metido?», el Escribano hizo otra señal a los dos esbirros, los cuales agarraron el uno la mano derecha de Lorenzo, y el otro la izquierda, y en un abrir y cerrar los ojos le ataron las muñecas con cierto instrumento, por la hipócrita figura retórica llamado manillas. Consistían éstas (sentimos descender a particulares impropios de la gravedad histórica, pero así lo requiere la claridad) en un cordelito algo más largo que la circunferencia de una muñeca de un hombre, y que remataba en dos palitos a manera de muletillas. El cordelito ataba la muñeca del preso, y los pedacitos de madera, pasando entre el dedo medio y el anular del esbirro, le quedaban en el puño, de manera que retorciéndolos apretaba a su arbitrio la atadura, con lo cual no sólo tenía el medio de asegurar al preso, sino también el de martirizar al que se resistiera, para cuyo efecto el cordelito estaba regularmente lleno de nudos.

Lorenzo brega y forcejea gritando:

—¿Qué traición es esta? ¡A un hombre de bien!...

Pero el Escribano, que para cada infamia tenía sus palabritas suaves, decía:

—Ten paciencia; todas son formalidades indispensables; nosotros no podemos tratar a la gente según nuestro buen corazón: si no hiciésemos lo que nos mandan, estaríamos frescos, peor que tú, y así ten por Dios paciencia.

Mientras de este modo hablaba el Escribano, retorcieron los dos esbirros el cordelito, y Lorenzo se sosegó como un caballo lozano que siente el freno, y exclamó:

—¡Paciencia!

—¡Bien, hijo! —dijo el Escribano— este es el modo de salir bien. ¿Qué quieres? Yo conozco que es cosa bastante pesada; pero comportándote bien, sales presto del enredo... Ya que veo que procedes como hombre honrado, estoy dispuesto a favorecerte, y quiero darte un consejo para tu bien. Créeme, que yo entiendo estas cosas: anda derecho, sin mirar alrededor, sin darte a conocer; de esta manera nadie repara en ti, nadie nota que vas preso, y conservarás tu estimación. Dentro de una hora ya estás puesto en libertad. Hay tanto que hacer, que los señores tendrán ellos mismos prisa de despacharte, y sobre todo yo hablaré... irás a tus negocios, y nadie sabrá que has estado en manos de la justicia... Y vosotros —prosiguió con tono de autoridad, volviéndose a los esbirros—, cuidado con hacerle daño, porque yo le protejo. Cumplir con vuestra obligación es justo, pero no olvidéis que éste es un hombre de bien, un mozo honrado, que como dentro de poco estará en libertad, le conviene conservar su buen concepto. Que nada llame la atención, como si fuerais tres amigos que van de paseo.

Y concluyó diciendo:

—¿Habéis entendido?

Volviéndose luego a Lorenzo con calma y rostro sereno, le repitió de nuevo:

—¡Vaya, juicio! Haz lo que yo te digo; fíate de quien te quiere bien, y vamos andando.

Y con esto echaron a andar todos.

Pero de tantas palabras melosas nada creyó Lorenzo: ni que el Escribano le quisiese como decía, ni que se tomase tanto interés por su reputación, ni que tuviese intención de favorecerle; nada de esto. Conocía muy bien que aquel zorro viejo, temiendo que se presentase en el camino alguna ocasión favorable para escapar, empleaba todas aquellas zalamerías a fin de distraerle e impedir que se aprovechase de ella: por manera que semejantes exhortaciones no sirvieron sino para confirmar más a Lorenzo en lo que allá en su cabeza se había propuesto, que era hacer todo lo contrario.

De aquí nadie debe inferir que el Escribano fuese un principiante y novicio, porque se equivocaría: era un bellaco matriculado, dice nuestro historiador; pero en aquella ocasión estaba muy temeroso y confuso. En otra situación sin duda se hubiera burlado del que para inducir a otro a hacer una cosa de suyo sospechosa, se lo hubiese sugerido e inculcado con la trivial apariencia de darle un consejo de amigo; pero los hombres generalmente por cierta tendencia natural, cuando están agitados y en angustias, y les ocurre lo que otros pudieran hacer para salir del apuro, se lo preguntan con grande empeño y bajo de mil pretextos, y los más diestros en iguales circunstancias caen en igual falta. Las mismas invenciones magistrales, las tramas con que suelen vencer, que para ellos se han convertido ya en una segunda naturaleza, y que empleadas a tiempo y dirigidas con la serenidad necesaria, dan el golpe con feliz éxito y ocultamente, y aun descubiertas luego, logran el aplauso general; cuando las emplean hombres sencillos, que se hallan en apuros, lo hacen con tan poco tino, y tan sin maña, que mueven a lástima a los que los miran; y aquellas mismas personas a quienes pretenden engañar, aunque sean menos astutas, descubren su intención, y de sus mismos artificios sacan partido contra ellos: por esto los bellacos de profesión procuran conservar siempre su sangre fría, y lo que es mejor, no hallarse jamás en circunstancias extremas.

Lorenzo, pues, apenas llegados a la calle, empezó a mirar alrededor, a extender el cuello, a sacar la cabeza y aplicar el oído. Sin embargo, no veía concurrencia alguna extraordinaria, y aunque en la cara de muchos que pasaban se notaba con facilidad cierta señal de sedición, cada uno seguía su camino, y lo que es sedición verdadera no la había.

—¡Prudencia! ¡juicio! —decía al paño el Escribano—; tu honra, hijo, tu honra.

Pero cuando Lorenzo, columbrando a tres que se acercaban con cara encendida, oyó hablar de un horno, de harina ocultada y de justicia, empezó a hacer señas con la cabeza, y a toser de un modo que indicaba algo más que resfriado. Miraron aquellos la comitiva, y se pararon; con ellos se pararon también otros que iban llegando, y otros que habían pasado, oyendo la bulla, se volvían y aumentaban la concurrencia.

—¡Cuidado, hijo! ¡prudencia! Por ti haces; no empeores tu causa, tu estimación —iba diciendo el Escribano con disimulo.

Lorenzo lo hacia peor. ¿Quién no se equivoca? Le apretaron las manillas.

—¡Ay! ¡ay! —gritó el preso.

A este grito se agolpó la gente, acudiendo otra de todas partes, de modo que la comitiva se halló sitiada.

—Es un malhechor —decía el Escribano en voz baja a los que le estaban encima—, es un ladrón cogido *in fraganti*; retírense ustedes y den paso a la justicia.

Pero Lorenzo, viendo la suya, y que las caras de los esbirros se ponían de color entre blanco y amarillo, «si no me ayudo ahora —dijo en su mente—, estoy perdido»; y levantando la voz prosiguió:

—Amigos, me llevan a la cárcel, porque ayer clamé por pan y justicia. Nada he hecho, soy un mozo honrado; favorecedme, no me abandonéis, amigos.

Levantóse desde luego una contestación, un murmullo favorable, y en seguida gritos más decisivos. Los esbirros al principio mandan, después piden, y por último, ruegan a los más inmediatos, para que se retiren, y dejen libre el paso; pero la turba, al contrario, apremiaba con más ahínco. Viendo los esbirros la cosa mal parada, sueltan las manillas y sólo tratan de meterse entre la muchedumbre para escurrirse sin ser notados. Deseaba el Escribano hacer lo mismo, pero le vendía la capa negra. El pobre diablo, con la cara descolorida y el corazón encogido, procuraba achicarse haciendo esguinces para salir de aquella apretura; pero no podía levantar la vista, sin verse a lo menos veinte brazos encima. Se esforzaba por parecer un extraño, que pasando por aquel punto se había visto encerrado entre aquella gente, y encontrándose cara a cara con uno que le miraba con más ceño que los demás, puso un gesto de risa, y preguntó:

—¿Qué bulla es esta?

—¡Anda cuervo! ¡*Gavilán*! —le respondió aquél.

—¡*Gavilán*! ¡gavilán! —repitieron mil voces a un tiempo.

A los gritos se agregaron los empujones, tanto, que ya con sus propias piernas, ya con los codos ajenos no tardó en conseguir lo que más deseaba entonces, que era el verse fuera de aquella apretura.

XVI.
Buen viaje.

—¡Huye! ¡huye! buen hombre. Allí está un convento; acullá una iglesia; por aquí, por allí... —eran los gritos con que la muchedumbre animaba a Lorenzo para que se salvase, aunque en orden a esto, a la verdad no necesitaba que le diesen consejos.

Desde el punto en que concibió alguna esperanza de poder salir de entre sus uñas, empezó a hacer cuentas consigo mismo, y resolvió, si lo conseguía, echar a correr sin parar hasta hallarse fuera, no sólo de la ciudad, sino también de todo el ducado, pues decía para sí, que teniéndole

escrito en aquellos librotes, sin que pudiese atinar cómo diablos lo habían pescado, y sabiendo su nombre y apellido, le echarían la garra cuando quisiesen. Tampoco quería acogerse a un asilo sino en caso desesperado, porque pensaba que más vale salto de mata que ruego de buenos. Así, pues, era su ánimo refugiarse al pueblo del territorio de Bérgamo en que estaba casado su primo Bartolo, el mismo que, como se acordarán nuestros lectores, le había varias veces mandado llamar; pero la dificultad consistia en no saber las calles.

Solo y en un paraje desconocido, en una ciudad igualmente desconocida, ni siquiera sabía por qué puerta salir para ir a Bérgamo; además, aunque lo hubiera sabido, ¿cómo dar con ella? Estuvo titubeando un instante, pensando si preguntaría las señas a sus libertadores; pero como en el poco tiempo que tuvo para meditar sobre sus aventuras, le ocurrieron mil pensamientos extraños con respecto a aquel espadero tan oficioso, padre de cuatro muchachos, etc., no quiso, por si acaso, manifestar su designio en una gran concurrencia, en la cual podía muy bien hallarse otro del mismo cuño, y así determinó alejarse inmediatamente con ánimo de preguntar por el camino, en paraje donde nadie le conociera, ni supiese para qué lo preguntaba. Dio las gracias y bendijo a sus libertadores, y saliendo por el paso que le dejó expedito la gente, apretó los talones trotando largo tiempo a la ventura por calles y callejuelas, hasta que pareciéndole haberse separado bastante, aflojó el paso para no excitar sospechas, y comenzó a mirar alrededor con el objeto de escoger a una persona cuya cara le inspirase confianza, para hacerle su pregunta; pero aun aquí había sus dificultades. La pregunta por sí era sospechosa, y el tiempo urgía, pues los esbirros, apenas recobrados de aquel susto, sin duda volverían sobre sí, y volarían en busca del fugitivo.

Quizá también la noticia de su fuga habría llegado hasta aquel paraje, y en tanto aprieto debió Lorenzo hacer más de diez juicios fisonómicos, antes de hallar la cara que buscaba. Aquel hombre gordillo que está de pies en el umbral de su tienda con las piernas largas, las manos detrás, mucha barriga y la barba en alto con gran papada, y que en su ociosidad levanta alternativamente su trémula masa en la punta de los pies, para dejarla caer luego sobre los talones, tiene cara de charlador curioso, que en vez de dar respuestas hará impertinentes preguntas. Este otro que se acerca con los ojos encandilados y el labio caído, en lugar de enseñar presto y bien el camino, quizá él mismo no sabe el que lleva. Este mozuelo, aunque a decir verdad parece bastante despierto, tiene traza aun de más malicioso, y probablemente se bañará en agua rosada con enseñar al pobre forastero el camino opuesto al que necesita; tan cierto es que el hombre atollado encuentra en todo un nuevo atolladero. Divisando por fin a una persona que se acercaba apresurada, conjeturó que teniendo aquel hombre algún negocio urgente, contestaría bien y aprisa para despachar presto, y oyendo además que iba hablando solo, juzgó que sería hombre sincero, por lo cual se le acercó y le dijo:

—Perdone usted, caballero, ¿por dónde se sale para ir a Bérgamo?

—¿Para Bérgamo? ¡Por la Puerta Oriental!

—¡Dios se lo pague! ¿Pero para ir a la Puerta Oriental?

—Siguiendo por esa calle a mano izquierda, irás a parar a la plaza de la Catedral... luego...

—Gracias, caballero; ahora ya sé.

Con esto tomó el camino que se le acababa de indicar. Siguióle el otro con la vista, y combinando allá en su cabeza el modo de andar con la pregunta, dijo para sí: «Ese ha hecho alguna fechoría o teme que se la hagan.»

Llegó Lorenzo a la plaza de la Catedral, la atravesó, pasó al lado de un montón de ceniza y de carbones apagados, y conoció que eran las reliquias de la baraúnda a que había asistido el día anterior. Siguió su camino arrimado a las gradas de la Catedral, vio el horno de la provisión casi destruido y guardado por soldados; y pasando adelante por el camino donde había venido con la muchedumbre, llegó frente al convento de los capuchinos; dio una mirada a la plazuela y a la puerta de la iglesia, y dijo para sí suspirando:

—¡Y qué buen consejo me dio aquel capuchino de ayer, diciéndome que aguardase en la iglesia y que rezase algún poco!

Aquí, habiéndose parado un instante a mirar con atención hacia la puerta por donde debía salir, y viendo desde lejos que había mucha gente de guardia, como tenía la imaginación exaltada (y en esto merecía disculpa, pues no dejaba de tener motivo para ello), experimentó mucha repugnancia en tentar aquel vado; por lo cual, encontrándose tan a mano un asilo donde con su carta sería perfectamente acogido, estuvo muy tentado de meterse en él; pero cobrando animo, resolvió quedar pájaro suelto lo más que pudiera.

—¿Quién me conoce? —decía para sí— Los esbirros no se habrán hecho trozos para ir a aguardarme en todas las puertas.

Volvió la cabeza para ver si venían por aquella parte, y como no viese ni esbirros ni gente con quien pudiese tener que hacer, tomó ánimo, y conteniendo sus benditas piernas, que contra su voluntad querían correr, llegó paso a paso, y silbando en semitono a la puerta. Estaban en ella una porción de guardas, y por añadidura un piquete de migueletes españoles; pero toda su atención se dirigía a la parte de afuera, para no dejar entrar a ninguno de aquellos que a la primera noticia de un alboroto acuden como los cuervos a un campo de batalla, abandonando después la acción; por manera que Lorenzo así a lo tonto, con los ojos bajos, y el andar entre el de viajero y el de persona que va de paseo, salió sin que nadie le hablase palabra; sin embargo, no dejaba de darle saltos el corazón. Viendo una senda a la derecha, se metió por ella para evitar el camino real, y anduvo largo trecho antes de volver la cabeza.

Iba de tiempo en tiempo encontrando cortijos y aldeas, y las pasaba sin preguntar su nombre, pues con saber que se alejaba de Milán, y marchaba hacia Bérgamo, le bastaba por entonces. De cuando en cuando volvía la cabeza, y en seguida se miraba y refregaba las muñecas, todavía algo doloridas, y con una pequeña raya colorada en cada una, vestigio del consabido lazo. Sus pensamientos se reducían, como cada uno puede figurarse, a un *mare magnum* de arrepentimientos, de pesares, de rencores y ternezas, y encontraba no poca dificultad en enlazar las cosas que había dicho y hecho la noche anterior, y en descubrir la parte secreta de su dolorida historia, y sobre todo en adivinar cómo habían podido saber su nombre.

Recaían sus sospechas naturalmente sobre el espadero, con quien se acordaba de haber hablado a destajo; y haciendo reflexiones acerca del modo con que le había arrancado de la boca su nombre, la sospecha se convertía en certidumbre, especialmente cuando recapacitaba sobre el modo de conducirse de aquel hombre, y sobre sus ofrecimientos que siempre venían a parar en querer saber alguna cosa; se acordaba confusamente de haber, después de la salida del espadero, continuado charlando ¿con quién? Adivina quién te dio. ¿De qué? no se acordaba por más que recorriese su memoria, y sólo tenía presente que en aquel tiempo estaba fuera de casa. Desvariaba el pobre con semejantes cavilaciones, a manera de un hombre que ha entregado muchos papeles firmados en blanco a un individuo que creyó honrado, y hallando después que es un embrollón, trata de conocer el estado de sus negocios. Pero ¿qué conocer, si era un caos? No era para él menos penoso el hacer sobre su suerte futura designios, que no hallase luego aéreos o sumamente tristes.

Pero su pensamiento más penoso fue muy presto el de encontrar el camino. Después de haber andado largo tiempo se puede decir a la ventura, conoció que era indispensable tomar lenguas, pero tenía cierta repugnancia en pronunciar la palabra Bérgamo, como si fuera sospechosa u obscena; sin embargo, era forzoso pasar por ello. En este supuesto, resolvió preguntar, como lo hizo en Milán, al primer caminante cuya cara le inspirase confianza, y con efecto lo ejecutó así.

—Está usted fuera de camino —le contestó el hombre.

Y después de haberlo pensado un poco, le indicó, tanto con palabras como con gestos, el que debía tomar para entrar en la calzada real. Diole Lorenzo las gracias; aparentó estar dispuesto a seguir el rumbo indicado, y en efecto se dirigió por aquella parte, con intención de acercarse a aquel bendito camino, y costearlo todo cuanto fuese posible, pero sin poner los pies en él.

Concebir semejante proyecto era más fácil que ejecutarlo, y así el resultado fue que andando de este modo de derecha a izquierda, de un lado a otro, ya corriendo algún tanto la ruta según su alcance, ya adoptándola a su intento, y ya guiándose por las sendas en que se encontraba, habría ya andado quizá doce millas, y apenas se hallaba a seis de Milán; por lo que toca a Bérgamo, no había hecho poco con no haberse alejado de aquella ciudad. Aquí comenzó a convencerse que de aquella manera jamás conseguiría su objeto, y que era preciso buscar otro medio. El que le ocurrió fue el de ver cómo podía saber el nombre de algún pueblo inmediato a la raya, al cual se pudiese ir por caminos excusados, y preguntando por él conseguiría que le dirigiesen al punto que deseaba, sin necesidad de ir preguntando a cada momento por el camino de Bérgamo, que a su entender olía mucho a escapatoria, destierro o criminalidad.

Mientras así discurría acerca del modo de adquirir todas estas noticias, vio colgado un ramo de una pobre casucha, fuera de una pequeña aldea. Hacía ya tiempo que sentía aumentarse la necesidad de restaurar sus fuerzas, y pensando que éste sería el paraje más a propósito para hacer de un viaje dos mandados, entró en aquella casa. Sólo había en ella una vieja con la rueca a la cintura y el huso en la mano. Pidió algo de comer, y se le ofreció queso y buen vino. Admitió Lorenzo el queso, pero rehusó el vino, mirándole ya con ojeriza de resultas de la mala pasada que le jugó la noche anterior, y se sentó, pidiendo a la mujer que despachase. Esta en un momento puso la mesa, y comenzó a moler al pobre viajero con un granizo de preguntas, tanto acerca de sus circunstancias particulares, como acerca del gran suceso de Milán, de que ya había llegado hasta allí la noticia.

Lorenzo no sólo supo eludir con mucha destreza aquellas pesadas preguntas, sino que sacando ventaja de la dificultad, se aprovechó para su intento de la curiosidad de la vieja, que le preguntó también a dónde iba.

—Tengo que ir —contestó— a muchas partes; pero si me queda algún poco de tiempo, quiero pasar a ese pueblo grande en el camino de Bérgamo, cerca de la frontera, pero en territorio milanés, que no me acuerdo bien cómo se llama... ¿Cómo se llama? —esto preguntaba suponiendo que alguno habría.

—Gorgonzola, queréis decir —contestó la vieja.

—Cierto, Gorgonzola —replicó Lorenzo para grabarse las palabras en la memoria—. ¿Y está muy lejos?

—No lo sé a punto fijo —repuso la vieja—, pero me parece que deben ser de diez a doce millas; si estuviera aquí alguno de mis hijos, os lo diría.

—¿Y se puede ir a él —prosiguió Lorenzo— por esas hermosas sendas sin tomar el camino real, en donde hay tanto polvo, tanto polvo que es cosa de ahogarse? ¡Hace tantos días que no llueve!

—Me parece que sí —contestó la vieja—; podéis preguntar en el primer pueblo que encontraréis, caminando siempre sobre la derecha —y se lo nombró.

—¡Muy bien! —dijo Lorenzo.

Y se levantó de la mesa. Cogió un pedazo de pan que le había sobrado, pan muy diferente del que encontró el día antes al pie de la Cruz de San Dionisio; pagó el gasto, y saliendo tomó a la derecha.

Para no ser demasiado prolijo, diré que con el nombre de Gorgonzola en la boca, caminó tanto de pueblo en pueblo, que llegó a él antes de ponerse el sol.

Ya en el camino había resuelto hacer en Gorgonzola otra paradita, y tomar una refacción algo más sustanciosa. Su cuerpo sin duda le hubiera agradecido algún poco de cama; pero Lorenzo antes de condescender hubiera dejado que pereciese en el camino, porque su ánimo era preguntar en la hostería cuánto distaba el Ada, adquirir noticias con maña de algún atajo, y tomar el camino en cuanto acabase de hacer algún tanto por la vida. Nacido y criado cerca del manantial, digámoslo así, de aquel río, había oído decir varias veces, que en cierto punto y por largo trecho marcaba los

límites entre el territorio de Milán y el de Venecia. A la verdad no tenía una idea exacta del punto ni del trecho, pero por entonces el asunto principal era pasar al otro lado, y si no lo conseguía en aquel día, estaba resuelto a caminar hasta que la noche y las fuerzas se lo permitiesen, y aguardar luego el amanecer del día siguiente en campo raso a donde Dios quisiera, con tal que no fuese hostería.

A los pocos pasos de haber entrado en Gorgonzola, vio una muestra de hostería, entró en ella, y al hostelero que vino a recibirle le mandó que le sacase algo de comer, y media ración de vino; que ya las millas que había andado y el tiempo le habían hecho pasar algún tanto la ojeriza mortal que le tenía.

—Despache usted —añadió— porque necesito ponerme en camino al instante.

Y esto lo dijo no sólo porque era verdad, sino también por el miedo que tenía de que pensando el hostelero que quisiese permanecer allí aquella noche, le acometiese preguntándole su nombre y apellido, de dónde venía, a dónde iba, y por qué asuntos: por lo tanto... ¡fuera!

Contestó el posadero que al momento le serviría, y Lorenzo se sentó en la cabecera de la mesa al lado de la puerta, que era el punto de los curiosos.

Hallábanse en la misma sala algunos ociosos del pueblo, los cuales, después de haber discutido y glosado las grandes noticias de Milán del día anterior, se devanaban los sesos para saber lo que había sucedido en aquel día, tanto más, cuanto que las primeras eran más propias para aumentar la curiosidad que para satisfacerla, porque se trataba de una sublevación ni victoriosa ni comprimida, suspendida más bien que acabada con la noche, en fin, la conclusión de un acto más bien que de un drama. Separóse de la comitiva uno de los circunstantes, y acercándose al forastero, le preguntó si venía de Milán.

Sorprendido Lorenzo:

—¿Yo? —dijo a fin de tomar tiempo para responder.

—Si, usted —prosiguió el otro— si es cosa que se puede saber.

Sacudiendo Lorenzo la cabeza, y apretando los labios, dijo confusamente:

—Milán, por lo que he oído decir en estas inmediaciones, parece que es pueblo a donde ahora no se puede ir, a menos que no haya una gran necesidad.

—¿Conque continúa el alboroto? —preguntó con más empeño el curioso.

—Sería preciso estar allí para saberlo —contestó Lorenzo.

—¿Qué, no viene usted de Milán?

—Vengo de Liscate —respondió el mozo con desembarazo, porque ya había premeditado su respuesta.

En rigor venía efectivamente de este pueblo, pues había pasado por él, y su nombre lo supo de un pasajero que se lo había indicado como el primero por donde debía pasar para llegar a Gorgonzola.

—¡Vaya! —dijo el preguntador, como si quisiese decir, mejor sería que viniese usted de Milán, ¡pero paciencia!— ¿Y en Liscate nada se decía de Milán?

—Es probable que algunos supiesen algo —respondió Lorenzo; pero yo nada he oído.

Pronunció estas palabras con un tono que indicaba que había ya concluido. Volvió el curioso entre sus compañeros, y poco después vino el hostelero a poner la mesa.

—¿Cuánto hay para llegar al Ada? —le preguntó Lorenzo a media voz y con cierto descuido aparente, igual al que le hemos visto emplear alguna que otra vez.

—¿Al Ada? ¿Para pasarle? —preguntó el posadero.

—Eso es..., sí..., al Ada —dijo Lorenzo.

—¿Quiere usted pasar por el puente de Casano o por el puerto de Canónica?

—Por cualquiera parte: pregunto por curiosidad.

—Lo digo porque aquellos son los dos puntos por donde pasan los hombres de bien, los que pueden dar cuenta de su persona.

—¡Bueno! ¿Y cuánto hay?

—Haga usted cuenta que tanto por un lado como por otro, habrá poco más o menos unas seis millas.

—¡Seis millas! No creía tanto —dijo Lorenzo; y luego continuo con un aire de la mayor indiferencia:— ¿Y sin duda para los que tengan necesidad de abreviar el camino, habrá otros puntos por donde pasar?

—Sin duda que los hay —contestó el hostelero, clavándole los ojos en la cara, con una especie de maligna curiosidad.

Bastó esto para que muriesen entre los dientes de Lorenzo las demás preguntas que tenía preparadas. Se acercó al plato, y mirando al vino que estaba ya puesto en la mesa, le dijo al posadero:

—¿Y ese vino es moro?

—Es puro como el oro —contestó el hostelero—, y si no, pregunte usted a toda la gente del pueblo y de las inmediaciones, y, por último, usted mismo lo ha de probar.

Y diciendo esto, volvió a donde estaban los demás.

«¡Malditos sean los hosteleros! —dijo para sí Lorenzo— todos los que voy conociendo son a cual peor.»

Sin embargo se puso a comer con grande apetito, prestando al mismo tiempo el oído sin aparentarlo, con ánimo de descubrir terreno, conocer cómo se pensaba allí acerca del ruidoso acontecimiento en que él había tenido tanta parte, y de indagar sobre todo si entre aquellos habladores habría alguno a quien un hombre de bien pudiese con satisfacción preguntar por el camino que necesitaba saber, sin verse en el conflicto de tener que hablar de sus aventuras.

—Pero parece ciertamente —decía uno— que los milaneses han querido esta vez distinguirse; en fin, mañana a más tardar sabremos alguna cosa.

—Me pesa —decía otro— de no haber ido esta mañana a Milán.

—Si vas mañana —dijo otro— me voy contigo.

Lo mismo dijeron otros muchos.

—Yo quisiera saber —prosiguió el primero—, si esos señores de Milán pensarán también en los pobres de fuera, o si harán las buenas leyes sólo para ellos. Ya sabéis lo que son; ciudadanos orgullosos, todo para ellos, como si los de las inmediaciones no fueran cristianos.

—Nosotros también tenemos boca, tanto para comer, como para hacer valer nuestras razones —dijo otro con tono tanto más modesto, cuanto su proposición era más atrevida—, y cuando la cosa está empezada...

No creyó conveniente concluir su frase.

—No es sólo en Milán en donde hay trigo oculto —principió a decir otro con cierto ceño y tono malicioso, cuando se oyeron las pisadas de un caballo que se acercaba.

Corren todos a la puerta, y conocido el que llegaba, acuden a recibirlo. Era éste un mercader de Milán, que teniendo por sus negocios que ir a Bérgamo muchas veces en el año, solía pernoctar en aquella posada, y como se hallaban allí reunidas casi siempre las mismas personas, era ya generalmente conocido. Cércanle todos, quién le coge la brida, quién agarra un estribo, dándole juntos la bienvenida, y preguntándole si había hecho buen viaje.

—Muy bueno —contestó el mercader— ¿Y vosotros?

—Nosotros buenos —respondieron casi todos a la vez.

—¿Y qué noticias hay de Milán? —preguntaron muchos.

—Aquí están los noveleros —dijo el mercader, apeándose y entregando al mozo el caballo—. Ya vosotros las sabéis mejor que yo —prosiguió al entrar por la puerta de la posada con los concurrentes.

—En verdad que nada sabemos —dijeron varios de ellos poniéndose la mano en el pecho.

—¿Es posible? —dijo el mercader—. Buenas las oiréis. ¡Hola, mozo! ¿mi cama está desocupada? Muy bien. Un vaso de vino, y mi cena acostumbrada; aprisa porque quiero acostarme presto para marchar mañana muy temprano, y estar en Bérgamo a la hora de comer. ¿Conque vosotros —continuó sentándose a la mesa frente de Lorenzo que sin hablar estaba oyendo con mucha atención— conque vosotros nada sabéis de todas las diabluras de ayer?

—De ayer algo hemos oído decir.

—¡A ver cómo sabéis las noticias! Bien decía yo que estando aquí siempre de guardia para preguntar a los que pasan...

—Pero hoy, hoy, ¿qué ha sucedido hoy?

—¡Ah, hoy! ¿Nada sabéis de hoy?

—Nada absolutamente. Nadie ha pasado.

—Dejadme, pues, humedecer las fauces, y luego os diré las cosas de hoy.

Llenó el vaso, le tomó en la mano derecha, con los dos primeros dedos de la izquierda levantó los bigotes, sentó la barba con la palma de la misma mano, bebió y prosiguió:

—Hoy, amigos míos, poco faltó para que fuese un día tan borrascoso como ayer, o peor; y a la verdad me parece mentira el verme aquí entre vosotros y decíroslo, porque ya había abandonado mi proyecto de viaje para quedarme a proteger mi pobre tienda.

—Pero ¿qué hubo? —dijo uno de los circunstantes.

—¿Qué hubo? Ya lo oiréis.

Y trinchando la carne que le habían traído, al paso que comía continuó su narración. La gente en pie, arrimada a la mesa, le estaba oyendo con la boca abierta. Lorenzo en su lugar, sin aparentar curiosidad, ponía atención quizá más que otro alguno, mascando poco a poco sus últimos bocados.

—Esta mañana, pues, los bribones que ayer alborotaron tan infamemente, se hallaban en los puntos convenidos, pues ya todo estaba preparado. Reunidos empezaron a correr las calles gritando para reunir gente. Habéis de saber que en esto sucede como cuando se barre (¡con perdón!) la casa, que el montón de la basura va engrosando, al paso que va adelante. Cuando les pareció que había bastante gente, se dirigieron a casa del señor Director de provisiones, como si no bastasen las infamias que hicieron ayer con él, ¡con un señor de sus circunstancias! ¡Bribones! ¡Y qué cosas que decían contra él! Todo mentira, por supuesto, porque es un señor muy bueno y muy cabal, y nadie puede decirlo mejor que yo, que casi soy de su casa, y le proveo de paño para las libreas de su familia. Encamináronse, pues, a la casa, y era de ver. ¡Qué canalla! ¡qué caras! Figuraos que pasaron por delante de mi tienda unos mascarones... ¡Vaya! Los judíos del vía crucis comparados con ellos son unos serafines. ¡Y qué dichos salían de aquellas bocas! Era cosa de taparse los oídos, a no ser porque no convenía llamar la atención. Iban con la piadosa intención de saquear la casa; pero...

Al llegar aquí, levantó y extendió hacia adelante la mano izquierda, y puso la punta del dedo pulgar en la punta de la nariz...

—¿Y qué? —dijeron casi todos los que escuchaban.

—Hallaron atajada la calle con vigas y carros —continuó el mercader— y detrás de aquel parapeto una hermosa fila de migueletes con los arcabuces preparados, y las culatas rozando con los bigotes. Cuando vieron aquella ceremonia... ¿Qué hubierais hecho vosotros?

—Volvernos atrás.

—Pues otro tanto hicieron ellos; pero observad si no era el mismo demonio el que los guiaba. Al llegar al Cordusio vieron el horno que desde ayer quisieron saquear, y ¿qué os parece que se hacía allí? Se distribuía pan a los parroquianos. Había varios caballeros, y de la primera nobleza, los cuales cuidaban de que todo se hiciese por orden. Pero aquellos bribones, que como digo llevaban el diablo en el cuerpo, y además tenían quien les soplase al oído, se enfurecieron, y entraron en el horno, y coge tú, y cojo yo, en un santiamén, caballeros, panaderos, parroquianos, panes, bancos, artesas, cajas, sacos, cedazos, salvado, harina, masa, todo se lo llevó el diablo.

—¿Y los migueletes?

—Los migueletes tenían que guardar la casa del Director de provisiones, y no se puede repicar y andar en la procesión. Os digo que fue en un santiamén, y se llevaron todo lo que merecía la pena. Después volvió a proponerse la función de ayer: llevar el resto al medio de la plaza y hacer con ello una grande hoguera, y ya empezaba la canalla a sacar las cosas, cuando uno de ellos... Adivinad la propuesta que tuvo la infamia de hacer...

—¿Cuál?

—¿Cuál? Que de todo lo que había en la tienda se hiciese una pila en la misma tienda, y se pegase fuego a la tal pila allí mismito para que ardiese la casa y el barrio, todo a un tiempo. Dicho y hecho.

—¿Le prendieron fuego?

—Cachaza; un vecino honrado corrió como por inspiración del cielo a las habitaciones altas, buscó un crucifijo, le halló, le colgó del dintel de una ventana, tomó de la cabecera de una cama dos velas benditas, las encendió, y las colocó delante del crucifijo: la gente miró hacia arriba, y como en Milán, es preciso confesarlo, hay todavía temor de Dios, volvieron todos sobre sí; quiero decir, la mayor parte, porque había entre ellos demonios que por robar hubieran quemado el mismo paraíso; pero viendo que la mayor parte no era del mismo parecer, tuvieron que dejarlo. Adivinad ahora lo que sucedió en seguida. Todos los señores ilustrísimos de la Catedral[5] salieron en procesión con cruz y ropas de coro, y el señor Arcipreste empezó a predicar por una parte, y el señor Penitenciario por otra, y otros por acá y por acullá, diciéndoles: «¿Qué queréis, buena gente? ¿Es este el ejemplo que dais a vuestros hijos? Volveos a vuestras casas, que ya se bajará el pan; mirad por las esquinas y veréis las posturas.»

—¿Y era verdad?

—¿Cómo si era verdad? ¡pues queríais que los señores ilustrísimos de la Catedral viniesen con capas magnas a contar cuentos!

—¿Y qué hizo la gente?

—Se fueron escurriendo poco a poco, se llegaron a las esquinas, y el que sabía leer vio que era cierto, que estaba hecha y fijada la postura. El pan de ocho onzas de peso por un sueldo: ¿qué os parece?

—¡Qué baja!

—¡Oh! es una cucaña con tal que dure. ¿Sabéis cuánta harina han inutilizado ayer y esta mañana? La necesaria para mantener dos meses todo el ducado.

—¿Y no se ha hecho alguna ley buena para nosotros los de fuera?

—Lo que se ha hecho en Milán ha sido todo a costa de la ciudad. Por lo que hace a vosotros, nada sé; pero será lo que Dios fuere servido. Lo cierto es que se han acabado los alborotos, y que todavía no os lo he dicho todo: falta lo mejor.

—¿Pues qué mas hay?

—Hay que anoche, o esta mañana muy temprano, atraparon a muchos de los cabecillas, y se supo que cuatro iban a ser ahorcados inmediatamente. Apenas empezó a correr esta voz, cuando

5 Los canónigos de la catedral de Milán llevan por privilegio capa magna morada como los obispos.

todos se fueron a sus casas por el camino más corto para no exponerse a ser el número cinco. Con esto, cuando salí de Milán, parecía la ciudad un convento de frailes: todo estaba como una balsa de aceite.

—¡Vaya! ¿y los ahorcarán en efecto?

—No que no, y muy pronto.

—¿Y qué harán las gentes?

—Irán a verlos ahorcar. Era tanta la gana que tenían de ver morir a un cristiano pataleando en el aire, que quisieron, ¡picaros, tunantes! hacer esa fiesta con el señor Director de provisiones. Tendrán su deseada diversión, mas no con él, sino con cuatro bribones servidos con todas las formalidades de estilo, y acompañados por capuchinos, y por los hermanos de la Caridad, y a la verdad que bien merecido lo tienen. Es una providencia muy sabia, y que era indispensable. Ya empezaban a tomar la maña de entrar en las tiendas y coger lo que les parecía sin mengua del bolsillo, y si se les hubiera dejado continuar, tras el pan hubieran tomado el vino, y así de una cosa en otra... ¡Imaginad si querrían de grado abandonar una costumbre tan cómoda! Y para los hombres de bien que tienen tienda abierta, os aseguro que era una perdición.

—Es cierto —dijo uno de los que le escuchaban.

—Es cierto —repitieron los demás a una voz.

—Y la cosa estaba fraguada de muy lejos —continuo el mercader limpiándose la barba con el mantel.

—¿Sabéis que era una trama?

—¡Una trama!

—Sí, señores, una maquinación. Intrigas de los navarros y de aquel cardenal de Francia... ya sabéis quién digo... aquel que tiene un nombre medio turco, y que cada día discurre alguna diablura para incomodar a la corona de España; pero sobre todo procura hacer tiro a Milán, porque sabe bien el taimado que aquí es donde el Rey tiene su mayor fuerza,

—¡Ya!

—¿Queréis la prueba? Pues sabed que los que más alborotaban eran forasteros, y andaban en la danza caras que jamás se habían visto en Milán... ¡Ah! se me olvidaba decir una cosa que ha corrido por muy cierta. La justicia echó el guante a uno en cierta posada...

Lorenzo, que no perdía una sílaba de cuanto decía el mercader, se estremeció al oír tocar aquella cuerda, e hizo un gesto, que por más que estuviese sobre sí, no pudo contener. Afortunadamente nadie lo notó, y el orador continuo su narración sin interrumpirla.

—A uno que todavía no se sabe de dónde había venido, quién le había enviado, ni qué clase de pájaro era; pero seguramente era uno de los cabecillas. Ayer en medio del mayor tumulto hizo diabluras, y no contento con eso, se puso a predicar al pueblo, y a proponerle como una gracia que matasen a todos los señores. ¡Bribonazo! ¿Y de qué vivirían los pobres si hubiesen matado a todos los señores? La justicia no le perdió de vista, le echó la garra, y le encontraron un gran paquete de cartas. Ya le llevaban a la cárcel; pero ¿qué? sus compañeros, que andaban rondando alrededor de la posada, se reunieron y libertaron al tunante.

—¿Y qué ha sido de él?

—Nadie lo sabe: se habrá escapado, o tal vez estará escondido en Milán. Esa gente no tiene casa ni hogar; y sin embargo encuentran en todas partes quien los abriga y les da de comer; pero les dura mientras el diablo puede y quiere ayudarlos, que al fin, cuando menos lo piensan, caen, porque cuando la pera está madura es preciso que caiga del árbol, y a cada puerco le llega su San Martín. Lo que hay de cierto es que las cartas han quedado en poder de la justicia, y que por ese hilo se sacará el ovillo de toda la trama: se dice habrá mucha gente comprometida: allá se las avengan: han trastornado todo Milán, y aun querían hacer cosas peores. Dicen que los panaderos son unos

bribones: yo también lo sé; pero quien debe ahorcarlos es la justicia: que hay grano escondido; ¿quién lo ignora? pero le toca al que manda tener buenos espías para sacarlo de donde está encerrado, y hacer danzar en el aire a los monopolistas en compañía de los panaderos. Y si el que manda no pone remedio, la ciudad debe representar, y si la primera vez no hacen justicia, recurrir otra vez, que a fuerza de representaciones se consigue todo lo que se quiere, y no establecer la maldita costumbre de entrar furiosos en las tiendas y almacenes y saquearlos.

Lo poco que Lorenzo había comido se le volvió veneno. Parecíale un siglo cada minuto que tardaba en salir de aquella posada, y aun del país. Más de diez veces se dijo a sí mismo: vámonos de aquí; pero el miedo que siempre tenía de hacerse sospechoso, y se había aumentado notablemente, llegando a tiranizar todos sus pensamientos, le obligó otras tantas a quedarse como clavado en el banco. En tal perplejidad pensó que aquel hablador había de acabar alguna vez de hablar de él, y decidió levantarse en cuanto le oyese entablar otra conversación.

—Por eso —dijo uno de los circunstantes— yo que sé muy bien lo que son esas cosas, y que los hombres honrados están muy mal en los tumultos, resistí a mi curiosidad y me he mantenido quietecito en mi casa.

—¿Por ventura me he movido yo de ella? —dijo otro.

—¿Y yo? —añadió otro—. Si por casualidad me hubiera hallado en Milán, hubiera dejado sin concluir, si era necesario, cualquiera negocio, y me hubiera vuelto a mi casa al instante. Tengo mujer e hijos, y además, digo la verdad, no me acomodan esos alborotos.

Al llegar a este punto, el posadero, que había estado también oyendo las noticias, se dirigió hacia la otra parte de la mesa para ver lo que hacía el forastero. Aprovechó Lorenzo la ocasión, le pidió la cuenta, le pagó sin regatear, a pesar de que los fondos estaban muy bajos, y sin decir palabra, se encaminó a la puerta en línea recta, atravesó el umbral, tuvo buen cuidado de no volverse por la parte de donde había venido, y echó a andar por la opuesta, entregándose en manos de la Providencia.

XVII.
Noche de truenos.

Si basta frecuentemente un solo deseo para privar a un hombre de su tranquilidad, ¿qué sucederá cuando una persona anhela por dos cosas que están en contradicción? El pobre Lorenzo hacía muchas horas que tenía dos deseos contradictorios en el cuerpo, esto es, el de echar a correr, y el de permanecer escondido, y las malhadadas noticias del mercader los habían aumentado entrambos de repente hasta un grado extraordinario. Según ellas, su aventura había metido ruido, y suscitado el empeño de echarle la mano. ¿Y quién era capaz de saber cuántos esbirros andarían ya dándole caza? ¿Cuántas órdenes se habrían circulado para que hubiese la mayor vigilancia en las calles, caminos y posadas? Por otra parte, reflexionaba que los esbirros que le conocían eran únicamente dos, y que él no llevaba el nombre escrito en la frente; pero le venían a la memoria cien historias diferentes que había oído contar de fugitivos que fueron descubiertos por casualidades muy raras, ya por el modo de andar, ya por cierto continente sospechoso, en fin por otras mil cosas impensadas; de manera que todo le causaba recelo. Así es que a pesar de que tocaban las oraciones cuando salió de Gorgonzola, y la oscuridad disminuía cada vez más cualquiera peligro, emprendió de mala gana su marcha por el camino real, proponiéndose entrar por la primera senda que encontrase, y que a su parecer le encaminase al punto a que tanto deseo tenía de llegar.

«El posadero ha dicho que me faltan seis millas —pensaba entre sí— aunque tenga que andar ocho o diez por sendas y caminos excusados, las mismas piernas que han andado las demás andarán también éstas. Seguramente no voy hacia Milán; luego voy camino del Ada, y andando andando he

de llegar a él tarde o temprano. Las aguas del Ada meten bastante ruido, y cuando esté cerca no he de necesitar que nadie me le enseñe. Si hay alguna barca en que poder pasar, paso inmediatamente, y si no, me escondo hasta mañana en un monte o encima de un árbol como los pájaros; que más vale dormir sobre un árbol que en la cárcel.»

Pronto se le presentó un sendero a mano derecha y se metió por él. A aquella hora no hubiera dejado de preguntar a cualquiera que se le hubiese presentado; pero no se oían pisadas de alma viviente.

Andaba, pues, por la senda adelante, e interiormente iba discurriendo por sí de esta manera:

«¿Conque yo he cometido mil diabluras, queriendo asesinar a todos los señores? ¿Conque traía un paquete de cartas? ¿Y mis compañeros me estaban aguardando? Daría cualquier cosa por encontrarme cara a cara con aquel mercader de los diablos al otro lado del Ada (¡ay! ¡cuándo llegaré a pasar ese maldito río!) para detenerle y preguntarle despacio de dónde había sacado aquellos cuentos. Sepa usted, señor mío, le diría, que lo que ha sucedido ha sido esto y esto, y que las diabluras que he cometido no han sido otras, sino haber ayudado al señor Ferrer, como si fuera un hermano mío: sepa usted que aquellos bribones que le parece que eran amigos míos, porque una vez solté una palabra de buen cristiano quisieron jugarme unas chanzas muy pesadas; sepa, por fin, que mientras usted estaba guardando su tienda, a mí me estaban moliendo las costillas por libertar al tal señor Director de provisiones a quien no he visto en mi vida: ¡pero que aguarden a que yo me mueva otra vez para ayudar a señores! Es verdad que en conciencia debemos hacerlo... porque al fin son nuestros prójimos. ¿Y aquel paquete de cartas en que se contenía toda la maquinación, y que sabe de cierto que ahora se halla en manos de la justicia? ¿Qué apuesta usted a que se lo presento aquí sin necesitar para ello del auxilio del diablo? Vaya, ¿quiere usted ver el tal paquete de cartas? Aquí está, y no es sino una sola carta, si usted quiere saberlo, escrita por un religioso que puede enseñarle la doctrina cristiana, por un religioso que, sin agraviar a usted, un pelo de su barba vale más que toda la de usted, y ha escrito está carta a otro religioso que también es todo un hombre. Vea usted, pues, cuáles son los bribones de mis amigos, y aprenda para otra vez a hablar mejor, sobre todo cuando se trata del prójimo.»

A poco tiempo cedieron enteramente estos pensamientos y otros semejantes, pues las circunstancias actuales ocupaban exclusivamente todas las facultades del pobre peregrino. El temor de que le siguiesen y descubriesen, que tanto había acibarado el viaje del día, no le inquietaba por entonces; pero ¡cuántas cosas se reunían para hacerle aun más desagradable su caminata nocturna! Las tinieblas, la soledad, el cansancio que se iba aumentando y llegaba a ser penoso, un vientecillo que soplaba muy sutil y casi imperceptible, pero poco grato a quien estaba vestido con el mismo traje que se había puesto para ir a la boda y volver después triunfante a su casa que distaba pocos pasos, y lo que era peor de todo, aquel caminar a la ventura, olfateando, como suele decirse, un sitio donde poder descansar y estar seguro.

Cuando pasaba casualmente por algún lugarcito, iba con mucho silencio mirando si había alguna casa abierta; pero nunca vio más señal de gente despierta que tal cual claridad que salía de algún postigo de ventana, y mientras caminaba fuera de poblado, se paraba de cuando en cuando, y aplicaba el oído por si oía el deseado murmullo del río; pero siempre inútilmente, pues no percibía otro sonido que el melancólico y amenazador aullido de algunos perros, que saliendo de caserías aisladas, venía atravesando el aire.

Luego que se acercaba a cualquiera de aquellas caserías, el aullido se convertía en un ladrar prolongado e iracundo, y al pasar por delante de la puerta oía y casi le parecía ver al animal doblar sus ladridos acercando el hocico a las rendijas, lo cual disipaba en él la tentacion de llamar y pedir hospedaje. Y aun cuando no hubiese habido perros, no hubiera tenido valor de hacerlo. «¿Quién es? ¿Qué quereis a estas horas? ¿Cómo habéis venido aquí? Decid vuestro nombre. No hay donde dormir.»

«Esto es lo que me preguntarán, decía entre sí, y será lo menos malo que me pueda suceder, porque puede muy bien estar durmiendo dentro algún medroso que empiece a gritar *¡ladrones! ¡ladrones!* En tal caso sería preciso responder inmediatamente alguna cosa que satisfaciese; ¿y qué he de responder? Al que oye ruido de noche no le ocurren sino ladrones y malhechores, y no le pasa por la imaginación que un hombre de bien pueda hallarse caminando así a deshoras, a no ser un caballero en su carruaje.» Con estas reflexiones guardaba aquel partido para el último apuro, y seguía adelante con la esperanza de llegar aquella noche al Ada, aunque no pudiese pasarle, para no tener que andarlo buscando de día.

Yendo adelante, y adelante, llegó a un paraje en que el campo cultivado concluía en una llanura de helechos y palmitos, que le pareció, si no indicio seguro, a lo menos probable de que había río inmediato, y por tanto se metió en ella siguiendo la senda que la atravesaba. Habiendo andado algunos pasos, se detuvo a escuchar; pero inútilmente. Aumentaba el fastidio del camino la aridez del sitio, pues no veía ni un moral, ni una cepa, ni otra señal alguna de cultivo, que hasta entonces le habían servido en cierto modo de compañía. Sin embargo, seguía adelante; pero como empezasen a suscitarse en su imaginación ciertas ideas de apariciones, que aun conservaba de las consejas que en otro tiempo le habían contado, para alejarlas, o al menos para distraerse, iba rezando por los difuntos al paso que caminaba.

De esta manera llegó poco a poco a unos matorrales, en donde, continuando su marcha con más impaciencia aun que celeridad, empezó a encontrar árboles más altos, y siguiendo siempre la misma senda, advirtió que iba a entrar en un bosque. Experimentó desde luego cierta repugnancia a meterse en él; pero por último la venció, y prosiguió su camino de mala gana. Cuanto más se internaba en el bosque, tanto más se aumentaban sus molestas imaginaciones.

Las plantas que veía a cierta distancia se le figuraban espectros extraños y disformes. No le agradaba tampoco la sombra de las copas de los árboles que, ligeramente agitadas por el aire, se presentaban trémulas en la senda iluminada por la luna, y hasta el ruido que sus mismas pisadas causaban en las hojas secas tenía algo de repugnante a sus oídos. Experimentaba en sus piernas cierta ansia, cierto impulso de correr, al mismo tiempo que parecía que no podían ya sostener su cuerpo. Sentía en la frente y las mejillas la impresión del relente nocturno, que introduciéndose por entre los vestidos y la carne, penetraba agudamente hasta los huesos ateridos, y agotaba en sus miembros el último recurso de vigor. Llego un momento en que aquel horror inexplicable, contra el cual hacia algún tiempo que luchaba su ánimo, llegó casi a sojuzgarle. Estaba ya para rendirse, pero más asustado de su propio temor que de otra cosa, reanimó todo su antiguo vigor y se decidió a emplearlo.

Animado, pues, de este modo, se paró a deliberar, y ya estaba determinado a dejar aquel sitio, y, volviendo por el camino que había andado, dirigirse al último pueblo de donde había salido, a buscar otra vez habitaciones humanas para proporcionarse en ellas un asilo, aunque fuese en la posada. Estando, pues, en esta situación, sin hacer ruido con los pies en las hojas secas, y reinando en torno el más profundo silencio, llegó a sus oídos una especie de murmullo de agua corriente. Escucha, se cerciora, y exclama: «¡Es el Ada!» y aquel ruido fue para él el encuentro de un amigo, de un hermano, de un bienhechor. Con esto desapareció casi enteramente el cansancio, volvió a tomar su movimiento el pulso, y le pareció que la sangre corría más libre y caliente por sus venas. Aumentóse la confianza y se le figuró menos ardua y peligrosa su situacion, de modo que no titubeó en proseguir internándose en el bosque en la dirección que le indicaba aquel lisonjero ruido.

Poco tardó en llegar a la extremidad de la llanura y a la orilla de un profundo ribazo, y mirando por entre las matas y malezas que lo guarnecían, vio brillar allá bajo el agua corriente. Levantando después la vista, divisó a la otra parte del río una llanura sembrada de pueblos, y en último término algunos collados, distinguiendo en uno de los más más altos una mancha blanca, que le pareció ser una ciudad, y sin duda alguna la de Bérgamo. Bajó algún poco por la pendiente, y separando el ramaje con manos y brazos, miró si se movía por el río alguna barquilla, y escucho por

si oía algún ruido de remos; pero nada vio ni oyó. Si se hubiese tratado de algo menos que del Ada, hubiera bajado Lorenzo inmediatamente para tentar el vado; mas no lo hizo, porque sabía que con aquel río no se podían gastar semejantes chanzas.

Púsose. pues, a consultar consigo mismo muy sosegadamente qué partido debería tomar. Subirse a un árbol, y estar allí con tan ligera ropa y el ambiente que soplaba, esperando el día por espacio de seis horas que aun podía tardar en venir, era lo más propio para helarse; dar vueltas arriba y abajo para mantenerse todo aquel tiempo en ejercicio, además de ser corto auxilio contra el rigor del sereno, era exigir demasiado de sus tristes piernas, que habían hecho ya más de lo que debían. Acordóse por fortuna que en uno de los campos más inmediatos al terreno inculto había visto un *cascinotto*, nombre que los aldeanos de la vega de Milán dan a ciertas cabañas cubiertas de paja y construidas con troncos y ramas entretejidas y rellenas de tierra, las cuales en el verano sirven para depósitos del grano de la cosecha, y guarecerse los trabajadores por la noche, quedando abandonadas en las demás estaciones del año. Eligióla, pues, para su asilo, volvió a emprender el camino, atravesó el bosque, el matorral y la llanura, y cuando llegó al terreno cultivado, percibió la cabaña, e inmediatamente se dirigió a ella. Cerrábala una gran puerta carcomida y descompuesta, sin cerrojo ni llave en el postigo. Abrió Lorenzo, entró y vio suspendido en el aire, ý sostenido por ramas retorcidas a manera de cuerdas, un enrejado, figurando una hamaca; pero no pensó en meterse en él, sino que viendo en el suelo un poco de paja, creyó que aun allí sería agradable un buen sueño.

Mas antes de acostarse en aquel lecho que la Providencia le había deparado, se arrodilló para darle gracias por semejante beneficio, y por todo el favor que le había prestado en aquel día terrible: rezó después sus oraciones acostumbradas, y cuando concluyó pidió perdón a Dios por haberle olvidado la noche anterior, y por haberse acostado a dormir, según decía, peor que un perro. Recogió después toda la paja que había alrededor, se la echó encima, procurando que le sirviese de colcha para amortiguar el frío, que aun allí dentro se dejaba sentir bastante, y se acurrucó luego con intención de echar un buen sueño, pareciéndole que en aquel viaje lo había comprado aun más caro de lo justo.

Pero apenas cerró los ojos, cuando en su memoria o en su fantasía, pues no es fácil decir a punto fijo el paraje, empezó a pasar y repasar tanta gente, y de una manera tan continua, que ahuyentó de él hasta la idea del sueño. El mercader, el escribano, los esbirros, el espadero, el posadero, Ferrer, el Director de provisiones, la reunión de la posada, toda la algazara de las calles, D. Abundo, D. Rodrigo..., y ninguno entre tantos que no trajese consigo recuerdos de desventuras o resentimientos.

Sólo tres imágenes se le ponían delante exentas de amargas memorias, limpias de toda sospecha y enteramente halagüeñas, y dos con especialidad muy desemejantes entre sí, pero íntimamente unidas en el corazón de Lorenzo; unas trenzas negras y una barba blanca.

Pero aun el consuelo que experimentaba con fijar el pensamiento en aquellas imágenes estaba muy lejos de ser puro y tranquilo. Cuando recordaba el buen religioso, se avergonzaba de su fuga, de su intemperancia y del poco aprecio que había hecho de sus paternales consejos, y cuando contemplaba la imagen de Lucía, no intentaremos decir lo que experimentaba: el lector, que conoce las circunstancias, puede muy bien figurárselo. Tampoco se olvidaba de la buena Inés, que le había adoptado, y la consideraba ya como una misma cosa con su hija única, y que antes de recibir de él el título de madre, le había manifestado el corazón y el lenguaje de tal, acreditándole con obras su cariño. Y no era lo que menos le afligía el pensar que en pago de tan afectuosas demostraciones y de tanta benevolencia, la pobre mujer se encontraba fuera de su casa, errante, sin saber cuál sería su suerte, y sufriendo males y pesadumbres, dimanadas de donde esperaba haber encontrado en sus últimos años reposo y satisfacciones. ¡Qué noche! ¡Pobre Lorenzo! ¡La noche que debía ser la quinta de su boda! ¡Qué habitacion! ¡Qué tálamo nupcial! ¡Y después de qué día! ¡Y para esperar el siguiente, y luego otros, y otros Con decir: ¡sea lo que Dios quiera! procuraba hacer frente a sus

tétricos pensamientos, que cada vez más le mortificaban. «Dios sabe, proseguia, lo que hace en nuestro beneficio. Vaya todo en descuento de mis pecados. ¡Pobre Lucía, es tan buena!... Quizá no querrá Dios hacerla sufrir mucho tiempo.»

Con estos pensamientos, desesperado ya de coger el sueño, temblando de frio, y dando sin querer de cuando en cuando diente con diente, deseaba con ansia que amaneciera, y contaba con impaciencia las horas, renegando de su lentitud: digo que contaba porque cada media hora oía en aquel vasto silencio las campanadas de un reloj, que sin duda debía ser el de Frezzo, pueblo de aquellas inmediaciones. Cuando por primera vez llegó a sus oídos aquel toque inesperado, sin idea alguna de donde pudiese venir, causó en su fantasía un efecto misterioso y grave como el que pudiera ocasionar el aviso de persona oculta y voz desconocida. Finalmente, cuando aquel martillo dio los cuatro golpes, que era la hora en que Lorenzo había hecho ánimo de levantarse, se incorporó medio aterido, se arrodilló después, rezó con más devoción de la que acostumbraba, se puso de pie, estiró brazos y piernas, sacudió el cuerpo como para reunir todos sus miembros que parecían separados, se sopló en ambas manos, las estregó, abrió el postiguillo de la cabaña, y lo primero que hizo fue sacar la cabeza, por ver si había alguien por aquellas inmediaciones.

Viendo que nadie parecía, empezó a buscar con la vista la senda que había seguido la noche anterior, y reconocida, a pesar de parecerle más clara y distinta de lo que se le figuró en la oscuridad de la noche, echó a andar inmediatamente por ella.

Anunciaba el cielo un hermoso día. A un lado la luna, aunque pálida y sin rayos, sobresalía en aquel campo inmenso de color cerúleo, que bajando hacia el Oriente, se iba convirtiendo poco a poco en un amarillo rojizo. Más abajo, y casi tocando al horizonte, se extendían en bandas desiguales unas pocas nubes, más bien azules que pardas, orladas las más bajas con una cinta como de fuego, que cada vez se volvía más viva y brillante. Por la parte del Sur, otras nubecillas agrupadas entre sí, ligeras, y por decirlo así fofas, se iban iluminando de mil diversos colores: en fin, el cielo de la Lombardía, tan hermoso cuando está despejado, tan encantador y tan sereno. Si Lorenzo se hubiese hallado allí por diversión, ciertamente hubiera levantado la vista y admirado aquel hermosísimo amanecer, tan distinto del que estaba acostumbrado a ver entre sus montañas; pero sólo miraba al suelo y andaba de prisa, tanto para entrar en calor como para llegar pronto.

Pasa los campos cultivados, la llanura inculta y los matorrales, y al atravesar el bosque mira alrededor, y pensando con una especie de lástima en el terror que le había causado algunas horas antes, llega a lo más alto de la orilla del río; mira abajo, y entre las breñas descubre una barquilla de pescador que venía con lentitud contra la corriente casi tocando a la orilla. Baja por el camino más corto que halla entre las matas y zarzas, y al llegar cerca del agua, da una voz no muy fuerte al pescador; y aunque su intención era la de aparentar que le pedía un servicio de poca importancia, le hace señas sin quererlo con ademán casi suplicante de que atraque. Da el pescador una mirada a lo largo de la orilla, mira atentamente por el río, tanto hacia arriba como hacia abajo, y después vuelve la proa a donde estaba Lorenzo, el cuál hallándose con un pie casi en el agua, echa una mano a la barquilla y salta en ella.

—Quisiera —dijo al pescador— que hicierais el favor, pagando lo que sea, de pasarme brevemente al otro lado.

El pescador, que se lo había presumido, volvía ya la proa a la orilla opuesta, cuando Lorenzo ve otro remo en el fondo de la barca, se baja y le echa mano.

—Poco a poco —dijo el barquero; pero al ver el desembarazo con que el joven se disponía a manejar aquel instrumento, añadió:— ¡ah! ¡ah! sois del oficio.

—Algo entiendo —contestó Lorenzo.

Y empezó a bogar con un vigor más que de aficionado, y mirando de tiempo en tiempo con tristeza ya la orilla de que se alejaban, y ya con ansia aquella a que se dirigían, se lamentaba de

tener que ir oblicuamente por una línea más larga, por ser allí la corriente demasiado rápida para atravesarla en derechura.

Como acontece en todos los negocios algo oscuros y embrollados, que al principio sólo se presentan las dificultades en grande, y después en la ejecución van apareciendo las de los pormenores, así Lorenzo habiendo ya casi atravesado el Ada, estaba inquieto por no saber de fijo si aquel sitio era la frontera del Estado, o si aun vencido aquel obstáculo, quedaría algún otro que superar. Por lo cual llamando la atención del pescador, y señalándole con la cabeza la mancha blanquecina que había observado la noche anterior, y que entonces se divisaba claramente, le dijo:

—¿Es Bérgamo el pueblo que se ve allí?

—Sí, señor, la ciudad de Bérgamo —respondió el pescador.

—¿Y esta orilla del río es de su término?

—Es de San Marcos[6].

—¡Pues viva San Marcos! —exclamó Lorenzo, a que nada respondió el barquero.

Por último, llegan a la orilla, y Lorenzo salta en tierra, da las gracias a Dios en su corazón, y con la boca medio abierta hacia el barquero, mete la mano en el bolsillo y saca una berlinga, que atendidas las circunstancias, no era pequeño desprendimiento, y se la da al pescador, quien volviendo a mirar como antes a la orilla del Milanesado y a todo el río, alarga la maro, toma el dinero, le guarda, aprieta los labios, y cruzándolos con el dedo índice, y haciendo un gesto muy expresivo, dice a Lorenzo: «Buen viaje», y se vuelve a la otra orilla.

Para que el lector no se admire de la pronta y directa cortesía del barquero con un hombre desconocido, deberemos advertirle que, acostumbrado a prestar semejante servicio a contrabandistas y malhechores, estaba habituado a ello, no tanto por la corta e incierta ganancia que podía resultarle, cuanto por no granjearse enemigos entre aquella clase de gentes, y lo ejecutaba siempre que estaba seguro de que no le veían guardas, esbirros o visitadores. De este modo, sin querer más a los unos que a los otros, procuraba satisfacerlos a todos con aquella imparcialidad que acostumbra usar generalmente el que está obligado a tratar con ciertas gentes y tiene que dar cuenta de sus acciones.

Detúvose Lorenzo un instante en aquella orilla a contemplar la opuesta, y a suspirar por aquella tierra en que poco antes hacía tan mal tiempo para él. «¡Ah, gracias a Dios, ya estoy fuera! Allí está: ¡maldito país!» fue su primer pensamiento: la despedida de su patria fue el segundo; mas el tercero se dirigió a la que dejaba en aquella tierra, y entonces cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó un suspiro, inclinó los ojos a mirar al agua que corría bajo sus pies, y dijo entre sí: «¡Ha pasado por debajo del puente! (pues según la costumbre de sus paisanos, llamaba así por antonomasia al de Lecco). ¡Ah mundo infame!... Basta: sea lo que Dios quiera!»

Vueltas las espaldas a tan tristes objetos, comenzó a caminar con dirección a la mancha blanquecina, que estaba en la pendiente del cerro, hasta que llegase alguno que con mayor certeza le indicase el camino directo, y era de ver con qué desembarazo se acercaba a los caminantes, y sin tanto titubear, ni tanto buscar palabras indiferentes, profería el nombre del país en que habitaba su primo, y preguntaba por el camino que guiaba a él. Por la primera persona que se lo indicó supo que todavía le quedaba que andar nueve millas.

Aquel viaje no fue ciertamente muy alegre. Sin contar los cuidados que llevaba Lorenzo consigo, contristaban su vista a cada instante objetos melancólicos que le hacían conocer que en el país en que se internaba hallaría la misma carestía que en el suyo. Por todo el camino, y especialmente en los pueblos y aldeas por donde pasaba, veía enjambres de mendigos, la mayor parte más por efecto de las circunstancias que por oficio, pues más bien manifestaban su miseria en el rostro que en el traje. Formaban este cuadro aldeanos, serranos, artesanos y familias enteras, y le

6 Esto es, Estado veneciano.

acompañaban súplicas, quejas y gemidos. Semejante vista, además de la dolorosa compasión que excitaba en su alma, le traía a la memoria sus propios trabajos.

—¿Quién sabe —iba meditando entre sí— si hallaré en qué ocuparme? ¿Si habrá trabajo como los años pasados? En fin, Bartolo me quería bien; es buen muchacho, tiene dinero, y me ha brindado tantas veces con su casa, que debo creer que no me abandonará, y además la Providencia me ha favorecido hasta ahora, y no dejará de ayudarme de aquí en adelante.

Entre tanto iba creciendo en razón del camino el apetito que ya de algún tiempo se dejaba sentir, y aunque Lorenzo cuando empezó a pensar seriamente en ello, conoció que aun podía aguantar hasta el fin de su viaje, que ya no podía durar arriba de dos millas, reflexionó sin embargo que no parecía bien presentarse a su primo como un mendigo, y que por primer saludo le dijese dame algo de comer. Sacó, pues, del bolsillo todas sus riquezas, las recorrió, las contó en la palma de la mano, hizo su cálculo, aunque para hacerlo no era necesario ser grande aritmético, y halló que había lo suficiente para tomar un bocado; entró, pues, en una hostería a refocilarse, y después de pagar su cuenta, aun le quedaron algunos sueldos.

Al salir vio junto a la puerta tendidas en el camino a dos mujeres, una ya de edad y otra más joven con un niño pequeño, que después de haber chupado inútilmente los dos pechos de la última, estaba llorando, y todos tres pálidos como la muerte. A su lado y en pie se hallaba un hombre en cuyo rostro y miembros se conocían aun las señales de su antigua robustez, casi destruida por la miseria. Todos alargaron la mano hacia aquel hombre que salía con pie firme y aspecto satisfecho; pero ninguno habló palabra: ¿qué más hubiera podido decir una súplica?

—¡Aquí está la Providencia! —dijo Lorenzo.

Y metiendo inmediatamente la mano en el bolsillo, le dejó limpio sacando aquellos pocos sueldos; los puso en la mano que vio más inmediata, y prosiguió su camino.

La refacción y la buena obra (pues somos un compuesto de cuerpo y alma) habían exaltado y alegrado sus pensamientos, y ciertamente el haberse desprendido de aquel modo del último dinero que le quedaba, le había inspirado más confianza para lo sucesivo, que la que le hubiera dado el hallar diez veces más. Porque si la Providencia había destinado el último dinero de un extranjero prófugo, distante de su casa e incierto acerca de los medios de su subsistencia, para alimentar un día a aquellas infelices que estaban desmayándose en el camino, ¿cómo podía imaginar que quisiese dejar perecer al mismo de quien se había servido, y a quien había inspirado una idea tan viva y de suyo tan eficaz e irresistible? Tal era en sustancia el pensamiento de Lorenzo, aunque algo más confuso de como le presentan mis palabras. Durante el resto del camino, volviendo a repasar en su imaginación los puntos y circunstancias que le habían parecido más oscuros y enredados, todo lo iba suponiendo fácil.

Según sus cálculos, la carestía y miseria habían de acabar presto o tarde, pues todos los años hay que segar; se acordaba de que entretanto tenía a su primo Bartolo, su propia habilidad, y, por refuerzo, algún dinerillo ahorrado, que enviaría a pedir inmediatamente, y con él, a todo librar, viviría economizándolo mucho hasta la próxima cosecha. «Vuelto finalmente el buen tiempo —proseguía Lorenzo en su imaginación— renace la fuerza de los trabajos, los fabricantes se desviven por encontrar trabajadores milaneses, que son los que mejor saben su oficio, levantan éstos la cabeza, y como el que tiene gente hábil es preciso que la pague, se gana para vivir, y aun para ahorrar algún poco, se arregla una casita, y se escribe a las mujeres que vengan. ¿Y si no, para qué esperar tanto? ¿No es cierto que con aquel poco dinero hubiéramos vivido hasta el invierno? Pues lo mismo viviremos aquí. Curas hay en todas partes: vienen, pues, aquellas dos mujeres tan queridas, y se pone casa. ¡Qué placer ir paseando todos juntos por este mismo camino, llegar en un carro hasta el Ada, y merendar a la orilla, a la misma orilla, y enseñar a Inés y a Lucía el sitio en que me embarqué, el paraje por donde bajé, y el puesto en que me detuve a mirar si había alguna barca!»

Llegado por fin al pueblo de su primo, y al entrar, o por mejor decir, antes de entrar, ve una casa bastante alta con varios órdenes paralelos de largas ventanas sobrepuestas unas a otras, y entre

los órdenes un espacio más pequeño que el que se requiere para la división de las piezas. Conoce que aquel edificio es una fábrica de hilados, entra en ella, pregunta con voz alta entre el ruido de agua que corría y el de las ruedas que daban vuelta, si vivía allí Bartolo Castañeri.

—¿El Sr. Bartolo? Allí está.

«¡El señor! buena señal», dijo entre sí Lorenzo.

Y viendo a su primo, corrió hacia él. Volvióse éste, y al ver a Lorenzo que le dice: «Aquí estamos todos», prorrumpió en un *¡oh!* de sorpresa, y echándole los brazos al cuello, ambos se abrazaron afectuosamente. Después de este primer recibimiento, se llevó Bartolo a su primo a otro cuarto lejos del estrépito de los tornos y de los ojos de los curiosos, y le dijo:

—Te veo en mi casa con el mayor placer; pero eres un terco. Te brindé tantas veces, y nunca quisiste venir, y ahora llegas en un momento algo embarazoso.

—¿Y qué quieres? —contestó Lorenzo— ahora tampoco he venido por mi gusto.

Y con la mayor brevedad que le fue posible, pero no sin conmoverse, le contó su dolorosa historia.

—Esa ya es harina de otro costal —dijo Bartolo— ¡Pobre Lorenzo! Pero has contado conmigo, y ciertamente no te abandonaré. A la verdad no se necesitan ahora operarios; apenas conserva cada fábrica los suyos para no perderlos, y para ir manteniendo el oficio; pero el amo me aprecia: no deja de tener fondos, y te diré, sin que sea jactancia, que se los debe en gran parte a su dinero y a la razonable habilidad de estas manos. Has de saber que soy el maestro; que nada se hace sin mí, y en una palabra, que soy el *factotum*. ¡Pobre Lucía Mondella! Me acuerdo de ella como si fuese ayer. ¡Buena muchacha! Siempre la más modesta en la iglesia, y cuando uno pasaba delante de su casita... Me parece que la estoy viendo fuera del pueblo con una higuera muy hermosa que sobresalía por encima de las tapias.

—Mira, no hablemos de eso.

—Quiero decir que cuando se pasaba delante de aquella casita se oía siempre el aspa dar vueltas y más vueltas. ¿Y aquel D. Rodrigo?... Ya en mi tiempo empezaba a sacar los pies de las alforjas; pero ahora por lo que veo hace mil diabluras, mientras que Dios le deja la rienda suelta... Conque, como te iba diciendo también, aquí se padece un poco de estrechez. A buena cuenta, ¿cómo te hallas de apetito?

—He comido ahora poco en el camino.

—¿Y cómo estamos de dinero?

Abrió Lorenzo la mano derecha, la acercó a la boca y dio en ella un soplo ligero.

—No importa —dijo Bartolo—, yo tengo. Anímate, que antes de mucho, si Dios quiere, se han de cambiar las cosas, y me los volverás, y aun ganarás para ti.

—Tengo algún dinerillo depositado, y escribiré que me lo envíen.

—Está bien, y entretanto cuenta conmigo. Dios me ha dado lo que tengo para que haga bien, y si no lo hago a mis parientes y amigos, ¿a quien se lo he de hacer?

—¡Si lo dije yo, que la Providencia!… —exclamó Lorenzo apretando afectuosamente la mano de su primo.

—¿Conque en Milán —dijo éste— ha habido todas esas diabluras que cuentan? Me parece que esa gente es algo loca. Ya se había dicho por aquí alguna cosa; pero deseo que me lo cuentes todo por menor. ¡Ah! tenemos muchas cosas que hablar. Acá todo marcha con más sosiego, y se hacen las cosas con algún juicio. La ciudad ha comprado dos mil cargas de trigo a un comerciante de Venecia, trigo que viene de Turquía, porque cuando se trata de comer no se repara en frioleras; pero mira lo que sucede. Las autoridades de Verona y de Brescia cierran el camino, y se empeñan en que por allí no ha de pasar trigo alguno. ¿Qué hacen entonces los bergamascos? Despachan a Venecia un hombre que sabe hablar: éste se presenta al Dux, y le pregunta qué quería decir aquella

majadería, y le hace un discurso, ¡pero qué discurso! Dicen que podía publicarse en letras de molde. ¡Lo que vale tener un hombre que sepa hablar! Al momento sale una orden para que se deje pasar el trigo, y las autoridades no sólo han tenido que dejarle pasar, sino que lo han hecho escoltar, y ya está en camino. También se ha pensado en la gente del campo. Un hombre de bien ha hecho presente al Senado que las gentes de fuera de la ciudad padecían hambre, y el Senado ha mandado comprar cuatro mil fanegas de maíz, que también sirve para hacer pan. Y, sobre todo, si no tenemos pan, comeremos otra cosa. Dios me ha dado algún bienestar como te he dicho. Ahora te presentaré al amo; le he hablado tantas veces de ti, que te recibirá muy bien. Es un hombre excelente, un bergamasco chapado a la antigua y con el corazón muy grande. A la verdad no te esperaba ahora; pero cuando sepa tu historia... y además sabe hacer aprecio de los artesanos, porque la carestía pasa y el comercio dura. Pero antes de todo es preciso que te informe de una cosa: ¿sabes cómo nos llaman en este país a los del Estado de Milán?

—¿Cómo nos llaman?

—Nos llaman gansos.

—Pues a la verdad el nombre nada tiene de lisonjero.

—Tanto monta. El que ha nacido en el ducado de Milán, y quiere vivir en territorio de Bérgamo, es preciso que lo sufra. Para esta gente lo mismo es llamar ganso a un milanés, que tratar de usía a un caballero.

—Supongo que se lo dirán a quien se lo quiera dejar decir.

—Pues, hijo mío, si no te hallas dispuesto a tragar el apodo de ganso a todo pasto, cuenta que no has de poder vivir aquí. Sería preciso estar siempre con la navaja en la mano, y cuando hubieras muerto, supongamos, a dos, tres, cuatro, llegaría uno que te despacharía a ti, y mira qué gusto presentarte ante el tribunal de Dios con tres o cuatro muertes encima.

—¿Y un milanés que tenga un poco de... —aquí se tocó la frente con el dedo, como hizo en la posada de la Luna llena— quiero decir uno que sepa su oficio?

—Es lo mismo: aquí no pasa de ganso. ¿Sabes lo que dice el amo cuando habla de mí? Aquel ganso ha sido un ángel del cielo para mis asuntos; si no tuviese a ese ganso, me vería bien atarugado. Esta es la costumbre.

—Pues es costumbre muy tonta, y al ver lo que sabemos hacer, porque al cabo hemos sido nosotros los que hemos traído acá este oficio, y los que lo sostenemos, ¿es posible que no se hayan enmendado?

—Hasta ahora no; tal vez con el tiempo se corregirán los muchachos que vayan creciendo; pero en cuanto a los hombres hechos, no hay remedio, han tomado esa maña, y no pueden dejarla. ¿Y últimamente, qué vale eso? Algo peores eran las galanterías que te han hecho y te querían hacer nuestros queridos paisanos.

—Ya se ve: es verdad, si no hay otro mal...

—Ahora que ya te has convencido de eso, verás cómo te va bien. Vamos a ver al amo.

Efectivamente todo fue bien, y tan conforme con lo que Bartolo había prometido, que nos parece inútil referir los pormenores. Y verdaderamente fue efecto de la Providencia, porque los ahorros que Lorenzo había dejado en su casa, veremos muy presto cuán poco podía contar con ellos.

XVIII.
El tío y el sobrino.

El mismo día 13 de noviembre llegó una requisitoria del Capitán de justicia de Milán al *podestá* (corregidor) de Leco, para averiguar el paradero de cierto mozo llamado Lorenzo Tramallino, hilador de seda, que se escapó de la gente *prædicti egregii domini capitanei*, que se cree haya vuelto *palam vel clam* a su país, *ignotum*, siendo justamente *verum in territorio Lauci, quod si compertum fuerit, sic esse*, trate el señor *Podestá quanta maxima diligentia fieri poterit*, de prenderle, y bien atado, *videlicet*, con esposas[7], constando por experiencia ser insuficientes las manillas para el indicado sujeto, de meterle en la cárcel, donde quedará bien guardado, para entregarle a la persona de justicia que se enviará por él, y tanto en el caso de hallarle como en el contrario, *accedatis ad domum prædicti Laurentii Tramaliini, et facta debita diligentia, quidquid ad rem repertum fuerit auferatis, et informationes de illius pava qualitate, vita, et complicibus sumatis*, y de todo lo dicho y hecho, se encuentre o no se encuentre, *diligenter refferatis*.

El señor *Podestá*, después de haberse cerciorado del mejor modo posible de que el individuo no se hallaba en el país, llamó al Cónsul (alcalde pedáneo) del pueblo, y conducido por él, y acompañado del tren de escribano y esbirros, pasó a casa de Lorenzo. Como estaba cerrada, y el que tenía las llaves no se encontraba o no quería que se le encontrase, descerrajaron la puerta y se practicó la diligencia, esto es, se procedió como en una ciudad tomada por asalto. La fama de esta expedición se extendió inmediatamente por todo el país, y llegó a oídos del padre Cristóbal, el cual no menos admirado que afligido, fue preguntando a unos y a otros, para averiguar la causa de tan inesperado suceso; pero no pudiendo adquirir sino conjeturas y noticias contradictorias, escribió al padre Buenaventura, esperando tener datos más positivos. Entretanto, fueron citados los parientes y amigos de Lorenzo, para que declarasen lo que sabían de su prava conducta. Ya era una desgracia, una deshonra, un delito llamarse Tramallino, el país estaba alborotado, y por fin se vino a saber que Lorenzo se había escapado de las manos de la justicia en el mismo Milán, y que había desaparecido; se sospechaba que hubiese hecho alguna fechoría, pero nada se contaba de positivo, y si se contaba era de distinta manera.

Cuanto mayor se suponía la fechoría, tanto menos se creía en el país, en donde Lorenzo tenía la opinión de un mozo honrado. La mayor parte de la gente presumía, y se decían unos a otros al oído que todo aquello era una tramoya de D. Rodrigo para perder al pobre mozo; y esto prueba que juzgando por inducciones, y sin conocimiento de los hechos, a veces se perjudica a los mismos malvados.

Pero nosotros con conocimiento de causa, como se suele decir, podemos asegurar que, si bien D. Rodrigo no tuvo parte en la desgracia de Lorenzo, tuvo gran complacencia en oírla, y la celebró con sus secuaces, y especialmente con el conde Atilio, el cual, según su proyecto, debía hallarse en Milán; pero con las primeras noticias de la trapisonda que andaba en aquella ciudad, y de la canalla que corría las calles con distinta idea de la de recibir palos, juzgó conveniente aguardar a que las cosas estuviesen más claras, tanto más, cuanto habiendo ofendido a mucha gente, tenía bastante motivo para temer que algunos de los que sólo por impotencia se estuvieron quietos, animados por las circunstancias, creyesen que aquél era el momento oportuno para vengarse de todos. No fue de mucha duración este retardo, porque la orden que vino de Milán contra Lorenzo indicaba claramente que las cosas habían vuelto a su estado ordinario, y, con efecto, las noticias positivas que casi llegaron al mismo tiempo lo aseguraban. El conde Atilio dispuso inmediatamente su viaje, animando a su primo para que insistiese en la empresa, a fin de quedar airoso, y prometiéndole que

7 En la época a que se refiere esta historia y muchísimos años después, todos los despachos de justicia, escrituras, autos, diligencias judiciales, etc., se extendían en casi toda la Italia en latín macarrónico, del que presenta una muestra el autor, tanto para burlarse de semejante costumbre, como para manifestar los trámites judiciales que se seguían en casos de esta naturaleza.

por su parte se ocuparía en quitarle el estorbo del fraile, a quien no debía hacer buen estómago el favorable contratiempo de Lorenzo.

Apenas partió el Conde, cuando llegó de Monza salvo y sano el *Canoso*, y dio razón a su amo de lo que había podido averiguar, diciéndole que Lucía estaba recogida en tal convento, bajo la protección de tal señora; que allí se hallaba tan encastillada como si fuera monja ella misma, y que jamás ponía los pies en la calle, tanto, que asistía a las funciones de la iglesia por una rejilla, lo que desagradaba a muchos que habiendo oído hablar algo de sus aventuras y celebrar infinito su belleza, hubieran querido verle la cara.

Esta relación metió el diablo en el cuerpo a D. Rodrigo, o, por mejor decir, empeoró al que ya de suyo era muy perverso. Tantas circunstancias favorables a sus miras inflamaban cada vez más su pasión, que era un conjunto de tema, cólera y libertinaje. Como Lorenzo estaba ausente y proscrito, le parecía que era lícito hacer cualquiera cosa contra él, y que su misma novia podía considerarse como objeto perteneciente a un rebelde.

El único hombre del mundo que podía sacar la cara por ella y hacer valer su justicia era el endiablado fraile, el cual se hallaría dentro de poco en la imposibilidad de hacer daño. Pero he aquí que un nuevo obstáculo, no sólo contrabalanceaba todas estas ventajas, sino que las inutilizaba. Un convento de monjas en Monza, aunque no hubiese vivido en él una princesa, era un hueso demasiado duro para los dientes de D. Rodrigo, y por más que se devanase los sesos dando vueltas con la imaginación a aquel retiro, no encontraba medio alguno de expugnarlo ni por la fuerza ni con estratagemas. En estas cavilaciones estuvo casi para abandonar la empresa, e ir a Milán, dando un rodeo por no pasar por Monza, y en Milán entregarse a diversiones y placeres para disipar con pensamientos alegres el que ya comenzaba a fastidiarle. Pero ¿y los amigos? Esto de los amigos era cosa seria, porque, en vez de una distracción, podía encontrar en su compañía una continua reconvención que exasperase su dolor, pues era muy probable que ya el conde Atilio hubiese tocado la trompeta, poniéndolos a todos en la expectativa. En mil partes le hubieran preguntado por la serrana, y a todos era necesario darles cuenta del negocio. Enterados de sus deseos y de sus tentativas, querrían saber el éxito. El empeño, aunque poco noble, sería ya notorio. Los caprichos no son fáciles de vencer; el caso es satisfacerlos, o quedar desairado.

¿Y cómo estaba su honor escarnecido por un paleto y un fraile? Dirían además que cuando una feliz casualidad había quitado del medio al uno, y los buenos oficios de la amistad al otro sin trabajo del bobalicón enamorado, el tal bobalicón no había sabido aprovecharse de esta coyuntura y levantaba el campo cobardemente. Con esto pensaba D. Rodrigo que no habría quien le mirase a la cara, o que tendría que empuñar la espada a cada momento. Por otra parte, ¿cómo volver a morar en su país, donde, prescindiendo de los punzantes recuerdos de la pasión, llevaría en la frente la mancha para él espantosa de haber sufrido un desaire, en un país en que se hubiera aumentado el odio público, y disminuido la opinión, y en donde en la cara de cada pillo se hubiera podido leer, aun entre los más humildes saludos, un bochornoso *Buen chasco te llevaste, me alegro*? El camino de la iniquidad es ancho, pero esto no quiere decir que sea cómodo, porque tiene sus grandes tropiezos y escabrosidades, y aunque sea cuesta abajo, no deja de ser en gran parte molesto y penoso.

A D. Rodrigo, que no quería salir de él, ni retroceder, ni detenerse, y que no podía ir adelante por sí solo, bien le ocurría un modo con que poder salirse con la suya, y era el de asociarse con cierta persona, cuyas manos llegaban a veces hasta donde no alcanzaban otras con la vista, y para quien las dificultades de las empresas eran un vivo estímulo; pero también este partido tenía sus inconvenientes y peligros, tanto más graves, cuanto eran más difíciles de calcular de antemano, pues nadie podía prever su término, una vez embarcado con aquel hombre, que aunque poderoso auxiliar, no era guía menos peligroso.

Con estos incómodos pensamientos, titubeando estuvo D. Rodrigo muchos días, hasta que recibió una carta de su primo, el cual le participaba que la trama estaba bien urdida; y en efecto,

poco después del relámpago estalló el trueno, que equivale a decir, que una mañana se supo inesperadamente que el padre Cristóbal había salido de su convento de Pescarénico. Este suceso tan pronto y favorable, y la carta del conde Atilio, que por una parte animaba a su primo, y por otra le amenazaba con la burla de sus amigos, inclinaron cada vez más el ánimo de D. Rodrigo al partido arriesgado, y lo que le dio el último impulso fue lo noticia inesperada de que Inés había vuelto a su casa, en la cual veía un embarazo menos con respecto a Lucía. Vamos a dar cuenta de estos dos inconvenientes, empezando por el último.

Habíanse instalado apenas las dos cuitadas mujeres en su asilo, cuando se divulgó por Monza, y de consiguiente por el convento, la noticia del motín de Milán, y tras de la noticia en grande iban llegando muchos pormenores, que continuamente crecían y variaban. La demandadera, que vivía, digámoslo así, entre la calle y el convento, recibía las noticias de dentro y fuera, las recogía sin desperdiciar una, y se las comunicaba a sus huéspedas. Dos, seis, ocho, cuatro, siete ya estaban presos, van a ser ahorcados delante del horno *delle Grace*, otro en la calle en que vive el Director de provisiones: hay más; uno de Leco o de aquellas inmediaciones se ha escapado; no sé su nombre; pero ya vendrá alguno que lo diga, y veremos si le conocéis.

Este anuncio, y la circunstancia de haber llegado Lorenzo justamente a Milán en el día del alboroto, no dejaron de causar alguna inquietud a las dos mujeres; pero cuál sería su consternación cuando la demandadera vino a decirles:

—Es efectivamente de vuestro país el que tomó soleta para no ser ahorcado: es hilandero de seda, y se llama Tramallino. ¿Lo conocéis?

A Lucía, que sentada estaba bordando un pañuelo, se le cayó la labor de las manos, y se inmutó en términos, que la demandadera a estar más cerca lo hubiera advertido, pero se hallaba a la puerta con Inés, que, aunque turbada, no tanto que no pudiera contenerse, y esforzándose por no manifestar su turbación, dijo que en un pueblo pequeño todos se conocían, y que efectivamente ella conocía a Tramallino; pero dudaba que hubiese tomado parte en una cosa de aquella naturaleza, porque era un mozo quieto y honrado. Preguntó luego si era cierto que se hubiese escapado, y si se sabía a dónde.

—Que se escapó, lo dicen todos; pero dónde no se sabe, y todavía puede ser que le atrapen: también puede estar ya fuera del país; mas como caiga vuestro mozo honrado y quieto...

Por fortuna llamaron a la demandadera, que se marchó sin concluir la frase; pero figúrese el lector cómo quedarían la madre y la hija. Muchos días estuvieron la pobre mujer y la desolada muchacha fatigando su imaginación en semejante incertidumbre, discurriendo acerca de las causas, modo y consecuencias de tan deplorable acontecimiento, y comentando cada una para sí o juntas en voz baja, cuando podían, aquellas terribles palabras.

Un jueves, por fin, llegó al convento un hombre preguntando por Inés. Era un pescador de Pescarénico que ordinariamente iba a Milán a vender su pescado, y el buen padre Cristóbal le había encargado que pasando por Monza, se llegase al convento, saludase a las dos mujeres en su nombre, les contase lo que sabía de la triste ocurrencia de Lorenzo, y les recomendase la resignación y la confianza en Dios, que él, aunque indigno religioso, no se olvidaría de ellas en sus oraciones, y mientras encontraba la oportunidad de ayudarles, les daría todas las semanas noticias suyas, por el mismo conducto u otro semejante. Por lo que toca a Lorenzo, otra noticia positiva no supo dar el pescadero, sino la de las diligencias judiciarias practicadas en su casa, y de las indagaciones que se hicieron para pescarle, añadiendo que todas habían sido inútiles, pues ya se sabía que Lorenzo se había acogido al territorio de Bérgamo.

No es necesario decir que esta seguridad fue un bálsamo prodigioso para el dolor de Lucia; de allí en adelante sus lágrimas corrían menos amargas; halló más consuelo en los desahogos secretos que tenía con su madre, y en sus oraciones ordinarias mezclaba siempre una nueva acción de gracias al Señor.

Gertrudis la llamaba a menudo a su locutorio privado, y conversaba a veces largamente con ella, agradándole sobre manera la ingenuidad y dulzura de aquella pobrecilla, y el oír a cada instante cómo le daba gracias y la bendecía. También le refería Gertrudis en confianza parte (esto es, lo más limpio) de su historia, y de lo que había padecido para ir a continuar allí sus padecimientos; y con esto aquella primera extrañeza recelosa de Lucía ya se iba convirtiendo en compasión, porque hallaba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que encontraba de extraño en los modales de su bienhechora: y a esto contribuía no poco la doctrina de Inés acerca de la extravagancia propia de los señores: sin embargo, aunque se sintiese inclinada a pagar con igual moneda la confianza con que la honraba Gertrudis, tuvo buen cuidado de no hablarle de sus sobresaltos, de su nueva desgracia, ni de descubrirle quién era para ella aquel hilandero fugitivo, por no aventurarse a propagar unas voces tan penosas y de tanto escándalo.

Evitaba también en lo posible contestar a las curiosas preguntas de la monja, relativas a la historia anterior a su promesa de casamiento, y no obraba en esto por razones de prudencia, sino porque a la pobre inocente le parecía aquella historia más espinosa y más difícil de contar que todas las que había oído y pensaba oír a la señora. En éstas se trataba de opresión, de intrigas, de sufrimientos, y otras cosas que, aunque feas y tristes, se podían nombrar, al paso que en la suya se mezclaba cierto afecto, cierta palabra que, hablando de sí misma, no podía proferir sin mucha repugnancia, y a la que jamás encontraba una perífrasis que sustituir que no le pareciese ruborosa, ¡y esta era el amor!

Gertrudis a veces llegaba a punto de incomodarse al ver semejante reticencia; pero se lo impedían la sencillez, el respeto y las expresiones de gratitud con que Lucía la acompañaba. Por otra razón le disgustaba también a veces aquel pudor tan atractivo y tan amable, aunque amortiguaba su disgusto el delicado pensamiento de que aquella joven era una desvalida a quien hacía bien. Y era verdad, porque además del asilo, las conferencias con Gertrudis, y la familiaridad con que ésta la trataba, le servían de mucho consuelo. Otro hallaba en trabajar continuamente, por lo cual siempre pedía que le diesen algo que hacer. Al mismo locutorio nunca dejaba de llevar alguna labor para tener las manos en continuo ejercicio; pero como los pensamientos tristes se introducen por todas partes, mientras Lucía trabajaba a la aguja, oficio al cual estaba poco acostumbrada, se le ofrecía continuamente a la memoria su devanadera, y tras de la devanadera, ¡qué de otras cosas!

El jueves siguiente volvió el mismo mensajero u otro con los saludos del padre Cristóbal, nuevos consejos, animando a las dos mujeres, y la confirmación de la fuga de Lorenzo, pero sin noticias positivas del motivo de su desgracia, porque como el capuchino las aguardaba del de Milán a quien le había recomendado, éste contestó: que no había visto ni carta, ni persona alguna; y que aunque supo que un individuo había ido a buscarle estando fuera del convento, no había vuelto a parecer.

El tercer jueves no hubo noticia alguna, lo que no sólo privó a aquellas desgraciadas mujeres de un consuelo esperado con ansia, sino que fue para ellas, como sucede por cualquier pequeño accidente a personas afligidas y apuradas, un motivo de inquietud y de tristísimas conjeturas. Ya había tenido Inés la idea de hacer una escapada a su casa, y la novedad de no parecer el mensajero la determinó a ello. Sentía Lucía tener que separarse de las faldas de su madre; pero venciendo su repugnancia el afán de saber algo de cierto, y la seguridad que encontraba en aquel sitio, convinieron entre las dos que Inés iría al día siguiente a aguardar en el camino al pescador que debía pasar por allí regresando a Milán, y le pediría por favor que la admitiese en su carro para conducirla a la sierra.

Encontróle con efecto, y le preguntó si el padre Cristóbal le había dado alguna razón para ellas, a lo que contestó el pescador que, habiendo estado todo el día antes de su salida ocupado en pescar, no había tenido encargo ni noticia alguna del capuchino. Pidióle la mujer el favor indicado,

el que otorgó gustoso el buen hombre; con lo cual se despidió Inés no sin las lágrimas de su hija y de la señora, y ofreciéndoles que les enviaría noticias suyas y volvería presto, se puso en camino.

No hubo novedad en el viaje. Pasaron la noche en una posada del camino, como acostumbraba el pescador; antes de amanecer continuaron su viaje, y llegaron a Pescarénico muy temprano. Apeóse Inés en la plazuela del convento, se despidió del buen hombre con muchos «Dios os lo pague», y ya que se hallaba en aquel paraje, quiso antes de ir a su casa ver a su bienhechor. Tiró de la campanilla, y quien le abrió la puerta fue fray Bernardino, el de las nueces, quien al verla, le dijo:

—¡Hola, amiga! ¿qué buen viento trae a usted por acá?

—Vengo a ver a fray Cristóbal.

—¿Al padre Cristóbal? No está.

—¿Tardará mucho en volver?

—¡Quién sabe! —dijo el fraile encogiéndose de hombros.

—¿Dónde ha ido?

—A Rímini.

—¿Dónde?

—A Rímini.

—¿Dónde está ese pueblo?

—¡Uh, uh! —contestó el fraile, cortando con la mano el aire como para indicar mucha distancia.

—¡Válgame Dios! ¿Y cómo se ha ido tan de repente?

—Porque así lo ha dispuesto el padre Provincial.

—¿Y por qué habrá mandado tan lejos a un religioso que hacía aquí tanto bien? ¡Desdichada de mí!

—Si los superiores hubiesen de dar los motivos de las órdenes que expiden, ¿dónde estaría la obediencia, buena mujer?

—Sí; pero ésta es mi ruina.

—¿Sabe usted lo que habrá sucedido? Que en Rímini haría falta un buen predicador; y aunque nosotros los tenemos muy buenos en todas partes, muchas veces se necesitan ciertos hombres a propósito; de consiguiente, el padre Provincial de allá escribiría al de aquí si había un religioso de tales y tales cualidades, y el padre Provincial diría: nadie mejor que el padre Cristóbal.

—¡Qué desgracia! ¿Y cuándo salió?

—Anteayer.

—¡Si yo hubiera hecho lo que me daba el corazón, hubiera venido algunos días antes! ¿Y no sabe, poco más o menos, cuándo podrá volver?

—¡Ah! ¿quién sabe? puede ser que ni el mismo Provincial lo sepa. Cuando un predicador nuestro ha tomado vuelo, nadie sabe a qué árbol irá a parar. Lo piden aquí, lo piden allí, y como tenemos conventos en las cuatro partes del mundo... Suponga usted que el padre Cristóbal tenga en Rímini una aceptación extraordinaria en sus sermones de Cuaresma, porque no siempre predica de repente como lo hacía aquí para los aldeanos, sino que tiene para las ciudades sus sermones escritos. ¡Y qué sermones! Suponga usted que corre la fama de este gran predicador y que lo piden de... de ¿qué sé yo? de cualquiera parte. ¿Qué hay que hacer? Darlo, porque como nosotros vivimos de todo el mundo, está muy en el orden que sirvamos a todo el mundo.

—¡Qué desgracia! —exclamó otra vez Inés casi llorando—. ¿Cómo nos compondremos sin él? Era el que nos servía de padre; su ausencia es nuestra última ruina.

—Oiga usted, buena mujer. El padre Cristóbal era ciertamente un hombre de bien; pero sepa usted que tenemos otros que no le van en zaga; hombres caritativos, sabios y que saben tratar lo mismo con los señores que con los pobres. ¿Quiere usted hablar con el padre Anastasio? ¿Con el padre Jerónimo? ¿Con el padre Zacarías, o con el...?

—¡Dios me asista! —exclamó Inés con aquel tono de agradecimiento e impaciencia que se experimenta al oír una propuesta en que se nota más bien una buena voluntad que conveniencia— ¡A mí qué me importa que otro sea o no bueno, cuando falta el que sabía nuestros asuntos, y ya había dado pasos para ayudarnos!

—Entonces no hay sino tener paciencia —dijo fray Bernardino.

—Eso ya lo sé yo —contestó Inés.— En fin, perdone usted la molestia.

—No hay de qué; lo siento por usted. Y por fin, si se determina usted a valerse de alguno de los padres que he nombrado, aquí está el convento que no se mueve. ¡Vaya usted con Dios! Ya presto nos veremos, pues no tardaré en ir a la cuesta del aceite.

—¡Quédese usted con Dios! —dijo Inés.

Y echó a andar para el pueblo, triste, desconsolada y llena de confusión, como el ciego que perdió el lazarillo.

Nosotros, algo mejor informados que fray Bernardino, podemos ahora decir lo que pasó. Apenas llegado a Milán el conde Atilio, fue a ver a su tío del Consejo secreto, como se lo había ofrecido a D. Rodrigo. Era este Consejo una junta de trece personajes de capa y espada, a quienes consultaba el Gobernador general, y que reasumía provisionalmente el mando cuando éste faltaba. El Conde tío, togado y uno de los más antiguos del Consejo, gozaba de algún crédito; pero no tenía igual en ostentarle y hacer que sonase fuera.

Empleaba para esto un lenguaje ambiguo, un silencio expresivo, unas reticencias a tiempo, unas miradas como si dijera no puedo hablar, un esperanzar sin prometer, y un amenazar con desembarazo. Todo esto producía su efecto poco o mucho, tanto, que hasta un nada puedo en este negocio, siendo a veces la pura verdad, pero dicho de un modo que no se le creyese, contribuía a aumentar su concepto de valimiento, a manera de ciertos botes, que todavía se ven en algunas boticas, los cuales tienen por de fuera ciertos rótulos ambiguos, y sin embargo de que nada contienen, sirven para aumentar el crédito de la casa. El del Conde consejero, que había tiempo que se iba aumentando con lentitud, se elevó en un momento hasta el último grado con motivo de un viaje que por comisión hizo a Madrid, en donde, según él contaba, fue recibido con una distinción extraordinaria. En comprobación, decía que el Conde-duque le había honrado con su confianza, en términos de preguntarle una vez delante de toda la corte si le gustaba Madrid, y decirle otra vez a solas en el hueco de una ventana, que la catedral de Milán era la mayor de cuantas había visto en los dominios del Rey.

El conde Atilio, después de haber hecho a su tío los cumplimientos de estilo y haberle presentado los respetos de su primo, se revistió de cierta gravedad, como afortunadamente sabía hacerlo, y dijo:

—Creo cumplir con mi obligación, sin faltar a la confianza de D. Rodrigo, dando cuenta a mi señor tío de un asunto que, si usted no lo toma a su cargo, puede ser de gravedad y traer tristes consecuencias.

—Me figuro que será una de las suyas.

—En obsequio de la verdad debo decir que la falta no está en esta ocasión de parte de D. Rodrigo; pero está resentido, y como digo, sólo mi señor tío...

—¡Vaya! sepamos.

—Hay en aquel país un capuchino que se ha empeñado en chocar con mi primo, y la cosa ha llegado a punto que…

—¡Cuántas veces he dicho a uno y a otro que no hay que meterse con los frailes!... de sobra hay con lo que dan que hacer a los que deben... a quien le toca... —Y aquí sopló gordo.— Pero vosotros que podéis evitar...

—Mi señor tío, debo decir a usted que D. Rodrigo todo lo hubiera evitado si hubiera sido posible; pero el fraile es el que quiere habérselas con él, y le provoca de mil maneras.

—¿Qué diablos tiene ese fraile con mi sobrino?

—Desde luego es una cabeza extravagante, como todos saben, y hace alarde de tenérselas tiesas a los caballeros. Él protege, dirige, o ¿qué se yo? a una aldeanilla del país; tiene por aquella mozuela un celo... una caridad, que no sé cómo calificarla...

—Comprendo —dijo el Conde consejero, advirtiéndose en su rostro cierto viso de malicia.

—Hace algún tiempo —continuó el conde Atilio— que al fraile se le ha metido en la cabeza que D. Rodrigo tiene ciertas miras...

—¿Conque se le ha metido en la cabeza? ¡Ah! ya comprendo. Conozco bien al Sr. D. Rodrigo, y para justificarle en esta parte, necesita mejor abogado que tú.

—Puede ser muy bien que D. Rodrigo haya gastado alguna chanza con aquella muchacha, encontrándola por la calle: es joven, y en fin no es capuchino; tampoco fuera justo que molestase yo a mi señor tío por semejantes muchachadas; pero lo que merece la atención es que el fraile ha empezado a hablar de mi primo como lo haría de un pillo, con el objeto de excitar contra él a todo el país.

—¿Y los demás frailes?

—No hacen caso, porque saben que es un hombre extravagante, y miran a D. Rodrigo con el mayor respeto; pero es necesario advertir que este fraile tiene mucha opinión entre los aldeanos, porque también hace el santo, y...

—Sin duda no sabrá que D. Rodrigo es mi sobrino.

—Mucho que lo sabe, y es justamente lo que más le emperra.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señor, porque, y él mismo lo dice, se complace más con habérselas con D. Rodrigo, por la razón de que tiene un protector de tanto valimiento como usted, y que él se burla de los grandes y de los políticos, pues el cordón de San Francisco tiene atadas las manos a las mismas autoridades, y...

—¡Fraile insolente! y cómo se llama ese atrevido?

—Fray Cristóbal de*** —dijo el conde Atilio.

Y el tío bufando sacó un papel de un cajoncito de la escribanía, y escribió en él aquel desgraciado nombre; entretanto, el conde Atilio continuaba diciendo:

—Ese fraile ha tenido siempre la misma manía. Ya se sabe toda su vida: era un plebeyo, que tenía algún dinero, quería tenérselas tiesas a los caballeros de su pueblo, y furioso por no poder dominarlos a todos, asesinó a uno de ellos, y para no morir en la horca tuvo que meterse fraile.

—¡Muy bien! ¡muy bien! allá lo veremos —iba diciendo el tío sin dejar de bufar.

—Ahora está más furioso que nunca —continuaba el conde Atilio, porque se le ha descompuesto un negocio en que tenía grande interés, y de aquí conocerá usted qué casta de pájaro es el tal frailecito. Estaba empeñado en casar a aquella protegida suya, quizá para quitarla de los peligros del mundo... ya usted me entiende, o quizá para meterla en ellos, quería casarla, y ya había encontrado al hombre... otro protegido suyo, un sujeto cuyo nombre quizá y sin quizá conocerá mi señor tío, porque el Consejo habrá tenido que tratar de tan buena alhaja.

—¿Quién es?

—Un hilandero de seda: Lorenzo Tramallino, el que…

—¡Lorenzo Tramallino! —exclamó el tío— ¡bueno! ¡bueno! ¡Qué buen frailecito! Cierto, y tenía una carta para... ¡lástima que!... pero no importa... Y ¿por qué el señor don Rodrigo nada me dice de todo esto, y deja que las cosas pasen tan adelante sin acudir a quien puede y debe dirigirle?

—También diré acerca de esto. Sabiendo los muchísimos negocios que usted tiene en la cabeza —el tío soplando puso la mano en ella, como dando a entender que no sabía cómo todos podían caber en ella—, no quería añadirle otro, y además, según lo que he podido entender, está D. Rodrigo tan fastidiado, tan aburrido, tan irritado por la insolencia de aquel fraile, que tiene más ganas de tomarse sumariamente la justicia por su mano, que de conseguirla por los medios legales. Yo he procurado echar agua al fuego; pero viendo que la cosa iba mal parada, he creído de mi obligación prevenir a usted, que por fin es el principal de la familia.

—Mejor hubieras hecho si me hubieras hablado antes.

—Es verdad; pero yo esperaba que el riesgo se disiparía, ya porque el fraile volviese sobre sí, o ya porque se marchase de aquel convento, como suele suceder que estos frailes ora están aquí, ora están allá, y con esto todo quedaría concluido. Pero...

—Ahora ya me toca a mí el componerlo.

—Así lo creí yo; dije para mí: el tío con su penetración y su autoridad sabrá prevenir un escándalo. Este fraile está muy hueco con su cordón de San Francisco, como si el cordón de San Francisco hubiese de patrocinar picardías. Usted tiene mil medios que yo conozco; sé que el padre Provincial le tiene, como es justo, una grandísima deferencia, y si usted cree que en este caso el mejor remedio es el de hacer que el fraile mude de aires, bastan dos palabras...

—Deje usted, señor sobrino, el cuidado a quien corresponde —interrumpió el tío consejero.

—Tiene usted razón —contestó el conde Atilio, como arrepentido de haberse propasado.— Conozco que no soy hombre capaz de dar consejos a mi señor tío: lo que siento es quizá haber perjudicado a mi primo en el concepto de usted.

—Vaya, vaya —dijo el tío—, vosotros dos seréis siempre amigos hasta que uno siente la cabeza. ¡Troneras! ¡troneras! haciendo todos los días calaveradas, y luego tengo yo que componerlo todo. Más me dais que hacer vosotros que... —aquí sopló mucho— todos los negocios del gobierno.

Dio el conde Atilio nuevas disculpas, y luego se despidió del tío, que le acompañó con un «tengamos juicio», que era la fórmula con que despedía siempre a sus sobrinos.

XIX.
Conferencia diplomática.

El que viendo en un campo erial una hierba parásita quisiese averiguar si la produjo un granillo madurado en el mismo campo, u otro llevado por el viento, o que dejó caer un pájaro, por mucho que meditase, jamás llegaría a descubrir la verdad; de la misma manera no podemos nosotros decir si la resolución de valerse del padre Provincial para cortar aquel nudo gordiano salió del caletre del tío senador, o fue efecto de la insinuación del conde Atilio. Lo cierto es que éste no echó aquella especie en saco roto, y aunque debía presumir que la necia vanidad de su tío no hubiera querido adherirse a una advertencia tan directa, quiso apuntarle la idea de aquel recurso, indicándole indirectamente la senda por donde deseaba encaminarle. Por otra parte el arbitrio era tan análogo al humor del Conde senador, y tan indicado por las circunstancias, que sin que nadie se lo sugiriese, se podía apostar a que le hubiera ocurrido, y le habría adoptado. Se trataba de que en una guerra tan declarada no quedase debajo uno de su familia, nada menos que sobrino suyo, punto muy esencial para conservar la opinión de hombre de valimiento por que tanto anhelaba.

La satisfacción que por su mano podía tomarse D. Rodrigo era un remedio peor que el mal, y un motivo de grandes compromisos, por lo que convenía impedirlo a toda costa y lo más presto posible. Mandar a D. Rodrigo que dejase al momento su castillo, sobre dar margen a que no obedeciera, sería, aun cuando lo hiciese, abandonar el campo y la casa por temor de un convento. Órdenes, fuerza legal, y otros espantajos de esta naturaleza, nada valían contra un adversario de aquella clase, porque entonces el clero secular y regular era enteramente inmune de toda jurisdicción laical, no sólo respecto de sus personas, sino también de sus casas, como debe saberlo cualquiera, aunque no haya leído más historia que ésta, lo que a la verdad no sería gran cosa. Últimamente, todo lo que se podía hacer contra semejante enemigo, era obligarle a mudar de aires, y para esto el único medio era acudir al padre Provincial.

Éste y el Consejero eran conocidos antiguos, y aunque se habían visto pocas veces, siempre había sido con grandes ofrecimientos y protestas de amistad.

Con esto, el tío Consejero, después de haber meditado con detención, convidó un día a comer al padre Provincial, disponiendo que asistiesen tres comensales escogidos con tino y prevención, a saber, algunos de su parentela, cuyo sólo título y apellido ya eran suficientes para imponer respeto, y con cuyo desembarazo, hablando de cosas grandes en términos familiares, conseguiría, aun sin pretenderlo, imprimir y recordar a cada instante la idea de su influjo y poderío; reunió además algunos adictos a la familia por costumbre heredada, y al conde Consejero por servilidad de toda la vida, los cuales empezando desde la sopa a decir que *sí*, con boca, ojos, orejas, cabeza y todo el cuerpo y el alma, hasta los postres, habrían puesto a un hombre en disposición de no acordarse cómo era posible decir que *no*.

En la mesa no tardó el amo de la casa en hacer recaer la conversación sobre Madrid; habló de la corte, del Conde-duque, de los ministros, de la familia del Gobernador general, de las corridas de toros, que podía describir muy bien, por haber asistido a ellas en paraje distinguido, y del Escorial, de que podía dar razón exacta por haberle enseñado hasta el último rincón un criado del Conde-duque. Todos los comensales estuvieron algún tiempo escuchándole con la mayor atención, y dividiéndose después en coloquios particulares, continuo entonces el conde Consejero contando otras cosas semejantes como en confianza al padre Provincial, que sentado cerca de él, le dejó hablar todo lo que quiso; pero llegado a cierto punto, abandonó la conversación de Madrid, y de corte en corte, de dignidad en dignidad, vino a parar al cardenal Barberini, capuchino y hermano del papa reinante Urbano VIII. Aquí tuvo que dejar hablar a su turno al padre Provincial, oyéndole también con mucha paciencia. Poco después de levantados los manteles, le suplicó que pasase con él a otra sala, en donde con esto se hallarían cara a cara dos autoridades, dos hombres encanecidos en los negocios, dos hombres de consumada experiencia. El Consejero pidió al reverendísimo Padre que se sentase, y tomando él también asiento a su lado, empezó de esta manera:

—Mediante la amistad que existe entre nosotros, he juzgado conveniente hablar a vuestra paternidad de un negocio importante que debe zanjarse amistosamente sin acudir a otros medios, que podrían... Así, pues, a la buena de Dios y con el corazón en la mano, diré el asunto de que se trata, y no dudo de que en dos palabras nos avendremos. Dígame vuestra paternidad: ¿hay en su convento de Pescarénico un fray Cristóbal de***?...

Hizo el Provincial una seña afirmativa.

—Dígame vuestra paternidad con toda franqueza, como amigos, ese padre... No le conozco personalmente, a pesar de que conozco a muchos capuchinos, hombres eminentes, muy apreciables, varones ilustres... Desde niño fui aficionado a los capuchinos... pero en toda familia algo numerosa siempre hay alguno... alguna cabeza... Y ese padre Cristóbal sé por ciertas noticias que es un hombre algo amigo de chocar... que no tiene toda aquella prudencia, aquellos miramientos... Apostaría que más de una vez ha dado algún disgusto a vuestra paternidad.

«Ya entiendo —decía para sí el capuchino.— Aquí hay un empeño. Yo me tengo la culpa. Bien sabía yo que ese bendito fray Cristóbal era un religioso que convenía mandarle de púlpito en púlpito, sin dejarle seis meses en un mismo punto, y menos en un convento de aldea.»

Y luego prosiguió en voz alta:

—¡Ah! siento muchísimo que vuestra señoría tenga semejante opinión del padre Cristóbal, pues, por lo que yo sé, es un religioso ejemplar en su convento, y muy apreciado fuera.

—Ya me hago cargo... ¿qué ha de decir vuestra paternidad? Sin embargo, como verdadero amigo, debo decirle una cosa que le importa saber, y aun cuando vuestra paternidad la supiese, yo puedo sin faltar a mi deber, indicarle ciertas consecuencias probables... No digo más. Sabemos que ese padre Cristóbal se había declarado protector de un hombre de aquel país, un hombre... Ya vuestra paternidad habrá oído hablar de él; el mismo que con tanto escándalo se escapó de las manos de la justicia, después de haber cometido mil excesos en aquel desgraciado día de San Martín... ¡Lorenzo Tramallino!

«¡Válgame Dios!», dijo para sí el padre Provincial. Y volviéndose luego al Conde senador, prosiguió:

—Nada sé de eso; pero vuestra señoría sabe muy bien que una parte de nuestras obligaciones es la de buscar extraviados para reducirlos.....

—¡Bien! pero el tratar con ciertos extraviados es cosa peligrosa, es punto sumamente delicado...

Al decir esto, en lugar de hinchar los carrillos y soplar, estrechó los labios sorbiendo el aire, en vez de echarlo fuera como solía, y continuo diciendo:

—Me ha parecido regular hacer a vuestra paternidad semejante indicación por si acaso mañana u otro día S. E. el señor Gobernador, Capitán general... podría impetrar de Roma... ¿Quién sabe?... No tengo antecedentes... pero podría venir de Roma...

—Agradezco muchísimo a vuestra señoría este aviso; pero estoy seguro que, tomando informes sobre el particular, resultará que el padre Cristóbal no ha tenido más trato con el hombre que vuestra señoría dice, que el necesario para corregirlo y amonestarle. Yo tengo noticias de quién es el padre Cristóbal.

—No obstante, vuestra paternidad sabe mejor que yo lo que fue en el siglo, y sus calaveradas cuando joven.

—Señor Conde, es un lauro para el hábito el que un hombre que en el siglo dio motivo para que murmuraran de él, se vuelva muy diverso con sólo vestirlo... Y desde que el padre Cristóbal le viste...

—Me alegraría poderlo creer, sí, señor, me alegraría de corazón; pero muchas veces... Ya sabe vuestra paternidad aquel refrán que dice «el hábito no hace el monje.»

El refrán no venía exactamente al caso; pero quiso el Conde sustituirle por delicadeza al otro: «muda el lobo los dientes, más no las mientes», o al otro: «el que malas mañas ha, tarde o nunca las perderá.»

—Tengo datos —continuo el Conde— tengo noticias.

—Si vuestra señoría sabe positivamente —dijo el padre Provincial que este religioso ha cometido alguna falta, porque todos estamos expuestos a errar, estimaré muchísimo que me lo diga. Soy su superior, aunque indigno, y lo soy expresamente para corregir y remediar defectos.

—Diré; a la circunstancia desagradable de haber favorecido tan decididamente a la persona que he indicado, se agrega otra cosa no menos desagradable, y que pudiera... pero entre nosotros todo lo arreglaremos amigablemente; se agrega, digo, que el mismo padre Cristóbal se ha empeñado en chocar con mi sobrino D. Rodrigo.

—Eso, a la verdad, me desagrada mucho; sí, señor, lo siento sobremanera.

—Mi sobrino es joven, vivo, sabe quién es; no está acostumbrado a que le provoquen.

—Sobre este particular tomaré los más exactos informes. Vuestra señoría, con su conocimiento del mundo y su experiencia, sabe estas cosas mejor que yo: todos somos de carne y huesos, y todos estamos expuestos, como ya he dicho, a errar... así unos como otros... y en el caso de que nuestro fray Cristóbal haya errado...

—Esas son cosas, como decía antes, que deben concluirse entre nosotros; que deben quedar sepultadas aquí, porque cuanto más se revuelven... es peor. Vuestra paternidad sabe lo que sucede... Estos piques, estos choques, a veces principian por una bagatela, y luego llegan a donde no se podría creer. Calmar, cortar, reverendo Padre... esto es lo que conviene. Mi sobrino es joven; el religioso, según tengo entendido, conserva todavía la viveza, las inclinaciones de un mozo; toca, pues, a nosotros, que tenemos nuestros añitos encima con harto sentimiento, ¿no es así, Padre reverendo? a nosotros, pues, nos toca tener juicio por los jóvenes, y componer sus muchachadas. Afortunadamente estamos aun en tiempo: la cosa no se ha traslucido; aun viene bien un buen «*principiis obsta.*» Apartar el fuego de la estopa. Muchas veces un hombre que no anda derecho, o que puede ocasionar algún inconveniente en un paraje, prueba perfectamente en otro. Vuestra paternidad sin duda sabrá encontrar el nicho que convenga a ese religioso. Hay justamente la otra circunstancia de que ha excitado la desconfianza de quien pudiera desear que se alejase: y enviándolo a punto algo retirado, hacemos de un camino dos mandados; todo se arregla, o por mejor decir, nada hay perdido.

Desde el principio del razonamiento aguardaba el padre Provincial semejante conclusión: «¡Ya! ¡ya! —decía entre sí—, veo dónde vas a parar. Siempre lo mismo: cuando la toman con un pobre fraile, o les incomoda, al momento, tenga o no tenga razón, el superior debe enviarle a que se pasee.»

Así que el Conde dio fin a su plática con un gran resoplido, que equivalía a un punto final:

—Comprendo muy bien —dijo el capuchino— lo que el señor Conde quiere dar a entender; pero antes de dar un paso...

—Es un paso, y no es un paso —interrumpió el Conde—; es una cosa natural, una cosa que está en el orden; y si no se adopta pronto este expediente, preveo un *mare magnum* de disputas. No creo que mi sobrino... en fin, estoy yo de por medio... pero el negocio ha llegado a un punto que, si no le damos un corte pronto y decisivo, no es posible que quede oculto... entonces ya no es sólo mi sobrino... se levanta una polvareda, Padre mío, que... Ya ve vuestra paternidad... los parientes... tenemos largas relaciones, toda gente que tiene sangre en las venas... y con algún valimiento. Entra luego aquello: «no es por el huevo, sino por el fuero.» y entonces aun el que es amigo de la paz... ¡Vaya! tendría yo el mayor sentimiento si me viera precisado... yo que siempre he tenido tanta predilección a los padres capuchinos. Ustedes que tanto bien hacen con edificación del público, necesitan de la paz y no de enredos; ustedes deben estar bien con todos... Además tienen parientes en el siglo, y estos negocios de puntillo, por poco que duren, se extienden, se ramifican y envuelven a medio mundo. Yo tengo este bendito destino, que me obliga a sostener cierto decoro. S. E. el señor Gobernador general, mis compañeros... todo se vuelve asunto de cuerpo. En fin, vuestra paternidad sabe como van estas cosas.

—A la verdad —dijo el Provincial— el padre Cristóbal es predicador; y ya estaba yo casi resuelto... Justamente lo piden; pero ahora en esta circunstancia pudiera creerse que era un castigo antes de haberse aclarado...

—¿Cómo un castigo? no por cierto; de ninguna manera; una medida de prudencia; un arbitrio de conveniencia recíproca para evitar los compromisos... Ya me parece haber dicho lo suficiente.

—Entre vuestra señoría y yo, la cosa va bien; pero siendo como se la han referido a vuestra señoría, es imposible que no haya traspirado algo. En todas partes hay chismosos, atizadores, o por lo menos curiosos malignos, o que se complacen en meter cizaña entre los caballeros y religiosos...

Cada uno tiene su buena opinión que conservar, y en mí es una obligación precisa... el honor del hábito... no es cosa mía, es un depósito... Estando su señor sobrino tan irritado como vuestra señoría dice, pudiera considerar el hecho como una satisfacción que se le había dado, y no digo jactarse, hacer alarde de ello; pero...

—Vuestra paternidad se equivoca: mi sobrino es un caballero muy estimado y respetado entre las gentes según su clase, pero con respecto a mi persona es un niño, y no hará ni más ni menos que lo que yo le mande. Acerca de este punto puede vuestra paternidad vivir descuidado, y por lo que toca a los habladores, ¿qué quiere vuestra paternidad que digan? El ir un religioso a predicar a otra parte es cosa que sucede todos los días.

—Siempre sería bien hecho que en esta ocasión el señor D. Rodrigo hiciese alguna demostración de amistad, de deferencia... no por nosotros, pero por el hábito...

—Seguramente me parece bien, es justo... pero no hay necesidad. Mi sobrino siempre acoge con benevolencia a los capuchinos... Sin embargo, descuide vuestra paternidad; eso corre de ni cuenta: mandaré a mi sobrino... a pesar de que será necesaria mucha circunspección, a fin de que no llegue a conocer lo que ha pasado entre nosotros. No quisiera que nos curásemos en sana salud: y por lo que hemos tratado, cuanto más presto tanto mejor. Si hubiese algún rincón algo lejos... porque conviene quitar toda ocasión...

—Justamente me piden de Rímini un predicador, y aunque sin este motivo, quizá hubiera puesto la mira...

—¡Perfectamente! ¿Y cuándo?

—Puesto que la cosa ha de hacerse, se hará presto.

—Sí, presto, presto, reverendo Padre: más vale hoy que mañana.

Y levantándose, continuo:

—Si en algo vuestra paternidad me considera útil, o a mi familia en favor de esos buenos capuchinos...

—Tenemos pruebas de la bondad de vuestra señoría —dijo el padre Provincial, levantándose también él, y siguiendo hacia la puerta al Conde.

Éste continuo:

—Hemos apagado, padre mío, una chispa que podía producir un grande incendio. Entre dos amigos se arreglan a veces con dos palabras asuntos muy arduos.

Llegado el Consejero a la puerta, la abrió de par en par, porfiando para que el padre Provincial pasase adelante. Los dos entraron en el comedor y se juntaron con los demás.

De resultas de esta conferencia llegó de Milán una noche a Pescarénico un capuchino con un pliego para el Guardián. En él venía la orden para que fray Cristóbal, en virtud de santa obediencia, pasase a predicar a Rímini la cuaresma, con el expreso mandato de desprenderse de cualquier negocio que tuviera en el país, cortando igualmente toda correspondencia: el capuchino dador del pliego debía acompañarle. Nada dijo el Guardián aquella noche; pero por la mañana muy temprano mandó llamar al padre Cristóbal, le enseñó la orden, y le intimó que con aquel fraile compañero se pusiese sin dilación en camino.

Figúrese cualquiera qué golpe sería este para el buen religioso. Presentáronsele inmediatamente a la memoria Lorenzo, Inés, Lucía, y exclamó en su corazón: «¡Dios mío! ¿qué harán sin mí esos desgraciados?» Pero levantando al momento los ojos al cielo, se arrepintió de haber desconfiado de la Providencia, y de haberse creído necesario para alguna cosa. Cruzó las manos sobre el pecho en señal de obediencia, y bajó la cabeza delante del Guardián, el cual, llamándole aparte, le significó la otra circunstancia con palabras de consejo y tono de intimación. Pasó fray Cristóbal a su celda, metió el breviario y sus sermones en unas alforjas, se ciñó con una

correa el cuerpo, se fue a despedir de sus cohermanos, y después de haber ido a tomar la bendición del Guardián, se puso en camino con el compañero que se le había nombrado.

Ya hemos dicho que alentado D. Rodrigo y empeñado más que nunca en llevar a cabo su pérfida empresa, estaba determinado a solicitar el auxilio de un malvado, del cual no podemos indicar ni siquiera por conjetura el nombre, ni el apellido, ni los títulos, cosa tanto más extraña, cuanto de este personaje hallamos memoria en más de un libro impreso: que este sujeto sea el mismo, no permite dudarlo la identidad de los hechos; pero en todas partes se advierte un estudio particular en ocultar su nombre. Francisco Rívola, en la vida del cardenal Federico Borromeo, hablando del expresado personaje, le llama un caballero tan poderoso por sus riquezas como ilustre por su nacimiento; Ripamonti, en el libro quinto de la década quinta de su *Historia patria*, habla de él con bastante extensión, llamándole siempre *un sujeto, este hombre, aquel personaje*, etc.

Referiré —dice en su elocuente latín—, el caso de uno que, siendo de los primeros grandes de la ciudad, había establecido su domicilio en su quinta, en donde, seguro a fuerza de delitos, se burlaba de los jueces, de la justicia y de toda autoridad. Situado en la frontera del Estado, hacía una vida independiente, dando abrigo a todos los bandoleros, y siendo bandolero él mismo.

Hacer todo lo que prohibían las leyes, meterse en los negocios de los demás sin más interés que el de mandar despóticamente, y ser temido de todos, había sido siempre su pasión dominante. Desde su más tierna edad, al ruido de tantas tropelías, arbitrariedades y contiendas, y a vista de tantos tiranos como presentaba aquella época de confusión y desorden, envidiaba semejante condición, anhelando imitarlos.

Siendo joven y viviendo en la capital, no sólo no perdía ocasión alguna, sino que las buscaba para entrometerse con los más famosos de aquella profesión, y venir a contienda con ellos, ya con objeto de darles que hacer, ya con el de obligarlos a buscar su amistad. Aventajando a la mayor parte de ellos en riquezas y clientela, y quizá a todos en atrevimiento y fuerza, consiguió que muchos abandonasen toda especie de rivalidad: a muchos dejó escarmentados: y muchos se hicieron amigos suyos, pero amigos sumisos y dependientes. Sin embargo, en último resultado venía él a ser dependiente de todos; porque a cada momento pedían su auxilio en sus empresas; y como el huir el cuerpo hubiera sido motivo a que se disminuyese su crédito, cometió, ya por sí, ya por otros, tantos atentados, que no bastando a sostenerle contra la fuerza pública y los odios privados, ni su nombre, ni su familia, ni sus amigos, tuvo que abandonar el campo y salir del país. Tan grande era el estado de anarquía de aquella época, que Ripamonti cuenta que el día que este hombre poderoso tuvo que abandonar la ciudad, la atravesó toda a caballo y a son de corneta con grande acompañamiento de criados y perros, y al pasar delante del palacio del Gobernador general, dejó a la guardia una embajada de groserías para aquel magistrado.

En su ausencia no cortó la correspondencia con sus amigos, sino que conservó siempre relaciones con ellos, contrayendo además nuevas amistades; y los historiadores de aquel tiempo aseguran que hasta príncipes extranjeros se valieron de él para deshacerse de algunas personas. Finalmente, después de algún tiempo cuyo espacio se ignora, ya fuese por haber sido indultado, ya fuese porque su atrevimiento le sirviese de salvaguardia, resolvió volver a su patria, como en efecto lo verificó, aunque no a Milán, sino a un castillo de un feudo suyo, cerca de la frontera del territorio de Bérgamo, que entonces, como todos saben, pertenecía a la república de Venecia, y allí estableció su morada. Esta casa, dice el citado Ripamonti, era una oficina en que se despachaban decretos de sangre. Los criados eran todos bandoleros pregonados y asesinos, por manera que ni cocinero ni mozo de cocina estaban exentos de cometer homicidios, y hasta las manos de los muchachos solían bañarse en sangre humana. A tan honrada familia se agregaba otra de sujetos de igual calaña, diseminados por varios puntos de su territorio, y dispuestos siempre a ejecutar sus órdenes.

Todos los tiranuelos de aquellos contornos tuvieron, quién en una, quién en otra ocasión, que escoger entre su amistad o su odio, porque los primeros que intentaron hacerle frente quedaron tan mal parados, que en todos faltó el aliento para hacerle oposición. No bastaba tampoco el estar

metido en concha, como suele decirse, para no depender de sus caprichos, pues llegaba de cuando en cuando un emisario a intimar que se desistiese de tal o cual empresa, que se dejase de molestar a tal o cual deudor, o cosas semejantes: y entonces era preciso contestar categóricamente.

Cuando en cualquier negocio una de las partes acudía a su mediación como por una especie de vasallaje, la otra se hallaba en la dura alternativa de someterse a su fallo, o de declararse enemigo suyo, que era equivalente, como él mismo decía, a estar hético en tercer grado. Muchos, sin tener razón, apelaban a él para tenerla, y otros, teniéndola, se adelantaban a escudarse con su patrocinio y cerrar la entrada a su adversario. Sucedió una vez que, implorando su protección cierta persona oprimida por un poderoso, se declaró por la parte débil, obligando al opresor a desistir de su empresa, y en caso de negativa empleó contra él medios violentos. En estas ocasiones aquel hombre tan temido y odiado no dejó de ser bendecido, porque a consecuencia de la dislocación social de la época, aquella justicia, o por mejor decir, aquel reparo de una vejación no hubiera sido posible obtenerle de poder alguno, público ni privado. Todos estos hechos buenos y malos le habían dado tal nombradía en el territorio milanés, que su vida suministraba materia a mil cuentos populares, excitando su nombre la idea de un poder extraordinario y portentoso. Siempre que en alguna parte se presentaban bravos de aspecto más feroz de los que solían verse, o se hablaba de algún atentado cuyo autor se ignorase, al momento corría de boca en boca el nombre de aquel individuo, nombre que, por la singular circunspección (por no decir otra cosa) de nuestros escritores, no hemos podido averiguar, viéndonos por tanto en la necesidad de llamarle *caballero anónimo, el señor del castillo*, etc.

Desde este castillo a la morada de D. Rodrigo no había más distancia que siete millas: así el último, apenas llegó a ser dueño y tirano de aquel distrito, se convenció de que con la vecindad de tal personaje no era posible emprender aquel género de vida sin chocar o ponerse de acuerdo con él. Por esta razón le había ofrecido sus servicios, haciéndose amigo suyo: y en efecto, le había hecho algunos favores y recibido protestas de finas correspondencias y auxilio recíproco siempre que llegase a necesitarlo. Procuraba, no obstante, D. Rodrigo ocultar su amistad, o por lo menos la intimidad y naturaleza de ella; porque sí aspiraba a ser un tirano, pero no un tirano selvático y brutal. Semejante profesión no era para él un objeto, sino un medio; y como se proponía frecuentar la sociedad de la capital, y gozar de todas las comodidades, honores y diversiones de la vida civil, necesitaba tener miramientos, llevarse bien con sus parientes, cultivar la amistad de las personas de valimiento, poder apoyar una mano en la balanza de la justicia, para en caso necesario inclinarla a su favor, o bien inutilizarla, y aun dar con ella en la cabeza a algún adversario, cuando de este modo se pudiese sacar mejor partido que de la venganza privada.

El conocimiento, pues, de su intimidad, o, por mejor decir, de su alianza con un hombre de aquella especie, enemigo furioso de la autoridad pública, no hubiera hecho en verdad buen estómago al Conde su tío; al paso que ciertas relaciones amistosas de mero cumplimiento, que no fuera fácil ocultar, pasarían por atenciones indispensables con respecto a un hombre cuya enemistad era sobrado peligrosa; siendo por otra parte la necesidad suficiente disculpa.

Una mañana, pues, salió D. Rodrigo en traje de caza con una escolta de bravos a pie, el *Canoso* al estribo y otros cuatro detrás, y se dirigió al castillo del caballero sin nombre.

XX.
El cazadero.

Estaba fundado el tal castillo sobre un angosto valle en la más alta cima de un cerro que procedía de una escabrosa cordillera de montañas, sin que fuese fácil determinar si estaba unido con ella, o separado por hondonadas y derrumbaderos, y por un laberinto de cavernas y precipicios,

tanto por la espalda como por los costados. El frente que miraba al valle era el único practicable, pues formaba el terreno una pendiente no tan áspera, cubierta de pastos en su altura, cultivada en la falda, y con varias chozas de trecho en trecho. Era el fondo del terreno una madre de piedras y guijarros, por la cual corría, según la estación, un riachuelo o un torrente que entonces servía de límite a los dos Estados. Las montañas que cerraban el valle por la parte opuesta declinaban también en una falda de no mucha extensión, cultivada en partes, aunque interrumpida por enormes peñascos, y subidas escabrosas sin senda alguna, ni más vegetación que tal cual matorral en las hendiduras o en los picos más encumbrados.

Desde la altura de su denegrido castillo dominaba el selvático caballero, como el águila desde su nido sangriento, todo el territorio en que pudieran estamparse huellas humanas, no teniendo nada que temer por la parte posterior de su guarida. De una sola mirada recorría todo aquel recinto con sus hondonadas, cumbres y veredas. La más ancha de éstas, que entre varios recodos y revueltas conducía al castillo, semejaba desde lo más alto una cinta serpenteando a modo de culebra. Desde las ventanas y troneras podía el dueño contar los pasos de los que subían, asestando contra ellos sus tiros: en términos que con la fuerte guarnición de bravos que le acompañaban, le era fácil defenderse de un número considerable de gente armada, despeñando a muchos antes que uno lograse llegar arriba. Aunque, por otra parte, ninguno que no estuviese bien con el amo se atrevía, no digo a subir, sino a dar un paseo por el valle: y al esbirro que se hubiera dejado ver en aquel sitio, le habría cabido la suerte que a un espía enemigo en tiempo de guerra. Contábase en el país la historia trágica de los últimos que lo intentaron; pero ya era historia antigua, y ninguno de los aldeanos se acordaba de haber visto por allí ningún ministro de justicia ni vivo ni muerto.

Esta es la descripción que de aquel paraje nos dejó el autor anónimo ya citado, aunque sin expresar el nombre de su dueño. Lejos de eso, para no dejarnos rastro por donde pudiéramos formar conjeturas, nada nos dice del viaje de D. Rodrigo, sino que de golpe nos le presenta en el valle, a la falda del cerro, y a la entrada del tortuoso y empinado camino en donde había una especie de venta, a que pudiera darse el nombre de cuerpo de guardia, sobre cuya puerta pendía una antiquísima muestra, en la cual estaba pintado por ambas partes un sol radiante: si bien la voz pública, que a veces repite los nombres según se los enseñan, y a veces los desfigura a su antojo, no daba a semejante albergue otro nombre que el de *la mala noche*.

Al ruido de las pisadas de su caballo se presentó a la puerta un mocetón, armado de cuchillo y pistolas, y reconocido el terreno, entró a avisar a tres bravos, que con unos naipes abarquillados y mugrientos jugaban en el zaguán. Levantóse el que parecía jefe, se asomó a la puerta, y viendo que el que llegaba era un amigo del amo, le saludó con respeto. Volvióle D. Rodrigo el saludo con mucha cortesía, preguntándole si el caballero se hallaba en el castillo, y habiendo recibido respuesta afirmativa, se apeó D. Rodrigo y entregó la brida al *Tiraderecho*, uno de los de su escolta. Quitóse luego del hombro la carabina, dándosela a *Serranillo*, otro de los suyos; y aunque al parecer lo hizo como para alivio del peso y mayor comodidad de la subida, la razón verdadera fue tener entendido que a nadie se permitía subir con armas de fuego. Sacó después algunas monedas y se las dio al *Entierravivos*, otro de su comitiva, diciendo: «Aguardadme aquí vosotros, divirtiéndoos entretanto con esa buena gente.» Por último, puso en manos del cabo unos cuantos escudos, insinuándole que la mitad era para él y la otra para repartir entre sus compañeros. Hecho esto, empezó a subir la cuesta en compañía del *Canoso*, que también había dejado su escopeta. Entretanto, los tres bravos referidos y el *Rompehuesos*, que era el cuarto (¡qué lindos apodos para que los conserve la historia!), se quedaron con los tres del señor del castillo y con aquel mocetón, aspirante a la horca, a jugar, emborracharse y contar sus respectivas hazañas.

Otro matón del caballero anónimo que subía la cuesta, alcanzó a D. Rodrigo, le miró, y habiéndole conocido, se incorporó con él, ahorrándole de este modo la molestia de decir su nombre y dar razón de su persona a cuantos fuera encontrando y no le conociesen. Llegado al castillo e introducido en él, quedándose fuera el *Canoso*, le hicieron atravesar un laberinto de corredores

oscuros y varios salones, cuyos adornos eran carabinas, escopetas, trabucos, pistolas y sables. Había un bravo de guardia en casi todas las piezas, y después de saludar al último y aguardar un breve rato, fue admitido en la que ocupaba el dueño.

Acercóse éste a recibirle, correspondiendo a su saludo, y mirándole al mismo tiempo de pies a cabeza, y en especial a la cara y las manos, como por hábito lo hacía casi involuntariamente con cuantos se le presentaban, aun cuando fuese el más antiguo de sus amigos. Era un hombre alto, flaco y calvo. Esta última circunstancia, la blancura de su escaso cabello y las arrugas del rostro, indicaban en él una edad más avanzada que la de sesenta años que apenas había cumplido. Su aire, sus modales, la dureza visible de sus facciones y el fuego concentrado que resplandecía en sus ojos indicaban cierto vigor de cuerpo y alma, que hasta en un joven hubiera parecido notable.

Díjole D. Dodrigo que iba a pedirle consejo y auxilio, pues hallándose empeñado en un negocio difícil, de que por su propio honor no podía retroceder, se había acordado de las ofertas de un sujeto que siempre cumplía más que prometía; y en seguida se puso a contarle su infame tramoya. El caballero, que ya tenía indicios, aunque confusos, del tal negocio, le escuchó con la mayor atención, tanto por lo que le agradaban semejantes historias, cuanto por estar complicado en aquella un nombre conocido y odiado en extremo, cual era el de fray Cristóbal, enemigo declarado de los poderosos que abusaban de su autoridad y fuerza, contra los cuales hablaba y obraba siempre que podía. Continuó después D. Rodrigo ponderando la dificultad de la empresa... la distancia... un convento... la señora... Al oír esta palabra, le interrumpió el caballero del castillo como si un demonio metido en su corazón se lo hubiese mandado, y añadió que tomaba a su cargo la empresa. Apuntó el nombre de la pobre Lucía, y despidió a D. Rodrigo con la promesa de que dentro de poco le daría aviso de lo que se hubiese adelantado.

Nuestros lectores, que probablemente se acordarán de aquel perverso Egidio que vivía cerca del convento en que estaba recogida Lucía, han de saber ahora que el tal personaje era uno de los más íntimos amigos y camarada de iniquidades del caballero sin nombre, por cuya razón soltó con tanta facilidad su palabra. Sin embargo, apenas se halló sólo, se arrepintió de haberla dado, impacientándose de su ligereza. Había ya algún tiempo que sus fechorías le causaban, si no remordimientos, al menos cierta desazón importuna. Las muchas que conservaba aglomeradas en su memoria, más bien que en su conciencia, se le presentaban vivamente al cometer una nueva maldad, pareciéndole harto incómodo su recuerdo, y abrumándole su excesivo número, como si cada una agravase sobre su corazón el peso de las anteriores. Empezaba ya a sentir otra vez aquella repugnancia que experimentó al cometer los primeros delitos, y que vencida después, había dejado de importunarle por espacio de muchos años. Pero si en los primeros tiempos la idea de un porvenir indefinido y de una vida larga y vigorosa llenaban su ánimo de una confianza irreflexiva, ahora por el contrario, la consideración de lo futuro era la que le presentaba más desagradable lo pasado.

¡Envejecer!... ¡Morir!... ¿Y luego? ¡Cosa admirable! La imagen de la muerte, que en un peligro inmediato, delante de un enemigo, aumentaba el ánimo de aquel hombre, añadiendo el valor a la ira, la misma imagen ofreciéndosele durante el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, le causaba una extraordinaria consternación, porque no era un riesgo que provenía de otro hombre también mortal, ni una muerte que pudiera repelerse con mejores armas y brazos más vigorosos, sino que venía por sí sola, estaba dentro de sí mismo, y aun cuando tal vez se hallase lejana, se acercaba por momentos paso a paso: y cuanto más se esforzaba por alejarla la imaginación, se aproximaba más y más cada día. En los primeros años, los ejemplares sobrado frecuentes, y el espectáculo incesante, digámoslo así, de violencias, venganzas y asesinatos, inspirándole una atroz emulación, le servían al mismo tiempo de disculpa, y aun de autoridad para adormecer los clamores de su conciencia; pero ahora se despertaba en él de cuando en cuando la idea confusa, aunque terrible, de un juicio individual y de una razón independiente del ejemplo. Por otra parte, el haberse distinguido de la turba vulgar de los malhechores, siendo solo en su especie, excitaba en su espíritu la idea de un espantoso aislamiento. Representábasele también la idea de

Dios, aquel Dios de quien había oído hablar, pero a quien desde tiempo muy antiguo no pensaba ni en negar ni en reconocer, ocupado únicamente en vivir como si no existiera.

Y ahora en ciertas ocasiones de abatimiento, sin causa de terror, sin fundamento conocido, le parecía que en su interior le gritaba: Yo existo. En el fervor juvenil de sus pasiones, la ley que había oído anunciar a nombre de ese mismo Dios, la hubiera juzgado aborrecible; pero ahora, cuando la memoria se la recordaba, su razón la admitía, a pesar suyo, como cosa practicable y aun obligatoria. Sin embargo, lejos de dejar traslucir ni en obras ni en palabras algo de esta nueva inquietud, la ocultaba cuidadosamente, y disfrazándola con las apariencias de una más intensa y profunda ferocidad, trataba por este medio de ocultársela a sí mismo o de disiparla. Envidiando (ya que no le era dado aniquilarlos ni olvidarlos) aquellos tiempos en que solía cometer maldades sin remordimientos, y sin más cuidado que el de su feliz éxito, hacía los mayores esfuerzos a fin de que volviesen, y de robustecer de nuevo aquella antigua voluntad resuelta, orgullosa, imperturbable, persuadiéndose a sí mismo que era todavía el hombre de entonces.

Esta fue la causa de haber empeñado su palabra inmediatamente para cerrar la entrada a toda reflexión que pudiera hacerle titubear. Pero apenas salió D. Rodrigo, cuando conociendo que se debilitaba su resolución, y que poco a poco le ocurrían pensamientos que le inclinaban a faltar a su palabra, exponiéndole a quedar mal con un amigo y cómplice suyo; para cortar de una vez tan penosa lucha, hizo llamar al *Gavilán*, uno de sus más arrojados y diestros satélites, y el mismo de quien se valía para su correspondencia con Egidio, y con tono resuelto le mandó que montase al momento a caballo, marchase en derechura a Monza, e informando a Egidio del compromiso en que se hallaba, le pidiese dictamen, medios y cooperación para salir de él con lucimiento.

Volvió el perverso mensajero más presto que lo que su amo esperaba, diciéndole de parte de Egidio que la empresa era segura y fácil, para lo cual convenía que enviase un coche que no fuese conocido, con dos o tres bravos disfrazados, y que todo lo demás quedaba de su cuenta. Con esta contestación el caballero del castillo, pasase lo que pasase en su interior, dio inmediatamente la orden al mismo *Gavilán* para que todo lo dispusiese al tenor de la respuesta de Egidio, y marchase a la expedición con otros dos que le designó por compañeros.

Si Egidio, para prestar el horrible servicio que se le pedía, hubiese contado con sus medios ordinarios, seguramente no hubiera dado con tanta facilidad una contestación tan terminante; pero en aquel mismo asilo en donde al parecer todo debía ofrecer obstáculos insuperables, tenía el perverso joven un medio que él solo conocía; y lo que para otros hubiera sido una de las mayores dificultades, era para él un instrumento de ejecución de su proyecto. Ya hemos referido cómo la desgraciada Gertrudis dio una vez oído a sus palabras, y el lector debe haber conocido que aquella vez no fue la última, sino el primer paso en una carrera de perversidad y de sangre. Habiendo aquellas mismas palabras adquirido un predominio absoluto sobre Gertrudis, o diré mejor, una autoridad irresistible para el delito, le impusieron en esta ocasión el sacrificio de la inocente puesta bajo su patrocinio.

Horrorizóse Gertrudis a semejante propuesta. Hubiérale parecido una desgracia perder a Lucía por un acontecimiento imprevisto, y sin culpa suya; pero deshacerse de ella por medio de una atroz perfidia, era un delito que repugnaba a su corazón, aunque corrompido. Para eximirse, pues, de tan horrendo mandato empleó todos los medios posibles, a excepción del único infalible que estaba en su mano; porque sojuzgada su voluntad, no sabía resolverse a un rompimiento. El delito es un dueño rígido e inflexible, contra el cual sólo es fuerte el que se decide a una completa rebelión. A ésta no pudo determinarse Gertrudis, y obedeció.

Era llegado el funesto día, y se acercaba ya la hora señalada. Retirada Gertrudis con Lucía en su locutorio privado, la acariciaba más de lo regular, y la inocente joven recibía y pagaba con excesiva ternura aquellas caricias, como la oveja que, balando bajo la mano del pastor que la palpa y suavemente la arrastra, se vuelve a lamer aquella misma mano, sin imaginar que fuera del redil le aguarda el carnicero, a quien acaba de venderla el mismo que la halaga.

—Necesito —le dijo Gertrudis— que me hagas un favor: tú sola puedes hacérmelo, pues aunque tengo mucha gente que me sirva, ninguna es para mí de tanta confianza como tú. Por un asunto mío de mucha importancia, que te contaré después, necesito hablar inmediatamente al padre Guardián de los capuchinos, el mismo que te ha traído aquí. También me importa mucho, querida Lucía, que nadie sepa que yo le mandé llamar, y tú sola puedes secretamente llevar este recado...

Aterró a Lucía semejante propuesta, y con su natural sencillez, pero sin dejar de manifestar admiración, alegó inmediatamente para excusarse, todas las razones que la monja debía conocer y haber previsto por sí misma: es decir, el haber de caminar sola sin su madre, sin persona alguna que la acompañase, en un paraje tan solitario, y en país desconocido... Pero Gertrudis, aleccionada en una escuela infernal, manifestó disgusto e igualmente admiración de encontrar tanta resistencia de parte de una persona a quien había hecho tantos beneficios, y aparentó tener por vanas las disculpas, alegando el ser de día claro, corta la distancia, el camino andado poco antes por Lucía, y tan fácil, que con pocas señas no lo erraría cualquiera que jamás lo hubiese visto; y en fin, tanto dijo, tanto peroró, que la pobre Lucía, no menos por encogimiento que por gratitud, dejó caer esta expresión:

—Y bien, ¿qué es lo que he de hacer?

—Vete al convento de los capuchinos —y aquí le dio de nuevo la señas del camino—, harás que llamen al padre Guardián, y le dirás que venga a verme al momento, sin dejar traslucir que es a petición mía.

—¿Y qué podré decir a la demandadera, que no habiéndome visto salir nunca, me preguntará dónde voy?

—Harás lo posible por salir sin que te vea; pero si no pudiese ser, le dirás que vas a tal iglesia, a que has prometido ir a rezar una estación.

El mentir fue una nueva dificultad para Lucía; pero la señora se mostró tan afligida de su resistencia, le afeó tanto el que antepusiese un vano escrúpulo a la gratitud, que la infeliz muchacha, más atolondrada que convencida, y arrastrada sobre todo por las últimas palabras, respondió:

—Bien, iré; Dios me ayude.

Y echó a andar.

Cuando Gertrudis, que inquieta la seguía con los ojos desde la reja, la vio poner el pie en el umbral, impulsada por un sentimiento irresistible, llamó diciendo:

—Oye... Lucía.

Volvió ésta la cabeza, se acercó a la reja; pero ya el pensamiento dominante había ocupado de nuevo la triste imaginación de Gertrudis; la cual aparentando no estar bien satisfecha de las señas que había dado a Lucía, le trazó otra vez el camino que debía seguir, y le despidió diciendo:

—Vaya, haz bien mi encargo y vuelve presto.

Salió Lucía sin ser vista, tomó el camino con los ojos bajos, y muy arrimada a la pared, y halló por las señas, y lo que se acordaba, la puerta del arrabal; salió por ella, y marchando toda metida en sí y algo trémula por el camino real, llegó y conoció el que conducía al convento. Este camino era y es todavía muy hondo, como el cauce de un riachuelo con árboles a los lados, que a manera de bóveda casi lo cubren. Al entrar en él Lucia, y viéndole tan solitario, se aumentó su miedo, y comenzó a apresurar el paso; pero a corta distancia cobró algún ánimo al divisar un coche de camino, parado, y delante de la portezuela abierta, dos viajeros que miraban de un lado a otro, como si temiesen haber errado el camino. Habiéndose acercado más, oyó a uno de los dos que decía:

—Aquí viene una buena mujer que nos enseñará el camino.

En efecto, llegada al coche, el mismo hombre con más agrado que lo que anunciaba su cara, se volvió y le dijo:

—Niña, ¿quiere usted enseñarnos el camino de Monza?

—Van ustedes de todo punto extraviados... Monza está hacia aquella parte —contestó la pobrecilla, volviéndose para señalar con el dedo, cuando el otro compañero, que era el *Gavilán*, cogiéndola de repente por la cintura, la levantó del suelo.

Aterrada Lucía, volvió la cabeza, dio un grito, y el perverso la metió en el coche. Cogióla otro que estaba dentro al vidrio, y a pesar de sus esfuerzos y gritos, la plantó sentada en la testera delante de sí, al paso que otro tapándole con un pañuelo la boca, ahogó su voz y sus gemidos. Al momento se metió también el *Gavilán* en el coche, se cerró la portezuela, y echaron a andar a carrera tendida, quedando en tierra el que la había hecho aquella traidora pregunta, el cual miró arrebatadamente todo alrededor, y viendo que nadie había, se puso de un salto en el alto de la orilla, se aseguró de una rama de un seto que guarnecía el camino, brincó al otro lado, y entrando en unos matorrales que se extendían por largo trecho, se ocultó en ellos, para que no le viesen la gentes que hubiesen podido acudir a los gritos. Era éste un satélite de Egidio, que apostado cerca de la puerta del convento, vio a Lucía salir, le tomó las señas, y por un atajo marchó a aguardarla al punto convenido.

¿Quién podrá ahora describir la angustia de aquella desgraciada, y dar una idea de lo que pasaba en su corazón? Espantada abría los ojos para conocer su horrible situación, al punto los cerraba por la repugnancia y el terror que le infundían aquellos monstruos.

A veces forcejaba; pero por todas partes estaba sujeta: otras reunía todas sus fuerzas, intentando arrojarse a la portezuela; pero la tenían como clavada en la testera del coche dos robustos brazos, y cuatro groseras manos la empujaban hacia ella. En cuanto hacía el menor esfuerzo para dar un grito, el pañuelo se le ahogaba en la boca: entretanto tres bocas de infierno, con la suavidad que su bronca voz les permitía, no cesaban de repetir:

—Calla, calla, no tengas miedo; no tratamos de hacerte mal.

Después de algunos momentos de tan penosa lucha, pareció tranquila, soltó los brazos, dejó caer la cabeza atrás, levantó con trabajo los parpados, sus ojos quedaron inmóviles, y aquellas horrendas caras le parecieron un conjunto confuso de monstruos; faltóle el color del rostro, que se le cubrió de un sudor helado, y perdió el uso de los sentidos.

—¡Animo! ¡ánimo! —decía el *Gavilán*.

—¡Ánimo! ¡ánimo! —repetían los otros dos bribones; pero la falta de sentido libraba a Lucía de oír las voces de consuelo de aquella canalla.

—¡Qué diablos! —dijo uno— parece muerta. ¿Si habrá muerto de veras?

—Vaya —contestó el otro—; es uno de aquellos accidentes que padecen las mujeres. Yo sé que cuando he querido enviar al otro mundo algún penitente, hombre o mujer, muy diferente eran sus visajes.

—Basta —dijo el *Gavilán*— piense cada uno en cumplir con su obligación, sin tantas bachillerías. Sacad de debajo de los almohadones los trabucos por tenerlos listos, porque en ese bosque en que vamos a entrar hay siempre algunos bribones apandados; pero no en la mano de esa manera: ¡qué diablos! ponedlos a la espalda tendidos. ¿No veis que esta muchacha es una gallina que de todo se asusta? Si ve armas, es capaz de morirse de veras. Cuando vuelva en sí, cuidado con meterle miedo: ni la toquéis, sino cuando yo os haga una seña. Yo solo basto para tenerla: callad, pues; dejadme que hable yo solo.

Con esto el coche había entrado ya en el bosque.

Al cabo de algún tiempo la pobre Lucía empezó a volver en sí, como si despertara de una profunda pesadilla, y abrió los ojos. Tardó algún tanto en distinguir los fieros objetos que la rodeaban, y en coordinar sus ideas; pero al fin comprendió de nuevo su espantosa situación.

El primer uso que hizo de sus pocas fuerzas recobradas fue el arrojarse hacia la portezuela del coche; pero la contuvieron, y no consiguió sino ver un instante la silvestre soledad por donde

pasaba. Levantó de nuevo la voz; mas alzando el *Gavilán* su manaza con el pañuelo, le dijo con la mayor dulzura que pudo:

—Vaya, estáte quieta, que será mejor para ti. No tratamos de hacerte mal; pero si no callas, nosotros te haremos callar.

—¡Dejadme! ¿quiénes sois vosotros?... ¿A dónde me lleváis? ¿Por qué me habéis detenido? Dejadme, dejadme.

—Te repito que no tengas miedo. Ya no eres una niña, y bien debes conocer que no queremos hacerte mal. ¿No ves que si fuera mala nuestra intención, ya te hubiéramos podido matar cien veces?

—No, no, dejadme que me vaya mi camino. Yo no os conozco.

—Nosotros te conocemos a ti.

—¡Ay, Virgen bendita! ¡Dejadme ir por amor de Dios! ¿quiénes sois vosotros? ¿por qué me habéis preso?

—Porque nos lo han mandado.

—¿Quién, quién ha podido mandároslo?

—¡Chitón! —dijo el *Gavilán* con ceño.— A nosotros no se nos preguntan esas cosas.

Otra vez intentó Lucía arrojarse de improviso a la portezuela; pero viendo que era inútil, acudió de nuevo a las súplicas, y con el rostro inclinado y las mejillas bañadas en lágrimas, la voz interrumpida con los sollozos, y las manos juntas delante de los labios, decía:

—¡Ay de mí! ¡dejadme marchar por amor de Dios! ¡por los dolores de María Santísima, dejadme marchar! ¿Qué mal os he hecho yo? Yo soy una infeliz que a nadie he hecho daño. El que me habéis hecho os lo perdono de todo corazón, y rogaré a Dios por vosotros. Si tenéis una hija, una esposa o una madre, reflexionad lo que sufriría si se hallase en mi lugar. Acordaos que todos hemos de morir, y que un día desearéis que el Señor use con vosotros de misericordia. Dejadme ir, o dejadme aquí, que el Señor hará que encuentre mi camino.

—No podemos.

—¿No podéis? ¿Y por qué? ¿A dónde queréis llevarme?

—No podemos decirlo: todo es inútil. No tengas miedo; ningún daño te hemos de hacer. Estáte quieta, y nadie te tocará.

Angustiada Lucía, desalentada y llena de terror al ver que sus palabras no producían efecto alguno, se dirigió al que tiene en sus manos el corazón de los hombres, y puede cuando quiere enternecer a los más endurecidos. Acurrucóse, pues, en el rincón del coche, cruzó los brazos sobre el pecho y oró fervorosamente en su corazón, y sacando luego el rosario, empezó a rezarle con más fe y devoción que nunca. Esperando de tiempo en tiempo haber alcanzado la divina misericordia, se volvía a suplicar otra vez a sus verdugos; pero siempre inútilmente. Volvía a perder el uso de los sentidos, y los recobraba luego para padecer nuevas angustias.

Pero ya nos falta el ánimo para continuar describiéndolas más tiempo. La compasión nos apresura a que lleguemos al término de aquel viaje, que duró más de cuatro horas, y después del cual tendremos que pasar otras también de angustias. Traslademonos, pues, al castillo, en donde aguardaban a la desgraciada.

Aguardábala el dueño con un interés y una suspensión de ánimo no acostumbrado. ¡Cosa particular! El que con espíritu imperturbable había dispuesto de tantas vidas, y en todas sus fechorías siempre tuvo en nada las congojas que había hecho sufrir, menos cuando alguna vez por espíritu de venganza se gozaba en ellas, ahora al cometer este atentado contra una miserable aldeana, experimentaba cierta especie de repugnancia, de disgusto, y aun pudiéramos decir de miedo.

Había algún tiempo que desde una ventana de las más altas del castillo estaba en acecho mirando hacia la entrada del valle, cuando apareció el coche, que venía con mucha lentitud, porque la primera carrera a galope tendido había debilitado la fuerza de los caballos. Aunque desde la altura en que estaba en observación, parecía el coche uno de aquellos de cartón con que se entretienen los muchachos, le conoció inmediatamente, sintiendo en su corazón nuevos y más fuertes latidos.

—¿Si vendrá en él? —dijo para sí.— ¡Cómo me fastidia el asunto de esa mujer! Voy a desembarazarme de semejante encargo.

Y ya se disponía a llamar a uno de sus satélites para que llegándose al coche mandase al *Gavilán* que diese la vuelta y condujese a Lucía al castillo de D. Rodrigo; pero cierta voz imperiosa que resonó en su interior le hizo desistir de tal pensamiento. Sin embargo, no pudiendo resistirse al ansia de mandar alguna cosa, y fastidiado de estar aguardando ociosamente el coche, que se acercaba con una lentitud que para él tenía accidentes de molestia, llamó a una vieja que tenía en su casa.

Hija ésta de un antiguo conserje del castillo, había nacido en él, y allí había pasado toda su vida. Lo que desde su nacimiento había visto y oído la había hecho formar un concepto asombroso y terrible del poder de sus amos, y la máxima principal que le habían inspirado la educación y el ejemplo, era la de que convenía obedecerlos en todo y por todo, porque podían hacer mucho mal y mucho bien. La idea de obligación depositada como germen en el corazón de los hombres, desenvolviéndose en el suyo a par que las de un respeto, un temor y una codicia servil, se había identificado en ella con estos sentimientos. Cuando su amo, después de entrar en posesión de sus bienes, empezó a hacer de ellos aquel uso espantoso que hemos visto, experimentó la mujer al principio cierta repugnancia acompañada de un sentimiento más profundo de sumisión, acostumbrándose con el tiempo a lo que diariamente veía y oía; por manera que la voluntad firme y desenfrenada de aquel poderoso era para ella una especie de fallo de la justicia. Casóse en edad madura con uno de los criados de la casa, el cual, habiendo salido muy luego a una expedición peligrosa, quedó en la estacada, dejando sus huesos en una encrucijada y a la mujer viuda en el castillo. La venganza que tomó su amo en aquella ocasión fue para ella un consuelo feroz, y aumentó su vanidad por hallarse bajo tan poderosa protección.

Desde entonces salía raras veces del castillo, y poco a poco de todas las ideas humanas no le quedaron más que las que recibía en aquel paraje. No estaba destinada a ocupación alguna particular, pero entre aquella caterva de satélites, ya uno, ya otro le daba que hacer a cada instante, y esto era lo que la mortificaba. Ya tenía que remendar trapos, ya que preparar apresuradamente la comida para los los que solían volver de alguna expedición, y ya heridos que curar. Los urgentes mandatos de aquella canalla, sus reconvenciones, y hasta las expresiones de agradecimiento iban siempre acompañadas de improperios y apodos, siendo el usual el de vieja con el apéndice que siempre le añadían, y que variaba según las circunstancias y el humor del que hablaba. Incomodada la mujer en su pereza, y provocada en su cólera, que eran sus dos pasiones predominantes, pagaba a veces semejantes cumplimientos con expresiones en que Satanás hubiera encontrado más rastros de ingenio que en las de sus provocadores.

—¿Ves allá abajo aquel coche? —le dijo su amo.

—Bien le veo —contestó la vieja, sacando afuera la afilada barba y violentando los ojos, como si hubiese querido hacerlos salir de sus órbitas.

—Ea, pues, haz que al momento dispongan una litera; métete en ella, y que te lleven a la *Malanoche*; pronto, pronto, para que llegues antes que ese coche, que trae un paso de caracol. Viene en él, o debe venir, una muchacha; si con efecto viene, dile al *Gavilán* que la meta en la litera y que inmediatamente suba aquí. Tú entrarás en ella... en la litera, y en llegando, la conducirás a tu cuarto. Si te preguntase dónde va, de quién es el castillo, cuidado con decirle...

—Ya, ya —dijo la vieja.

—Pero anímala —dijo el caballero.

—¿Qué he de decirle?

—¿Qué has de decirle? Anímala te digo. ¡Tan vieja, y no sabes cómo se anima a una persona! ¿nunca has tenido tú pesadumbres? ¿No has tenido tú nunca miedo? ¿No sabes las palabras que consuelan en semejantes circunstancias? Díselas, ¡mal rayo te parta! y vete pronto.

En cuanto se fue la vieja, quedó el caballero a la ventana con los ojos clavados en el coche, que ya iba progresivamente pareciendo más grande. Miró luego al sol, que entonces caminaba a ocultarse detrás de la montaña: miró detrás a las nubes, que de pardas se volvieron en un instante de color de fuego; por último se retiró, cerró la ventana, y empezó a pasear arriba y abajo por el cuarto con pasos de caminante que tiene prisa.

XXI.
El voto de Lucía.

Ya había marchado la vieja a obedecer, y a mandar con la autoridad de un nombre que pronunciado en aquel sitio, servía para todos de espuela, pues a nadie podía ocurrirle que hubiera quien se aventurase a abusar de él. Llegó con efecto a la *Malanoche* poco antes que el carruaje, y viéndole cerca, salió de la litera, hizo señal al cochero para que parase, se acercó a la portezuela, y al *Gavilán* que sacó la cabeza le comunicó al oído la orden de su amo.

Al pararse el coche, se movió Lucía, volviendo de una especie de letargo en que estaba sumergida. Sobresaltóse de nuevo, abrió la boca y los ojos, y quedó como espantada. Vuelto a su rincón el *Gavilán*, la vieja con la barba apoyada en el borde de la portezuela y mirando a Lucía, le iba diciendo:

—¡Ven, pobrecita niña! ven conmigo, que tengo orden de tratarte bien y animarte.

Al eco de una voz femenil, se consoló y animó momentáneamente Lucia; pero sobrecogida de nuevo de más profundo espanto:

—¿Quién es usted? —preguntó con voz trémula y mirando como atónita la cara de la vieja, que repetía sin cesar:

—Ven, pobrecilla, ven, querida mía.

Conjeturando el *Gavilán* y sus dos compañeros por las palabras extraordinariamente halagüeñas de la vieja las intenciones del amo, trataban de persuadir a Lucía con buenos modales a que obedeciera: sin embargo, ésta no cesaba de mirar afuera, y aunque el lugar silvestre y desconocido y la presencia de sus opresores no le dejaban esperanza de ser socorrida, abrió la boca para gritar; pero al leer en los ojos del *Gavilán* la amenaza del pañuelo, calló, tembló, forcejó; no obstante, la agarraron y la metieron en la litera. Entró tras de ella la vieja: el *Gavilán* dispuso que los dos satélites fuesen detrás como de escolta; y él se apresuró a ir a recibir las órdenes de su amo.

—¿Quién es usted? —preguntaba con ansia Lucía, mirando aquel espantoso y arrugado gesto.— ¿Dónde estoy? ¿Dónde me llevan?

—A la presencia de quien quiere hacerte bien —respondió la vieja—, de un gran... ¡Dichosos aquellos a quienes quiere hacer bien! ¡Qué fortuna para ti! ¡qué fortuna! No tengas miedo; alégrate... me ha mandado que te anime. Le dirás que te he animado; ¿sí?

—¿Quién es?... ¿por qué? ¿para qué me quiere? Yo no soy suya. Dígame usted dónde estoy. Déjeme usted que me vaya. Dígale usted a esa gente que me dejen... que me lleven a alguna iglesia. ¡Ay! usted que es mujer, en nombre de María Santísima...

Este dulce y santo nombre que con veneración había proferido la vieja en sus primeros años, y en largo tiempo no había vuelto a invocar, ni tal vez a oír, hizo en su ánimo una sensación confusa, extraña y lenta, como la memoria de la luz y de las formas en un octogenario ciego desde su infancia.

Entretanto el caballero, de pie en la puerta del castillo, miraba abajo viendo la litera, como antes el coche, subir paso a paso, y delante de ella a distancia que progresivamente se aumentaba, marchar el *Gavilán* presuroso. Llegado arriba, «ven acá», le dijo su amo, y precediéndole, entró, y se metió en una pieza del castillo.

—¿Y bien? —dijo, parándose en ella.

—Todo a pedir de boca —contestó el *Gavilán* bajando la cabeza.— El aviso a tiempo; la mujer a tiempo; nadie en el camino; un grito sólo al que nadie acudió; el cochero listo; los caballos a escape; ningún encuentro; pero...

—¿Pero qué?

—Pero... digo la verdad, hubiera preferido que se me hubiera mandado darle un tiro por detrás, sin verla, sin oírla hablar.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué dices?

—Digo que en todo el camino... ¡Vaya, me ha causado muchísima compasión!

—¿Compasión?... ¿Qué entiendes tú de compasión? ¿Qué es compasión?

—Nunca lo he entendido como esta vez. Es una cosa así a la manera de miedo. Si uno deja que se apodere de él, ya no es hombre.

—Oigamos un poco cómo ha hecho para moverte a compasión.

—¡Ah, señor excelentísimo! Tanto tiempo llora que te llora; quedarse blanca, blanca como una muerta, luego sollozar, poner ciertos ojos... Volver a llorar diciendo tales palabras... ¡Vaya qué palabras!...

«No la quiero en mi casa —decía entretanto para sí el señor del castillo— no la quiero. En mala hora me he comprometido; pero ya he dado mi palabra... en fin, la he dado... Cuando ya esté lejos...»

Y levantando la cara en ademán imperioso hacia el *Gavilán*, le dijo:

—Ea, pues, deja a un lado tu compasión, monta a caballo, llévate un compañero o dos, si quieres, y echa a andar, y no pares hasta llegar al castillejo de aquel D. Rodrigo... ya sabes... Dile que envíe inmediatamente, ¿estás? inmediatamente, porque si no...

Pero un no interior más poderoso que el primero le impidió concluir.

—No —dijo con tono resuelto como para expresarse a sí mismo la orden de aquella voz secreta—; no, vete a descansar, y mañana por la mañana harás lo que yo te diga…

«¡Algún demonio tiene esta mujer en su favor! —decía entre sí, hallándose ya solo, y de pie con los brazos cruzados, y la vista clavada en un punto del suelo, en donde entrando por una ventana alta los rayos de la luna, designaban un cuadro de luz pálida cortado en cuadros menores por los hierros de la reja, y en otros más pequeños por las divisiones de los vidrios.— ¡Algún demonio o algún ángel la protege! ¡Compasión el *Gavilán*!... Mañana, temprano, saldrá de aquí para su destino, y ya no se hable más de ella... y que no venga ese mentecato de D. Rodrigo a romperme la cabeza para darme las gracias, porque no quiero oír hablar de ella... Le he servido porque... porque se lo ofrecí... y lo ofrecí... porque es mi destino; pero he de hacer que me pague bien caro este servicio.»

Y empezando a discurrir alguna empresa escabrosa en que pudiese ocupar a D. Rodrigo en pago, o más bien en pena, vino a interponerse de nuevo en su mente la compasión del *Gavilán*.

—¡Mujer singular debe ser ésta! —continuó para sí, llevado siempre de aquel pensamiento.— ¿Qué medios habrá empleado? ¡Compasión el *Gavilán*!... no, pero sí; quiero verla.

Y pasando de una pieza en otra, halló una escalerita, se dirigió a tientas al cuarto de la vieja, y con el pie llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la vieja.

—Abre —respondió el amo.

A esta voz dio la mujer un brinco, y al punto se oyó correr el cerrojo, y de par en par se abrió la puerta. Desde el umbral recorrió el señor del castillo con la vista todo el cuarto, y a la luz de una lamparilla que estaba ardiendo sobre una mesa, vio a Lucía en el suelo acurrucada en el rincón del cuarto más distante de la puerta.

—¿Y quién te ha mandado —dijo con ira a la vieja—, quién te ha mandado, desalmada, que la eches allí como un costal de andrajos?

—Ella se colocó donde quiso —respondió humildemente la vieja.— Ya he hecho cuanto he podido para animarla: ella misma lo puede decir.

Acercándose el caballero al rincón en que estaba Lucía: «Levántate», le dijo; pero Lucía, a quien el llamar a la puerta, el abrir, las pisadas y la voz habían causado nuevo espanto, permanecía encogida en su rincón, tapándose con las manos la cara, y sin más movimiento que el del temblor que ocupaba todo su cuerpo.

—Levántate, que ningún daño quiero hacerte y puedo hacerte bien —replicó el señor del castillo—; levántate —dijo con voz más fuerte y como irritado de haber mandado una cosa dos veces en balde.

Animada por el mismo terror, se puso la infeliz inmediatamente de rodillas, y juntando las manos como si se postrara delante de una imagen, levantó los ojos hacia el caballero, y bajándolos al instante, dijo:

—Aquí estoy, máteme vuestra señoría.

—He dicho que no trato de hacerte daño —respondió el señor del castillo con voz más blanda, al ver sus facciones alteradas con la aflicción y el miedo.

—Animo, ánimo —decía la vieja—: si el mismo señor te asegura que no quiere hacerte daño.

—¿Y por qué —contestó Lucía, con una voz en que, entre el temblor del sobresalto, se advertía la firmeza de la desesperación;— por qué vuestra señoría me hace sufrir las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo?

—¿Has sido acaso maltratada? Dímelo.

—¿Qué más maltratada que haberme aprisionado a traición por fuerza? ¿Y por qué? ¿por qué me han detenido? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué sitio es este? ¿Qué les he hecho yo? Yo soy una desgraciada. ¡Por amor de Dios!...

—¡Dios! ¡Dios! —interrumpió el caballero— Siempre Dios. Los que no pueden defenderse por sí, ni tienen fuerza para ello, siempre tienen a ese Dios en la boca, como si le hubiesen hablado. ¿Qué pretendes con esa palabra? Hacerme...

Y dejó la frase sin concluir.

—¿Yo pretender? ¡Ah, señor! Yo, infeliz de mí, ¿qué puedo pretender sino que vuestra señoría use conmigo de misericordia? ¡Perdona Dios tantas culpas por una obra de misericordia! Déjeme vuestra señoría, déjeme en caridad que me vaya... Ved, señor, que habéis de morir, y tendréis gran sentimiento de haber hecho padecer tanto a una pobre criatura. Vuestra señoría, que puede mandarlo, dígales que me dejen. Aquí me han traído por fuerza... Que me encierren otra vez con esa mujer, y que me lleven donde está mi madre. ¡Ay, Virgen bendita! ¡mi pobre madre! Quizá no está lejos de aquí. Mande vuestra señoría que me lleven a alguna iglesia: yo rogaré a Dios por vuestra

señoría. ¿Qué le cuesta decir una palabra?... Me parece que vuestra señoría se mueve a compasión. ¡Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!

«¡Ah! ¿por qué no será hija de alguno de los que me han desterrado? —decía entre sí el señor del castillo—, de alguno de aquellos malvados que quisieran verme muerto? Que ahora me gozaría en su aflicción, y no que en su lugar...»

—No se resista vuestra señoría a una buena inspiración —continuaba con fervor Lucía, algo más alentada al ver ciertas señales de perplejidad en el semblante de su tirano...— Si vuestra señoría no me hace esta merced, me la hará el Señor quitándome la vida, y todo para mí se acabará. Quizá algún día... pero no, no: que yo siempre rogaré al Señor que le preserve de todo mal. ¿Qué os cuesta pronunciar una palabra? Si vuestra señoría experimentase las angustias que yo paso...

—Vaya, consuélate —interrumpió el caballero con cierta dulzura que dio en qué pensar a la vieja.— ¿Te he hecho yo por ventura algún mal? ¿te he amenazado?

—¡Ah, no señor! veo que vuestra señoría tiene buen corazón, y se compadece de esta pobre. Si vuestra señoría quisiera, podría hacerme más mal que otro alguno... porque podría hacer que me matasen; pero en su lugar, me ha consolado. ¡Dios se lo pague! Corone, pues, vuestra señoría la obra, y póngame en libertad.

—Mañana por la mañana...

—¡Ah, no señor! Ahora, ahora.

—Te digo que mañana por la mañana nos veremos: entretanto, consuélate y descansa. Debes tener falta de alimento; ahora os traerán de comer.

—¡Ah, señor! yo me muero si alguien entra aquí. Llevadme a alguna iglesia; Dios os tendrá en cuenta los pasos que diereis.

—Una mujer será la que venga —dijo el señor del castillo, y diciéndolo quedó admirado él mismo de ver cómo le había ocurrido semejante recurso, y cómo se había visto forzado a buscar un medio para alentar a una despreciable mujercilla. Y tú —continuó volviéndose a la vieja— anímala a que coma alguna cosa, métela en la cama para que descanse; si no le incomoda tu compañía, bien, y si no, podrás pasar una noche en el suelo; consuélala, y cuidado que la incomodes.

Diciendo esto, se dirigió a la puerta. Lucía corrió tras de él para detenerle, pero ya había marchado.

—¡Desgraciada de mí! —exclamó—. Cierre usted presto la puerta; —y en cuanto oyó dar una hoja con la otra y correr el cerrojo, se volvió a su rincón.

—¡Ay desgraciada de mí! —exclamó de nuevo sollozando.— ¿A quién me dirigiré ahora? ¿Dígame usted en caridad dónde estoy? ¿Quién es ese señor, ese que me ha hablado?

—¿Quién es? ¡Hola! ¡quisieras que yo te lo dijera!... ¡Yo!... Aguárdate un poco. ¡Hola! ¿porque te protege te has llenado de humo, y quisieras que yo satisficiera tu curiosidad para que me ahorcara luego?... Pregúntaselo a él. Si yo te lo dijera, no caerían sobre mí esos requiebros que has oído. Yo ya soy vieja —prosiguió refunfuñando entre dientes— y a perro viejo no hay tus, tus. ¡Mal hayan las mozuelas! que llorando o riendo, siempre, siempre parecen bien, y siempre tienen razón...

Pero al oír que Lucía sollozaba, y acordándose de lo que le había mandado su amo, se bajó hacia la pobrecita acurrucada, y con voz blanda le dijo:

—Vaya, que nada te he dicho que pueda ofenderte. Tranquilízate... no me preguntes las cosas que no te puedo decir; y en cuanto a lo demás, ten buen ánimo. ¡Ah si supieras! ¡Cuánta gente se alegraría de que le hablase como a ti te ha hablado! Alégrate, pues, también tú; presto traerán de comer... Y yo que entiendo las cosas... estoy segura, según te ha hablado, de que te irá bien. Después te meterás en la cama, y si quieres dejarme un ladito… —añadió con un acento de rabia reprimida.

—No quiero comer —contestó Lucía— no quiero dormir: dejadme quieta aquí, y no os acostéis ni os apartéis de mi lado.

En este estado no sentía ni el frio ni el hambre, y como atolondrada, no tenía de su aflicción y de su mismo miedo sino una idea confusa, a manera de la que tiene de sus sueños un calenturiento.

Recobróse cuando oyó llamar a la puerta, y levantando la cabeza, gritó:

—¿Quién es? ¿quién es? Que nadie entre.

—Nada, nada, buena noticia —dijo la vieja—; es Marta que trae de comer.

—Cierre usted... cierre usted aprisa —gritaba Lucía.

—Poco a poco —dijo la vieja.

Y tomando de Marta un cesto, la despachó apresuradamente, cerró la puerta y fue a poner el cesto sobre una mesa en medio del cuarto. Llamó luego repetidas veces a Lucía, brindándola para que fuese a disfrutar de aquellos manjares.

Empleaba las palabras a su parecer más eficaces para convencer a su huéspeda, o prorrumpía en exclamaciones ponderando los platos y las salsas.

—Estos son —decía— bocados de cardenal: el vino es el que bebe el amo con sus amigos, cuando alguno llega y tratan de alegrarse.

Pero viendo que con toda su elocuencia nada adelantaba:

—Ya ves —le dijo— que eres tú la que no quiere: no digas mañana que no te he animado. Yo cenaré, y quedará aquí sobrada comida para cuando tú dejes de ser tonta y quieras obedecer.

Dicho esto, se arrojó con ansia sobre la comida, y cuando no quiso más, volvió al rincón, e instó de nuevo a Lucía por que tomase alguna cosa y se acostase.

—No, nada quiero —contestó Lucia con voz apagada, y como soñolienta; y prosiguió luego con más resolución—: ¿Está cerrada la puerta? ¿Está bien cerrada?

Y después de haber mirado alrededor, se levantó, y con las manos adelante y paso ligero se dirigió a ella.

Llegóse antes la vieja, y meneando la puerta y el cerrojo, dijo:

—¿Lo ves cómo está bien cerrada? ¿Estás contenta ahora?

—¡Yo contenta en este lugar! —contestó Lucía acogiéndose de nuevo a su rincón—; pero el Señor sabe que estoy aquí.

—Ven a dormir: ¿qué has de hacer ahí echada como un perro? ¿Quién ha visto no aprovecharse de las comodidades cuando se pueden disfrutar?

—No, no, déjeme usted en paz.

—Tú eres quien lo quiere así, yo me echo aquí en la orilla: te dejo casi toda la cama. Si quieres venir a acostarte, ven en hora buena. Acuérdate que te he instado muchísimas veces.

Diciendo esto, se metió vestida debajo de la ropa, y todo quedó en silencio.

Sentada e inmóvil estaba Lucía en aquel rincón con las rodillas pegadas al cuerpo, las manos en las rodillas y la cara en las manos. Ni velaba ni dormía, embebecida en una rápida serie de pensamientos, aprensiones y temores. Ya más en su acuerdo, y penetrada de los horrores que había visto y sufrido aquel día, calculaba mejor la realidad de las circunstancias en que se hallaba envuelta. Ahora trasladando su imaginación a una región más oscura, luchaba con los fantasmas que le presentaba el terror con la incertidumbre. Permaneció largo tiempo en esta crisis de angustia, hasta que por fin quebrantada y abatida dejó caer sus miembros doloridos, y tendida quedó algún rato en un estado casi parecido al sueño; pero no tardó en recobrarse por cierto impulso interior que la excitó a examinar e indagar más detenidamente las causas de su terrible situación.

Parósе a escuchar cierto ruido que oía, y advirtió que era el roncar lento y acatarrado de la vieja. Abrió los ojos, y vio un resplandor débil, que alternativamente aparecía y desaparecía: era la

lámpara que, próxima a apagarse, arrojaba una luz trémula, la cual de pronto parecía cesar, y que separándose de los objetos antes que por ella tomasen su verdadera figura y colorido, presentaba a la vista un conjunto de cosas confuso y desordenado; pero renovándose al momento en la imaginación las recientes impresiones, pudo distinguir lo que parecía confuso a los sentidos, con lo cual despierta la infeliz conoció su cárcel, acometiéndola al mismo tiempo todas las memorias del tremendo día que había pasado, y los temores que le infundía un porvenir espantoso. Aquel sosiego mismo, después de tanta agitación, aquella especie de descanso y abandono en que la dejaron, infundieron en ella un nuevo terror, y fue sobrecogida de una pena tan grande, que llegó a desear la muerte.

Pero en aquel instante le ocurrió que podía rezar, y este pensamiento le causó algún consuelo. Sacó, pues, su rosario, y comenzó a rezarle; y a medida que las palabras salían de su boca, experimentaba su corazón una confianza indeterminada, cuando de golpe le pasó por la idea que su oración sería más grata al Señor, si en tal apuro hiciera alguna promesa. Acordóse de lo que más amaba, o por mejor decir, de lo que más había amado, pues en aquel momento no era capaz de otro afecto más que de terror, ni podía concebir otro deseo sino el de su libertad, y determinó ofrecerlo en holocausto. Púsose, pues, de rodillas, y juntando las manos, de las cuales estaba pendiente el rosario, alzó la cabeza y los ojos al cielo, y dijo:

—¡Oh, Virgen Santísima! a quien tantas veces me he recomendado, y qué tantas veces me habéis consolado: vos que habréis sufrido tantos dolores, y ahora estáis llena de tanta gloria, y habéis hecho tantos milagros en alivio de los afligidos, ayudadme, sacadme libre de este peligro, haced que vuelva a unirme con mi madre, ¡Virgen gloriosísima! y hago voto de castidad, abandonando por siempre a mi pobre desgraciado para ser eternamente vuestra.

Pronunciadas estas palabras, bajó la cabeza, echándose al cuello el rosario como una especie de consagración del voto y de salvaguardia a un tiempo de su persona, y sentándose otra vez en el suelo experimentó su ánimo más tranquilidad y mayor confianza. Se acordó de aquel mañana que repitió el señor del castillo; esta expresión le pareció una promesa de salvamento. Fatigados sus sentidos con tanta guerra, fueron quedando poco a poco embargados en aquella tregua de pensamientos, y ya cerca del amanecer, Lucía con el nombre de su protectora en la boca, quedó sumergida en un completo y profundo sueño.

Alguno había en el castillo que hubiera querido hacer otro tanto, y jamás pudo conseguirlo. El señor, escapado, digámoslo así, de la vista de Lucía, dada la orden para su cena, verificada la acostumbrada visita de ciertos puntos del castillo, siempre con aquella imagen en su fantasía, y sus últimas palabras en los oídos, entró en su cuarto, cerrándose dentro con furia, como si hubiese fuera un enemigo más fuerte que él, y desnudándose se metió en la cama. Pero aquella misma imagen, sin apartarse nunca de su imaginación, parecía que le estaba diciendo: no dormirás.

«¡Qué curiosidad —decía para sí— fue la mía de ver a esa mujerzuela! Veo que tiene razón ese bestia de *Gavilán*; si uno deja que se apodere de su ánimo la compasión, ya no es hombre... Yo a la verdad no soy... ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué diablos se me habrán metido en el cuerpo? ¿Acaso no sabía yo que las mujeres gimotean? También lo hacen los hombres cuando no pueden rebelarse contra la fuerza. ¡Vaya, vaya! ¡Como si yo nunca hubiese visto mujeres haciendo alharacas!»

Y aquí, sin fatigar mucho su memoria, se le presentaba a la imaginación más de un caso en que ni súplicas ni gemidos pudieron hacerle desistir de empresas ya resueltas; pero semejante reminiscencia, lejos de prestarle el ánimo que le faltaba para llevar a cabo la presente como lo esperaba y creía, lejos de disminuir su compasión, no hacía sino agregarle una especie de consternación y terror; por manera, que le pareció que encontraba alivio en volver al recuerdo de Lucía, contra el cual había procurado alentar su valor.

«Está viva —decía entre sí—, se halla aquí; estoy todavía en tiempo de poderle decir: consuélate, vete, y... aun de disculparme... ¡Yo disculparme con una mujercilla! Sin embargo, si una palabra pudiera quitarme de encima esta fatiga... ¡A qué me veo reducido! Ya me parece que no soy

el hombre de antaño... ¡Ea! —diciendo esto, se volvió arrebatadamente al otro lado, pareciéndole más dura la cama y más pesada la colcha, y añadió:— ¡Ea! ¡fuera niñerías! algunas me han inquietado otras veces; aquéllas se pasaron, a éstas les sucederá lo mismo.»

No encontró, sin embargo, el descanso que deseaba. Continuaron molestándole mil cavilaciones; todos sus pensamientos, resoluciones y proyectos aumentaron su inquietud y disgusto. Causábale tedio todo cuanto le rodeaba, y lo único en que encontró algún alivio fue en acordarse que el día siguiente podía poner en libertad a la desgraciada Lucía.

«Sí, la dejaré en libertad en cuanto amanezca; iré al cuarto, y le diré *vete*. También haré que la acompañen... ¡Y mi promesa?... ¿Y mi compromiso?... ¿Y D. Rodrigo?»

A manera de quien se halla sorprendido por una pregunta inesperada y embarazosa de un jefe, pensó el señor del castillo en contestar a las que él mismo acababa de hacerse, o por mejor decir, era el hombre antiguo, que pensaba en responder al hombre nuevo, constituido de improviso su juez.

Buscando en su mente las razones por que casi sin ser suplicado se ofreció a hacer penar sin odio ni motivo a una infeliz, sólo por servir a D. Rodrigo, con quien no tenía más relaciones que la analogía de perversidad, lejos de encontrar una sola plausible, las hallaba para admirarse de haberse tan fácilmente comprometido. Vio que aquella resolución no fue el resultado de una deliberación, sino un movimiento instantáneo del ánimo obediente a los sentimientos antiguos y habituales, y consecuencia de mil hechos anteriores; y buscando este hombre la causa de un hecho sólo, se vio engolfado en el examen de toda su vida, examen que le condujo a tal punto de desesperación, que echó mano a una de las pistolas que siempre tenía a la cabecera de la cama, con ánimo de quitarse la vida. Detúvole instantáneamente un confuso tropel de reflexiones acerca de lo que sucedería después de su muerte, de lo que hablarían sus enemigos, con otras de igual naturaleza, y absorto en ellas, le ocurrió un nuevo pensamiento.

«Si la otra vida —dijo para sí— de que me hablaban cuando era niño, y de que todavía se habla, es una invención de los curas, ¿por qué afligirme? ¿por qué morir? ¿qué importa todo lo que he hecho? ¿qué locura es la mía?... ¿Y si la hay?...»

Con esta duda, con este riesgo se apoderó de él mayor desesperación, y tanto mayor cuanto ni con la muerte podía librarse de ella. Cayósele la pistola de la mano, y se hallaba en un estado de frenesí imponderable, cuando le vinieron a la memoria estas palabras que pocas horas antes había oído: *¡Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!* Y no le vinieron a la memoria con aquel tono de humilde súplica con que se profirieron, sino con un prestigio de autoridad, preludio de remota esperanza. Aquel momento lo fue de alivio para él. Fijó la imaginación en la que las había pronunciado, y la miraba ya no como su cautiva suplicante, sino como quien dispensa gracias y consuelos. Aguardaba con ansia el día para correr a librarla, y oír de su boca otras palabras de alivio y de vida, y proyectaba ir él mismo a entregarla a su madre.

«¿Y luego, qué haré mañana?... ¿Y después de mañana?... ¿Y por la noche?» Y refiriéndose al vacío que descubría en el porvenir, buscaba en vano el modo de emplear el tiempo, y cómo pasar los días y las noches. Ya se proponía dejar el castillo, y pasar a país extranjero en donde nadie tuviese noticia de él. Ya concebía una remota esperanza de recobrar su antiguo ánimo y sus antiguos deseos, y de que aquel no sería sino un delirio pasajero, y ya se arredraba al reflexionar lo que pensarían y dirían sus amigos al verle cambiado de aquella manera, cuando justamente al amanecer, pocos instantes después de haberse dormido Lucía, estando sentado en la cama, llegó a sus oídos un rumor lejano que, aunque confuso, parecía festivo.

Púsose a escuchar con más atención, y conoció que era repique de campanas, que de cuando en cuando repetía lánguidamente el eco de la montaña, o se confundía con él. De allí a poco oyó otro repique más cercano, y luego otro y otro. «¿Qué función será esta? —exclamó—. ¿Por qué estará tan alegre esa gentualla? ¡Qué contentos están!» Con esto saltó de la cama, que para él era de espinas, y a medio vestir corrió a abrir un postigo de la ventana. Oscuras estaban todas las montañas, y el cielo más bien que con nubes era todo una nube cenicienta; pero con la luz del día ya

claro, se divisaban en el camino del valle gentes que apresuradamente pasaban, otras que salían de sus casas, dirigiéndose por el mismo lado hacia la salida del valle a la derecha del castillo, y era fácil distinguir los trajes y el porte festivo de los caminantes. «¿Qué diablos —dijo—, tendrá esa canalla? ¿Qué habrá de nuevo en ese maldito país?»

Y dada una voz a un bravo de confianza que dormía en el cuarto contiguo, le preguntó cuál sería la causa de semejante movimiento. El bravo, que no sabía más que su amo, contestó que saldría a preguntarlo. El otro entretanto quedó observando aquel movimiento bullicioso que con la luz progresiva se divisaba con mayor claridad. Veíase pasar gente, y llegar gente de todas partes; hombres, mujeres y niños, a parejas, a bandadas, y solos. Unos alcanzando a los que iban delante se agregaban a ellos; otros saliendo de sus casas, se juntaban con el primero que encontraban en el camino, y a modo de conocidos antiguos marchaban juntos como a un viaje ya convenido. Las apariencias todas eran de agitación y júbilo general, y el campaneo simultáneo de los varios esquilones, que unos más lejos, otros más cerca, se oían en todas aquellas cercanías, era como la voz común que expresaba aquellos sentimientos, supliendo por las palabras que no podían llegar allá arriba. Miraba el señor del castillo, y cuanto más miraba, crecía en él la curiosidad por saber la causa de tanta alegría en los ánimos de tan diversas gentes.

XXII.
El heredero de un santo.

No tardó en volver el bravo con la noticia de que el día anterior el cardenal Federico Borromeo, arzobispo de Milán, había llegado al pueblo de***, en donde permanecería hasta la mañana siguiente, y que la noticia de su llegada, esparcida la noche antes, había excitado en los pueblos el deseo de ver aquel prelado; para lo cual el repique de campanas servía de aviso y de demostración de júbilo. Habiendo quedado solo el señor del castillo, continuo mirando al valle, mucho más pensativo que antes. «¡Por un hombre —decía para sí—, por un hombre tanto alboroto! ¡tanta alegría! ¿Qué tendrá ese hombre para causar semejante júbilo? De todos esos que parecen tan alegres, ninguno habrá que no tenga su demonio que le martirice; pero ninguno como el mío. Algunas monedas que distribuirá a la ventura... aunque no todos irán por limosna... Algunas señales en el aire... algunas palabras... ¡Ojalá tuviese para mí palabras de consuelo!... Si no fuera... ¿Y por qué no iré yo también a verle?... ¿por qué no?... Quiero ir; quiero hablarle de silla a silla... Pero ¿qué le diré?... Le diré..., oiré lo que él me diga.»

Tomada en confuso esta determinación, acabó aprisa de vestirse, se echó encima un sobretodo con apariencia militar; se colgó un par de pistolas al cinto, en el cual colocó también su puñal de costumbre, y descolgando de la pared una carabina casi tan famosa como él, se la echó a la espalda, tomó el sombrero, se lo puso y salió del cuarto, dirigiéndose antes al de Lucía. Dejó la carabina en un rincón cerca de la puerta, y llamó dando a conocer al mismo tiempo su voz. Saltó de la cama la vieja, se echó unos trapos encima y corrió a abrir. Entró el amo, y dando una mirada por todo el cuarto, vio a Lucía encogida y quieta en su rincón.

—¿Duerme? —preguntó de quedo a la vieja— ¿y duerme en aquel sitio? ¿Son esas, mala hembra, las órdenes que te he dado?

—He hecho cuanto he podido —respondió la vieja— pero no me ha sido posible conseguir que tomase bocado ni viniese a acostarse.

—Déjala que duerma, y ten cuidado de que nadie la incomode. Cuando despierte... Desde luego vendrá Marta aquí al cuarto inmediato, y tú la mandarás que traiga lo que Lucía te pida. Cuando despierte dile que yo... que el amo ha salido por poco tiempo, que volverá pronto, y que hará lo que ella quiera.

Atónita quedó la vieja diciendo entre sí: «¿Si será ésta alguna princesa?» Salió del cuarto el señor del castillo; recogió su carabina; a Marta le mandó que hiciese antesala, y al primer bravo que encontró que estuviese de guardia para que nadie pusiese el pie en aquel recinto: salió luego del castillo, y a paso acelerado echó a andar la cuesta abajo.

En el manuscrito que ya hemos citado algunas veces no se hace mérito de la distancia que mediaba desde el castillo al pueblo en que se hallaba el Cardenal; sin embargo, parece que sólo debía ser un largo paseo, proximidad que no deducimos de la concurrencia de los aldeanos a dicho pueblo, pues en las memorias de aquellos tiempos hallamos que desde veinte millas acudieron las gentes para ver una vez al Cardenal-arzobispo, sino que lo que tenemos que referir acerca de las cosas que sucedieron en aquel día, nos induce a inferir que el tránsito no debía ser muy largo. Los bravos que se hallaban en la cuesta se paraban respetuosamente al pasar el señor del castillo, y aguardando si tenía órdenes que darles, o quería que le acompañasen, se quedaban absortos al ver su ceño y las miradas con que les contestaba.

Pero así que llegó abajo y se halló en el camino real, fue otra cosa. Entre los primeros que le divisaron se levantó un murmullo muy grande, mirándole todos con desconfianza, y apartándose con disimulo de su persona. En todo el camino no dio ni un paso con alma viviente, pues todos aquellos a quienes alcanzaba, le miraban con recelo, le saludaban y acortaban el paso para quedarse atrás. Llegado al pueblo, donde el concurso era inmenso, allí fue ello. En cuanto se presento, corrió su nombre de boca en boca, y como todos le abrían paso, se llegó a uno de aquellos prudentes, preguntándole dónde se hallaba el Cardenal.

—En casa del cura párroco —respondió el preguntado, dándole las señas de ella.

Habiéndose dirigido a la misma, entró en un patio en donde había un sinnúmero de eclesiásticos, que todos se quedaron mirándole con atención y como recelosos. Vio enfrente una puerta abierta de par en par que daba a una pequeña sala en donde igualmente estaban reunidos muchos clérigos. Quitóse la carabina de encima, la puso en un rincón, y se metió en la sala. Allí también hubo murmullo, miradas, repetición de su nombre, y luego silencio: sin embargo, no impidió esto el que se volviese a uno de los circunstantes preguntándole dónde estaba el Cardenal, pues quería hablarle.

—Yo soy forastero —respondió el clérigo; y recorriendo con la vista la sala, llamó al Capellán secretario que en un ángulo de ella estaba justamente diciendo de quedo a un compañero suyo:

—Éste es aquel tan famoso: ¿qué vendrá a hacer aquí? ¡Dios nos libre!

No obstante, al oírse llamar en tanto silencio, no pudo dejar de acudir a donde le llamaban.

Hizo una reverencia al señor del castillo, oyó su pretensión, y mirándole a la cara con recelosa curiosidad, bajó inmediatamente los ojos al suelo, estuvo algunos instantes titubeando, y luego dijo con voz balbuciente:

—No sé si su Ilustrísima[8] podrá ahora... si estará... no sé... en fin, entraré a ver...

Y fue de muy mala gana a dar el aviso al Cardenal, que se hallaba en en la pieza inmediata.

En este punto de nuestra historia no podemos menos de pararnos un poco, como el viajero que triste y cansado de un largo camino en país árido y silvestre, se detiene un rato a la sombra de un árbol frondoso en la verde hierba y cerca de una fuente de agua cristalina. Hemos venido a dar con un varón cuyo nombre y memoria en cualquier tiempo recrea el ánimo con un agradable sentimiento de respeto y una dulce simpatía, especialmente después de tantas imágenes de dolor, y el recuerdo de repetidas y terribles perversidades. No hay remedio; es indispensable que empleemos algunos renglones en obsequio de este eminente personaje. El que no quisiese leerlos y prefiriese oír la continuación de la historia sin episodios, pásese en derechura al capítulo siguiente.

8 En la época a que se refiere esta historia, que pinta con la mayor exactitud y verdad las costumbres de aquellos tiempos en una gran parte de la Italia, aun no tenían los Cardenales el tratamiento de Eminencia, que les concedió después Urbano VIII.

Federico Borromeo, que nació en 1564, fue uno de aquellos varones ilustres, raros en todos tiempos, que con un talento superior, con cuantos medios proporciona la opulencia, y con las ventajas de su privilegiada clase, los empleó con ansioso y constante empeño en el bien de su prójimo. Su vida puede compararse a un arroyuelo que, saliendo cristalino de la peña sin estancarse ni enturbiarse nunca en su largo curso por diversos terrenos, va a desembocar limpio y trasparente en el río. Entre las comodidades y la pompa dio oídos desde la infancia a las palabras de abnegación y humildad, y a las máximas relativas a la vanidad de los placeres, a la injusticia del orgullo, a la verdadera dignidad, y a los verdaderos bienes, las cuales, penetren o no penetren en los corazones, se trasmiten de una generación en otra por los documentos elementales de la religión. Dio oídos, repito, a semejantes máximas, las apreció, y meditándolas con reflexión, halló que eran verdaderas. Con esto comprendió que no podían serlo otras palabras y otras máximas opuestas, que también se trasmiten de edad en edad con igual aseveración, y a veces por la misma boca; y se propuso tomar por norma de sus acciones y pensamientos las que conoció ser la verdad pura. Por ellas se convenció de que la vida no debía ser un peso para muchos y una delicia para algunos, sino para todos un empleo de que cada uno había de dar cuenta, y desde muchacho empezó a pensar en hacer útil y santa la suya.

En 1580 manifestó su resolución de abrazar el estado eclesiástico, y recibió las órdenes de mano de su primo Carlos, que desde entonces la voz general aclamaba ya por santo. Entró poco después en el seminario, que fundó el mismo San Carlos en Pavía, y que aun conserva el nombre de su familia, y allí, ocupándose asiduamente en los deberes prescritos por instituto, se impuso *de motu propio* otros dos, que fueron el de enseñar la doctrina cristiana a los más rudos y desvalidos del pueblo, y el de visitar, servir, consolar y socorrer a los enfermos. Valióse de la autoridad que le proporcionaba el mismo establecimiento para inducir a sus compañeros a que le ayudasen en semejante ocupación; y en toda obra de utilidad y honra ejerció la primacía de ejemplo que por su carácter y talento hubiera quizá logrado aunque hubiese sido de la más humilde fortuna. Las demás ventajas que las circunstancias de su clase podían proporcionarle, no sólo no las buscó, sino que puso el mayor empeño en rehusarlas. Su mesa fue más bien pobre que frugal, y su vestir más humilde que rico, y al tenor de esto fue toda la conducta de su vida. Ni jamás pensó en mudar de sistema, por más que varios de sus parientes le reconviniesen y se quejasen de que deslustraba el decoro de su familia.

Otra guerra tuvo que sostener por parte de los maestros, los cuales, furtivamente y como por sorpresa, empleaban para su uso objetos más ricos que le distinguiesen de los demás, y le representasen como el príncipe de la casa; ya porque creyesen hacerlos gratos con la continuación, ya porque los moviese aquel cariño servil que se envanece y recrea con el lustre ajeno, o, en fin, porque fuesen de aquellos supuestos prudentes que, asustándose tanto de las virtudes como de los vicios, predican continuamente que la virtud está en el medio, y este medio le colocan en el punto a que ellos han llegado, y en que sin incomodidad permanecen. Lejos Federico de conformarse con semejantes oficiosidades, reconvino siempre a sus autores, y esto era en su edad entre la pubertad y la juventud.

No es de admirar el que viendo a San Carlos su primo, mayor que él de veinticinco años, con aquel aspecto respetable, cercado de obsequios y veneración, y autorizado todavía más por su fama, y los indicios evidentes de su santidad, Federico muy joven procurase imitar su ejemplo, y conformarse con las máximas de tan respetable pariente; pero lo que hay más admirable es que después de la muerte de éste, nadie pudiese advertir que a Federico, de edad entonces de solo veinte años, le había faltado un director y un maestro.

La fama que cada día se aumentaba de su talento, doctrina y piedad, su parentela, los empeños de más de un cardenal de influjo, el crédito de su familia, en la que su primo había vinculado, según la opinión general, una idea de santidad y supremacía sacerdotal; en fin, todo lo que debe y puede elevar a los hombres a las dignidades eclesiásticas, concurría a pronosticárselas; pero el joven

Federico, persuadido en su corazón de lo que nadie que profesa el cristianismo puede negar; a saber, que no hay en justicia superioridad de un hombre sobre los demás sino en cuanto redunda en mayor bien del prójimo, temía las dignidades y procuraba evitarlas, no porque huyese de servirlas, pues pocas vidas se emplearon en esto tanto como la suya; sino porque no se creía suficientemente digno y capaz de tan alto y peligroso servicio; por lo que, habiéndole propuesto en 1595 Clemente VIII el arzobispado de Milán, se afligió, negándose sin titubear a admitirlo, hasta que por fin tuvo que acceder al mandato expreso del Papa.

Semejantes demostraciones no son ¿quién lo ignora? ni difíciles ni raras: y ciertamente no ha menester la hipocresía mayor esfuerzo para ostentarlas, que la sátira para burlarse de ellas sin distinguir de casos. ¿Pero dejarán de ser por eso la expresión natural de un sentimiento de virtud y modestia? La vida es la piedra de toque de las palabras, y las palabras que expresan tales sentimientos, aun cuando pasen por los labios de cuantos impostores y bufones tiene el mundo, serán siempre nobles y dignas de respeto, con tal que las autorice una vida anterior y posterior de desinterés y sacrificios.

Siendo ya arzobispo puso un estudio particular en no tomar para sí ni bienes, ni tiempo, ni cuidados, sino lo puramente necesario. Decía, como dicen todos, que las rentas eclesiásticas son el patrimonio de los pobres; y de qué modo hiciese luego la aplicación de semejante máxima se puede inferir del hecho siguiente. Quiso que se calculase a cuánto podían ascender los gastos para su manutención y la de los individuos destinados al servicio de su persona; y habiéndosele dicho que bastarían seiscientos sequines (mil doscientos pesos fuertes), mandó que de sus bienes patrimoniales se entregase cada año dicha cantidad a la tesorería arzobispal, creyendo que no le era permitido, siendo riquísimo, vivir de aquel patrimonio. Del suyo mismo era igualmente tan económico que jamás desechaba un vestido que no fuese casi inservible; sin embargo, reunía a semejante sencillez la más extremada limpieza, dos hábitos poco comunes en aquellos fastuosos y desaseados tiempos. De la misma manera, para que nada se desperdiciase de las sobras de su frugal mesa, las destinó a un hospicio de pobres, y uno de éstos por orden suya entraba todos los días a recogerlas. Disposiciones tan minuciosas pudieran indicar una virtud mezquina, y un ánimo apocado, incapaz de empresas sublimes, si no existiese la célebre biblioteca Ambrosiana que ideó con generoso desinterés y fundó a costa de inmensos gastos.

Para proveerla de libros y manuscritos, además de aplicarle los que él mismo con gran diligencia y costo había ya recogido, destinó ocho personas de las más ilustradas e inteligentes, para recoger cuantos pudiesen por Italia, Francia, España, Alemania, Flandes, Grecia, y hasta el Líbano y Jerusalén, con lo cual consiguió reunir treinta mil volúmenes y catorce mil manuscritos. Agregó a la biblioteca un colegio de doctores con obligación de cultivar el estudio de la teología, de la historia, de las letras humanas, de las antigüedades eclesiásticas, y de las lenguas orientales, con el encargo de publicar cada uno de ellos alguna obra acerca de la materia que se le señalase. Agrególe también un colegio, al cual dio el nombre de trilingüe, para el estudio de las lenguas griega, latina e italiana; otro colegio de jóvenes para que fuesen instruidos en aquellas facultades y lenguas, a fin de que las enseñasen en lo sucesivo. La dotó igualmente con una imprenta de lenguas orientales, a saber, la caldea, la arábiga, la hebrea, la persiana y la armenia, con una galería de pinturas, otra de estatuas, y una escuela de las tres bellas artes, para la cual no le fue difícil hallar profesores ya formados.

Por lo demás, ya hemos visto lo que costó la adquisición de libros y manuscritos, pero más hubo de costarle el encontrar tipos para los caracteres de aquellas lenguas, menos cultivadas entonces en Europa que en el día, y mucho más que los tipos, los profesores y operarios: basta decir que de los nueve doctores que señaló para el colegio, sacó ocho de entre los alumnos del Seminario diocesano, de donde se puede inferir la opinión que le merecían los estudios, y las reputaciones ya formadas de aquel tiempo, opinión conforme con la que después parece haber confirmado la posteridad, echándolos en olvido. En el reglamento que dejó para gobierno de la biblioteca, se descubrió una intención de utilidad perpetua, no acertada en su esencia, pero sabia en muchos

puntos, y superior a las ideas y hábitos comunes de aquella época. Prescribió al bibliotecario que entablase y conservase relaciones con los hombres más doctos de Europa, para enterarse del estado de las ciencias, y tener noticia de los mejores libros que se publicasen, a fin de adquirirlos.

Le impuso el cargo de indicar a los que se dedicaban al estudio las obras que podían serles de utilidad, y mandó que a todos, naturales y extranjeros, se les franqueasen los libros, cosa que en el día parece natural y consiguiente a la fundación de una biblioteca; pero no lo era entonces: y en la historia de la Ambrosiana, escrita con el estilo y elegancia de aquel siglo por cierto Pedro Pablo Bosca su bibliotecario, después de la muerte del Cardenal, se especifica, como cosa extraordinaria, que en aquella librería fundada por un particular se prestasen a todo el mundo los libros, se franqueasen a cualquiera que los pidiese, y se le diese asiento, pluma, tintero y papel para hacer apuntes, mientras en otras célebres bibliotecas públicas de Italia, los libros quedaban ocultos en los estantes, de donde no se sacaban sino cuando por favor se les antojaba a los bibliotecarios franquearlos a alguno, sin que hubiese ni idea siquiera de asiento y comodidad para poder estudiar los concurrentes.

Creemos inoportuno entretenernos ahora en demostrar cuánto contribuye a la ilustración y cultura del país semejante establecimiento; pero no podemos prescindir de manifestar cuán ilustrado, benéfico y amante de los progresos del saber humano sería el que lo proyectó, lo quiso y lo ejecutó en medio de aquella ignorancia, inercia, y desaplicación general, y de consiguiente en medio de los: *¿A qué viene eso? ¿No hay otras cosas en qué pensar? ¡No es mala extravagancia!* y otras sandeces semejantes, que serían en más número entonces que los escudos que costó la empresa, y que pasaron de ciento cincuenta mil, la mayor parte de su propio patrimonio.

Para calificar de liberal benemérito en extremo a aquel dignísimo prelado, no fuera preciso saber que expendió al mismo tiempo sumas cuantiosas en socorro de los pobres, y hay quien opina que los gastos de aquella clase son la mejor y más útil limosna: pero en el concepto del cardenal Borromeo, la limosna propiamente llamada era una obligación principalísima, y en esto anduvo conforme con la opinión del siglo. En todo el discurso de su vida no dejó de socorrer a los pobres, y con motivo de la carestía de que hemos hablado, tendremos que referir algunos rasgos, por los cuales se verá la delicadeza y finura con que procedió aun en este género de liberalidad. De entre los muchos y singulares ejemplos de esta virtud de que hacen mérito sus biógrafos, citaremos uno solo. Teniendo noticia de que cierto caballero se valía de violencia y artificios para meter monja a una hija suya, llamó a su padre, y habiéndole arrancado el secreto de que el motivo verdadero de aquella vejación era el no tener cuatro mil escudos para colocar con decencia a su hija, mandó el Cardenal que inmediatamente se los entregasen. No faltarán personas a quienes parezca exorbitante, mal calculada y de excesiva condescendencia con los necios caprichos de un hombre vano, semejante largueza, y que cuatro mil escudos podían haberse empleado mucho mejor en cosas de mayor provecho. A esto nada tenemos que responder, sino que sería de desear que se repitiesen a menudo excesos de una virtud tan libre de las preocupaciones dominantes, y tan separada de la tendencia general, como fue la que en este caso decidió a un arzobispo a dar cuatro mil escudos para impedir que una joven sin vocación entrase religiosa.

No menos que la inagotable caridad de este prelado brillaba su modo de ejercerla. Siendo de fácil acceso para todos, lo era aun más para los que se llaman de baja extracción, a los cuales trataba siempre con afectuosa jovialidad, tanto más cuanto sabía qué poco de esto encontraban en el mundo.

Sobre lo cual tuvo también que luchar con ciertas gentes, a quienes parece siempre excesiva toda familiaridad de los superiores. En una ocasión en que hallándose de visita en un pueblo de la sierra, y de inculto vecindario, y al paso que instruía a unos niños pobres, los acariciaba, una de las expresadas personas le advirtió que usase de más cautela en eso, pues aquellos muchachos estaban demasiado sucios y asquerosos, como si al Cardenal le hubiese faltado el discernimiento necesario para conocerlo. Tal es en ciertos tiempos la desgracia de los hombres constituidos en alta dignidad,

que mientras encuentran tan pocos que les hagan presentes sus yerros, no falta quien tenga valor de censurarlos cuando obran bien. El buen prelado, no sin algún enojo, contestó: «Son mis ovejillas; quizá no me volverán a ver la cara, ¿y no queréis que yo los acaricie?»

Sin embargo, tan raro era en él el resentimiento, que todo el mundo admiraba su genio apacible y la imperturbabilidad de su carácter, que siendo efecto de su constante predominio sobre su índole viva y fogosa, parecía serlo de su feliz temperamento. Si alguna vez se manifestó severo y aun duro, fue con los pastores sus subordinados en quienes notaba avaricia, abandono, u otros defectos especialmente opuestos a su noble ministerio. Por lo tocante a su interés o a su gloria temporal, jamás dio señales ni de gozo, ni de pesadumbre, ni de calor, ni de agitación; siendo admirable si en su ánimo no se suscitaban semejantes movimientos, y más admirable si los experimentaba. En los cónclaves a que asistió, no sólo se granjeó el concepto de no haber jamás aspirado a aquel puesto, tan lisonjero para la ambición, como temible para la piedad, sino que una vez en que un compañero suyo de gran crédito fue a ofrecerle su voto y el de los de su facción (que por desgracia este título le daban entonces), desechó el Cardenal la propuesta, en términos que aquél desistió de su idea, dirigiendo sus miras a otra parte. La misma modestia y repugnancia a predominar se advertían en las ocasiones más comunes de su vida. Tan solicito e infatigable como era en disponer y gobernar cuanto lo creía de su obligación, otro tanto huía de mezclarse en asuntos ajenos, y aun se eximía con tesón cuando le buscaban.

Si quisiéramos ocuparnos en reunir todos los rasgos notables de su carácter, ciertamente formaríamos un conjunto singular de méritos al parecer opuestos y difíciles de hallarse reunidos; pero no omitiremos el referir otra singularidad de la vida de este ilustre varón, que ocupado continuamente en actos de gobierno, de negocios, de enseñanza, de audiencias, de visitas diocesanas, de viajes y de oposición, no sólo se aplicó al estudio, sino que lo hizo con todo el aprovechamiento que hubiera bastado para un literato de profesión. Y en efecto, entre tantos y tan diversos títulos de alabanza, mereció en alto grado el de hombre docto.

No debemos, sin embargo, ocultar que abrazó y sostuvo firmemente algunas opiniones que en el día parecerían más bien extrañas que mal fundadas a los que tuviesen empeño en acreditarlas de buenas. Para el que quisiese defenderlo en esto, habría la disculpa tan usual y corriente de que eran errores de su tiempo, disculpa que puede ser válida cuando se saque del examen particular de los hechos; pero que aplicada en general y aisladamente, como de ordinario se hace, y es justo hacer, nada significa; y así no queriendo nosotros resolver con fórmulas simples cuestiones complicadas, omitiremos exponerlas, bastándonos haber indicado de paso que tratándose de un varón tan admirable en conjunto, no pretendemos sostener que lo fuese parcialmente en todas sus cosas, para que no parezca que hemos tratado de componer una oración fúnebre.

No es sin duda agraviar a nuestros lectores el suponer que puede haber alguno que pregunte: ¿Cómo este hombre ilustre, con tanto talento y estudio no ha dejado algún monumento? Cerca de ciento son las obras que ha dejado entre grandes y pequeñas, impresas y manuscritas: todas se conservan en la biblioteca fundada por él, y se reducen a tratados de moral, oraciones, disertaciones de historia, de antigüedad sagrada y profana, de literatura, de artes y otras.

¿Y cómo es, podrá decir el mismo lector, que tantas obras se han olvidado, o por lo menos casi no se conocen, ni se buscan? ¿Cómo es que, con tanto ingenio, tanto estudio, tanto conocimiento de los hombres y de las cosas, tanta meditación, tanto amor a lo bueno, a lo bello, tanto candor y tantas otras calidades que forman al escritor célebre, éste, con cien obras, ni una sola ha dejado de las que tienen por famosas los mismos que no las aprueban en todas sus partes, y que conocen por su título aun los que no saben leer?

La pregunta es racional sin duda, y la cuestión importante, porque las razones de semejante fenómeno se hallan, o por lo menos es necesario buscarlas en muchos hechos generales, y encontradas luego, nos llevarían a la explicación de otros varios fenómenos semejantes; pero estas razones serían muchas y prolijas, y quizá no merecerían la aprobación de todos: por lo tanto, será

mejor volver a coger el hilo de nuestra historia, y en lugar de hablar más de este grande hombre, vamos a verle en acción en el capítulo que sigue.

XXIII.
El apóstol y el bandido.

Mientras llegaba la hora de ir a la iglesia para celebrar los divinos oficios, estaba el Cardenal estudiando, como lo tenía de costumbre en los ratos perdidos, cuando entró el Capellán secretario, quien, con una cara mustia y desconsolada, dijo:

—Una visita extraña y muy extraña, monseñor ilustrísimo.

—¿Quién es? —preguntó el Cardenal.

—Nada menos que el caballero*** —contestó el Capellán, y recalcando las sílabas con mucho retintín, pronunció aquel nombre que nosotros no podemos trasladar a nuestros lectores—. Aquí fuera está —prosiguió el Capellán—, y pide licencia para presentarse a usía ilustrísima.

—¿Cómo? ¿Él mismo en persona? —dijo el Cardenal con tono animado; y cerrando el libro, se levantó diciendo:— que entre, que entre al instante.

—Pero… —replicó el Capellán sin moverse.— ¿Sabe usía ilustrísima quién es? Aquel pregonado... tan famoso...

—¿Y no es una fortuna para un obispo —dijo el Cardenal— el que a semejante sujeto se le haya antojado venirle a ver?

—Pero… —insistió el Secretario:— nosotros no podemos hablar de ciertas cosas porque su señoría ilustrísima las califica de tonterías; mas cuando llega el caso, creo que estamos obligados... El celo, señor ilustrísimo, granjea enemigos; y nosotros sabemos, a no dudarlo, que más de un perverso se ha jactado de que un día u otro...

—¿Y qué han hecho? —interrumpió el Cardenal.

—Digo, señor ilustrísimo —prosiguió el Capellán— que ése es un asesino cargado de crímenes, un desalmado que tiene relaciones con los más furiosos de su clase, y que pudiera muy bien ser enviado...

—¡Vaya! no comprendo —interrumpió de nuevo el Cardenal sonriéndose— qué especie de disciplina es ésta de inducir los soldados al general a que tenga miedo.

Revistiéndose luego de gravedad, prosiguió:

—San Carlos no hubiera titubeado un momento en admitir a semejante hombre: al contrario, hubiera salido a recibirle. Que entre, pues, al momento, que ya demasiado ha estado aguardando.

El Capellán echó a andar diciendo entre sí:

—No hay remedio, todos estos santos son tercos.

Abierta la puerta y asomándose a la sala en donde se hallaban el caballero y los demás, vio que todos los clérigos estaban reunidos en un punto cuchicheando y mirando al soslayo al mismo caballero que habían dejado solo en un lado.

Dirigióse hacia el, y mirándole entretanto con disimulo de arriba abajo, iba pensando qué diablo de armas podía llevar debajo de aquel gabán, y que a la verdad antes de introducirle debía por lo menos proponerle... pero no supo determinarse. Acercósele, pues, y le dijo:

—Su ilustrísima le aguarda: sírvase usted venir conmigo.

Y precediéndole entre aquellos concurrentes que iban abriéndole paso, miraba a derecha e izquierda de un modo que parecía quererles decir: «¿Qué queréis que haga? Ya sabéis que no hay quien le apee.»

Con esto abrió el Capellán la mampara e introdujo al caballero. Recibióle el Cardenal con rostro sereno, y con los brazos abiertos como a persona a quien esperaba, e inmediatamente hizo señas al Capellán para que se saliese, lo que verificó sin detención.

Ya solos entrambos, permanecieron callados, y de diverso modo suspensos. El caballero, que había dado este paso más bien arrastrado por un delirio inexplicable, que conducido voluntariamente, permanecía allí también como por fuerza, destrozado interiormente por dos pasiones opuestas, a saber: por una parte el deseo y la esperanza confusa de hallar alivio a su tormento, y por la otra la ira y la vergüenza de haber venido allí como un arrepentido sumiso, como un imbécil a confesarse culpado y a implorar el favor de un hombre: por esto no encontraba palabras con que expresarse, y casi no las buscaba, pero levantando los ojos para mirar el rostro de aquel varón respetable, experimentaba cada vez más un sentimiento de veneración imperioso y dulce al mismo tiempo, que aumentando la confianza, mitigaba el despecho, y arrostrando el orgullo, le obligaba al silencio.

Con efecto, la presencia del Cardenal era una de aquellas que, al paso que indican cierta superioridad, inclinan a amarla. Su porte era naturalmente modesto, y casi involuntariamente majestuoso, sin que le encorvasen ni entorpeciesen los años; el mirar grave; los ojos vivos, y la frente espaciosa y despejada entre las canas y los rastros de la abstinencia, de la meditación y del trabajo. Todas sus facciones daban a conocer que en otra edad hubo lo que verdaderamente se llama hermosura; y el hábito de los pensamientos sublimes y benéficos, la paz interior de una larga vida, el amor a los hombres, y el placer de una esperanza inefable habían sustituido en su rostro cierta hermosura senil, que sobresalía todavía más con la magnífica sencillez de la púrpura.

Él también tuvo por un momento clavada en el caballero aquella vista penetrante y acostumbrada de largo tiempo a deducir por el rostro los pensamientos, y pareciéndole descubrir, bajo aquel aspecto tétrico y turbado, alguna cosa conforme con la esperanza que concibió en el instante en que le anunciaron la llegada del caballero:

—¡Ah, y cuán grata —dijo— es para mí semejante visita! ¡Cuánto debo agradecer una resolución tan buena, aunque tenga para mí algo de reconvención!

—¡Reconvención! —exclamó el caballero, lleno de admiración, pero ablandado con aquellas palabras y aquellos modales, y contento con que el Cardenal hubiese sido el primero en romper la valla, y hubiese empezado de cualquier modo la conferencia.

—Cierto, merezco una reconvención —replicó el Cardenal— por haber dejado que os anticipaseis, cuando hace tiempo que yo podía, o por mejor decir, debía haber ido muchas veces a visitaros.

—¡A visitarme! ¿Y sabéis quién soy? ¿Os han dicho mi nombre?

—Este consuelo que experimento, y que se trasluce en mi rostro, ¿pudiera yo experimentarlo al ver una persona que no conociera? Vos sois quien me lo infunde, vos a quien hubiera debido buscar hace tiempo, a quien he amado tanto, y por quien tanto he llorado y he dirigido mis súplicas al cielo. Vos, que sois uno de mis hijos a quien más amo, a quien hubiera deseado acoger y abrazar, si hubiera podido esperarlo. Pero Dios, sólo Dios, es quien sabe hacer milagros, y suplir las debilidades y descuidos de sus pobres siervos.

Atónito estaba el caballero al ver aquel modo de hablar tan inflamado, y al oír aquellas palabras que respondían tan decididamente a lo que él aun no había dicho, ni aun había determinado decir, y conmovido, no menos que turbado, guardaba silencio.

—¿Y bien? —prosiguió afectuosamente el Cardenal:— ¿tenéis alguna buena noticia que darme? ¿por qué me la retardáis?

—¡Una buena noticia! ¿Yo? ¿Qué buena noticia podré daros teniendo el infierno en el corazón? Decidme, si lo sabéis, ¿qué buena noticia puede dar un hombre como yo?

—Que Dios le ha tocado en el corazón, y quiere hacerlo suyo —respondió inmediatamente el Cardenal.

—¡Dios! ¡Dios!... Si le viera... si le oyera... ¿Dónde está ese Dios?

—¿Vos me lo preguntáis? ¿Vos? ¿Y quién le tiene más cerca? ¿No lo sentís en el corazón? ¿No conocéis que lo agita, que lo oprime, que le inquieta, y que al mismo tiempo le llama y le infunde una viva esperanza de tranquilidad, de consuelo, y de un consuelo que será inmenso, completo, en cuanto le reconozcáis, le confeséis y le imploréis?

—Sí, ciertamente, siento una cosa que me oprime, que me molesta. ¡Pero Dios! si le hay, ese Dios, si es como dicen, ¿qué queréis que haga de mí?

Pronunció el caballero estas palabras con tono de desesperación; pero el Cardenal, con voz grave como su inspiración, contestó diciendo:

—¿Qué ha de hacer de vos? Muestra de su poder y de su bondad: quiere sacar de vos una gloria que no pueden otros proporcionarle. De que el mundo clame contra vos, de que todos detesten vuestra conducta... —conmovióse el caballero, y quedó un instante admirado al oír aquel lenguaje para él tan nuevo, y más admirado de que, lejos de moverle a cólera, le proporcionase alivio— ¿qué gloria —prosiguió el Cardenal— resulta a Dios? Aquellas son voces de terror, de interés, aun acaso de justicia, y por desgracia quizá alguno de envidia de ese desgraciado poder, de esa hasta hoy despreciable tranquilidad de espíritu; pero cuando os decidáis a reprobar vuestra conducta, a acusaros a vos mismo, entonces sí, entonces será Dios glorificado. ¿Y me preguntáis qué puede hacer Dios de vos? ¿Quién soy yo, hombre miserable, para poder deciros de antemano qué es lo que el Señor puede sacar de esa impetuosa voluntad, y de esa imperturbable constancia, cuando él mismo la haya inflamado en amor, esperanza y arrepentimiento? ¿Y quién sois vos para creer que puede por sí solo imaginar y hacer cosas más grandes en el mal, que Dios no pueda hacer que las quiera, y obre en el bien?... ¿Y el perdonar vuestras culpas? ¿y el salvaros? ¿y el cumplir en su persona la obra de la redención? ¿No son cosas magníficas y dignas de su grandeza? Pensadlo bien, y reflexionad si un pobre hombre como yo, un miserable, y al mismo tiempo tan lleno de mí mismo, me apuro tanto por vuestra salvación, que por ella daría con placer (el Señor lo sabe) los pocos días de vida que me restan; reflexionad, digo, cuánta debe ser la caridad de Aquel que me inspira la mía tan imperfecta, aunque tan ardiente. ¡Reflexionad cuán grande será el amor que os tiene Aquel que me infunde el que yo os profeso, y está devorando mis entrañas!

A medida que estas palabras salían de la boca del Cardenal, su cara, sus miradas, sus gestos y todo acompañaba sus conceptos. El rostro del caballero, que antes estaba como alterado y convulso, quedó poco después como atónito e inmóvil, disponiéndose para una conmoción más profunda y menos angustiada. Sus ojos, que desde la infancia no conocían el llanto, se arrasaron en lágrimas, y apenas cesaron las palabras, cuando se cubrió con las manos la cara, y prorrumpió en un copioso llanto, que fue como la última y más decisiva respuesta.

—¡Dios grande! ¡Dios bueno! —exclamó el Cardenal levantando los ojos y las manos al cielo— ¿qué he hecho yo, siervo inútil, pastor descuidado, para que me convides a este banquete de gracia? ¿para que me haya hecho digno de asistir a tan gran prodigio de misericordia? —diciendo esto alargó la mano para tomar la del caballero.

—No —dijo éste— no, apartaos de mí. No manchéis esa mano inocente y benéfica. No sabéis bien lo que ha hecho ésta a que queréis unir la vuestra.

—Permitidme —dijo el Cardenal tomándosela con cariñosa violencia—, dejad que yo estreche esa mano que reparará tantos daños, que derramará tantos beneficios, que socorrerá a tantos afligidos, y que, desarmada y pacífica, será prenda de reconciliación para sus enemigos.

—¡Eso ya es demasiado! —repuso el caballero sollozando.— Dejadme, incomparable y piadoso ministro del cielo. Multitud de gentes os aguarda: tantas almas buenas, tantos inocentes que han venido de lejos a veros, a oíros, ¿y estaréis perdiendo un tiempo tan precioso? ¿y con quién?

—Bien puedo dejar —contestó el Cardenal— las noventa y nueve ovejas que están seguras en el monte por quedarme con la descarriada. Ellas en este momento están acaso más contentas que si viesen a este pobre obispo. Acaso Dios, que ha obrado en vos el prodigio de su misericordia, está derramando en sus almas un regocijo cuya causa desconocen. Tal vez unidas con nosotros sin saberlo, infunde el Espíritu Santo en su corazón un ardor indefinido de caridad, una súplica fervorosa por vos, que sube hasta el cielo, una acción de gracias de que vos sois el objeto para ellas desconocido.

Diciendo esto echó los brazos al cuello al caballero, el cual, después de haberse resistido algunos instantes, cedió, vencido de aquel ímpetu de caridad; abrazó también al Cardenal, y demudado y trémulo, dejó caer sobre el hombro de aquél la cabeza. Caían sus lágrimas ardientes sobre la incontaminada púrpura del arzobispo, y las inocentes manos de éste estrechaban afectuosamente las del caballero, manchadas con tantos crímenes y violencias.

Separándose éste por fin de los brazos del Cardenal, se cubrió de nuevo los ojos con una mano, y levantando la cabeza, exclamó:

—¡Dios verdaderamente grande! ¡Dios verdaderamente bueno! Conozco ahora lo que soy: delante de mí tengo mis iniquidades; me detesto a mí mismo... Sin embargo, experimento cierto consuelo, cierto placer, que en toda mi depravada vida jamás he experimentado.

—Esta —dijo el Cardenal— es una prueba en que os pone Dios para atraeros a su servicio, y animaros a entrar resueltamente en una nueva vida, en que tendrá tanto que deshacer, que reparar, que llorar.

—¡Desgraciado de mí! —exclamó el caballero.— ¡Ay ¡cuántas cosas, que no puedo sino llorarlas!... Sin embargo, algunas hay que, teniéndolas solamente empezadas, puedo por lo menos no concluirlas y remediarlas.

Púsose a escucharlo el Cardenal, y el caballero contó brevemente, y quizá con expresiones de execración más fuertes que las nuestras, su atentado contra Lucía, los sufrimientos y penalidades de aquella infeliz, el modo con que le había suplicado y la violenta agitación que aquellas súplicas habían causado en su ánimo, y, finalmente, cómo se hallaba todavía en el castillo...

—¡Ah! no perdamos tiempo —exclamó el Cardenal, arrebatado de ardiente caridad e interés.— ¡Dichoso vos! ¡Qué mayor prenda del perdón de Dios que la de proporcionaros ser instrumento de salvación cuando intentabais serlo de ruina! ¡Deos Dios su bendición! Más bien diré que ya os la tiene dada. ¿Y sabéis de dónde es esa infeliz?

El caballero nombró el pueblo de Lucía.

—No está lejos de aquí —dijo el Cardenal.— ¡Bendito y alabado sea el Señor!

Diciendo esto se acercó a un bufete, y tocó una campanilla. Al oírla, entró apresuradamente el Capellán secretario, y la primera cosa que hizo fue mirar al señor del castillo, y viéndolo tan inmutado, con los ojos encendidos, como de haber llorado, se volvió a mirar al Cardenal. Notando en su rostro, entre su natural inalterable compostura, una especie de gravedad gozosa, y cierta agitación no frecuente, hubiera quedado inmóvil con la boca abierta, si el Cardenal no le hubiese avisado, preguntándole si, entre los párrocos que estaban allí reunidos, se hallaba el del pueblo de***.

—Está, sí, señor —contestó el Capellán.

—Que entre —dijo el Cardenal— como igualmente el de este pueblo.

Salió el Capellán, y entró en la sala en que se hallaban aquellos clérigos, que todos dirigieron a él la vista. El Capellán, con la boca abierta y el rostro en que estaba pintada su admiración, alzando las manos, exclamó:

—Señores, señores, *hæc mutatio dexteræ Excelsi* —y quedó al momento sin proferir más palabra; tomando luego la voz y el tono de su cargo, añadió:— Su señoría ilustrísima llama al señor cura de este pueblo, y también al del pueblo de***.

Presentóse inmediatamente el primero, y al mismo tiempo salió del medio de la concurrencia un «¿Yo?» sacado en tono de admiración.

—¿No es usted el señor cura párroco de***? —preguntó el Capellán.

—Sí, señor.

—Su Ilustrísima le llama.

—¿A mí? —volvió a preguntar la misma voz con un tono que parecía decir: «¿Qué tendré yo que ver en esto?»

Pero esta vez con la voz salió también el individuo, era cabalmente D. Abundo en persona, con paso que daba a entender su repugnancia, y un gesto de admiración y disgusto. Hízole el Capellán seña con la mano, como si dijera: «Acérquese usted aprisa: ¿le pesa a usted tanto esta orden?» y precediendo a los dos párrocos, se acercó a la puerta, la abrió y los introdujo a entrambos.

Soltó el Cardenal la mano del caballero, con el cual había acordado entre tanto lo que debía hacerse; se separó un poco, y llamó con una seña al Párroco del pueblo. Impúsole en compendio de lo que se trataba, preguntándole si podría encontrar a una mujer que quisiese ir en litera al castillo de*** para sacar a Lucía; una mujer de ánimo resuelto que fuese capaz de desempeñar bien aquella comisión particular, empleando los modales más adecuados, y las palabras más propias para animar y tranquilizar a la pobre muchacha, a quien después de tantas penalidades, y en tanta turbación, pudiera ser funesta la misma noticia de su libertad.

Después de reflexionar un poco, contestó el Párroco que sí, y haciendo una profunda inclinación, se salió del aposento. Hizo otra seña el Cardenal al Secretario, y le mandó que hiciese aprontar al momento la litera con dos mozos, y prevenir dos mulas de montar, y así que salió también el Secretario, se volvió a D. Abundo.

Éste, que ya estaba cerca del Cardenal por apartarse del caballero anónimo, y que en tanto echaba una mirada de reojo ya a uno ya a otro, cavilando entre sí acerca del objeto que podía tener aquella llamada, dio un paso adelante, hizo una reverencia y se expresó de esta manera:

—Me han dicho que usía ilustrísima me llama, aunque yo creo que sea equivocación.

—No es equivocación por cierto —contestó el Cardenal.— Tengo una buena noticia que daros, y un encargo muy lisonjero. Una de vuestras feligresas a quien habéis llorado, considerándola perdida, acaba de parecer. Lucía Mondella está cerca de este lugar, en casa de este mi intimo amigo, y ahora iréis en su compañía a conducirla aquí. También irá con vos una mujer de este pueblo a quien el Cura ha ido a buscar ahora mismo.

Hizo D. Abundo todo lo posible para ocultar el disgusto, diremos mejor, la pena y la amargura que le causaba semejante propuesta o comisión, y no estando ya a tiempo de borrar un gesto de desagrado que alteró su rostro, lo ocultó bajando la cabeza profundamente, como en señal de obediencia, y no la levantó sino para hacer otra profunda reverencia al caballero, con tanta compunción que parecía decirle: «Estoy en vuestras manos; tened lástima de mí. *Parcere subjectis*.»

Preguntóle luego el Cardenal que parientes tenía Lucía.

—Lo que es cercanos, no tiene más que a su madre, con ella vivía —contestó D. Abundo.

—¿Está en su casa?

—Sí, señor.

—Puesto que esta pobre muchacha —prosiguió el Cardenal— no podrá ir tan pronto a su casa, será para ella de mucho consuelo el ver a su madre; por tanto, si el señor Cura no vuelve antes que yo vaya a la iglesia, dígale usted que busque un carro o una caballería, o envíe a un hombre de su satisfacción para que se traiga a aquella buena mujer.

—¿No podría ir yo? —dijo D. Abundo.

—No, no —contestó el Cardenal— vos haréis lo que os tengo dicho.

—Yo lo decía —replicó D. Abundo— por preparar a esa pobre madre... Es una mujer muy tímida, y es necesario que vaya una persona que la conozca, y sepa conducirse de modo que en vez de alegría, no le cause alguna sorpresa de que le resulte daño.

—Por esto —contestó el Cardenal— me haréis el favor de decir al señor Cura, cuando venga, que busque a un hombre de capacidad para semejante comisión. Vos sois más a propósito para lo que yo os he encargado.

Llamó la atención del Cardenal la repugnancia de don Abundo en ir al castillo, y le pareció que había en ello algún misterio. Miróle a la cara, y conoció fácilmente el miedo que tenía de acompañar a aquel hombre tan temido y de entrar, aunque por poco tiempo, en su casa. Deseando, pues, disipar semejante recelo, y no creyendo conveniente llamar aparte al Cura y hablarle en secreto estando allí el caballero, pensó que sería medio más oportuno hacer lo que aun sin este motivo habría hecho, esto es, hablar al mismo caballero para que de sus respuestas pudiese conocer D. Abundo que aquél ya no era hombre que podía infundir miedo. Acercósele, pues, con aquel tono de confianza que inspira una antigua intimidad, y le dijo:

—No creáis que me contento hoy con esta sola visita: espero que volveréis con este buen eclesiástico. ¿No es así?

—¿No he de volver? —contestó el caballero;— aun cuando os negaseis a recibirme, me quedaría a la puerta como un mendigo porfiado. Necesito hablar despacio con vos, veros, escucharos; en una palabra, necesito de vuestra asistencia.

Tomóle el Cardenal la mano, y apretándosela, dijo:

—Nos haréis, pues, el favor al Párroco y a mí, de venir hoy a comer la sopa con nosotros: cuidado, que os aguardo. Entretanto voy a rezar y a dar gracias al Señor con mi pueblo, por su infinita misericordia.

Al ver semejantes demostraciones, estaba D. Abundo como un muchacho medroso que, viendo a un hombre acariciar a un perrazo de mala catadura, con los ojos encendidos y muy famoso por sus embestidas, y oyéndole decir que es un animal muy manso y pacífico, mira al amo sin contradecirle, al perro sin atreverse a acercársele por miedo de que le enseñe los dientes, aunque sea jugando; y no queriendo tampoco alejarse por no parecer cobarde, dice entre sí: «¡Quién estuviera en su casa!»

Como al Cardenal, que salía asido de la mano del caballero, le pareciese que D. Abundo quedaba como desairado, y algo rostrituerto por la preferencia que se daba a un facineroso de tanta nombradía, se paró un momento al salir, y volviéndose al eclesiástico con amable sonrisa, le dijo:

—Señor Cura, vos estáis siempre conmigo en la casa del Señor, pero este *perierat et inventus est.*

—¡Ay, cuánto me alegro! —contestó D. Abundo, haciendo una reverencia a los dos.

El Arzobispo que iba delante tocó la puerta, que abrieron dos familiares, y el Cardenal y el caballero se presentaron a los ojos ansiosos del clero reunido en aquella sala.

Viéronse entonces aquellos dos rostros en que estaba pintada una conmoción distinta, pero igualmente notable, esto es, ternura y humilde gozo en las facciones venerables del Cardenal, y en las del caballero, confusión templada con la esperanza, un nuevo pudor, y cierta compunción, entre la cual no dejaba de traslucirse el genio adusto y el carácter altivo. Súpose luego que a muchos de

los concurrentes les ocurrió lo de Isaías: «Iban a los mismos pastos el lobo y el cordero, y pacerán juntos el león y el buey.» Venía detrás D. Abundo, de quien nadie hizo caso.

Llegados al medio de la sala, entró por otro lado el mayordomo del Cardenal, y acercándose, le dio parte de que, en cumplimiento de las órdenes recibidas por el Capellán secretario, estaba dispuesta la litera y prontas las dos mulas, y que sólo aguardaba a la mujer que había de venir con el señor Cura. Contestóle el Cardenal que en cuanto llegase se abocase con D. Abundo, y que todo quedase después a disposición de éste y del señor del castillo, a quien apretó de nuevo la mano, diciendo:

—Cuidado, que os aguardo.

Volvióse luego a saludar con la cabeza a don Abundo, y tomó el camino de la iglesia: siguióle el clero, quedándose solos en la pieza los dos compañeros de viaje.

Cabizbajo y meditabundo estaba el caballero anónimo, deseando que llegase el momento de ir a sacar de pena y de la cárcel a su Lucía, suya ahora en sentido muy diverso del día anterior: y su rostro expresaba cierta agitación íntima, que al medroso D. Abundo podía muy bien parecer cosa de mal agüero: por esto le miraba y remiraba, deseando entablar una conversación amistosa. «Pero ¿cómo empezaré? decía para sí; ¿qué le diré?... Me alegro... ¿Y de qué? ¿de que, habiendo sido hasta ahora un demonio, os hayáis decidido a ser hombre de bien como los demás?... No: el cumplimiento no me parece muy lisonjero... cualquiera que sea el tonillo que dé a las palabras, el me alegro no pega. Por otra parte, ¿será verdad que se haya convertido tan de repente?... ¡Son tantas las demostraciones falsas que se hacen en este mundo, y por tantos motivos!... ¿Qué sé yo? ¡Lo peor es que me toca ir con él a ese maldito castillo! ¡Qué apuro! ¡Quién me lo hubiera dicho esta mañana! Si salgo bien de ésta, no ha de querer oírme la señora Perpetua por haberme hecho venir aquí, cuando no había necesidad alguna, siendo fuera de mi feligresía. Que todos los párrocos, aun de más lejos, han venido, que no había yo de ser menos que los demás. ¿Y qué sé yo qué? ¿qué sé yo cuándo? metiéndome así en este pantano. ¡Qué desgracia!... Sin embargo, algo es necesario decir a este hombre»; y cuando ya pensaba decirle: «Nunca pensé tener la fortuna de hallarme en tan respetable compañía», entró el mayordomo del Arzobispo con el Cura párroco del pueblo, el cual avisó que ya estaba la mujer en la litera, y se volvió luego a D. Abundo para saber el otro encargo del Cardenal.

Despachó D. Abundo confusamente, y lo mejor que supo, y acercándose después al mayordomo, le dijo:

—Suplico a usted que tenga la bondad de darme una bestia mansita, porqué a la verdad no soy muy buen jinete.

—No tenga usted cuidado —contestó el mayordomo con media sonrisa— es la mula del Secretario, que es un literato.

—¡Muy bien! —replicó D. Abundo, añadiendo para sí— ¡Dios me la depare buena!

Ya el caballero había salido delante al primer aviso, y llegando al portal, se acordó de que D. Abundo quedaba atrás. Detúvose en el umbral a esperarle, y al llegar el Cura presuroso y en ademán de quien pide excusas, el señor le saludó y le cedió el paso con humilde cortesanía, con lo cual se reanimó algún tanto el atribulado párroco; pero llegados al patio, advirtió otra novedad que acibaró aquel escaso consuelo que acababa de recibir. Vio que, dirigiéndose a un rincón, el caballero agarró con una mano el cañón de su carabina, y con la otra el portafusil, echándosela a la espalda con un movimiento tan expedito como si hiciera el ejercicio. «¡Pobre de mí! exclamó entre sí don Abundo. ¿Qué querrá hacer este hombre con aquel instrumento? ¡Buen cilicio por cierto!... ¡Buena disciplina para un convertido!... ¿Y si le ocurre alguna diablura?... ¡Válgame Dios! ¡qué expedición ésta!»

Si el caballero hubiese podido sospechar cuáles eran los pensamientos que bullían en la cabeza de su compañero, hubiera procurado por todos los medios posibles desengañarle; pero estaba muy lejos de figurárselo, y D. Abundo tenía buen cuidado de no darle a conocer sus desconfianzas.

Llegados a la puerta principal de la calle, hallaron prontas las dos mulas, y el caballero saltó de un brinco en una que le presentó un palafrenero.

—¿Tiene resabios? —preguntó al mayordomo D. Abundo con un pie en el estribo.

—Monte usted sin miedo —dijo el palafrenero—, es una oveja.

Agarrándose de la silla, subió D. Abundo poco a poco con ayuda del primero.

La litera aguardaba algunos pasos delante, llevada también por dos mulas, que echaron a andar a la voz del mozo, y la comitiva se puso en camino.

Era necesario pasar por la puerta de la iglesia colmada de fieles y por una plazuela atestada también de la gente que había concurrido de todas partes sin haber podido entrar. Habíase divulgado ya la gran noticia, y al divisarse la comitiva, y al hombre que pocas horas antes era objeto de terror y execración, y ahora de alegre maravilla, se suscitó entre la muchedumbre un murmullo de aplauso; y aunque las gentes abrían paso, no dejaba de haber apretura por el ansia que todos tenían de verle de cerca. Pasó la litera, y tras ella el señor del castillo, quien, al pasar delante de la puerta de la iglesia que estaba abierta, se quitó el sombrero, inclinando hasta la crin de la mula aquella frente hasta entonces tan orgullosa y temida, entre mil voces que repetían: «¡Dios le bendiga!»

También D. Abundo se quitó el sombrero, bajó la cabeza, se encomendó a Dios, y oyendo las voces solemnes de sus hermanos que cantaban en la iglesia, experimentó tanta envidia y tal arrebato de piedad, que apenas pudo contener las lágrimas.

Fuera ya de poblado, en campo abierto, y en los varios recodos y encrucijadas del camino, a veces solitario, eran más tétricos los pensamientos que le ocupaban; todo su consuelo consistía en el mozo de la litera, que, perteneciendo a la familia del Cardenal, debía precisamente ser hombre honrado, y con éste se manifestaba más animoso. De cuando en cuando encontraba gentes, y aun cuadrillas que acudían a ver al Cardenal, y esto le ensanchaba el corazón; pero cuando pensaba en su compañero de viaje, y en que se dirigían a aquel valle tremendo, donde no encontraría sino vasallos suyos, ¡y qué vasallos! su aflicción llegaba a lo sumo. Bien hubiera querido ahora más que nunca entrar en conversación con él, tanto para tantearle como para tenerle contento: pero al verle tan preocupado y pensativo, se le pasaba la gana, por lo cual tuvo que ceñirse a conversar consigo mismo; y he aquí lo que en el camino dijo en resumen, porque para escribirlo todo sería necesario un tomo entero.

«¡Fuerte cosa es que tanto los santos como los bribones hayan de tener azogue en el cuerpo, y que, no contentándose con trajinar y bullir, han de sacar a bailar a los demás, y si pudiesen, a todo el género humano! También es cosa rara que los más bulliciosos hayan de venir a tropezar conmigo, y meterme a la fuerza en sus andanzas, a mí que a nadie busco, y sólo pido que me dejen vivir. A este pícaro loco de D. Rodrigo ¿qué le faltaría para ser el hombre más feliz del mundo, si tuviese dos adarmes de juicio? Rico, joven, respetado y acatado; le hace mal el demasiado bien, y necesita ir a buscar trabajos para sí y para el prójimo. Pudiera darse buena vida, una vida tranquila y cómoda; pero no señor; quiere molestar a las mujeres, que es el oficio más necio, más pícaro y más endiablado del mundo. Aquel mentecato pudiera ir al cielo en coche, y quiere meterse en los infiernos arrastrando... ¿Y este otro? (Y le miraba como si temiera que adivinase sus pensamientos.) Éste, después de haber alborotado el mundo con sus maldades, quiere alborotarlo ahora con su conversión... ¿Si será cierto? Pero entretanto, lo que es a mí me toca hacer la experiencia; de manera que los que nacen con semejante manía en el cuerpo no pueden vivir sin ruidos. ¿Tanto es menester para ser hombre de bien toda la vida, como lo he sido yo? No, señor; es preciso vejar, matar, hacer diabluras, ¡válgame Dios! y luego también ruido para hacer penitencia.

»La penitencia, cuando hay buena voluntad, ¿no se puede hacer en casa, con quietud, sin tanto aparato, y sin incomodar al prójimo? Y su Ilustrísima al instante, corriendo los brazos abiertos, mi amigo, querido amigo, tragándose todo lo que éste le dice, como si le hubiera visto hacer milagros, tomar de repente una resolución; meterse en ella de cabeza, y presto aquí, presto allí: esto en mi

casa se llama precipitación; y después, sin tener garantía alguna, poner en sus manos a un pobre cura. Esto, según mi corto alcance, es aventurar la vida de un hombre, jugándola a pares y nones. Un obispo santo como es él, debía mirar a los curas párrocos como a las niñas de sus ojos. Un poquito de cachaza, otro poquito de prudencia, y otro poquito de caridad, me parece que no dice mal con la virtud... ¿Y si todo fuera ficción? ¿Quién puede conocer las intenciones de los hombres, y sobre todo de los hombres como este? Me estremezco sólo en pensar que voy a su casa. ¿Quién sabe lo que puede haber en esto? ¡Infeliz de mí! Más vale no pensar en ello.

»¡Qué embrollo habrá con esa Lucía! Se ve que había inteligencia con D. Rodrigo. ¡Qué gentes! ¿Y cómo habrá venido a caer entre las uñas de este gavilán?... ¿Quién lo sabe? Todo es un secreto con su Ilustrísima, ¡y a mí que voy trotando nada me dicen! Yo en verdad no tengo interés en saber los negocios ajenos, pero cuando un hombre aventura su pellejo, tiene derecho a que se haga de él alguna confianza. Si sólo se tratase de ir a sacar a aquella pobre muchacha, ¡vaya con Dios! aunque nada hubiera perdido en traerla él mismo: y además, si está tan contrito, si se ha vuelto un santo padre, ¿para qué me necesita a mí? ¡Qué embrollo es éste! Basta: ¡quiera Dios que la cosa sea así! Habrá sido para mí una molestia grande, pero ¡paciencia! me alegraré por esa pobre muchacha. Precisamente ha de haberse visto en grande apuro. ¿Quién sabe lo que habrá sufrido? Le tengo lastima; pero ha nacido para mi condenación... Quisiera ver el corazón de ese hombre, ver cómo piensa: ¿quién puede comprenderle? Ya parece un San Antonio en el desierto, y ya el mismo, el mismísimo Holofernes. ¡Desgraciado de mí! En fin, el cielo tiene obligación de salvarme, pues no me he metido en esto por capricho mío.»

Con efecto, se veían en la cara del caballero pasar los pensamientos como en un temporal pasan las nubes delante del sol, alternando a cada momento una luz brillante con una melancólica oscuridad. Su ánimo, lleno todavía de las suaves palabras del Arzobispo, y como rejuvenecido, se elevaba a las ideas de misericordia, de perdón y de amor; pero caía luego agobiado bajo el peso de su vida pasada. Recorría su memoria para indagar cuáles eran las iniquidades que podía reparar, cuáles podía cortar desde luego, cuáles eran los remedios más expeditos y seguros; ¿cómo deshacer tantos nudos, y qué hacer de tantos cómplices? Marchaba a aquella misma expedición, a pesar de ser la más fácil y la más inmediata, con un deseo acibarado en pensar que entretanto sabe Dios lo que sufriría aquella inocente criatura, y que él mismo, no obstante estar resuelto a ponerla en libertad, era quien la oprimía. Cada vez que se duplicaba el camino se volvía el mozo para que le indicase el que debía seguir, y él se le señalaba con la mano, haciéndole señas al mismo tiempo de que acelerase el paso.

Entraron por fin en el valle. ¡Cómo estaba el pobre don Abundo al encontrarse en aquel célebre sitio, de que había oído contar tantas historias espantosas! ¡Al ver en carne y huesos aquellos hombres tan famosos, la flor y la nata de los bravos de Italia, hombres sin temor ni misericordia, y dar a cada momento con dos o tres de ellos! Saludaban con sumisión a su señor; pero viendo D. Abundo sus caras de color de bronce, sus bigotazos retorcidos y aquellos ojos amenazadores, se le figuraba que les oía decir: cortémosle las alas a ese cuervo; por manera que en un momento de gran consternación llegó a pensar si se lo habría merecido. Entretanto, iban caminando por un sendero quijoso en la orilla del torrente, presentándoseles por un lado escarpadas y ferruginosas rocas, y por otro una población a la cual pudiera preferirse un desierto.

Cuando pasaron delante de *Malanoche*, había bravos a la puerta, que saludaron sumisamente a su señor, mirando a su compañero y la litera. Esta canalla no sabía qué pensar. Si había llamado su atención la salida extraordinaria de su amo solo, por la mañana, no les causaba menos admiración su regreso. «¿Si será una presa la que conduce? —decían para sí— ¿pero cómo la habrá hecho solo? ¿Qué significará esa litera que no es de casa? ¿Y de quién será esa librea?» Miraban y miraban, pero nadie se movía; porque esta era la orden que les daba su amo sin más que mirarlos.

Acaban por fin de subir, y los bravos que se hallan en la plazuela y la puerta, se retiran de uno y otro lado para dar paso a la comitiva. Su amo les hace seña de que no se muevan; aprieta las

espuelas, pasa delante de la litera, indica a D. Abundo y al mozo que le sigan, entra en un primer patio, pasa al otro, se acerca a una portezuela, y haciendo con una seña que se retire un bravo que se adelantaba para tenerle el estribo, le dice:

—Quédate allí, y que nadie se acerque.

Se apea, y con la brida en la mano se llega a la litera, y a la mujer que ya había corrido la cortina, le dice en voz baja:

—Consoladla; haced que sepa que ya está libre y entre gente amiga, y Dios os lo pagará.

Manda luego al mozo que abra y ayude a la mujer a bajar; se acerca después a D. Abundo, y con semblante sereno, cual nunca le vio, ni creyó el mismo D. Abundo que pudiese tenerle, como que se notaban en él los efectos de la buena obra que iba a hacer, le da la mano para que se apee, diciéndole también de quedo:

—Señor Cura, yo no le pido que me perdone la molestia que sufre por mi causa: usted lo hace por uno que paga bien, y por esa infeliz muchacha.

Volviósele con estas palabras el alma al cuerpo a don Abundo, el cual, dando un suspiro que le bullía de mucho tiempo en el pecho sin encontrar salida, contestó con voz balbuciente:

—¡Señor! ¡vos me confundís! pero... pero…

Y admitida la mano que con tanta urbanidad le ofrecía, se descolgó lo mejor que pudo de su mula. También las riendas de esta tomó el señor del castillo, y con las otras las entregó al mozo de la litera, mandándole que se aguardase. Sacó luego del bolsillo una llave, abrió la puerta, hizo entrar al Cura y a la mujer y entró él también: echó a andar delante de ellos, y llegando los tres a una escalerita, subieron guardando el mayor silencio.

XXIV.
La casa del sastre.

Había poco que Lucía estaba despierta, y una parte de aquel tiempo le había empleado en acabar de despabilarse y en separar las espantosas visiones del sueño, de la memoria y de las imágenes de una realidad harto parecida a los delirios de un febricitante. Habíasele ya acercado la vieja, y con voz forzadamente humilde, le dijo:

—¡Ah! ¿conque has dormido? Bien podías haber dormido en la cama: ¡te lo dije tantas veces anoche!

Y no recibiendo contestación, continuo con tono de súplica rabiosa:

—Es menester que tengas más juicio, y procures tomar un bocado. ¡Qué desfigurada estás! Ya se ve, la falta de alimento... ¿y si cuando vuelve la toma conmigo?

—No, no, quiero irme; quiero ir a buscar a mi madre: el amo me lo prometió, diciéndome: «mañana, mañana:» ¿dónde está el amo?

—Ha salido; pero ha dicho que vuelve pronto, y que hará todo lo que quieras.

—¿Lo ha dicho así? ¿De cierto? Pues bien, quiero ir donde está mi madre, al instante...

No bien había acabado de proferir estas palabras, cuando se oyeron pisadas en la pieza inmediata, y como al momento llamasen a la puerta, preguntó la vieja:

—¿Quién es?

—Abre —dijo su amo.

La vieja tiró del cerrojo, y el caballero empujando suavemente la puerta, abrió un poquito, mandó a la vieja que saliese, e introdujo a la mujer y a D. Abundo. Cerró luego la puerta,

quedándose fuera, y echó a la vieja a un punto remoto del castillo, así como lo había hecho con la otra mujer que estaba de guardia.

Todo este movimiento, un instante de espera y la presencia improvisa de personas nuevas causaron no poco sobresalto a Lucía, y a pesar de que su situación era intolerable, no dejaba de ser para ella un motivo de espanto cualquiera mudanza. Alzando los ojos y viendo a un clérigo y a una mujer, se animó algún tanto; miró con más atención, y después de haber dudado un instante si sería o no sería D. Abundo, se quedó atónita y con los ojos encandilados al reconocerle. Llegóse a ella la mujer, se reclinó, y mirándola con ternura, le cogió ambas manos como para acariciarla y levantarla al mismo tiempo, y le dijo:

—Venga usted, querida mía, venga usted.

—¿Quién es usted? —preguntó Lucía; y sin aguardar la respuesta, se volvió otra vez a D. Abundo, que estaba de pie a dos pasos de distancia, con una cara igualmente de compasión, y clavando en él de nuevo la vista, exclamó—: ¿Es usted, señor Cura? ¿dónde estamos? ¡Desgraciada de mí! ¿He perdido el conocimiento?

—No, no —contestó D. Abundo—, yo soy; no lo dudes: animate, que venimos a sacarte de esta casa. Yo soy tu párroco, que expresamente monté a caballo con el fin de…

Lucía, como si en un instante hubiese adquirido todas sus fuerzas, se puso arrebatadamente de pie, y volviendo a fijar la vista en el cura y en la mujer, dijo:

—¿Conque es la Virgen la que os ha enviado aquí?

—Yo bien lo creo —respondió la buena mujer.

—¿Y podemos irnos al instante? ¿es eso cierto? —preguntó Lucía bajando la voz, y con tono de timidez y recelo.— ¿Y toda aquella gente? —prosiguió como temblando de miedo—. ¿Y aquel señor!... ¿aquel hombre?... bien me prometió...

—Aquí está él también —dijo D. Abundo— y ha venido con nosotros para eso; está esperando aquí fuera: vámonos presto, no hagamos aguardar más tiempo a una persona de su clase.

En esto, el mismo caballero empujó la puerta, y entró incorporándose con los demás. Lucía, que poco antes no sólo deseaba verle, sino que, como no tenía esperanzas en otra persona alguna, hubiera querido que él sólo se presentase, habiendo ahora visto rostros conocidos y oído acentos amigos, no pudo librarse de cierta repugnancia momentánea, y así se estremeció, detuvo el aliento y abrazó a la buena mujer, ocultando la cara en su seno. El mismo caballero, que desde luego quedó parado al ver aquel rostro, en el cual la noche antes apenas había podido fijar la vista, aquel rostro pálido y abatido por las penalidades y la abstinencia, al advertir ahora aquella demostración de temor, bajó los ojos, quedóse un instante inmóvil y mudo, y contestando a lo que la infeliz no había dicho:

—¡Es verdad —exclamó— perdóname!

—Viene a libertar a usted: ya no es el mismo; ya es bueno, muy bueno: mire usted cómo le pide perdón —así iba diciendo la buena mujer al oído de Lucía.

—¿Qué más puede decir? —prosiguió D. Abundo.— Vaya, arriba esa cabeza. No seas niña, despáchate para que podamos marcharnos presto.

Con efecto, levantó Lucía la cabeza, miró al caballero, y viéndole humillado, abatido y confuso, movida de un sentimiento en que se reunían la compasión, la gratitud y el gozo, dijo:

—¡Ah, señor! ¡Dios le pague a su señoría tan buena obra!

—Y a ti mil veces más —contestó el caballero— por el consuelo que me proporcionan esas palabras.

Dicho esto, se dirigió a la puerta y salió el primero. Siguióle Lucía, enteramente animada con la mujer que le daba el brazo, y tras de ellos echó a andar D. Abundo. Bajaron todos la escalerilla y llegaron a la puerta que daba al segundo patio. Abrióla el caballero, se llegó a la litera, y con cierta

urbanidad casi tímida (dos cosas muy nuevas en él) ayudó a Lucía y a la mujer a entrar en ella. Tomó luego de las manos del mozo de la litera las riendas de las dos mulas, y dio el brazo también a D. Abundo, que ya se había acercado a la suya.

—¡Oh, tanta bondad! —dijo éste montando en su mula con más ligereza que antes.

Y la comitiva echó a andar en cuanto estuvo pronto también el caballero, que con frente más serena había recobrado ya su acostumbrada actitud de predominio. Los bravos que se encontraban en el camino notaban bien en su rostro señales de que le ocupaban pensamientos graves y cuidados extraordinarios; pero no pasaban más allá; y como no había llegado todavía a sus oídos la noticia de aquella gran mudanza, era imposible que por conjetura llegasen a adivinarla.

La buena mujer que acompañaba a Lucía, corridas las cortinas de la litera, la cogió de las manos, y empezó a consolarla con palabras de congratulación y ternura; y viendo que además del abatimiento ocasionado por sus pasadas penas, la confusión y oscuridad de los sucesos le impedían experimentar un placer completo por su libertad, le dijo todo lo que creyó más conducente para refrescar su memoria, y desembrollar, digámoslo así, sus ideas; y nombrándole el pueblo de donde ella era, y a donde iban, Lucía, que estaba impuesta en que no distaba mucho del suyo, exclamó:

—¡Ah, María Santísima, cuántas gracias tengo que daros!... ¿Y mi madre? ¿y mi madre?

—La enviaremos a buscar —contestó la buena mujer, que ignoraba lo que se había dispuesto.

—Sí, sí, Dios os lo pagará. ¿Y usted quién es? ¿cómo ha venido usted aquí? —preguntó Lucía.

—Me ha enviado nuestro Párroco —respondió la mujer, porque a este señor que va con nosotros le ha tocado Dios en el corazón (¡bendito y alabado sea!), y ha venido a nuestro pueblo a hablar al señor Cardenal-arzobispo, a ese siervo del Señor, que allí le tenemos de visita, y se ha arrepentido de sus grandes pecados, y deseando mudar de vida, le contó al señor Cardenal como había mandado robar a una pobre muchacha, que es usted, por convenio con otro hombre sin temor de Dios, que el señor Cura me ha indicado quién puede ser.

Como al oír esto levantó Lucía los ojos al cielo, prosiguió la mujer de esta manera:

—¡Ah! quizá usted lo sabe. Considerando, pues, el señor Cardenal que, tratándose de una muchacha, se necesitaba una mujer para acompañarla, le encargó al señor Cura que la buscase, y el señor Cura por su bondad vino a buscarme a mí...

—¡Ah! ¡Dios se lo pague a usted! —interrumpió Lucía.

—Esto no es nada, hija mía —prosiguió la mujer;— y el señor Cura me dijo que la animase a usted y la consolase, manifestándole al mismo tiempo cómo el Señor la había salvado a usted milagrosamente.

—¡Ah, sí! milagrosamente por intercesión de la Virgen.

—Buen ánimo, pues, y perdonar al que le ha hecho a usted mal; y no sólo alegrarse de que Dios haya usado de misericordia con él, sino también pedirle que le asista; en lo que, además de que tendrá usted mucho mérito, experimentará no poco júbilo.

Contestó Lucía con una mirada que expresaba su asenso, mejor que lo hubiera hecho con palabras, y con una dulzura que las palabras no hubieran podido expresar.

—¡Buena muchacha! —prosiguió la mujer;— y hallándose justamente vuestro Cura párroco en nuestro pueblo (pues hay tantos, tantos, todos los de las inmediaciones), determinó el señor Cardenal enviarle también a él conmigo, aunque de poco nos ha servido. Ya había yo oído decir que era hombre para poco, y en esta ocasión lo he visto con mis propios ojos.

—Y ese que se ha vuelto bueno, ¿quién es? —preguntó Lucía.

—¿Cómo? ¿no lo sabe usted? —contestó la mujer, y le nombró.

—¡Válgame Dios! —exclamó Lucía.— ¿Cuántas veces he oído con horror repetir ese nombre en muchas historias en que hacía el mismo papel que en otras Nerón?

Y al pensar que había caído en sus manos, que había estado en su poder, que se veía libre de sus garras, y le encontraba ahora tan convertido, no dejaba de exclamar:

—¡Válgame Dios! ¡válgame Dios!

—Es verdaderamente un gran beneficio el que el Señor nos ha hecho —prosiguió diciendo la buena mujer.— Será una felicidad para medio mundo. Da miedo pensar lo aterrorizado que tenía a todo el país... Y ahora, según me ha dicho el señor Cura (bien se le ve en la cara), se ha vuelto santo: y ya lo dicen sus obras...

Decir que la buena mujer no tenía gana de saber algo más por menor la aventura en que ella también hacía algún papel, sería no decir la verdad; pero es necesario confesar para su gloria, que, detenida por la compasión respetuosa con que miraba a Lucía, y penetrada de la gravedad y dignidad de su encargo, no pensó siquiera en hacerle la más mínima pregunta; y así todas las palabras, durante el camino, sólo se redujeron a animarla, consolarla y manifestarle el mayor interés.

—¡Sabe Dios —le dijo— cuánto tiempo habrá que usted no ha comido!

—Ni siquiera me acuerdo; seguramente hace tiempo.

—¡Pobrecilla! tendrá usted necesidad de confortar el estómago.

—Sí —respondió Lucía con voz débil.

—En mi casa, gracias a Dios, encontraremos al instante alguna cosa. Anímese usted, que ya estamos cerca.

Lucía se recostaba luego en el fondo de la litera como adormecida, y la buena mujer la dejaba descansar.

Por lo que toca a D. Abundo, la vuelta no era para él tan penosa como la ida; sin embargo, no fue éste tampoco un viaje de diversión. Apenas se le pasó el furioso miedo que concibió al principio, empezaron a acometerle otros cuidados, del mismo modo que cuando se arranca de raíz un árbol, queda por algún tiempo desembarazado y limpio el terreno, pero luego no tarda en llenarse de hierba. Como ya no le preocupaba aquel terror, sentía más las otras cosas, y así no le faltaba, con respecto a lo presente ni a lo porvenir, materia para incomodarse.

Molestábale ahora más que cuando iba la incomodidad de aquel modo de viajar, al cual no estaba muy acostumbrado, especialmente en la bajada del castillo al valle. El mozo de la litera, obedeciendo al caballero, apresuraba la marcha de sus bestias, y como las dos mulas caminaban al mismo paso, sucedía que en ciertos parajes más escabrosos, el pobre D. Abundo, como si le levantasen por detrás, iba escurriéndose hacia delante; para sostenerse tenía que apuntalarse con la mano contra la silla; sin embargo, no se atrevía a pedir que anduviesen más despacio, puesto que por otra parte deseaba salir cuanto antes de aquella tierra. Además, en los puntos en que la senda estaba en una elevación, o en un ribazo, la mula, según la costumbre de todas, andaba siempre, como si lo hiciese con intención, por la parte de afuera, poniendo los pies en la misma orilla, por manera que D. Abundo veía continuamente debajo de sí un salto, que por el miedo se le figuraba un precipicio. «También tú, decía en su interior a la bestia, también tú tienes el maldito vicio de ir a buscar los peligros cuando hay un camino tan ancho!», y tiraba de la brida con enfado al lado opuesto. Ya los matones no le causaban tanto respeto como antes, pues sabía el modo de pensar del amo; pero decía allá para su coleto: «Si por desgracia llegase a divulgarse, mientras estamos aquí, la noticia de esta gran conversión, ¿quién sabe cómo la entendería esa canalla? ¿Quién sabe lo que sucedería? ¿No podría ocurrirles que yo había venido de misionero? ¡Dios me libre! ¡Me hacían tajadas!...» Tampoco le daba ya cuidado el ceño del señor del castillo: conocía que era preciso para tener a raya a aquellos bribones: «No se necesita menos, proseguía diciendo, ya me hago cargo; pero ¡fuerte cosa es que a mí me había de tocar venir entre ellos!»

Llegaron por fin al pie de la cuesta, y cuando Dios quiso, salieron del valle. Serenóse la frente del caballero: el mismo D. Abundo puso una cara más natural, sacó un poco la cabeza de entre los

hombros, estiró los brazos y las piernas, se puso tan erguido que parecía otro, respiró con más libertad, y con ánimo más sosegado se puso a reflexionar sobre otros peligros remotos.

«¿Qué dirá aquel salvaje de D. Rodrigo? ¡Quedarse con un palmo de narices, cornudo y apaleado! ¡Cuidado si le ha de escocer! Ahora es cuando se le lleva el diablo de veras. Sería de ver que la tomase conmigo, porque me han metido en este fregado. Si tuvo valor entonces hasta de enviarme aquellos dos demonios para que me hiciesen en el camino tan mala pasada, ¿sabe Dios ahora?... Con su Ilustrísima no podrá pegar: es un bocado demasiado duro para él; pero entretanto tendrá el veneno en el cuerpo, y con alguno querrá desahogarse. ¡Válgame Dios! ¿en qué pararán estas misas? El hilo quiebra siempre por lo más delgado: Lucia, claro está que su Ilustrísima pensará ponerla en salvo: el otro pobre diablo está fuera de su alcance, y ya ha llevado su cuota; de consiguiente, yo soy la única parte flaca que queda del hilo. ¡Sería cosa bien dura que, después de tantas incomodidades y trabajos, sin comerlo ni beberlo, hubiese de pagar el escote! ¿Qué hará su Ilustrísima para defenderme después de haberme sacado a bailar? ¿Podrá impedir que aquel malvado haga conmigo una de las suyas? ¡Además, son tantos los asuntos que ocupan a su Ilustrísima! ¡Tiene tantas cosas en la cabeza! ¡Se mete en tantos negocios! Lo mejor será consultar con Perpetua, y dejar que ella lo arregle todo; siempre que a su Ilustrísima no se le antoje dar otra campanada, y meterme en nuevos laberintos. Desde luego en cuanto llegamos, si ha salido de la iglesia, iré muy de prisa a ponerme a sus órdenes, y si no estuviese, dejaré mi nombre, y me marcharé a mi casa. Lucía tiene buena protección; a mí para nada me necesita; además de que, después de tantos malos ratos, es justo que me vaya a descansar... Pienso ahora que no será extraño que su Ilustrísima entre en curiosidad de saber toda la historia, y salga a la colada lo del matrimonio. ¡Sólo me falta eso!... ¿Y si va de visita también a mi parroquia?... En fin, será lo que Dios fuere servido. No quiero contristarme de antemano, que no son ya pocas las molestias que me abruman. Mientras su Ilustrísima quede por acá, no se atreverá D. Rodrigo a cometer ningún atentado... pero después... ¡Ah! ya preveo que mis últimos días lo han de ser de amargura.»

Cuando llegaron, no estaban concluidos aun los divinos oficios. La comitiva, después de pasar por entre las mismas gentes, no menos conmovidas que la vez primera, se dispersó por fin. El caballero y D. Abundo entraron en una plazuela, en cuyo frente se hallaba la casa del Párroco, y la litera siguió adelante hasta llegar a la de la buena mujer.

Cumplió D. Abundo su palabra, pues apenas apeado, hizo los más expresivos cumplimientos al caballero, suplicándole que le disculpase con su Ilustrísima, porque negocios urgentes le llamaban a su parroquia. Fue a buscar su caballo, es decir, el bastón que había dejado en un ángulo de la sala, y se puso en camino, mientras el caballero se quedó aguardando a que el Cardenal saliese de la iglesia.

La buena mujer, después de haber dado a Lucía el mejor asiento en su hogar, se puso a preparar la comida, rehusando con cordial rusticidad las demostraciones con que aquella se esforzaba en manifestar su agradecimiento.

Añadiento con presteza leña al fuego en que estaba dispuesta a hervir en un perol una buena gallina, cortó en una taza rebanadas de pan, y llenándola de sabroso caldo se la presentó a su huéspeda: y al ver que la pobre iba recobrando vigor, se dio a sí misma el parabién de que este incidente hubiese ocurrido en un día en que su hogar no estaba desprovisto.

—En todas las casas —dijo— hay *gaudeamus* hoy, menos en las de los pobres, que apenas tendrán un pedazo de pan moreno y una escudilla de polenta de maíz; pero aun éstos esperan algún socorro de un señor tan caritativo. Nosotros, a Dios gracias, no nos hallamos en tanto apuro: con lo que gana mi marido y con los cuatro terrones se va pasando. Coma usted, pues, con buen ánimo, en tanto que acaba de cocer la gallina, que es alimento de más sustancia.

Y recogida la taza, siguió con sus preparativos, y puso la mesa para la familia.

Confortada Lucía algún tanto, y recobrada con las fuerzas del cuerpo las del espíritu, empezó a aliñarse por hábito y por instinto de aseo y de pudor: arregló su cabello, rehaciendo las trenzas

casi sueltas, estiró su pañuelo del cuello, y en estas operaciones se enredaron sus dedos en el rosario que llevaba pendiente. Al mirarlo se agolparon en su fantasía un tropel de encontrados afectos. El recuerdo del voto que hasta entonces habían oscurecido mil distintas sensaciones, se le presentó de improviso con todas sus consecuencias. Su ánimo, no bien alentado, quedó de nuevo sobrecogido, y a no haber estado preparada por una vida de inocencia, resignación y confianza en Dios, la consternación que se apoderó de ella se hubiera convertido en despecho. Después de una lucha de pensamientos difícil de expresar, las primeras palabras que salieron de su boca fueron estas: «¡Desgraciada de mí! ¿qué es lo que he hecho?»

No bien hubo prorrumpido en tales exclamaciones, cuando se sintió horrorizada. Presentáronsele a la memoria todas las circunstancias del voto, su cruel conflicto, la persuasión de no encontrar socorro en la tierra, el fervor de la súplica y la deliberación con que hizo su promesa. El arrepentirse después de conseguida la gracia, le pareció una sacrílega ingratitud hacia Dios y su bendita Madre, y persuadida de que semejante infidelidad le acarrearía nuevas y más terribles desventuras, en medio de las cuales no podría ya tener confianza en sus oraciones, se dio prisa a arrepentirse de aquel momentáneo arrepentimiento. Quitóse del cuello devotamente el rosario, y teniéndole entre sus manos trémulas, confirmó y renovó el voto, pidiendo al mismo tiempo con el mayor fervor que le concediese la Virgen la fuerza de cumplirlo, y se apartasen de ella los pensamientos y las ocasiones capaces, si no de revocar su resolución, por lo menos de atormentarla demasiado.

La ausencia de Lorenzo, y las pocas apariencias de que pudiese volver, y aquella separación que hasta entonces le había parecido tan amarga, las tuvo ahora por una disposición de la Providencia, que reunió para un solo fin ambos acontecimientos, y procuraba hallar en el uno la razón de consolarse del otro. Sin embargo, tras este pensamiento no dejaba de figurarse que la misma Providencia, para coronar la obra, sabría hallar el medio de que Lorenzo se resignase y no pensase más...; pero apenas la asaltó semejante idea, volvió a agitarla la lucha de afectos. Convencida de que su corazón pugnaba por arrepentirse otra vez, volvió de nuevo a las súplicas, a las protestas y a la batalla, de que salió triunfante, como el vencedor cansado y herido se separa de su contrario que yace por tierra.

Oyóse en esto un bullicioso pisoteo acompañado de gritos de alegría. Era la familia menuda que venía de la iglesia, y en efecto entran saltando dos niñas y un niño: se paran un momento mirando con curiosidad a Lucía, y corren luego hacia su madre, agrupándose todos tres alrededor de ella. Uno pregunta quién es aquella joven, y cómo, y a qué ha venido; otro quiere contar las maravillas que ha visto en la iglesia, no costando poco trabajo a su madre hacerles guardar silencio. Entra en seguida el amo de la casa con paso mesurado y la cordialidad pintada en el rostro. Era (pues aun no lo hemos dicho) el sastre del lugar, y aun de todo el contorno; hombre que sabía leer y había repasado más de una vez la historia de los doce pares de Francia y varias vidas de santos, por lo cual pasaba entre sus compatriotas por discreto y entendido, lisonja que rehusaba con modestia, diciendo únicamente que había errado la vocación, y que si hubiese estudiado, quién sabe adónde hubiera podido llegar. Por lo demás, era de la mejor pasta del mundo. Habiéndose hallado presente cuando el Cura llamó a su esposa para aquella caritativa diligencia, no sólo dio su aprobación, sino que, a ser preciso, hubiera ayudado con ruegos e instancias, y ahora que la función, la pompa y el concurso, y sobre todo el sermón del Cardenal, habían exaltado, como suele decirse, sus buenos sentimientos, volvía a su casa con ansia de saber las resultas del suceso, y de encontrar ya libre a la pobre muchacha.

—Aquí la tienes —le dijo su mujer al verle entrar, señalando a Lucía, la cual poniéndose colorada, se levantó del asiento y empezó con labio balbuciente a expresar su gratitud.

Pero el buen hombre se acercó a ella con semblante halagüeño, e interrumpiéndola, le dijo:

—¡Bien venida seas! Por ti viene a esta casa la bendición del cielo. ¡Cuánto me alegro de verte en ella! No me quedaba duda de que llegarías a buen puesto, porque jamás se ha visto que el

Señor haya empezado un milagro sin acabarle. ¡Pobre joven! ¡Gran gusto tengo en verte aquí! Éste es verdaderamente un prodigio.

Y no se crea que fuese el único que por haber leído tantas vidas de santos, calificase de milagro aquel acontecimiento. En todo el lugar y en el contorno de muchas leguas no se habló de él en otros términos mientras duró su memoria; no siendo a la verdad extraño, en vista de las consecuencias que tuvo, el que las gentes sencillas juzgasen de aquella manera.

Acercóse después el buen hombre a su mujer, que estaba apartando de la lumbre el perolito, y le preguntó en voz baja:

—¿Qué tal salió la intentona?

—Muy bien; ya te lo contaré luego.

—Sí, sí, cuando estemos despacio.

Puesta por fin la mesa, tomó el ama de la mano a Lucía, la sentó junto a sí, y cortando un alón de la gallina se lo puso delante. Colocóse al otro lado su marido, y ambos animaban a su abatida y vergonzosa huéspeda a que comiese sin empacho. Después de los primeros bocados empezó el sastre a razonar entre las interrupciones de los chicos, que comían en pie alrededor de la mesa, los cuales demasiadas novedades habían visto para hacer el papel de meros oyentes. Describía el padre las solemnes ceremonias, pasaba luego a hablar de la milagrosa conversión; pero lo que más profunda mella había hecho en su ánimo era el sermón del Cardenal.

—Al ver —decía— a un señor de su clase sentado en el altar como un simple cura...

—¿Y aquella cosa de oro que tenía en la cabeza? —interrumpió una niña.

—¿Quieres callar? Al pensar, digo, que un señor de su clase, un varón tan sabio que, según dicen, ha leído todos los libros que se han impreso, cosa a que ni aun en Milán ha llegado ninguno; al ver cómo sabe expresarse de modo que todo el mundo le entienda...

—También yo le he entendido muy bien —prorrumpió la otra niña.

—Calla, tonta. ¿Qué has de haber comprendido tú?

—¡Toma! ¿No conocí yo que estaba explicando el Evangelio en lugar del señor Cura?

—¡Calla! te digo. No hablo de los que saben leer, porque éstos tienen obligación de entender; pero hasta los más zotes comprendían el sentido perfectamente. Sin embargo, vayan ustedes ahora a preguntarles si sabrían repetir sus palabras. ¡Qué! ni dos solas. No obstante, lo que es el sentido bien claro estaba para todo el mundo. Sin nombrar jamás al señor del castillo, bien se echaba de ver que hablaba de él: y, en fin, para comprenderle bastaba observar cuando se le arrasaban los ojos en lágrimas. Entonces, ¡qué de llantos, qué de sollozos en toda la iglesia!

—Es verdad —dijo el niño— ¿y por qué lloraban todos como si fueran muchachos?

—¡Chitón! Y en verdad que hay corazones bien duros en esta tierra. Hizo ver con mucha claridad que, a pesar de la carestía, es preciso dar gracias al Señor, trabajar mucho, ayudarse unos a otros y vivir contentos: porque no es una desgracia el pasar trabajos, ni el ser pobre; no, señor. La desgracia es obrar mal. Y no son las suyas sólo buenas palabras, pues se sabe que vive como un pobre, y se quita el pan de la boca para darlo a los necesitados, cuando podría vivir regaladamente mejor que otro alguno. Así, así es cuando da gusto oír predicar a un sujeto de su clase, y no como muchos que dicen: «Haz lo que te digo, y no lo que hago.» ¡Buena razón por cierto! El ejemplo es lo que más vale. También hizo ver que hasta los que no son señores, si tienen algo más de lo necesario, están obligados a repartirlo con los menesterosos.

Aquí interrumpió su plática como si le ocurriese algún pensamiento improviso: se mantuvo cabizbajo un momento; luego de lo que había en la mesa dispuso un plato, y poniendo sobre él media hogaza de pan, lo envolvió todo en una servilleta, y cogiéndola de las cuatro puntas, dijo a la mayor de sus chicas:

—Toma —y dándole en la otra mano una botella de vino, añadió:— vete a casa de la tía María la viuda, y dáselo todo, diciendo que es para que celebre este día con sus niños, ¿estás? y cuidado que lo hagas bien, de modo que parezca expresión y no limosna. Si te encuentras con algún conocido, no le digas nada, y mira no rompas algo.

Enterneciése Lucía, asomando las lágrimas a sus ojos, y experimentando al mismo tiempo singular regocijo, pues las razones precedentes le habían causado tal consuelo, que quizá no lo hubiera producido igual el sermón más acabado.

Entró de ahí a poco el Cura del pueblo, diciendo que le enviaba el Cardenal para que le llevase nuevas de Lucía, a quien su Ilustrísima quería ver aquella misma tarde. Dio luego gracias a los dos esposos, y conmovidos entrambos y Lucía, no encontraban palabras con que corresponder a tantas bondades.

—¿Y tu madre no ha llegado aun? —preguntó a Lucía el Párroco.

—¡Mi madre! —exclamó ésta; mas oyendo que de orden de su Ilustrísima se la había mandado venir, se cubrió el rostro con el delantal y prorrumpió en un copioso llanto, que no cesó sino mucho después de haber salido el Cura.

Apenas los tumultuosos afectos que excitó en su ánimo aquella noticia dieron entrada a pensamientos más sosegados, se acordó de que la próxima satisfacción de ver a su madre, satisfacción que pocos minutos antes no se hubiera atrevido a esperar, la había implorado expresamente en su mayor apuro, poniéndola casi como condición del voto, cuando dijo: «Haced que vuelva libre al lado de mi madre»: y estas palabras se presentaron vivamente a su memoria. Con esto se confirmó en el propósito de mantener su promesa, y consideró como un cargo de conciencia su disgusto y momentáneo arrepentimiento.

En efecto, cuando se estaba hablando de Inés, ya estaba en camino, y muy cerca del lugar. Fácil es figurarse cómo quedaría la infeliz al recibir aviso tan inesperado, junto con la noticia imperfecta y confusa de un peligro horroroso y de un suceso oscuro que no supo explicar el mensajero, y del cual no tenía el menor antecedente en que fundar conjeturas. Después de haberse puesto las manos en la cabeza; después de haber exclamado repetidas veces: «¡Dios mío! ¡Virgen Santísima!» después de haber hecho al comisionado mil preguntas a que no pudo responder, se entró precipitadamente en el carro, sin dejar en todo el camino sus exclamaciones e infructuoso interrogatorio.

Pero al llegar a cierto paraje se encontró con D. Abundo, que caminaba paso a paso con su bastón. Paróse el Cura, y prorrumpiendo entrambos en una interjección de sorpresa, se apeó la mujer, y retirados los dos a un castañar próximo al camino, le contó D. Abundo cuanto había oído y lo que había visto por sus ojos. No quedaba, a pesar de esto, la cosa muy clara; pero al cabo era lo bastante para que Inés quedase segura de que su hija estaba libre de riesgos.

Quiso en seguida D. Abundo entrar en otra materia, y dar a la madre de Lucía ciertas instrucciones acerca del modo de conducirse con respecto al Cardenal, si éste, como era probable, deseaba ver a entrambas, a fin de que no le hablasen del casamiento, como cosa inoportuna; pero conociendo Inés que D. Abundo sólo trataba de su propia conveniencia, le dejó plantado sin ofrecer cosa alguna, o, por mejor decir, sin comprometerse a nada, y despidiéndose de él, prosiguió su viaje.

Llega por fin el carro y se para a la puerta del sastre. Levántase Lucía atropelladamente, se apea Inés con igual precipitación, y se arrojan en los brazos una de otra.

La buena mujer, que se hallaba sola en casa, las alienta, las tranquiliza, se congratula con ambas, y con prudencia y discreción las deja solas a pretexto de disponer una cama, pues tenía proporción para ello; aunque si así no fuese, ella y su marido hubieran dormido en el suelo, antes que permitir que fueran a hospedarse a otra parte.

Pasado aquel primer desahogo de abrazos y sollozos, quiso saber Inés la funesta aventura de su hija, quien se dispuso dolorosamente a contársela por menudo. Pero el lector sabe muy bien que ésta era una historia que ninguno sabía por entero, conteniendo incidentes oscuros e incomprensibles para la misma Lucía, y sobre todo la fatal combinación de haberse encontrado en el camino con el funesto coche cuando justamente por una extraña casualidad iba Lucía pasando por él.

Acerca de este punto, la madre y la hija se perdían en conjeturas, sin atinar, o, más bien, sin dar ni aproximadamente en el hito. Por lo tocante al autor principal de la trama, ni una ni otra pudieron menos de creer que fuese D. Rodrigo.

—¡Ah, desalmado! ¡Hombre perverso! —exclamaba Inés— También le llegará la suya, y el Señor le pagará sus obras. Entonces verá...

—No, madre, no —interrumpió Lucía.— No le desee usted mal ninguno: no, ni a él, ni a nadie. ¡Si supiera usted lo que es padecer! ¡Si lo hubiese experimentado! Roguemos más bien por él, pidiendo a Dios que le toque en el corazón, como lo ha hecho con ese otro pobre caballero, que dicen que era peor, y ahora es un santo.

La repugnancia de Lucía a renovar memorias tan penosas y recientes, fue parte para que más de una vez suspendiera su relación, faltándole en varias ocasiones el ánimo para continuarla. Por fin, después de muchas lágrimas volvió a tomar el hilo a duras penas, aunque por diferente sentimiento hubo de suspenderle en cierto paso, a saber, el del voto. El temor de que su madre la tachara de precipitada o imprudente, o de que, como en el asunto del casamiento, sacase a colación alguno de sus registros de ancha conciencia, o bien porque, como mujer sencilla, en el hecho de confiar a alguien su secreto, aun cuando sólo fuese para tomar parecer, diese margen a que se divulgase, cosa que hasta en idea la avergonzaba y llenaba de rubor: todos estos motivos juntos la decidieron a callar aquella circunstancia importante, proponiéndose consultar primero con el P. Cristóbal. Mas ¡cómo se quedó, cuando, preguntando por él, supo que le habían enviado a un país remoto, cuyo nombre no supo individualizar su madre!

—Y Lorenzo… —dijo Inés.

—Está en paraje seguro: ¿no es verdad? —exclamó Lucía.

—Es cierto, sin duda, porque todos lo dicen. Parece ser que paso a territorio de Bérgamo; pero el pueblo de su residencia no se sabe de fijo, y él hasta la presente hora no ha dado a nadie razón de su persona. Preciso es que no haya encontrado ocasión oportuna.

—¡Ah! ¡Si está en paraje seguro —dijo Lucía— loado sea el Señor!

Y procuraba mudar de conversación, cuando fue interrumpida por una novedad inesperada, a saber, la presencia del Cardenal-arzobispo.[9]

Éste, al volver de la Iglesia, donde le hemos dejado, a su posada, y sabedor ya por el Innominado del feliz arribo de Lucía, habíase puesto a la mesa con él, y sentádole a su derecha en medio de un cerco de sacerdotes, que no se cansaban de contemplar aquel rostro del penitente caballero, comparando la idea que desde muy antiguo tenían de su ferocidad y altivez, con aquella mansedumbre sin flaqueza y aquella humildad sin abyección que a la sazón veían resplandecer en su aspecto.

Terminada la comida, volvieron a encerrarse juntos el Cardenal y el Innominado, y después de un coloquio, mucho más largo que el primero, partió el señor a su castillo en la propia mula que había llevado aquella mañana. El Cardenal en seguida llamó al Cura para decirle que le acompañase a la casa en que estaba hospedada Lucía.

9 Faltan dos páginas en el ejemplar que aprovechamos. Suplimos con la la traducción de Gavino Tejado, publicada en 1859 en Madrid, anteriormente citada. (Nota del editor digital.)

—¡Oh Monseñor! —le respondió el Cura—: no tiene que molestarse Su Eminencia; yo mandaré un recado, y al instante vendrán aquí la joven, y su madre si ha llegado ya, y aun los amos de la casa si Monseñor quiere también verlos...

—No, no: quiero yo ir allá —replicó el Prelado.

—Pero no es regular que Su Eminencia se incomode: yo les mandaré recado: es cosa de un momento —insistió en decir el oficioso Cura, sin acabar de entender, a pesar de ser excelente Sacerdote, que lo que el Cardenal deseaba con aquella visita, era honrar al infortunio, a la inocencia, a la hospitalidad, y juntamente su propio ministerio. Pero al ver al superior insistir en su empeño, el inferior cedió en sus instancias, y echó a andar tras él.

En cuanto pusieron el pie fuera de la puerta, arremolinóse en torno de ellos toda la gente que había en la calle, acrecentada en breve con la demás que de todos lados fue acudiendo, y que los acompañó en su tránsito, quién a los lados, quién detrás, quién donde podía y como podía. Al Cura todo se le volvía decirles:

—¡Aparténse, aparténse, dejen paso libre!

Pero Federico replicaba:

—Déjelos, señor Cura, déjelos —y proseguía su camino, ora alzando las manos para bendecir al pueblo, ora bajándolas para acariciar a los niños que se le rebullían entre los pies.

Con este cortejo llegaron a la casa, entraron, y la gente se quedó a la puerta, tan arremolinada como hasta allí había ido. Pero entre la gente se hallaba también el buen sastre, que siguiendo el movimiento general, se había mezclado en el cortejo, e iba con ojos y boca abierta, sin saber adonde se encaminaba Su Eminencia. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver parar en la puerta de su propia casa aquella comitiva! Nadie extrañará que enfilándose por entre el gentío como una aguja, gritara a más y mejor:

—¡Paso, señores, paso! ¿No ven que hago falta en casa? —hasta que entró.

Inés y Lucía, en oyendo aquella bulla cada vez más estrepitosa en la calle, y mientras cavilaban cuál podría ser el motivo, ven abrirse la puerta, y presentarse el Cardenal con el Cura.

—¿Es aquella ? —preguntó el primero al segundo; y a una señal afirmativa de éste, acercóse a Lucía, que se había quedado clavada en el suelo, como su madre, mudas entrambas y aturdidas de rubor y de sorpresa, hasta que el acento, el aspecto, la actitud, y sobre todo, las palabras del Prelado les infundieron aliento y confianza.

—Pobre joven —dijo mirando a Lucía con paternal dulzura—; verdaderamente Dios nuestro Señor ha querido probarte con grandes tribulaciones; pero también se ha dignado mostrarte que tenía los ojos puestos en ti, y que no te olvidaba. Te ha traído a puerto de salvación, y te ha escogido por instrumento de una grande y misericordiosa obra, que redime a un alma, y alivia juntamente el padecer de otras muchas.

En este momento se presentó en la habitación la sastra, quien habiéndose asomado a la ventana al oír el ruido de la gente, y viendo la gran visita que se le entraba por las puertas, había bajado las escaleras de dos en dos, arreglándose de prisa y corriendo la ropa y el peinado: casi al mismo tiempo entró el sastre por el lado opuesto. Marido y mujer, al ver ya entablada la conversación por su Eminencia, fueron a reunirse en un rincón del aposento, donde sin moverse recibieron tan gozosa como humildemente el cortés y afable saludo del Cardenal, que siguió hablando con las dos mujeres, y mezclando entre sus exhortaciones consoladoras tal cual pregunta para ver por las respuestas si hallaba necesidad y medio de hacer algún bien a las infelices que tanto habían padecido.

Inés, animada por aquella afabilidad tan cariñosa del Prelado, y nada conforme con que el señor D. Abundio, después de haber fastidiado a la gente, quisiera también estorbarle un pequeño desahogo con quien era más que él; Inés, que por calva que fuera una ocasión de soltar cuanto le

hacía cosquillas en el almario, sabía cogerle siempre el pelo aunque no tuviera más que uno, saltó, y dijo:

—Dios le pague a su Eminencia la caridad que hace con estas pobres mujeres... Así fueran lo mismo todos los demás sacerdotes; y no se verían algunos que en lugar de ayudar a los pobres atribulados, les meten más en el atolladero, por salir ellos con sus manos lavadas... Si no fuera porque... En fin, más vale callar...

—No, no, diga cuanto se la ofrezca: hable, hable en libertad. ¿Por qué dice eso?

—Dígolo, Eminentísimo Señor, por cierto Cura, que si hubiese hecho lo que Dios manda, nos habría ahorrado estos disgustos a todos...

La pobre Inés no conoció que se iba metiendo en un mal paso, hasta que, apurada por las preguntas investigadoras del Cardenal, cayó en la cuenta de que si había de contar toda la historia, tenia que desembuchar la parte espinosilla que a ella le tocaba en el capítulo del matrimonio; parte que hubiera ella querido dejar ignorada de tan santo y autorizado personaje. Pero, ya cogida en el garlito, y con la mira de desenredarse lo mejor posible, refirió de cómo, concertado ya el casamiento, lo había dilatado D. Abundio con pretextos especiosos, sin dejarse en el tintero el de la cuenta que, según decía el Cura, habían de pedirle luego los superiores (¡Inés, Inés! Esa es arma prohibida!); y de aquí saltó al atentado de D. Rodrigo, y al cómo, advertidas a tiempo, habían podido escapar de sus uñas ; y por último, dijo resumiendo su infiel relato:

—Pero ¿qué hemos adelantado con escapar una vez? Nada; porque ahora nos vamos a ver otra vez en calzas prietas. Si[10] en aquel caso el señor Cura nos hubiese dicho francamente lo que pasaba, y hubiese casado a mis pobres hijos, nos hubiéramos ido todos juntos secretamente a paraje lejano, de donde ni el aire hubiese traído noticias nuestras.

—Ya haré yo que el señor Cura me dé razón de este embrollo —dijo el Arzobispo.

—No, señor; no, señor —prosiguió Inés—. No lo digo yo por eso. Nada le diga vuestra señoría: lo que pasó, pasó, y a lo hecho pecho. Y luego ¿de qué serviría? Es un hombre así, y en igual ocasión, obraría de la misma manera.

No satisfecha Lucía del modo con que su madre refirió su historia, añadió:

—También nosotras hicimos mal. Se ve que no era la voluntad del Señor que el casamiento se verificase.

—¿Pues qué mal has podido hacer tú, inocente? —preguntó el Cardenal.

Lucía, a pesar de las miradas que a hurtadillas le echaba su madre, contó la tentativa hecha en casa de D. Abundo, y concluyó diciendo:

—Obramos mal, y Dios nos ha castigado.

—Aceptad como cosa de su mano las tribulaciones que habéis padecido, y cobrad ánimo —dijo el Cardenal— porque ¿quién tendrá más motivo de alegrarse y de esperar que los que han sufrido pesadumbres y se confiesan culpados?

Preguntó después por el novio, y sabiendo de Inés (pues Lucía callaba con los ojos bajos) que estaba fugitivo, manifestó admiración y disgusto, y queriendo saber la causa, refirió Inés lo poco que sabía de la historia de Lorenzo.

—He oído hablar de ese hombre —dijo el Cardenal— y no comprendo cómo un sujeto complicado en asuntos de tan mala especie, andaba en tratos de casamiento con una joven como ésta.

—Era un mozo muy bueno y honrado —contestó con voz firme Lucía, poniéndose al mismo tiempo colorada.

10 Continuamos con la traducción de Juan Nicasio Gallego, Madrid 1880. (Nota del editor digital.)

—Sí, señor —añadía Inés—; sí, señor; era demasiado bueno. Y esto puede vuestra señoría preguntarlo al mismo Cura. ¿Quién sabe las tramas que se habrán urdido por allá? ¡Es menester tan poco para que a los pobres se les haga parecer bribones!

—Es mucha verdad —dijo el Arzobispo—. Basta: yo me informaré de todo.

Y apuntando nombre y apellido, añadió que pensaba pasar a su pueblo dentro de pocos días, que entonces Lucía podría volverse sin temor, y que entretanto le buscaría un asilo seguro hasta que todo estuviese arreglado.

Volvióse luego a los amos de la casa, que entonces se le acercaron algo más, y reiterándoles las gracias que ya les había dado por conducto del Párroco, les preguntó si tendrían inconveniente en retener por algunos días aquellos huéspedes que Dios les enviaba.

—¡Inconveniente? No, señor —contestó la mujer con una voz y un semblante más expresivos que su lacónica respuesta, embargada por la cortedad.

Pero el marido, animado por la presencia de tan alto personaje, y la gana de lucirlo en tan solemne ocasión, estaba discurriendo una brillante respuesta. Arrugó, pues, la frente, levantó los ojos, frunció los labios; pero a pesar del tropel confuso de ideas que se le presentaron, sólo pudo echar fuera esta expresión: «¿Cómo, señor, nos habíamos de negar?...» sin ocurrirsele otra cosa, por lo que no sólo entonces quedó corrido, sino que en lo sucesivo jamás pudo recordar aquel lance sin humillación y disgusto.

Despidióse el Cardenal diciendo:

—¡La bendición del Señor sea por siempre en esta casa!

Preguntó por la noche al Párroco cómo podría recompensar de un modo decente a aquel honrado artesano por su hospitalidad, que en aquella época de escasez le sería gravosa forzosamente, y sobre todo tratándose de un hombre que, según las apariencias, no era rico.

—Verdad es —contestó el Párroco— que las utilidades de su profesión y el producto de una corta heredad que posee el buen sastre, no bastarán este año para ponerle en estado de hacer grandezas; pero mediante algunos ahorros de los anteriores, es de los más acomodados del pueblo, y se halla en el caso de sufrir tales gastos con el mayor gusto, con la circunstancia de que se ofendería si se le diese dinero.

—¿Y no tendrá algunos créditos contra gentes pobres que no puedan pagarle?

—¡Oh! eso sí. ¡Figúrese su Ilustrísima cómo habrán podido pagarle este año los que apenas tuvieron cosecha el anterior.

—Pues bien —repuso el Cardenal—: a mi cargo corren esas deudas, de que usted me hará el gusto de pedirle una nota.

—Debe ser cantidad no pequeña.

—Mejor. ¿Y no habrá también algunos que, si nada le deben, es porque no ha habido quien les fíe?

—¡Oh, señor! De esos no faltan en tiempos tan fatales, aun cuando uno hace cuanto puede...

—Haced que los vista de mi cuenta, y pagádselo sin mezquindad, que yo abonaré el importe. A la verdad, este año me parece robado cuanto no se emplea en pan; pero esto es un caso de excepción.

No queremos acabar aquí la historia de aquel célebre día, sin contar brevemente cómo le dio fin el señor del castillo.

La noticia de su conversión le había precedido en todo el valle, en el cual había causado asombro, curiosidad, disgusto y murmuraciones. A los primeros bravos que encontró en el camino les hizo seña de que le siguiesen, y así consecutivamente a los restantes. Seguíanle todos con ánimo suspenso, pero con la misma sumisión; así llegó a su castillo con gran acompañamiento. Hizo también seña a los de la puerta para que entrasen con los demás en el primer patio, donde sin

apearse dio un terrible grito, que servía de señal a fin de que acudiese todo el mundo. En un instante aparecieron cuantos estaban diseminados por la casa, quedando todos en silencio mirando al amo de hito en hito.

—Id al salón grande y aguardadme allí —les dijo, manteniéndose a caballo viendo cómo salían.

Apeóse luego, condujo por sí mismo la mula a la cuadra, y se dirigió al salón en que le esperaba aquella buena gente. Al presentarse, cesó de golpe el murmullo, y todos los bravos, que serían como unos treinta, se apiñaron a un extremo de la sala, dejando al amo un gran espacio libre.

Levantó el caballero la mano, como para mandar que no se perturbase el silencio que impuso su presencia, y alzando la frente, que sobresalía por encima de todos ellos, habló de esta manera:

—Escuchadme, y ninguno me interrumpa mientras yo no le pregunte. Hijos, la senda por donde hemos caminado hasta ahora conduce al infierno. Esto no es reconvención, la cual poca fuerza tendría en mi boca, porque soy el peor de todos; pero escuchad lo que tengo que deciros. La misericordia de Dios me ha llamado a mudar de vida, y la mudaré ciertamente, o, por mejor decir, ya no soy el que era: hágalo así el Señor con todos vosotros. Sabed, pues, y no lo dudéis, que estoy resuelto a morir mil veces, antes que obrar contra su ley santa. Revoco las órdenes criminales que he dado a cada uno de vosotros; ya me comprendéis: lejos de eso, os mando que nada se ejecute de cuanto estaba dispuesto, y tened igualmente por seguro que nadie podrá hacer mal, fiado en mi protección, de aquí en adelante. Al que quiera permanecer aquí con estas condiciones, le miraré como hijo, y me tendré por feliz, cuando el último pan de mi casa sirva para alimentar al último de vosotros, quitándomelo yo de la boca. Al que no se conformare le daré lo que le corresponda de su salario, y además una gratificación, a fin de que se vaya cuando quiera: en la inteligencia que no ha de volver a poner los pies aquí, sino para mudar de vida, en cuyo caso será siempre recibido con los brazos abiertos. Para meditarlo tenéis toda esta noche; mañana os llamaré uno por uno, sabré vuestra resolución, y os intimaré nuevas órdenes. Por ahora, cada cual ocupe su puesto, y Dios, que se ha dignado ser para mí tan misericordioso, os ilumine.

Calló él, y callaron todos. Por grande que fuese el tropel de pensamientos que bullía en aquellas cabezas, ninguno salió al semblante. Estaban acostumbrados a considerar la voz de su amo como la manifestación de una voluntad contra la cual era inútil luchar, y aunque aquella voz anunciaba que ya la voluntad era otra, no daba a entender que se hubiese debilitado su energía. A ninguno le pasó siquiera por el pensamiento que, por haberse convertido su señor, pudiera subírsele a las barbas, y replicarle como a otro hombre. Veían en él a un santo, pero de aquellos que se pintan con la frente erguida y la espada en la mano. No todo era temor: teníanle además (especialmente los que habían nacido en sus dominios, que era la mayor parte) el respeto de vasallos, y todos le miraban con cierto afecto fundado en admiración, por manera que en su presencia se hallaban sobrecogidos de aquella especie de cortedad que engendra el hábito delante de un superior reconocido por tal desde la niñez. Es cierto que no les eran gratas sino repugnantes las cosas que acababan de oír, pero tampoco nuevas ni extrañas para su entendimiento. Mil veces se habían burlado de ellas, no porque no las creyesen, sino por evitar y rechazar con las burlas la impresión incómoda que les causaba su recuerdo, y el miedo que les hubiera infundido su seria meditación; y el ver ahora en el ánimo de su señor los efectos de aquel mismo miedo no dejó de hacerles mella más o menos durable. Agrégase a esto que los que fuera del valle supieron tan gran novedad, fueron testigos del júbilo y entusiasmo del pueblo, y de la veneración que de improviso se granjeó su señor entre las gentes, en vez del odio y del terror que antes excitaba su nombre.

Con esto estaban aturdidos e indecisos, renegando en su interior los unos, cavilando los otros sobre el rumbo que podrían tomar en adelante; estos meditaban si tendrían esfuerzo y conformidad para ser hombres de bien; aquellos se inclinaban a serlo. Otros, por último, trataban de ganar tiempo prometiéndolo todo, a trueque de quedarse a comer un pan ofrecido con tanta cordialidad, y tan difícil de encontrar en aquella época, con ánimo de seguir después el camino que más les

conviniese. Ello es que ninguno chistó, y así que el caballero, concluida su plática, alzó la mano en señal de despedida, tomaron todos la puerta tan quietos y sosegados como una manada de corderos. Salió tras ellos el amo, y puesto en medio del patio, observó a la vislumbre que cada cual se encaminó a su puesto sin hablar palabra. Subió después a su aposento, y tomando una linterna, reconoció las entradas y salidas, los corredores y patios, en suma, todo el castillo, y cuando vio que en todas partes reinaba el sosiego y el silencio, se fue a dormir, porque a la verdad tenía sueño.

Ejercitado toda su vida en tomar sobre sí negocios intrincados y urgentes, jamás tuvo tantos como ahora, y sin embargo tenía sueño. Los remordimientos que tanto le habían acosado la noche anterior, lejos de disminuirse le punzaban con más fuerza, y sin embargo tenía sueño. El orden y gobierno establecidos por tantos años en aquel castillo estaban expuestos a un trastorno. La sumisión ilimitada de sus satélites, su fidelidad y su disposición a obedecer ciegamente su voluntad, en que por tan largo tiempo descansaba, no le ofrecían ya la antigua confianza. Él mismo acababa de introducir en su propia casa la incertidumbre, y quizá la confusión, poniéndolo todo en contingencia: y sin embargo tenía sueño. Entró, pues, en su cuarto, se acercó al lecho mismo en que tanta inquietud había padecido la última noche, y se arrodilló a su cabecera ansioso de rezar. Halló, en efecto, en un escondrijo de su memoria las oraciones que le enseñaron en su niñez, y aquellas palabras, tantos años olvidadas y oscurecidas, fueron desarrollándose poco a poco unas tras otras. En este ejercicio encontraba un conjunto de afectos indefinibles, cierta dulzura en volver a los hábitos de la inocencia, cierta exacerbación de dolor al contemplar el abismo de crímenes y desdichas que mediaba entre aquel tiempo y el presente, un vivo anhelo por conseguir con obras de expiación una conciencia nueva y el estado más inmediato a la inocencia que ya no le era dado recobrar, y últimamente una gratitud y una confianza ilimitada en la misericordia de Dios, con cuyo auxilio esperaba llegar a tan feliz término, y de la cual tenía ya tan calificadas pruebas. Levantóse después, se acostó en su cama, y se quedó profundamente dormido.

De esta manera tuvo fin aquel día, cuya celebridad duraba aun cuando apuntaba estas noticias el autor anónimo de quien las hemos tomado, y que, a no ser por él, quedaran perdidas en el olvido, puesto que Rívola y Ripamonti, ya citados, se contentan con decir que aquel tirano tan famoso, después de una conferencia que tuvo con el cardenal Federico Borromeo, mudó enteramente de vida con asombro de todo el mundo. ¿Y tantos son por ventura los que han leído estos dos autores? Menos sin duda que los que han de leer esta historia. ¿Y quién sabe si algún curioso que tuviese habilidad y deseo de hallarla, encontraría en aquel valle alguna remota y oscura tradición de este suceso? ¡Desde entonces acá son tantas y tantas las cosas que han pasado!

XXV.
La reprimenda.

El día siguiente, en el lugar de Lucía y en todo el distrito de Lecco, no se hablaba de otra cosa sino de ella, del caballero anónimo, del Arzobispo y de otro sujeto que, aunque se complacía en que su nombre fuese muy conocido, esta vez hubiera deseado que nadie se acordase de él. Hablamos de D. Rodrigo.

No porque antes de ahora no se hablase de sus hazañas, sino porque siempre se hacía con palabras ambiguas, y en secreto. Era necesario que dos personas se tratasen con mucha intimidad para expresarse claramente sobre esta materia; y aun entonces no lo hacían con toda la acrimonia de que eran capaces; porque los hombres en general, cuando no pueden desahogar su indignación sin riesgo, no sólo la demuestran menos, o la ocultan del todo, sino que efectivamente es menor la que experimentan. Pero en esta ocasión, ¿quién hubiera tenido reparo en preguntar, o en hablar de un hecho tan estrepitoso en que se había visto la mano del cielo, y en que hacían un gran papel dos personajes célebres? El uno porque reunía en sí tan grande autoridad y tan vehemente amor a la

justicia, y el otro porque parecía la misma prepotencia personificada que llegaba a humillarse, y la flor y la nata de los bravos, que iba, digámoslo así, a rendirse y a deponer las armas. En comparación de éstos, ¡qué ruin personaje apareció D. Rodrigo!

Entonces comprendían muy bien todos cuán grande era la infamia de molestar a la inocencia para deshonrarla y perseguirla con tan imprudente tesón, tan atroz violencia e insidias tan abominables. En aquella ocasión era cuando todo el mundo pasaba revista a las demás hazañas de aquel malvado, y cada uno decía con franqueza su parecer, animado al ver que todos eran del mismo sentir. Murmurábase de él con indignación en todas partes; pero lejos de sus tiros, por temor a la turba de bravos que le rodeaban.

Una gran parte de esta animadversión pública alcanzaba también a sus amigos y aduladores. Con efecto, se le cortaba un buen sayo al señor *Podestá*, siempre sordo, ciego y mudo acerca de las maldades de aquel tiranuelo; pero se hablaba de él con alguna reserva porque contaba con sus esbirros. Por lo que toca al abogado Tramoya, como no tenía más que bachillerías y embrollos, no se le guardaba tanta consideración, haciéndose lo mismo con los demás parásitos sus semejantes. A todos se les señalaba con el dedo y se les miraba de reojo, por lo cual juzgaron conveniente no dejarse ver en mucho tiempo.

Aterrado D. Rodrigo con noticia tan inesperada, y tan diferente de la que aguardaba de día en día, de momento en momento, estuvo encerrado en su castillo sin más compañía que sus satélites, tragando veneno por espacio de dos días, al cabo de los cuales partió para Milán. A no haber mediado otro motivo que las murmuraciones de las gentes, quizá hubiera permanecido allí por lo mismo para arrostrarlas, y acaso, al ver el término a que habían llegado las cosas, hubiera buscado ocasión de escarmentar a todos en uno de los más atrevidos; pero lo que le hizo salir fue la noticia indudable de que el Cardenal iba por aquellas partes. El Conde su tío, que nada sabía de su historia, sino lo que le había contado el conde Atilio, hubiera sin duda exigido que en semejante ocasión su sobrino hiciese el primer papel al lado del Cardenal, y recibiese en público de su ilustrísima las distinciones correspondientes a su clase; y ya todos ven los buenos antecedentes que había para ello. Lo hubiera exigido, pidiendo luego que de todo se le diese una razón circunstanciada, por ser excelente coyuntura para manifestar la estimación que merecía la familia de una de las primeras autoridades del Ducado. Para librarse de semejante compromiso, se levantó D. Rodrigo una mañana antes de salir el sol, se metió en su coche, acompañándole a vanguardia y a retaguardia el *Canoso* y demás bravos, y dejada la orden de que le siguiese luego el resto de la familia, salió fugitivo, como... (permítasenos dar algún lustre a nuestros personajes con alguna honrosa comparación) como salió de Roma Catilina, bufando y jurando volver presto de distinto modo para vengarse.

El Cardenal entretanto iba visitando las parroquias del territorio de Lecco. El día que debía llegar al lugar de Lucía, la mayor parte de los habitantes salieron a recibirle al camino. A la entrada del pueblo, al lado mismo de la casita donde vivían madre e hija, se había construido con palos y cañas un arco triunfal revestido y adornado de ramos y flores. La fachada de la iglesia estaba adornada con tapices; todas las ventanas del pueblo colgadas con colchas, sábanas, fajas de niños en festones y todo lo mejor que tenían aquellas buenas gentes, y que, siendo cosas de uso diario, parecían adornos de lujo. A la hora de vísperas, que era la misma en que el Arzobispo acababa de llegar a la iglesia, los que habían quedado en las casas, viejos, mujeres y especialmente muchachos, salieron también a recibirle, parte en orden y parte a bandadas, presididos todos por D. Abundo, apurado y aturdido en medio del bullicio de las gentes que subían y bajaban, y que, según él mismo decía, le trastornaban la vista, y temeroso de que las bachillerías de las mujeres le pusiesen en el caso de tener que dar cuenta del asunto del matrimonio.

En esto apareció el Cardenal, o, por mejor decir, la muchedumbre, en medio de la cual se hallaba en su litera con su acompañamiento, pues de todo esto sólo se veía sobresalir por encima de las cabezas el extremo de la cruz que llevaba delante en una mula el capellán destinado a este oficio. La gente que iba con D. Abundo corrió de tropel a incorporarse con la que venía con el

Cardenal, y D. Abundo, después de haber dicho tres o cuatro veces «poco a poco, despacio: ¿qué hacéis?» se volvió despechado, y diciendo entre dientes: «Esta es una Babilonia; es una Babilonia», se dirigió a la iglesia que aun estaba desocupada, y allí estuvo aguardando.

Adelantábase el Cardenal dando bendiciones, y recibiéndolas del concurso, que apenas podían contener los de la comitiva. Como paisanos de Lucía, aquellos pobres aldeanos hubieran querido obsequiar al Arzobispo con demostraciones extraordinarias; pero no era esto muy fácil, porque ya de mucho tiempo en todas partes a donde llegaba se esmeraban las gentes en hacer cuanto podían. Ya al principio de su pontificado, la primera vez que entró solemnemente en la catedral, fue tan grande la afluencia del pueblo, que estuvo para perder la vida; y algunos caballeros que estaban a su lado sacaron las espadas para contener la muchedumbre: tan incultas y violentas eran las costumbres de aquellos tiempos, que, aun para hacer demostraciones de amor y respeto a un obispo en su misma iglesia, corría riesgo de ser atropellado; y sin duda la amenaza de que hablamos no hubiera bastado, si dos clérigos robustos de ánimo y de cuerpo no lo hubieran levantado en sus brazos para llevarle en vilo desde la puerta de la iglesia hasta el altar mayor: desde entonces en todas las visitas que tuvo que hacer, se puede contar su primera entrada en las iglesias, sin que parezca exageración, entre sus trabajos pastorales, y a veces entre los peligros de su vida.

Entró, pues, en aquélla como pudo, se dirigió altar, y allí, después de haber orado, habló, según su costumbre, cuatro palabras a los concurrentes, haciéndoles presente el amor que les tenía, y el deseo de su salvación, indicándoles el modo de disponerse para la función del día siguiente. Pasó en seguida a casa del cura Párroco, y entre las muchas cosas acerca de las cuales tuvo que conferenciar con él, le preguntó por las circunstancias y la conducta de Lorenzo. Contestó D. Abundo que era un mozo algo vivo, algo testarudo y algo colérico: pero a preguntas más precisas y determinadas tuvo que responder que era hombre de bien, y que él mismo no sabía comprender cómo en Milán había hecho todas las diabluras de que se hablaba.

—En cuanto a la joven, ¿cree usted —prosiguió el Cardenal— que puede volver a su casa sin riesgo?

—Por ahora —respondió D. Abundo— me parece que puede venir y permanecer; digo por ahora... pero —añadió con un suspiro— sería necesario que su Ilustrísima quedase siempre aquí o muy cerca.

—El Señor siempre está cerca —dijo el Cardenal.— Por lo demás, yo pensaré cómo ponerla en paraje seguro.

Y dio inmediatamente la orden para que el día siguiente muy temprano se despachase la litera con escolta para traer a las dos mujeres.

Salió D. Abundo muy contento, viendo que el Arzobispo le había hablado de Lorenzo y Lucía, sin decirle palabra por haberse negado a casarlos.

«Luego nada sabe —decía para sí—. Inés ha callado. ¡Qué milagro! Sin embargo, necesito verla otra vez para darle nuevas instrucciones. Sí, la veré.» Y no sabía el pobre hombre que el Arzobispo no había hablado sobre el particular expresamente, porque era su ánimo tocar este punto más despacio y en mejor ocasión; y antes de darle una buena reprimenda quería oír sus razones.

Pero los proyectos del buen prelado con respecto a la colocación de Lucía eran ya inútiles, pues después de haberla dejado en casa del sastre, habían sobrevenido las cosas que vamos a referir.

Las dos mujeres, en los pocos días que tuvieron que pasar en su nuevo asilo, tomaron cada una, en cuanto pudieron, su antiguo y acostumbrado régimen de vida. Lucía pidió algo que trabajar, y como lo hacía en el convento, no dejaba la aguja de la mano en una piececita retirada, lejos de la gente. Inés salía algunas veces, y otras se ocupaba en remendar alguna ropa en compañía de su hija. Sus conversaciones eran tanto más tristes cuanto más afectuosas. Las dos estaban resignadas a separarse, porque la oveja no podía volver cerca de la cueva del lobo. Pero ¿cuándo y cómo se verificará semejante separación? Intrincado y oscuro era para ellas el porvenir, y especialmente para

una; sin embargo, Inés no dejaba de hacer conjeturas de color de rosa, pensando que no habiéndole sucedido a Lorenzo alguna desgracia, no debía tardar en darles noticias de su persona, y en decirles si había encontrado que trabajar y donde establecerse: y manteniéndose, como no podía dudarse, en su propósito de cumplir su palabra a Lucía, ¿qué dificultad había en irle a buscar? Con estas esperanzas entretenía a menudo a su hija, cuyo dolor al oírla era quizá mayor que su pena para haber de responderle. Siempre había ocultado su gran secreto, e inquieta por el disgusto que le causaba el usar de semejante superchería con tan buena madre, pero al mismo tiempo contenida casi invenciblemente por la vergüenza y otros varios temores, iba difiriendo de hoy a mañana el descubrirlo. Por otra parte, sus designios eran muy diferentes de los de su madre; o, por mejor decir, ningunos tenía formados, poniéndose enteramente en manos de la Providencia. Procuraba por tanto mudar de conversación, o en términos generales contestaba que ya no tenía en este mundo otra esperanza ni deseo sino el de reunirse con su madre en su casa; y las más veces venían las lágrimas a hacer con oportunidad el oficio de las palabras.

—¿Sabes tú por qué se te figura eso? Porque, como has sufrido tanto, no crees que las cosas puedan tomar otro aspecto; pero deja obrar al Señor; y si... como se presente un rayo de luz, sólo un rayo, me dirás entonces si no piensas en nada.

Besaba Lucía a su madre y prorrumpía en nuevo llanto. Ya entre ellas y sus huéspedes se había establecido una grande amistad. ¿Y en dónde se estrecha con vínculos más fuertes, sino entre bien hechores y favorecidos, cuando unos y otros son honrados y buenos? Inés con especialidad charlaba mucho con el ama de la casa; luego el sastre las entretenía con historias y discursos morales, y sobre todo en la mesa siempre tenía algo que contar del valiente Roldán, o de los Padres del desierto.

A pocas millas de aquel lugar pasaba el otoño en una quinta suya un matrimonio de gentes distinguidas, cuyos nombres eran D. Ferrante y doña Práxedes. Era ésta una señora vieja muy propensa a hacer bien, oficio seguramente el más digno que puede ejercer el hombre, pero que por desgracia suele alguna vez tener sus inconvenientes como todos los demás. Para hacer el bien es menester conocerlo, y lo mismo que las demás cosas, no podemos conocerlo sino en medio de nuestras pasiones, por nuestros juicios y con nuestras ideas, las cuales a veces no son las más ajustadas. Doña Práxedes se gobernaba con sus ideas del mismo modo que, según dicen, debe hacerse con los amigos. Con efecto eran pocas, y les tenía singular apego. Entre ellas había algunas por desgracia bastante torcidas, y no eran estas las que menos amaba: de aquí nacía que no siempre era el bien lo que reputaba tal, ni los medios de lograrlo acertados o justos, pues solía ver las cosas al revés de lo que eran en sí realmente, como más de una vez nos sucede a todos, aunque no con la frecuencia que a la indicada señora.

Al oír doña Práxedes el gran acontecimiento de Lucía, y todo lo que en aquella ocasión se decía de ella, entró en curiosidad de verla, y mandó un coche con un criado antiguo para que le condujese a la madre y a la hija. Ésta se encogió de hombros, y pidió al sastre, que fue el que les dio el recado, que las disculpase. Mientras fue gente, como suele decirse, de poco pelo la que trató de conocer a la joven del milagro, el sastre se prestó siempre a hacer lo que solicitaban; pero en este caso miró la resistencia como una especie de grosería. Hizo tantos visajes y tantas exclamaciones; dijo que eso no era regular; que era una casa grande; que a los señores no se les hacían semejantes desaires; que podían hacer su fortuna, y que la señora doña Práxedes, además de todas sus circunstancias, era también una santa, y en fin, alegó tantas razones y argumentos a su manera, que Lucía tuvo que ceder con tanto más motivo, cuanto Inés confirmaba todas aquellas razones y argumentos con otros tantos: «¡cierto! ¡cierto!»

Llegadas ambas a la presencia de doña Práxedes, las acogió ésta con felicitaciones y muestras de aprecio y cariño, preguntó, aconsejó, y todo con cierta superioridad innata, templada con tantas expresiones humildes, tantas ofertas, tantas apariencias de devoción, que Inés al momento, y poco después Lucía comenzaron a sentirse aliviadas de aquel respeto opresor que al principio les había

infundido la presencia señoril de doña Práxedes, y ya encontraban en ella no poco atractivo. En una palabra, oyendo doña Práxedes que el Cardenal se había ofrecido a buscarles un asilo, movida del deseo de contribuir y anticiparse a aquella buena intención, se ofreció a recibir a la muchacha en su casa, en donde no tendría más ocupación que la de coser, planchar e hilar, añadiendo que tomaba a su cargo el ponerlo en noticia de su Ilustrísima.

Además del bien muy obvio e inmediato que presentaba aquella obra de caridad, otro encontraba y se proponía doña Praxedes mucho más importante, según su modo de ver, cual era el de disipar sus errores y reducir a la buena senda a quien tanto lo necesitaba. Porque desde que oyó la primera vez hablar de Lucía, creyó al momento que en una joven que prometió su mano a un calavera, a un alborotador, no podía menos de haber alguna mácula oculta, por aquello de «dime con quién andas y te diré quién eres.» Habíala confirmado en semejante opinión la visita de Lucía, no porque en lo esencial no le pareciese una buena muchacha, sino porque había algo que deducir del concepto de completa. Aquella cabecita baja, metida en el pañuelo del cuello, y el no responder, o el responder a pausas y como por fuerza, aunque debían indicar pudor, para doña Práxedes manifestaban terquedad, y según ella, no era necesario mucho para adivinar que en aquella cabecita bullían sus caprichitos. No le parecía bien aquel ponerse colorada a cada instante, y el reprimir los suspiros, y tampoco le gustaban sus ojos. Estaba muy persuadida, como si lo hubiese sabido por buen conducto, que todas las desgracias de Lucía eran un castigo del cielo por su compromiso con aquel bribón, y un aviso de que le olvidase para siempre; y en este supuesto se proponía contribuir a tan buen fin, pues, según decía con frecuencia, todo su conato se reducía a cooperar a la voluntad del cielo; pero le sucedía con frecuencia que tomaba por cielo su cerebro. En cuanto a su segunda intención, se guardó muy bien de manifestarla, porque tenía por máxima que, para llevar felizmente a cabo un buen negocio, la principal cosa era, en la mayor parte de los casos, no dejar que se trasluciese.

Miráronse madre e hija, y supuesta la triste necesidad de separarse, el ofrecimiento les pareció muy admisible, aun cuando no hubiese sido más que por la inmediación de aquella quinta a su lugar, pues a turbio correr, hubieran podido abrazarse en el próximo verano. Viendo la una en los ojos de la otra el consentimiento, se volvieron ambas a doña Práxedes, dándole las gracias como de quien admite. Reiteró ésta las demostraciones de cariño y las promesas, añadiendo que dentro de poco le remitiría una carta para su Ilustrísima. Así que salieron las dos mujeres, hizo doña Práxedes que le escribiese la carta D. Ferrante, de quien, por ser literato, como veremos más adelante, se servía en calidad de secretario en las ocasiones de empeño. Tratándose de asunto de tanta importancia, apuró D. Ferrante todo su ingenio, y entregando el borrador a su esposa para que le copiase, le encargó con mucho ahínco la ortografía, que era una de las cosas que más había estudiado, y de las pocas sobre las cuales tenía mando en su casa. Copió doña Práxedes exactamente la carta, y la remitió a casa del sastre. Esto sucedió dos o tres días antes que el Cardenal despachase la litera para conducir a su casa a las dos mujeres.

Llegaron éstas cuando el Cardenal aun no había ido a la iglesia, y fueron a apearse a la casa parroquial, en donde había orden de introducirlas en cuanto llegasen. El Capellán secretario, que fue el primero que las vio, lo ejecutó, deteniéndolas solamente el poco tiempo que necesitaba para instruirlas un poco acerca del ceremonial que debían emplear hablando al Arzobispo, del tratamiento que debían darle, cosa que de oculto hacía siempre que podía, porque era para él un tormento continuo el poco orden que había sobre este particular.

—Todo esto sucede —decía con los demás de la familia—, por la demasiada bondad de este bendito señor, y por su mucha familiaridad; por manera que yo mismo he oído más de una vez contestarle sí y no.

Hallábase el Cardenal justamente hablando en aquel instante con D. Abundo sobre asuntos de la parroquia; de modo que tampoco éste tuvo lugar de hacer a las mujeres las prevenciones que

deseaba. Solamente al pasar a su lado, cuando él salía y ellas entraban, pudo darles a entender con los ojos que estaba contento de su proceder, y que guardasen reserva como mujeres de bien.

Después de la buena acogida por una parte, y las primeras cortesías por otra, Inés sacó del pecho la carta y se la entregó al Cardenal, diciendo:

—Es de mi señora doña Práxedes, la cual dice que conoce mucho a usía ilustrísima, como naturalmente todos los señores deben conocerse: leyéndola lo verá usía ilustrísima.

—¡Muy bien! —dijo el Cardenal, después de haber leído la carta, y haber sacado el sentido entre las metáforas y los piropos de D. Ferrante.

Conocía bastante aquella casa para estar seguro de la buena intención con que era admitida Lucía, y de que estaría libre de las asechanzas de su perseguidor. No sabemos a punto fijo qué concepto tenía formado de la cabeza de doña Práxedes; probablemente no sería la persona que hubiera escogido para semejante encargo, pero no solía, como hemos dicho y dado a conocer en otra parte, deshacer las cosas hechas por aquel a quien pertenecían, para volverlas a hacer mejor.

—Sufrid con resignación —añadió— también esta separación, y la incertidumbre en que os halláis, con la esperanza de que será corta, confiando en que Dios dirigirá las cosas a su verdadero término, y que lo que quiera, será siempre lo mejor para vosotras.

Dio a Lucía en particular algunos consejos, consoló a las dos, las bendijo y las despidió.

Al salir a la calle se hallaron rodeadas de una infinidad de amigos y amigas, y se puede decir de todo el lugar que las aguardaba, y las acompañó a su casa como en triunfo. Entre aquellas mujeres, unas se congratulaban, otras hacían preguntas, y todas manifestaban disgusto al oír que Lucía debía ausentarse el día siguiente. No eran menores las demostraciones de los hombres: cada uno se ofrecía a guardar su casa aquella noche, y aquí se confirmaba aquel refrán que dice: «¿Quieres tener mucha gente en tu ayuda? Haz por no necesitar a ninguna.»

Aunque acogida tan bulliciosa aturdía a Lucía, no dejó de serle de alguna utilidad, distrayéndola de pensamientos que, aun entre la confusión, le ocurrían en aquella puerta, en aquella salita, y, en fin, a la vista de todos aquellos objetos.

Al toque de la campana, que anunciaba que iba a empezar la función, se dirigieron todos a la iglesia, y la vuelta fue otro paseo triunfal para Inés y Lucía.

Concluida la función, entró D. Abundo a ver si Perpetua lo había dispuesto todo bien para comer, cuando le avisaron que el Cardenal quería hablarle. Acudió inmediatamente al aposento de su ilustre huésped, el cual, habiendo dejado que se aproximase:

—Señor Cura —le empezó diciendo, de un modo que le dio a entender que aquellas palabras eran el principio de un largo y serio razonamiento—, señor Cura, ¿por qué no casó usted a esa Lucía con el que tenía comprometida su palabra con ella?

«Ya esas habladoras han vaciado el buche esta mañana», dijo para sí D. Abundo, y respondió como balbuciente:

—Señor ilustrísimo, es muy probable que su Ilustrísima haya oído hablar de lo ocurrido en este negocio, en que hay tal enredo, que aun en el día no es fácil desenmarañarlo, como usía ilustrísima puede deducirlo viendo aquí a la muchacha como por milagro, al cabo de tantas aventuras, y sin saber después de otras tantas dónde está el mozo.

—Pregunto —replicó el Cardenal— si es cierto que antes de todos esos sucesos se negó usted a celebrar el casamiento cuando lo solicitaron, y por qué motivo.

—¡Ah! ¡si usía ilustrísima supiera!... ¡Qué intimaciones! ¡Qué órdenes de no hablar!...

Y sin concluir, quedó D. Abundo en ademán de dar a entender respetuosamente que sería una imprudencia el querer saber más.

—¿Cómo? —dijo el Cardenal con una gravedad poco común en él.— Su obispo de usted es quien, por su obligación, y para justificación de usted, quiere saber por qué no hizo lo que debía.

—Señor ilustrísimo —contestó D. Abundo haciéndose el chiquito; no quise decir... me pareció... que siendo cosas muy complicadas, antiguas y sin remedio, sería inútil revolver... pero digo... sé que su Ilustrísima no querrá comprometer a un pobre párroco; porque ¡ya se ve! como usía Ilustrísima no puede hallarse en todas partes, y yo quedo aquí expuesto... pero ya que su Ilustrísima lo manda, diré... sí, señor, lo diré todo.

—Diga usted: me alegraré de no hallarle culpado.

D. Abundo entonces empezó a contar la dolorosa historia; pero suprimió el nombre principal, sustituyéndole la expresión de «un gran señor», dando de este modo a la prudencia todo lo que era posible en semejante apuro.

—¿Y no ha tenido usted otro motivo? —preguntó el Cardenal después de haberlo oído.

—Quizá no me he explicado bien —respondió D. Abundo—, pena de la vida me pusieron para que no hiciera aquel casamiento.

—¿Le parece a usted una razón suficiente para dejar de cumplir una obligación tan precisa?

—Siempre he procurado cumplir con mi deber, aun con las mayores incomodidades y molestias; pero cuando se trata de la vida...

—Cuando se presentó usted a la Iglesia —dijo el Cardenal con mayor gravedad— para recibir este ministerio, ¿la Iglesia le aseguró a usted la vida? ¿Le dijo a usted que las obligaciones anejas al ministerio estaban libres de todo obstáculo, exentas de todo peligro, o que donde comenzaba el peligro, allí cesaban las obligaciones? ¿No le dijo a usted todo lo contrario? ¿No le manifestó que os enviaba como una oveja entre los lobos? ¿No sabíais que había hombres violentos a quienes desagradaría lo que se os mandaba? Aquel que nos ha trasmitido su doctrina, y a cuyo ejemplo nos llamamos, y dejamos que nos llamen pastores, viniendo a este mundo para ejercer semejante oficio, ¿puso por condición que se le librase la vida? Y para prolongarla unos pocos días más en la tierra a costa de la caridad, ¿se necesitaba la unción santa, la imposición de las manos, la gracia del sacerdocio? El mundo es quien puede enseñar esta doctrina. Pero ¿qué digo? ¡Oh ignominia! El mundo mismo la desecha: también él establece sus leyes, que señalan el bien y el mal: tiene él igualmente su Evangelio, un Evangelio de orgullo y de odio, y no permite que se diga que el amor de la vida es una razón para faltar a sus preceptos. No lo permite, y se le obedece. ¿Y lo haremos nosotros? ¿Qué sería de la Iglesia si este lenguaje fuera el de todos vuestros cohermanos? ¿En dónde estaría si se hubiera presentado en el mundo con semejante doctrina?

Estaba D. Abundo con la cabeza baja, y su espíritu se hallaba entre aquellos argumentos como el pollo entre las garras del gavilán que le tiene elevado a una región desconocida, y en una atmósfera que nunca respiró. Viendo que era necesario contestar alguna cosa, dijo con cierta sumisión no producida por el convencimiento:

—Señor ilustrísimo, no tendré razón: si no se ha de hacer caso de la vida, ya no sé qué decir; pero cuando hay que habérselas con gente que tiene la fuerza y no entiende de razones, no sé qué es lo que se podría ganar con echarla de valiente. Aquel es un señor con quien no hay que partir peras.

—¿No sabéis que el sufrir por la justicia es nuestra victoria? ¿Y si no sabéis esto, qué es lo que predicáis? ¿De qué sois maestro? ¿Cuál es la buena noticia que anunciáis a los pobres? ¿Quién os pide que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no os preguntarán un día si habéis sabido contener a los poderosos, porque no se os dio para esto ni comisión ni medios; pero sí os preguntarán si empleasteis los que estaban en vuestra mano para hacer lo que os habían mandado, aun cuando aquéllos tuviesen la temeridad de oponerse.

«¡Qué rarezas tienen estos santos! —decía para sí don Abundo—. En sustancia, según se ve, le interesan más los amores de dos aldeanos que la vida de un pobre sacerdote.» Y en cuanto a él, se hubiera contentado con que allí diese fin la amonestación; pero veía que el Cardenal a cada pausa quedaba como quien aguarda una respuesta, una confesión o una apología; en fin, alguna cosa.

— Vuelvo a decir, ilustrísimo señor, que seré culpado... El valor no puede uno infundírselo a sí mismo.

—¿Y por qué, pues, pudiera yo contestar, ¿por qué, pues, abrazasteis un ministerio que impone el estar en continua guerra con las pasiones del siglo? Pero me limitaré a preguntaros: ¿cómo no os ocurrió que en este ministerio, de cualquier modo que le abrazaseis, si el valor es necesario para cumplir con sus obligaciones, el Señor os lo daría infaliblemente, como se lo pidieseis con fervor y confianza? ¿Creéis que tantos millones de mártires tuvieron naturalmente valor? ¿Que despreciasen la vida tantos jóvenes que empezaban a gozar de ella, tantos ancianos acostumbrados a sentir que se acercaba su término, tantas doncellas, tantas madres? Todos tuvieron ánimo, porque el ánimo era necesario, y porque tuvieron confianza. Conociendo vuestra debilidad y obligaciones, ¿tratasteis de prepararos a los pasos difíciles en que pudierais encontraros, y en que efectivamente os habéis encontrado? Si en tantos años de oficio pastoral habéis amado a vuestra grey, no debía faltaros el ánimo, porque el amor es intrépido. Si amabais, pues, a los que estaban encargados a vuestro cuidado, a los que llamabais hijos, ¿cómo es que al ver a dos de ellos amenazados, temblasteis por vuestra propia vida y no por ellos? ¿Y qué hicisteis por esos pobres?

Aquí calló en ademán de aguardar la contestación.

XXVI.
El señor Antonio Revuelta.

A semejante pregunta no supo D. Abundo qué responder.

—¿No contestáis? —preguntó el Cardenal.— Si por vuestra parte hubierais hecho lo que pedía la caridad, cualquiera que hubiese sido luego el resultado, no os quedaríais sin respuesta. Lo que habéis hecho os lo diré yo. Habéis obedecido a la iniquidad, no haciendo caso de lo que os imponía vuestra obligación. La iniquidad os impuso la transgresión y el silencio, y vos, faltando a vuestro deber, callasteis y obedecisteis. Ahora pregunto yo si habéis hecho otra cosa, y me diréis también si no es verdad que anduvisteis buscando pretextos para cohonestar vuestra negativa y no revelar la verdadera causa de ella.

Y aquí también estuvo aguardando la respuesta.

«¡Hasta esto le han espetado aquellas cotorras!» dijo para sí D. Abundo.

Y como no diese indicios de contestar, continuo el Arzobispo:

—¿Luego es cierto que engañasteis a aquellos infelices, diciéndoles lo que no era para mantenerlos en la ignorancia que exigía de vos la perversidad? Debiendo, pues, creerlo, no me queda que hacer sino sonrojarme con vos, y esperar que lloréis conmigo semejante culpa. Ved, ¡Dios mío! adónde os ha conducido la falta de caridad; a engañar a los débiles, y a mentir a vuestros propios hijos. Si tenéis que contestar a mis palabras, hacedlo francamente; pero si son justas, meditadlas de modo que os sirvan de confusión saludable.

«He aquí cómo van las cosas —continuaba diciendo entre sí D. Abundo—: ¡al mismo Satanás —y aludía al caballero del castillo— le echa los brazos al cuello, y a mí, por una mentirijilla de mala muerte para salvar el pellejo, tanta reconvención! Pero son superiores, y siempre tienen razón. Es estrella mía que hasta los santos han de pegarla conmigo.»

—He errado —prosiguió en voz alta—, lo conozco, he errado; pero ¿qué había de hacer en un conflicto como aquel?

—¿Aún tenéis valor para preguntarlo? —contestó el Cardenal.— ¿No os lo he dicho ya? Amar a vuestra grey, implorar el auxilio divino, que no podía faltaros, casando a Lorenzo y a Lucía: ellos se hubieran ausentado, como ya era su plan; y sin riesgos ni compromiso hubierais evitado una

multitud de males; y aun sin estos, ¿cómo no os acordasteis de que teníais un superior, el cual, así como tiene la autoridad de reconveniros por haber faltado a vuestra obligación, tenía también la de ayudaros a cumplir con ella? ¿Cómo no os ocurrió que podíais informar a vuestro prelado del obstáculo que una infame violencia oponía al ejercicio de vuestro ministerio?

«Ese era el parecer de Perpetua», decía para sí con enfado D. Abundo, el cual, aun entre aquellos discursos, lo que más vivamente ocupaba su imaginación eran los bravos, y el pensar que D. Rodrigo estaba vivo y sano, y que presto o tarde volvería triunfante y furioso; y aunque la dignidad del Arzobispo, su presencia y sus palabras le causaban confusión y temor, era sin embargo un temor que no le dominaba del todo, ni le impedía discurrir allá a su manera, ocurriéndole sobre todo el pensamiento de que por fin las armas del Cardenal no eran ni bravos, ni escopetas, ni puñales.

—¿Cómo no se os ocurrió —continuo el Cardenal— que en el caso extremo de que aquellos infelices perseguidos no hubiesen encontrado otro refugio, aun quedaba yo para acogerlos y librarlos, si me los hubieseis enviado, y por lo que a vos toca, yo os hubiera protegido y hubiera cuidado de que nadie os llegase al pelo de la ropa? ¿Y creéis que ese hombre atrevido no se hubiera moderado, sabiendo que no se ignoraban sus tramas, que yo mismo tenía noticia de ellas, y que estaba resuelto a emplear todos los medios posibles para defenderos y ampararos? Debíais también tener presente que la iniquidad no se funda sólo en sus fuerzas, sino también en la credulidad y cobardía ajena.

«¡Las mismas, mismísimas razones de Perpetua!» continuaba diciendo para sí D. Abundo, sin reflexionar que aquella conformidad de opinión entre su criada y el cardenal Borromeo, con respecto a lo que hubiera debido y podido hacer, probaba mucho contra él.

—Sin embargo —concluyó el Cardenal—, como no quisisteis considerar sino vuestro propio peligro, no es extraño que os pareciese tan grande que os hiciese olvidar todo lo demás.

—¿Y cómo no, señor ilustrísimo —se le escapó a D. Abundo—, cuando yo vi aquellas caras y oí aquellas palabras? Usía ilustrísima habla muy bien; pero era necesario haberse hallado en lugar de un pobre cura, y haberse visto en el mismo conflicto.

Apenas pronunció D. Abundo estas palabras, se mordió los labios, conociendo que se había dejado llevar demasiado de su despecho, y dijo para sí: «¡Ahora será ello!» pero levantando con duda los ojos, quedó admirado al ver el aspecto de aquel varón, a quien nunca podía comprender, pasar de la gravedad de reprensor a la de persona reflexiva y compungida.

—¡Por desgracia es tal —dijo el Arzobispo— nuestra miserable y terrible condición, que nos vemos en la necesidad de exigir rigurosamente de los demás lo que Dios sabe si nosotros estaríamos dispuestos a hacer! Es de nuestra obligación juzgar, corregir y reprender, y sabe Dios lo que haríamos nosotros en semejantes casos. Pero ¡ay de mí, si hubiera de tomar mi debilidad por norma de la obligación de los demás, y por medida de mi enseñanza! Harto cierto es que con la doctrina debo acompañar el ejemplo, y no asemejarme al fariseo que impone al prójimo pesos que él mismo ni siquiera se atreve a tocar con el dedo. Ahora, pues, hijo y hermano mío, puesto que las faltas de los que presiden suelen a veces ser conocidas más bien de los otros que de ellos mismos, si sabéis que yo por pusilanimidad, o por cualquiera otro respeto humano, haya faltado alguna vez al cumplimiento de mis deberes, decídmelo con franqueza. Manifestadme libremente mi debilidad, y entonces adquirirán más fuerza las palabras que salgan de mi boca, porque conoceréis que no son mías, sino de quien puede darnos a vos y a mí la fuerza necesaria para hacer lo que ellas prescriben.

«¡Qué hombre tan santo, pero capaz de atribular a una roca! —decía en su corazón D. Abundo —. ¡Ni a sí mismo se perdona!»

—¿Es posible —prosiguió luego en alta voz— es posible, ilustrísimo señor?... ¿Quién no conoce la firmeza de su ánimo, y su impertérrito celo?

«¡Así no fuera tanto!» añadió entre sí.

—No os pedía yo alabanzas que me mortifican —dijo el Cardenal—, porque Dios sabe mis faltas, y para mi confusión sobra con las que yo mismo me reconozco; pero mi ánimo era que nos confundiésemos juntos delante de Dios para que juntos también confiásemos en su misericordia. Quisiera por vos mismo que conocieseis vuestro error, y os penetraseis de la diferencia que hay entre vuestro lenguaje y la ley que predicáis, y por la cual seréis juzgado.

—Todo cae sobre mí —dijo D. Abundo— pero no sé cómo las personas que han venido chismeando no han dicho también que se introdujeron a traición en mi casa para sorprenderme y obligarme a hacer un casamiento contra las reglas prescritas.

—También lo han dicho —replicó el Cardenal— y esto es lo que aumenta mi aflicción, y sobre todo el ver que tratéis de disculparos acusando, y que aleguéis por disculpa lo que agrava vuestra falta. ¿Quién puso a aquellos infelices, no diré en la necesidad, pero sí en la tentación de hacer lo que hicieron? ¿Hubieran por ventura buscado aquel medio irregular, si no se les hubiese impedido el legítimo? ¿Hubieran pensado en engañar al pastor, si éste los hubiese acogido en sus brazos, y los hubiese ayudado con sus consejos? ¿Y os atreveos a hacerles un cargo de esta conducta? ¿Y qué ventajas os hubieran resultado de que guardaran silencio? ¿Os tenía por ventura cuenta el que vuestra causa se presentase integrante al tribunal de Dios? ¿No es un nuevo motivo para que los améis el que os hayan proporcionado la ocasión de oír la voz de vuestro pastor, ofreciéndoos así un medio para conocer mejor y descontar en parte la gran deuda que contrajisteis con ellos? Aunque os hubiesen provocado, ofendido, insultado, os diría yo (y debía decíroslo) que los amaseis; ¿con cuánta más razón debéis hacerlo, porque han padecido, porque son vuestras ovejas, porque son débiles, porque necesitáis de perdón, y no debéis ignorar cuánto pueden contribuir sus oraciones a conseguirlo?

Callaba D. Abundo, pero no era ya su silencio un silencio tal que indicase obstinación y fastidio, sino que callaba como quien tiene muchas cosas en que pensar, y nada sabe que decir. Las palabras que oía eran consecuencias inesperadas y aplicaciones nuevas de una doctrina antigua y no contradicha en su misma mente. Los males ajenos, de cuya consideración le distrajo siempre el miedo de los suyos propios, hacían entonces en su ánimo una nueva impresión, y si no sentía todo el remordimiento que trataba de excitar el sermón, porque siempre se le oponía aquel mismo miedo, no dejaba de sentir parte de él, experimentando además cierto disgusto de su persona, cierta compasión en favor de los otros, y un conjunto de ternura y de confusión. Se parecía (si se nos permite esta comparación) al pábilo de una vela húmedo y aplastado, que puesto en contacto con la llama de una hacha encendida, humea al principio, chirría, chisporrotea, se resiste, pero al fin se enciende, y bien o mal sigue ardiendo. A no ser por la idea de D. Rodrigo, D. Abundo se hubiera confesado reo, y hubiera llorado; sin embargo, se manifestaba bastante conmovido para que el Cardenal conociera que sus palabras no habían sido infructuosas.

Con esto prosiguió diciendo:

— Ahora el uno está fugitivo de su casa, la otra con precisión de abandonarla, y los dos con harta razón para mantenerse lejos de ella, y sin probabilidad de juntarse jamás aquí, aunque Dios haya determinado reunirlos. Ahora por desgracia no tienen necesidad de vuestra asistencia, ni por desgracia tenéis ocasión de hacerles bien. Por nuestras cortas luces no podemos prever si en adelante se os proporcionará alguna; pero ¿quién sabe si la misericordia de Dios se dignará ofrecérosla? ¡Ah! no la dejéis escapar; aprovechadla, y pedid al Señor que os la facilite.

—¡Ah, señor ilustrísimo! así lo haré, lo prometo —contestó D. Abundo con una voz que manifestaba salir del corazón.

—¡Sí, hijo! —exclamó el Cardenal; y con una dignidad afectuosa concluyó diciendo:— Sabe el cielo cuánto hubiera deseado tener con vos otra clase de razonamientos. Mucho hemos vivido ya entrambos. ¡Sabe Dios cuán penoso ha sido para mí contristar esas canas, y cuánto hubiera preferido que nos consolásemos juntos tratando de nuestros cuidados comunes y de nuestras penas, y hablando de la eterna esperanza a que estamos tan inmediatos! ¡Haga Dios que las palabras que

me he visto en la precisión de emplear con vos sean útiles a entrambos! No deis motivo a que Su Divina Majestad me pida cuenta en aquel tremendo día por haberos conservado en un ministerio en el cual habéis faltado a vuestros deberes de un modo tan lamentable. Recobremos el tiempo perdido: la media noche se acerca; conduzcámonos de tal manera que el esposo, que ya no puede tardar, nos encuentre con la lámpara encendida. Presentemos a Dios nuestros corazones tristes y vacíos, para que se digne llenarlos de aquella caridad que enmienda lo pasado, asegura lo porvenir, teme y se alegra, y que en todos los casos se convierte en aquella virtud de que tanto necesitamos.

Dicho esto, salió el Cardenal, siguiéndole D. Abundo. Aquí nos previene el autor anónimo del manuscrito ya citado que no fue esta la sola conferencia que tuvieron estos dos personajes, ni Lucía la única materia de sus discursos; pero que él se ha limitado a esta sola para no apartarse demasiado de su historia. Por la misma razón sin duda no referiría otras muchas cosas notables, dichas y hechas por el cardenal Federico Borromeo en todo el discurso de aquella visita, ni hablaría de sus larguezas, ni de antiguos rencores extinguidos, desavenencias aplacadas entre personas y familias, y aun entre pueblos y pueblos, desavenencias harto frecuentes en aquellos infelices tiempos, ni de varios bravos, ni de algunos pequeños tiranos convertidos para siempre, o por algún tiempo; cosas todas de que no faltaba poco o mucho en cada parte de la diócesis donde se trasladaba aquel ilustre y célebre prelado.

Sigue luego diciendo como la mañana siguiente vino doña Práxedes, según lo acordado, a llevarse a Lucía, y cumplimentar al Arzobispo, quien le hizo el elogio de la joven, recomendándosela con el mayor empeño. Separóse Lucía de su madre con lágrimas, como es de inferir; salió de su casita, y dijo adiós por segunda vez a su pueblo con aquel doble sentimiento y amargura que se experimenta al dejar un paraje amado, y que ya no puede serlo; pero la despedida de la madre no era la última, pues doña Práxedes dio a entender que permanecería todavía algunos días en su quinta que no estaba muy lejos, e Inés prometió a su hija que iría a verla, para darle y recibir de ella otro adiós más penoso.

Ya estaba también para marcharse el Cardenal y pasar a otra parroquia, cuando llegó y pidió hablarle el Cura párroco de aquella a que pertenecía el caballero del castillo. Introducido, le presentó un cucurucho de monedas y una carta del mismo caballero, en la cual le suplicaba que hiciese pasar a manos de la madre de Lucia cien escudos de oro para dote de la muchacha, o para el uso que las dos tuviesen por más conveniente. Suplicábale asimismo que les dijese que si en alguna ocasión juzgasen que podía serles útil, ya la joven sabía demasiado su morada, y que miraría la coyuntura de poderlas servir como uno de los acontecimientos más felices de su vida.

El Cardenal mandó llamar inmediatamente a Inés, la informó de su comisión, que la buena mujer oyó con sorpresa y gusto, y le presentó el cucurucho, que Inés sin cumplimientos se dejó meter en la mano, diciendo:

—¡Dios se lo pague a ese señor! Sirvase usia ilustrísima darle muchas, muchísimas gracias, sin decírselo a persona alguna, porque éste es un país... usía ilustrísima me perdone: yo bien sé que una persona de su carácter no va a charlar estas cosas; pero... ya me entiende.

Tomó Inés paso a paso el camino de su casa; encerróse en un cuarto, desenvolvió el papel, y aunque prevenida, vio con admiración tantas de aquellas monedas, de las cuales quizá nunca había visto sino una a la vez, y aun eso con no mucha frecuencia. Las contó, trabajó bastante para reunirlas otra vez y colocarlas todas de canto con igualdad, pues a cada paso hacían panza y se le escurrían entre sus inexpertos dedos, hasta que por fin consiguió hacer un rollo, que envolvió en un trapo, formando un envoltorio. Atóle muy bien dándole vueltas con un cordelito, y lo escondió en una punta de su jergon. En todo el resto de aquel día no hizo sino cavilar, formar proyectos, y desear que llegase el siguiente. Metida en la cama, estuvo mucho tiempo sin dormir con el pensamiento puesto en sus cien escudos que tenía debajo: dormida los vio en sueños, y al amanecer se levantó poniéndose en camino para la quinta en donde se hallaba Lucía.

Esta, por su parte, aunque en nada se había disminuido su gran resistencia en hablar del voto, se había, sin embargo, decidido a violentarse para descubrirse a su madre en aquella entrevista que por largo tiempo debía ser la última.

Apenas se hallaron solas, Inés, con cara muy animada, y al mismo tiempo un tono de voz muy bajo, como si se hubiese hallado presente persona de quien no quisiese ser oída, empezó de esta manera:

—¡Qué gran novedad tengo que contarte, hija mía!

Y continuó refiriendo la inesperada ventura.

—¡Dios bendiga a aquel señor! —dijo Lucía—; de este modo podrá usted, madre mía, vivir con descanso, y aun hacer bien a otros.

—¡Cómo! —contestó Inés:— ¡no sabes tú cuántas cosas podemos hacer con tanto dinero! Oye: yo no tengo sino a ti, o, por mejor decir, sino a vosotros dos, porque a Lorenzo, desde que puso los ojos en ti, le he mirado siempre como a hijo mío. Todo está en que no le haya sucedido alguna desgracia, porque es muy raro el que no dé señal alguna de vivir; ¿pero qué, han de ponérsenos tan mal todas las cosas? Yo espero que no. Por mi parte siempre fueron mis deseos dejar mis huesos en mi tierra; pero puesto que no puedes vivir en ella por aquel bribón, que con sólo pensar que le tenemos por vecino no puedo menos de estremecerme, ya me disgusta mi país; además de que yo con vosotros me hallo bien en todas partes. Desde entonces estaba decidida a ir en vuestra compañía hasta el fin del mundo; pero sin dinero ¿cómo fuera posible? ¿Me comprendes ahora? Aquellos pocos cuartejos que el pobrecillo había conseguido ahorrar, vino la justicia, y volaron; pero en recompensa el Señor nos ha enviado esta fortuna. En cuanto Lorenzo encuentre medio de informarnos si es vivo o muerto, dónde está, y cuáles son sus intenciones, al instante voy por ti a Milán; sí, yo misma. En otro tiempo me hubiera mirado en ello; pero las desgracias hacen que las gentes despierten y aprendan: yo ya he ido hasta Monza, y sé lo que es viajar. Busco un hombre seguro, un pariente, como, por ejemplo, Alejo, que vive en Magránico, porque a la verdad en el lugar ninguno hay a propósito, y me voy con él... El gasto lo haremos nosotras, y santas pascuas... ¿Me comprendes?

Pero viendo que Lucía, en lugar de alegrarse, se mantenía mustia y como pensativa, interrumpió la historia de su proyecto, diciendo:

—¿Qué es lo que tienes? ¿No te parece bien?

—¡Ay, querida madre! —exclamó Lucía, echándole los brazos al cuello, y dejando caer sobre su seno la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué es eso? —preguntó de nuevo Inés con ansia.

—Debía habéroslo dicho antes —dijo Lucía, levantando la cabeza y serenando el rostro;— pero no he tenido valor para ello: perdonadme.

—¿Pero qué hay? Dilo presto.

—Que ya no puedo ser esposa de aquel desgraciado.

—¿Cómo es eso?

Lucía, con la cabeza baja, el corazón angustiado y cayéndosele las lágrimas sin llorar, como quien cuenta una cosa que, aunque sea un infortunio, no tiene remedio, reveló lo del voto: y juntando las manos, pidió de nuevo perdón a su madre por habérselo callado hasta entonces; le suplicó que no lo descubriese a nadie y que la asistiese para cumplir lo ofrecido.

Atónita y consternada Inés, quisiera enfadarse por haber guardado su hija tal silencio con ella; pero los pensamientos que excitaba la gravedad del caso, ahogaban aquel disgusto personal; sus deseos eran reprobar el hecho; pero le parecía que era habérselas con el cielo, tanto más, cuanto Lucía no cesaba de describir la fatal noche del castillo, su desolación y su inesperada libertad, entre cuyos acontecimientos formó tan expresamente y con tanta solemnidad aquel voto; y al mismo

tiempo se presentaban a su memoria varios ejemplos que mil veces le habían contado, y ella repetido a su hija, de castigos extraños y terribles por la violación de algún voto; de manera que después de algunos momentos de perplejidad, no supo proferir más palabras que decir:

—¿Y qué será de ti en adelante?

—De mí será —respondió Lucía— lo que el Señor y su santa Madre dispusieren: me he puesto en sus manos, y así como hasta aquí no me han desamparado, tampoco me abandonarán en lo sucesivo... La gracia que le pido al Señor, la sola gracia, es el que me conceda volver a vuestro lado: sí, me lo concederá; lo espero... ¿Quién diría aquel día, en aquel coche?... ¡Ah, Virgen santísima!... aquellos hombres... ¿quién dijera que me conducirían a casa de la persona que al siguiente día me había de llevar a los brazos de mi madre?

—Pero ¿por qué no me abriste tu pecho sin tardanza? —dijo Inés con cierto enojo templado por la compasión y el cariño.

—Perdonadme —replicó Lucía—, no tuve ánimo para ello. Y además, ¿qué se adelantaba con afligiros con tal anticipación?

—¿Y Lorenzo? —dijo Inés meneando la cabeza.

—¡Ah! —exclamó Lucía estremeciéndose— ya no me es permitido pensar en aquel infeliz. Dios no quería... ¿No veis cómo parece que nos ha querido tener separados?... ¿Y quién sabe?... pero Dios le habrá librado de peligros, y hará que sea aun más dichoso sin mí.

—No hay otro inconveniente que la perpetua promesa que hiciste al cielo. Por lo demás, a no haber sucedido a Lorenzo alguna desgracia, pronto hubiera yo puesto remedio a todo con el auxilio de este dinero.

—Pero ese dinero —replicó Lucía— ¿lo tendríamos nosotras si yo no hubiera pasado aquella noche?... El Señor ha querido que sucediese así; ¡hágase, pues, su santa voluntad!

Y murió su voz ahogada en lágrimas.

A este inesperado argumento quedó Inés pensativa; y después de algunos instantes, comprimiendo Lucía los sollozos, prosiguió:

—Ya que la cosa está hecha, es necesario resignarse con buen ánimo; y vos, madre mía, podéis ayudarme, primero rogando al Señor por vuestra desgraciada hija, y luego... porque, en fin, es indispensable que aquel infeliz lo sepa. Encargaos de esta diligencia, que bien podéis hacerlo. Cuando se sepa dónde se halla, se le puede escribir y buscar a un hombre... justamente mi tío Alejo, que es hombre prudente y caritativo, que nos ha estimado siempre y sabrá tener reserva. Podéis hacer que él mismo le escriba todo lo que ha sucedido, el conflicto en que me he hallado, lo que he padecido; que Dios lo ha dispuesto así, y que se tranquilice, pues yo no puedo ya ser de nadie, dándole a entender la cosa con prudencia, explicándole que he hecho voto... ¡Ah, cuando él sepa que lo he hecho a la Virgen!... ¡El ha sido siempre tan bueno!... Y en cuanto tengáis noticias suyas, haced que me escriban para que sepa si está bueno, y luego... no volváis a hablarme de él en tiempo alguno.

Enternecida Inés, prometió a su hija que todo lo haría como deseaba.

—Quisiera deciros otra cosa —prosiguió Lucía.— A ese pobre, si no hubiera tenido la desgracia de conocernos, nada le hubiera sucedido. Anda errante por el mundo, le han quitado su modo de vivir, sus ahorros y cuanto tenía, y ya sabéis la causa. ¡Y nosotras con tanto dinero! ¡Ah, madre mía! Puesto que el Señor nos ha enviado tanto bien, y que mirabais a Lorenzo como a hijo, partid con él ese dinero, que Dios no nos faltará. Buscad un hombre de confianza y enviádselo, que sabe Dios los apuros en que podrá verse.

—¿Pues qué te figuras? —contestó Inés— lo haré con mucho gusto. ¡Pobre muchacho! ¿por qué crees tú que estaba yo tan contenta con ese dinero?... ¡Yo, a la verdad, había venido aquí tan

alegre! yo... En fin, se lo enviaré sin falta. ¡Pobre Lorenzo!... Pero él... Yo bien me entiendo... No creas tú que será ese dinero lo que le engorde.

Dio Lucía gracias a su madre por tan liberal condescendencia, con un calor, con una efusión de afecto que podía muy bien dar a entender a cualquiera que la hubiese mirado, que tenía Lorenzo todavía en su corazón más parte que la que ella misma se figuraba.

—¿Y sin ti, qué haré yo, infeliz mujer? —dijo Inés llorando.

—¿Y yo sin vos, querida madre, en casa extraña, allá en Milán?... pero el Señor nos acompañará a las dos, y luego nos concederá que nos reunamos otra vez. Dentro de ocho o nueve meses nos volveremos a ver aquí, y ¿quién sabe si antes? Dejemos obrar al Señor: yo no dejaré de rezar a la Virgen; confío en su inmensa misericordia.

Con estas y otras semejantes repetidísimas palabras de quejas, de consuelo, de resignación y de promesas, con muchas lágrimas, y después de repetidos y largos abrazos, se separaron madre e hija, prometiéndose recíprocamente volverse a ver a más tardar en el próximo otoño, como si estuviese en su mano el hacerlo, y como generalmente se hace siempre en semejantes casos.

Entretando pasó mucho tiempo sin que Inés pudiese tener noticia de Lorenzo, e inútiles fueron cuantas diligencias hizo para proporcionárselas.

Ni era ella la sola que trabajaba inútilmente con semejante objeto. El cardenal Borromeo, que no por cumplimiento había ofrecido informarse del paradero de aquel desgraciado, escribió inmediatamente para averiguarlo. Llegado a Milán, recibió contestación en que le decían que nada se sabía de aquel individuo; que efectivamente había permanecido algún tiempo en aquel pueblo, en que nada dio que decir; pero que una mañana había desaparecido de improviso, y que un pariente suyo en cuya casa vivió, ignoraba lo que le había sucedido, no pudiendo sino repetir ciertas noticias vagas y contradictorias, como, por ejemplo, que se había alistado para Levante, que había pasado a Alemania, que se había ahogado al vadear un río, con otras no menos contradictorias. Añadían en la carta, que estarían a la mira por si pudiesen adquirir noticias más fundadas, en cuyo caso las comunicarían sin pérdida de tiempo a su Ilustrísima.

Más adelante se divulgaron también estas mismas voces en el territorio de Lecco, y de consiguiente, llegaron a oídos de Inés. Hacía la pobre mujer todo lo posible para apurar la verdad; pero nada pudo adelantar sino el dicen, que aun en el día basta para asegurar muchas cosas. A veces apenas le daba alguno una noticia, cuando llegaba otro desmintiéndola, o dándole una en contrario; pero todo eran cuentos, y el hecho verdadero fue el siguiente.

El gobernador de Milán, capitán general de Italia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, se quejó al Residente de Venecia en Milán, de que se diese asilo en el territorio de Bérgamo a un bandolero, ladrón público, excitador de muertes y saqueos, el pregonado Lorenzo Tramallino, que, hallándose en manos de la justicia, había provocado un motín para escaparse. Contestó el residente que nada sabía, pero que escribiría a Venecia para dar a su Excelencia la explicación conveniente.

El gobierno de Venecia tenía por máxima el fomentar y promover la inclinación de los milaneses trabajadores en seda a trasladarse al territorio de Bérgamo, para lo cual procuraba que encontrasen allí muchas ventajas, especialmente la seguridad personal, que es la primera de todas, y sin la cual de nada sirven las demás. Como entre dos litigantes ricos siempre saca rasa, aunque sea poca, el tercero en discordia, avisaron a Bartolo en confianza (no se sabe quién) de que Lorenzo no estaba bien allí, y que convendría por prudencia que se marchase a otra fábrica, mudando también de nombre por algún tiempo. Comprendió Bartolo el enigma, y sin pedir más explicaciones, se lo descifró a su primo, lo metió en una calesa, y le condujo a una nueva fábrica distante unas quince millas, en donde, bajo el nombre de Antonio Revuelta, le presentó al dueño, que también era milanés y conocido suyo. Éste, aunque los tiempos eran malos, no puso dificultad en admitir a un hilandero que le recomendaba, como hábil y honrado, un hombre de bien, inteligente en el oficio.

En la prueba no tuvo que arrepentirse de haber adquirido aquel operario, aunque al principio le pareció algo atolondrado, porque cuando llamaban a Antonio las más veces no respondía.

Poco después se mandó en Venecia sin grande empeño al Capitán de justicia de Bérgamo, que averiguase y diese cuenta si en su jurisdicción, y particularmente en tal pueblo, se hallaba aquel individuo. El capitán, hechas las diligencias del modo que comprendió que debía practicarlas, remitió la respuesta negativa, la cual se dirigió a Milán para que el Residente véneto la diese a D. Gonzalo.

No faltaban curiosos que deseasen saber de Bartolo, por qué motivo no estaba ya allí aquél joven, y dónde había ido. A la primera pregunta respondía: «No sé; ha desaparecido»; pero para despachar a los más pesados, sin excitar sospechas, halló el modo de regalar ya a unos, ya a otros, las noticias que hemos referido, dándolas siempre como cosas inciertas, que él mismo había oído sin fundamento seguro.

Pero cuando a Bartolo se le hizo la pregunta por parte del Cardenal, sin nombrarle, con cierto aparato de importancia y misterio, dando a entender que era por encargo de un gran personaje, se escamó no poco, y no sólo creyó conveniente no separarse de su modo de responder, sino que, tratándose de un sujeto de tal importancia, ensartó de una vez todas las noticias que en diversas ocasiones había difundido una por una.

No hay que suponer, sin embargo, que D. Gonzalo, un personaje de sus circunstancias, estuviese irritado tan de veras contra un pobre artesano, ni que le creyese tan peligroso para perseguirle en su fuga, ni reclamarlo en país extranjero, como hizo el Senado romano respecto de Aníbal. Hartos negocios de gravedad tenía en la cabeza D. Gonzalo para ocuparse en los hechos de Lorenzo, y si pareció que le prestaba tanta atención, esto dimanó de un concurso particular de circunstancias, por las cuales, sin quererlo ni saberlo entonces ni nunca, se encontró enredado, por medio de un hilo delgadísimo e invisible, en los multiplicados y graves asuntos de aquel tiempo.

XXVII.
Correspondencia secreta.

Más de una vez se nos ha ofrecido hacer mencion de la guerra que entonces duraba por la sucesión de los estados del duque Vicente Gonzaga II; pero ha sido siempre tan de paso, que sólo hemos podido indicarla; pero ahora, para entender nuestra historia, es necesario de toda necesidad tener alguna noticia más circunstanciada de semejante suceso. Estas son cosas que debe saberlas cualquiera que haya leído la historia; pero como, por el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, debemos suponer que esta obra no la leerán sino ignorantes, no creemos fuera de propósito decir lo bastante para dar una tintura al que la necesite.

Hemos dicho que con la muerte de aquel Duque había tomado posesión de Mantua, y ahora añadimos del Monferrato, que antes se nos quedó en el tintero, su sucesor por línea colateral, Carlos Gonzaga, jefe de la segunda rama, el cual se había trasladado a Francia, donde poseía el ducado de Nevers y Rhetel. El Ministerio español, que a toda costa quería excluir, como ya hemos dicho, de aquellos dos feudos italianos al nuevo Príncipe, y para hacerlo necesitaba de una razón, se declaró sostenedor de los derechos que pretendían tener a Mantua Ferrante Gonzaga, príncipe de Guastalla, y al Monferrato Carlos Manuel I, duque de Saboya, y Margarita Gonzaga, duquesa viuda de Lorena. D. Gonzalo, que era de la casa del Gran Capitán, cuyo nombre llevaba, y que ya había hecho la guerra en Flandes, deseoso de hacerla en Italia, era quizá el que más trabajaba para que se encendiese. Con este objeto, interpretando las intenciones del gobierno español y anticipándose a sus órdenes, concluyó con el duque de Saboya, para la repartición del Monferrato, un tratado, cuya ratificación consiguió fácilmente del Conde-duque, por haberle pintado como cosa muy fácil la

toma de Casal, que era el punto más defendido de la porción pactada en favor del rey de España. Sin embargo, protestaba en nombre del mismo rey, que no trataba de ocupar país alguno, sino en calidad de depósito, hasta la sentencia del Emperador, el cual, tanto por oficiosidades ajenas como por motivos propios, había negado la investidura al nuevo duque, intimándole que le dejase en secuestro los Estados en controversia, y que, oídas las respectivas razones, los entregaría a quien correspondiesen, a lo cual se negó el duque de Nevers.

Tenía éste también amigos poderosos, tales como el Cardenal de Richelieu, los venecianos y el Papa. Pero ocupado el primero en el sitio de la Rochela y en una guerra contra los ingleses, y embarazado por el partido de la reina madre, María de Médicis, opuesta por motivos particulares a la casa de Nevers, nada podía dar sino esperanzas. Los venecianos no querían moverse ni declararse sin que antes entrase en Italia un ejército francés, y al paso que bajo mano auxiliaban como podían al Duque, entretenían negociaciones con la corte de Madrid y el capitán general de Milán, ora con protestas, ora con proyectos y ora con exhortaciones, ya pacíficas, ya belicosas, según las circunstancias. Urbano VIII por su parte recomendaba la causa del duque de Nevers a sus amigos, intercedía en su favor con los contrarios y fraguaba proyectos de acomodamiento; pero se hacía el sordo cuando se trataba de poner gente en campaña.

De esta manera los dos aliados ofensivos tuvieron lugar para dar principio con más seguridad a la empresa; Carlos Manuel entró por su parte en el Monferrato, y D. Gonzalo, muy contento, puso sitio a Casal; pero no eran sus progresos los que se había prometido, porque en las guerras no siempre son las cosas de color de rosa. Hacía tiempo que la corte no le proporcionaba los medios que pedía, y su aliado le servía más de lo que era menester; que es decir, que después de haberse apoderado de la parte que según el convenio le correspondía, iba tomando de la que tocaba al rey de España, lo que daba grande enojo a D. Gonzalo; pero temiendo, si metía algún ruido, que el duque de Saboya, tan activo en los manejos como versátil en sus tratados y valiente en la campaña, se volviese a Francia, se veía precisado a cerrar los ojos, a tascar el freno y a poner buena cara. Por otra parte, el sitio iba mal, tanto por el valor, tino y constancia de los sitiados, como por la poca gente que tenía el sitiador, y según algunos historiadores, por sus desaciertos; pero acerca de este punto nosotros dejamos la verdad en su lugar, porque, aunque esto fuese cierto, nos inclinamos a mirar la cosa excelente, si de ella resultó que hubiese menor número de muertos y mutilados, y algo menos destrozadas las tejas de Casal. Como en este estado de cosas tuviese aviso de la ocurrencia de Milán, pasó inmediatamente a esta capital.

Allí, en la relación que le presentaron, se hizo mención de la fuga ruidosa de Lorenzo, de los hechos verdaderos y supuestos que motivaron su prisión, y de su emigración a territorio de Bérgamo. Esta última circunstancia llamó su atención. Tenía D. Gonzalo noticia de que el alboroto de Milán había alentado al Gobierno de Venecia, en donde se creyó al principio que este acontecimiento le obligaría a levantar el sitio de Casal, y como todavía allí se le suponía cabizbajo, tanto más cuanto en seguida de aquel suceso había llegado la noticia de la rendición de la Rochela, noticia tan deseada por los venecianos y tan temida por D. Gonzalo, sintiendo éste que, como hombre y como político, se le tuviese en semejante concepto, buscaba una ocasión oportuna para desengañarlos y darles a entender por inducción que nada había perdido de su antigua altivez, porque el decir explícitamente «no tengo miedo», es lo mismo que no decir nada; juzgó, pues, que el medio más seguro para ello era el de mostrarse irritado, dar quejas y hacer reclamaciones, por lo cual, habiéndose presentado el residente de Venecia a cumplimentar y explorar al mismo tiempo en su rostro y su continente cómo se hallaba de botones adentro, que ésta era la política añeja, D. Gonzalo, después de hablar del tumulto como cosa de poco momento, a que desde luego se había puesto remedio, tuvo acerca de Lorenzo la salida que con sus consecuencias hemos ya visto.

No volvió después a pensar en negocio tan frívolo, y para él como concluido. Y cuando al cabo de algún tiempo recibió la contestación en el campamento sobre Casal, donde había vuelto y donde le ocupaban otros cuidados, levantó y meneó la cabeza, estuvo algún tanto pensativo para

traer a su memoria un hecho de que apenas le quedaba una confusa idea, creyó acordarse de la persona, atravesóse otro asunto, y no volvió a pensar en ello.

Pero Lorenzo por lo que se le había indicado debía suponer cosa muy diferente; estuvo mucho tiempo preocupado con esta idea, o, por mejor decir, sin pensar en otra cosa más que en mantenerse oculto. Figúrense mis lectores si se desharía por enviar noticias a las dos mujeres y recibirlas de ellas; pero se oponían a sus deseos dos grandes dificultades. La una era la necesidad en que se vería de descubrirse a un escribiente cualquiera, porque el pobre no sabía ni leer ni escribir, y si, preguntado por el abogado Tramoya, contestó que sabía leer, como se acordarán mis lectores, no fue jactancia, sino la pura verdad, porque leía con algún trabajo lo impreso, aunque en cuanto a lo manuscrito, ni una letra; por eso necesitaba desde luego confiar sus asuntos a un tercero, y un hombre que supiese tener bien la pluma en la mano y con quien se pudiese contar para el sigilo, no era fácil encontrarle en aquellos tiempos, especialmente en país en que no se tuviese grandes relaciones. La otra dificultad era la de hallar proporción de persona que fuese por aquellas partes y que quisiese encargarse de la carta, y tomarse un verdadero interés para que llegase a su destino, circunstancias todas difíciles de reunir en una sola persona.

Finalmente, a fuerza de indagaciones y diligencias, encontró quién escribiese; pero no sabiendo si las dos mujeres se hallarían todavía en Monza o en otra parte, dispuso que se incluyese la carta de Inés en otra de cuatro renglones dirigida al padre Cristóbal.

El escribiente se encargó también de remitir el pliego, que entregó a una persona que debía pasar cerca de Pescarénico. Ésta la dejó con mucha recomendación en la posada del camino más inmediato, y como la carta iba dirigida a un convento, llegó a su destino; pero nunca se pudo saber luego su último paradero. Así es que, no recibiendo Lorenzo contestación alguna, hizo escribir otra carta poco más o menos como la primera, incluyéndola en otra a un conocido o pariente suyo de Lecco; buscó otro portador, le encontró, y esta vez llegó la carta a su dirección. Corrió Inés a Magránico, hizo que aquel Alejo primo suyo se la leyese y explicase, trató con él de la respuesta, que él mismo extendió, y hallaron medio de enviarla a Antonio Revuelta; pero todo esto no se ejecutó tan presto como nosotros lo referimos. Recibió Lorenzo la contestación, y con el tiempo remitió nueva carta; por manera que se entabló entre las dos partes una correspondencia que, sin ser rápida ni regular, era, sin embargo, continuada por intervalos.

Pero para tener una idea de esta correspondencia epistolar, es necesario saber cómo iban entonces semejantes cosas, o, por mejor decir, cómo van, porque en este particular ha habido poca o ninguna variación.

El aldeano que no sabe escribir y que tiene necesidad de hacerlo, busca un escribiente, escogiéndole en cuanto puede entre los de su esfera, porque no se fía mucho de los otros. Le informa con más o menos claridad de los antecedentes, y le impone por el mismo estilo en lo que debe escribir. El escribiente o memorialista algo comprende, algo cree comprender, da algunos consejos, propone alguna variación, y diciendo «no tengas cuidado», coge la pluma, extiende el concepto, lo corrige a su manera, aprieta o afloja, y aun omite, según le parece mejor; porque no hay remedio, el que sabe más que los otros no quiere ser instrumento material, y cuando entra en negocios, quiere manejarlos a su antojo. Esta clase de memorialistas no siempre dicen lo que quisieran decir, sino muchas veces al contrario, porque esto nos suele suceder también a nosotros que escribimos para la imprenta. La carta escrita de esta manera llega a manos del corresponsal, que, como tampoco sabe el alfabeto, tiene que dársela a leer a otro literato de la misma calaña del primero, el cual se la lee y se la explica. Aquí se originan mil cuestiones sobre el modo de entenderla, porque, fundándose el interesado en el conocimiento que tiene de los hechos, pretende que ciertas palabras quieren decir una cosa, y el que lee se empeña, por la práctica que tiene, que significan otra. Finalmente, el que no sabe se ve precisado a ponerse a discreción del que sabe para la respuesta, la cual, extendida por el mismo estilo de la carta, va sometida a otra explicación semejante; y si además el asunto de la correspondencia es delicado; si hay que tratar en ella de

negocios secretos, que no se quisiera que se descubriesen en el caso de extraviarse la carta, y si por esta razón se procura también que la cosa vaya algún tanto enigmática, entonces, por poco que dure la correspondencia, los interesados acaban por no entenderse, como sucedía en otro tiempo entre dos escolásticos después de haber disputado cuatro horas, por no tomar la comparación de cosas del día y exponernos a un coscorrón.

Este era el caso en que se hallaban los dos corresponsales. La primera carta de Lorenzo contenía muchas materias. Empezaba desde luego con una relación de la fuga, mucho más concisa y más embrollada que la nuestra: hablaba después de sus actuales circunstancias, de cuya noticia ni Inés ni su secretario pudieron sacar gran cosa en limpio: daba en seguida un aviso secreto, haciendo mención del nombre cambiado y de su seguridad, con la precisión de quedar oculto, cosas todas poco comunes para el entendimiento de aquellas gentes, y que en la carta misma iban con su poco de enigma. Contenía preguntas urgentes y afectuosas acerca de Lucía, expresiones oscuras y patéticas relativas a las voces que habían corrido tocantes a la misma, y por último, concluía con esperanzas inciertas y lejanas, proyectos aventurados para en adelante, promesas y exigencias de fidelidad y exhortaciones a no perder la paciencia ni el ánimo, y esperar mejores tiempos.

Poco después encontró Inés un medio seguro para enviar a manos de Lorenzo una contestación con los cincuenta escudos consabidos. Al ver tanto oro junto, no sabía qué pensar, y no menos admirado que lleno de una confusión que no daba lugar a la alegría, corrió en busca de su secretario para que le explicase la carta, y tener con esto la llave de semejante misterio.

En la carta, el escribiente de Inés, después de algunas quejas acerca de la poca claridad de la carta de Lorenzo, describía en tono lamentable la tremenda historia de aquella persona (que así se expresaba), pasando luego a lo de los cincuenta escudos; hablaba después del voto por medio de perífrasis, añadiendo con palabras más directas y claras el consejo de resignarse y no pensar ya en ella.

Poco faltó para que Lorenzo no la tomase con el lector intérprete: tembló, se estremeció y se llenó de ira, tanto por lo que comprendía, como por lo que no podía comprender. Tres o cuatro veces le obligó a leer la carta, ya comprendiéndola mejor, ya pareciéndole más oscuro lo que antes le había parecido más claro. En tal fiebre de pasiones, quiso que el secretario echase mano de la pluma al momento y contestase. Después de las expresiones más fuertes de terror y compasión por los sucesos de Lucía, proseguía diciendo:

—Escribid, que no quiero resignarme, ni me resignaré nunca; que estos no son consejos que deben darse a un hombre como yo; que el dinero no lo tocaré; que lo guardo y lo tendré en depósito para el dote de la que ha de ser mía; que yo no entiendo de promesas; que siempre he oído decir que la Virgen se ocupa en favorecer a los afligidos y en obtener gracias, pero que trate de desesperar y de hacer faltar a lo prometido jamás lo oí; que eso no puede ser, y que con este dinero hemos de poner casa aquí; y que si ahora estoy algo apurado, es una borrasca que pasará presto.

Y otras cosas semejantes. Recibió Inés esta carta, hizo contestar, y la correspondencia continuo del modo que hemos dicho.

Lucía, después que su madre pudo hacerle saber, no sé por qué conducto, que Lorenzo estaba vivo y sano e impuesto de todo, experimentó no poco consuelo, y ya sólo deseaba que se olvidase de ella, o, por decir verdad, que pensase en olvidarla. Ella por su parte hacía cien veces al día el mismo propósito con respecto a Lorenzo, y adoptaba todos los medios posibles para realizarlo. Estaba continuamente trabajando; procuraba no distraer el ánimo un instante de su labor, y cuando se le presentaba a la mente la imagen de Lorenzo, rezaba o cantaba oraciones; pero aquella imagen, como si tuviera malicia, no se presentaba así descubiertamente, sino que se introducía a hurtadillas entre otras diversas, de modo que la imaginación no lo advertía sino después de algún tiempo. Los esfuerzos de Lucía para separarle enteramente de la memoria hubieran surtido hasta cierto punto su efecto, si doña Práxedes, empeñada por su parte en hacérsele olvidar, hubiese encontrado otro medio mejor para el caso que el de acordársele sin cesar, diciéndola muy a menudo.

—¿En qué piensas? ¿En el novio, eh?

—Yo en nada pienso —contestaba Lucía.

Con esta respuesta no se daba por satisfecha doña Práxedes, sino que proseguía diciendo:

—Obras, hija mía, son amores, y no buenas razones.

Y se extendía luego invectivando la costumbre de las jóvenes, las cuales, decía ella, cuando han puesto su corazón en un mala cabeza, a lo que propenden generalmente todas, no saben desecharlo. Tratándose de un hombre de bien y honrado, que por algún contratiempo haya venido a menos, al momento se resignan: pero un calavera es llaga incurable; y aquí empezaba el panegírico del pobre ausente, del picarón que se metió en Milán para ponerlo todo a sangre y fuego, y quería por fuerza que Lucía confesase las bribonadas, que, según ella, debía haber hecho Lorenzo también en su pueblo.

Lucía, con voz trémula por la vergüenza y el dolor, y con la indignación de que era capaz en su carácter dulce y su humilde estado, aseveraba y protestaba que en su tierra aquel infeliz jamás había dado que decir, y añadía que hubiera querido que se hallase allí alguno de su pueblo para confirmar esta verdad.

Aun con respecto a los acontecimientos de Milán, de cuyos pormenores no podía dar razón, lo defendía sólo por el conocimiento que desde su niñez tenía de su conducta: y lo defendía o se proponía defenderlo por pura obligación de caridad, por amor a la verdad y como prójimo, que era la fórmula con que se explicaba a sí misma el interés que le movía a defenderlo; pero de semejante apología sacaba doña Práxedes nuevos argumentos para convencer a Lucía que su corazón estaba todavía por él, y a la verdad no sé si sería cierto en aquellos momentos, porque la infame pintura que de Lorenzo hacía la vieja, despertaba por oposición con más fuerza que nunca en la mente de Lucía la idea que había concebido con tan largo trato. Las memorias sofocadas con violencia se desarrollaban a porfía la aversión y el desprecio renovaban tantos motivos antiguos de aprecio y simpatía, y el odio ciego y violento de doña Práxedes excitaba con más fuerza su compasión. Como quiera que sea, los discursos por parte de Lucía nunca eran muy largos, porque las palabras no tardaban en convertirse en lágrimas y suspiros.

Si doña Práxedes la hubiese tratado de aquella manera por odio inveterado que conservase contra ella, quizá aquellas lágrimas la hubieran enternecido y acallado; pero como hablaba con buena intención, continuaba adelante sin dejarse vencer, así como los gemidos y las dolientes súplicas pueden muy bien contener el arma de un enemigo, pero jamás el hierro de un cirujano. Suponiendo doña Práxedes haber llenado así su deber, pasaba de las reconvenciones y cargos a las amonestaciones y consejos, interpolados con alguna alabanza para templar lo agrio con lo dulce, y conseguir mejor su intento. Es verdad que por todos estos sermones, que siempre se reducían a una misma cosa, ninguna aversión quedaba a Lucía contra su eterna misionera, que por otra parte la trataba con mucha humanidad; pero sí le quedaba tal tumulto de exaltación de pensamientos, que necesitaba luego mucho tiempo y trabajo para volver a su antigua calma.

Por fortuna para Lucía, no era ella la sola a quien tenía que hacer bien a su manera doña Práxedes; por lo que los sermones no podían ser muy frecuentes. Además del resto de la familia, cuyos cerebros necesitaban todos más o menos compostura; además de las muchas ocasiones que se le presentaban, o que ella misma buscaba de emplear los mismos buenos oficios con personas a las cuales de nada era deudora, tenía cinco hijas, y aunque ninguna vivía con ella, le daban más que hacer que si las hubiese tenido en casa. Tres eran monjas, y dos casadas; así que doña Práxedes tenía naturalmente que dirigir tres conventos y dos casas, además de la suya; empresa vasta y complicada, y tanto más ardua, cuanto que dos maridos apadrinados por sus padres, madres y hermanos, y tres abadesas sostenidas por otras dignidades y muchas monjas, se negaban a aceptar su superintendencia.

Era una guerra, o por mejor decir, cinco guerras, que aunque disimuladas y políticas, no dejaban de ser continuas y activas, pues en cada uno de aquellos puntos se ponía el mayor empeño en evitar sus cuidados, en cerrar el oído a sus dictámenes, en eludir sus preguntas, y en dejarla a oscuras de todos los negocios. No hablaré de las disputas y contradicciones que encontraba en el manejo de otros negocios más extraños; porque se sabe que a los hombres las más de las veces es necesario hacerles el bien por fuerza; pero en su casa ejercitaba mejor su celo, porque allí todos estaban sujetos enteramente a su autoridad, menos D. Ferrante, con el cual las cosas andaban de otra manera.

Como hombre dedicado a las letras, no quería ni mandar ni obedecer. Enhorabuena que en todas las cosas de casa fuese su señora el ama absoluta; pero él no se conformaba con estar sumiso; y si solicitado, le prestaba en ciertos casos el oficio de su pluma, era por ser asunto de su afición; sin embargo, aun sabía negarse a ésto, cuando no estaba en sus ideas lo que su esposa le pedía que escribiese. «Componeos como podáis, le decía entonces, pues que la cosa os parece tan clara.» Después de haber por algún tiempo intentado inútilmente doña Práxedes atraerlo a su sistema, ya se limitaba a barbotar contra él, llamándole extravagante, desidioso, y por fin literato; y en darle este último título, además de desahogar su despecho, tenía su poquito de complacencia.

Pasaba D. Ferrante muchas horas en su gabinete, en donde tenía una colección considerable de libros, todas obras escogidas, y estimadas en varias materias, en cada una de las cuales estaba más o menos versado. En la astrología se le tenía por más que aficionado, porque su saber no se limitaba a las nociones generales y al vocabulario común de influencias, aspecto y conjunciones, sino que hablaba con acierto, y como profesor, de las doce casas del cielo, de los círculos máximos, de los grados lúcidos, de la exaltación y declinación de los astros, de los tránsitos y revoluciones; en una palabra, de los principios más ciertos y recónditos de la ciencia, cuya historia también conocía más que medianamente, pues citaba con oportunidad las predicciones más célebres verificadas; y raciocinaba con sutileza y elegancia acerca de otras predicciones no menos famosas, que no se realizaron, para demostrar que la culpa no era de la ciencia, sino de los que no supieron aplicarla.

Aunque acerca de la filosofía antigua había aprendido lo suficiente, no obstante, para adelantar todavía más, no cesaba de leer a Diógenes Laercio: sin embargo, como aquellos sistemas, por hermosos que sean, no es posible retenerlos todos en la memoria, y para ser filósofo es necesario elegir un autor, D. Ferrante había escogido a Aristóteles, el cual, según su opinión, no era ni antiguo ni moderno, sino filósofo a secas.

Poseía también varias obras de sus secuaces más sabios y sutiles entre los modernos, y en cuanto a las de sus impugnadores, jamás quiso leerlas ni comprarlas, porque consideraba tiempo perdido lo primero, y dinero echado por el balcón lo segundo: sólo por vía de excepción conservaba en su biblioteca los célebres veintidós libros *de subtilitate*, y alguna otra obrilla antiperipatética de Gárdano, en obsequio de su mucho saber en astrología, diciendo que el que pudo escribir el tratado *de restitutione temporum et motuum cœlestium*, y el libro *duodecim conjecturarum*, merecía ser oído aun cuando disparatase. Por otra parte, aunque en el concepto de los doctos pasaba D. Ferrante por peripatético consumado, a él no le parecía saber lo suficiente, y más de una vez se le oyó decir con gran modestia que la esencia, los universales, el alma del mundo y la naturaleza de las cosas no eran principios tan claros como algunos creían.

En cuanto a la filosofía natural, D. Ferrante se había aplicado a ella por diversión, no por estudio, y así había más bien leído que estudiado las obras del mismo Aristóteles sobre esta materia; sin embargo, con esto, con las noticias adquiridas por incidencia en los tratados de filosofía general, y con haber pasado la vista por la *Magia natural* de Juan Bautista Porta, por las tres historias *lapidum, animalium et plantarum* de Cárdano, por el tratado de hierbas, de las plantas y de los animales de Alberto Magno, y por alguna otra obra de menos importancia, sabía entretener una reunión de gente culta, hablando de las virtudes admirables y de las curiosidades más singulares de muchos simples, describiendo exactamente las formas y los hábitos de las sirenas, del ave fénix,

único en su especie, y explicando cómo la salamandra se mantiene en el fuego sin quemarse; cómo la rémora, siendo un pececillo tan pequeño, tiene bastante fuerza para detener de un golpe el curso de un navío; cómo las gotas del rocío se convierten en perlas; cómo el camaleón se sustenta con el aire, y cómo el hielo, endureciéndose poco a poco, se trasforma en cristal, con otros maravillosísimos secretos de la naturaleza.

Algo más se había internado en lo de magia y hechicerías, pues se trataba de ciencia que estaba entonces más en boga, y en la cual los hechos, sobre ser de más importancia, son más fáciles de averiguar. Es excusado prevenir que en semejante estudio no tuvo más objeto que el de instruirse, y conocer a fondo las malas artes de los maleficios y de las brujas, para guardarse y defenderse de ellas. Y tomando por guía el grande hombre de la ciencia, Martín del Río, podía tratar ex profeso del maleficio amatorio, del maleficio somnífero, del maleficio hostil, y de las infinitas especies de estos tres géneros capitales de maleficios, que con tan fatales resultados se practicaban entonces.

No menos vastos y profundos eran sus conocimientos en historia, especialmente en la universal, en la que miraba como autores de primera nota a Dole, Bugatti, Campana, Targañota y Guazzo. Pero ¿qué es la historia, solía decir, sin la política? una guía que marcha adelante, sin que nadie la siga para aprender el camino, así como la política sin la historia es lo mismo que uno que camina sin guía. De consiguiente, tenía en sus estantes un lugar preferente para los autores de política, entre los cuales sobresalían Bodino, Cavalcanti, Sansovino, Paruta y Bocalini; pero dos eran los que D. Ferrante prefería a todos en semejante materia, a saber: el *Príncipe* y los *Discursos* del célebre secretario florentino[11], a quien llamaba bribón, pero profundo, y la *Razón de Estado* del no menos célebre Juan Botero. Pero poco antes del tiempo a que se refiere esta historia salió a luz el libro que terminó la cuestión del Primado, y en que, según D. Ferrante, se hallaba sacada la quinta esencia de todas las malicias, para poder conocerlas, y la de todas las virtudes, para poder practicarlas; libro de escaso volumen, pero todo de oro; en una palabra, el *Estadista reinante,* de D. Valeriano Castillón[12], de aquel hombre celebérrimo, que los literatos de más crédito elogiaban sin término, y los más grandes personajes andaban a porfía por quitárselo unos a otros.

Pero si en todas las ciencias citadas podía D. Ferrante considerarse instruido, una había en que era acreedor al título de maestro, a saber, la ciencia caballeresca. No sólo hablaba de ella con profundo conocimiento, sino que llamado a decidir acerca de puntos de honor, pronunciaba siempre su sentencia con acierto. Tenía en su biblioteca, o, mejor diríamos, en su cabeza, las obras de los mejores autores en esta materia, como Paris del Pozo, Fausto de Longiano, Urrea, Mucio, Romei, Albergato, el *Forno primero* y el *Forno segundo* del famoso Torcuato Tasso, de cuyas obras solía también citar con oportunidad algunos pasajes, especialmente los de la *Jerusalén libertada*; pero, en su concepto, el autor de los autores en esta ciencia era el milanés Francisco Birago, que dio a luz sus discursos caballerescos en tiempo de D. Ferrante, de quien hablaba siempre con particular aprecio, circunstancia que parece haber influido en la opinión del mismo D. Ferrante.

De aquí pasa el anónimo tantas veces citado a las bellas letras; pero nosotros ya empezamos a dudar de si nuestros lectores tendrán mucha gana de proseguir con semejante reseña, antes, a decir verdad, vamos creyendo habernos granjeado el título de copista servil, y el de fastidioso a medias con el anónimo, por haberlo seguido hasta aquí en cosa tan ajena del asunto principal, y en la que probablemente se extendió tan sólo por hacer alarde de doctrina y manifestar que estaba al nivel de las luces de su siglo.

Por esta razón, dejando escrito lo que está escrito, por no perder nuestro trabajo, omitiremos lo demás para volver de nuevo a tomar el hilo de nuestra historia, tanto más, cuanto hay que pasar buen trecho antes de encontrar a alguno de nuestros personajes, y uno más largo todavía antes de

11 Maquiavelo.

12 Valeriano Castiglione (1593-1663).

dar con aquellos por los cuales se interesan más nuestros lectores, si es que hay algo en todo esto que llegue a interesarles.

Hasta el otoño del siguiente año de 1629 quedaron todos, quién de grado, quién por fuerza, en la misma posición poco más o menos en que los dejamos, sin que a los unos les sucediera, y sin que pudieran los otros hacer cosa alguna digna de referirse. Llegó el otoño en que Inés y Lucía contaban con reunirse; pero un grande acontecimiento público desbarató su proyecto, y éste fue ciertamente uno de sus más pequeños efectos. Siguieron luego otros sucesos de consideración que no causaron ninguna mudanza notable en la suerte de nuestros personajes. Alcanzáronlos por fin nuevos casos más generales, más violentos y más extremados, acometiendo hasta los más ínfimos, según la escala del mundo, así como un vasto y tempestuoso torbellino, arrancando árboles, descomponiendo techos, derribando chapiteles y dispersando escombros, levanta también las ligeras aristas escondidas entre la hierba, busca las hojas secas en los rincones donde las había aglomerado un viento menos fuerte y las lleva envueltas en sus remolinos.

Ahora, para que los hechos privados de que tenemos que dar cuenta sean más claros, nos es indispensable anticipar uno de aquellos acontecimientos públicos indicados, retrocediendo algo más arriba.

XXVIII.
El hambre.

Después de la sedición del día de San Martín y siguiente, parecía que como por encanto había vuelto a Milán la abundancia. Las panaderías bien provistas, el pan a mejor precio que en los años más fértiles, y a proporción las harinas. Los que en aquellos días se dieron a gritar, o hacer algo más, tenían ahora (a excepción de los pocos que fueron a parar a la cárcel) motivos de envanecerse; y no hay que pensar que parasen allí pasado aquel primer susto de las prisiones. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, se congratulaban recíprocamente por haber encontrado el modo de abaratar el pan; sin embargo, en medio del júbilo y la jactancia, se entremetía, como era natural, cierta inquietud por el presentimiento de que no durase mucho semejante cucaña. Sitiaban a los panaderos y los hornos, como lo habían hecho en aquella ficticia y efímera abundancia dimanada de la postura establecida por el gran canciller Ferrer. Los que tenían algún dinero lo empleaban en pan y en harinas, convirtiendo en almacenes las arcas, los barriles y hasta los cubos. De esta manera, luchando a porfía para gozar de la ventaja presente, hacían, no diré imposible su larga duración, que ya por sí misma lo era, sino también más difícil su momentánea continuación.

En efecto, el día 15 de noviembre publicó D. Antonio Ferrer, de orden de Su Excelencia, un edicto por el cual, a los que tuviesen granos o harinas en su casa, se les prohibía comprar ninguna de las dos especies, y a todos en general comprar más pan del que necesitaban para dos días, bajo penas pecuniarias y corporales al arbitrio de Su Excelencia, con intimación a los ancianos (especie de celadores de policía) y encargo a todos para que denunciasen a los transgresores, y orden a los jueces para registrar las casas que se les denunciasen, mandando al mismo tiempo a los panaderos que tuviesen bien provistas las tiendas, bajo pena de cinco años de galeras, o mayor, al arbitrio de Su Excelencia. Brillante imaginación debe tener por cierto el que sea capaz de figurarse que semejante edicto pudiera llevarse a debida observancia, y en verdad que si se hubiesen cumplido todos los que en aquel tiempo se expedían conminando con galeras, hubiera tenido el ducado de Milán más gente en la mar que la que puede tener ahora la Gran Bretaña.

De todos modos, mandando a los panaderos que amasasen tanto pan, era preciso también dar órdenes para que no faltase la materia de que hacerlo. Como en los tiempos de carestía se acude casi siempre al recurso de hacer pan con sustancias alimenticias que se consumen bajo otra forma, se

adoptó en esta ocasión el medio de hacer entrar el arroz en la fabricación del pan, llamado de mezcla. Con esto el 23 de noviembre salió un edicto para que quedase a disposición del Director de provisiones y de los doce comisarios la mitad del arroz sin limpiar que cada uno tuviese en su casa, bajo la pena, contra cualquiera que dispusiese de él sin licencia de dichos señores, de la pérdida del género y de una multa de tres escudos por fanega.

Pero este arroz era necesario pagarlo, y a un precio muy desproporcionado con respecto al pan. El cargo de suplir a esta desproporción se impuso a la ciudad; mas el Ayuntamiento, el mismo día 23 de noviembre, acordó hacer presente al Gobernador general la imposibilidad de soportar semejante carga, y el Gobernador expidió el 7 de diciembre otro edicto en que, fijando el precio del arroz en doce libras la fanega, imponía, tanto al que pidiese mayor cantidad como al que se negase a venderlo, la pena de la pérdida del género, y una multa del doble de su valor, y mayor pena pecuniaria y también temporal, hasta la de galeras, al arbitrio de Su Excelencia, según la gravedad del caso y la clase de las personas.

Al arroz limpio ya se le había fijado precio antes del alboroto, así como probablemente se habría puesto tasa, o para usar la denominación célebre en los anales modernos, el máximun al trigo y otros granos más comunes por medio de edictos que no hemos encontrado.

De mantener de esta manera el pan barato en Milán resultaba la consecuencia de que acudiese multitud de gentes de fuera a comprarle para surtir sus casas. A fin de obviar D. Gonzalo a éste que él llamó inconveniente, mandó con fecha del 15 de diciembre publicar otro edicto, prohibiendo que se extrajese de la ciudad más pan que el del valor de veinte sueldos, pena de la pérdida del pan, veinticinco escudos de multa, y en caso de no poder pagar, dos tratos de cuerda en público, y aun mayor pena (como siempre) al arbitrio de Su Excelencia. El 22 del mismo mes (no sabemos por qué tan tarde) se expidió otra orden igual respecto de la harina y de los granos.

La muchedumbre quiso traer la abundancia con el saqueo y los incendios, y el poder legal quería mantenerla con las galeras y la cuerda: los medios eran muy conformes entre sí; pero sobre su aptitud para producir el efecto deseado, el lector formará su juicio; y si no, lo verá dentro de poco. También es fácil ver, y no inútil observar, que entre tantas absurdas providencias había una conexión necesaria: cada una era consecuencia inevitable de su antecedente, y todas de la primera; a saber, de la que fijaba el pan a un precio tan distante del que hubiera resultado del estado real de las cosas.

Al vulgo ignorante una providencia de esta naturaleza ha parecido siempre, y debe parecer, equitativa, sencilla y de fácil ejecución, y de aquí resulta que en los apuros de las carestías la desea, la implora, y si puede, la impone: luego, a medida que se van manifestando las consecuencias, las personas a quienes corresponde se ven precisadas a acudir al remedio de cada una de ellas con leyes que prohíban a los hombres hacer aquello a que los excitan los antecedentes. Permítasenos observar aquí de paso una coincidencia particular. En un país, y en época no distante de nosotros, y en una de las calamidades más notables de la historia moderna, se dieron, en circunstancias iguales, iguales providencias, a pesar de la gran diferencia de los tiempos y de los conocimientos adquiridos en Europa, y con especialidad en aquel mismo país; y esto sucedió principalmente porque la masa popular, a la que aun no habría alcanzado semejantes conocimientos, consiguió a la larga que prevaleciesen sus principios, y empujó, como se suele decir, la mano de los que hacían la ley.

Volviendo ahora a nuestro asunto, dos fueron, al ajustar la cuenta, los frutos principales del tumulto, a saber: desperdicio y pérdida efectiva de víveres en el mismo tumulto, consumo excesivo, y de bulliciosa alegría mientras duró la tasa, y desfalco de aquella triste masa de granos que debía bastar hasta la nueva cosecha. A estos efectos generales hay que añadir el suplicio de cuatro aldeanos ahorcados como cabezas del tumulto, dos delante del horno grande, y dos a la entrada de la calle donde vivía el Director de provisiones.

Por otra parte, son tan inexactas las noticias históricas de aquellos tiempos, que no hemos podido averiguar cómo ni cuándo cesó aquella violenta tasa. Si, a falta de noticias positivas, nos es

permitido proponer conjeturas, nos inclinamos a creer que se revocó poco antes o poco después del 24 de diciembre, que fue el día del citado suplicio. Por lo que toca a los edictos, después del 22, de que hemos hecho mención, no hemos encontrado otro alguno relativo a víveres, ya porque hayan perecido, ya porque se hayan ocultado a nuestras investigaciones, o ya porque la autoridad, desalentada, cuando no convencida, de la ineficacia de sus providencias, y abrumada con el peso de las cosas, las abandonase a su curso natural. Hallamos, sin embargo, en las relaciones de varios historiadores, inclinados entonces más bien a escribir grandes acontecimientos que a indicar sus causas y consecuencias, la pintura del país y de la ciudad, principalmente a fines del invierno y en toda la primavera, cuando la causa del mal obraba en toda su fuerza.

Esta causa, que era la carestía, dimanaba de la desproporción entre los víveres y las necesidades; desproporción que, lejos de disminuir, aumentaron los mismos remedios que efímeramente suspendieron sus efectos, y que tampoco se consiguió evitar con la introducción de granos extranjeros, la que entorpecían la insuficiencia de los medios públicos y privados, la penuria que también se experimentaba en los países inmediatos, la lentitud, la escasez, las trabas del comercio y las mismas leyes dirigidas a facilitar y mantener una baratura violenta. He aquí aquella dolorosa pintura.

A cada paso tiendas cerradas, y la mayor parte de las fábricas abandonadas. Presentaban las calles un espectáculo indecible, una serie continuada de miserias y una morada permanente de dolores. Los mendigos de antigua profesión, siendo ahora el menor número, se hallaban confundidos entre una nueva muchedumbre, y reducidos a disputar la limosna con aquellos de que quizá en otro tiempo la recibieron. Mancebos de tiendas y trabajadores despedidos de sus principales, que, disminuidas o nulas las ganancias diarias, vivían trabajosamente del resto de su caudal; tenderos, y aun comerciantes quebrados y arruinados de resultas de la cesación de los negocios; operarios y artesanos de todas manufacturas y artes, desde la más común a la de más lujo, vagando de puerta en puerta, de calle en calle, o apoyados a las esquinas, o echados en las aceras de las casas e iglesias, mendigando lamentablemente una limosna; otros, paralizados entre su necesidad y una vergüenza aun no vencida, se presentaban pálidos y extenuados por el ayuno y el frio, y cubiertos con escasas ropas o vestidos viejos y raídos, entre los cuales se notaban aun las señales de una antigua medianía; así como en la holgazanería y el envilecimiento se descubrían ciertos hábitos de impudente abandono. Confundidos entre la deplorable turba iban criados despedidos de sus amos, caídos desde la medianía a la estrechez, o de grandes y ricos señores imposibilitados en aquel año de mantener la acostumbrada pompa de servidumbre, y para cada uno de estos mendigos otros varios acostumbrados a vivir del trabajo de aquéllos, como hijos, mujeres, padres ancianos, cercando a sus sostenedores o dispersados en otras partes, pedir con lágrimas una limosna.

Veíanse también, y se distinguían por los tufos desgreñados, sus vestidos lujosos hechos jirones y la ferocidad de los antiguos hábitos estampada en el rostro, muchos de aquella chusma de bravos, que, perdido por las circunstancias el pan de sus iniquidades, lo iban pidiendo ahora por compasión y misericordia. Abatidos por el hambre, sin más rencillas que para hacer sobresalir sus lamentos, ni otro apoyo que su sola persona, andaban arrastrando por aquella ciudad que pasearon en otro tiempo con la cerviz erguida, ricamente vestidos y cubiertos de armas, y alargaban aquellas manos que tantas veces levantaron con insolencia para amenazar o para herir.

Pero la turba mayor, más miserable, más macilenta y de más bullicio, era la de los lugareños, que de todas partes acudían, ya solos, ya en parejas, ya en bandadas de familias enteras, de maridos y mujeres con niños en los brazos o a las espaldas, muchachos de la mano, y viejos detrás. Muchos, invadidas y saqueadas sus casas por la soldadesca, habían huido desesperados, y entre ellos, algunos para excitar más la compasión y dar más peso a su miseria, manifestaban las contusiones y cardenales de los golpes que recibieron defendiendo los últimos restos de su pobreza, o huyendo de una desenfrenada y ciega brutalidad. Otros que no habían sufrido semejante azote, pero echados por

las dos calamidades de que nadie había podido escaparse, la carestía y los impuestos, más exorbitantes que nunca, para acudir a lo que se llamaba urgencias de la guerra, habían venido y venían a la ciudad como antiguo asiento y último asilo de riqueza y de pía munificencia. Era fácil distinguir los que se presentaban de nuevo, más que por su andar incierto, por la indignación que manifestaban en sus rostros al ver tanta concurrencia de mendigos, y tanta rivalidad de miseria, allí donde creyeron ser ellos los únicos objetos de compasión y atraerse solos la atención y los socorros. Los otros que había más o menos tiempo que arrastraban su miserable vida por la ciudad, sosteniéndose con limosnas adquiridas al acaso en tanta desigualdad entre los auxilios y las necesidades, llevaban impresa en el semblante una consternación más profunda. Distinguíanse todos en aquella espantosa confusión no menos por su aspecto que por sus trajes; diremos mejor, por los inmundos trapos con que cubrían sus carnes. Los rostros pálidos de los habitantes del país bajo, los de color de bronce de los que ocupaban el llano del medio, y los sanguíneos de los serranos, todos estaban descarnados y consuntos, los ojos hundidos, el mirar entre torvo y estúpido, el pelo desgreñado, y las barbas largas y horribles. Unos cuerpos endurecidos por el trabajo, veíanse ahora extenuados, con la piel arrugada en los tostados brazos, en las piernas y en los huesudos pechos, mal cubiertos con los descompuestos andrajos. Si tan doloroso era el aspecto que presentaba el vigor abatido, ¿qué sería en el sexo y en la edad más débil, una naturaleza menos fuerte y más dispuesta a la languidez y a la decadencia?

En las encrucijadas y las aceras, debajo de los aleros se ofrecían a la vista de trecho en trecho montones de paja y rastrojos apisonados y fétidos, y aun estos asquerosos desperdicios eran dádivas que la caridad ofrecía a varios de aquellos desgraciados, para que hallasen donde posar la cabeza por la noche. Veíanse también de día yacer o echarse allí muchos que, extenuados por el cansancio o la necesidad, no podían ya sostenerse. No pocas veces se encontraba en semejantes muladares algún cadáver, y no era raro ver de repente caer al suelo algún extenuado y quedar muerto sobre las duras piedras.

Presentábanse de cuando en cuando auxilios ordenados con más previsión, y distribuidos por mano rica y ejercitada en hacer beneficios en grande, y ésta era la mano del buen Federico. Para el efecto había escogido seis eclesiásticos, en quienes competía, con una ardiente caridad, una complexión robusta. Divididos en parejas, había señalado a cada una la tercera parte de la ciudad para que la recorriesen con varios mozos cargados de alimentos, de bebidas y ropas. Todas las mañanas salían las tres parejas para diversos puntos: se acercaban a los que veían caídos, y daban a cada uno el correspondiente socorro. A los que hallaban agonizando e incapaces de admitir alimento, les administraban los últimos auxilios y los consuelos de la religión. Distribuían a los que podían hallar remedio en los alimentos, sopa, pan, vino y huevos, y a los extenuados socorrían con sustancias y vinos generosos, reanimándolos antes, si era necesario, con vinagre y cordiales, distribuyendo al mismo tiempo vestidos a los más andrajosos.

No acababa aquí su asistencia. Siendo el ánimo del buen pastor que hasta donde pudiese llegar aquella sirviese de un alivio eficaz y no momentáneo, los pobres a quienes el primer auxilio había restituido suficientes fuerzas para sostenerse y caminar, recibían de los mismos eclesiásticos algún dinero, a fin de que la necesidad reiterada y la falta de otro auxilio no los redujese al anterior estado: proporcionaban a los otros asilo y manutención en algunas de las casas más inmediatas; si alguna había de personas acomodadas, se les concedía la hospitalidad por recomendación del Cardenal, y en otras en que a la buena voluntad faltaban los medios, aquellos eclesiásticos pedían que los recibiesen de huéspedes, para lo cual, ajustado el precio, pagaban desde luego una parte a cuenta. De los hospedados en semejantes términos daban después noticia a los párrocos para que los asistiesen, y volvían ellos mismos a visitarlos.

No es necesario decir que el Cardenal no limitaba sus cuidados a los casos de tan extrema situación, ni la había aguardado para tomar providencias. Su viva caridad hubo de sentirlo todo, ocuparse en todo, y acudir a lo que no pudo prever, tomando, digámoslo así, tantas formas cuantas

eran las diversas necesidades. En efecto, reuniendo todos sus medios, aumentando sus privaciones, echando mano de los ahorros destinados a otras liberalidades, que en aquella ocasión no podían dejar de ser secundarias, buscó todos los arbitrios posibles de juntar dinero para emplearlo en alivio de tan general penuria.

Hizo crecidas compras de granos, de que envió gran parte a varios puntos de su diócesis, y como el socorro era inferior a la necesidad, envió también cantidad de sal, para que, según refiere Ripamonti, la hierba del prado y la corteza de los árboles se convirtiesen en alimento humano. Granos y dineros repartió igualmente a los párrocos de la ciudad que él mismo recorría por cuarteles dando limosnas. Socorría de oculto a muchas familia vergonzantes, y en el palacio arzobispal se cocía diariamente gran cantidad arroz, de que, según el médico Alejando Tadino, una relación que tendremos ocasión de citar algunas veces, se distribuían dos mil raciones todas las mañanas.

Pero estos rasgos de caridad, que podemos llamar grandiosos, si se considera que eran obra de un solo hombre, y producto únicamente de sus medios, pues el Cardenal se negó siempre a tomar a su cargo la distribución de liberalidades ajenas, estos mismos rasgos, con otros donativos de diversas manos, que, aunque no tan cuantiosos, eran sin embargo en gran número, no bastaban a cubrir tantas necesidades, a pesar de reunírseles los subsidios extraordinarios que señaló el ayuntamiento, encargando su distribución al tribunal o junta de provisiones. Al paso que con los socorros del Cardenal se prolongaba la vida de algunos serranos y lugareños a punto de morir de hambre, otros llegaban al término extremo de la miseria. Apurados por los primeros aquellos calculados socorros, volvían a implorar otros. En muchas partes, no olvidadas y sólo pospuestas como menos necesitadas, porque la caridad se veía en la dura precisión de tener que elegir, llegaban las angustias a ser mortales, y mientras en tres puntos de la ciudad eran socorridos y sacados de los brazos de la muerte los más inmediatos a sufrirla, en otras cien partes penaban otros, y aun perecían sin encontrar recurso ni refrigerio.

En todo el día no se oía por las calles sino un murmullo confuso de súplicas y lamentos, y por las noches poblaba el aire un clamor continuado de quejas y gemidos, interrumpido de cuando en cuando por repentinas exclamaciones de dolor, y por lastimeras invocaciones, que terminaban en agudos gritos.

Es cosa digna de notarse que, en tanta calamidad, en tanta variedad de quejas, ni una tentativa, ni una palabra hubo de tumulto; sin embargo, entre los que morían y los que vivían de aquella manera, se hallaban muchos cuya educación no había sido de las que enseñan a padecer. Habíalos también a centenares de los alborotadores del día de San Martín. Ni es de creer que el ejemplo de los cuatro infelices que pagaron por todos fuese bastante a contenerlos. ¿Qué fuerza podía tener, no la presencia, sino la memoria de los suplicios, en los ánimos de una muchedumbre vagabunda y reunida, que se veía condenada a un suplicio lento y horroroso? Pero tales somos los hombres en general, que indignados y furiosos nos rebelamos contra los males leves, y nos sometemos sin chistar a los graves, tolerando, no resignados sino abatidos, lo que al principio llamábamos insoportable.

El vacío que cada día dejaba la muerte en aquella deplorable turba, se llenaba con aumento al siguiente. Era una concurrencia incesante, primero de los pueblos inmediatos, luego del Ducado entero, después de las ciudades del Estado, y últimamente de otras varias. Entretanto, no dejaban también de salir cada día de Milán muchos de sus antiguos moradores, unos para huir de la vista de tantas plagas, y otros porque viendo que nuevos concurrentes iban a disputarles las limosnas, se aventuraban a hacer la última y desesperada prueba de ir a mendigar socorros a otra cualquiera parte en donde no fuese tan numerosa ni tan ejecutiva la concurrencia, ni la emulación de pedir. Encontrábanse en el camino los que iban con los que venían, y eran objeto recíproco de espanto, y de triste preludio acerca del término a donde cada uno de ellos se dirigía. Proseguían, sin embargo, su viaje, si no por la esperanza de mudar de suerte, a lo menos para no volver bajo un cielo odiado, y no ver otra vez aquellos parajes de dolor y desesperación, menos alguno que, extenuado por el

hambre, expiraba en el camino, quedando allí como muestra aun más funesta para sus compañeros de infortunio, y como objeto de horror, y quizá de reconvenciones para los demás pasajeros. «Yo ví —dice Ripamonti— en el camino, alrededor de los muros, el cadáver de una mujer... Salíale de la boca hierba medio roída, y sus asquerosos labios hacían, al parecer, todavía nuevos esfuerzos de rabia. Tenía en los hombros un pequeño lío, y colgado del cuello con la faja a un niño que con sus vagidos pedía el pecho... Algunas personas compasivas que llegaron, recogieron a la infeliz criatura, llevándosela con el fin de buscar quien tomase a su cargo llenar con ella los deberes de madre.»>

Ya no se veía aquella contraposición de galas y de andrajos, de superfluidad y miseria, objetos tan comunes en los tiempos ordinarios: casi todo era ya miseria y andrajos, y si aun alguna distinción se notaba, era sólo la de una frugal medianía. Presentábanse los nobles y ricos con trajes sumamente modestos, y aun miserablemente vestidos algunos, porque las causas generales de la calamidad habían cambiado hasta aquel extremo su fortuna, o arruinado del todo fortunas ya decadentes, y otros porque quizá temerían provocar con el fausto la desesperación pública, o se avergonzarían de insultarla en tan espantosa situación. Los prepotentes, que tan altivos paseaban en otro tiempo las calles con una ostentosa comitiva de bravos, marchaban ahora solos, cabizbajos, y casi en ademán de pedir misericordia. Otros, que aun en la prosperidad habían manifestado principios más humanos, estaban ahora confusos, consternados y sobrecogidos al ver una serie de males que excedía no sólo a la posibilidad del alivio, sino casi a las fuerzas de la misma conmiseración. El que tenía medios de socorrer se veía en la triste necesidad de distinguir entre hambre y hambre, y apenas una mano piadosa se dirigía a la de un desgraciado, cuando se hallaba cercada de otros mil infelices; los que conservaban más fuerzas se adelantaban a pedir con más instancia; los extenuados, los viejos y los niños levantaban sus descarnadas manos, y las madres desde lejos enseñaban sus tiernas criaturas, que, llorando y mal envueltas en andrajosas mantillas, estaban casi espirando en sus trémulas manos.

Así se pasó el invierno y la primavera, y ya había algún tiempo que el tribunal, o Junta de sanidad, haciendo presente a la de provisiones el peligro de contagio que amenazaba la ciudad de resultas de tanta miseria aglomerada en toda ella, había propuesto que los mendigos vagabundos se reuniesen en diferentes hospicios. Mientras se ventilaba el proyecto, mientras se aprobaba, y se convenía en los medios, en el modo y en los parajes para realizarlo, se aumentaba cada día más en las calles el número de los cadáveres, y con ellos crecía el conjunto de lástimas, consternación y peligro. Entretanto, en la Junta de provisiones se propuso, como más fácil y más expedito, otro proyecto, reducido a reunir todos los mendigos sanos y enfermos en un punto solo, como el Lazareto, para alimentarlos allí, y curarlos a expensas de la ciudad, y así se acordó contra el dictamen de la Junta de sanidad, que sostenía que con una reunión de aquella clase se aumentaría el riesgo que se trataba de atajar.

Por si casualmente esta historia llegase a manos de quien no tenga noticia del lazareto de Milán, vamos a dársela en resumen. Este edificio se reduce a un recinto cuadrilátero, y casi cuadrado, saliendo de la ciudad a la izquierda por la puerta llamada Oriental, y separado del Baluarte el espacio del foso, de una calle de circunvalación y de otro foso que corre todo alrededor del mismo recinto. Los dos lados mayores tendrán unos quinientos pasos comunes, y los otros dos quince menos. Todos por la parte que mira a fuera están divididos en celditas de un solo piso, y alrededor de tres de ellos, corren por la parte interior unos portales en bóveda, sostenidos sus arcos con mezquinas columnas. Al principio las celdas eran doscientas ochenta y ocho; pero en el día hay algunas menos, de resultas de una grande abertura hecha en el medio, y otra más pequeña en un costado por la parte que linda con el camino real. En tiempo de nuestra historia había solamente dos entradas, la una en el medio, por el lado que corresponde a la muralla de la ciudad, y la otra en el frente opuesto.

En el centro, que todo está despejado, existía y existe todavía una capilla octangular. El primer destino de este edificio, que se empezó en 1489 con los caudales de una manda, y se

continuo luego con los del público y de otras mandas y donativos particulares, fue, como lo indica el nombre, el de acoger, cuando lo exigiese la necesidad, los enfermos de peste, que ya mucho antes de aquella época solía parecer, y continuo pareciendo por algún tiempo, dos, cuatro, seis y hasta ocho veces cada siglo, ya en un país, ya en otro de Europa, y ya corriéndola toda de una a otra extremidad. En la época a que nos referimos, el Lazareto sólo servía de depósito para las mercancías sujetas a cuarentena.

Para aplicarlo entonces al objeto acordado, se quebrantaron las reglas establecidas, sacando las mercancías antes de tiempo, después de haberlas fumigado y purificado apresuradamente. Se mandó tener paja en todas las celdas, se hizo provisión de víveres del mejor modo posible, y se convidó por medio de edictos a todos los pordioseros a ocupar este asilo.

Muchos concurrieron gustosos; lleváronse allá todos los enfermos que gemían en las plazas y las calles, y al cabo de pocos días pasaban de tres mil entre unos y otros los que se hallaban en el Lazareto: sin embargo eran muchos más los que quedaban fuera; bien fuese porque cada uno aguardaba a que se marchasen los otros para quedar en menor número a disfrutar las limosnas, bien por la repugnancia natural a la reclusión, o por aquella desconfianza con que miran los pobres todo lo que les propone el que tiene riquezas o poder (desconfianza que siempre está en proporción de la ignorancia de quien la experimenta, y de quien la inspira, del número de los pobres, y de la falta de tino en las órdenes), bien fuese por no conocer la clase de beneficio que se les ofrecía, bien por todas estas causas juntas, lo cierto es que la mayor parte, no haciendo caso del ofrecimiento, continuaban vagueando miserablemente por la ciudad. En vista de esto, se acordó que en lugar de la invitación se emplease la fuerza, y en su consecuencia se comisionaron esbirros para que echasen los pordioseros al Lazareto, llevando atados a los que se resistiesen, y se les señalaron doce sueldos de gratificacion por cada pobre que de esta manera sacasen de la ciudad: ¡tan cierto es que en los grandes apuros se hallan siempre caudales del público para emplearlos desacertadamente! Y aunque, según había conjeturado, o por mejor decir, obrado de intento la Junta de provisiones, cierto número de mendigos abandonase la ciudad para ir a vivir, o a morir a lo menos en libertad, no obstante fue tal la caza de los esbirros, que a poco tiempo llegaron los recogidos entre huéspedes y presos a unos diez mil.

Queremos suponer que las mujeres y los niños se pondrían con separación; pero las memorias de aquellos tiempos nada dicen acerca de este particular. Es de creer que tampoco faltarían disposiciones y reglas para el buen orden; pero figúrese cualquiera qué orden podía establecerse y conservarse, especialmente en aquellos tiempos y aquellas circunstancias, en tan grande y variado conjunto de personas, en donde se hallaban con los voluntarios los forzados; con aquellos para quienes el mendigar era una necesidad violenta y penosa, otros para quienes era una costumbre y un oficio; con los que se habían educado en la honesta laboriosidad de los campos y los negocios, otros muchos criados en la ociosidad, los desórdenes y los vicios, y entre la chusma de bravos acostumbrados a toda clase de infamias, violencias y asesinatos.

Cuáles podían ser luego su albergue y sus alimentos fuera fácil conjeturarlo, aun cuando no tuviésemos las noticias positivas que tenemos. Dormían amontonados a veinte y treinta en cada celdilla, o echados debajo de los portales sobre un montón de paja fétida y hedionda, o en el duro suelo, pues aunque se había mandado que la paja fuese fresca, no escasa, y que se mudase con frecuencia, era poca, mala, y jamás se renovaba. Había igualmente orden para que el pan fuese de buena calidad, porque ¿cuál es el asentista a quien jamás se le haya dicho que fabrique y entregue géneros malos? Pero lo que en circunstancias ordinarias apenas hubiera podido conseguirse en una empresa menos vasta, ¿cómo era posible conseguirlo en aquel caso, y en tanta baraúnda? Se dijo entonces, y se encuentra en las memorias contemporáneas, que en el pan del Lazareto iban mezcladas sustancias pesadas y no alimenticias, y demasiado es de creer, viendo lo que suele pasar aun en nuestros días, que no sería ésta queja sin fundamento. Hasta falta de agua había, digo de agua saludable, pues el depósito común sería probablemente el arroyo que baña la muralla del

recinto, cuya escasa corriente, lenta y aun pantanosa, vendría luego a ser lo que era preciso que fuese con el uso y la inmediación de tan grande muchedumbre.

A todas estas causas de mortandad, tanto más activas, cuanto obraban sobre cuerpos enfermos, o dispuestos a estarlo, hay que añadir la irregularidad de la estación por haber sobrevenido, después de copiosas y obstinadas lluvias, una sequedad todavía más obstinada, y con ella un calor anticipado y violento. Agregábanse a los males el sentimiento de los mismos males, el fastidio, la indignación de aquella esclavitud, el deseo de volver a los antiguos hábitos, el dolor por amigos y parientes perdidos, la memoria de otros ausentes, la repugnancia y aversión recíproca, con otras pasiones de abatimiento o de rabia, llevadas o nacidas en aquel recinto. Añádase además la aprensión y el cuadro continuo de la muerte que tantas causas ocasionaban, siendo ella misma otra nueva y la más poderosa de todas.

Y no debe causar admiración que la mortandad creciese y reinase allí en tanto grado, que adquiriese la apariencia, y por algunos el nombre de peste, bien fuese porque la reunión y el aumento de todas aquellas causas aumentasen también la actividad de una influencia puramente epidémica, bien fuese (como parece que suele suceder en carestías menos grandes y prolongadas que aquella) porque hubiese un verdadero contagio, el cual en los cuerpos predispuestos por la inercia y la mala calidad de los alimentos, la intemperie, el desaseo y las penalidades, encontrase la estación adecuada y las condiciones necesarias para nacer, nutrirse y multiplicarse (si es permitido a un ignorante usar de estas palabras, siguiendo la hipótesis propuesta por algunos físicos, y sostenida de nuevo con muchas razones y gran moderación por un escritor no menos sabio que ingenioso)[13], bien fuese porque el contagio se desarrollase antes en el mismo Lazareto, como parece, según una oscura e inexacta relación, que opinaron los médicos de sanidad, o bien fuese porque existiese antes y encubierto se fomentase (lo que parece más verosímil, si se reflexiona cuán antiguo y extenso era el mal y frecuentes las muertes) y llevado al Lazareto, se propagase allí con una nueva y espantosa rapidez por la aglomeración de los cuerpos, todavía más predispuestos a recibirlo, a consecuencia de la eficacia que aumentaban las demás causas; de todos modos, cualquiera que de estas conjeturas sea la verdadera, el número diario de los fallecidos pasaba de ciento.

Mientras allí todo era angustia, penas, lamentos, ira y consternación, reinaba en la junta de provisiones la vergüenza, el aturdimiento y la incertidumbre. Se consultó a la junta de Sanidad, y oído su dictamen, no quedó otro partido que tomar, sino el de deshacer lo que se hizo con tanto aparato, tantos gastos y tantas incomodidades.

Abrióse el Lazareto, y se dio suelta a todos los pobres en estado de marcharse, los cuales echaron a correr con un gozo frenético. Volvió a sonar en la ciudad el antiguo clamor, pero más débil e interrumpido: ¡tan disminuida se hallaba aquella desgraciada muchedumbre! Los enfermos fueron trasladados a Santa María de la Estrella, hospital entonces de mendigos, donde pereció la mayor parte de ellos.

Empezaban en tanto a enrojecerse aquellas benditas y ansiadas espigas. Los pobres del Condado salieron y marcharon cada uno por su lado a disponerse a la siega. Despidiólos el buen Cardenal con un nuevo esfuerzo y un nuevo rasgo de caridad, mandando dar un julio (moneda de plata del valor de cinco reales) y una hoz a cada jornalero.

Con la cosecha cesó por fin la carestía: sin embargo, la mortandad epidémica o contagiosa, descendiendo de día en día, llegó hasta el otoño, que ya estaba en su término, cuando descargó sobre el país un nuevo azote.

En este intermedio habían ya sucedido muchas cosas a las cuales se da particularmente el nombre de históricas. El cardenal Richelieu, tomada, como dijimos, la Rochela, ajustó lo mejor que pudo la paz con el rey de Inglaterra, y propuso y consiguió con su poderosa elocuencia en el Consejo de ministros de Francia, que se socorriese eficazmente al duque de Nevers, induciendo al mismo tiempo al Rey a ponerse en persona al frente de la expedición. Mientras se hacían los

13 D*el morbo petequial, y otros contagios en general*.—Obra del Dr. A. Enrique Acerbi.

preparativos, el conde de Nassau, comisario imperial, intimaba en Mantua al nuevo Duque que pusiese sus Estados en manos del emperador Fernando, quien enviaria ejército para ocuparlos. El Duque, que en circunstancias más apuradas se había negado a aceptar condición tan dura y de tan poca seguridad, animado ahora con la esperanza del próximo socorro de la Francia, se negaba con más empeño, pero en términos en que iba disfrazada la negativa, y con propuestas de una sumision algo más aparente, pero menos gravosa, con lo cual se retiró el comisario, protestando que sería preciso apelar a la fuerza. En Marzo bajó en efecto el cardenal Richelieu con el Rey al frente de un ejército; pidió el paso al duque de Saboya, se entablaron negociaciones sin concluir nada, y después de una acción en que consiguieron ventajas los franceses se entablaron nuevas negociaciones, y se concluyó un convenio en el cual el Duque estipuló entre otras cosas que D. Gonzalo levantaría el sitio de Casal, comprometiéndose, en caso de que no lo verificase, a unirse con los franceses para invadir el ducado de Milán. Teniéndose D. Gonzalo por muy dichoso en haber salido de aquella manera, levantó inmediatamente el sitio de Casal, en donde entró un cuerpo de tropas francesas para reforzar aquella guarnición.

En aquella ocasión fue cuando el poeta Achillini compuso en obsequio del rey de Francia Luis XIII aquel famoso soneto que empieza

Sudate, o fuochi, a preparar metalli[14];

y otro en que le exhortaba a ir inmediatamente a librar la Tierra Santa; pero es destino de los poetas que jamás se sigan sus consejos, y si tal vez en la historia se encuentran hechos conformes con algún dictamen suyo, es preciso creer que era cosa determinada de antemano. Ya entonces el cardenal Richelieu resolvió volver a Francia por asuntos que le parecían más urgentes.

El enviado de los venecianos, Jerónimo Soranzo, se cansó en vano en alegar razones para impedir que se llevase a efecto semejante resolución, porque el Rey y el Cardenal, haciendo el mismo caso de su prosa que de los versos de Achillini, se volvieron con el grueso del ejército, dejando únicamente seis mil hombres en Susa para ocupar el paso y mantener el tratado.

Mientras por una parte se alejaba el ejército francés, se acercaba por otra el del emperador Fernando, mandado por el conde de Collalto. Invadido el país de los Grisones y la Valtelina, ya se disponía para bajar al Milanesado. Al terror que infundía este anuncio, se agregaba la funesta voz, o por mejor decir, se tenía noticia positiva de que en aquel ejército fermentaba la peste, de la cual entonces había siempre retoños en las tropas alemanas, como dice Varchi[15] hablando de la que cien años antes habían introducido en Florencia. A Alejandro Tadino, uno de los facultativos de la Junta de Sanidad, que se componía de seis individuos, dos médicos y cuatro magistrados, además del presidente, se le encargó, como refiere en su relación impresa en Milán el año de 1648, que hiciese presente al Gobernador general el gran peligro que amenazaba al país, si se concedía el paso, según se aseguraba, a aquellas tropas para dirigirse sobre Mantua: a lo que contestó D. Gonzalo, que no podía remediarlo, pues las razones de interés y de honor, por las cuales se había puesto en movimiento aquel ejército, eran superiores al peligro que se temía; que sin embargo se tomasen las precauciones que se estimasen convenientes, y se tuviese confianza en la Providencia.

Para adoptar algún remedio, el expresado Tadino y el senador Settala, ambos médicos de la sanidad, propusieron a la Junta que se prohibiese bajo gravísimas penas el comprar ropas de clase alguna de los soldados que iban a pasar; pero no fue posible hacer comprender la conveniencia de

---

14 «Fuegos, sudad en preparar metales.» Los literatos italianos censuran este soneto por sus extravagantes metáforas, que era la tendencia de los poetas de aquel siglo en que se había corrompido el buen gusto de la poesía italiana. Algunos, sin embargo, celebran el último terceto:

Ceda la palma pur Roma a Parigi
Che se Cesare venne, vide, e vince,
Venne, vince e non vide il Gran Luigi.

Lo que es al rey de Francia, parece no debió desagradarle, pues aseguran algunos escritores que regaló al poeta mil luises de plata por cada verso, esto es, ochenta y cuatro mil pesetas. Si es verdad, es un soneto bien pagado.

15 Uno de los mejores historiadores italianos.

esta precaución al presidente, hombre por otra parte de mucha bondad, pero que no podía persuadirse cómo pudiesen resultar tantas muertes del trato con los soldados alemanes y de sus ropas. Citamos este rasgo por ser de los particulares de aquel tiempo, pues es imposible que desde que hay juntas de sanidad, a ninguno de sus presidentes le haya ocurrido raciocinar así, si esto puede merecer el nombre de raciocinio.

Por lo que toca a D. Gonzalo, su respuesta a los comisionados de la Junta de Sanidad fue uno de sus últimos actos administrativos, porque el mal éxito de la guerra contribuyó a que se le removiese de su destino en aquel mismo verano. A su salida de Milán le pasó lo que cuentan algunos historiadores contemporáneos, como el primer caso de este género sucedido allí con persona de su clase. Al salir del palacio llamado de la ciudad, entre magnates y gentes de distinción, se encontró con numerosos grupos de aldeanos, de los cuales unos se le ponían delante en el camino, y otros le seguían con gritos e imprecaciones, echándole en cara el hambre que habían sufrido por las licencias que decían haber concedido para la extracción de arroz y trigo. A su coche, que venía detrás, arrojaban algo más que palabras, esto es, piedras y tronchos, metralla común en semejantes ocasiones. Rechazados por los soldados, se retiraron para volver en mayor número con los que se reunieron en el camino y aguardarle en la puerta llamada Ficinense, de donde debía salir en coche. Cuando llegó éste con otros varios, arrojaron a todos con manos y hondas un granizo de piedras; sin embargo, la cosa no pasó adelante.

Para sucederle fue nombrado el marqués Ambrosio Espínola, cuyo nombre había adquirido en la guerra de Flandes la celebridad militar que aun conserva.

Entre tanto, habiendo recibido el ejército alemán la orden definitiva de marchar contra Mantua, entró en el ducado de Milán en el mes de septiembre.

La milicia en aquel tiempo se componía en gran parte de aventureros que alistaban ciertos jefes de profesión, bien conocidos en Italia con el nombre de *condottieri*, por comision de éste o de aquel príncipe, y muchas veces de su propia cuenta, para venderse luego todos juntos. Atraíalos a aquel oficio más que la paga el aliciente del saqueo y de la licencia militar. En ningún ejército había disciplina estable y general, ni hubiera podido conciliarse con la autoridad independiente de los varios *condottieri* (comandantes). Estos por su parte tampoco eran muy escrupulosos en materia de disciplina; y aunque hubiesen querido, no es fácil comprender cómo hubieran podido introducirla y mantenerla entre soldados de aquella calaña, que se hubieran revolucionado contra el jefe innovador a quien hubiese ocurrido la idea de abolir el saqueo, o le hubieran dejado sólo a guardar las banderas.

Además, como los príncipes, al ajustar aquellas gavillas, trataban más bien de tener mucha gente para asegurar la empresa, que de proporcionar el número a los medios de pagarlos, medios generalmente escasos, resultaba que las pagas solían ser tardías, a plazos y a pellizcos, y los despojos de los países amigos o enemigos por donde se pasaba, o en donde se hacía la guerra, venían a ser como una especie de suplemento tácitamente consentido.

Es casi tan célebre como el nombre de Wallenstein su máxima de que era más fácil mantener un ejército de cien mil hombres, que uno de doce mil. El de que vamos hablando se componía en gran parte de la gente que bajo sus órdenes asoló la Alemania en aquella guerra tan célebre por sí misma como por sus efectos, y que por su duración tomó el nombre de guerra de los treinta años, de los cuales era aquel el onceno. Guerreaba en este ejército su mismo regimiento mandado por su lugarteniente. La mayor parte de los demás *condottieri* habían servido bajo sus órdenes, y más de uno había de los que cuatro años después contribuyeron al fin desgraciado que tuvo.

Constaba este ejército de veintiocho mil infantes y siete mil caballos. Bajando de la Valtelina para ir al territorio de Mantua, tenía que costear más o menos todo el curso del Ada por los dos ramales del lago, y luego como río hasta su desembocadero en el Po, que también tenían que costear bastante trecho, en todo ocho días de marcha dentro del ducado de Milán.

Una gran parte de los habitantes se prevenía, huyendo a las sierras con lo mejor que tenían en su casa, y llevando por delante su poco o mucho ganado. De los que quedaban unos eran para cuidar de algún enfermo, otros a fin de librar la casa de incendios, o para estar a la mira de cosas escondidas o enterradas, otros por no tener qué perder, y algunos bribones por lo que pudiesen ganar. Cuando el primer trozo llegaba al paraje de hacer alto, se desbandaba inmediatamente por el país y los inmediatos sin más objeto que robar. Lo que podía aprovecharse o era de fácil trasporte desaparecía, sin hablar del destrozo que hacían en lo que quedaba, de los campos desiertos, de los cortijos quemados, de los golpes, heridas, violaciones y estupros. Todos los medios empleados para evitar la rapiña eran inútiles, y muchas veces redundaban en mayor perjuicio. Los soldados, muy duchos también en las estratagemas de esta guerra, todo lo reconocían: derribaban paredes, rompían puertas, y en los huertos mismos, guiándose por la tierra recién movida, solían encontrar las alhajas o el dinero escondido. No pocas veces siguiendo las sendas llegaron a robar el ganado, y hubo ocasiones en que conducidos por bribones entraron en las cuevas en busca de algunos hombres acaudalados, ocultos en ellas, los desnudaron, los arrastraron hasta el pueblo, y allí a fuerza de amenazas, golpes y tormentos, les obligaron a manifestar y entregar su dinero.

Íbanse por fin, y partidos, se oía morir a lo lejos el ruido de las cajas y de los clarines. Pasadas algunas horas de temeroso sosiego, otro maldito ruido de instrumentos marciales que venía de la parte opuesta, anunciaba un nuevo trozo de aquel ejército devastador. No hallando ya los soldados cosa alguna que robar, hacían destrozo horrendo en cuanto encontraban. Quemaban las puertas, las ventanas, las vigas, y con frecuencia las mismas casas: aun con más rabia molestaban y maltrataban a las personas, y así de mal en peor se pasaron veinte días, que en otras tantas divisiones estaba distribuido el ejército.

Colico fue el primer pueblo del Ducado que invadieron aquellas furias infernales; pasaron luego a Bellano, y de allí entraron y se diseminaron después por la Valasina, de donde desembocaron en el territorio de Lecco.

XXIX.
La guerra.

Aquí entre los pobres atemorizados hallamos algunos de nuestros conocidos.

Quien no vio a D. Abundo el día que se divulgaron de golpe todas las noticias de la entrada del ejército alemán, de su inmediación y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto.

—¡Ay, que ya vienen! Son treinta, cuarenta, cincuenta mil; son demonios del infierno, arrianos; son herejes; han saqueado a Cortenova; han incendiado a Primaluna; están devastando a Introbio, Pasturo y Barsio; los han visto en Balabio, y mañana los tendremos aquí.

Éstas eran las voces que corrían de boca en boca; y con ellas, ¡qué correr de arriba abajo! ¡qué consultas tumultuosas! ¡qué titubear entre irse y quedarse! ¡qué juntarse las mujeres! y ¡qué tirarse de las greñas! D. Abundo, resuelto antes que todos y más que todos a huir de cualquiera manera a cualquier punto de refugio, veía obstáculos insuperables y peligros espantosos.

—¿Cómo ir? —exclamaba— ¿y dónde?

Las sierras, dejando aparte la dificultad de los caminos, no era un asilo seguro, pues afirmaban que los Lanziquenescos[16] trepaban como gatos por ellas, como supiesen que había algo que robar; el lago iba creciendo, hacía mucho viento; además la mayor parte de los barqueros, temiendo verse obligados a conducir soldados o bagajes, se habían retirado con sus barcas a la orilla opuesta; unas pocas que habían quedado salieron luego tan cargadas de gente, que se decía que con

16 Nombre que daban a ciertas tropas alemanas.

el peso y la furia del viento estaban expuestas a zozobrar a cada instante. Para ir lejos y fuera del camino que debía de tomar la tropa, no era posible hallar ni carruaje, ni otro medio alguno. A pie D. Abundo no hubiera podido llegar muy lejos, y además temía que le alcanzasen en el camino. La frontera del territorio de Bérgamo no estaba tan distante que sus piernas no lo pudiesen llevar allá de un tirón; pero ya había corrido la voz de haberse despachado de Bérgamo a marchas forzadas un escuadrón de Capeletes[17] que contuviesen a los Lanziquenescos, e hiciese respetar la frontera; además que aquellos eran diablos en carne humana, iguales o peores que éstos. Atolondrado el pobre hombre, corría por la casa detrás de Perpetua para concertar con ella algún arbitrio; pero Perpetua, ocupada en recoger lo mejor de la casa y ocultarlo en escondrijos y agujeros, pasaba de prisa preocupada y afanosa con las manos y los brazos ocupados, y contestaba:

—Ahora, ahora, en cuanto acabe de esconder estas cosas, y luego haremos también nosotros lo que hagan los demás.

D. Abundo, sin embargo, quería detenerla para deliberar con ella acerca de los diferentes partidos que pudieran tomarse; pero Perpetua, entre la fatiga, la prisa, el miedo y la pesadez del amo, estaba más intratable que nunca.

—Si los otros se ingenian —decía—, nosotros también nos ingeniaremos; perdonad, pero de nada servís sino para empantanarme. ¿Creéis que los otros no tienen también su pellejo que guardar? ¿Vienen acaso los soldados a haceros la guerra a vos solo? Bien pudierais echar aquí una mano en lugar de venir a metérseme entre los pies, gimoteando, a estorbar, en una palabra.

Con estas y otras semejantes respuestas se desembarazaba de él, estando ya resuelta, en cuanto concluyese aquella tumultuosa maniobra, a cogerle de un brazo como un muchacho, y arrastrarle a una sierra. Dejado solo, se asomaba a la ventana, miraba, aplicaba el oído, y viendo pasar alguno, le gritaba con una voz entre llorona y gruñidora:

—Oye, ten la caridad de buscarle a tu cura párroco algún caballo, una mula, un borrico. ¿Es posible que nadie me quiera socorrer? ¡Qué gente! Aguardadme a lo menos que me vaya con vosotros. ¿Querréis dejarme entre las uñas de esos perros? ¿No sabéis que casi todos son luteranos, y es una obra meritoria para ellos el matar a un cura? ¿Querréis dejarme aquí a recibir el martirio? ¡Qué gente! ¡Qué gente!

Pero ¿a quién decía todas estas cosas? A infelices que pasaban agobiados bajo el peso de su pobre ajuar, y con el pensamiento ocupado en lo que dejaban expuesto al saqueo, unos echando delante su vaquilla, otros trayendo detrás a sus hijitos también cargados con lo que según su edad podían, y su mujer llevando en brazos a los que no podían andar. Algunos seguían su camino sin responder ni mirar arriba, y otros contestaban:

—Señor Cura, compóngase usted como pueda: ¡dichoso usted que no tiene familia en que pensar! Ingeniaos como todos lo hacemos.

—¡Desgraciado de mí! —exclamaba D. Abundo.— ¡Qué gente! ¡Qué corazones! No hay caridad; todos piensan en sí: ¡nadie me hace caso!

Y volvió luego donde estaba Perpetua.

—Ahora que me acuerdo —le dijo ésta.— ¿Y el dinero?

—¿Cómo haremos?

—Démelo usted, que iré a enterrarlo aquí en el huerto con los cubiertos.

—Pero...

—¡Qué pero! ¡qué pero! Dádmelo aprisa: guardad alguna moneda suelta por lo que pueda ofrecerse, y en lo demás dejadme a mí.

Obedeció D. Abundo: marchó al escritorio; sacó su talego, y se lo entregó a Perpetua, quien dijo:

---

17 Así llamaban a los soldados de la república de Venecia.

—Voy a enterrarlo en el huerto al pie de la higuera.

Así lo hizo, y volvió luego con un canasto pequeño en que metió municiones de boca y un cuévano grandecito en cuyo fondo colocó un poco de ropa blanca suya y del amo, diciendo:

—Por lo que hace al breviario lo llevareis vos mismo.

—¿Pero dónde vamos?

—Donde vayan los demás. Iremos desde luego a la calle, y allí con lo que oigamos, veremos lo que haya que hacer.

En esto entró Inés con su lío a las espaldas y en ademán de quien va a hacer una propuesta importante.

Resuelta también ella a no aguardar huéspedes de tan malas mañas, sola como estaba en su casa, con algún resto del oro del caballero del castillo, estuvo algún tiempo dudosa acerca del paraje a donde se refugiaría. El residuo de aquel dinero que tanto le había servido durante la carestía, era justamente lo que la tenía más apurada, y la causa principal de su irresolución, por haber oído decir que en los países invadidos los que tenían dinero lo pasaban peor que los otros, pues se hallaban expuestos a las violencias de los extranjeros, y a las insidias de algunos malos vecinos. Es cierto que acerca de aquella fortuna que tan prodigiosamente le deparó el cielo, con nadie había hablado palabra, a excepción de D. Abundo, a quien iba de cuando en cuando a cambiar un escudo, dejándole siempre algo para los que eran más pobres que ella.

El dinero oculto, especialmente para el que no está acostumbrado a manejar cantidades, tiene al poseedor en una continua zozobra: mientras, pues, Inés iba escondiendo por aquí, por allí, del mejor modo posible lo que no podía llevarse, y tenía puesto el pensamiento en sus escudos que llevaba cosidos en la cotilla, se acordó de que cuando se los envió el caballero, los acompañó con grandes ofrecimientos. Acordóse igualmente de lo que había oído contar de su castillo, situado en paraje tan seguro, que, no queriendo su amo, apenas podían ir los pájaros, y resolvió buscar allí un asilo. Meditando sobre el modo como podía darse a conocer en el castillo, se acordó de D. Abundo, quien después del consabido coloquio con el Arzobispo, la había mirado siempre con benevolencia, y tanto más de corazón, cuanto podía hacerlo sin comprometerse, porque estando lejos Lorenzo y Lucía, estaba también distante el caso de que se le pidiese una cosa que pudiera hacer vacilar su benevolencia. Supuso que en aquella consternación estaría el buen hombre más apurado y aturdido que ella, y que el partido podía parecerle excelente; por lo tanto iba a proponérselo, y habiéndole encontrado con Perpetua, se lo propuso a entrambos.

—¿Qué te parece, Perpetua? —preguntó D. Abundo.

—Digo que es una inspiración del cielo, y que no conviene perder tiempo sino tomar el camino al instante.

—¿Y luego?

—Y luego que estemos allí, nos hallaremos muy contentos. Ahora ya se sabe que aquel caballero no piensa sino en hacer bien al prójimo; de consiguiente nos admitirá muy gustoso. Estando tan cerca de la frontera y en tanta altura, no irán sin duda a buscarnos los soldados. Allí encontraremos también qué comer, pues en la sierra, concluida esta poca gracia de Dios (diciendo esto la iba colocando en el cuévano encima de la ropa blanca), lo hubiéramos pasado muy mal.

—¿Si se habrá convertido de veras?

—Y tan de veras. ¿Quién puede dudarlo, después de todo lo que se sabe, y que vos mismo habéis visto?

—¿Y si caemos en la ratonera?

—¡Qué ratonera! Con estas cavilaciones (perdóneme usted) jamás saldremos del paso. Amiga Inés, ha tenido usted la ocurrencia más feliz del mundo.

Y puesto su cuévano sobre la mesa se le echó a las espaldas.

—¿No podríamos buscar algún hombre —dijo D. Abundo— que viniese con nosotros para escoltar a su cura? Si por casualidad encontrásemos algún bribón de los muchos que andan por ahí, ¿de qué me serviríais vosotras?

—¡Vaya otra para perder más tiempo! —exclamó Perpetua.— ¿Y dónde está el que nos ha de acompañar? Todos tienen mucho que hacer para guardarse a sí mismos. Ea, vaya usted a tomar su breviario y su sombrero, y vámonos.

Fuese D. Abundo; volvió al instante con su breviario debajo del brazo, su sombrero en la cabeza, y su bastón en la mano, y los tres salieron por un postigo que caía a la plazuela de la iglesia. Cerróle Perpetua, más bien por formalidad que porque creyese que de algo servía aquella frágil tabla, y se metió la llave en el bolsillo. Al pasar don Abundo, echó una mirada a la iglesia, y dijo entre dientes:

—A los feligreses les toca guardarla, porque es para ellos. Si tienen un poco de cariño a su iglesia, no la dejarán abandonada, y si no lo tienen, allá se las avengan.

Tomaron el camino por la campiña callandito, pensando cada una en sus negocios, y mirando alrededor, con especialidad D. Abundo, por si veían alguna figura sospechosa o algo que pudiese dar cuidado; pero a nadie encontraban, pues todas las gentes estaban, o metidas en sus casas para custodiarlas, u ocupadas en hacer su maleta, o marchando por el camino de la sierra.

Después de haber D. Abundo suspirado repetidas veces, después de haber soltado varias interjecciones, empezó a charlar largo y tendido. Ya la tomaba con el duque de Nevers, que pudiendo estarse en Francia y vivir allí como un príncipe con comodidad y sosiego, quería ser duque de Mantua contra viento y marea; ya con el Emperador, porque debía tener el juicio que les faltaba a los otros, y dejar correr el agua hacia abajo sin tantos puntillos, pues por fin y postre, siempre sería emperador, fuese Juan o Pedro duque de Mantua.

Contra quien sobre todo estaba a matar era con el Gobernador general, porque debiendo haber hecho todo lo posible para alejar del país aquel azote, él mismo lo traía solo por gusto de hacer la guerra.

—Sería bien hecho —decía— que esos señores estuviesen aquí para ver y probar lo que pasa. ¡Qué cuenta tienen que dar a Dios! Pero entre tanto lo pagan los que no tienen la culpa.

—Deje usted a esas gentes —decía Perpetua— que no son los que han de venir a ayudarnos... Éstas, perdóneme usted, son sus continuas cantinelas que para nada vienen al caso. Lo que a mí me incomoda...

—¿Qué es?

Perpetua, que en aquel trecho de camino había ido recorriendo en su memoria el zafarrancho que hizo tan aprisa en su casa, comenzó a quejarse de haber olvidado una cosa, de haber colocado mal otra, de haber dejado un rastro que podía servir de guía a los ladrones, de haber...

—¡Bueno! —dijo D. Abundo tranquilo ya lo suficiente respecto de su vida para poder pensar en la hacienda.— ¡Bueno! ¡Bien lo has hecho! ¿Dónde diablos tenías la cabeza?

—¿Cómo? —exclamó Perpetua parándose un momento, y poniéndose en jarras todo lo que se lo permitía el cuévano— ¿cómo? ¡Ahora vendréis a reconvenirme, cuando erais vos el que no cesaba de romperme la cabeza, en lugar de ayudarme! Mas cuidado he tenido con las cosas de casa que con las mías. No hubo quien me diese una mano; he hecho más de lo que podía. Si alguna cosa ha salido mal, no tengo la culpa.

Interrumpía Inés estos dimes y diretes, entrando también ella a hablar de sus penas, y no sentía tanto el trabajo y los perjuicios como el ver desvanecida la esperanza de volver a abrazar a su hija, siendo aquel justamente el otoño en que debían verse, pues no era de creer que doña Práxedes se aventurase a ir en aquellas circunstancias a pasar el otoño en su casa de campo, cuando más bien la hubiera abandonado, si se hubiese hallado en ella, como hacía todo el mundo.

Excitaba todavía más los tristes pensamientos de Inés, y hacía más penoso su deseo la vista de aquellos lugares. Habiendo salido de la campiña, caminaban ya por el camino real, el mismo por donde la buena mujer trajo por tan poco tiempo a su casa a Lucía, después de haber permanecido algunos días en la del sastre; y estando ya a la vista del pueblo, dijo:

—Será regular que vayamos a saludar a esas buenas gentes.

—Y también a descansar un poco —añadió Perpetua—, porque esta canasta ya me va pesando más de lo que yo quisiera, y luego a tomar un bocado.

—Con condición de que no perdamos tiempo —dijo don Abundo—, pues no vamos viajando por diversión.

Recibiéronlos en casa del sastre con los brazos abiertos. Tuvieron en verlos un gran placer, porque les traían a la memoria una buena acción, y por eso dice aquí nuestro anónimo: «haz bien a cuantos puedas, y encontrarás con frecuencia caras que te causen alegría.»

Inés al abrazar a la buena mujer, prorrumpió en un copioso llanto, y respondía entre sollozos a lo que le preguntaban acerca de Lucía la mujer y el marido.

—Mejor está que nosotros —dijo D. Abundo—, está en Milán fuera de peligro, y lejos de estas inquietudes.

—¿Conque el señor Cura y todos ustedes van huyendo? —dijo el sastre.

—Cierto —contestaron a una amo y criada.

—Les tengo lástima —añadió el sastre.

—Nos vamos —dijo D. Abundo— al castillo de***.

—¡Bien pensado! —contestó el sastre— Allí estarán ustedes como en el paraíso.

—¿Y aquí no hay miedo? —preguntó D. Abundo.

—Diré a usted, señor Cura —contestó el sastre—, aquí en rigor no deben venir: estamos, gracias a Dios, muy fuera de camino; a lo más alguna correría, que Dios no permita; pero en todo caso hay tiempo. Hemos de tener antes algunas noticias de los desgraciados pueblos por donde tienen que pasar, y entonces veremos.

Acordaron descansar allí un poco, y como era hora de comer:

—Señores —dijo el sastre—, me harán ustedes el favor de honrar mi escasa mesa sin cumplimientos, a la buena de Dios: tendrán ustedes un plato de buena cara.

Perpetua dijo que traía alguna cosa para tomar un refrigerio, y después de pocos cumplimientos por una y otra parte, acordaron que se juntase todo, y que comiesen en compañía.

Los niños ya se habían puesto con gran fiesta al lado de Inés su conocida antigua. A la mayorcita, que ya se acordarán nuestros lectores que fue la que llevó aquel regalito a María la viuda, mandó él sastre que subiese al desván y trajese unas castañas escogidas que había en un rincón, y las pusiese a tostar.

—Y tú —dijo a uno de los chicos— vete al huerto, dale una sacudida al albaricoque para que caigan unos cuantos, y tráetelos aquí; pero cuenta con que no se disminuyan en el camino; y tú —dijo al otro— súbete a la higuera, y tráete unos cuantos higos de los más maduros, que a fe que entrambos sabéis bien el oficio.

Y él se fue al barrilito del puro, y la mujer por un mantel limpio. Sacó Perpetua sus provisiones, se puso la mesa, un plato de pedernal, y una servilleta en el puesto de distinción para D. Abundo, con su cubierto de plata que Perpetua traía en el cuévano: se trajo la comida; se sentaron todos, y se comió, si no con grande alegría, a lo menos con mucha más de la que ninguno de los comensales podía esperar en aquel apuro.

—¿Qué os parece, señor Cura, de este trastorno? —dijo el sastre.— A mí me parece estar leyendo la historia de los moros en España.

—¿Qué queréis que me parezca? —contestó D. Abundo—; que hasta una desgracia como ésta había de caer sobre mí.

—De todos modos, ustedes —prosiguió el sastre— han escogido un buen refugio. A la fuerza no es fácil que nadie suba a aquel vericueto. Sobre todo, hallarán buena compañía. Se dice que ha ido allá mucha gente, y todavía van algunos.

—Espero —dijo D. Abundo— que seremos bien recibidos. Conozco a ese caballero, y cuando tuve la honra de verle otra vez, me trató con mucha distinción.

—A mí también —dijo Inés— me mandó a decir por su Ilustrísima que cuando se me ofreciese alguna cosa, me dejase ver.

—¡Qué milagrosa conversión! —exclamó D. Abundo—. ¿Y persevera?... ¿persevera?

El sastre contestó hablando extensamente de la santa vida del caballero del castillo y de cómo, habiendo sido el azote del país, se había vuelto su bienhechor, sirviendo además a todos de ejemplo.

—¿Y toda aquella gente que tenía consigo?... ¿aquella canalla?… —preguntó D. Abundo, el cual, aunque había oído decir algunas cosas de ellos, nunca se creía suficientemente informado.

—Echados la mayor parte —contestó el sastre— y los restantes han mudado de vida; pero ¡en qué términos! En fin, el castillo se ha convertido en una Tebaida. Ya usted sabe lo que es eso.

Pasando luego a hacer mención con Inés de la visita del Cardenal, exclamaba:

—¡Qué hombre tan grande! ¡Qué hombre!

Levantados de la mesa, enseñó una estampa del Cardenal que tenía pegada detrás de una puerta, tanto con el objeto de veneración, como para poder decir a todos que aquel retrato no se parecía, pues él mismo había podido compararle a su gusto con el original en aquel propio aposento.

—¿Cómo? ¿Y este dicen que es su retrato? —dijo Inés—; en el vestido se le parece, pero...

—¿Verdad que no se le parece?—replicó el sastre—. También yo lo digo; pero en fin, como está puesto debajo el nombre, es una memoria.

D. Abundo empezó a meter prisa. El sastre se empeñó en buscar un carro que los condujese hasta el pie de la cuesta: fue corriendo a practicar la diligencia, y volviéndose luego a D. Abundo, añadió:

—Señor Cura, si usted quisiese llevarse allá arriba algún libro, yo puedo servirlo, porque también me divierto un poco leyendo. Bien sé que no son libros para usted, porque están en lengua vulgar; pero...

—¡Gracias! ¡gracias! —contestó D. Abundo— en estas circunstancias no tiene uno la cabeza para nada; apenas puede uno hacer lo que es de su obligación.

Mientras se dan y se rehúsan las gracias, mientras se truecan las expresiones de sentimiento, de despedida, de ofrecimiento y de promesas de detenerse otra vez a su regreso, llega el carro a la puerta. Se colocan en él los cuévanos, suben los viajeros, y emprenden con alguna mayor comodidad y ánimo más tranquilo la segunda mitad de su caminata.

Lo que el sastre dijo a D. Abundo acerca del caballero del castillo era la verdad. Desde el día que le dejamos continuaba haciendo lo que se había propuesto; a saber, reparar daños, pedir perdones, socorrer desvalidos, en una palabra, hacer todo el bien que podía. Aquel valor que empleó en otro tiempo para ofender y defenderse, lo empleaba ahora en no hacer ni la una ni la otra cosa. Se había desprendido de todas las armas, y caminaba solo, dispuesto a sufrir todas las consecuencias posibles de tantas violencias como había cometido; sin embargo, estaba más seguro que cuando tenía para su defensa armados tantos brazos. Los ofendidos habían conseguido, inesperadamente y sin peligro, una satisfacción que nunca hubieran podido prometerse de la más afortunada venganza. Los odios antiguos y más pertinaces se hallaban contenidos por la veneración que el público manifestaba hacia aquel hombre tan penitente y benéfico.

Estas mismas causas y otras apartaban de él la animadversión de la autoridad pública, proporcionándole también por esta parte una seguridad de que no se cuidaba mucho. La clase y los parientes, que en otro tiempo le habían servido de defensa, le valían mucho más ahora que al nombre ilustre se agregaba la recomendación personal y la gloria de la conversión. Alegrábanse de esto tanto los magistrados como los grandes y el pueblo, y hubiera parecido cosa extraña el atropellar al que había sido objeto de tantas congratulaciones; además de que una autoridad ocupada en una guerra perpetua y a veces desgraciada, no podía dejar de estar contenta al verse libre de la más indómita y molesta, tanto más, cuanto aquella conversión producía indemnizaciones, que la autoridad no estaba acostumbrada ni a conseguir ni a reclamar. Incomodar a un santo no parecía un buen medio para quitarse de encima el oprobio de no haber sabido reprimir a un facineroso, y el ejemplo que se hubiera hecho en él no hubiera producido otro efecto más que el de impedir que se enmendasen sus semejantes. Probablemente también la parte que en aquella conversión había tenido el cardenal Borromeo, y su nombre asociado en cierto modo con el del convertido, le servía a éste de escudo. Y en aquel estado de cosas y de ideas, en aquellas relaciones particulares de la autoridad espiritual y el poder civil, que luchaban con tanta frecuencia uno contra otro, sin tratar jamás de destruirse, y por lo contrario, mezclando siempre con las hostilidades actos de reconocimiento y protestas de deferencia, y que frecuentemente marchaban unidos a un mismo fin sin hacer jamás las paces, pudo parecer en algún modo que la reconciliación de la primera incluía, si no la absolución, a lo menos el olvido de la segunda, cuando aquella sola había trabajado en producir un efecto que ambas deseaban.

De esta manera aquel hombre, sobre el cual se hubieran arrojado grandes y pequeños, habiéndose echado a tierra él mismo voluntariamente, era respetado de todos y admirado de muchos.

Verdad es que no dejaba de haber algunos a quienes no debió causar grande satisfacción aquella ruidosa mudanza. Estos eran los socios suyos en el delito, los cuales perdían una gran fuerza con que solían contar, y que hallaban de un golpe rotos los hilos de tramas urdidas de largo tiempo, cuando aguardaban la noticia de su ejecución. Ya hemos visto la diversidad de sentimientos que aquella conversión excitó en los bravos que se hallaban entonces con su amo, y que la oyeron de su propia boca; a saber, asombro, pena, abatimiento, disgusto; pero de manera alguna desprecio ni odio. Lo mismo sucedió con respecto a los que tenía diseminados en varios puntos, y lo mismo con respecto a sus cómplices de suposición, cuando llegó a oídos de ellos la terrible noticia, y en todos obró la misma causa; más bien sobre el Cardenal fue sobre quien recayó no poca ojeriza, porque le miraban como una persona que se había entrometido en sus negocios, cuando con respecto al caballero nadie tenía razón de quejarse de que hubiese querido salvar su alma.

Ya poco a poco la mayor parte de sus satélites domésticos, no pudiendo avenirse a la nueva disciplina, y no viendo probabilidad de que pudiera mudarse, había tomado diversos rumbos. Unos buscarían nuevo amo, y acaso entre los amigos antiguos del que dejaban; otros se alistarían en algún tercio, como se decía entonces, de España, de Mantua o de otra potencia beligerante; otros se echarían al camino para hacer la guerra por menor y de su cuenta, y algunos se contentarían con ir briboneando en libertad. Por lo que toca a los que pudieron acostumbrarse al nuevo tenor de vida, y que le abrazaron gustosos, la mayor parte naturales del valle, volvieron al campo, o al oficio que aprendieron en su juventud; los forasteros quedaron en el castillo en calidad de domésticos, y arrepentidos al mismo tiempo como su amo, lo pasaban del mismo modo, sin hacer ni recibir daño alguno.

Pero cuando con motivo de la entrada de las tropas alemanas llegaron al castillo pidiendo asilo algunos fugitivos de los países invadidos o amenazados, muy gozoso el caballero de que considerasen como un refugio para los débiles aquellos muros que de tanto tiempo se miraban de lejos con terror, acogió a los infelices con expresiones más bien de agradecimiento que de urbanidad; hizo correr la voz de que su casa estaba abierta para todos los que quisiesen acogerse a

ella, y pensó inmediatamente en poner en estado de defensa no sólo el castillo, sino también el valle para el caso que quisiesen ir a hacer de las suyas los Lanziquenescos o los Capeletes.

Reunió a los criados que habían quedado con él; les hizo una plática acerca de la buena ocasión que Dios les ofrecía para emplearse una vez en beneficio de su prójimo, que tanto habían oprimido y aterrado antes, y con su antiguo tono de mando, que expresaba la certeza de la obediencia, les explicó en general lo que trataba de hacer, y sobre todo les prescribió el modo como debían conducirse para que las gentes que iban a guarecerse al castillo no viesen en ellos sino amigos y defensores. Dispuso luego que se bajasen de un desván todas las armas blancas y de fuego que de largo tiempo se hallaban allí amontonadas, y se las distribuyó entre todos. Mandó decir a sus dependientes y colonos del valle que todos los que quisiesen armas para defenderse fuesen al castillo por ellas: eligió a algunos para que hiciesen las veces de oficiales; señaló los puestos que debían guardar, tanto en el valle como a su entrada, en la cuesta, y en la puerta del castillo, y estableció las horas de remudarse como en un campamento, y del modo que estaba acostumbrado en los tiempos de su depravada vida.

En un rincón del expresado desván estaban separadas de las demás las armas de que se había servido, como su famosa carabina, su espada, sable, puñal y pistolas. Ninguno de los criados echó mano de ellas, y uno le preguntó cuáles quería que le bajase: ninguna, respondió, y bien fuese por voto, o por otro motivo, lo cierto es que siempre quedó desarmado a la cabeza de aquella especie de guarnición.

Al mismo tiempo dio ocupación a las mujeres y otros criados, poniendo a su cargo el preparar el alojamiento en el castillo para cuantas personas cupiesen en él, disponiendo colchones y tablados en las salas convertidas en dormitorios. Dio asimismo órdenes de reunir provisiones para la manutención de los huéspedes que Dios les enviase, y que efectivamente se aumentaban todos los días. Él entretanto estaba en continuo movimiento dentro y fuera del castillo, arriba, abajo, y por el valle, ocupándose en establecer, reforzar y visitar los puestos, en ver y dejarse ver, y en ponerlo todo en orden con la vista, las palabras, y su presencia. Así dentro de casa, como en el camino, acogía con tanto agrado a cuantos se le presentaban, que todos le miraban estáticos, olvidando un momento los motivos que les obligaban a buscar aquel refugio, y se volvían a mirarle, cuando separándose de ellos proseguía su camino.

XXX.
Una temporada de campo.

Aunque la mayor concurrencia no venía del lado por el cual se acercaban nuestros fugitivos, sin embargo, en la segunda mitad del camino principiaron a encontrar compañeros de viaje y de desgracia, que saliendo de sendas y atajos, entraban en el camino principal. En semejantes casos todos los que se encuentran se hacen conocidos. Cada vez que el carro encontraba algún viajero, se entablaba una conferencia de preguntas y respuestas recíprocas. Unos habían escapado como los nuestros, sin aguardar la llegada de los soldados; otros habían oído las cajas y los timbales, y otros los habían visto, y los pintaban con los colores que les sugería su atemorizada imaginación.

—Por fin no somos tan desgraciados —decían las dos mujeres.— Demos gracias a Dios: aunque se pierda algo, al menos estamos fuera de riesgo.

Pero D. Abundo no juzgaba que hubiese tantos motivos para cantar victoria: por el contrario, aquella concurrencia empezaba a dar margen a sus cavilaciones.

—¡Me parece que lo erramos! —decía entre dientes a las mujeres, cuando nadie había delante.— ¡Lo erramos sin duda! ¿No os hacéis cargo de que reuniéndose tanta gente en un punto, equivale a llamar allí los soldados? Todos ocultan, todos se llevan cosas, y como nada queda en las

casas, se figuran que aquí hay el oro y el moro. Me parece que no nos escapamos. ¡Dios mío! ¡En dónde me he metido!

—¿Cómo han de venir aquí? —decía Perpetua— Tienen que seguir su camino, y luego yo he oído siempre decir que en los riesgos es mejor ser mucha gente.

—Mucha gente —replicó D. Abundo.— ¡Pobre tonta! ¿No sabes que cada Lanziquenesco se come ciento de estos infelices? Y dado caso que quisiesen hacer la locura de resistirse, es en verdad cosa muy agradable hallarse en una batalla... ¡Desgraciado de mí! Menos mal hubiera sido marcharnos a la sierra. No es mala extravagancia querer ir todos a un mismo paraje... ¡Imprudentes —decía en voz baja.— ¡Todos aquí!... ¡unos tras de otros, lo mismo que carneros!...

—Según eso —interrumpió Inés— ellos también podrían decir lo mismo de nosotros.

—Ea, callad —dijo D. Abundo— callad, que de nada sirven las bachillerías. Ya no hay remedio; ya lo hemos hecho, y tenemos que aguantar. Será lo que Dios fuere servido.

Pero fue mucho peor, cuando al entrar en el valle vio un puesto numeroso de hombres armados, parte delante de la puerta de una casa, y parte en otros cuartos bajos. Mirólos de reojo, y aunque no eran aquellas caras que vio la primera vez que vino con tanto sentimiento al castillo (y si algunas había, las pusieron muy mudadas), sin embargo, no es explicable el disgusto que le causaron.

—¡Infeliz mí! —decía entre dientes— He aquí cómo se hacen las locuras. No era posible que fuese otra cosa, y yo debía presumirlo de un hombre de esta clase. Pero ¿qué diablos querrá hacer? ¿Querrá declarar la guerra, o hacerse rey? Cuando por las circunstancias quisiera uno meterse debajo de siete estadios de tierra, este hombre busca todos los medios de llamar la atención: parece que los quiere desafiar.

—Vea usted ahora, señor mío —dijo Perpetua—, si hay aquí valientes que sabrán defendernos. ¡Que vengan ahora los señores soldados! No son éstos como nuestros paletos, que sólo saben menear las piernas.

—Calla —contestó D. Abundo con voz baja e iracunda— calla, que no sabes lo que te dices. Pídele a Dios que los soldados estén de prisa, o que no lleguen a saber lo que aquí pasa, y que se trata de hacer una fortaleza. ¿No sabes tú que el oficio de los soldados es el de tomar las fortalezas? Eso es lo que ellos quisieran. Para ellos, el dar un asalto es como ir a un banquete, porque todo lo que encuentran es para ellos, y pasan a cuchillo a toda la gente... ¡Triste de mí! basta; yo veré cómo me escapo: a mí no me cogen en una batalla: eso no, a fe de Abundo.

—¡Vaya! —exclamó Perpetua— si también usted tiene miedo porque le defienden...

Interrumpióla D. Abundo con aspereza, pero siempre con voz baja, diciendo:

—Calla, y cuidado de que a nadie le digas nada de esto: cuidado; acuérdate que es necesario poner siempre buena cara y aprobar todo lo que se ve.

En *Malanoche* encontraron otro puesto de hombres armados, a quienes quitándose D. Abundo el sombrero, hizo una gran cortesía, diciendo en su interior: «¡Ay! ¡ay! ¿no lo dije yo que venía a meterme en un campamento?» Aquí paró el carro: bajaron todos. Gratificó D. Abundo al carretero, y con sus dos compañeras tomó el camino de la cuesta, sin hablar una palabra. La vista de aquellos parajes iba despertando en su imaginación, y mezclando con la angustia presente el recuerdo de lo que vio y experimentó en otra ocasión: e Inés, que nunca los había visto, y que allá en su cabeza se había formado de ellos una pintura fantástica, que siempre se le presentaba al acordarse de lo que allí había pasado, viéndolos ahora tales cuales eran, la angustiaban de nuevo y con más fuerza aquellas dolorosas memorias.

—¡Ay, señor Cura! —exclamó— Cuando pienso que mi pobre hija ha pasado por este camino...

—¿Quiere usted callar, mujer sin seso? —le dijo don Abundo al oído.— ¿Es lugar este para hablar de semejantes cosas? ¿No sabéis que estamos en su casa? Por fortuna, no hay aquí quien nos oiga; pero si seguís hablando de esta manera...

—¿Cómo? —interrumpió Inés— Si ahora es un santo.

—Callad —le replicó al oído D. Abundo—. ¿Creéis que a los santos se les puede decir con franqueza todo lo que a uno se le pasa por la cabeza? Pensad más bien en darle las gracias por los beneficios que os ha hecho.

—En esto ya estaba yo. ¿Cree usted que no tengo crianza?

—La crianza es el no decir las cosas que pueden desagradar, especialmente a quien no está acostumbrado a oírlas; y persuádanse ustedes las dos de que éste no es el paraje de bachillerear, ni de decir todo lo que viene a la boca. Es casa de un gran señor: ya ustedes lo saben: ya ven la gente que la rodea, y las que llegan de todas partes; de consiguiente ¡juicio, por amor de Dios! pesar bien las palabras, y decir pocas, y sólo cuando haya necesidad; que en boca cerrada no entran moscas.

—Pues no es peor que usted nos esté apurando...

Iba Perpetua a continuar; pero la interrumpió D. Abundo, diciendo con voz baja: «Calla», y se quitó al mismo tiempo el sombrero con una profunda reverencia de resultas de haber visto al caballero que bajaba la cuesta. Éste también había visto y conocido a D. Abundo, y se adelantaba a recibirle.

Habiéndose incorporado con él:

—Señor Cura —le dijo— quisiera ofrecerle mi casa en ocasión menos triste; pero de todos modos tengo la mayor satisfacción en poderle ser útil en alguna cosa.

—Confiado en la bondad de vueseñoría —contestó don Abundo— me he tomado la libertad de venir en estas desastrosas circunstancias a molestarle, y como ve vueseñoría, me he tomado igualmente la de traer otras dos personas. Ésta es mi ama.

—Bien venida sea —dijo el caballero.

—Y ésta —prosiguió D. Abundo—, es una mujer a quien vueseñoría ha hecho ya mucho bien, la madre de aquella... de aquella...

—De Lucía —dijo Inés.

—¡De Lucía! —exclamó el caballero, volviéndose con los ojos bajos a Inés—. ¡Mucho bien! ¡Dios mío! Usted es quien me hace no poco bien viniendo aquí... a... verme... a esta casa... Sea usted muy bien venida: usted me trae la bendición del cielo.

—Perdone vuestra señoría —dijo Inés—, yo vengo a incomodarle...

Y acercándosele al oído, añadió:

—Y a dar a vuestra señoría las gracias.

No dejó el caballero que continuase, sino que se apresuró a pedirle noticias de Lucía, y oídas, se volvió a acompañar al castillo a los nuevos huéspedes a pesar de su ceremoniosa resistencia. Echó Inés una mirada a D. Abundo, como para decirle: «Vea usted si yo necesito sus consejos.»

—¿Han llegado a su feligresía? —preguntó el caballero a D. Abundo.

—No, señor —contestó éste—, mas yo no he querido aguardar a aquellos diablos. ¿Quién sabe si hubiera salido vivo de sus garras? Y he venido a molestar a vueseñoría.

—Ahora, pues, anímese usted —dijo el caballero— que está usted bien seguro. Aquí no vendrán, y si lo intentasen, sabremos recibirlos.

—Espero que no vendrán —dijo D. Abundo—; pero siento —prosiguió indicando con el dedo las montañas que cerraban el valle— que andan también por ese lado partidas de otra gente...

—Es verdad —interrumpió el caballero— pero no tema usted, que todo está previsto.

«¡Entre dos fuegos! —decía para sí D. Abundo— ¡propiamente entre dos fuegos! ¿Dónde me he dejado conducir por dos mujeres necias? ¡Y este hombre parece que se baña en agua rosada! ¡Qué gentes hay en este mundo! ¡Qué gentes!

Entrado en el castillo, el caballero mandó que condujesen a Inés y a Perpetua a una pieza de la parte del edificio destinada para las mujeres, que ocupaba tres de los cuatro lados del segundo patio, en la parte superior del castillo, edificada sobre un peñasco saliente aislado, y dominando un precipicio. Los hombres estaban alojados en los tramos del otro patio a derecha y a izquierda, y en el que caía a la plazuela. El cuerpo del medio, que separaba los dos patios, y daba paso de uno a otro por una vasta entrada enfrente de la puerta principal, lo ocupaban parte las provisiones, y parte debía servir para depositar los efectos que llevasen los fugitivos que allí se acogiesen. En la parte destinada para los hombres había una separación reservada para los eclesiásticos que pudiesen llegar, y a la cual condujo el caballero en persona a D. Abundo, que fue el primero que la ocupó.

Veintitrés o veinticuatro días permanecieron nuestros fugitivos en el castillo entre un gran movimiento, y numerosa compañía, que en los primeros días se fue aumentando considerablemente, sin que sucediera cosa alguna digna de referirse; sin embargo, no pasó quizá un día sin que fuese necesario llamar a las armas. Eran continuos los avisos de que venían alemanes por aquí, de que se habían visto venecianos por allí, y a cada aviso de estos, enviaba el caballero exploradores, y si era menester, tomaba consigo gentes dispuestas al intento, y salía del valle por la parte donde amenazaba el peligro. Era una cosa particular ver una cuadrilla de valentones armados de pies a cabeza, mandados por un hombre sin armas. Las más veces los que causaban la alarma eran forrajeadores o partidas que se desbandaban merodeando, y huían antes de ser sorprendidos.

Sin embargo, en una ocasión, persiguiendo el caballero a unos cuantos de estos bandidos para enseñarles a no volver por aquellas partes, tuvo aviso de que una aldea inmediata estaba invadida y sufriendo el saqueo.

Los invasores eran Lanziquenescos de varios cuerpos que hallándose rezagados, se habían reunido, y se echaban de repente sobre los pueblos inmediatos al ejército, robando a los habitantes, y aun sacando contribuciones. Arengó el caballero a sus valientes; los puso en orden, y se dirigió a la aldea invadida.

Como llegó de improviso, los ladrones, que sólo creyeron ir al botín, viéndose sorprendidos por gente armada, abandonaron más que de prisa el saqueo, dispersándose con tanta confusión que cada uno tomó el camino por donde pudo. Persiguiólos gran trecho el caballero, hasta que, convencido de que ya no volverían, regresó con su gente al castillo. Al pasar por la aldea librada, es imponderable la alegría, los aplausos y las bendiciones con que fueron recibidos.

En el castillo, entre aquella multitud de gente advenediza y de diferente condición, costumbres, edad y sexo, no hubo el menor disgusto. El caballero había puesto guardias en varios puntos, encargadas de evitar cualquier disturbio, lo que ejecutaban con aquel celo y exactitud que empleaban en todas las cosas de que tenían que darle cuenta. Suplicó a los eclesiásticos y otras personas de autoridad que también vigilasen. Él recorría igualmente el castillo, y procuraba dejarse ver en todas partes, a pesar de que, aun en su ausencia, sólo el acordarse de que vivían en su casa, bastaba para tener a raya a todo el mundo: además de que era toda gente fugitiva, y de consiguiente inclinada en general a la tranquilidad y al sosiego; el pensar en sus casas y sus haciendas, en la suerte de parientes y amigos, expuestos al peligro, y las noticias que venían de fuera, abatiendo los ánimos, conservaban y aumentaban cada vez más semejante disposición.

Sin embargo, había también personas de genio más vivo y de carácter más firme, que trataban de pasar aquellos días alegremente. Habían abandonado sus casas por no juzgarse con bastantes fuerzas para defenderlas; pero no por eso gustaban de llorar y suspirar por cosas que no tenían remedio.

Los que tenían dinero bajaban a comer al valle, en donde por las circunstancias se habían establecido hosterías y tabernas provisionales. A los que carecían de medios se les suministraba pan,

sopa y vino, además de las mesas que diariamente franqueaba el señor del castillo a los que expresamente había convidado. De este número era nuestra gente.

Para no comer el pan sin ganarlo, Inés y Perpetua quisieron ser empleadas en las haciendas de tan vasta hospedería, y en esta ocupación gastaban una gran parte del día, y el resto en conversar con amigas que habían adquirido y con D. Abundo.

Éste nada tenía que hacer; sin embargo, no se fastidiaba, pues le hacía compañía el miedo. El temor de un asalto ya se le había pasado, porque por poco que reflexionase sobre esto, debía conocer que no era posible; pero la imagen del país inmediato, inundado de una y otra parte por tropas; las armas y los armados, que tenía siempre a la vista, la idea de un castillo, y el pensamiento de tantas cosas como podían suceder, le tenían en continua zozobra, sin contar con lo que le roía las tripas la memoria de su casa. En todo el tiempo que estuvo en aquel asilo no se separó de él un momento, ni jamás puso el pie en la bajada. Su único paseo se reducía a salir a la plazuela y a dar vueltas al castillo para ver si por los derrumbaderos se encontraba alguna senda, algún paso algo practicable para buscar un escondrijo en el caso de que hubiese alguna trapisonda. A todos sus compañeros hacia grandes reverencias; pero hablaba con pocos, y sus coloquios más frecuentes eran con las dos mujeres. Con ellas desahogaba su corazón, a pique de que le redarguyese Perpetua y le avergonzase Inés.

En la mesa hablaba poquísimo; oía las noticias del terrible paso de las tropas, que diariamente llegaban de pueblo en pueblo, de boca en boca, o llevadas allá arriba por alguno que desde luego quiso quedarse en su casa, y últimamente tuvo que huir tal vez apaleado, y sin haber podido salvar cosa alguna. Cada día se oía contar alguna nueva desgracia. Varios noticieros reunían todo lo que se contaba, apuraban todas las relaciones, y luego las referían en extracto a los demás. Se disputaba sobre cuáles eran los regimientos más ladrones, y si era más perversa la infantería o la caballería: se repetían lo menos estropeados que era posible ciertos nombres revesados de algunos jefes, y de varios de ellos se referían las hazañas, se especificaban las marchas y las paradas, los días en que los regimientos llegaban a tal o cual punto, y sobre todo se procuraba saber el número de los que pasaban el puente de Lecco, porque entonces se consideraban ya como fuera del país; y en efecto, se tuvo noticia de los días en que pasaron los caballos de Wallenstein, la infantería de Marrada, los caballos de Anzalt, la infantería de Malemburgo, la caballería de Montecúculi, la de Ferrari, los cuerpos de Altringer, de Furstemberg, de Colloredo, de Conti, los Croatas, y otros varios, hasta que, cuando Dios quiso, se supo haber pasado la gente de Galeazo, que era la última. En fin, con haberse alejado también el escuadrón volante de los venecianos, quedó libre todo el país a derecha y a izquierda. Ya los habitantes de los pueblos que fueron los primeros en ser invadidos y evacuados, se habían retirado del castillo, y todos los días iba saliendo gente, así como después de un temporal de otoño se ven salir los pájaros de la frondosa copa de un grande árbol en donde hallaron su refugio.

Parece que nuestros tres viajeros fueron los últimos que se retiraron, porque así lo quiso D. Abundo, pues temía si regresaba al instante a su casa, hallar Lanziquenescos rezagados. Por más que predicó Perpetua, diciendo que cuanto más se tardase se daba mayor ocasión a que los pícaros del pueblo hiciesen lo que no hubiesen hecho los soldados, no hubo remedio; porque cuando se trataba del pellejo, siempre quedaba encima D. Abundo, menos cuando un peligro inminente le hacía perder la cabeza.

El día señalado para marchar, dispuso el caballero que estuviese pronto en *Malanoche* un carruaje decente en que iba un surtido de ropa blanca para Inés, a quien llamó aparte a fin de entregarle un cartuchito de escudos con que pudiese reparar el destrozo que encontrase en su casa, a pesar de que poniéndose Inés las manos al pecho, insistía, protestando que le quedaban todavía algunos de los primeros.

—¿Cuándo veréis —le preguntó el caballero— a vuestra buena hija? Ya no me queda duda de que rogará al Señor por mí, pues le hice tanto mal. Dígale usted que se lo agradezco, y que confió en Dios que sus mismas oraciones serán también para ella un manantial de bendición.

Se empeñó luego en acompañar al coche a sus tres huéspedes. Hágase cargo el lector de cuán humildes y afectuosas serian las expresiones de gratitud de D. Abundo y los cumplimientos de Perpetua. Salieron por fin, e hicieron según lo acordado una corta parada en casa del sastre, donde oyeron mil cosas relativas al paso de las tropas, y reducidas, como siempre, a robos, golpes, destrozos y violencias; pero allí por fortuna no se habían visto soldados.

—¡Ah, señor Cura! —dijo el sastre, ayudando a don Abundo a subir al coche—: en letras de molde han de salir las relaciones de semejante calamidad.

Después de un corto trecho de camino, empezaron a ver nuestros viajeros, por sus propios ojos, algo de lo que habían oído contar. Viñas destrozadas, más que si las hubiesen alcanzado la piedra y la langosta a un mismo tiempo, cortadas las cepas y arrancadas las estacas, los árboles echados al suelo, y el terreno cubierto de astillas y hojas; luego en los pueblos, puertas quemadas, ventanas rotas, paredes derribadas, y en todas partes andrajos e inmundicia. Los tristes habitantes, unos ocupados en limpiar las casas, otros en componer lo mejor que podían puertas y ventanas, y otros en grupos lamentando su suerte, y al pasar el coche, manos tendidas a uno y otro lado pidiendo limosna.

Con semejante espectáculo, ya delante de los ojos, ya en la imaginación, y con el temor de hallar lo mismo en su casa, llegaron al pueblo, y efectivamente se encontraron con lo que recelaban.

Inés mandó poner los líos en un rincón del patiecillo que era lo menos sucio de la casa, se puso luego a barrerla y a reunir y arreglar lo que le habían dejado. Llamó después a un carpintero y a un herrero para que compusiesen puertas, ventanas y cerraduras, y desenvolviendo en seguida el lienzo, y contando a solas sus escudos, exclamaba para sí:

—A la verdad yo he nacido de pie. ¡Benditos y alabados sean para siempre el Señor y la Virgen santísima! ¡Y bendito sea también el tal caballero! Sí, ¡yo he nacido de pie!

D. Abundo y Perpetua entran en su casa sin necesidad de llaves. A cada paso que adelantan en el zaguán sienten un tufo, un hedor que los rechaza. Con las manos en las narices llegan hasta la puerta de la cocina, entran de puntillas, para poner los pies en los parajes menos sucios, entre la hedionda paja que cubre el suelo: dan una mirada en rededor, y nada encuentran entero, sino fragmentos de lo que hubo, y por todas partes tiestos y plumas de las gallinas de Perpetua, andrajos y hojas rotas y sucias de los calendarios de D. Abundo. También en el fogón había indicios de un vasto saqueo: manifestábalo la multitud de tizones apagados, grandes y pequeños, que fueron brazos de sillas, pies de mesas, trozos de puertas, postigos de ventanas, hojas de armario, banquillos y tablas de cama, y duelas del barrilito del vino que confortaba el estómago de don Abundo. Lo demás estaba convertido en ceniza y carbones, con los cuales la soldadesca, para indemnizar a los dueños, había pintarrajeado las paredes con mamarrachos que, por sus bonetes cuadrados y vestidos talares, figuraban ser curas, habiendo puesto su mayor cuidado en hacerlos ridículos y horribles, intento en que no podían dejar de sobresalir semejantes artistas.

—¡Ah, cochinos! —exclamó Perpetua.

—¡Qué canalla! —exclamó D. Abundo.

Y los dos como huyendo salieron por la puertecilla que caía al huerto. Respiraron un poco, y en seguida se dirigieron a la higuera; pero antes de llegar vieron la tierra removida, y los dos a la vez dieron un grito. Llegados, hallaron efectivamente, en lugar del muerto, la sepultura abierta. Aquí a la verdad hubo su poquito de escándalo, porque D. Abundo empezó a tomarla con Perpetua, diciendo que lo había escondido mal; pero ésta no dejó de volvérselas al cuerpo, y después de haber gritado mucho uno y otro, se volvieron juntos refunfuñando. En todas partes encontraron poco más o menos los mismos destrozos. Mucho tuvieron que trabajar para hacer limpiar y desinficionar la casa; tanto más, cuanto en aquellos días era difícil encontrar auxilio; y bastante tiempo tuvieron que estar como acampados, componiéndose lo mejor que pudieron, y renovando poco a poco puertas, muebles y utensilios con dinero que les prestó Inés.

Luego por apéndice aquel desastre fue por algún tiempo semillero de incomodidades y disgustos; porque Perpetua, a fuerza de preguntar, inquirir y escudriñar, llegó a saber que algunos efectos de su amo, que se creyeron presa de los soldados, estaban intactos en casa de algunos vecinos del pueblo, y mortificaba sin cesar a D. Abundo, a fin de que hiciese las correspondientes reclamaciones; pero para él no era posible tocar tecla más odiosa, porque estando sus efectos en manos de bribones, esta era justamente la clase de personas con quienes no quería chocar.

—Nada quiero saber de esas cosas —decía continuamente—. ¿Cuántas veces he de repetirlo que lo perdido perdido, y que a lo hecho pecho? ¡Bueno es que me he de ver crucificado porque me han saqueado la casa!

—Si lo digo yo —contestaba Perpetua— que usted se dejaría robar los ojos de la cara. Robar a los otros es pecado, pero a usted es pecado no robarle.

—¿Quieres callar y no decir disparates? —replicaba don Abundo.

Perpetua callaba, pero no tan presto; y todo le servía después de ocasión para volver a la carga, tanto que el pobre hombre se veía en la precisión de no abrir la boca, cuando le faltaba alguna cosa de las que necesitaba, porque más de una vez le dijo:

—Vaya usted a buscarla en casa de tal, que la tiene en su poder, y que seguramente no la tendría si no diera con un hombre de estopa.

Otra cosa le inquietaba mucho más, y era el saber que pasaban diariamente soldados rezagados, como sospechó que sucedería, por lo cual estaba en continua zozobra, temiendo siempre que se presentase alguno o algunos a su puerta, que mandó componer ante todo, y que con gran cuidado tenía atrancada; pero gracias a Dios, nunca se verificó. Lo peor fue que aun no habían cesado estos temores, cuando sobrevino otro nuevo desastre.

Pero aquí dejaremos a un lado al pobre hombre, para tratar de otra cosa muy distinta, y más dolorosa que sus aprensiones privadas, incomodidades de algunos pueblos, y una calamidad pasajera.

XXXI.
La peste.

La peste que el tribunal o Junta de Sanidad temió que pudiese introducirse en el Milanesado con las tropas alemanas había realmente invadido el país, y todos saben que no paró allí, sino que visitó y desoló una gran parte de la Italia. Para seguir el hilo de nuestra historia, referiremos los sucesos principales de tamaña calamidad en el Milanesado, o por mejor decir, casi exclusivamente en Milán, porque casi exclusivamente hablan de esta ciudad las memorias de aquel tiempo, como suele suceder casi siempre por buenos o malos motivos. Y a la verdad, nuestro objeto en esta relación no es tanto presentar la situación en que vendrán a encontrarse nuestros personajes, cuanto dar a conocer en compendio, y hasta lo que alcanza nuestro talento, un rasgo de historia patria más famoso que conocido.

De las muchas relaciones contemporáneas que existen, ninguna hay que sea suficiente por sí sola para dar una idea concreta y ordenada de aquel suceso; pero tampoco ninguna hay que no pueda ayudar a formarla. En cada una, sin exceptuar la de Ripamonti, la cual, sin embargo, excede a las demás, tanto por el número y la colección de los hechos, como por el modo de verlos; en cada una se omiten acontecimientos esenciales que se encuentran en otras; en cada una hay errores materiales que pueden rectificarse con el auxilio de las demás o de los pocos actos de la autoridad pública impresos o inéditos que existen. En una a veces se encuentran las causas, cuyos efectos se refieren en otra como de paso: en todas, en fin, reina una extraña confusión de tiempos y cosas, y un

continuo vacilar como a la ventura, sin designio general y sin designio en los pormenores, carácter por otra parte muy común y sensible en los libros de aquella época, especialmente en los que se escribieron en idioma vulgar, a lo menos por lo que toca a la Italia; que con respecto al resto de la Europa, lo sabrán los doctos, y nosotros lo sospechamos. Ningún escritor de época posterior se ha propuesto examinar y confrontar aquellas memorias, para sacar de ellas una serie no interrumpida de los acontecimientos, esto es, una historia de aquella peste: por manera que la idea que se tiene de ella debe precisamente ser muy inexacta y algo confusa: nociones indeterminadas de grandes males y grandes errores, pues a la verdad hubo de unos y otros más de lo que se puede imaginar, una idea por fin compuesta de juicios más que de hechos, y algunos casos aislados sin sus circunstancias más características, sin distinción de tiempo, esto es, sin causa ni efecto, ni orden ni progresión.

Examinando nosotros y confrontando con grande esmero todas las relaciones impresas, y más de una inédita, y muchos documentos llamados oficiales, hemos tratado de hacer, no ya lo que se quisiera, pero a lo menos lo que aun no se ha hecho. No es nuestro ánimo referir todos los actos públicos, ni tampoco todos los sucesos dignos en algún modo de memoria; y mucho menos pretendemos hacer que se tenga por inútil para los que quieran formar una idea más extensa de la cosa, la lectura de las memorias originales, porque conocemos demasiado la fuerza viva, y digámoslo así, incomunicable, que se encuentra en dichas obras, cualquiera que sea el modo con que están concebidas y desempeñadas. Nuestro objeto ha sido únicamente distinguir y comprobar los hechos más notables, disponerlos por su orden sucesivo en cuanto lo permita su naturaleza, y observar su recíproco enlace, dando de esta manera, hasta que otros lo hagan mejor, una noticia sucinta, pero verídica y ordenada, de aquel desastre.

Por toda la línea del territorio por donde había pasado el ejército, se habían encontrado uno u otro cadáver en las casas, como igualmente en el camino; muy presto empezaron a enfermar y morir, ya en una, ya en otra parte del país, varias personas y familias de enfermedades violentas y extrañas, con síntomas desconocidos de la mayor parte de los vivientes. Existía, no obstante, quien los había visto otras veces, y éstos eran aquellos pocos que aun podían acordarse de la peste que cincuenta y tres años antes desoló una gran parte de la Italia, y con especialidad el Milanesado, en donde se llamó y todavía se llama la peste de San Carlos. ¡Tan grande es el poder de la caridad! Ésta, entre los recuerdos tan solemnes como varios de un infortunio general, puede hacer sobresalir el de un hombre por haberle inspirado sentimientos y acciones más memorables que los mismos males; puede grabar su nombre en los ánimos como una señal de todos aquellos acontecimientos, por haberle estimulado y dirigido como guía, auxilio, ejemplo y víctima voluntaria, y puede, en fin, hacer de una calamidad general una empresa para este mismo hombre, designándola como si fuera una conquista o un descubrimiento suyo.

El protomédico Settala, que no sólo había visto aquella peste, sino que también había sido, aunque joven en aquella época, uno de los más activos, intrépidos y acreditados profesores, y que ahora, temiendo con fundamento la que iba a manifestarse, estaba sobre aviso, dio cuenta el 20 de octubre a la Junta de Sanidad de haberse declarado indudablemente el contagio en la tierra de Chiuso, la última del territorio de Lecco, limítrofe con el país de Bérgamo; sin embargo, ninguna providencia se tomó acerca del particular, según resulta de la relación de Tadino.

Pero no tardaron en llegar de Lecco y de Bellano otros avisos de la misma naturaleza. La Junta entonces se limitó a enviar un comisario, para que asociándose en Como con un médico, pasase a reconocer los puntos indicados. Los dos, por ignorancia o por otra razón, se dejaron engañar por un barbero viejo e ignorante de Bellano, el cual les hizo creer que aquella clase de males no era peste, sino en algunas partes efecto ordinario de las emanaciones que despedían en otoño los pantanos, y en todas las demás, resultados de las incomodidades, tropelías y excesos cometidos por los alemanes en su tránsito. Semejante seguridad se comunicó a la Junta, que al parecer se dio por satisfecha.

Sin embargo, como se recibiesen de diversos puntos reiteradas noticias de muertos, se enviaron dos comisionados para que se impusiesen mejor y tomasen medidas, y éstos fueron el mismo Tadino y un individuo de la Junta.

Cuando los dos llegaron, el mal se había extendido tanto, que las pruebas se ofrecían sin necesidad de buscarlas. Recorrieron el territorio de Lecco, la Valsasina, la orilla del lago de Como y otros distritos, y en todas partes hallaron pueblos cerrados, otros casi desiertos, y con bastantes prófugos y acampados o diseminados, «los cuales que nos parecían salvajes —dice Tadino—, llevando hierbababuena en la mano, otros ruda, otros romero y otros frasquillos de vinagre.» Preguntaron los dos comisionados por el número de muertos, y le hallaron horroroso. Vieron enfermos, reconocieron cadáveres, y en todos hallaron las asquerosas y terribles señales de la pestilencia. Comunicaron inmediatamente tan tristes noticias a la Junta de Sanidad, la cual al recibirlas, que fue el 30 de octubre, dispuso, dice Tadino, que se estableciesen las boletas de sanidad, para excluir de la ciudad a todas las personas procedentes de los pueblos en que se había manifestado el contagio, y mientras se expidió el edicto correspondiente, dio por vía de anticipación algunas órdenes verbales a los guardas de las puertas.

Los comisionados entretanto dieron apresuradamente aquellas disposiciones que supieron y consideraron mejores, y volvieron con el sentimiento de conocer la insuficiencia de ellas para remediar y contener un mal ya tan adelantado y extendido.

Llegados a Milán el 14 de noviembre, informaron de todo en voz y por escrito otra vez a la Junta de Sanidad, y ésta los comisionó para que se presentasen al Gobernador general, dándole cuenta del estado de las cosas. Hiciéronlo en efecto, y contestaron: que afligían al Gobernador semejantes noticias, y que al paso que había manifestado no poco sentimiento, había respondido que eran más urgentes los negocios de la guerra. *Sed velli, graviores esse curas.*

Así se expresa Ripamonti, el cual, además de haber reconocido los documentos de la Junta de Sanidad, tuvo conferencias con Tadino, uno de los encargados del mensaje, que, como se acordarán nuestros lectores, era el segundo por la misma causa, y con igual éxito. A los dos o tres días, esto es, el 18 de noviembre, expidió el Gobernador general un bando en que se mandaban regocijos públicos por el nacimiento del príncipe D. Carlos, hijo primogénito de Felipe IV, sin sospechar ni tomar en consideración el peligro que podría resultar de la mucha afluencia de gente en semejantes circunstancias, y todo esto del mismo modo que en los tiempos ordinarios, como si no le hubiesen hablado de cosa alguna. El Gobernador era a la sazón, como hemos dicho antes, el célebre Ambrosio Espínola, enviado expresamente para animar aquella guerra, enmendar los errores de D. Gonzalo, y por incidencia gobernar el Ducado. Nosotros también por incidencia recordaremos que cayó unos pocos meses después en aquella misma guerra, y no de heridas en el campo de batalla, sino en su propia cama, de pesares que le causaron las reconvenciones que recibía continuamente de su Gobierno. La historia, que ha deplorado su suerte, censurando la ingratitud con que se le trató, y ha descrito con suma prolijidad sus empresas militares y políticas, y alabado su previsión, actividad y constancia, bien hubiera podido indicarnos qué fue lo que hizo cuando la peste amenazaba e invadía una población confiada a sus cuidados, o por mejor decir, entregada a su discreción.

Pero lo que disminuye la admiración de semejante conducta, sin que dejen por eso de quedar en toda su fuerza los cargos que resultan contra él; lo que excita aun mayor asombro es la conducta de la misma población, quiero decir, de aquella que, libre del contagio, tenía tantos motivos para temerlo. Con las noticias que llegaban de los pueblos que lo padecían, y que forman alrededor de la ciudad casi una línea semicircular, sin más distancia en algunos puntos que seis o siete leguas, ¿quién creyera que no había de suscitarse una conmoción general, un movimiento de precauciones bien o mal entendidas, o al menos una estéril inquietud? Sin embargo, si en algo están acordes las memorias de aquel tiempo, es en que nada de eso hubo. La carestía del año anterior, las vejaciones de la soldadesca, y las pasiones de ánimo, se consideraron como causa más que suficiente de aquella mortandad. El que en las tertulias, en las tiendas, en las casas se hubiese atrevido a hablar

una palabra de peligro; el que hubiese pronunciado la voz peste, hubiera sufrido las mofas de la incredulidad, o por mejor decir, la misma ceguedad y pertinacia reinaba en el Senado, en el Consejo de los decuriones (ayuntamiento) y en cada individuo de la magistratura.

Consta que el cardenal Federico Borromeo, en cuanto se tuvo noticia de los primeros casos de enfermedad contagiosa, dirigió una pastoral a los párrocos, encargándoles entre otras cosas que inculcasen a los pueblos la importancia y la obligación de revelar cualquier accidente de esta especie, y de entregar las ropas infestadas o sospechosas, y esta disposición puede contarse entre sus acciones dignas de alabanza.

En vano reclamaba la Junta suprema de Sanidad cooperación y disposiciones, y el cuidado de la Junta misma estaba lejos de igualarse a la urgencia. Los dos médicos eran, como lo afirma varias veces Tadino, y aparece todavía mejor por todo el contexto de su narración, los que penetrados de la gravedad e inmediación del peligro estimulaban a aquella corporación, a quien tocaba en seguida estimular a los demás.

Ya hemos visto la frialdad con que procedió la Junta a los primeros anuncios de la peste, no tan solo en obrar, sino también en tomar informes: vamos a ver ahora otro acto de lentitud no menos admirable, siempre que no la obligasen a ello obstáculos opuestos por magistrados superiores. El edicto de las boletas que se acordó en 30 de de octubre, no se concluyó hasta el 23 del mes siguiente, y no se publicó hasta el 29, cuando ya la peste se había introducido en Milán.

Tadino y Ripamonti han tratado de citar el nombre de primero que la introdujo, con otras circunstancias acerca de la persona y del hecho. Ambos historiadores dicen que fue un soldado italiano al servicio de España; pero en lo demás ni siquiera en el nombre están acordes. Según Tadino, fue cierto Pedro Antonio Lovato, de guarnición en Lecco, al paso que Ripamonti asegura haber sido un Pedro Pablo Locati, de guarnición en Chiavena. Difieren igualmente en el día de su entrada en Milán, pues el primero supone haber sido el 22 de octubre, y el segundo el mismo día del mes siguiente; pero ni al uno ni al otro se les puede dar crédito, porque las dos épocas están en contradicción con otras mejor averiguadas. Sin embargo, escribiendo Ripamonti por orden del Consejo general de los decuriones, debió tener a su disposición muchos medios para tomar los informes necesarios, y Tadino, en razón de su empleo, podía más que otro estar informado acerca de un hecho de esta naturaleza. Con todo, de la compulsa de otras fechas que nos parecen más seguras, resulta que fue antes de la publicación del bando de las boletas, si el asunto lo mereciera, se pudiera probar o casi probar que debió ser en los primeros días de aquel mes; pero el lector nos dispensará de tan fastidioso como inútil trabajo.

Como quiera que sea, entró aquel soldado infeliz y portador de desventuras, con un gran lío de ropas y vestidos comprados o robados a los alemanes, fue a parar a casa de un pariente suyo, en el arrabal de la Puerta Oriental cerca de los capuchinos y al instante cayó enfermo. Lleváronle al hospital, en donde, habiéndose descubierto un bubón debajo del sobaco, los que le curaban entraron en sospecha de lo que podía ser, y más habiendo muerto a los cuatro días.

La Junta de Sanidad mandó aislar la casa y la familia, y se quemaron sus vestidos y la cama en que había muerto en el hospital. A los pocos días cayeron enfermos de peste dos practicantes que le asistieron, y un buen religioso que le auxilió. La sospecha que se tuvo desde el principio acerca de la naturaleza de su enfermedad, y las precauciones que en su consecuencia se tomaron, contribuyeron a que el mal no hiciese allí más progresos.

Pero el soldado había dejado fuera una semilla que no tardó en brotar. El primero en quien se cebó fue un cierto Carlos Colona, tocador de flauta, dueño de la casa en que se había hospedado el militar. Entonces todos los inquilinos de la misma casa fueron conducidos de orden de la Junta de Sanidad al Lazareto, en donde casi todos enfermaron, y en breve murieron algunos de peste sin género de duda.

En la ciudad, con lo que había contribuido a ello el trato de estas gentes, los vestidos y ropas que los parientes, los roperos y criados sustrajeron al fuego prescrito por la Junta de Sanidad, y

además con lo que entraba diariamente por defecto de las mismas órdenes, el descuido en su ejecución y la astucia en eludirlas, fue minando el mal y tomando cuerpo lentamente en todo el resto del año y en los primeros meses del siguiente de 1630. De cuando en cuando, ya en uno, ya en otro barrio, era acometida alguna persona, alguna otra moría, y la misma escasez de los casos alejaba la sospecha de la peste, y confirmaba cada vez más a la muchedumbre en su infausta y estúpida confianza de que no había peste, ni jamás la había habido. Muchos médicos también, siendo meros ecos de la voz popular, que esta vez no era ciertamente la de Dios, se burlaban de los funestos vaticinios y de los avisos amenazadores de pocos, y tenían siempre prontos nombres de enfermedades comunes para calificar los casos de peste a cuya curación eran llamados, cualesquiera que fuesen los síntomas y las señales que se manifestasen.

Los avisos de estos accidentes, si llegaban a oídos de la Junta de Sanidad, era siempre tarde, y las más veces con dudas. El miedo de verse aislado y del Lazareto aguzaban el ingenio, a fin de ocultar los enfermos, de sobornar a los sepultureros y a los comisionados de la Junta para reconocer los cadáveres, hasta conseguir, más de una vez por dinero, certificaciones falsas.

Y como siempre que la Junta de Sanidad lograba descubrir algún hecho, mandaba quemar la ropa, aislar las casas y enviar las familias al Lazareto, es fácil conocer cuán grande sería contra ella el encono y la murmuración general de la nobleza, de los comerciantes y de la plebe, por estar persuadidos de que todas eran vejaciones sin causa ni provecho. El odio recaía principalmente sobre el citado Tadino, el senador de Settala, hijo del protomédico, ambos facultativos, y a tal punto llegaba la animosidad del público, que no podían pasar por calle o plaza alguna sin ser recibidos con insultos, cuando no con piedras. Y a la verdad fue muy singular y digna de memoria la situación en que se hallaron por espacio de algunos meses estos dos hombres, que viendo aproximarse un azote terrible, y procurando contenerlo, encontraban, sobre las dificultades del negocio, obstáculos de toda clase en la voluntad general, siendo blanco de los improperios de la muchedumbre, que los consideraba como enemigos de la patria.

Este odio se extendía también a los demás médicos, que, convencidos como ellos de la existencia del contagio, aconsejaban precauciones, procurando inspirar a otros su doloroso convencimiento. Los más moderados los tachaban de obstinación; pero para la mayor parte era una impostura, una trama urdida con el objeto de sacar provecho del terror general.

El protomédico Luis Settala, casi octogenario, era verdaderamente uno de los hombres más respetables de su tiempo. Había sido profesor de Medicina en la universidad de Pavía, y después de Filosofía moral en la de Milán, autor de muchas obras apreciadas entonces, ilustre, no tanto por habérsele brindado con cátedras de otras universidades, como la de Ingolstad, Pisa, Bolonia y Padua, cuanto por no haber admitido tan honrosos ofrecimientos. A su reputación como sabio se agregaba la de su vida, y a la admiración la benevolencia general por su gran caridad en curar y socorrer a los pobres. Sin embargo, lo que en nosotros entibia en cierto modo la estimulación que inspiran semejantes méritos, es el considerar que aquel bendito varón participaba de las preocupaciones más comunes y funestas de sus contemporáneos, y aunque realmente marchaba delante de ellos, no se separaba mucho de la turba, que es lo que a veces causa gran daño y disminuye el crédito adquirido por otro lado. Con efecto, el grandísimo de que gozaba no bastó para contrarrestar la opinión de la muchedumbre en el asunto del contagio, sino que no pudo librarle de la animosidad y de los insultos de aquella parte del público que pasa muy fácilmente de los juicios a las demostraciones y a las obras.

Un día que iba en litera a visitar a sus enfermos, empezó a cercarle alguna gente llamándole jefe de los que por fuerza querían que hubiese la peste, aterrorizando a toda la ciudad con su ceño y su barbaza, con el objeto de dar ganancia a los médicos.

Aumentábanse por momentos la turba y la furia, y viendo los mozos que la cosa iba mal parada, metieron a su amo en casa de un amigo suyo, que oportunamente estaba inmediata. Sucedióle esto ahora por haber visto más claro que los demás, y haber querido librar de la peste a

millares de personas, al paso que con una deplorable consulta acababa de cooperar a que atenaceasen y quemasen como bruja a una infeliz criada, porque su amo padecía dolores extraordinarios de estómago, y anteriormente otro amo suyo había estado enamorado perdido de ella; con lo cual sin duda adquiriría entonces en el pueblo nuevos encomios en su ciencia, y (lo que repugna el pensarlo) nuevos títulos de benemérito.

A fines de marzo empezaron, primero en el barrio de la Puerta Oriental, y luego en todos los demás de la ciudad, a menudear las enfermedades y las muertes con accidentes extraños de espasmo, palpitaciones, letargo y delirio, y con las funestas señales de cardenales y bubones, siendo generalmente rápidas y violentas, y con frecuencia repentinas sin indicio precursor de enfermedad. Los médicos opuestos a la opinión del contagio, no queriendo aun confesar lo que había sido para ellos objeto de burla, y viéndose precisados a calificar la nueva enfermedad, ya demasiado evidente y general para quedar sin nombre, adoptaron el de calenturas malignas, y calenturas pestilenciales; transacción despreciable, o, por mejor decir, artera, trueque de palabras que no dejaba de ser perjudicial; porque manifestando los médicos que conocían la verdad, lograban que todavía no se creyera lo que más importaba creer y advertir, esto es, que el mal se contraía por contacto.

Los magistrados, a manera de quien despierta de un profundo sueño, empezaron a dar oídos a las reclamaciones y propuestas de la Junta de Sanidad, a sostener sus edictos, y los embargos y cuarentenas prescritas por esta corporación, la cual pedía sin cesar dinero para ocurrir a los gastos diarios del Lazareto y demás urgencias, que por momentos se aumentaban, y lo pedía al Ayuntamiento mientras se decidiera (lo que jamás se verificó) si debía suministrarlo la ciudad o el real erario. Instaba igualmente al Ayuntamiento el gran Canciller por orden del Gobernador general, que había marchado de nuevo a poner sitio a Casal, y el Senado no dejaba de importunarle para que discurriese el modo, no sólo de abastecer la ciudad, para el caso en que extendiéndose el contagio cortasen las comunicaciones los demás pueblos, sino también para mantener una gran parte de la población, a la cual faltaba el trabajo. Procuraba el Ayuntamiento juntar dinero por medio de préstamos y contribuciones, y de lo que recogía daba algo a la sanidad, algo distribuía a los pobres, y comprando algún grano, acudía del mejor modo posible a las necesidades momentáneas; pero aun no habían llegado los grandes apuros.

En el Lazareto, en donde la población, aunque diezmada cada día, se aumentaba incesantemente, no era menos ardua la empresa de asegurar el servicio y la subordinación, de hacer guardar las separaciones prescritas, en una palabra, de mantener, o, por mejor decir, de establecer allí el régimen dispuesto por la Junta de Sanidad, porque desde el momento de su formación todo estaba en desorden, tanto por el desenfreno de los que estaban encerrados en él, como por el descuido y connivencia de los dependientes. No sabiendo la Junta de Sanidad ni el Ayuntamiento qué partido tomar, acordaron dirigirse a los capuchinos, y suplicaron al padre Comisario de la provincia, que hacía las veces del Provincial, muerto poco antes, para que se sirviese darles un sujeto hábil y capaz de gobernar aquel reino en anarquía. Propúsoles el Comisario para jefe un cierto padre Félix Casati, hombre de edad madura, que gozaba de grande opinión de caridad, actividad y mansedumbre, unida a fortaleza de ánimo; opinión bien merecida, por lo que se vio luego, y para compañero suyo, y segundo jefe, cierto padre Miguel Pozzobonelli, todavía joven, pero grave y sereno, tanto en su aspecto como en sus ideas. Los dos fueron aceptados con gratitud, y el día 30 de Marzo entraron en el Lazareto. Condújolos el mismo presidente de la Junta de Sanidad por todo el sitio, como para darles posesión, y convocados los criados y dependientes de todas clases, dio a reconocer como presidente de aquel establecimiento al padre Félix, en calidad de superior, revestido de plena autoridad. Luego, a medida que se fue multiplicando aquella desgraciada concurrencia, acudieron otros capuchinos con los cargos de sobrestantes, confesores, auxiliantes, enfermeros, cocineros, lavanderos y todo lo demás que el caso requería. Siempre activo, aunque fatigado, recorría el padre Félix de día y de noche los portales, las salas y los aposentos, armado a veces de un bastón, y otras de sólo su cilicio. Alentaba y arreglaba las ocupaciones, sosegaba los tumultos, oía las quejas, amenazaba, castigaba, reconvenía, animaba, y vertía lágrimas.

Al principio contrajo la peste, y curado, volvió con igual esmero y empeño a sus antiguas ocupaciones, al paso que sus cohermanos perdieron casi todos la vida con alegre conformidad.

A la verdad semejante dictadura era un recurso tan extraordinario como la calamidad y los tiempos; y aunque no tuviéramos de ellos más noticia que ésta, bastaría para darnos una idea de una sociedad bien ruda y mal organizada; pero el ánimo, los servicios y el sacrificio de aquellos frailes no son menos dignos de que se haga mención de ellos con aquel respeto, ternura y especie de agradecimiento *solidum* que excitan los grandes servicios prestados por unos hombres a otros hombres. Morir por hacer bien es cosa heroica y sublime en todo tiempo y en cualquier orden de cosas. «A no haber sido por estos religiosos —dice Tadino—, hubiera perecido sin duda alguna toda la ciudad, porque fue casi un milagro el haber hecho estos padres en tan poco tiempo tantas cosas en beneficio del público, pues sin haber recibido de la ciudad auxilio alguno, o al menos muy cortos, con su industria y prudencia mantuvieron en el Lazareto a millares de pobres.»

Ya la obstinación en negar la existencia de la peste iba naturalmente cediendo en el público a medida que la enfermedad se extendía a ojos vistas por el contacto y el trato, tanto más, cuando después de haber acometido por algún tiempo sólo a los pobres, empezó a invadir a las personas más conocidas; y como entre éstas fue entonces la más notable el protomédico Settala, merece también ahora que se haga mención expresa de él. ¿Quién sabe si con esto a lo menos dirían: «el pobre viejo tenía razón»? Cayeron enfermos de la peste el mismo protomédico, su esposa, dos hijos y siete criados; y menos el anciano y uno de los hijos, todos murieron. «Estos casos, dice el citado Tadino, sucedidos en las casas principales de la ciudad, dieron en qué pensar a la nobleza y al pueblo; y los médicos incrédulos y la pleble ignorante y temeraria empezaron a fruncir los labios, apretar los dientes y arquear las cejas.»

Pero los trastornos, los males y las venganzas, digámoslo así, de la terquedad convencida son tales en algunas ocasiones, que pueden justificar el deseo de su triunfo contra la evidencia; y esta fue una de ellas. Los que habían negado tenazmente y por tanto tiempo que existía un germen de enfermedad capaz de propagarse y causar estragos por medios naturales, no pudiendo ya negar su propagación, y no queriendo atribuirla a dichos medios, pues hubiera sido confesar a un mismo tiempo una torpe equivocación y una gran culpa, se hallaban muy dispuestos a suponer cualquiera otra causa, y a dar por buena y sólida la primera que se propalase. Por desgracia, una existía en las ideas y tradiciones, comunes entonces, no sólo en Italia, sino en toda Europa; tales eran las artes venenosas y los maleficios, siendo general opinión de las gentes que la peste se introducía por medio de hechizos y envenenamientos. Ya estas cosas u otras semejantes se habían creído en varios contagios, y con especialidad en el que se verificó en Milán cincuenta años antes. Añadían que desde el anterior había llegado un pliego del rey Felipe IV al Capitán general, en que, avisándole que se habían escapado de Madrid cuatro franceses, a quienes se trataba de prender por sospechas de que esparcían ungüentos venenosos y pestíferos, se le encargaba que estuviese sobre aviso por si acaso llegasen a Milán; y que el Capitán general había comunicado el pliego al Senado y a la Junta de Sanidad. Sin embargo, por entonces no se hizo gran uso del aviso; pero desarrollada y confesada la peste, el recuerdo de aquel pliego pudo servir para confirmar o adoptar la vaga sospecha de tal maldad, o acaso ser la primera ocasión de excitarla.

Pero dos hechos, el uno de ciego y desaforado miedo, y el otro de no sé qué fatalidad, convirtieron aquella sospecha indeterminada, de un atentado posible, en una sospecha de un atentado positivo, y en muchos en la certeza de una real y verdadera maquinación. Algunos, a quienes en la tarde del 17 de mayo pareció haber visto que varias personas iban untando en la catedral ciertas tablas que servían para separar los bancos de los hombres de los de las mujeres, las hicieron sacar por la noche con muchos bancos encerrados en aquel recinto, a pesar de haber el presidente de la Sanidad dispuesto para aquietar imaginaciones exaltadas, *y más bien por exceso de precaución que por necesidad*, que bastaba con que las tales tablas se lavasen. Es de advertir que previamente las habían reconocido, sin encontrar en ellas cosa alguna, el mismo presidente de la

Sanidad con cuatro peritos, y también todos los bancos y hasta las pilas del agua bendita. Aquel amontonamiento de madera causó grande espanto en la muchedumbre, para la cual muchas veces el objeto más sencillo se convierte en un argumento. Con esto se dijo, y se creyó generalmente, que en la catedral se habían untado todos los bancos, las paredes y hasta las cuerdas de las campanas; y no solamente se dijo entonces, sino que todas las memorias de los contemporáneos, que hacen mención de este hecho, hablan de él como de una cosa cierta, y sería necesario adivinar la historia verdadera, a no encontrarla en una carta de la Junta de Sanidad dirigida al Capitán general, y que se conserva en el archivo llamado de San Fidel, de donde nosotros la hemos sacado, siendo de la misma carta las palabras que hemos puesto en letra bastardilla.

La mañana siguiente hirió la vista y la imaginación de los habitantes un espectáculo nuevo, más extraño y más significativo. Viéronse en muchos puntos de la ciudad las puertas de las casas y las paredes cubiertas con manchones de cierta inmundicia amarillenta y blancuzca, trazados como con esponja. Bien fuese el placer inhumano de generalizar el espanto tumultuoso, bien fuese el culpado designio de aumentar la consternación pública, o cualquiera otro motivo, el hecho se halla tan comprobado, que tendríamos por menos racional atribuirlo a un sueño de la imaginación que a una perversidad no nueva en cabeza de hombres, ni demasiado escasa de efectos semejantes en muchos países y en todos tiempos. Ripamonti, que muchas veces en el asunto de las manchas ridiculiza, y muchísimas deplora, la credulidad del pueblo, asegura haberlas visto, y las describe. En la carta citada, los individuos de la Junta de Sanidad refieren el hecho en los mismos términos, y hablan de reconocimientos y experiencias hechas en perros con la expresada inmundicia, sin resultado alguno dañoso; añaden que ellos creían que semejante burla era más bien objeto de una reprensible ligereza que de perversidad, pensamiento que manifiesta en aquellas personas bastante sensatez para no ver lo que en realidad no había.

Las demás memorias contemporáneas, después de asegurar el hecho, dicen que al principio fue opinión de muchos que aquellas manchas se hicieron por mera diversión y burla, y ninguna habla de que hubiese quien lo negase, siendo bien cierto que si alguno hubiese habido, le hubieran citado, aunque no fuese más que para tacharle de extravagante. Hemos creído oportuno reunir y publicar estas particularidades de un célebre delirio, poco conocidas por unos, e ignoradas del todo por otros, porque en los errores, y especialmente en los errores de muchos, lo que más interesa y es más útil de observar, me parece que es el camino que han seguido las apariencias, y de qué modo pudieron entrar en las cabezas y dominar la imaginación de las gentes.

La ciudad, que ya estaba agitada, se conmovió con esto. Los amos de las casas con paja encendida quemaban los parajes manchados, y los que pasaban se detenían a mirar, se horrorizaban y se enfurecían. A los extranjeros, sospechosos ya por serlo, y muy fácil de distinguirse entonces por el traje, se les arrestaba en las calles por el pueblo y se encarcelaban. Se tomaron declaraciones, y se oyeron presos, prendedores y testigos, y no se halló reo alguno, porque las cabezas se hallaban aun en estado de poder dudar, comparar y oír. La Junta de Sanidad publicó un edicto en el cual ofrecía premio e impunidad al que descubriera el autor o autores de aquel hecho, «no pareciéndonos conveniente», dicen los individuos de la Junta en la citada carta, «que semejante delito quede impune, especialmente en tiempos de tanto riesgo y sospecha: para consuelo y tranquilidad de este vecindario, y para tener indicio del hecho, publicamos hoy este edicto, etc.» Sin embargo, en el mismo edicto nada decían, a lo menos con claridad, de aquella racional y consoladora conjetura de que daban cuenta al Capitán general, reticencia que indica una fuerte preocupación en el pueblo, y en ellos una condescendencia tanto más culpable, cuanto podía ser sumamente perjudicial.

Mientras la Junta hacia averiguaciones para descubrir la verdad, muchos en el público la habían ya encontrado a su manera. De los que creían que aquella untura era venenosa, unos la suponían una venganza de D. Gonzalo de Córdoba por los insultos que sufrió a su salida de Milán, y otros un pensamiento del cardenal de Richelieu, para despoblar aquella capital y apoderarse luego de ella más fácilmente. Había quien tenía por autor, sin saber por qué, al conde de Collalto, a

Wallenstein y a algún otro caballero milanés; y no faltó, como dijimos, quien no viera en aquel hecho sino una reprensible burla, atribuida a estudiantes, a jóvenes del pueblo y a oficiales fastidiados con el sitio de Casal.

Por fin, el no haber visto declararse, como se temió, el contagio y un estrago general, fue probablemente la causa de disiparse, por entonces, aquel primer terror, y olvidarse, a lo menos al parecer, este asunto.

Había sin embargo cierto número de personas que aun no estaban persuadidas de que hubiera peste; y porque tanto en el Lazareto como en la ciudad curaban algunos, decía el populacho, y los médicos parciales (siempre interesa saber los últimos argumentos de una opinión desmentida por la evidencia) «que aquella enfermedad no era la verdadera peste, porque en este caso todos habrían muerto». Para quitar toda duda, halló la Junta de Sanidad un medio análogo a la urgencia, a saber, un modo de hablar a los ojos, como podían requerirlo o sugerirlo los tiempos. En una de las fiestas de Pascua de Pentecostés acostumbraban los habitantes concurrir al cementerio de San Gregorio, fuera de la Puerta Oriental, a rezar por los muertos del anterior contagio, cuyos cadáveres estaban allí enterrados, y tomando de la devoción oportunidad para diversión y fiesta, cada uno concurría con sus mejores galas. Había muerto de peste en aquel mismo día una familia entera. En la hora de mayor concurso, por medio de los coches y de la inmensa muchedumbre, se condujeron de orden de la Junta de Sanidad al mismo cementerio en un carro, desnudos, los cadáveres de la expresada familia para que todos pudiesen ver las asquerosas y positivas señales del contagio. Un grito de repugnancia y de terror se oía en todos los puntos por donde pasaba el carro: un largo murmullo quedaba por donde había pasado, y otro no menos expresivo le precedía. Desde entonces se dio más crédito a la existencia de la peste, aunque ella misma se daba a conocer cada día más, y aquella misma reunión no debió contribuir poco a propagarla.

Al principio no sólo se decía que de modo alguno había peste, sino que estaba prohibido proferir semejante palabra: luego se llamaron calenturas pestilenciales, admitiendo al sesgo la idea por medio de un adjetivo; después no peste verdadera, sino cierta enfermedad a la cual no se sabía qué nombre aplicarle; por último peste positiva; pero ya se le había agregado otra idea, a saber, la del veneno y la del maleficio, la cual confundía el significado expreso de la palabra que ya no era posible disfrazar.

Creo que no es necesario estar muy versado en la historia de las ideas y de las palabras para saber que muchas siguen esta progresión. Por fortuna, no es grande el número de las de esta especie, ni de tanta importancia, que adquieran a tanta costa su evidencia: sin embargo, se podría, tanto en los negocios grandes como en los pequeños, evitar en gran parte tan larga y tortuosa progresión, adoptando el método propuesto desde largo tiempo, a saber, el de observar, escuchar, comparar y pensar antes de hablar; pero como el hablar es cosa más fácil y expedita que las demás reunidas, los hombres en general merecen alguna disculpa.

XXXII.
Continuación.

Creciendo cada día la dificultad de proveer a las tristes urgencias de la situación, acordó el Ayuntamiento, en su sesión del 4 de mayo, acudir al Capitán general por auxilios y socorros, y el 22 envió a dos de sus individuos al campamento, con encargo de hacer presente las calamidades y apuros de la ciudad, sus gastos inmensos, lo escaso y endeudado que estaba el erario, cuán empeñados se hallaban los productos del año siguiente, añadiendo que no se pagaban las contribuciones por la pobreza general, resultado de tantas causas y de lo que consumía el ejército en especie. Debían también poner en su consideración que, por leyes y costumbre no interrumpida, y

por decreto especial de Carlos V, los gastos de la peste debían estar a cargo del fisco: que en la de 1576 había el Gobernador Capitán general marqués de Ayamonte, no sólo suspendido todas las contribuciones reales, sino también socorrido la ciudad con cuarenta mil escudos, y que últimamente pidiesen cuatro cosas, a saber: que se suspendiesen como entonces las contribuciones; que el erario franquease dinero; que el Capitán general diese parte al Rey de la miseria en que gemían la ciudad y la provincia, y que no cargase con nuevos alojamientos militares al Ducado, ya exhausto y aniquilado con los anteriores. Contestó el general Espínola con expresiones de pesar y nuevas exhortaciones, añadiendo que sentía mucho no poder hallarse en la ciudad, para poner todo su esmero en aliviarla; pero que esperaba que supliría a todo el celo de aquellos caballeros, y que esta era la ocasión en que se debía gastar sin escasez, y hacer cuantos sacrificios fuesen posibles. Y últimamente, que con respecto a las solicitudes, proveería del mejor modo que permitiesen el tiempo y las necesidades. A esto se redujo todo: hubo sin embargo otras idas y venidas, otras reclamaciones y respuestas, pero no he encontrado que se consiguiese cosa alguna. Más adelante, cuando estaba la enfermedad en su mayor fuerza, el Capitán general tuvo por conveniente trasmitir con despacho formal su autoridad al gran canciller Ferrer, por tener él, según escribió, que dirigir su atención a la guerra.

A la resolución de enviar comisionados al Cuartel general añadió el Ayuntamiento otra, reducida a pedir al Cardenal-arzobispo que se hiciese una procesión solemne, llevando en ella el cuerpo de San Carlos Borromeo.

Negóse a ello el buen prelado por muchas razones. No miraba con gusto aquella confianza, y temía que si el efecto no era correspondiente a los deseos, se cambiase la confianza en escándalo. Temía además que fuese la procesión una ocasión cómoda para el delito, si realmente existían los envenenadores, y que aun cuando no los hubiera, la misma afluencia del pueblo bastase para extender el contagio, riesgo mucho más cierto. Sin embargo, la sospecha adormecida de los untadores se había despertado con más fuerza y furor que antes.

Se vieron, o, por mejor decir, se creyó ver manchadas varias puertas de edificios públicos y privados, y aldabas. Las noticias de semejante descubrimiento volaban de boca en boca, y como sucede más que nunca en las grandes aprensiones, el oír hacia el mismo efecto que haría el ver. Los ánimos, cada día más angustiados por la presencia del mal, e irritados por la exigencia del peligro, abrazaban con más placer aquella ilusion, porque la ira estimula a castigar, y como observó sabiamente, al hablar de este mismo asunto, un varón distinguido, prefiere atribuir los males a la perfidia humana, contra la cual puede desahogar su turbulenta actividad, antes que suponerlos efecto de una causa contra la cual no hay otro recurso más que el de resignarse. Un veneno eficaz, instantáneo y penetrantísimo eran palabras más que suficientes para explicar la violencia y todos los accidentes más oscuros y desordenados de la enfermedad. Decían que aquel veneno estaba compuesto con sapos, culebras, podre y babas de apestados, y con cuanto puede ocurrir atroz y asqueroso a una imaginación enferma y desarreglada. Agregáronle después los maleficios por los cuales todo se hacia posible; perdía con esto su fuerza cualquiera objeción, y toda dificultad se allanaba; y si se oponía que los efectos no habían seguido inmediatamente a las primeras unturas, encontraban la causa en que aquella había sido una tentativa de maleficios todavía imperfectos, pero que ya estaba perfeccionado el arte, y la voluntad más obstinada en el infernal designio. El que en aquella época hubiese sostenido que había sido una burla, el que hubiese negado que existía una trama, hubiera pasado por ciego, por terco, cuando no lo hubiesen tenido por hombre interesado en engañar la previsión pública, por cómplice en el atentado o por untador, voz que no tardó en hacerse común, solemne y fatal. Con la persuasión de que había untadores nadie dudaba que era fácil dar con ellos, con lo cual todos estaban sobre aviso: cualquiera acto podía excitar sospechas; estas con facilidad podían convertirse en certeza, y la certeza en furor.

Dos ejemplos refiere Ripamonti, advirtiendo haberlos escogido, no porque fuesen los más horrorosos entre tantos como sucedían diariamente, sino porque de los dos había sido testigo de vista.

Un día de no sé qué festividad, un anciano más que octogenario, después de haber orado de rodillas en la iglesia de San Antonio, quiso sentarse, para lo cual quitó antes con la capa el polvo del banco.

—¡Ese viejo está untando los bancos! —gritaron algunas mujeres que vieron el acto.

Arrojáronse al infeliz las gentes que se hallaban en la iglesia, sin reparar en el sitio, y arrancándole las canas, le magullaron a puñetazos y patadas, arrastrándole fuera casi muerto para llevarle a la cárcel, delante del juez, y al fin al suplicio. «Yo le vi arrastrado de aquella manera —dice Ripamonti—, y aunque no supe lo que sucedió después, creo que el desgraciado, según estaba, no viviría sino muy pocos minutos.»

El segundo caso, que se verificó el día siguiente, fue muy extraordinario, pero no tan funesto. Tres jóvenes franceses, a saber, un literato, un pintor y un maquinista, que habían pasado a Italia con objeto de verla y dedicarse al estudio de las antigüedades, y a buscar medios de ganar, estaban examinando con atención, desde un punto en que se habían colocado, lo exterior de la catedral. De las gentes que al pasar se paraban también a mirar, se formó un corrillo, sin que ninguno perdiese de vista a los tres jóvenes, que por el traje, el peinado y las carteras o estuches manifestaban ser extranjeros, y lo peor franceses. Estos, para asegurarse de que cierta parte de la pared era de mármol, alargaron la mano para tocarla. Bastó esto para que fuesen arrollados, maltratados, atados y conducidos a golpes a la cárcel. No fue poca fortuna para ellos el que el Palacio de justicia estuviese cerca de la catedral, y no lo fue menos el que se les declarase inocentes y se les pusiese en libertad.

Semejantes desórdenes no sólo sucedían en la ciudad, sino que el frenesí se había propagado lo mismo que el contagio. Al viajero a quien encontraban los aldeanos fuera del camino real, o veían parado en él, discurriendo entre sí, o tendido a descansar; al hombre desconocido en quien notaban alguna cosa extraña en el rostro o en el traje, le calificaban al momento de untador, y a la primera voz de un cualquiera, o al aviso de un muchacho, tocaban a rebato, todo el mundo acudía, y los infelices eran cruelmente apedreados o presos, y conducidos con improperios y golpes a la cárcel, que entonces podía considerarse hasta cierto punto como puerto de salvación.

El Ayuntamiento entretanto, no desalentado por la negativa del sabio Arzobispo, repitió sus instancias, que el público tumultuosamente apoyaba. Persistió todavía algún tiempo el Arzobispo, procurando disuadir de aquel intento a las gentes, y esto fue todo lo que pudo hacer el buen sentido de aquel ilustre varón contra la razón de los tiempos y la insistencia de muchos. Atendido el estado de las opiniones de entonces, y la idea exagerada del peligro, muy lejos de la evidencia que alcanzamos en el día nosotros, no es dificultoso comprender cómo sus buenas razones pudieron también ser sojuzgadas en su mente por los males de los demás; y si en el haber cedido tuvo o no parte alguna debilidad, son misterios del corazón humano.

A la verdad, si hay casos en que parece que se pueda atribuir en un todo el error al entendimiento, y disculpar la conciencia, es cuando se trata de las pocas personas (y del número de éstas fue el Arzobispo) en que se ve en el discurso de su vida una obediencia ciega a su conciencia, sin miramiento a intereses personales de especie alguna. Cedió, pues, a las repetidas instancias, consintiendo no sólo en que se hiciese la procesión, sino también en que la urna en que estaba depositado el cuerpo de San Carlos quedase expuesta por espacio de ocho días a la veneración pública, en el altar mayor de la catedral, conforme al voto y deseo de la muchedumbre.

No hallo que la Junta de Sanidad hiciese oposición ni reclamación alguna, limitándose solamente a tomar algunas precauciones que, sin apartar el peligro, indicaban los inconvenientes. Aumentó las disposiciones para que nadie entrase en la ciudad, mandando, a fin de asegurar su ejecución, que estuviesen cerradas las puertas, y con el objeto de impedir la reunión de los apestados y sospechosos, dispuso que se clavasen las de las casas aisladas, las cuales, si en

semejantes asuntos se puede dar crédito a la desnuda aserción de un escritor de aquel tiempo, eran unas quinientas.

Empleáronse tres días en preparativos, y el 11 de junio al amanecer salió de la catedral la procesión. Precedíala un numeroso pueblo, la mayor parte mujeres, cubiertas el rostro con grandes velos, y muchas de ellas descalzas y con hábito de penitencia. Seguían los gremios con sus estandartes, las cofradías con sus trajes de varias formas y colores, luego las comunidades religiosas, y el clero secular, todos con velas encendidas. En el medio, entre el esplendor de mayor número de luces, y mayor y más alta armonía de cantos, y bajo de un riquísimo dosel, venía la urna que llevaban alternativamente cuatro canónigos con grande aparato. Por los costados de cristal se divisaba el venerado cadáver envuelto en magníficas vestiduras pontificales, y la cabeza con mitra, y entre las formas mutiladas y descompuestas, podía aun distinguirse algún vestigio de sus antiguas facciones, como le representan las estampas, y como algunos se acordaban de haberle visto y reverenciado cuando vivía. Detrás de los restos mortales del difunto pastor (dice Ripamonti, de quien principalmente tomamos esta descripción), y próximo a él, tanto por méritos, como por dignidad y parentesco, iba el arzobispo Federico Borromeo. Seguía otra parte del clero, y luego los magistrados en el paraje de mayor ceremonia, y después la nobleza, parte con toda la pompa propia de una solemne función religiosa, y parte en señal de penitencia, con hábitos de duelo, descalzos, el cuerpo cubierto de sayal, y la capucha sobre el rostro, y todos con grandes hachas encendidas en la mano; últimamente cerraba la procesión una inmensa muchedumbre de toda clase de personas.

Todas las calles estaban adornadas con lujo y profusión de riquezas. Los poderosos habían sacado sus utensilios más preciosos, y las personas acomodadas y la ciudad habían adornado las casas pobres. En algunos parajes, en lugar de colgaduras, y en otros sobre ellas pendían riquísimos pabellones de finas telas; en todas partes se veían cuadros, inscripciones y empresas, ocupando la delantera de las ventanas vasos, antigüedades, con otros objetos de valor y mérito, y en todas partes inmensa cantidad de luces. Desde varias de aquellas ventanas miraban la pompa muchos enfermos incomunicados, uniendo sus preces con las de la comitiva. En las demás calles, silencio y soledad, a excepción de que algunos también desde las ventanas tendían el oído al murmullo lejano de la procesión, y otros habían subido a los tejados, contándose hasta las monjas, para ver si desde lejos podían divisar la urna, la comitiva u otra cualquiera cosa de aquella solemne función.

Pasó la procesión por todos los cuarteles de la ciudad, haciendo en las plazuelas y encrucijadas un descanso, en que se colocaba la urna al lado de una cruz, que en cada una de dichas plazuelas y encrucijadas mandó plantar San Carlos en la epidemia anterior, y de las cuales algunas existen aun; por manera que la procesión no volvió a la catedral hasta mucho después del mediodía.

Y he aquí que el día siguiente, cuando aun reinaba la presuntuosa confianza, y en muchos la fanática seguridad de que la procesión debía haber cortado la peste, creció el número de los muertos en cada clase y en cada barrio de la ciudad, tan excesiva y súbitamente, que pocos hubo que no encontrasen la causa de tan funesto aumento en la misma procesión; pero ¡cuán terrible es la fuerza de una preocupación general! Lejos de atribuirse aquel efecto a la excesiva y prolongada aglomeración del pueblo, y a la multiplicación de los contactos eventuales, la mayor parte de la gente lo atribuía a la facilidad que debieron encontrar los untadores para realizar su inicuo designio. Se dijo que, confundidos en la turba, habían infestado con su ungüento a cuantas personas pudieron; pero como este no parecía medio suficiente para mortandad tan vasta y en todas las clases de la población, y como, a lo que parece, no había sido posible a la penetración misma de la sospecha hallar mancha alguna, ni ninguna especie de ungüento en toda la carrera, se acudió para la explicación del hecho al medio antiguo, y recibido entonces en la ciencia común de Europa, de los polvos venenosos y maléficos, y se dijo que semejantes polvos, esparcidos por toda la carrera, y principalmente en los parajes de las estaciones, se habían pegado a las larguísimas faldas de los vestidos, y mucho más a los pies, que gran número de personas llevaban en aquel día desnudos.

«Vióse, pues, dice un escritor contemporáneo, el mismo día de la procesión, la piedad luchar con la impiedad, la perfidia con la sencillez, la pérdida con la adquisición.» Y realmente era el pobre entendimiento humano que luchaba con fantasmas fraguadas por su misma fantasía.

Desde aquel día fue aumentando cada vez más el furor del mal; en poco tiempo no hubo casa libre; la población del Lazareto subió, según afirma Somaglia, de dos mil a doce mil enfermos, y progresivamente llegó, como todos aseguran, hasta diez y seis mil. El 4 de julio, por lo que encuentro en una carta de la Junta de Sanidad al Capitán general, los muertos pasaban diariamente de quinientos: más adelante, en la mayor fuerza de la enfermedad, llegaron y continuaron, según el cálculo más general, de mil doscientos a mil trescientos, y si hemos de dar crédito a Tadino, pasaron alguna vez de tres mil y quinientos.

Cualquiera podrá hacerse cargo de la angustia del Ayuntamiento, sobre el cual había cargado el peso de proveer a las necesidades públicas, y acudir a lo que era indispensable en tamaña calamidad. Era preciso reponer cada día y aumentar dependientes de varias clases. En primer lugar, los sepultureros, que, por denominación antigua y de origen oscuro, se llamaban *monatos*, y cuyo oficio era el duro y peligroso de sacar de las casas, calles y Lazareto los cadáveres, acarrearlos a la fosa y enterrarlos, conducir al Lazareto a los enfermos y quemar o purgar las ropas infestadas o sospechosas; en segundo lugar, ciertos sirvientes llamados descubridores, cuyo oficio era ir delante de los carros, avisando con una campanilla a los que pasaban para que se retirasen; luego los comisarios que mandaban a unos y otros bajo las órdenes inmediatas de la Junta. Había que tener provisto el Lazareto de médicos, cirujanos, medicinas, víveres y de cuanto se necesitase en una enfermería; y era igualmente indispensable buscar y aprontar nuevo alojamiento a los nuevos huéspedes. Con este motivo se mandaron construir casillas de madera y paja en el interior del Lazareto: otro nuevo se estableció también con casillas y cabañas, cerrado con tablas y capaz de contener cuatro mil personas; y no bastando éstos, se acordó que se formasen otros dos, los cuales, aunque empezados, por falta de medios quedaron sin concluir. Los medios, las personas y el ánimo iban disminuyendo a medida que se aumentaban las necesidades.

Y no sólo la ejecución quedaba siempre inferior a los proyectos y a las órdenes; no sólo a muchas necesidades reconocidas por urgentes se proveía escasamente hasta de palabra, sino que llegó a tal punto la impotencia y la desesperación, que a varias de las más precisas no se acudía ni poco ni mucho.

Por ejemplo, moría por falta de asistencia una infinidad de niños, cuyas madres habían perecido en el contagio: la Junta propuso que se estableciese una casa de asilo para ellos y las mujeres pobres próximas a parir; pero nada pudo adelantar. Era justo, no obstante, dice Tadino, compadecer al Ayuntamiento, pues se hallaba en la mayor angustia, triste y acosado por la soldadesca, sin subordinación ni respeto alguno, y mucho menos en el infeliz Ducado, en razón a que ni otro auxilio ni otra contestación se pudo conseguir del Capitán general, sino que, hallándose en tiempo de guerra, era indispensable tratar bien al soldado. ¿Tanto importaba tomar a Casal? ¿Tan hermosa parecía la gloria de vencer, cualquiera que fuese la causa y el objeto por el cual se peleaba?

Hallándose ya atestada la inmensa, pero única fosa abierta cerca del Lazareto, y quedando de consiguiente en muchos puntos sin enterrar los nuevos y numerosos cadáveres que daba de si cada día, los magistrados, después de haber buscado inútilmente brazos para esta faena, se vieron reducidos a confesar que no sabían ya de qué medios valerse. El presidente de la Junta de Sanidad hasta con lágrimas los imploró de los dos beneméritos religiosos que gobernaban el Lazareto. El padre Miguel se comprometió a darle en cuatro días limpia de cadáveres la ciudad, y en ocho lo que bastase, no sólo para la urgencia presente, sino también para lo que la más triste previsión pudiese suponer para lo futuro. Con un fraile compañero y oficiales que le facilitó el Presidente, salió de la ciudad en busca de aldeanos, y parte con la autoridad de la Junta, parte con la de su hábito y sus palabras, reunió unos doscientos de ellos, que distribuyó para cavar en tres distintos puntos;

despachó luego del Lazareto sepultureros para recoger los muertos, por manera que en el día señalado se vio cumplida su palabra.

En una ocasión quedó el Lazareto sin médicos, y con el ofrecimiento de crecidos sueldos y honores, apenas y no tan presto, se consiguieron algunos, pero en número muy inferior al que se necesitaba. Con frecuencia se halló también el Lazareto tan escaso de víveres, que se temió que las gentes muriesen de hambre; más de una vez, mientras se buscaban medios para adquirir comestibles o dinero, esperando apenas encontrarlos, o temiendo que no fuese a tiempo, llegaron oportunamente subsidios por donativo inesperado de compasión privada, porque en medio del estupor general y de la indiferencia con respecto a los demás, dimanada de tener cada uno que temer continuamente por sí, hubo almas siempre dispuestas a la caridad, otras hubo cuya caridad nació al cesar toda alegría terrenal, así como en el estrago y fuga de muchos, a quienes tocaba vigilar y disponer, hubo siempre algunos que, gozando salud corporal, se mantuvieron con valor firmes en su puesto, y otros, en fin, que animados por la caridad, tomaron sobre sí y desempeñaron animosamente cargos a que por su oficio no estaban obligados.

Donde resplandeció más y con mayor generalidad el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponían las circunstancias, fue en los eclesiásticos. Los Lazaretos y la ciudad jamás carecieron de su asistencia. En donde había aflicciones, allí se hallaban; siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos. Con los auxilios espirituales, suministraban según sus medios los temporales, haciendo todos los servicios que se exigió de ellos. Más de sesenta párrocos de la ciudad murieron de peste, esto es, de cada nueve, ocho.

Animábalos a todos con las palabras y el ejemplo el Arzobispo, como era de esperar de su generoso carácter. Habiendo perecido en torno suyo casi toda su familia, y estimulado por parientes y magistrados, y aun por príncipes vecinos, para que se retirase del riesgo a alguna quinta solitaria, desechó el consejo y las instancias con el mismo ánimo con que escribiendo a los párrocos les decía: «Estad prontos a abandonar esta vida mortal, más bien que esta familia, estos hijos nuestros; marchad gustosos contra la peste, como a una fiesta, como a un premio, cuando haya que ganar un alma a Jesucristo.» Al paso que no omitía ninguna de aquellas precauciones que no le impedían cumplir con su obligación, sobre cuyo objeto dio también instrucciones y reglas al clero, no huyó ni hizo caso del peligro, cuando para hacer bien era necesario arrostrarlo.

Sin hablar de los eclesiásticos con los cuales estaba siempre dispuesto a alabar y dirigir su celo, a estimular a los que andaban tibios, y a enviarlos a los puntos en que otros habían perecido, quiso que tuviesen fácil acceso a su persona todos los que lo necesitasen. Visitaba los Lazaretos para consolar a los enfermos y animar a los que los asistían. Recorría la ciudad, socorriendo a los infelices reclusos en sus casas, parándose en sus puertas y debajo de sus ventanas a oír sus lamentos, para darles palabras de consuelo y de aliento. Se metió y vivió en medio del contagio, admirándose él mismo al último de haber salido ileso.

De esta manera, en las calamidades públicas y en los largos trastornos de cualquier orden de cosas, se ve siempre un aumento, un exceso de virtud; pero por desgracia le acompaña de ordinario un aumento más general de perversidad, y esto también se notó en aquella ocasión. Los malvados a quienes no alcanzaba o no aterraba la peste, no sólo hallaron en la confusión general y en la enervación de la fuerza pública una nueva ocasión de actividad con mayor confianza de eludir el castigo, sino que el uso de la misma fuerza pública vino a parar en manos de los peores de entre ellos.

No aspiraban regularmente al destino de sepulturero, y de otros de igual clase, sino hombres en quienes tenía más fuerza el aliciente del robo y de la licencia que el temor del contagio y cierta repugnancia natural. Habíanseles dado reglas muy estrechas, intimado severísimas penas y puesto sobrestantes y comisarios, y para vigilar a estos y a aquellos dependientes, magistrados y caballeros en todos los barrios, con autoridad para providenciar sumariamente en toda ocurrencia de buen

gobierno. Semejante sistema caminó bien y surtió buen efecto hasta cierto punto; pero con el aumento de los muertos, la dispersión y atolondramiento de los que sobrevivían, vino aquella gentualla a quedar como libre de todo freno, y principalmente los *monatos*. Entraban como dueños o como enemigos en las casas, y sin hablar del saqueo y del modo como trataban a los infelices que por la peste tenían que pasar por aquellas inmundas manos, las ponían sobre los sanos, sobre los hijos, los parientes, las mujeres y los maridos, amenazándolos con que los arrastrarían al Lazareto, si no se rescataban al precio que ellos mismos establecían. Otras veces vendían sus servicios, negándose a llevarse cadáveres ya corrompidos, a menos que no se les diesen tantos escudos. Se dijo (y entre la credulidad de unos y la perversidad de otros, es igualmente aventurado creer y dejar de creer), se dijo, y Tadino lo asegura, que los *monatos* y sus acompañantes dejaban caer expresamente de los carros las ropas infestadas para propagar y prolongar la pestilencia, que para ellos era una India. Otros malvados, fingiéndose sepultureros con campanillas en los pies, que era el distintivo de éstos, el cual además servía para avisar de que se acercaban, se introducían en las casas, en donde cometían extorsiones de todo género. En algunas, que estaban abiertas sin habitantes, o únicamente con algún moribundo, entraban ladrones, llevándose cuanto había, y en otras se metían los esbirros, cometiendo igualmente vejaciones inauditas.

Con la perversidad creció también la demencia. Todos los errores dominantes adquirieron con la perturbación y agitación de las gentes una fuerza extraordinaria, y se extendió más precipitadamente su aplicación, contribuyendo todos a engrandecer el delirio especial de los untamientos, el cual en sus efectos y desahogos era con frecuencia, como hemos visto, otra nueva perversidad. La idea de aquel supuesto peligro angustiaba los ánimos mucho más que el peligro real; «y mientras —dice Ripamonti— los cadáveres, o los montones de cadáveres, siempre presentes y entre los pies, hacían de toda la ciudad un inmenso féretro, presentaba todavía mayor y más funesta deformidad el recíproco encarnizamiento, el desenfreno y la monstruosidad de las sospechas… No sólo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped, sino que infundían terror hasta los vínculos y nombres más sagrados para el hombre en sociedad, como son los de marido y mujer, de padre e hijo, y de hermano y hermana, y, causa horror el decirlo, la mesa doméstica y el tálamo nupcial se temían como sitios de asechanza, o como escondrijos de veneno.»

La imaginada extensión y lo extraordinario de la trama turbaban los entendimientos, alterando todas las relaciones de recíproca confianza. Además de la ambición y la codicia, que al principio se supusieron el móvil de los untadores, se ideó y creyó después que había en el untar cierto placer diabólico, cierto aliciente que dominaba la voluntad. Los delirios de los enfermos que se acusaban a sí mismos de los que temieron de los demás, se tenían por revelaciones, y hacían que a todos se les creyese capaces de todo. Y más que las palabras, debían causar efecto las acciones, si sucedía que enfermos delirantes ejecutaban aquellos actos que se suponía deber hacer los untadores; cosa tan probable como propia para explicar a un tiempo la persuasión general y las aserciones de muchos escritores. Del mismo modo, en el largo y funesto período de las inquisiciones religiosas y judiciarias contra las brujerías, las confesiones de los acusados, no siempre arrancadas por el tormento, contribuyeron no poco a promover y arraigar la opinión que reinaba sobre el particular; porque cuando una opinión extendida reina largo tiempo, se expresa de todos modos, busca todas las salidas, corre por todos los grados de la persuasión, y es difícil que todos o los más crean que se ejecuta una cosa extraña, sin que aparezca alguno que se persuada que la hace él mismo.

Entre los cuentos a que dio origen aquel delirio de los untamientos, hay uno que merece referirse por el crédito que adquirió, y lo que se propagó por todas partes. Contábase, no por todos de un mismo modo (que entonces sería demasiado privilegio para una fábula), pero con corta diferencia, que una persona había visto cierto día pararse en la plaza de la Catedral un coche con seis caballos, y en él con gran comitiva un personaje de noble aspecto, pero ceñudo y de color cobreño, los ojos encendidos, el cabello erizado y ademán amenazador. Convidada la indicada persona a meterse en el coche, lo verificó, y después de haber atravesado unas cuantas calles, se hizo alto a la puerta de un gran palacio. Allí bajó del coche, y habiendo entrado con los demás en el

palacio, encontró amenidad y horrores, desiertos y jardines, calabozos y magníficos salones, y en ellos fantasmas sentadas en conferencia. Últimamente, le enseñaron grandísimos cajones de dinero, diciéndole que tomase la porción que apeteciese, y al mismo tiempo si quería admitir un bote de ungüento para ir untando por la ciudad, a lo que habiéndose negado, se encontró de repente en el mismo paraje de donde le habían sacado.

Esta historia, creída en general, y no suficientemente puesta en ridículo por algunos sabios, corrió por toda la Italia y fuera, y en Alemania se sacaron estampas de ella. El elector arzobispo de Maguncia escribió al cardenal Borromeo preguntándole qué era lo que debía creerse de los portentos que se contaban de Milán, y la contestación fue que todos eran delirios.

De igual valor, aunque no enteramente de igual naturaleza, eran los sueños de los sabios; pero igualmente desastrosos sus efectos. Encontraba la mayor parte de ellos el anuncio y la causa de aquella calamidad en un cometa que apareció el año de 1628, y en la conjunción de Saturno con Júpiter, «inclinando dicha conjunción —dice Tadino— sobre el año de 1630, con tanta claridad, que cada uno podía comprenderla: *Mortales parat morbos, miranda videntur*.» Esta predicción, fabricada no sé cuándo ni de quién, estaba, como dice Ripamonti, en la boca de cuantos eran capaces de proferirla.

Otro cometa que apareció en junio del mismo año de la peste se tuvo, no sólo por un nuevo aviso, sino por una prueba manifiesta de los untamientos. Por desgracia no faltaban libros de que sacar muchos ejemplos de peste, según decían, manufacturada: citaban a Tito Livio, a Tácito, a Dion; pero ¿qué digo? hasta a Homero y Ovidio, y otros muchos antiguos que han contado hechos semejantes. En cuanto a autores modernos harta abundancia había. Citaban más de cien autores, que han tratado ex-profeso, o hablado por incidencia, de venenos maléficos, untos, polvos, etc. Citaban a Calepino, a Cardano, a Gavino, a Salio, a Pareo, a Eschechico, a Zachias, y, para acabar, al fatal del Río, el cual, si la nombradía de los autores estuviese en razón del bien y del mal que produjeron sus obras, debería ser uno de los más afamados, a aquel del Rio, cuyas elucubraciones costaron la vida a más hombres que las hazañas de un conquistador, a aquel del Río, cuyas disquisiciones mágicas (la quinta esencia de cuantos desvaríos se habían publicado hasta su tiempo sobre esta materia), habiendo llegado a ser el texto de más autoridad y más irrefragable de todos, fueron por espacio de más de un siglo la norma y el impulso poderoso de horribles y multiplicados asesinatos legales.

De las invenciones del vulgo ignorante tomaba la gente culta lo que podía acomodarse a sus ideas, y de las invenciones de la gente culta tomaba el vulgo lo que podía comprender a su modo, y de todo se formaba una masa indigesta de irritación pública.

Pero lo que más admira es el ver a los médicos que desde el principio habían asegurado que había peste, y especialmente a Tadino, que la había pronosticado, y la había visto entrar sin dejar de seguirla en sus progresos; que había dicho y predicado que era peste, que con el contacto se contraía, y que si no se acudía presto al remedio, resultaría un contagio general, verle luego deducir de estos mismos efectos un argumento en apoyo de la existencia de las unturas maléficas y venenosas; ver a este mismo Tadino, que miró como accidente de la enfermedad el delirio de Carlos Corona, que fue el segundo que murió de peste, como hemos visto, alegar en prueba de las unturas y de una conjuración diabólica el testimonio de dos personas, que aseguraban haber oído a un enfermo amigo suyo contar como una noche se habían introducido en su alcoba ciertas personas, ofreciéndole salud y dinero, con tal que se comprometiese a untar las casas de la vecindad, y que habiéndose negado tenazmente a cometer semejante delito, aquellas personas habían salido, quedando en su lugar un lobo debajo de la cama, y sobre ella tres gatazos, que permanecieron allí hasta el amanecer. Si semejante modo de raciocinar hubiera sido de un hombre solo, pudiera atribuirse a su estolidez particular, y no habría necesidad de hacer mención del hecho; pero como fue de muchos, es preciso considerarla como parte de la historia del entendimiento humano, y de ella se puede inferir cómo una serie de ideas coordinada y racional puede ser trastornada por otra

serie que se interponga. Conviene tener presente que el referido Tadino era uno de los hombres de más opinión de su tiempo.

Dos ilustres y beneméritos escritores, Verri y Muratori, aseguran que el cardenal Federico dudaba del hecho de los untamientos. Quisiéramos nosotros extender más la alabanza de su gloriosa memoria, y presentar aquel buen prelado, tanto en esto como en otras no pocas cosas, muy diferente de la turba de sus contemporáneos; pero no podemos dejar de ver en él con harto pesar un nuevo ejemplo del poderosísimo influjo que tienen las opiniones comunes aun en los entendimientos más despejados. Hemos visto, a lo menos por el modo con que Ripamonti refiere sus pensamientos, cómo verdaderamente dudó al principio, y cómo luego creyó siempre que en aquella opinión tenían gran parte la exageración, la ignorancia, el miedo y el deseo de disculpar el descuido en prevenirse contra el contagio; pero al mismo tiempo opinó que había alguna cosa de cierto. En la Biblioteca Ambrosiana se conserva un opúsculo escrito de su propia mano acerca de la peste, y he aquí uno de los pasajes en que se manifiesta terminantemente esta opinión: «Acerca del modo de componer y esparcir semejantes ungüentos, muchas y distintas cosas se decían, de las cuales unas tenemos por verdaderas, al paso que otras nos parecen enteramente imaginarias.»

Hubo, no obstante, algunos que hasta el fin y siempre opinaron que todo era imaginario, y esto no lo sabemos por ellos, porque ninguno se atrevió a publicar una opinión tan opuesta a la del público, sino por los escritores que la ridiculizaron y refutaron como una preocupación, como un error que, aunque no osaba manifestarse, no dejaba de existir; y lo sabemos también por quien consultó la tradición.

«He hallado en Milán —dice el célebre Muratori en su escrito acerca del gobierno de la peste —, personas ilustradas que por las sensatas relaciones de sus padres no creían cierto el hecho de las unturas venenosas.» En esto se ve que este era un desahogo secreto de la verdad, un razonamiento doméstico: se ve en suma que había buen sentido; pero que se mantenía oculto por temor del sentido común.

Los magistrados, disminuidos cada día, aturdidos y confusos, empleaban aquella poca vigilancia y resolución de que eran capaces en buscar a los untadores, y desgraciadamente creyeron haber encontrado algunos. Los procesos que en su consecuencia se formaron, a la verdad ni fueron los primeros de esta clase, ni se pueden considerar como una cosa rara en la historia de la jurisprudencia. Dejando aparte la antigüedad, nos ceñiremos a indicar algunos rasgos de tiempos más inmediatos a la época de que tratamos. En Ginebra en 1530, 1545 y 1574; en Casal de Monferrato en 1536; en Padua en 1555; en Turín en 1599; en Palermo en 1526, y otra vez en Turín en el mismo año de 1630, fueron juzgados y condenados a suplicios, en lo general atrocísimos, muchos individuos, en unas partes más, y en otras menos, como reos de haber propagado la peste con polvos, ungüentos, maleficios o todas estas cosas juntas; pero como el asunto de los untamientos de Milán fue quizá el que tuvo más fama y duró más tiempo, es quizá el más digno de que se analice, por haber quedado documentos más extensos y circunstanciados. Y aunque el ya citado ilustre Verri ha tratado este punto en sus *Observaciones acerca del tormento*, como su objeto no ha sido escribir su historia, sino sacar razones para un asunto más noble e importante, nos ha parecido que dicha historia podría ser materia de un nuevo trabajo; pero ésta no es cosa de pocas palabras, y el desempeñarla con la extensión que merece nos llevaría demasiado lejos. Además de que después de haber parado el lector su atención en estos hechos, ciertamente no tendría grande empeño en saber los que quedan de nuestra relación; y así reservándolos para otro escrito, volveremos a nuestros personajes para no separarnos ya de ellos hasta el fin de sus aventuras.

XXXIII.
Expiaciones.

Una noche de las últimas de agosto, cuando estaba la peste en su mayor fuerza, volvía D. Rodrigo a su casa de Milán con el fiel *Canoso*, uno de los tres o cuatro que de toda la familia le habían quedado vivos. Venía de una concurrencia de amigos que solían reunirse para pasar en bulla la melancolía de la época, y cada vez concurrían algunos nuevos, y faltaban no pocos de los antiguos. Aquel día fue D. Rodrigo uno de los más alegres, habiendo hecho reír mucho a los concurrentes con una especie de oración fúnebre que pronunció en elogio del conde Atilio, a quien dos días antes había arrebatado la peste.

Sin embargo, sentía caminando cierta desazón, abatimiento, debilidad de piernas, dificultad en la respiración y un ardor interior, que quería atribuir en todo a la velada, al vino y a la estación. Nada dijo en todo el camino, y al llegar a casa, la primera palabra fue la de mandar al *Canoso* que le alumbrase a su aposento. Hallándose en él, y notando el *Canoso* que la cara de su amo estaba alterada y encendida, y los ojos muy relucientes y saltones, se mantuvo distante, porque en aquellas circunstancias, cualquiera, en orden a la enfermedad, tenía la vista tan perspicaz como la de un médico.

—Bueno estoy, no te parezca —dijo D. Rodrigo, que leyó en la acción del *Canoso* lo que pasaba por su pensamiento—: estoy bueno; pero he bebido algo más de lo regular. ¡Había una malvasía!... ¡qué malvasía!... pero con un buen sueño todo pasa. Tengo muchísima gana de dormir... Quítame de ahí esa luz, que me deslumbra... me incomoda.

—¡Travesuras de la malvasía! —dijo el *Canoso* sin acercarse mucho— pero acuéstese vuestra señoría presto, que el dormir le hará provecho.

—Tienes razón, como pueda dormir un poco... por otra parte, yo estoy bueno. Desde luego ponme aquí cerca la campanilla, por si acaso necesitase de algo esta noche, y ten cuidado si oyes tocar; pero no creo tener que incomodarte... Llévate presto esa maldita luz.

Y mientras el *Canoso* cumplía la orden, acercándose lo menos posible, proseguía D. Rodrigo diciendo:

—¡Qué diablo! Es mucho lo que me incomoda.

Quitó la luz el *Canoso*, y dadas las buenas noches a su amo, se marchó aprisa mientras éste se metía en la cama.

Pero la colcha le pareció una montaña: echóla fuera y se recogió para dormir, porque efectivamente se moría de sueño. Pero apenas cerraba los ojos, despertaba sobresaltado, como si algún impertinente le empujara de improviso, y al mismo tiempo sentía aumentarse el calor y la agitación. Atribuíalo todo al agosto, a la malvasía y a la francachela; pero a esta idea venía siempre a suceder por sí misma la que entonces se agregaba a todas las demás, la que entraba, digámoslo así, por todos los sentidos, la que se entremetía en todos los discursos de los libertinos, a saber, la de la peste, idea de que entonces era más fácil burlarse que desecharla.

Por fin, después de batallar largo tiempo, se quedó dormido, y principió a tener los sueños más tétricos y funestos del mundo, y pasando de uno a otro, le pareció hallarse en una grande iglesia, muy adelante y entre una inmensa muchedumbre; sin saber él mismo cómo se había metido en ella, especialmente en aquel tiempo, de lo que estaba sobremanera pesaroso. Miraba a los concurrentes, y los veía a todos con rostro macilento, ojos encandilados, labios caídos y ropas desgarradas a jirones, descubriéndose por las roturas manchas amoratadas y bubones. Parecíale que les gritaba: «¡Atrás, canalla, apartarse!» mirando al mismo tiempo la puerta, que se hallaba muy distante, y acompañando la voz con gestos de amenaza, pero sin moverse, al contrario, encogiéndose por no tocar aquellos asquerosos cuerpos que demasiado le tocaban ya por todas partes. Sin embargo, todas aquellas fantasmas, lejos de apartarse, no sólo no daban muestra de

haberle oído, sino que se le echaban encima, y parecía que alguno con los codos o con otra cosa le comprimía el lado izquierdo entre el corazón y el sobaco, donde sentía una aguda punzada, que también se dejaba sentir con más fuerza si forcejaba para evitar semejante molestia. Enfurecido quiso echar mano a la espada, pero le pareció que con la apretura la espada se le había subido al cuerpo y que el pomo de ella era lo que le hería el lado del corazón. Metió la mano en aquella parte, y no sólo no encontró la espada, sino que al tocarse sintió una punzada mayor. Se enfurecía, sudaba y quería gritar más recio, cuando advirtió que todas aquellas caras se volvían a un lado. Miró él también, y vio un púlpito, y asomar no sé qué cosa convexa, lisa y relumbrante; luego la corona de un eclesiástico, dos ojos, una cara con unas barbas blancas y muy largas, y últimamente un capuchino hasta la cintura, el mismo fray Cristóbal. El cual, echada alrededor una mirada, le pareció a D. Rodrigo que clavaba en él la vista, levantando al propio tiempo la mano en el mismo ademán que tomó allá en la sala de su palacio. Él también levantó entonces la suya con furor, haciendo un esfuerzo para aferrar aquel brazo en el aire; pero la voz que bronca luchaba para salir de la garganta paró en un grito espantoso, y despertó D. Rodrigo.

Dejó caer el brazo que efectivamente tenía levantado, y no fue poco lo que le costó el acabar de volver en sí, y el abrir bien los ojos, porque la luz del día, ya muy avanzado, le mortificaba no menos que lo hizo la de la vela por la noche. Conoció su cama y su cuarto, se convenció de que todo había sido sueño, y ya la iglesia, la turba, el capuchino habían desaparecido, a excepción del dolor en el lado izquierdo. Palpitábale penosamente el corazón con fuerza no acostumbrada, le zumbaban los oídos, y sentía un ardor interior y gran pesadez en todos los miembros, peor que cuando se metió en la cama. Titubeó algún tiempo antes de mirar la parte dolorida; la descubrió por fin; horrorizado puso en ella la vista, y advirtió un asqueroso tumor amoratado.

Túvose en el acto por perdido: invadióle el terror de la muerte, y quizá más que el de la muerte el de caer en las manos de los *monatos* para ser conducido y arrojado al Lazareto. Y discurriendo acerca del modo de evitar tan horrible suerte, se confundía su imaginación notando que por momentos se le perturbaba el sentido, y que pronto le quedaría a lo más el suficiente conocimiento para entregarse a la desesperación. Echó mano arrebatadamente de la campanilla y la sacudió con violencia. Presentóse el *Canoso*, que ya estaba en acecho, se paró a corta distancia de la cama, y mirando con atención a su amo, se confirmó en lo que la noche antes había conjeturado.

Incorporóse D. Rodrigo con trabajo, y sentándose con fatiga en la cama, le dijo:

—¡*Canoso*! tú fuiste siempre el que más mereció mi confianza.

—Sí, señor.

—Siempre te he hecho mucho bien.

—Bondad que le debo a vuestra señoría.

—¿Podré fiarme de ti?

—¡Vaya, señor!

—¡*Canoso*, estoy malo!

—Ya lo he conocido.

—Si me pones bueno, haré por ti más de lo que he hecho hasta ahora.

Nada contestó el *Canoso*, aguardando en qué iba a parar aquel preámbulo.

—De nadie quiero fiarme sino de ti —prosiguió D. Rodrigo—. Hazme un favor, *Canoso*.

—Mande vuestra señoría —dijo el *Canoso*, contestando con la fórmula acostumbrada a aquella no acostumbrada propuesta.

—¿Sabes tú dónde vive el cirujano Chiodo?

—Si señor, mucho.

—Es hombre honrado, que pagándole bien, ocultará mi enfermedad. Vete a llamarlo: dile que le daré cuatro o seis escudos por cada visita, y más si quiere; y que venga al momento. Haz bien la diligencia, de modo que nadie lo note.

—¡Bien pensado! —dijo el *Canoso*— Voy y vuelvo volando.

—Aguarda, *Canoso*: dáme antes un poco de agua: tengo un ardor interior que me devora.

—No, señor —contestó el *Canoso*—; nada sin que lo mande el facultativo. Estas enfermedades son endiabladas: no hay que perder tiempo. Estése vuestra señoría quieto, que en cuatro minutos estoy aquí con el cirujano.

Dicho esto, salió cerrando la puerta.

Acurrucado D. Rodrigo, le acompañaba con la imaginación, contando los pasos y calculando el tiempo. Miraba de cuando en cuando el costado izquierdo; pero al punto apartaba la vista con horror. Pasado un rato, comenzó a estar con el oído atento, aguardando por instantes al cirujano, y este esfuerzo de atención suspendía la sensación del mal, y tenía a raya los pensamientos, cuando de repente oye un sonido de campanillas que, aunque lejano, no parecía venir de la calle, sino del interior de la casa. Aplica más el oído, y lo oye más fuerte y más a menudo, y al mismo tiempo ruido de muchas pisadas.

Le pasa por la mente una horrible sospecha; se sienta en la cama; pone más atención, y oye en la pieza inmediata cierto golpe sordo como de cosa de peso que con cuidado se descarga en el suelo. Echa las piernas fuera de la cama en acto de levantarse; mira a la puerta, la ve abrirse, y ve entrar y acercarse dos vestidos encarnados, asquerosos y rotos, dos caras de hereje; en una palabra, dos sepultureros, y ve la mitad del rostro del *Canoso*, que oculto detrás de una puerta entornada, estaba en observación.

—¡Ah traidor infame!... ¡Fuera, canalla! ¿Blondin?... ¿Carlitos? ¡Socorro! Que me asesinan —grita D. Rodrigo.

Y metiendo la mano debajo de la cabecera, saca una pistola; pero ya al primer grito se habían arrojado a la cama los dos *monatos*, y el más listo, que ya estaba sobre él, le arranca de las manos la pistola, la arroja, le obliga a tenderse, y sujetándole en aquella postura, grita con tono de rabia y escarnio:

—¡Ah bribón! ¡contra los sepultureros!... ¡Contra los ministros de la junta! ¡contra los que ejercen las obras de misericordia!

—Tenle bien firme hasta que nos lo llevemos —dijo el compañero, dirigiéndose a un armario.

Y en esto entró el *Canoso*, y se puso con él a forzar la cerradura.

—¡Malvado! —gritaba a más no poder D. Rodrigo, mirándole por debajo del que lo tenía sujeto, y forcejando entre aquellos robustos brazos—. Dejadme —decía en seguida a los sepultureros— dejadme que mate a ese malvado, a ese pérfido, y luego haced de mi lo que queráis.

Llamaba luego a los demás criados; pero todo era inútil, pues el abominable *Canoso* los había enviado muy lejos con supuestas órdenes del mismo amo, antes de ir a proponer a los sepultureros aquella expedición y el repartimiento de los despojos.

—¡Quieto! ¡Quieto! —decía al malaventurado D. Rodrigo el sayón que le tenía clavado en la cama, y volviendo después la cara a los que estaban saqueando— ¡Cuidado! —les decía— ¡cuidado con hacer las cosas como hombres de bien!

—¡Tú! ¡tú! —decía enfurecido D. Rodrigo al *Canoso*, viéndole afanado en romperlo todo, y en sacar ropa y dinero, y repartirlo.— ¡Tú! Cuando... ¡Ah monstruo del infierno! Acuérdate que puedo curar: sí, puedo ponerme bueno.

Sin resollar el *Canoso*, ni siquiera se volvía a mirar de dónde venían aquellas palabras.

—Tenle bien firme —decía el sepulturero— está frenético.

En efecto, el infeliz vino a estarlo del todo. Después de un último y más violento esfuerzo de gritos y contorsiones, cayó sin fuerza y sin aliento, y como estúpido; sin embargo, miraba todavía como encantado, y de cuando en cuando hacia algún movimiento, con algunos lánguidos ayes.

Cogiéronle los *monatos* uno por los pies y otro por los hombros, y le trasladaron a una camilla que habían dejado en la pieza inmediata: el uno de ellos volvió luego a recoger el botín, y levantando después al infeliz D. Rodrigo se lo llevaron.

De lo que había quedado se detuvo el *Canoso* escogiendo lo que le pareció convenirle, hizo de todo un lío y tomó la puerta. Tuvo gran cuidado de no tocar a los sepultureros, y de que ellos no le tocasen; pero con el afán de hurgar y registrarlo todo, cogió del lado de la cama los vestidos del amo, y sin pensar en otra cosa, los sacudió para ver si había dinero; mas al otro día pagó su merecido, pues mientras estaba comiendo y emborrachándose en una taberna, le acometieron fuertes escalofríos, se le anublaron los ojos, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo. Abandonado de todos, fue a parar a manos de los *monatos*, los cuales, después de haberle quitado cuanto tenía de algún valor, lo echaron en un carro en que expiró antes de llegar al Lazareto, donde habían llevado a su amo.

Dejando ahora a D. Rodrigo en aquella morada de dolor, conviene ir en busca de otro, cuya historia jamás habría tenido relación alguna con la suya, a no haberse empeñado en ello a la fuerza; y aun se puede asegurar que no habría historia ni de uno ni de otro. Hablo de Lorenzo, a quien, bajo el nombre de Antonio Revuelta, dejamos en su nueva fábrica de seda.

A los cinco o seis meses, salvo error, de su permanencia en ella, habiéndose declarado enemigos la república de Venecia y la España, y habiendo cesado de consiguiente todo recelo de reclamaciones por parte de esta última potencia, se apresuró Bartolo a ir por él y a traerle otra vez consigo, tanto porque le quería, como porque siendo Lorenzo más inteligente y hábil en su oficio, era en una fábrica de grande utilidad y auxilio para el maestro principal, sin que pudiese jamás aspirar a este puesto por no saber escribir. Como esta razón entró algún tanto en el procedimiento de Bartolo, nos vemos precisados a indicarlo. Quizá nuestros lectores quisieran un Bartolo más ideal, esto es, distinto de lo que generalmente son los hombres: no sé qué decir a eso, sino que se lo fabriquen a su gusto. Aquél era como yo le describo.

Desde entonces quedó Lorenzo trabajando siempre con él. Más de una vez, y aun más de dos, especialmente después de haber recibido algunas de las cartas de Inés, se le metió en la cabeza el sentar plaza y abandonarlo todo: las ocasiones no faltaron, porque justamente entonces la república tuvo varias veces necesidad de alistar gente, y la tentación fue tanto más fuerte para Lorenzo, cuanto se habló de invadir el ducado de Milán, en cuyo caso no dejaría de parecerle una linda cosa volver a su casa como vencedor, ver de nuevo a Lucía, y entrar de una vez en explicaciones con ella; pero Bartolo supo siempre con buen modo disuadirle de semejante resolución.

—Si han de entrar —le decía— entrarán también sin ti, y tú podrás ir luego con toda comodidad y cuando quieras: y si vuelven con la cabeza rota, ¿no será mejor no haberse metido en semejante danza? No faltarán desesperados que vayan a este viaje; pero ¿cuánto les costará meter allí los pies? Yo por mi parte soy incrédulo. Estos ladran; pero ¡vaya! El Estado de Milán no es una guinda para tragárselo así como quiera. Se trata de la España, amigo mío; ¿sabes tú lo que es la España? San Marcos es fuerte en su casa; pero no basta. Ten paciencia. ¿No estás bien aquí? Yo bien comprendo lo que quieres decirme; pero si la cosa está de Dios, ella se hará, y mejor no haciendo desatinos. Algún santo te ayudará. Créeme, Lorenzo, ese oficio no es para ti. ¿Te parece que es lo mismo ir a matar gente que devanar seda? ¿Cómo te podrías avenir tú con los soldados? Para eso se necesitan hombres a propósito.

Otras veces pensaba Lorenzo ir a su país de oculto, disfrazado y con otro nombre; pero también de esta idea siempre supo distraerle Bartolo con razones muy fáciles de adivinar.

Declarada luego la peste en el ducado de Milán, y cabalmente, como hemos dicho, en la parte limítrofe con el país de Bérgamo, no tardó mucho en introducirse allí también... y... No hay que

asustarse, lectores míos, creyendo que yo me dispongo a referir igualmente la historia de ésta. Para el que la quisiere leer la hay escrita. Lo que yo iba a decir era que también Lorenzo contrajo la enfermedad, y se curó por sí sólo, que es lo mismo que decir que no hizo nada. De todos modos, estuvo a la muerte; pero su buena complexión resistió la fuerza del mal, y en pocos días se halló fuera de peligro. Con haber recobrado la salud se renovaron con más vigor en su ánimo los antiguos cuidados de la vida, los deseos, las esperanzas, los recuerdos y los proyectos, que es como si dijéramos que pensó más que nunca en Lucía.

«¿Qué será de ella —decía para sí— en un tiempo en que el vivir puede considerarse como una excepción? ¡En tan corta distancia no saberse nada! Y sabe Dios cuánto durará semejante incertidumbre!» Mas aun cuando esta se hubiese disipado, aun cuando pasado todo peligro hubiese sabido que Lucía estaba viva, quedaba siempre ese nudo que desatar, ese grave inconveniente del voto.

«Yo iré —decía para sí—, yo iré a informarme de todo —y esto lo decía cuando aun no podía tenerse en pie— siempre que viva... ¡Ah! quiera el cielo que viva, que encontrarla, yo la encontraré: de su propia boca oiré una vez qué es lo de esa promesa; le demostraré que no puede ser, y me la traeré conmigo, y también a esa buena Inés, si no ha muerto. ¡Pobrecilla! ¡Y cómo me ha querido siempre! Yo estoy seguro de que todavía me quiere... Pero ¿y la requisitoria? Mal será que los que han quedado vivos tengan ahora gana... Otras cosas llamarán su atención: ¡aquí mismo andan sueltos tantos perillanes que tienen mayores motivos que temer!... ¿Sólo para los bribones ha de haber salvoconducto?... Y en Milán, según dicen, la confusión llega a su colmo. Si dejo escapar ocasión tan buena, no vuelvo a encontrar otra.» Esta ocasión tan buena era nada menos que la peste, y aquí se ve de qué modo puede hacernos emplear las palabras el bendito instinto de contraerlo todo a nosotros mismos.

No pierdas la esperanza, amigo Lorenzo.

Apenas pudo andar y salir de su casa, se fue a buscar a Bartolo, el cual hasta entonces había conseguido librarse de la peste, y vivía retirado. No quiso entrar en su casa, sino que dándole una voz desde la calle, le hizo asomar a la ventana.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Bartolo— ¡Qué bien has escapado! ¡Cómo me alegro!

—Tengo todavía, como ves, bastante debilidad en las piernas, pero en cuanto al peligro, ya estamos libres.

—Quisiera yo hallarme como tú. Otras veces diciendo uno: estoy bueno, todo lo decía; pero ahora de nada sirve. La buena palabra es decir: estoy mejor.

Lorenzo después de haber animado a su primo con palabras de esperanza y buen vaticinio, le comunicó su resolución.

—Esta vez —contestó el primo— no me opongo a que te vayas. ¡Que Dios te acompañe y te bendiga! Procura librarte de la justicia, como yo procuraré librarme de la peste, y si Dios quiere que los dos salgamos bien, nos volveremos a ver.

—Por lo que mí toca, la vuelta es segura; ¡así pudiera no volver solo! Basta, veremos.

—Me alegraré que vuelvas acompañado; que si Dios quiere, trabajaremos todos; viviremos en amor y compañía. Falta que tú me encuentres vivo, y que haya pasado este infernal influjo.

—Sí, sí; espero que no tendrás novedad. No dudes que nos volveremos a ver.

—¡Dios lo haga! repito. Adiós, Lorenzo.

—Adiós, Bartolo.

Pasó Lorenzo varios días haciendo mucho ejercicio para adquirir fuerzas; y en cuanto le pareció que podía soportar el viaje, se dispuso a emprenderlo. Se ciñó al cuerpo debajo del vestido un cinto con sus cincuenta escudos, que tenía intactos, y de los cuales a nadie había dicho palabra, ni siquiera a Bartolo; agrególes otro dinerillo que había ahorrado, viviendo con grande economía;

cogió debajo del brazo un lío con alguna ropa; metió en el bolsillo un certificado de buena conducta, bajo el nombre de Antonio Revuelta, que le dio su segundo amo; en el de los calzones metió su gran cuchillo, que era lo menos que en aquel tiempo podía llevar un hombre de bien, y a últimos de agosto se puso en camino, tres días después de haber sido llevado al Lazareto D. Rodrigo. Dirigióse desde luego a Lecco, queriendo, antes de aventurarse a ir a Milán, pasar a su pueblo, en donde esperaba encontrar a Inés viva, y empezar allí a tomar alguna noticia de las cosas que tanto anhelaba saber.

Los pocos que habían curado de la peste, en medio de la población, se podían considerar como una clase privilegiada, y los que hasta entonces se habían preservado, vivían en continua zozobra, tristes, macilentos y recelosos, pues todo podía ser contra ellos arma de herida mortal.

Los primeros, por el contrario, sin ninguna especie de sobresalto (pues el tener dos veces la peste era caso, no raro, sino prodigioso), se paseaban con desembarazo y franqueza a manera de los caballeros de la Edad Media, que armados de punta en blanco, y montados en caballos también cubiertos de hierro, andaban (según su denominación de caballeros andantes) a tontas y a locas entre una pobre chusma pedestre de gente del pueblo, que sólo tenían andrajos para rechazar los golpes. ¡Famosa procesión para hacer el primer papel en un tratado de economía política!

Con igual seguridad, aunque acibarada a vista de tantas calamidades, caminaba Lorenzo hacia su casa bajo un cielo sereno y por un país hermoso, pero con el desconsuelo de no encontrar, después de largos trechos de una triste soledad, sino alguna sombra vagante en lugar de persona viva, o cadáveres conducidos al hoyo sin las acostumbradas exequias ni el patético son de cantos fúnebres. Como a cosa de la mitad del camino, se paró en un bosquecillo a comer un poco de pan y fiambre de que iba provisto. De fruta tenía a su disposición en todo lo largo del camino más de la necesaria: higos, albaricoques, ciruelas, sin más trabajo que entrar en un campo y tomarlas de las ramas, o coger del suelo las más maduras caídas bajo el árbol; porque además de que el año era extraordinariamente abundante de peras y manzanas, no había casi quien hiciese caso de ellas. Las uvas también eran tantas, que los racimos ocultaban las hojas, quedando a disposición del primero que quisiese cogerlas.

Al caer de la tarde divisó su pueblo. Aunque debía estar preparado a aquella vista, sintió no obstante un latido en su corazón. Acometiéronle de golpe mil recuerdos dolorosos y mil penosos presentimientos. Sonábale en los oídos aquel siniestro tocar a rebato que le acompañó y persiguió al huir de su país, y le afligía al mismo tiempo el mortal silencio que allí reinaba entonces. Turbóse sobremanera al desembocar en la plazuela de la iglesia; pero mayor debía ser la turbación que experimentase al llegar al término de su viaje; pues se había propuesto pasar a aquella casa que en tiempos más felices solía llamar de Lucía. Ahora todo lo más podía ser de Inés, y la única gracia que pedía al cielo era encontrarla viva y buena. En esa misma casa era donde tenía ánimo de hospedarse, conjeturando con razón que ya la suya no sería sino morada de insectos y ratones.

Para llegar, pues, a su destino sin atravesar el pueblo, tomó una senda a su espalda, la misma por donde vino en tan buena compañía aquella noche de feliz memoria en que trató de sorprender al Cura. A cosa de la mitad estaba por una parte la viña, y por la otra la casita de Lorenzo; así que de paso podía entrar en una y otra, para ver el estado de su hacienda.

Prosiguiendo su camino, no dejaba de mirar adelante, deseoso a un tiempo y temeroso de encontrar a alguno. A pocos pasos vio, con efecto, a un hombre en cuerpo de camisa, sentado en el suelo con las espaldas apoyadas en un seto de jazmines y con apariencia de insensato. Tanto por ésta como por la cara le pareció que era aquel zote de Gervasio que hubo de ser segundo testigo en la desgraciada expedición; pero acercándose vio que era en su lugar el despierto Antoñuelo que le había llevado. Quitándole la enfermedad el vigor del cuerpo y del espíritu, había dejado que se desarrollase en su rostro y todos sus actos un pequeño y oculto germen de semejanza que tenía con su desmemoriado hermano.

—¡Hola, Antoñuelo! —le dijo, parándose delante de él—; ¿eres tú?

Clavóle Antoñuelo los ojos en la cara sin mover la cabeza.

—¡Antoñuelo! ¿no me conoces?

—Al que le coge, le coge —contestó Antoñuelo, quedando luego con la boca abierta.

—¿Conque la tienes encima? ¡Pobre Antoñuelo! ¿Ya no me conoces?

—A quien le coge, le coge —replicó el pobre insensato con una necia sonrisa.

Viendo Lorenzo que nada más sacaría, pasó adelante muy contristado, cuando al volver una esquina vio venir una cosa negra, que conoció inmediatamente ser don Abundo.

Caminaba paso a paso con su bastón a modo de quien lleva y es recíprocamente llevado, y a medida que se acercaba, se iba advirtiendo en la palidez y flaqueza de su rostro, y en todas sus facciones, que él también había corrido su borrasca. Miraba él igualmente; le parecía, y no le parecía; notaba en el traje alguna cosa de forastero, y efectivamente era el traje del país de Bérgamo.

«No hay duda en que es él», dijo para sí, y levantó las manos al cielo en ademán de una admiración nada grata; y quedando suspendido en el aire el bastón que tenía en la mano derecha, se veían bailar en las mangas del vestido aquellos descarnados brazos que en otro tiempo las llenaban cumplidamente. Apresuróse Lorenzo a alcanzarle, y le hizo una reverencia; pues aunque se separaron la última vez como saben nuestros lectores, le miraba siempre como su Cura párroco.

—¡Conque estás aquí tú! —exclamó D. Abundo.

—Aquí estoy: ya usted lo ve. ¿Se sabe algo de Lucía?

—¿Qué quieres que sepa yo? Nada se sabe: está en Milán, digo, si todavía está en este mundo. Pero tú...

—¿Y su madre vive?

—Puede ser; pero ¿quién quieres tú que lo sepa? No está aquí; no obstante...

—¿Dónde se halla?

—Ha ido a vivir a Valsasina, en casa de aquellos parientes suyos de Pasturo, ya sabes. Dicen que allá la peste no hace tantos estragos como por acá. Pero tú... digo…

—Lo siento a la verdad. ¿Y el padre Cristóbal?

—Hace poco tiempo que marchó. Pero...

—Ya lo sabía; me lo escribieron. Preguntaba si había vuelto por acá.

—¡Disparate! Ya no se ha sabido más de él; pero tú…

—También es cosa que siento en el alma.

—¿Pero tú qué vienes a hacer por acá? ¡Válgame Dios! ¿Te has olvidado de la requisitoria?

—No importa. Ahora tienen otras cosas en que pensar. En fin, he querido venir a ver cómo está mi casa. ¿Y efectivamente no se sabe...?

—¿Qué quieres ver? Ya casi no queda nadie, ni nada. Y digo, con aquella requisitoria encima, venirse aquí, venirse a meter en la boca del lobo. ¡Vaya! ¡Qué poco juicio! Haz lo que te aconseja un viejo que tiene más experiencia que tú, y que te habla porque te estima. Átate bien los zapatos, y antes que alguien te vea, vuélvete a donde has estado hasta ahora, y si alguno te ha visto, vuélvete más aprisa. ¿Te parece que este es buen aire para ti? ¿No sabes que vinieron y revolvieron toda tu casa?

—Demasiado lo sé: ¡bribones!

—Pues bien...

—Si le digo a usted que no se me da cuidado. ¿Y aquel malvado vive? ¿Está aquí?

—Te digo que no hay nadie, te digo que no pienses en las cosas de aquí, te digo que...

—Pregunto si está aquí ese malvado.

—¡Válgame Dios! Mira cómo hablas. ¿Es posible que después de tanto como has sufrido no te hayas moderado?

—Pero ¿está o no está?

—Vaya; no está. Pero ¿y la peste, hijo mío, y la peste? ¿Quién en estos tiempos anda por el mundo?

—Si no hubiese más que la peste... digo para mí, que ya la he pasado, y estoy, y estoy horro.

—¿Pues luego?... ¿No son avisos estos? Cuando se ha salido de una borrasca semejante, bien se pueden dar gracias a Dios.

—¿Y quién dice que yo no se las doy?

—Y no meterse en otras. Haz, pues, lo que te digo.

—Y usted también, si no me engaño, la ha tenido.

—¡Sí, la he tenido! y muy fina. Estoy aquí por milagro. Basta decirte que me ha puesto como ves. Ahora era cuando necesitaba un poco de descanso para restablecerme. Ya empezaba a estar mejor... Por amor de Dios; ¿qué es lo que vienes a hacer aquí? Vuélvete...

—¿Qué empeño tiene usted en que me vuelva? Para volverme, más valía no haberme venido. Dice usted: ¿a qué vienes? ¿a qué vienes?... Vengo a mi casa: ¿tiene algo de extraño?

—¡Tu casa!

—Dígame usted: ¿ha muerto aquí mucha gente?

—¡Ay! ¡Ay! —exclamó D. Abundo.

Y empezando por Perpetua hizo una larga enumeración de personas y familias enteras. Bien lo recelaba Lorenzo; pero al oír tantos nombres de conocidos, de amigos y de parientes (sus padres los había perdido años hacía) estaba triste con la cabeza baja, y de cuando en cuando exclamaba:

—¡Pobrecillo!.., ¡pobrecilla!... ¡pobrecillos!

—¿Qué te parece? —continuo D. Abundo— y aun no se ha acabado. Si los que quedan no tienen juicio y no se dejan de locuras, hemos de ver el fin del mundo.

—Ya os entiendo. No tengáis cuidado, que no he de quedarme aquí.

—¡Gracias a Dios, ya te he convencido!

—Espero que no diga usted a nadie que me ha visto. Usted es mi párroco, yo una de sus ovejas, y no querrá venderme.

—Ya te entiendo —dijo D. Abundo, suspirando con enfado—; ya te entiendo; tú te has perdido, y ahora quieres perderme a mí también; ¿no estás contento con lo que has pasado, ni te basta lo que he pasado yo? Ya te entiendo.

Y barbotando continuo su camino.

Quedó allí Lorenzo triste y desconsolado, pensando en otro hospedaje. En la lista de los muertos que citó don Abundo, había una familia de labradores que arrebató entera el contagio, a excepción de un joven de la edad de Lorenzo, y su compañero desde la niñez. La casa estaba a poca distancia fuera del pueblo, y allí determinó buscar posada.

Llegado cerca de su viña, infirió desde afuera el estado en que se hallaría. No salía por encima de la cerca ni un ramo, ni una hoja de las que él había dejado, sino que todas eran hierbas crecidas en su ausencia. Acercóse a la entrada, que ya del portillo ni rastro siquiera había, y echando una ojeada alrededor, exclamó: «¡Pobre viña!» Durante dos inviernos consecutivos los vecinos del pueblo habían ido a hacer leña a ella. Cepas, moreras, frutales de toda especie, todo estaba arrancado, o cortado desde el pie; sin embargo, quedaban todavía los vestigios del antiguo cultivo: nuevos sarmientos en filas interrumpidas señalaban todavía las maltratadas ringleras, y aparecían de trecho en trecho retoños de moreras, albaricoques, perales, higueras y otros frutales; pero ahogados

y confundidos entre la espesa y enredada copia de ortigas, grama, zarzas y otras mil hierbas que los labriegos de todos los países han clasificado a su antojo con la denominación de malas hierbas.

No se detuvo Lorenzo largo tiempo en mirar aquel destrozo, y como su casa estaba inmediata, no pudo resistirse al ansia de verla. Entró por el huerto, donde, como en la viña, crecían, en lugar de hortalizas y flores, plantas parásitas. Puso el pie en el umbral de uno de los dos cuartos bajos, y al asomarse, vio huir pavorosas con el ruido de sus pisadas, y cruzarse en varias direcciones, corpulentas ratas, notando al mismo tiempo un hedor insoportable que despedía una capa de paja podrida y hedionda, la cual tendida por el suelo, había servido de cama a las tropas alemanas. Dio una mirada en rededor a las paredes, y las vio desconchadas, ahumadas y sucias; levantó los ojos al techo, y le halló cubierto de espesas y polvorosas telarañas.

No había otra cosa. Salió echándose las manos al pelo, volvió por el huerto y por el mismo camino por donde había entrado, y a los pocos pasos tomó una estrecha senda a la izquierda que conducía al campo, y sin encontrar alma viviente, llegó cerca de la casilla en donde pensaba parar. Iba anocheciendo; estaba su amigo sentado en un banquillo a la puerta de su casa, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos clavados en el cielo, a manera de un hombre abatido por las desgracias, y embrutecido por la soledad. Volvióse al oír pisadas, miró quién era, y según lo que le pareció ver entre dos luces y las ramas, se puso de pie, y con las manos levantadas, dijo en voz alta:

—Aquí estoy solo: ¿no hice bastante ayer? Déjame en paz, que también en eso harás una obra de misericordia.

No sabiendo Lorenzo qué quería decir, le contestó llamándole por su nombre.

—¡Lorenzo!… —dijo el amigo exclamando y preguntando a un tiempo.

—El mismo —contestó Lorenzo.

Y los dos corrieron el uno hacia el otro.

—¿Conque eres tú? —dijo el amigo en cuanto estuvieron cerca.— ¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte! ¿Quién lo creyera? Pensaba que era Pablito, el de los muertos, que no cesa de venir a molestarme para que vaya con él a enterrar. ¿Sabes que me he quedado solo, solito como un ermitaño?

—Demasiado lo sé —dijo Lorenzo.

Y de esta manera, trocando atropelladamente expresiones de afecto, preguntas y respuestas, fueron juntos a la casilla. Aquí, sin interrumpir el coloquio, se apresuró el amigo a obsequiar a Lorenzo del mejor modo posible en aquella sorpresa, y en aquel tiempo. Puso agua al fuego para hacer la polenta[18], y dejándosela encargada a Lorenzo, se marchó diciendo:

—¡Amigo, estoy solo!

Volvió en breve con un cantarillo de leche, un poco de carne salada y un par de rábanos, con higos y melocotones. Dispuesto todo, y volcada la polenta sobre la mesa, se sentaron los dos a ella, dándose recíprocamente las gracias, el uno por la visita, y el otro por la acogida; y al cabo de dos años de no verse, advirtieron en un momento que eran más amigos de lo que creyeron serlo cuando se veían casi todos los días, porque a los dos les habían sucedido algunas de aquellas cosas que dan a conocer qué bálsamo tan precioso es la benevolencia, tanto la que se experimenta, como la que se encuentra en otros.

A la verdad, nadie podía ocupar en el ánimo de Lorenzo el lugar de Inés, ni consolarle por su ausencia, no sólo por el antiguo y particular afecto que le profesaba, sino también porque entre las cosas que deseaba aclarar, había una de que ella sola tenía la clave. Estuvo algún tiempo dudando si ante todas cosas iría a buscarla, estando ya tan cerca; pero considerando que Inés nada podría saber de la salud de su hija, se confirmó en su primer propósito de ir en derechura a averiguarlo todo, arrostrando desde luego tan peligrosa empresa, para traer después la noticia a su madre. Supo

18 Gachas de harina de maíz bastante duras de que usan mucho los aldeanos y campesinos en la Lombardía.

también de su amigo muchas cosas que ignoraba, y se impuso bien de otras de que no tenía noticias exactas, no menos acerca de las aventuras de Lucía, que respecto de las persecuciones dirigidas contra él mismo, e igualmente cómo D. Rodrigo se había marchado, rabo entre piernas, sin que hubiese vuelto a parecer en el país, y, en fin, todo aquel conjunto de sucesos. Aprendió también (y no era para él negocio de poca monta) a pronunciar claramente el apellido de D. Ferrante, que aunque Inés se lo hizo escribir por su secretario, estaba de tal modo escrito, y tal explicación le dio su intérprete de Bérgamo, que si con aquella palabra hubiese ido a buscarle a Milán, probablemente no habría encontrado quien le comprendiese, y, sin embargo, aquel era el único rastro que podía dirigirle para saber de Lucía. Por lo que toca a la justicia, pudo cerciorarse de que no era peligro muy próximo para que pudiese darle cuidado. El señor *Podestá* había muerto de la peste: no se sabía cuándo enviarían un sucesor: a casi todos los esbirros se los había llevado igualmente la trampa, y los que quedaban no estaban para pensar en cosas añejas.

También Lorenzo contó a su amigo sus aventuras, recibiendo en trueque mil historias del paso de las tropas, de la peste, de los untadores y de los maleficios.

—¡Qué cosas tan tristes! —prosiguió el amigo, acompañando a Lorenzo a un cuartito en lo alto, que la peste había dejado limpio de habitantes— cosas que jamás hubiéramos pensado ver; cosas que nos dejarán desconsolados por toda la vida; sin embargo, se encuentra algún alivio en hablar de ellas entre amigos.

Al ser de día ya estaban abajo los dos, y Lorenzo en ademán y disposición de viaje con su cinto debajo de la ropa, su gran cuchillo en la faltriquera de los calzones, y en lo demás ligero y desembarazado. El lío lo dejó en poder de su huésped, diciéndole:

—Si salgo bien, si la encuentro viva, si... basta; vuelvo por aquí, y corro a Pasturo a dar la buena noticia a la pobre Inés, y luego... Pero si por desgracia, que Dios no quiera... entonces... no sé lo que haré, no sé dónde iré; pero seguramente por estas partes no me volveréis a ver.

Y hablando de esta manera, de pie en la puerta que daba al campo, miraba en rededor, con la cabeza levantada, la aurora de su país, que en tanto tiempo no había visto. Animóle su amigo con vaticinios lisonjeros y palabras de esperanza. Quiso que tomase alguna provisión para aquel día, y después de haberle acompañado largo trecho de camino, le despidió con nuevos presagios.

Tomó Lorenzo el camino poco a poco, pues sólo quería llegar aquella noche a las inmediaciones de Milán, para entrar la mañana siguiente y comenzar desde luego sus investigaciones. No hubo novedad alguna en el viaje, ni cosa que llamase particularmente su atención, a no ser las acostumbradas miserias y calamidades. Paróse como el día anterior en un bosquecillo a descansar un poco y tomar algún alimento. En Monza, pasando por una tienda en que vendían panes, pidió un par de ellos para en todo caso no hallarse desprevenido. Intimidándole el tendero que no entrase, le acercó por medio de una paleta una cazuela con agua y vinagre, diciéndole que echase en ella el dinero, y hecho esto, le dio con unas tenazas los dos panes, de los cuales metió Lorenzo uno en cada bolsillo.

Al caer de la tarde llegó a Greco sin saber su nombre; sin embargo, entre lo que aun se acordaba de los sitios, a consecuencia del viaje pasado, y el cálculo del trecho andado desde Monza, conjeturando que debía estar muy cerca de la ciudad, salió del camino real para buscar en el campo algún cortijo o caserío en que pasar la noche, pues ya no quería nada con hosterías. Encontró más de lo que buscaba. Vio abierta la entrada de un seto que cercaba una casería, y habiendo entrado, advirtió que la casa estaba sin gente.

En un rincón de un gran pórtico había mucho heno amontonado y una escalera de manos. Miró varias veces alrededor, y observando que nadie se presentaba, se aventuró a subir por la escalera al heno, sobre el cual, resuelto a pasar allí la noche, se quedó dormido para no despertarse hasta el alba. Al amanecer se acercó a gatas a la orilla de aquella gran cama, echó la cabeza fuera, y no viendo tampoco persona alguna, bajó por donde había subido, se metió por caminos excusados,

tomando por norte la catedral, y después de una brevísima caminata, vino a desembocar debajo de las murallas de Milán, entre la Puerta Oriental y la Puerta Nueva, muy próximo a ésta.

XXXIV.
Pesquisas.

Acerca del modo de entrar en la ciudad, Lorenzo había oído decir, así en confuso, que había una orden rigurosísima: que a nadie era permitida la entrada sin boleta de sanidad; pero que con todo entraba fácilmente el que sabía ayudarse algún poco, y aprovechar la ocasión oportuna. Esto era cierto, y aun dejando aparte las causas generales que contribuían a que en aquel tiempo toda orden fuese poco obedecida, y sin contar las particularidades que dificultaban la rigurosa ejecución de ésta, era tal el estado de Milán, que era difícil no ver que no había para qué guardarlas ni de quién, y que cualquiera que se aventurase a penetrar en la ciudad podía parecer más bien poco cuidadoso de su salud, que perjudicial a la de los habitantes.

Con estas noticias, el proyecto de Lorenzo era de intentar la entrada por la primera puerta a que llegase, y encontrando allí alguna dificultad, dar vuelta por afuera hasta dar con otra puerta por donde consiguiese introducirse, y sabe Dios cuántas puertas se figuraba que tendría Milán.

Llegado, pues, a vista de la muralla, se paró allí un poco, mirando en derredor, a manera del que no sabiendo a donde le convenga mejor dirigirse, parece que aguarda y pide a cualquier incidente algún indicio. Pero ni a su derecha ni a su izquierda veía otra cosa sino dos trozos de una calle torcida; al frente una parte de la muralla, y por ningún lado señal de alma viviente, sino que sólo en lo alto de un terraplén veía elevarse una densa columna de humo oscuro y craso, que saliendo se extendía formando grandes globos, y se disipaba luego por el aire, pardo y tranquilo. Eran camas, ropas y utensilios infectos que estaban quemando; y de estas hogueras había muchas, no sólo allí, sino en otras partes de la muralla.

El tiempo estaba cerrado, el aire grueso, y el cielo cubierto de una niebla igual y espesa que parecía negar el sol, sin prometer la lluvia. La campiña alrededor parte inculta, toda árida; la verdura descolorida, y ni siquiera una gota de rocío sobre las hojas lacias y caídas. Además aquella soledad y aquel silencio tan cerca de una inmensa masa de habitantes, añadían un nuevo motivo de consternación a las inquietudes de Lorenzo y contribuían a que fuesen más tétricos sus pensamientos.

Después de haber permanecido algunos instantes en este estado de incertidumbre, tomó a la derecha a la ventura hacia la Puerta Nueva, que aunque inmediata, no podía descubrirla a causa de un baluarte que la ocultaba. A los pocos pasos principió a llegar a sus oídos un retintín de campanillas que por intervalos cesaba, y volvía a empezar, y luego alguna voz humana. Caminó adelante, y al volver el ángulo del baluarte, la primera cosa que se le presentó en la explanada delante de la puerta, fue una casucha de madera, y a la puerta un centinela, apoyado en el mosquete con aire de cansancio y descuido. Tenía a la espalda una estacada con una gran puerta, esto es, dos pilastras que sostenían un tejadillo para preservar del agua la puerta de madera, que estaba de par en par abierta, igualmente que el postigo. Pero a la sazón delante de la puerta se hallaba justamente un triste impedimento, a saber, una parihuela en el suelo, en la cual dos sepultureros colocaban a un pobre para llevárselo, y era el principal de los guardas, a quien había acometido poco antes la peste. Paróse Lorenzo en donde estaba, aguardando el fin de esta ceremonia.

Acabada con la salida del cadáver, y no pareciendo nadie a cerrar el postigo, le pareció tiempo de hacer su ensayo. Dirigióse apresuradamente a él; pero el centinela con un mal gesto le dijo: «¡Eh!» Paróse Lorenzo en dos pies, y haciéndole del ojo, sacó una moneda, enseñándosela al descuido. El centinela, bien fuese por haber tenido ya la peste, o bien porque tuviese más cariño a la

plata que miedo al contagio, le hizo seña de que se la echase, y viéndola caer a sus pies, dijo entre dientes: «Ea, pasa aprisa.» No aguardó Lorenzo a que se lo dijese dos veces; pasó la estacada, pasó la puerta, y marchó adelante sin que nadie lo advirtiese, o hiciese caso de él; pero apenas habría andado unos cuarenta pasos, cuando oyó detrás otro grito de un guarda. A éste hizo que no oía, y en lugar de volverse, aceleró el paso. «¡Eh!» gritó de nuevo el guarda con una voz que indicaba más bien coraje que gana de hacerse obedecer, y viendo que el otro no hacía caso, se encogió de hombros, y volvió a su covacha, como hombre que tenía más interés en no acercarse demasiado a los pasajeros, que en preguntarles quiénes eran.

La calle, entrando por aquella puerta, corría entonces, como ahora, derecha hasta el canal llamado el Naviglio, y sus orillas las formaban cercas de huertas, iglesias, conventos y pocas casas. Al remate de ella, y en medio de la que costea el canal, había una cruz llamada de San Eusebio, y por más que Lorenzo miraba adelante, no veía sino aquella cruz. Llegado a la encrucijada que cae casi en el medio de la calle, y echando la vista a derecha e izquierda, vio a la derecha, en la gran calle que se llama de Santa Teresa, a un habitante que venía hacia él.

«¡Gracias a Dios! —dijo para sí— que aquí viene un cristiano»; y entró inmediatamente en aquella calle con ánimo de tomar lengua del hombre que se aproximaba. Éste también miraba de lejos como espantado al forastero, tanto más, cuanto advirtió que en vez de ir a sus negocios se le iba acercando. Cuando Lorenzo se halló a poca distancia, se quitó su sombrero, como serrano de buena crianza, y se dirigió más directamente al desconocido, el cual, entonces, poniendo los ojos en blanco dio un paso atrás, levantó un gran palo con punta de hierro que tenía en la mano, y poniéndoselo al pecho a Lorenzo, empezó a gritar:

—¡Fuera! ¡fuera! ¡a un lado!

—¡Hola! ¿qué es esto? —gritó también Lorenzo, apartándose al mismo tiempo, y no teniendo de ningún modo gana, como decía luego al contar el lance, de entrar en disputas en aquel momento; volvió la espalda al descortés, y siguió su camino, o por mejor decir, la calle en donde estaba.

El suyo siguió también el hombre del palo, como furibundo y mirando atrás con frecuencia, y llegado a su casa, contó como se le había acercado un «untador» con modales de hipócrita cortesía, la cara de impostor y su botecito de unto, o el cucurucho de los polvos, que en esto no estaba bien cierto, y que sin duda le hubiera hecho el tiro, a no haberle sabido apartar.

—Si llega a acercarse más aquel pícaro —añadió— le ensarto antes que me tocase el bulto. La desgracia fue que estábamos en un paraje muy solitario; que si nos hubiésemos hallado en medio de Milán, llamo gente, y hago que se le echen encima; y no me queda duda de que se le hubiera hallado el infame tósigo en el sombrero; pero como allí estábamos solos, no hice poco en librarme sin buscar tres pies al gato, porque últimamente, unos pocos polvos se echan presto, y esos malvados tienen mucha habilidad, y además que el demonio les ayuda. Ya estará andando por Milán, y Dios sabe el destrozo que estará haciendo.

Este hombre mientras vivió,.que fueron muchos años, siempre que se hablaba de «untadores», repetía su caso y añadía: «Los que todavía sostienen que no es cierto no vendrán a decírmelo a mí; porque las cosas para hablar de ellas es necesario haberlas visto como yo.»

Lejos Lorenzo de figurarse el riesgo de que se había escapado, y movido más de indignación que de miedo, discurría en el camino acerca de aquella acogida, y suponía poco más o menos el concepto que aquél hombre habría formado de su persona; pero la cosa le parecía tan fuera de razón, que se persuadió de que aquél no podía menos de ser un loco. «Sin embargo —decía para sí — la empresa empieza mal, muy mal: parece que hay una estrella fatal para mí en este Milán. Al entrar todo va perfectamente; pero así que estoy dentro, se amontonan los contratiempos uno tras otro. Basta... Con la ayuda de Dios... Si encuentro... si llego a encontrar... todo lo daré por bien empleado.»

Llegado al puente, torció sin titubear a la izquierda por la calle llamada de San Marcos, pareciéndole que aquella debía conducir a lo interior de la ciudad; y prosiguiendo su camino volvía los ojos a todas partes, para ver si encontraba alguna alma viviente; pero sólo vio un cadáver desfigurado en el angosto foso que corre por algún trecho entre la calle y unas pocas casas, que entonces eran menos. Pasado aquel trecho, oyó ciertas voces que al parecer le llamaban, y levantando los ojos hacia la parte de donde venían, vio a corta distancia, en un balcón de una casucha aislada, a una pobre mujer rodeada de unos cuantos niños, la cual, llamándole todavía, le hacía señas de que se acercase. Acudió Lorenzo al momento, y estando ya cerca:

—Joven honrado —le dijo la mujer— ¿querrá usted hacernos la caridad, ¡así le ayude Dios! de avisar al Comisario de que hoy se han olvidado de nosotros? Nos han encerrado aquí como sospechosos, porque mi pobre marido ha muerto; han clavado la puerta, como usted ve, y desde ayer mañana ninguno ha venido a traerme de comer. Hasta ahora no ha pasado una alma que me haga esta caridad, y estos pobres inocentes se están muriendo de hambre.

—¡De hambre! —exclamó Lorenzo, y echando mano a los bolsillos, sacó los dos panes diciendo:— eche usted alguna cuerda para subirlos.

—Dios se lo pague: aguarde usted un momento —dijo la mujer.

Y fue a buscar un canastillo y una cuerdecilla, como lo hizo. Acordóse entonces Lorenzo de los panes que encontró cerca de la cruz de San Dionisio, y decía para sí: «Esta es una restitución, y quizá mejor que si yo hubiera hallado su propio dueño, porque ésta es además una obra de misericordia.»

—En cuanto a lo que usted me dice, buena mujer, acerca del Comisario —prosiguió Lorenzo— siento no poder servir a usted, porque soy forastero y no tengo conocimiento alguno de este país; pero como encuentre algún hombre humano y bastante accesible para poderle hablar, se lo diré sin falta alguna.

Suplicóle la mujer que no dejase de hacerlo, y le dijo el nombre de la calle para que supiese indicarlo.

—También usted —repuso Lorenzo— puede hacerme una caridad, sin que le sirva de molestia. ¿Sabrá usted darme razón de unos señores de Milán, la casa de***?

—Yo bien sé —contestó la mujer que hay estos señores en Milán; pero no sé la calle: siguiendo por allí, no dejará usted de encontrar quien le dé noticias: cuidado no se olvide de nosotros.

—No tenga usted miedo —dijo Lorenzo, y prosiguió su camino.

A cada paso oía aumentarse y acercarse un ruido que ya empezó a notar cuando estaba parado hablando con la mujer, ruido de ruedas, caballos y campanillas, y de cuando en cuando chasquidos de látigo y muchas voces.

Miraba adelante sin divisar cosa alguna, hasta que llegado al fin de aquella torcida calle, al desembocar en la plaza de San Marcos, la primera cosa que se presentó a su vista fueron dos vigas levantadas horizontalmente con unas cuantas garruchas colgando de ellas, y no tardó en conocer que era (cosa muy común en aquel tiempo) el abominable tormento. Esta máquina de diabólica invención, no sólo estaba puesta en aquel paraje, sino en todas las plazas y calles más espaciosas, para que los diputados de cada cuartel de la ciudad, autorizados ampliamente con las facultades más arbitrarias, pudiesen mandar aplicar a ella cualquiera que juzgasen merecer semejante castigo, con especialidad encerrados que quebrantasen la reclusión, o dependientes que faltasen a su deber. Era este uno de aquellos remedios excesivos e ineficaces que en aquel tiempo, y particularmente en circunstancias como aquellas, se empleaban con tanta profusión como abuso.

Mientras estaba Lorenzo mirando aquel instrumento y oyendo acercarse aquel ruido, ve asomar por la esquina de la iglesia a un hombre tocando una campanilla, y detrás dos caballos que alargando el cuello e hincando las patas, venían arrastrando fatigosamente un carro de muertos, al

cual seguían otros tres, yendo al lado de los caballos varios *monatos* que los arreaban a latigazos, golpes y votos. Estaban los cadáveres la mayor parte en carnes, algunos mal envueltos en asquerosas sábanas, y todos amontonados y envueltos a manera de un grupo de culebras que lentamente se desarrollan al suave calor de la primavera. A cada tropiezo, a cada sacudimiento del carro, temblaban aquellas inanimadas masas, desarreglándose descompuestamente, y se veían cabezas quedar colgando, soltarse virginales cabelleras, y brazos pendientes ir golpeando sobre las ruedas, indicando a la vista, ya horrorizada, hasta qué punto podía aumentarse la repugnancia y fealdad de semejante espectáculo.

Entretanto, parado el joven en aquel ángulo de la plaza, al lado de la barrera del canal, rezaba por aquellos muertos desconocidos, cuando de repente le ocurre un pensamiento terrible... «Si allí... si entre esos... ¡Ay Dios! no lo permitáis: borrad, Señor, de mi imaginación semejante idea.»

En cuanto desapareció el fúnebre tren, echó a andar Lorenzo y atravesó la plaza, tomando la calle de la izquierda a la orilla del canal, sin otro motivo para elegirla que el haber tomado los carros el lado opuesto. A los cuatro pasos tomó a la derecha el puente Marcelino, y por aquella tortuosa angostura fue a dar a la calle de Borgonovo; y mirando delante siempre con el objeto de hallar alguno de quien tomar lenguas, vio al otro extremo de la calle a un sacerdote en balandrán, que con un bastón en la mano estaba de pie arrimado a una puerta entornada, con la cabeza baja y el oído aplicado a la rendija, y poco después le vio levantar la maño y dar la bendición. Conjeturó que acababa de confesar a alguno, como en efecto era así, dijo en su interior: «Éste es mi hombre. Si un cura en sus funciones no tiene un poco de caridad y de buen modo, será menester decir que ya nada de eso queda en este mundo.»

El cura, entretanto, habiéndose separado de aquella puerta, venía hacia Lorenzo, caminando con mucha precaución por el medio de la calle. Así que Lorenzo estuvo a cuatro o cinco pasos de distancia, se quitó su sombrero, le indicó que deseaba hablarle, parándose al mismo tiempo en ademán de darle a entender que no trataba de acercársele indiscretamente. Paróse el sacerdote igualmente como para oír, plantando, sin embargo, su bastón en el suelo delante de sí, para que en cierto modo le sirviese de baluarte. Hizo Lorenzo su pregunta, a la cual satisfizo el cura, no sólo nombrándole la calle donde estaba la casa por la cual preguntaba, sino que también, viendo que el pobre necesitaba de itinerario, se lo trazó con bastante claridad, indicándole, a fuerza de derechas e izquierdas, de iglesias y de cruces, las otras seis u ocho calles que le faltaban para llegar a la que buscaba.

—Dios le conserve a usted la salud en estos tiempos, y siempre —dijo Lorenzo.

Y antes que el sacerdote se ausentase, le pidió otro acto de caridad en favor de la infeliz mujer olvidada en su casa. Diole las gracias el caritativo eclesiástico, por haberle ofrecido la ocasión de proporcionar tan necesario auxilio a una desgraciada familia, y diciendo que iba inmediatamente a avisar a quien correspondía, prosiguió su camino.

Lorenzo también echó a andar después de hacerle una reverencia, y en el camino iba repitiendo en su mente el itinerario para tener que preguntar lo menos que fuese posible; pero no es fácil figurarse cuán penosa era para él semejante operación, no tanto por ser complicada, cuanto por una nueva agitación que sobrevino en su ánimo. Conmoviéronle el nombre de la calle y las señas, sin embargo de que no sólo era la noticia que tanto deseaba, y sin la cual eran inútiles todas sus diligencias, sino que tampoco se le dijo cosa que fuese de mal agüero, ni que pudiese hacerle sospechar alguna desgracia: ¿pero qué? la idea algo más distinta de un término inmediato en que iba a salir de una gran duda, y en que oiría decir: «vive, o ha muerto», le acometió con tanta fuerza, que en aquel momento hubiera preferido estar a oscuras de todo, y aun al principio de su viaje, próximo a concluirse; no obstante, cobró ánimo, diciendo entre sí: «¿Qué es esto? si ahora empezamos a hacer niñerías, ¿qué será en adelante?» Animado, pues, algún tanto, siguió su camino internándose en la ciudad.

¡Qué ciudad! pero ¿a qué traer a la memoria ahora lo que era el año anterior, cuando el hambre?

Tenía justamente que pasar Lorenzo por el paraje de más aflicción, por el estrago de la enfermedad, esto es, por la encrucijada llamada el Carrobio de Puerta Nueva, donde entonces había una cruz en la extremidad de la calle y frente de ella, al lado del sitio en que se halla ahora San Francisco de Paula, una iglesia antigua con la denominación de Santa Anastasia. Tal destrozo había hecho en aquel punto la furia del contagio y la infección de los cadáveres, que los pocos habitantes que habían sobrevivido se vieron obligados a ausentarse; por manera que al paso que hería la vista del pasajero aquel aspecto de soledad y abandono, excitaban en su ánimo mil diferentes afectos las señales y las reliquias del pasado desastre. Apresuró Lorenzo el paso, consolándose con la idea de que no debía estar tan inmediato el paraje a que se dirigía, y con la esperanza de que antes de llegar a él, encontraría cambiada a lo menos en parte la escena. En efecto, a los pocos pasos llegó a un punto que podía llamarse ciudad de vivientes; pero también, ¡qué ciudad! ¡y qué vivientes!

Cerradas por sospecha o por temor todas las puertas, a excepción de las que, por deshabitadas o por invasión, estaban de par en par abiertas, otras clavadas y selladas por fuera por haber en la casa gente enferma o muerta de la peste, otras marcadas con cruces, hechas con carbón, para indicar a los sepultureros que había muertos que recoger, y todo allí más expuesto a la ventura que en otra parte, según el humor del comisario de Sanidad, u otro dependiente que, encontrándose allí, quisiese ejecutar las órdenes, o cometer vejaciones. Tropezábase por todas partes con vendas purulentas, paja apestando, sábanas y andrajos asquerosos, no pocas veces con cadáveres de personas muertas repentinamente en la calle, o dejados en ella para que los recogiera un carro, o caídos de los carros mismos, o arrojados por las ventanas. ¡Tal era el estado de embrutecimiento a que había reducido los ánimos la perversidad e insistencia del contagio, extinguiendo en ellos todo estímulo de compasión y de respeto social! Cesado todo estrépito de talleres, todo ruido de coches, todo pregón de vendedores, todo murmullo de gente, rara vez sucedía que interrumpiese aquel mortal silencio otra cosa sino el rechinar de los carros fúnebres, las quejas de los mendigos, los lamentos de los enfermos, los gritos de los frenéticos y las voces de los sepultureros. Al amanecer, al mediodía y al anochecer, daba una campana de la catedral el aviso para rezar ciertas oraciones dispuestas por el Arzobispo: respondían a aquella señal las campanas de las demás iglesias, y entonces era de ver asomarse las gentes a las ventanas y rezar en común, y era de oír un susurro de voces y gemidos que, al paso que infundían tristeza, no dejaban de causar algún consuelo.

Muertas en aquella hora quizá las dos terceras partes de los vecinos, fugados, o padeciendo una gran parte de los restantes, reducido a nada el concurso de afuera, de los pocos que andaban por las calles apenas se encontraba uno en quien no se manifestase algo de extraño, lo suficiente para indicar una funesta mudanza. Veíanse las personas más calificadas sin capa, parte esencialísima entonces de todo traje decente, sin sotana los eclesiásticos, sin hábito los frailes, en una palabra, desterrada toda forma de vestido que, extendiéndose con el aire, pudiese tocar alguna cosa, o facilitar (que era lo que más se temía) su oficio a los untadores. Fuera de este cuidado de llevar la ropa muy ceñida al cuerpo, todos iban desaliñados y descompuestos, con las barbas muy largas los que las llevaban atusadas, o crecidísimas los que solían afeitarse, como también largo y desgreñado el cabello, no sólo por aquel abandono que dimana de un continuado abatimiento, sino también porque se tenían por sospechosos los barberos, sobre todo desde que fue preso y condenado a muerte como untador famoso uno de ellos llamado Juan Jacobo Mora, nombre que conservó por largo tiempo gran celebridad de infamia, siendo así que la merecería mucho mayor y más justa de lástima. Casi todos llevaban en la mano un palo, y algunos una pistola, como para amenazar a cualquiera que quisiese acercarse demasiado, y en la otra pastillas de olor, o bolas huecas de madera o metal con esponjas dentro empapadas en vinagre medicinal, las cuales aplicaban de cuando en cuando a las narices. Otros llevaban al cuello un pomito con un poco de azogue que renovaban de tiempo en tiempo, persuadidos de que este metal tenía la virtud de absorber y retener todo efluvio pestilencial. Los caballeros mismos no sólo andaban por las calles sin su acostumbrado

acompañamiento, sino que se les veía con su esportillo en el brazo ir comprando las cosas necesarias al sustento de la vida. Cuando dos amigos se encontraban en la calle se saludaban de lejos por señas y de prisa. Tenían todos mucho que hacer para no tropezar en los asquerosos y mortíferos objetos de que estaba sembrado a veces enteramente el suelo. Cada uno procuraba ir por medio de la calle, temiendo siempre algún tropiezo, o que cayese de las ventanas algún cadáver, u otro peso funesto, como igualmente los polvos venenosos que, según decían, a veces se habían dejado caer de allí sobre los pasajeros, o recelando que las paredes pudiesen estar untadas. De esta manera la ignorancia cautelosa fuera de tiempo añadía ahora angustias a angustias, e infundía falsos temores en lugar de los racionales y saludables que desechó al principio.

Esto era lo menos espantoso y menos lastimero que cercaba a los sanos y a los que tenían alguna conveniencia.

Nosotros, después de tantas imágenes de miseria, y pensando en otra aun más grave que tenemos que recorrer, no nos detendremos en describir el cuadro que presentaban los apestados que andaban arrastrando por las calles o yacían en ellas, como eran los mendigos, los niños y las mujeres. Este cuadro era tal, que el que lo miraba podía considerar como una especie de doloroso consuelo lo que a los distantes y a nosotros se nos presenta a primera vista como el colmo de los males, esto es, el ver a qué corto número se redujeron los vivos.

Por entre esta desolación había ya andado Lorenzo una gran parte de su camino, cuando a pocos pasos de una calle por donde debía torcer, oyó un confuso bullicio en el cual sobresalía aquel acostumbrado horrible campanilleo.

A la entrada de la calle, que era de las más espaciosas, vio en el medio de ella cuatro carros parados, y la misma baraúnda que se advierte en un mercado de granos, de ir y venir gente, de llevar y cargar sacos: tal era la bulla en aquel punto. Los sepultureros que se metían en las casas, sepultureros que salían con una carga en el hombro que echaban sobre uno u otro carro; algunos con traje encarnado; otros sin este distintivo, y muchos con otro más odioso de plumas y cintas de varios colores, que aquellos hombres soeces llevaban a modo de demostración festiva en tanto luto. Salía de cuando en cuando de alguna ventana la voz lúgubre de: «Aquí, *monato*»; y con voz todavía más siniestra, salía de aquel funesto enjambre la contestación de «ahora, ahora»; o en su lugar eran quejas de vecinos para que se apresurasen, a las cuales respondían los sepultureros con votos y blasfemias.

Entrando Lorenzo en la calle, aceleraba el paso, procurando no mirar aquellos estorbos, sino en cuanto era necesario para no dar en ellos, cuando su vista vagarosa tropezó en un objeto de una compasión que excitaba a contemplarle; por lo cual se paró casi contra su voluntad. Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se dirigía a los carros una mujer, cuyo rostro, al paso que anunciaba juventud, ofrecía rastros de una hermosura no destruida, pero alterada por los rigores de una profunda aflicción y una mortal languidez, de aquella hermosura suave, pero majestuosa, que brilla en el suelo de la Lombardía. Caminaba con fatiga, mas no con abandono; lágrimas no salían de sus ojos; pero en ellos se veían las señales de haberlas derramado sin consuelo. Notábase en su dolor un no sé qué de sublime y de profundo, que indicaba un alma capaz de arrostrarlo. Pero no era sólo su aspecto lo que en tanta suma de males excitaba tan particularmente la conmiseración y reanimaba en su favor este sentimiento ya casi embotado en los corazones. Tenía en los brazos una niña de unos nueve años de edad, muerta, pero compuesta con esmero, el cabello dividido en la frente, el traje blanco, cual si estuviera ataviada para una fiesta de largo tiempo prometida como premio.

Teníala, no tendida, sino sentada en el brazo izquierdo, arrimada a su pecho, como si estuviese viva, sino que sólo una manecita blanca como la cera colgaba de un lado sin movimiento, descansando la cabeza sobre el hombro de la madre con un abandono distinto del del sueño: he dicho de la madre, pues aun cuando la semejanza de los rostros no hubiese acreditado que lo era, lo habría dado a conocer el dolor que expresaba en el suyo.

Se acerca a la mujer un zafio sepulturero en acto de quitarle de los brazos aquel peso querido, con una especie de involuntaria irresolución y desacostumbrado respeto; pero retirándose la mujer algún tanto, sin manifestar sin embargo ni desprecio ni enfado:

—No —dijo—: no la toquéis ahora; quiero colocarla en el carro yo misma; tomad: —diciendo esto, abrió la mano, enseñó un bolsillo, y lo dejó caer en la que le alargó el *monato*, prosiguiendo en estos términos:— Prometedme que ni una hilacha le quitaréis de lo que tiene encima, ni permitiréis que otro la toque, enterrándola así como se halla.»

Púsose el *monato* la mano al pecho, y luego apresurado y casi obsequioso, no tanto por la inesperada propina, como por un sentimiento de conmiseración para él nuevo, se esmeró en hacer un poco de lugar en un carro, donde poner a la niña difunta. Después de dar a ésta la mujer un beso en la frente, la colocó en aquel sitio como en una cama; compuso bien su ropilla, tendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo:

—¡Adiós, Cecilia! ¡Descansa en paz! También nosotros iremos esta noche para no separarnos nunca. Ruega, en tanto, por nosotros, que yo rogaré por ti y por los demás; —y vuelta luego al sepulturero, añadió—: Cuando esta tarde volváis a pasar por aquí, subiréis por mí, y no por mí sola.

Dicho esto, se metió en su casa, y casi al momento se presentó en el balcón teniendo en sus brazos otra niña más tierna, y que aunque viva, mostraba en el rostro todas las señales de la muerte. Allí se mantuvo contemplando las deplorables exequias de la mayor, hasta que echando a andar el carro, la perdió de vista y se retiró luego. En aquel estado, ¿qué le quedaría ya que hacer a la infeliz, sino colocar en la cama la única hija que le quedaba, echarse con ella, y morir a su lado, como la flor abierta cae con su botón al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del valle?

—¡Señor! —exclamó Lorenzo— ¡escuchad su súplica! ¡llevadla a vuestro seno con esa criatura! ¡Harto han sufrido!

Recobrado de aquella conmoción, y mientras discurría para traer a la memoria su itinerario, y saber si debía tomar la primera calle que encontrase, o si torcería a la derecha o a la izquierda, oye otro estrépito distinto que venía de aquel lado, formándole un conjunto confuso de voces imperiosas, de débiles lamentos, largos gemidos, femeniles sollozos y chillidos de niños.

Siguió caminando con el corazón oprimido, y siempre temeroso, y al llegar a la encrucijada, viendo venir por un lado una turba confusa que se acercaba, se paró hasta que pasase. Era una multitud de enfermos conducidos al Lazareto; algunos echados a la fuerza se resistían, e inútilmente gritaban que querían morir en su propia cama, respondiendo con imprecaciones a los votos y blasfemias de los sepultureros que los conducían; otros caminaban sin hablar ni dar muestras de dolor, como insensatos. Mujeres con sus niños en brazos, y niños que, más espantados al oír aquellas voces y al ver aquella comitiva, que de la idea confusa de la muerte, llamaban a sus madres, pedían sus brazos y volver a sus casas. ¡Ay desgraciados! Quizá la madre que creían haber dejado en la cama durmiendo, se había echado en ella acometida por el mal y sin sentido, para ser trasladada al Lazareto o al hoyo, si el carro llegaba tarde. Quizá la madre (desgracia más digna de lágrimas) ocupada sólo en sus padecimientos, todo lo tenía olvidado, y hasta sus hijos, sin otro pensamiento más que el de morir tranquila. Sin embargo, en tanta confusión se veía aun algún ejemplo de constancia y piedad. Padres, hermanos, hijos, esposas, que sostenían a tan amados objetos, acompañándolos con palabras de cariño y consuelo: no adultos solos, sino niños y niñas que guiaban a sus hermanitos más tiernos, y con juicio y compasión varonil los animaban a ser obedientes, asegurándoles que los conducían a donde habría quien cuidase de ellos y los curase.

En tanta desolación, y a vista de tantos objetos de lástima y ternura, ocupaba con más fuerza y tenía suspenso el ánimo de Lorenzo un cuidado de muy distinta naturaleza. La casa debía estar muy inmediata, y ¿quién sabe si entre aquella muchedumbre?... Pasada por fin toda, y disipada la duda, se volvió Lorenzo a un *monato* que venía detrás, y le preguntó por la calle y la casa de D. Ferrante. «¡Vaya en hora mala el payo!» fue la respuesta. No pensó sin embargo en replicar; pero viendo a

dos pasos a un comisario que cerraba la comitiva, y tenía la cara algo más de cristiano, le hizo la misma pregunta. Indicándole el comisario con el bastón la parte de donde venía, le dijo:

—La primera calle a la derecha, y la última casa grande a la izquierda.

Con nueva y más fuerte agitación se dirige Lorenzo a aquel punto, y llegado a la calle, descubre desde luego la casa entre otras más humildes y de mezquino aspecto. Llega, se acerca a la puerta, que ve cerrada, y echa mano a la aldaba sin atreverse a moverla, como lo haría en una urna antes de sacar la cédula de que dependiese su vida o su muerte. Resuélvese por fin, y da un fuerte aldabazo.

Al cabo de un corto intervalo, se abre un poco una ventana, y se asoma una mujer mirando a la puerta con un ceño que, al parecer, quería decir: ¿Enterradores? ¿Sayones? ¿Comisarios? ¡Untadores! ¡Demonios!

—Señora —dijo Lorenzo mirando arriba y con voz trémula— ¿está aquí sirviendo una muchacha forastera, que se llama Lucía?

—Ya no está —respondió la mujer en acto de cerrar la ventana.

—Señora, ¡un momento por caridad! ¿Conque no está? ¿Y dónde ha ido?

—Al Lazareto.

Y de nuevo iba la mujer a cerrar.

—Señora, ¡un instante por amor de Dios! ¿Con la peste?

—Ya, ¡miren qué novedad! ¡Eh! ¡vaya usted con Dios!

—Óigame usted un momento. ¿Estaba muy mala? ¿Hace mucho?

En esto cerró de veras la ventana.

—¡Señora! ¡señora! ¡Una palabra en caridad! ¡Por el alma de sus difuntos!...

Pero todo era hablar a la pared.

No menos afligido Lorenzo por el anuncio, que indignado por el modo, agarró de nuevo la aldaba levantándola para llamar otra vez desesperadamente, y luego quedaba suspenso. Con semejante agitación se volvía a ver si parecía alguno de la vecindad de quien pudiese tomar más informes, y adquirir mejores noticias; pero la primera y única persona que se le presentó fue otra mujer a la distancia de unos veinte pasos, la cual con cara que expresaba terror, odio, impaciencia y malicia, con ojos torcidos, como para mirar a dos partes, con la boca abierta, como para dar voces, sin atreverse a echar el aliento, y con levantar sus brazos descarnados, alargar y retirar sus manos arrugadas, y los dedos encorvados, como si quisiese atraer hacia sí alguna cosa, manifestaba querer llamar gente. Al encontrar su vista con la de Lorenzo, se puso más horrenda, estremeciéndose como persona cogida *in fraganti*.

—¿Qué diablos?… —dijo Lorenzo levantando también la mano hacia la mujer.

Pero esta, perdida la esperanza de que le prendiesen al descuido, dejó libre la voz, comprimida hasta entonces, gritando desaforadamente:

—¡Un untador! ¡Un untador! ¡A él, a él! ¡Un untador!

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ah, bruja embustera! Calla —gritó Lorenzo, y dio un brinco hacia ella para intimidarla y hacerla callar.

Pero en aquel instante se acordó que más cuenta le tenía pensar en sus cosas. A los chillidos de la mujer empezó a acudir gente de las dos partes, no tanta como en igual caso hubiera acudido en otro tiempo, pero sobrada para acogotar a un hombre. Abrióse en el mismo instante la ventana, y aquella misma mujer, poco antes tan desatenta, se asomó ahora del todo gritando también ella:

—¡A él! ¡A él! Cogedle, que sin duda es uno de los bribones que van untando las puertas de las gentes honradas.

Decidió Lorenzo en un soplo que sería más acertado zafarse de aquella gente, que pensar en justificaciones; de consiguiente echó una mirada a una y otra parte para ver dónde había menos pueblo, y por allí picó de soleta. De un empellón apartó a uno que le impedía el paso; de un puñetazo en el pecho echó a rodar a otro que venía contra él, y de esta manera siguió galopando con el puño en el aire y bien apretado, para recibir a cualquiera que hubiese venido a metérsele entre los pies... Más adelante ya el camino estaba desembarazado; pero detrás sonaban más fuertes y más repetidos los desagradables gritos: «¡Un untador! ¡A él! ¡A él!» sintiendo Lorenzo al mismo tiempo acercarse las pisadas de los que más ligeros le perseguían. Con esto se convirtió la ira en rabia, y la angustia en desesperación: púsosele una venda delante de los ojos, echó mano de su gran cuchillo, le desenvainó, paróse, tomó una postura de valentón, volvió la cara con más ceño y más fiera que nunca, y con el brazo tieso, blandiendo en el aire el reluciente acero, gritó con voz ronca, diciendo:

—El que sea guapo, que se acerque, ¡canalla! que yo le untaré de veras con este hisopo.

Pero vio con admiración, y no sin placer, que ya sus perseguidores se habían parado a cierta distancia, y que gritando todavía, hacían con las manos levantadas señas a gente lejana detrás de él. Volvióse y vio delante de sí, y no muy distante, lo que la turbación no le había permitido ver un momento antes, a saber, un carro que venía hacia él, o por mejor decir, una hilera de aquellos carros fúnebres bien conocidos con su acostumbrada comitiva, y más allá otro grupo de gente, que también deseaba echarse encima del untador y cogerle en medio, en cuanto dejase de impedírselo el mismo estorbo. Viéndose de esta manera entre la espada y la pared, le ocurrió que lo que para aquella gente era un objeto de terror, pudiera ser para él un medio de salvamento: pensó que no era tiempo de andarse en delicadezas; envainó su cuchillo, se retiró a un lado, tomó carrera hacia los carros, pasó el primero, advirtió en el segundo un buen espacio desocupado, midió el tiempo, pegó un brinco, y se quedó arriba plantado sobre el pie derecho, el izquierdo en el aire, y los brazos en alto.

—¡Bravo! ¡bravísimo! —exclamaron a una voz los sepultureros, de los cuales unos seguían a pie el convoy, otros iban en los carros, y otros (¡cosa horrible!) sentados sobre los mismos cadáveres, chiflaban con un gran frasco que daba la vuelta a la redonda.

—¡Hermoso salto!

—¿Has venido a guarecerte bajo la protección de los *monatos*? —le dijo uno de los que iban en el carro.

—Cuenta que estás tan seguro como en la iglesia.

Al acercarse el tren, la mayor parte de los enemigos volvió las espaldas, y se marchaban sin dejar no obstante de gritar: «¡Al untador! ¡cogerle!» Algunos, sin embargo, se retiraban con más lentitud, y de cuando en cuando se detenían apretando los dientes y amenazando con gestos a Lorenzo, el cual por su parte contestaba meneando los puños en el aire.

—Déjame a mí, verás ahora —le dijo uno de los enterradores.

Y arrancando de encima de un cadáver un pedazo de trapo asqueroso, le hizo un nudo aprisa en una de las puntas, y agarrándole por la otra a manera de honda, aparentó quererle arrojar contra aquellos obstinados, diciendo a gritos:

—¡Aguarda, canalla, aguarda!

Horrorizados con esta amenaza, dieron todos la vuelta corriendo a punto el postre, de modo que Lorenzo no vio ya menearse sino talones y pantorrillas.

Celebraron los *monatos* con algazara y risotadas el triunfo, y acompañaron con voces de escarnio los fugitivos.

—Ya ves tú —dijo a Lorenzo el mismo sepulturero, cómo nosotros sabemos defender a los hombres honrados. Uno de nosotros vale por ciento de esos cobardes.

—Cierto, te puedo decir que os debo la vida, y os doy las gracias.

—Nada, amigo —replicó el sepulturero—, tú lo mereces, se ve que eres un guapo mozo. Haces bien en untar a esa canalla: úntalos bien, y acaba con ellos; que nada valen sino cuando están muertos: en premio de la vida que hacemos, nos maldicen a todas horas, y están diciendo que acabada la peste, nos han de ahorcar a todos. Han de morir ellos antes que la mortandad, y los sepultureros han de quedar solos para cantar la victoria, y pasar buena vida en Milán.

—¡Viva la mortandad, y muera la canalla! —exclamó el otro.

Con este hermoso brindis, se echó a la boca el frasco, y teniéndolo con las dos manos, entre los traqueos del carro se humedeció bien el gaznate; se le ofreció luego a Lorenzo, diciendo:

—Toma, bebe a nuestra salud.

—Os la deseo de corazón —dijo Lorenzo—, pero muchas gracias: no tengo ganas de beber en este momento.

—¡Bravo miedo has tenido, según parece! —dijo el *monato*—. Se me figura que eres un poco hombre: es menester otro desparpajo para ser untador.

—Cada uno se ingenia como puede —dijo el otro sepulturero.

—Dámelo aquí a mí —dijo uno de los que iban a pie al costado del carro— que quiero echar otro trago a la salud de su dueño, que se halla aquí en esta hermosa compañía: allí, allí me parece que va, en ese otro hermoso coche.

Y con una atroz y maligna sonrisa señalaba el carro que iba delante de aquel en que estaba el triste Lorenzo. Acomodando luego el rostro a un acto de seriedad todavía más grotesco, bajó la cabeza hacia aquella parte, y dijo:

—Permita vuestra señoría que un pobre sepulturero disfrute algo de su bodega. Ya ve vuestra señoría la vida que hacemos: nosotros somos los que le hemos colocado en ese suntuoso coche para llevarle a que se pasee un poco: luego a los señores les hace daño el vino, pero nosotros tenemos buen estómago.

Y entre las carcajadas de los compañeros, agarró el frasco, le levantó; pero antes de beber se volvió a Lorenzo, y con tono de compasión envuelto en desprecio, le dijo:

—Sin duda el diablo con quien has hecho pacto debe ser bien joven, porque a no haber sido por nosotros, hoy te la habías hallado.

Y entre risotadas y burlas se echó el frasco a pechos.

—¿Y a nosotros? ¡Ea! ¿a nosotros? —dijeron gritando los del carro que iba delante.

Así que el pícaro bebió cuanto quiso, dio con las dos manos el frasco a los demás compañeros, los cuales lo pasaron de unos a otros, hasta que llegó a uno que después de apurarlo, lo agarró del cuello, y dándole un par de vueltas, le tiró a que se estrellase sobre las losas, gritando:

—¡Viva la mortandad!

Después de estas palabras entonó una canción de las suyas, y al momento acompañaron su voz todos los demás de aquel torpe coro. Resonaban en la silenciosa soledad de las calles la infernal cantinela, el sonido de las campanillas, el chillar de los carros, y las ruidosas pisadas de hombres y caballos, y retumbando en el interior de la casas, angustiaban el corazón de sus habitantes.

¿Qué cosa habrá que en ciertas ocasiones no pueda servir de algo? El apuro de un momento hizo para Lorenzo más que tolerable la compañía de aquellos muertos y de aquellos vivos, y era música casi agradable a sus oídos la que le evitaba el embarazo de conversar con gente tan abominable. Todavía, entre azorado y revuelto, daba gracias a la Providencia por haberle sacado de aquel conflicto sin haber recibido ni haber hecho daño alguno, y le pedía que le ayudase ahora a librarse de sus mismos libertadores. Por su parte, estaba en acecho, ya volviendo la vista hacia aquellos desalmados, ya mirando la calle para encontrar la ocasión de escurrirse a la sordina sin darles margen a meter bulla, o armar algún escándalo que diese en qué sospechar a los que pasasen.

Cuando he aquí que al volver de una esquina, le pareció conocer el paraje en que se hallaba, y examinándolo con más atención, le reconoció por más de una seña. Era justamente el coso de Puerta Oriental, el mismo por donde unos veinte meses es antes había entrado muy despacio, y había salido luego más que de prisa. Acordóse al momento que por allí iba en derechura al Lazareto, y el hallarse casualmente en el camino que buscaba, sin haber practicado diligencia alguna por su parte, lo tuvo por un beneficio especial de la Providencia, y un presagio feliz para lo restante.

En esto venía hacia los carros un comisario dando voces a los sepultureros para que parasen, y no sé para qué otra cosa. Lo cierto es que hicieron alto, y la música se convirtió en una confusa algazara. Ya uno de los *monatos* se había bajado del carro en que estaba Lorenzo, y éste diciendo al otro: «Os doy gracias por vuestra caridad, Dios os lo pague» se deslizó por el otro lado.

—Anda, anda, pobre untadorcillo —contestó aquél— No serás tú el que despuebles a Milán.

Por fortuna, nadie había que pudiese oírlo. Como el convoy se había parado en la acera izquierda del coso, tomó Lorenzo la derecha, y cosiéndose a la pared, siguió trotando hacia el puente; pasóle, siguió la calle del Borgo, conoció el convento de los Capuchinos: cerca de la puerta vio sobresalir el ángulo del Lazareto, y al salir por el postigo se presentó a su vista la escena exterior de aquel recinto, que siendo antes un pequeño indicio del paraje, se había trasformado ya en un cuadro inmenso, variado e imponderable.

Por toda la extensión de los dos costados que se descubren mirando desde aquel punto, todo era un enjambre, un flujo y reflujo, un continuo tropel. Enfermos que a bandadas eran conducidos al Lazareto; muchos estaban sentados o tendidos en las dos orillas del foso que corre por ambos lados del camino, unos por faltarles las fuerzas para entrar en el recinto, y otros por haber salido desesperados, y no haber tenido aliento para pasar más adelante. Otros enfermos vagaban a la desbandada como estólidos, y no pocos enteramente faltos de razón. Quién enfervorizado estaba contando sus cuitas a otro, que oprimido por el mal, apenas le escuchaba; quién desvariaba furioso, y quién risueño en apariencia, estaba como quien asiste a una diversión; pero la especie más extraña y ruidosa de aquella triste algazara era un cantar alto y continuado que, aunque parecía partir del bullicioso concurso, sobresalía, sin embargo, de todas las demás voces, una canción popular de amor festivo y jocoso de las llamadas *pastorelas*. Y siguiendo al sonido para saber quién en tanta aflicción podía estar alegre, se veía a un infeliz, que sentado tranquilamente en el foso que lame la cerca del Lazareto, cantaba a voz en grito mirando hacia arriba.

Apenas había dado Lorenzo algunos pasos por el lado meridional del edificio, cuando se levantó una gritería extraordinaria con las voces lejanas de: «Cuidado; tenedle, tenedle.» Pónese Lorenzo de puntillas, atisba adelante, y ve venir a escape un mal rocín, montado por un jinete de peor traza. Era un frenético que, viendo aquel animal suelto cerca de un carro, sin que nadie le guardase, le montó arrebatadamente en pelo, y golpeándole el cuello a puñetazos, y los ijares con los talones, le arreaba con furia. Seguíanle algunos *monatos* dándole voces, y oscurecía el cielo el polvo que levantaba.

De esta manera aturdido Lorenzo y cansado ya de ver tantas lástimas, llegó a aquel recinto, en donde eran quizá en mayor número las que había reunidas, que cuantas encontró diseminadas en todo el espacio que tuvo que andar. Asomóse a la puerta, se metió debajo del pórtico, y quedó allí algunos instantes inmóvil.

XXXV.
El lazareto.

Figúrese el lector en el Lazareto, la reunión de diez y seis mil apestados; toda su área ocupada, aquí con cabañas, allí con tinglados, en una parte con carros, en otra con gente: sus dos

crujías de portales a derecha e izquierda cubiertas de enfermos, moribundos y cadáveres, sobre colchones, paja, o el suelo desnudo; en ambos tramos un bullir, un movimiento a manera de marea, y en el centro un ir y venir, un pararse, un correr, un bajarse, un levantarse de convalecientes, frenéticos y sirvientes. Este fue el cuadro que se presentó a la vista de Lorenzo, y lo tuvo allí perplejo, asombrado y compungido. No nos proponemos describirlo por partes, ni tampoco lo agradecerian nuestros lectores: sólo siguiendo a nuestro serrano en su penoso reconocimiento, nos pararemos cuando él se pare, y de lo que le tocó ver, diremos lo necesario para referir exactamente lo que hizo y las aventuras que le sucedieron.

Desde la puerta en donde se había parado hasta la capilla del medio, y desde allí a la otra puerta de enfrente, había como una calle sin cabañas ni otro impedimento estable. Al dirigir la vista a aquella parte, notó que mucha gente andaba afanada en apartar carros y desembarazar el sitio, dirigiendo la operación dependientes y capuchinos, los cuales echaban de allí a todos los que nada tenían que hacer en aquel punto. Y temiendo que a él también del mismo modo le echasen fuera, se metió en derechura entre las cabañas por el lado a que casualmente estaba vuelto, que era la derecha.

Iba marchando adelante, según le permitía poner el pie el espacio de cabaña y cabaña, metiendo la cabeza en cada una de ellas, echando la vista a todos los rincones, mirando con atención todos los rostros, tanto los abatidos, macilentos o contraídos de los enfermos, como los de los muertos, para ver si acaso conseguía dar con aquel que por otra parte temía tanto encontrar. Pero ya había andado buen trecho y repetido varias veces aquel doloroso examen, sin haber visto mujer alguna, de donde infirió que estarían en paraje separado. Acertó en esto; pero del sitio no tenía indicio ni podía formar conjetura.

Encontraba de cuando en cuando empleados y dependientes tan diversos en aspecto, modales y traje, cuanto lo era el principio que daba a unos y a otros igual fuerza para ejercer semejantes oficios; principios que en unos era la extinción de todo género de compasión y de sentimientos de humanidad, y en otros una piedad sobrehumana: sin embargo, ni de unos ni de otros se atrevía a tomar lenguas por miedo de encontrar algún nuevo estorbo; de consiguiente, resolvió continuar andando hasta dar con las mujeres. Sin embargo, aun con este propósito no podía menos de ir ojeando, aunque de tiempo en tiempo tenía que retraer la vista, horrorizado con tantas lástimas; pero ¿a dónde volverla? ¿a dónde dirigirla, sino a lástimas de igual naturaleza?

Aumentaban su horror el aire y el tiempo mismo, si algo fuera capaz de aumentarlo. Habíase levantado la niebla, convirtiéndose en grandes nubarrones, que poniéndose cada vez más oscuros y compactos, daban al cielo el aspecto de un anochecer tempestuoso, sino que, en medio de aquel cielo opaco, aparecía como detrás de un denso velo el disco del sol, que descolorido esparcía en torno una débil vislumbre, dejándose caer al mismo tiempo un congojoso bochorno. De cuando en cuando, entre un confuso zumbido, se oía por intervalos bramar a lo lejos el trueno, a manera de un carro que corre y de repente se para. No se veía en el campo doblarse una rama, ni un pájaro volar a los árboles, ni salir de ellos: sólo la golondrina presentándose improvisadamente sobre el tejado del edificio, bajaba con las alas tendidas, como para explorar el terreno; pero aterrada a vista de aquel espantoso conjunto de cosas, se remontaba con rapidez y huía. En fin, era uno de aquellos tiempos en que en una cuadrilla de caminantes, ninguno hay que rompa el silencio, en que el cazador camina pensativo, mirando al suelo, y la aldeana suspende su canto, sin advertirlo; de aquellos tiempos precursores de tormenta, en que la naturaleza, como inmóvil en lo exterior, e interiormente agitada, parece que oprime a los mortales, añadiendo cierto entorpecimiento a todo trabajo, a la ociosidad y a la misma existencia. Pero con especialidad en aquel sitio, destinado expresamente a los padecimientos y a la muerte, se veía el hombre luchando con el mal ceder a este nuevo género de opresion. A ojos vistas empeoraban los enfermos a millares: la última lucha era más penosa, y con el aumento de los dolores salían más agudos los gemidos, por manera que quizá en aquel recinto no había pasado otra hora tan amarga como ésta.

Hacía ya bastante tiempo que infructuosamente recorría Lorenzo los tortuosos callejones que formaban las cabañas, cuando entre la variedad de los lamentos y la confusión de aquel murmullo, empezó a distinguir una mezcla de balidos de cabras y llantos de niños, que al parecer salían de un recinto cercado de tablones.

Acercóse a mirar por una larga rendija, y vio en lo interior diferentes cabañas; y tanto en ellas como en el espacio desocupado, en lugar de la acostumbrada enfermería, niños tendidos sobre sábanas, cobertores o almohadas, y amas de leche y otras mujeres ocupadas en asistirlos; pero sobre todo llamaban la atención varias cabras que, mezcladas con las mujeres, las ayudaban en aquel ejercicio: en fin, era un hospital para inocentes, cual el tiempo y las circunstancias podían proporcionarlo. Era de ver cómo algunos de aquellos animales, tendidos y quietos sobre otros tantos niños, les daban de mamar, y otros acudiendo al vagido como por instinto materno, se paraban cerca de la inocente criatura, y procurando acomodarse sobre ella, balaban como pidiendo que alguno acudiese a ayudar a los dos en su intento.

Veíanse sentadas en diferentes partes nodrizas con niños al pecho, y algunas con tales demostraciones de cariño, que no era fácil distinguir si allí las había traído el estipendio, o aquella espontánea caridad que va en busca de necesidades y penas para socorrerlas o aliviarlas. Una de ellas, toda afanosa, quitaba de su pecho agotado a una cuitada criatura, e iba a buscar una cabra que hiciese sus veces: otra miraba con complacencia al que se le había quedado dormido sobre el pecho, y besándole suavemente iba a acostarle a su barraquilla, y otra abandonando el pecho a un niño extraño, no por distracción, sino con ánimo devoto, tenía los ojos levantados al cielo. ¿Y qué otra cosa podrían indicar aquella actitud y tiernas miradas, sino que otro niño nacido de sus entrañas había quizá poco antes mamado aquel pecho, y tal vez expirado sobre él?

Otras mujeres de más edad y diferentes disposiciones estaban ocupadas en otras faenas. Una acudía a los vagidos de un niño hambriento, lo llevaba adonde pacía una cabra cerca de un montón de hierba fresca, y se le aproximaba, procurando con la voz y los actos que el inexperto animal se prestase fácilmente al necesario oficio de alimentarlo. Otra corría a sosegar una cabra que desechaba a un inocente, ocupada en dar de mamar al que se había ya aficionado; y otra paseaba el suyo, y meciéndole en sus brazos, ya procuraba dormirle con arrullos, ya intentaba acallarlo con cariñosas palabras, llamándole con un nombre que ella misma le había aplicado. En esto llegó un capuchino con la barba muy blanca, el cual traía en cada brazo a un niño llorando, que acababa de retirar del lado de sus difuntas madres. Corrió a recogerlos una mujer, buscando con la vista entre las amas y las cabras las que pudieran servirles de nodrizas.

Preocupado Lorenzo con su asunto, se separó más de una vez de la rendija para marcharse, y luego se volvió otra vez a aplicarla por un momento.

Quitóse por fin de aquel punto, y fue siguiendo el cercado, hasta que un montón de cabañas le obligaron a separarse. Prosiguió entonces caminando al lado de las mismas cabañas, con ánimo de alcanzar otra vez el cercado, y dando la vuelta descubrir nuevo terreno. Mientras miraba adelante para continuar el camino, hirió su vista un objeto pasajero y momentáneo, que excitó en él una alteración extraordinaria. Vio a unos cien pasos de distancia pasar y perderse entre las cabañas un capuchino que, aunque distante y de paso, se parecía en el modo de andar, en el aire y en el porte al padre Cristóbal. Con el afán que es fácil imaginar, corrió hacia aquella parte, dando mil vueltas, buscando por todos lados, y recorriendo todos aquellos callejones, tanto, que volvió a ver con otro tanto gozo aquel mismo fraile con la misma semejanza: le vio algo más de cerca, y que separándose de un gran caldero, iba con una cazuela en la mano hacia una barraca: le vio luego sentarse a la puerta, hacer una señal de cruz sobre la cazuela y ponerse a comer después de haber mirado alrededor, por si alguien con urgencia le buscaba. Efectivamente, era el padre Cristóbal.

Su historia, desde que le perdimos de vista hasta este encuentro, la referiremos en dos palabras. No se había movido de Rimini, ni pensado en moverse, hasta que declarada la peste en Milán, le ofreció la ocasión de sacrificar su vida por el prójimo, que era lo que siempre había

deseado. Pidió con grande instancia asistir y servir a los apestados. El tío conde había muerto, y como por otra parte era mayor la necesidad de enfermeros que de políticos, se le concedió sin dificultad lo que solicitaba. Con esto vino a Milán, y entró inmediatamente en el Lazareto, en donde hacía ya tres meses que permanecía.

Pero el placer de encontrar al buen religioso no fue para Lorenzo sin espinas, pues le encontró sumamente acabado, flaco, y con tan pocas fuerzas, que sólo su amor al prójimo podía sostenerle en aquel penoso ejercicio.

Miraba él también al joven que se le acercaba, y que con gestos, no atreviéndose a levantar la voz, procuraba darse a conocer.

—¡Ah, padre Cristóbal! —exclamó, estando ya tan cerca que pudiese ser oído sin gritar.

—¡Tú por acá! —dijo el Capuchino poniendo en el suelo la cazuela y levantándose de su asiento.

—¿Cómo está usted, Padre? ¿cómo está usted? —dijo Lorenzo.

—Mejor que tantos pobres como habrás visto aquí —contestó el fraile con voz débil, oscura y mudada como todo el resto: sólo los ojos eran tan vivos, y si cabe, algo más que antes, como si la caridad más ardiente al concluirse la obra, y más gozosa por verse inmediata a su principio, le restituyese un fuego más activo y más puro que el que la enfermedad iba poco a poco apagando.— Pero tú —prosiguió— ¿cómo has venido aquí? ¿Y por qué vienes de esa manera a arrostrar la peste?

—Ya, gracias a Dios, la he pasado... Vengo a saber de Lucía.

—¿Está aquí Lucía?

—Aquí está, o a lo menos espero en Dios, que esté aquí todavía.

—¿Y te casaste con ella?

—¡Ah! no, padre Cristóbal. ¿Nada sabe usted de lo que ha pasado?

—No, hijo mío. Desde que Dios me separó de vosotros, nada he vuelto a saber; pero ahora que el cielo te envía, digo la verdad, deseo mucho saber lo que ha sucedido... Pero ¿y la requisitoria?

—¿Conque ya sabe usted mis desgracias?

—Pero tú ¿qué hiciste?

—Oiga usted, Padre. Si quisiera decir que tuve juicio aquel día en Milán, diría una mentira; pero acciones malas, no señor, ninguna hice.

—Te lo creo, y lo creía antes.

—Ahora, pues, lo podré contar todo.

—Aguarda —dijo el Capuchino.

Y dando algunos pasos fuera de la cabaña, llamó: «¡Padre Victor!» Se presentó entonces un capuchino bastante joven, al cual fray Cristóbal le dijo:

—Hágame usted la caridad, padre Víctor, de cuidar también por mí a esos pobrecillos mientras estoy recogido; pero si alguno me buscase, llámeme usted, especialmente el que usted sabe; si acaso volviese en sí, avíseme al momento.

El capuchino joven contestó que así lo haría; y vuelto el viejo a donde estaba Lorenzo:

—Entremos aquí —le dijo; mas parándose luego, prosiguió:— me parece que estás muy decaído: debes precisamente tener necesidad de comer.

—Sí, señor —contestó Lorenzo—. Ahora que me hace usted pensar en ello, me acuerdo que todavía no me he desayunado.

—Aguárdate aquí —dijo el fraile.

Y tomando otra cazuela, fue a llenarla al caldero; vuelto al momento, se la presentó con una cuchara, le hizo sentar sobre un gran saco, que le servía de cama, y llegando luego a un barrilito que estaba en un rincón, sacó un vaso de vino, lo puso en una mesita cerca de su huésped, tomó de nuevo la cazuela suya, y se sentó al lado de aquél.

—¡Oh! padre Cristóbal, sólo usted hace estas cosas: se ve que usted siempre es el mismo. Yo le doy las gracias de todo corazón.

—No me des las gracias —contestó el religioso:— este es el caudal de los pobres; y tú también eres pobre en este momento. Ahora dime lo que no sé; pero no gastes muchas palabras, porque el tiempo es corto, y hay mucho que hacer, como ves.

Principió Lorenzo, entre cucharada y cucharada, la historia de Lucía; cómo fue recogida en el convento de Monza, cómo robada... Al oír el Padre sus padecimientos y peligros, y al pensar que él había sido el que la había enviado a aquel paraje, se estremeció; pero cobró aliento al saber cómo fue milagrosamente librada, restituida a su madre, y acomodada en casa de doña Práxedes.

—Ahora le diré mis aventuras —prosiguió Lorenzo.

Y contó en resumen la jornada de Milán, la fuga; cómo siempre estuvo fuera de su casa; cómo hallándose entonces todo revuelto, se había animado a ir a su pueblo; cómo allí no había encontrado a Inés, y cómo había sabido que Lucía estaba en el Lazareto.

—Aquí estoy, pues —concluyó—, aquí estoy, ansioso de hallarla, de saber si vive, y si tiene todavía la misma intención... porque... a veces...

—Pero ¿cómo ha sido el dirigirte aquí? —preguntó el Capuchino. ¿Tienes algún indicio del paraje donde la han colocado? ¿de cuándo ha venido?

—Nada, Padre mío, nada —contestó Lorenzo—, sino que aquí está, si es que está, ¡que Dios lo quiera!

—¡Pobrecillo! ¿Y hasta ahora qué diligencia has practicado?

—He dado vueltas y vueltas; pero hasta ahora no he visto sino hombres. Bien me he figurado que las mujeres estarían en otra parte separada; pero no he podido encontrarla; y si es así, ahora podrá usted enseñármela.

—¿No sabes tú, hijo mío, que está prohibido que entre allá persona alguna que no tenga algún encargo?

—¿Y qué podrá sucederme?

—La disposición, amigo mío, es justa y santa; y si la gravedad y multitud de los males no permite que se pueda hacer observar con todo el rigor, ¿es esta por ventura una razón para que un hombre de bien la quebrante?

—Pero, padre Cristóbal —dijo Lorenzo— Lucía debía ser mi esposa: usted sabe de qué modo hemos sido separados. Hace veinte meses que padezco, y tengo paciencia. He venido hasta aquí, exponiéndome a mil contingencias a cual peor, y ahora pues...

—No sé qué decirte —replicó el religioso, contestando más bien a la intención que a las palabras de Lorenzo.— Tú vas con buen fin; y ¡ojalá que todos los que tienen franca la entrada en este sitio se comportasen como estoy seguro que lo harás tú! Dios, que sin duda bendice esa perseverancia tuya, y tu fidelidad en querer y buscar la que te destinó; Dios, que es más riguroso que los hombres, pero también más indulgente, no mirará a lo que hay de irregular en ese modo tuyo de buscarla. Acuérdate sólo que de la conducta que observes allí, tendremos que dar cuenta los dos probablemente, no a los hombres, pero a Dios de seguro. Ven acá.

Diciendo esto se levantó, y también Lorenzo, el cual, no dejando de hacerse cargo de sus palabras, había entrado en cuentas consigo mismo, y estaba resuelto a no hablar de aquella promesa de Lucía, como antes lo había pensado, pues decía allá en su interior: «Si sabe esto, mayores

dificultades me va a poner, y de todos modos, o la encuentro, y siempre habrá tiempo para hablar de ello, o... y entonces, ¿de qué sirve?»

Trájolo el Capuchino a la puerta de la cabaña que caía al Norte, y prosiguió:

—Escucha; nuestro padre Félix, que es el presidente del Lazareto, conduce hoy los pocos que han curado a hacer la cuarentena a otra parte. Ya ves aquella iglesia allí en el medio… —y levantando la mano descarnada y trémula, señaló a la izquierda, entre el aire opaco y cargado, la cúpula de la capilla que dominaba las miserables barracas, y continuó—: allí se van reuniendo ahora para salir en procesión por la puerta por donde tú has entrado.

—¡Ah! Sería por eso el estar desembarazando aquel paraje.

—Cierto. ¿Y también habrás oído tocar la campana?

—Una vez.

—Pues era el segundo toque: al tercero todos deben estar reunidos. El padre Félix les dirá cuatro palabras, y luego irá con ellos. A este último toque procurarás estar allí, y colocarte detrás de todos, en donde sin estorbar ni llamar la atención puedas verlos pasar, mirando con cuidado por si estuviere entre ellos. Caso que no quiera Dios que allí la encuentres, aquella parte... (y levantó otra vez la mano, señalando el lado del edificio que tenía al frente) aquella parte y la del campo que hay delante están destinadas para las mujeres. Verás una estacada que separa aquel cuartel del nuestro; pero como en unos parajes está rota, en otras derribada, no hallarás dificultad en entrar. Luego dentro, no haciendo cosa que dé motivo a sospechar, nadie probablemente te pondrá estorbo; mas si por acaso te dijesen algo, contestarás que eres conocido del padre Cristóbal de***, y que él responderá por ti. Allí podrás buscarla con confianza en Dios y resignación, porque no debes desentenderte de que es mucho lo que has venido a buscar en este sitio. ¡Buscar una persona viva en el Lazareto! ¿Sabes tú cuántas veces he visto renovarse este mi pobre pueblo? ¿cuántos he visto llevarse? ¿y qué pocos salir? Vete preparado a hacer un sacrificio...

—Ya, ya lo entiendo —interrumpió Lorenzo inmutándose— lo entiendo. Iré, miraré, buscaré en todas partes de arriba abajo, en todos los parajes más ocultos del Lazareto, ¡y si no la encuentro!...

—¿Si no la encuentras, qué harás? —preguntó el Capuchino con tono de gravedad y ademán de amonestación.

Pero Lorenzo, a quien la cólera quitándole ya la razón le hacía olvidar todo respeto, repitió y prosiguió:

—Si no la encuentro, haré por encontrar a algún otro, o en Milán, o en su infame palacio, o al cabo del mundo, o en los infiernos. ¡Si encontrara a aquel bribón que nos ha separado!... A no haber sido por él, hace ya más de veinte meses que Lucía fuera mi mujer; y si nuestra suerte era la de haber muerto, a lo menos hubiéramos muerto juntos. Sí; como no se le hayan llevado los demonios, yo le encontraré.

—¡Lorenzo! —dijo el fraile cogiéndole de un brazo, y mirándole todavía con más severidad.

—Y si le encuentro —dijo el joven, ciego enteramente de cólera— si la peste no ha hecho ya el oficio de la justicia... ya no estamos en tiempo en que un cobarde pueda, rodeado de sus satélites, reducir las gentes a la desesperación, y burlarse de todos. Ya ha llegado el tiempo en que los hombres se encuentren cara a cara... Yo sabré hacerme justicia.

—¡Desgraciado! —exclamó el padre Cristóbal con voz que había adquirido toda su antigua energía.— ¡Desgraciado! —repitió con la cabeza erguida, que antes tenía inclinada sobre el pecho, recobrando al mismo tiempo sus mejillas el antiguo color de la juventud, y teniendo no sé qué de terrible el movimiento de sus ojos.— ¡Mira, infeliz! —proseguía, al paso que con una mano apretaba y sacudía el brazo de Lorenzo, y señalaba alrededor con la otra la dolorosa escena que le cercaba.— Observa quién es el que castiga, el que aflige y perdona; pero ¡tú, gusano de la tierra, quieres ejercer la justicia! Vete, infeliz, vete. Yo esperaba, sí, lo esperé, que antes de mi muerte,

Dios me hubiera concedido el consuelo de oír que mi pobre Lucía era viva, y quizá el de verla, y oírla prometerme que en sus oraciones no olvidaría el hoyo que ha de recibirme. Vete: tú me has privado de esta lisonjera esperanza. No, Dios no la ha dejado en este mundo para ti, y tú por cierto no tendrás la osadía de creerte digno de que Dios te consuele. A ella la habrá atendido el Señor, porque es de aquellas almas para quienes están reservados los consuelos eternos. Vete, que ya no tengo tiempo de escucharte. Diciendo esto, apartó de sí el brazo de Lorenzo, y se dirigió hacia una cabaña de enfermos.

—¡Ah, Padre! —dijo Lorenzo, siguiéndole con demostraciones de súplica— ¿querrá usted echarme de esta manera?

—¡Cómo! —repuso el Capuchino con voz no menos severa— ¿podrás pretender que yo robe el tiempo a esos desgraciados, los cuales me aguardan para que les hable del perdón de Dios, a fin de oír tus voces de encono y tus proyectos de venganza? Te escuché cuando me pedías consuelo y dirección; dejé a caridad en favor de la caridad; pero ahora, con la venganza en el corazón, ¿qué quieres de mí? Vete: he visto morir aquí muchos ofendidos que perdonaron, y muchos ofensores que se afligían por no poder postrarse delante del ofendido: con unos y otros he llorado; pero ¿qué he de hacer contigo?

—¡Ah! ¡le perdono! ¡le perdono de corazón y para siempre! —exclamó el joven.

—¡Lorenzo! —dijo con menos severidad el Capuchino— acuérdate de que no es ésta la primera vez que le has perdonado.

Algún tiempo estuvo sin recibir contestación, cuando inclinó de pronto la cabeza, y con voz humilde prosiguió:

—¿Sabes tú por qué llevo yo este hábito?

Lorenzo estaba perplejo.

—¿Lo sabes tú? —repuso el anciano.

—Lo sé —contestó Lorenzo.

—Yo también aborrecí: yo, que te he reconvenido por un pensamiento, por una palabra, aborrecí a un hombre de todo corazón, le aborrecí por largo tiempo y le quité la vida.

—Sí; pero un prepotente —contestó Lorenzo— uno de aquellos...

—Calla —interrumpió el religioso.— ¿Crees tú que si hubiera una buena razón no la hubiera encontrado yo en treinta años? ¡Ah! ¡si yo pudiera introducir en tu corazón el afecto que luego he profesado y profeso al hombre a quien odiaba!... Si pudiera yo... pero, ¿yo? Dios es quien lo puede, y ¡Dios lo haga! Escucha, Lorenzo: Dios te ama más que tú a ti mismo: tú pudiste pensar en tu venganza, pero él tiene bastante fuerza, bastante misericordia para impedirla: te hace en esto una gracia. Tú sabes, y muchas veces lo dijiste, que él puede detener la mano de un prepotente; pero sabe también que puede desarmar la de un vengativo. Y porque eres pobre y estás ofendido, ¿crees tú que Dios no puede defender contra ti a un hombre que creó a su imagen y semejanza? ¿Piensas tú que te hubiera dejado hacer lo que quisieras? No. En fin, como quiera que salgan tus proyectos, cualquiera que sea la fortuna que logres, ten por seguro que todo será para tu castigo, mientras no le perdones de un modo que ya no tengas que decir otra vez: yo le perdono.

—Sí, sí —dijo Lorenzo muy conmovido—, conozco que nunca le perdoné de veras; conozco que hablé como una bestia, y no como cristiano, y ahora por la gracia del Señor, le perdono, y le perdono de todo corazón.

—¿Y si lo vieras?

—Pediría al Señor que me diese paciencia, y que a él le tocase el corazón.

—¿Te acordarías que el Señor no nos dijo que perdonemos a nuestros enemigos, sino que los amemos?

—Sí, con su auxilio.

—Ea, pues, ven a verle. Dijiste le encontraré, y le encontrarás. Ven, y verás contra quién podías mantener odio, a quién osabas desear mal y querer hacérselo.

Y tomando a Lorenzo de la mano, y estrechándosela como pudiera hacer un joven, echó a andar. Siguióle Lorenzo sin atreverse a preguntar otra cosa.

A no mucha distancia se paró el religioso cerca de la entrada de una cabaña, y fijando los ojos en la cara de Lorenzo con cierta gravedad acompañada de ternura, le tomó del brazo y le introdujo en ella.

El primer objeto que se divisaba al entrar era un enfermo sentado sobre paja, no sólo fuera de peligro, sino que parecía casi convaleciente, el cual viendo al Padre, meneó la cabeza, como diciendo que no. Bajó fray Cristóbal la suya con señales de tristeza y de resignación.

Dirigiendo entretanto Lorenzo la vista con inquieta curiosidad a los demás objetos, vio a tres o cuatro enfermos, y en un lado a uno sobre una cama, envuelto en una sábana, y encima, a manera de colcha, una capa de persona distinguida. Lo miró bien, y al conocer que era D. Rodrigo, iba a retroceder; pero el Capuchino, haciéndole sentir bien la mano con que le tenía aferrado, le aproximó a los pies de aquella tarima, y extendida la otra, señalaba con el dedo al hombre postrado en ella. Estaba el infeliz sin movimiento, con los ojos muy abiertos sin ver, el rostro descolorido con manchas negras, negros igualmente e hinchados los labios. Su cara hubiera indicado un cadáver, si cierta contracción violenta no hubiese dado muestras de que una vida tenaz animaba todavía aquel cuerpo. Levantábasele el pecho de cuando en cuando a consecuencia de una penosa respiración. Con la mano derecha que tenía fuera de la capa se comprimía el costado cerca del corazón, hincando en él los corvos dedos todos amoratados, y negros por la punta.

—¿Le ves? —dijo el Capuchino con voz baja—: puede ser castigo, puede ser misericordia. El sentimiento que experimentas ahora por ese hombre que tanto te ha ofendido, será el mismo con que Dios te mire en el tremendo día. Bendícele, y serás bendecido. Hace cuatro días que ha entrado aquí como lo ves, sin dar indicio de razón. Quizá el Señor está dispuesto a concederle una hora de arrepentimiento, pero querrá que tú se lo ruegues; quizá querrá que tú con la inocente Lucía intercedas por él; quizá quiere conceder la gracia a tus oraciones, a las oraciones de un corazón afligido y resignado. Quizá depende de ti la salvación de ese hombre, y la tuya; de una muestra sincera de tu perdón, de compasión, y... de amor.

Calló, y juntando las manos, bajó sobre ellas la cabeza, como para rezar: lo mismo hizo Lorenzo. A poco de estar en aquella postura, se oyó el tercer toque de la campana. Recobráronse ambos, y según lo acordado, salieron. Ni el uno hizo preguntas, ni el otro protestas; sus rostros hablaban.

—Vete ahora —dijo el fraile— y vete preparado para cualquier sacrificio, y a alabar al Señor, cualquiera que sea el resultado de tus indagaciones. Sea el que fuere, no dejes de venir a comunicármelo, que juntos lo alabaremos.

Aquí sin decir más se separaron; el uno volvió al sitio de donde había venido, y el otro se dirigió a la capilla, la cual sólo distaba un tiro de piedra.

XXXVI.
El encuentro.

¿Quién hubiera dicho a Lorenzo pocas horas antes que, en lo más fuerte de sus averiguaciones y en los momentos decisivos y de más duda, su corazón andaría dividido entre Lucía y D. Rodrigo? Sin embargo la cosa era así. No dejaba aquel aspecto de asociarse a todas las imágenes, ya

agradables, ya tristes, que en aquel tránsito le presentaban sucesivamente el temor y la esperanza. Las palabras que oyó a los pies de la tarima de D. Rodrigo se introducían en la penosa disyuntiva en que luchaba su mente, y no podía concluir una súplica al cielo por el feliz resultado de su empresa, sin que tuviese relación con la que empezó en aquel sitio, y que el toque de la campana dejó pendiente.

La capilla octógona que sobre gradas se eleva en medio del Lazareto, en su primera construcción estaba abierta por todos lados, y se sostenía únicamente sobre columnas y pilares, formando cada frente un arco entre dos intercolumnios. Por adentro corría un pórtico que daba vuelta a todo el edificio, que propiamente podía considerarse como una iglesia compuesta sólo de ocho arcos sostenidos por pilastras correspondientes a las exteriores, cubriendo el todo una cúpula, por manera que el altar colocado en el medio podía verse desde todas las ventanas interiores del recinto, y aun de todos los puntos del área.

Apenas echó a andar Lorenzo, cuando divisó en el pórtico al padre Félix puesto bajo el arco del medio que mira a la ciudad, delante del cual estaba reunida, al pie de las gradas, toda la gente; y por los ademanes del religioso conoció que había empezado el sermón.

Dio vuelta por aquellos callejones para llegar a la cola del auditorio, como se le había prevenido, y habiéndole alcanzado, se paró para recorrerlo con los ojos, sin ver más que cabezas, de las cuales había en el medio cierto número con pañuelos y velos. Allí fijó la vista con más atención; pero no encontrando otra cosa, la dirigió a donde todos los demás tenían puesta la suya. Dejóle admirado y conmovido el venerable aspecto del orador, y con la parte de atención que aun podía aplicar a este punto, estuvo escuchando el trozo siguiente de aquella plática:

—Consagremos un pensamiento a mil y mil individuos que han salido por esa puerta —decía el padre Félix señalando con el dedo a la espalda la que conduce al cementerio llamado de San Gregorio, que entonces estaba reducido a una inmensa zanja—; echemos una mirada a los mil y mil que aun quedan aquí sin saber por dónde saldrán, y echemos otra a nosotros que, tan pocos como somos, salimos a salvo. ¡Bendito y alabado sea el Señor! ¡Bendito en su justicia! ¡Bendito en su misericordia! ¡Bendito en la muerte! ¡Bendito en la salud! ¡Y bendito por la elección que se ha dignado hacer de nosotros! ¡Ah! ¿con qué otro fin lo habrá querido, hijos míos, sino para conservarse un pequeño pueblo, corregido en la aflicción, y enfervorizado con el agradecimiento? para que penetrándonos mejor de que la vida es un beneficio suyo, hagamos de ella el aprecio que merece un don que debemos a su bondad infinita, y le empleemos en obras que podamos ofrecerle; y, últimamente, para que la memoria de nuestros padecimientos nos haga más compasivos y benéficos para con nuestro prójimo. Edifiquemos entre tanto con nuestro porte a estos en cuya compañía hemos padecido, temido y esperado, y entre los cuales dejamos amigos y parientes, y que todos al cabo son hermanos nuestros: entre éstos, aquellos especialmente que nos verán pasar, y a quienes acaso servirá de consuelo el pensar que algunos salen vivos y sanos. ¡No permita Dios que descubran en nosotros un gozo desmedido por haber evitado una muerte contra la cual ellos luchan todavía! Hagámosles ver que nos marchamos dando gracias por nosotros, y rogando por ellos; y ofrezcámosles motivo para que puedan decir: éstos, aun fuera de aquí, se acordarán de nosotros, e implorarán la clemencia del cielo para estos pobres desgraciados. Empecemos desde este viaje, desde estos primeros pasos, una vida toda de caridad. Los que habéis adquirido vuestro antiguo vigor, ofreced un brazo fraternal a los débiles: jóvenes, sostened a los ancianos; los que habéis quedado sin hijos, ved alrededor de vosotros cuántos hijos han quedado sin padres: sedlo para ellos, y esta caridad, al paso que cubra vuestros pecados, mitigará también vuestros dolores.

Aquí un sordo murmullo de gemidos y sollozos, que se iba extendiendo en la concurrencia, quedó un momento suspenso al ver al predicador echarse una soga al cuello, y arrodillarse; y todos con gran silencio estaban aguardando lo que decía.

—Por mi —dijo— y por todos mis compañeros, los que tuvimos sin merecerlo la suma dicha de ser escogidos para gozar del privilegio de servir a Dios en vuestras personas, os pido

humildemente perdón por si no hubiésemos llenado dignamente tan alto ministerio. Si por pereza, si por indocilidad de la carne, no hemos acudido como debíamos a vuestras necesidades; si por una injusta impaciencia o un culpado fastidio os hemos mostrado un rostro desdeñoso y severo; si tal vez la despreciable idea de que nos necesitabais, no ha inducido a no trataros con toda humildad; si por nuestra fragilidad hemos cometido alguna acción que os haya causado escándalo, perdonadnos, y así Dios os perdone vuestras faltas y os bendiga.

Y haciendo la señal de la cruz sobre el auditorio, se levantó.

Nosotros no hemos podido referir sino las palabras formales, a lo menos el sentido de ellas; pero el modo como las pronunció no es posible describirlo. Era el de un hombre que llamaba privilegio el de servir a los apestados, porque tal lo creía; que confesaba no haber correspondido dignamente, porque así le parecía; que pedía perdón, porque pensaba necesitarlo; pero las gentes que habían visto alrededor de sí a aquellos capuchinos ocupados únicamente en servirlos y socorrerlos, que habían visto morir a tantos, y al que hablaba por todos ser el primero en el trabajo como en autoridad, menos cuando estuvo acometido por el mal, no podían menos de sollozar, de verter lágrimas en contestación a semejantes protestas. Cogió luego el venerable religioso una cruz apoyada a una pilastra, la levantó delante de sí, dejó las sandalias en la orilla del pórtico exterior, bajó los escalones de la capilla, y entre la muchedumbre que reverente le abría el paso, fue a ponerse a la cabeza de ella.

Lorenzo con los ojos arrasados en lágrimas, ni más ni menos que si hubiese sido uno de aquellos a quienes se dirigía el capuchino, se retiró también, poniéndose al lado de una barraca, donde se mantuvo escondiendo el cuerpo, alargando la cabeza y abriendo los ojos, al mismo tiempo que le daba el corazón fuertes latidos. Sentía sin embargo cierta confianza por efecto de la conmoción que causaron en él la plática del religioso y la ternura de sus oyentes.

Llegó entretanto el padre Félix a pasos lentos pero firmes, descalzo, levantada la pesada cruz, y el rostro pálido y consumido. Seguíanle inmediatamente los niños más grandecitos, la mayor parte también descalzos, aunque pocos enteramente vestidos, y algunos en camisa. Venían luego las mujeres, trayendo casi todas de la mano a una niña, y cantado alternativamente el *Miserere*.

El débil metal de sus voces, y la palidez y decaimiento de sus rostros eran tales, que hubieran movido a compasión a cualquiera que como mero espectador se hubiese hallado presente. Pero Lorenzo miraba, volvía a mirar, examinaba de fila en fila, de cara en cara, sin pasar una sola por alto; que la lentitud con que andaba la procesión le ofrecía bastante proporción para hacerlo. Pero por más que mirase, por más que pasase ligeramente la vista sobre las que venían detrás, no encontró sino caras desconocidas. Con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, siguió con los ojos aquella turba, mientras pasaban los hombres.

Fijó de nuevo la atención, y concibió nuevas esperanzas al ver venir después de éstos algunos carros que traían a los convalecientes que aun no podían andar. Aquí las mujeres eran las últimas, y el tren venía tan despacio, que Lorenzo pudo cómodamente reconocerlas a todas sin que ninguna se escapase de su registro. Pero ¿qué? Examinó el primer carro, el segundo, el tercero, y así consecutivamente, y siempre con igual resultado hasta el último, detrás del cual sólo venía un capuchino con aspecto serio y un bastón en la mano, como director del convoy. Este era el padre Miguel, que, como hemos visto, fue nombrado por coadjutor del padre Félix.

Disipáronse de esta manera las dulces esperanzas de Lorenzo, y disipándose, no sólo le privaron de todo consuelo, sino que, como siempre sucede, le dejaron en peor estado que antes. Ya para él la contingencia más feliz era hallar a Lucía enferma; por manera que ocupando su ánimo, en lugar de la esperanza presente, el temor aumentado, se asió Lorenzo de aquel débil hilo, salió de la crujía y se dirigió hacia el paraje de donde venía la procesión. Llegado a la capilla, se puso de rodillas en el último escalón, y aquí dirigió a Dios una súplica, o por mejor decir, un baturrillo de palabras inconexas, frases interrumpidas, exclamaciones, quejas y promesas, y por fin, uno de aquellos discursos que no se emplean con los hombres, porque éstos no tienen bastante penetración

para comprenderlos, ni sufrimiento para escucharlos, ni son bastante generosos para moverse a compasión sin mezcla de menosprecio.

Levantóse de allí algo más animado, dio vuelta a la capilla, y se halló en la otra crujía, que aun no había recorrido, y a cuyo frente caía la otra puerta. A los pocos pasos vio a derecha e izquierda la estacada de que le había hablado el padre Cristóbal; pero medio derribada, y de consiguiente con muchas aberturas. Metiéndose Lorenzo por una de ellas, se halló en el cuartel de las mujeres. A poco vio casualmente en el suelo una de aquellas campanillas que llevaban atadas a los pies los *monatos* con sus correspondientes cintas; y ocurriéndosele la idea de que aquel instrumento podía servirle de salvoconducto en aquel recinto, le recogió, miró alrededor por si alguien le veía, se la ató al pie y dio inmediatamente principio a sus indagaciones. Empezó a recorrer con la vista, por mejor decir, a contemplar otros objetos lastimosos, en parte parecidos, y en parte diferentes de los que ya había contemplado.

Llevaba recorrido ya sin fruto ni contingencia alguna bastante trecho, cuando oyó detrás de sí un *hola* como de persona que le llamaba. Volvió la cabeza y vio a cierta distancia a un comisario que levantó las manos señalándole a él, y diciendo a gritos:

—Allá en los cuartos hay necesidad de gente; aquí se acaba de barrer en este momento.

Conoció Lorenzo inmediatamente la equivocación, y que con la campanilla había dado margen a ella: se trató a sí mismo de bestia por haber pensado sólo en los estorbos que con aquella insignia podía evitar, sin hacerse cargo de los que podía acarrearle. En efecto, le hizo repetida y apresuradamente seña con la cabeza que había comprendido y que iba a obedecer; y al punto se quitó de su vista, retirándose a un lado entre las barracas.

Cuando le pareció haberse apartado lo bastante, trató de quitarse de encima la causa de aquel compromiso, y para hacer esta operación sin que nadie le viese, se metió entre dos barracas que estaban situadas de espaldas una a otra. Bajóse a desatar las cintas, y estando con la cabeza apoyada en la pared de paja de una de dichas barracas, llegó a sus oídos una voz... ¡Dios mío! ¿será posible? Puso toda su alma en el oído, suspendió el aliento. Sí, sí, es su propia voz…

—¿Miedo de qué? —decía aquella voz suave—. ¡Cuántas cosas hemos pasado peores que esta tormenta! Quien nos ha preservado hasta aquí, nos preservará también ahora.

Si Lorenzo no dio un grito, no fue por temor de ser descubierto, sino porque le faltó el aliento. Dobláronsele de pronto las rodillas, y se le turbó la vista; pero al momento se puso en pie más animoso y más fuerte que antes: en tres brincos dio vuelta a la cabaña, y puesto en la puerta, vio a la que había hablado, y la vio vestida y reclinada sobre una mala cama. Volvióse ella; miró, creyó sueño, ilusión lo que estaba viendo; miró con más atención, y exclamó gritando:

—¡Bendito sea el Señor!

—¡Ah, Lucía! por fin te encuentro. ¡Sí, eres tú! ¡vives! ¡eres la misma! —exclamó Lorenzo, adelantándose todo trémulo.

—¡Bendito sea el Señor! —replicó todavía más trémula Lucía.¿Y tú?... ¿qué es esto?... ¿de qué manera?... ¿por qué?... ¡La peste!

—La he pasado, ¿y tú?

—Yo también. ¿Y mi madre?

—No la he visto porque está en Pasturo; pero creo que está buena: mas tú.... ¡Qué descolorida estás todavía! ¡Qué débil! Lo que es buena ya lo estás, ¿es verdad?

—El Señor ha querido dejarme todavía por acá. ¡Ay, Lorenzo! ¿por qué has venido aquí?

—¿Por qué? —dijo Lorenzo acercándose más— ¿Y me lo preguntas? ¿Es necesario que yo te lo diga? ¿A quién he de dirigir yo mis pensamientos? ¿No soy yo Lorenzo? ¿No eres tú Lucía?

—¡Ay! ¿Qué es lo que dices?... ¿No hizo mi madre que te escribiesen?

—Sí, demasiado. ¡Buenas cosas para escribirlas a un infeliz fugitivo, angustiado! ¡A un joven que jamás te había dado un disgusto!

—Pero ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! puesto que sabías... ¿Por qué has venido? ¿Por qué?

—¿Por qué he venido? ¡Ay, Lucía! ¿por qué he venido, me preguntas? ¿No somos nosotros ya los mismos? ¿No te acuerdas?... ¿qué es lo que faltaba?

—¡Ah, Señor! —exclamó con voz lastimera Lucía juntando apretadamente las manos— ¿por qué no me hicisteis la gracia de llevarme del mundo? ¡Ah, Lorenzo! ¿Qué es lo que has hecho? Ya empezaba yo a esperar... que... con el tiempo... me hubieras olvidado.

—¡Qué buena esperanza! ¡qué buenas cosas para decírmelas en mi propia cara!

—¿Qué es lo que has hecho? ¡En este sitio! ¡Entre estas aflicciones! Aquí, en donde no se hace sino morir, has podido...

—En cuanto a los que mueren, es necesario rezar por ellos, y esperar que irán donde Dios los llame; pero no es justo por eso que los que viven hayan de vivir desesperados.

—¡Ah, Lorenzo! Tú no sabes lo que estás diciendo... ¡Una promesa a la Virgen! ¡un voto!

—Yo te digo que esas promesas no valen.

—¡Válgame Dios! ¿qué es lo que dices? ¿Dónde has estado todo ese tiempo? ¿Con quién has tratado? ¿Cómo hablas de esta manera?

—Hablo como buen cristiano; y de la Virgen pienso mejor que tú, porque creo que no puede querer promesas en perjuicio del prójimo. Si la Virgen hubiese hablado, entonces sí, pero todo ha sido una idea tuya... ¿Sabes tú lo que debes prometer a la Virgen? Lo que debes prometerle es que a la primera niña que tengamos le pongamos el nombre de María, y esto yo también estoy pronto a ofrecerlo. Estas cosas honran más a la Virgen: son devociones de más ventaja, y que a nadie perjudican.

—No, no hables así: no sabes lo que te dices: tú no sabes lo que es hacer un voto. ¡Ah! ¡si tú te hubieras hallado en aquel conflicto! tú no sabes... ¡Déjame, déjame por Dios!

Y se apartó arrebatadamente, volviéndose hacia su cama.

—¡Lucía! —dijo Lorenzo sin moverse— dime al menos, dime: ¿si no fuera por este motivo, serías tú la misma para conmigo?

—¡Hombre sin caridad! —contestó Lucía volviéndose y conteniendo apenas las lágrimas— ¿qué ganarías con hacerme decir palabras inútiles? ¿Palabras que me afligirían? ¿Palabras que quizá serían pecado? ¿Qué ganarías? ¡Ah! vete, vete, olvídate de mí: no estaba de Dios que nos casásemos. Nos juntaremos en el cielo; ya poco tiempo se vive en este mundo: vete; procura hacer saber a mi madre que he sanado, que Dios me ha asistido siempre; que he encontrado una buena alma, esta buena señora que hace conmigo las veces de madre: dile que espero que se librará de este mal, y que nos veremos cuando Dios quiera y como quiera. Vete por amor de Dios, y no te acuerdes ya de mí... sino en tus oraciones.

Y como quien nada más tiene que decir, ni quiere oír; como quien huye de un peligro, se acercó más a la cama en que estaba acostada la mujer de quien acababa de hablar.

—Oye, Lucía, oye —dijo Lorenzo sin acercarse tampoco más.

—No; vete en caridad de Dios.

—Oye, el padre Cristóbal...

—¿Qué?

—Está aquí.

—¡Aquí! ¿Dónde? ¿Y cómo lo sabes?

—Le he hablado hace poco: he platicado largo tiempo con él; y un religioso de su clase me parece...

—¡Está aquí! será sin duda para asistir a los pobres enfermos: ¿pero él? ¿Ha pasado la peste?

—¡Ah, Lucía! me temo; harto me temo... —y mientras Lorenzo titubeaba para pronunciar una palabra amarga para él, y que tanto debía serlo para Lucía, ésta se separó de nuevo de la cama, y se acercó a él— me temo que la tenga encima.

—¡Ay, pobre padre Cristóbal! Es un santo; pero ¿qué digo? ¡Pobres de nosotros! ¿Y cómo se halla? ¿Está en cama? ¿Está bien asistido?

—Está levantado: anda por todas partes, asiste a los demás; ¡pero si lo vieras!... ¡Qué cara! ¡Con qué trabajo se mantiene de pie! El que ha visto tantos y tantos, por desgracia no se equivoca.

—¿Conque está aquí?

—Aquí está y muy cerca. No hay más distancia que de tu casa a la mía... ¿Te acuerdas?

—¡Virgen bendita!

—Seguramente poco más. Figúrate si hemos hablado de ti. ¡Qué cosas me ha dicho! ¡Y si supieras lo que he visto! Pero antes te diré lo que me ha dicho con su propia boca. Me ha dicho que hacía muy bien en venir a buscarte; y que al Señor le agrada que un joven se conduzca de esta manera, y que me ayudaría para que te encontrara, como efectivamente lo ha hecho; y es un santo; con que ya ves.

—Si ha dicho esto, es porque no sabrá...

—¿Qué quieres que sepa de las cosas que hiciste de tu cabeza sin tomar consejo de nadie? Un hombre sabio, un hombre de juicio como él, no puede imaginar cosas de esta naturaleza... Pero ¡a quién me llevó a ver!...

Y aquí contó la visita de la cabaña. Sin embargo de que el haber permanecido Lucía en aquella morada debía haberla acostumbrado a las impresiones más fuertes, no pudo dejar de estremecerse de lástima y de dolor.

—Y también allí —prosiguió Lorenzo—, ha hablado como un santo. Ha dicho que el Señor quizá quería salvar aquel desgraciado... no puedo ahora darle otro nombre, que aguarda para cogerle en buena hora; pero quiere que nosotros se lo supliquemos juntos; juntos, ¿me entiendes?

—Sí, sí, rezaremos cada uno donde Dios querrá que nos hallemos. Él sabrá juntar las oraciones.

—Yo te digo sus propias palabras.

—Pero, Lorenzo, el Padre no sabe...

—Mas tú no quieres entender que cuando es un santo el que habla, es Dios quien lo inspira y le hace hablar, y si la cosa no fuera verdaderamente así, no hubiera hablado de aquella manera... ¿Y el alma de aquel desdichado? Yo bien he rezado por él, y rezaré todavía como si fuera un hermano mío; pero ¿cómo quieres tú que le vaya en el otro mundo, si en este no se arreglan las cosas, y no se deshace el mal que él hizo? Poniéndote tú en la razón, entonces todo queda como antes; lo hecho hecho, y él sufrió su pena por acá.

—No, Lorenzo, no: Dios no quiere que se haga el mal, para usar luego su Divina Majestad de misericordia: por esta parte deja que obre el Señor; nosotros no tenemos más que hacer sino suplicarle. Si yo me hubiera muerto en aquella fatal noche, ¿hubiera por esto dejado de perdonarle? Si yo al contrario me vi milagrosamente libre...

—¿Y tu madre, esa buena Inés, que siempre me ha querido tanto, y que anhelaba con tantas veras vernos casados... ¿No te lo ha dicho ella también, que la tuya era una idea torcida? Bien sabes que en otras cosas te ha hecho conocer la razón, porque ella piensa con más juicio que tú.

—¡Mi madre! ¿Cómo crees tú que mi madre pudiera aconsejarme que faltase yo a una promesa? Lorenzo, tú has perdido el juicio.

—¿Quieres que te lo diga como lo pienso? Vosotras las mujeres nada entendéis de estas cosas. El padre Cristóbal me ha dicho que en encontrándote, vuelva a verme con él. Voy a eso. Lo oiremos; oiremos lo que dice...

—Sí; vete a ver a ese santo varón. Dile que yo ruego a Dios por él, y que él le ruegue por mí, que tanto, tanto lo necesito. Pero por amor de Dios, por tu alma misma, no vuelvas por acá a afligirme ni a tentarme. El padre Cristóbal sabrá explicarte las cosas bien, hacerte conocer la razón y tranquilizarte.

—¡Tranquilizarme! ¡Ay! no lo creas. Tú hiciste me escribieran esa nueva mortal, y yo sé lo que sufrí entonces; ¡y ahora tienes valor de repetírmela en mi misma cara! Mas yo te digo terminantemente que nunca jamás me tranquilizaré. Tú quieres olvidarme; pero yo no quiero olvidarme de ti; y te aseguro que si llego a perder el juicio, se acabó para siempre; echo al diablo el oficio, la buena conducta, y... En fin, te has empeñado en que yo viva rabiando toda mi vida, y rabiando viviré. ¡Lucía! me has dicho que te olvide, ¡que yo te olvide! ¿Y cómo se logrará eso? ¿En quién crees tú que he pensado en todo este tiempo que pasó? ¡Después de tantas cosas! ¡Después de tantas promesas! ¿Qué te hecho desde que nos separamos? ¿Conque me tratas así por haber padecido tanto? ¿Por haber sufrido tantas desgracias? ¿Por haber sido perseguido? ¿Por haber vivido fuera de mi casa triste, desconsolado, lejos de ti? ¿Por haberte venido a buscar en cuanto he podido?

Cuando el llanto permitió a Lucía articular palabras, exclamó juntando las manos y levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas:

—¡Virgen bendita, asistidme! Vos sabéis que desde aquella triste noche nunca he tenido un rato como éste. ¡Me socorristeis entonces, socorredme ahora!

—Sí, Lucía, haces muy bien en invocar a la Virgen; pero ¿puedes creer que siendo tan buena, siendo Madre de misericordia, pueda complacerse en hacernos padecer? Yo a lo menos no lo creo... Y por una palabra soltada en un conflicto en que no sabías lo que estabas diciendo, ¿puedes imaginar que te socorriese entonces para dejarnos embrollados después?... Pero si esta por desgracia fuese una disculpa, porque ya me aborreces, dímelo claro, háblame con franqueza.

—En caridad, Lorenzo, en caridad de Dios, acaba de una vez; no me hagas morir. Vete a ver al padre Cristóbal, recomiéndame a él, y no vuelvas más aquí.

—Me voy, sí, me voy; pero no pienses que deje de volver. He de volver, aunque fuera al cabo del mundo.

Así dijo, y ausentóse.

Lucía fue a sentarse, o, por mejor decir, se dejó caer al lado de su cama; y con la cabeza apoyada en ella, continuó llorando amargamente. La mujer, que hasta entonces había estado con ojos y oídos muy abiertos sin resollar siquiera, preguntó qué significaba la presencia de aquel hombre, aquella contienda y aquel llanto. Nuestros lectores por su parte quizá nos preguntarán también quién era aquella mujer: para contestarles, tampoco aquí necesitamos de muchas palabras.

Era la viuda de un mercader bastante acomodado, y de unos treinta años de edad. En pocos días había visto desaparecer a su esposo y a todos sus hijos. Poco después, acometida ella misma por la enfermedad general, fue llevada al Lazareto y puesta en aquella cabaña, cuando Lucía, después de haber superado sin sentirlo la furia del mal, y haber cambiado también sin sentirlo muchas compañeras, principiaba a restablecerse y a recobrar su sentido, que perdió desde el primer acceso de la enfermedad en casa de D. Ferrante. La cabaña sólo podía contener dos huéspedes, y estas dos afligidas, solas entre tanta muchedumbre, trabaron muy presto una amistad tan estrecha, que apenas hubiera podido ser el resultado de un largo trato. No tardó Lucía en hallarse en disposición de poder asistir a la otra, que se halló muy agravada. En cuanto ésta estuvo igualmente fuera de peligro, las dos se acompañaban, se consolaban y servían recíprocamente, y no sólo se prometieron salir juntas del Lazareto, sino que también tomaron medidas para no separarse tampoco

después. La viuda que, habiendo puesto al cuidado de un hermano suyo, comisario de Sanidad, su casa, su tienda y todo su capital, iba a encontrarse sola, y con medios sobrados para vivir con comodidad, trató de tener consigo a Lucía en calidad de hija de hermana, en lo cual ésta consintió con la mayor gratitud a ella y a la Providencia; pero sólo hasta que tuviese razón de su madre y explorase su voluntad.

Sin embargo, como era tan reservada, jamás le habló ni del casamiento, ni de sus extraordinarias aventuras. Pero ahora, en semejante tumulto de afectos, tanta necesidad tenía ella de desahogar su corazón, como la otra deseos de oír: de consiguiente, estrechando Lucía las manos de su compañera, se dispuso inmediatamente a satisfacer su pregunta sin más retardo que el que a las palabras ponían los sollozos.

Caminaba Lorenzo entretanto apresuradamente hacia el cuartel del buen religioso. Con un poco de reflexión, y no sin pérdida de algunos pasos, consiguió alcanzarle. Halló la cabaña, pero sin fraile: no obstante, dando vueltas y atisbando, le vio en otra, en donde inclinado hasta el suelo, y casi tendido, estaba auxiliando a un moribundo. Paróse Lorenzo guardando un profundo silencio, y al cabo de un rato le vio cerrar los ojos a aquel infeliz, ponerse luego de rodillas, rezar un momento y levantarse. Acercóse entonces y se dirigió a él.

—Hola —dijo el Capuchino, viéndole venir.— ¿Y bien?

—Aquí está: por fin quiso Dios que la encontrase.

—¿En qué estado?

—Buena, a lo menos levantada.

—¡Alabado sea el Señor!

—Pero… —dijo Lorenzo, cuando estuvo tan cerca para poderle hablar en voz baja— hay otro embrollo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... Ya sabe usted cuán buena es esa pobre muchacha; pero algunas veces es algo tenaz en sus aprensiones. Después de tantas promesas, después de todo lo que usted sabe, ahora dice, ¿qué sé yo? que en aquella noche del miedo se le calentó la cabeza, y en cierto modo se consagró a la Virgen; cosa inútil, ¿no es verdad? Cosas muy buenas para los que saben lo que se hacen; pero para nosotros, gente ignorante y ordinaria, que nada sabemos de eso... ¿no es verdad que son cosas que no valen?

—¿Está muy lejos de aquí?

—No señor: algo más allá de la capilla.

—Aguardame un poco, y luego iremos allá juntos.

—¿Quiere decir que usted la convencerá?

—Nada sé, hijo; es necesario que yo la oiga.

—Ya estoy —dijo Lorenzo.

Y se quedó con los ojos clavados en el suelo, y los brazos sobre el pecho, rumiando su incertidumbre, que en nada se había disminuido. Fray Cristóbal fue de nuevo en busca del padre Víctor, y le suplicó que otra vez supliese por él; entró luego en su cabaña, salió con su esportillo en el brazo, llegó a Lorenzo y le dijo: «Vamos», y marchó delante dirigiéndose a la cabaña donde antes habían entrado juntos.

Esta vez entró solo, y después de pocos minutos salió diciendo:

—¡Nada! Continuemos rezando. —Luego añadió:— Ahora guíame tú —y sin más echaron a andar entrambos.

El cielo se había ido oscureciendo cada vez más, y anunciaba próxima tormenta. Rompían la oscuridad repetidos relámpagos: aclaraba un fulgor instantáneo los extendidos techos, los arcos del

pórtico, la media naranja de la capilla, y los humildes remates de las cabañas: los truenos que con estrépito repentino sonaban, corrían con continuado ruido de una a otra región del cielo. Seguía el joven atentamente su camino, y con el ánimo lleno de inquieta expectación, retardando con violencia el paso para acomodarle a las débiles fuerzas de su compañero, que cansado con los trabajos, agravado con el mal, y oprimido el pecho con el ansia, caminaba fatigosamente, levantando de tiempo en tiempo al cielo el macilento rostro como para buscar una respiración más libre.

Al llegar a la cabaña, se paró Lorenzo, volvióse, y con voz trémula dijo:

—Aquí está.

Entraron... «Ellos son», dice la mujer de la cama; se vuelve Lucía, se levanta con precipitación, corre a recibir al anciano, exclamando:

—¡Dios mío! ¿A quién veo? ¡Ah, padre Cristóbal!

—¿Y bien, Lucía? ¡De cuántas angustias te ha librado el Señor! Debes estar bien contenta de haber siempre confiado en él.

—¡Ah, sí, señor! ¿Pero usted, Padre?... ¡Válgame Dios! ¡Y qué cambiado está usted! ¿Cómo se halla, dígame usted, cómo se halla?

—Como Dios quiere, y como con su gracia quiero yo también —contestó el Padre a Lucía con rostro sereno; y llamándola aparte, añadió—: Escucha; yo no puedo quedarme aquí sino pocos momentos. ¿Estás dispuesta a confiar en mí como antes?

—¡Ah! ¿no es usted siempre mi padre Cristóbal?

—Hija, ¿a qué se reduce, pues, ese voto de que me ha hablado Lorenzo?

—Es una promesa que he hecho a la Virgen Santísima de no casarme.

—Pero ¿te acordaste entonces que estabas comprometida de antemano con otra promesa?

—Tratándose del Señor y de la Virgen, no pensé en ello.

—Hija, el Señor agradece los sacrificios y los ofrecimientos, cuando los hacemos de lo que nos pertenece. Lo que el Señor quiere es el corazón y la voluntad; pero tú no podías ofrecerle la voluntad de otro con quien estabas comprometida.

—¿Y he hecho mal?

—No, hija mía, no te aflijas por esto, porque yo creo que la Virgen habrá agradecido la intención de tu corazón afligido, y lo habrá ofrecido a Dios por ti. Pero dime, ¿no te has aconsejado con nadie acerca de este punto?

—Yo nunca creí que fuese cosa de que hubiera de confesarme, pues se sabe que el poco bien que se puede hacer no hay necesidad de contarlo.

—¿No tienes ningún motivo que te impida cumplir la promesa que hiciste a Lorenzo?

—En cuanto a esto... yo por mí... ¿qué motivo?... no sé... me parece que ningún otro —contestó Lucía con cierta perplejidad, que todo podía anunciar menos la incertidumbre de su pensamiento, y su rostro, todavía descolorido de la enfermedad, se encendió, cubriéndose de improviso rubor.

—¿Crees tú —dijo el anciano— que Dios ha dado a su Iglesia la autoridad de dispensar, o confirmar, según convenga para el mayor bien, las deudas y obligaciones que los hombres hayan contraído con él?

—Sí, señor, que lo creo.

—Sabe, pues, que nosotros, destinados a la cura de las almas en este recinto, tenemos las más amplias facultades de la Iglesia para todos los que acuden a nosotros, y que, por consiguiente, yo puedo, como tú lo pidas, dispensarte de la obligación, cualquiera que sea la que hayas podido contraer con ese voto.

—Pero ¿no será pecado volverse atrás, arrepentirse de una promesa hecha a la Virgen? Yo entonces la hice de todo corazón —dijo Lucía, extraordinariamente agitada al embate (confesémoslo) de tan inesperada esperanza, contrariada por un temor que fortificaron todos sus pensamientos en que hacía tanto tiempo que exclusivamente se ocupaba.

—¿Pecado, hija mía? —dijo el Padre— ¿pecado recurrir a la Iglesia, y pedir a uno de sus ministros que emplee la autoridad que recibió de la misma Iglesia, y que ésta ha recibido de Dios? Yo he visto cómo los dos estabais destinados a uniros: y si alguna vez me ha parecido que Dios había criado a dos personas para unirlas con un vínculo santo, erais y sois vosotros: ahora, pues, no veo razón alguna para que Dios os quiera separar, y lo bendigo, y le doy gracias, por haberme dado, aunque indigno ministro suyo, la facultad de hablar en su nombre, y dispensarte de tu ofrecimiento. En fin, si tú pides que te declare libre de ese voto, no sólo no titubearé en hacerlo, sino que deseo que lo pidas.

—Entonces... entonces... yo lo pido —dijo Lucía con rostro turbado únicamente por el pudor.

Llamó entonces el religioso a Lorenzo, que se mantenía en el rincón más apartado, oyendo con grande atención aquel diálogo en que tenía tanto interés; y teniéndole cerca, dijo con voz clara y sonora:

—Lucía, con la autoridad que tengo de la Iglesia te declaro dispensada del voto de virginidad, anulando todo cuanto pudiera haber en él de consideración, y absolviéndote de toda obligación que pudieras haber contraído.

Figúrese el lector cómo sonarían en los oídos de Lorenzo estas palabras. Dio las más expresivas gracias con los ojos al que las había proferido, y buscó inmediatamente, pero en vano, los de Lucía.

—Entrégate con toda seguridad, y en paz —prosiguió diciendo el Capuchino— a los pensamientos de antes. Pídele de nuevo al Señor las gracias que le pedías para ser una mujer santa, y ten confianza en que te las concederá mayores después de tantas penalidades. Y tú —dijo volviéndose a Lorenzo— acuérdate, hijo mío, que si la Iglesia te restituye esta compañera, no lo hace para proporcionarte un consuelo temporal y mundano, que aun suponiéndolo completo y sin ninguna clase de disgustos, acabaría en un gran dolor en el momento de separaros para siempre; pero lo hace para poneros a los dos en el camino de un consuelo que no tendrá término. Amaos como compañeros de viaje, con el pensamiento de teneros que separar algún día, y con la esperanza de volveros a unir para siempre. Dad gracias al cielo por haberos traído a este estado, no por medio de alegrías turbulentas y pasajeras, sino por trabajos, y entre miserias, para prepararos a una alegría pura y tranquila. Si Dios os concediere hijos, cuidad de criarlos para él, y de inspirarles su amor y el del prójimo. Lucía, nada te ha dicho éste —señalando a Lorenzo— de lo que ha visto aquí?

—¡Ay, Padre! me lo ha dicho todo.

—Rezad por él y por mí... Hijos míos, quiero que tengáis una memoria del pobre Capuchino.

Y aquí sacó del esportillo una caja de madera ordinaria, pero muy bien trabajada, a la manera que los capuchinos lo hacían entonces, y prosiguió:

—Aquí dentro está el resto de aquel pan... el primero que pedí de limosna, de aquel pan de que habréis oído hablar. Os lo dejo a vosotros: conservadle, enseñadle a vuestros hijos. Vendrán a un mundo triste en un siglo de dolores, entre orgullosos y provocativos: inculcadles que perdonen siempre, y que rueguen a Dios por el pobre fraile.

Entregó la caja a Lucía, quien la recibió con el respeto y veneración con que recibiría una reliquia. Luego con voz más pacata continuo:

—Ahora, díme: ¿qué recursos tienes en Milán? ¿a dónde piensas ir en saliendo de aquí? ¿Y quién te llevará donde está tu madre? ¡que Dios quiera haber conservado en buena salud!

—Esta buena señora me sirve entretanto de madre: saldremos de aquí juntas, y ella luego cuidará de todo.

—¡Dios la bendiga! —dijo el padre Cristóbal, acercándose a la cama.

—Yo también doy a usted las gracias —dijo la viuda— por el consuelo que ha proporcionado a estas pobres criaturas, aunque yo contaba tener siempre conmigo a Lucía; pero se quedará entretanto. Yo me encargo de llevarla a su pueblo; la entregaré a su madre, y —añadió de quedo— tomo a mi cargo el ajuar. Bienes tengo sobrados, y por desgracia nadie de los que debían disfrutarlos.

—Así podrá usted —contestó el Capuchino— hacer un gran sacrificio al Señor, y mucho bien al prójimo.

Volviéndose luego a Lorenzo, y tomándole de la mano, le dijo:

—Ea, pues; nosotros nada tenemos ya que hacer aquí; demasiado nos hemos detenido: vámonos.

—¡Ah, Padre! —dijo Lucía— ¿no tendré yo el gusto de volver a ver a usted? Yo he recobrado la salud, yo que de nada sirvo en este mundo, y usted...

—Hace mucho tiempo —respondió el anciano con seriedad y dulzura— que pido al Señor la gracia de acabar mis días en beneficio del prójimo. Si ahora se dignase otorgármela, necesito que todos los que tienen caridad de mí me ayuden a darle gracias. Ea, dale a Lorenzo los encargos que quieras para tu madre.

—Cuéntale lo que has visto —dijo Lucía a Lorenzo—, que he encontrado aquí otra madre; que iré con ella lo más presto que pueda, y que espero encontrarla buena.

—Si necesitas dinero —contestó Lorenzo— yo tengo aquí todo lo que tú me enviaste...

—No, no —repuso la viuda— nada le faltará: yo, gracias a Dios, tengo más de lo que necesito.

—Vamos —replicó el religioso.

—Adiós, Lucía; dentro de poco nos veremos: lo mismo digo a usted, buena señora —dijo Lorenzo, no encontrando palabras para explicar lo que sentía su corazón.

—¿Quién sabe —exclamó Lucía— si el Señor nos hará la gracia de que nos veamos otra vez todos juntos?

—Quede él siempre con vosotros, y os bendiga —dijo a las dos compañeras fray Cristóbal, y con Lorenzo salió de la cabaña.

Era la caída de la tarde, y la crisis del tiempo parecía aun más inminente. El Capuchino ofreció de nuevo al deshospedado Lorenzo su pobre albergue por aquella noche.

—Compañía —añadió— no podré hacértela, pero estarás a cubierto.

Lorenzo, sin embargo, anhelaba por marcharse, y no apetecía mucho quedarse por más tiempo en semejante sitio, cuando no podía ver otra vez a Lucía, ni gozar de la compañía del buen religioso. Por lo que toca a la hora y al temporal, se puede decir que el día y la noche, el sol y la lluvia, el céfiro y el vendaval, eran para él en aquella ocasión una misma cosa: por lo tanto, dio muchas gracias al Capuchino, y se despidió, diciendo que quería ir a ver a Inés lo más presto que fuese posible.

Así que llegaron a la crujía el Padre le apretó la mano y le dijo:

—Cuando veas a esa buena Inés, que Dios lo haga, y yo lo espero, salúdala también de mi parte a ella y a cuantos por allá se acuerden de fray Cristóbal: diles que rueguen por él. Dios te acompañe y te bendiga para siempre.

—¡Ah, padre Cristóbal!... ¡Padre mío! ¿Nos volveremos a ver...? ¿Nos volveremos a ver?

—En el cielo, lo espero.

Y con estas palabras se desprendió de Lorenzo, el cual se quedó mirándole, hasta que le perdió de vista. En seguida se dirigió aprisa hacia la puerta, echando a derecha e izquierda las

últimas miradas a aquel lamentable sitio, en donde se advertía un movimiento extraordinario en todas direcciones: sepultureros corriendo; cabañas que se arreglaban, y convalecientes que trabajosamente se retraían a ellas y a los portales para guarecerse contra la tormenta que se iba acercando.

XXXVII.
La vuelta de Lorenzo.

En efecto, apenas salió Lorenzo de los umbrales del Lazareto, y tomó la calle, entonces derecha, para encontrar el sendero de donde había desembocado por la mañana frente la muralla, cuando empezaron a caer unas gotas muy gordas y raras, que salpicando los áridos caminos levantaban otras tantas nubecillas de menudo polvo; pero no tardaron en convertirse en lluvia; y antes que Lorenzo llegase al sendero que buscaba, caía a cántaros el agua. Lejos de incomodarse con esto, la recogió con gusto, gozándose en aquel bullicio que causaban las hierbas y las hojas movidas y goteando, reverdecidas y relucientes. Respiraba de cuando en cuando más recio y desahogadamente, y en aquella revolución de la naturaleza le parecía sentir mejor la que se había verificado en su destino.

Pero ¡cuánto más viva y completa hubiera sido esta sensación, si hubiera podido adivinar lo que se vio pocos días después, a saber: que aquella agua se llevaba y barría, digámoslo así, el contagio; tanto que si el Lazareto no restituía al mundo desde entonces todos los vivos que encerraba, al menos no tragaría otros; que al cabo de una semana se verían abiertas otra vez las puertas y las tiendas; que ya sólo se hablaría de cuarentenas, y que no quedaría de la peste sino algunas señales diseminadas, esto es, aquellos rastros que cada epidemia deja tras sí por algún tiempo!

Caminaba, pues, nuestro viajero con bastante prisa, sin haber aun determinado ni cuándo ni dónde pasaría la noche, ocupado sólo en ir adelante y llegar presto al país, para encontrar con quien hablar, a quien contar, y sobre todo para pasar inmediatamente a Pasturo en busca de Inés. Andaba revolviendo en su mente todas las cosas de aquel día, y a vuelta de las miserias, horrores y peligros, siempre le ocurría el pensamiento de haber encontrado a Lucía viva y sana, y de que era suya; y entonces pegaba un brinquito con el cual hacía saltar el agua y el barro alrededor, a manera de un perro de lanas al salir del agua. Otras veces se contentaba con un estregón de manos, y proseguía su camino con más ahínco. Mirando al suelo, recapacitaba todo lo que le había pasado en aquel día, la aldaba, la respuesta descortés de la mujer que se asomó a la ventana, los gritos de aquella furia que quería hacerlo pasar por untador, los bribones que trataban de acabar con él, los carros de los sepultureros, la entrada en el Lazareto, el encuentro del padre Cristóbal, la procesión de los convalecientes, el cuartel de las mujeres, la casualidad de encontrar a Lucía, y la dispensa del voto, que era el punto a que siempre venía a parar para considerarse feliz; por manera que era imposible imaginar un estado de más satisfacción, a no acibararlo en parte la incertidumbre acerca de Inés, la quebrantada salud del padre Cristóbal, y el hallarse todavía en medio de la peste.

Con estos pensamientos entró en Sexti al anochecer, y el agua no daba aun indicio de cesar; pero sintiéndose con piernas más que nunca ligeras, y considerando las muchas dificultades que encontraría para hallar hospedaje, así empapado en agua como se hallaba, ni siquiera pensó en buscar albergue. Lo que sí sentía eran unas fuertes ganas de comer, a las cuales después de lo ocurrido, seguramente no habría podido bastar la escasa sopa del Capuchino. Trató de buscar una panadería, y encontrada, compró dos panes, que le entregaron con la formalidad de las tenazas y demás ceremonias. Echóse uno en el bolsillo, y el otro a los dientes, y adelante.

Ya era enteramente de noche cuando pasó por Monza; sin embargo, consiguió salir por la parte que justamente correspondía al camino que debía seguir; pero además de esto, que no era entonces poco mérito, es necesario saber cómo estaba a la sazón aquel camino, y cómo se iba poniendo a cada instante. Hundido como todos, entre dos orillas, a manera de un arroyo, podía llamarse en aquella hora, si no un río, por lo menos un torrente, con tantos hoyos y charcos a cada paso, que podía tenerse a dicha el sacar los zapatos, y aun los pies, si se me apura. Pero Lorenzo iba saliendo lo mejor que podía, sin impaciencia, sin malas palabras, sin arrepentimiento, haciéndose cargo de que por más que costase cada paso, siempre era adelantar, que el agua cesaría cuando Dios quisiera, que a su tiempo amanecería, y que el camino que andaba entonces ya estaría andado.

Y a decir verdad, tampoco pensaba en ello sino en los momentos de más apuro. Servíanle de distracción los recuerdos e ideas que ocupaban su mente. Recreábase ora en recorrer la historia de los tristes años pasados, de tantos enredos, tantas contradicciones, y tantos momentos en que casi tenía perdida la esperanza, y en contraponer a estas ideas las de un porvenir tan diferente, las de la llegada de Lucía, de su boda, de la formación de su casa, del placer de contarse recíprocamente sus aventuras, y de no separarse en toda la vida.

Cómo se compusiese cuando se dividía el camino, lo que no dejaba de suceder a menudo, esto es, si con la poca práctica que tenía, y un mediano discurso, encontraba siempre el verdadero, o si se metía por cualquiera a la ventura, no es fácil decirlo, porque él mismo, cuando contaba su historia, que siempre era con más palabras de las necesarias, al llegar a los sucesos de aquella noche, sólo se acordaba de ella como si la hubiese pasado en su cama soñando; lo cierto es que al amanecer se halló a vista del Ada.

Nunca había dejado enteramente de llover; pero hubo un corto espacio en que el diluvio se convirtió en lluvia, y luego en llovizna. Las nubes altas y ralas formaban un velo dilatado, pero ligero y diáfano, y la luz del crepúsculo permitió a Lorenzo ver todo el país a la redonda. Allí estaba su pueblo, y lo que él experimentó en aquel momento no es fácil describirlo: sólo podemos decir que le parecía que aquellas montañas, el inmediato Resegono y el territorio de Lecco, todo era suyo. Echó la vista también sobre sí, y se encontró algo extraño, y tal, según lo que sentía, como se imaginaba debía ser. Arrugada la ropa y pegada al cuerpo, desde el cogote hasta la cintura hecho una sopa y cayéndole a chorros el agua, y desde la cintura a los talones gachas y barro; y si se hubiera mirado en un espejo, más eco le hubiera hecho el verse con las alas del sombrero caídas, y el pelo lacio y pegado a la cara. En cuanto a cansado, bien podía estarlo, pero no lo advertía, y el fresquecito de la mañana con el de la noche y aquel corto baño, no hacían sino aumentar su energía y su gana de andar más aprisa.

Llega a Pescate, costea el último trecho del Ada, echando una mirada melancólica a Pescarénico, pasa el puente, y por atajos y campos llega en breve a la casa de su antiguo huésped. Éste, que acabando de levantarse estaba a la puerta mirando el tiempo, vuelve los ojos hacia aquella figura tan empapada en agua, tan cubierta de lodo, tan sucia, y al mismo tiempo tan lista y desenfadada, por manera que en su vida había visto a un hombre tan mal parado y tan contento.

—¡Hola!—dijo,—¡tan presto! ¡con este tiempo! ¿cómo ha ido?

—La encontré, la encontré —contestó Lorenzo.

—¿Buena?

—Restablecida ya, que es mejor. Muchos motivos tengo para dar gracias al Señor y a su Santísima Madre, pues vivo. ¡Cosas grandes, amigo! ya te contaré: ¡qué cosas!

—Pero ¡cómo estás!

—Estoy guapo, ¿eh?

—A la verdad que el agua que te chorrea de medio cuerpo arriba pudiera lavarte de medio cuerpo abajo. Aguarda, aguarda, que voy a hacerte una buena fogata.

—Te lo agradezco. ¿Sabes dónde me cogió? Justamente a la puerta del Lazareto: pero esto no es nada; el tiempo hace su oficio, y yo hago el mío.

El amigo se fue, y volvió con dos brazadas de leña; puso una en el suelo y echó la otra en la chimenea, y a beneficio de unas cuantas ascuas que quedaron por la noche, no tardó en levantarse una gran llama. Quitóse Lorenzo el sombrero, le sacudió dos o tres veces y le tiró al suelo; pero no pudo quitarse tan presto el gabán. Sacó también de la faltriquera de los calzones su cuchillo, con la vaina tan esponjada que parecía de tripas, y le puso sobre una mesita, diciendo:

—¡Qué bueno está también éste! Pero, en fin, gracias a Dios, que no es más que agua. Mi vida, amigo, ha estado en un tris: ya te diré —y se estregaba las manos—. Ahora hazme otro favor —añadió—, tráeme aquel lío que te dejé porque antes que esta ropa se seque va largo.

Vuelto con el lío el amigo, le dijo:

—Creo que no dejarás de tener ganas; que beber no te habrá faltado en el camino, pero comer...

—Ayer por la tarde encontré donde comprar dos panes; pero a la verdad, no me han llegado a un diente.

—Deja —dijo el amigo, y echó agua en un perolito, la puso a la lumbre, y añadió—: voy por leche: cuando vuelva, el agua estará caliente, y haremos una buena polenta: tú entretanto componte a tu gusto.

Quedando Lorenzo sólo, se quitó de encima, no sin trabajo, el resto de la ropa, que estaba como encolada a la carne, se secó bien y se volvió a vestir de pies a cabeza. Volvió el amigo, emprendió la faena de la polenta, y entretanto Lorenzo se quedó sentado aguardando.

—Ahora —dijo— voy sintiendo que estoy cansado. La tirada es buena; pero no es nada: tengo que contarte para todo el día. ¡Cómo está Milán! ¡Es preciso verlo y tocarlo! Cosas para tener luego asco de sí mismo. Estoy por decirte que necesitaba yo de este enjabonado. ¡Lo que quisieron hacer conmigo aquellos señores! Ya oirás, ya oirás. ¡Ah! ¡si vieras el Lazareto! Entre tantos horrores es cosa de perderse y perder el juicio: ya te lo contaré todo... Allá está, y vendrá pronto aquí, y será mi mujer, y tú has de ser uno de los testigos; y, peste, o no peste, quiero que tengamos a lo menos algunas horas de diversión y alegría.

Cumplió con efecto la palabra que dio a su amigo de emplear aquel día en contárselo todo, tanto más que no habiendo cesado de lloviznar, lo pasó debajo de techado, ya en conversación con su amigo, ya trabajando con él en una tina y una bota, y en otros preparativos para la vendimia, porque, como él decía, era uno de aquellos que se cansaban más en no hacer nada que en trabajar. No pudo sin embargo dejar de hacer una escapadita hasta la casa de Inés para ver cierta ventanita, y darse también allí otro estregoncito de manos. Fue y volvió a hurtadillas, y se acostó temprano. Temprano también se levantó el día siguiente; y viendo que aunque no estaba sentado el tiempo, había cesado el agua, se puso en camino para Pasturo.

Era todavía temprano cuando llegó; que no tenía menos prisa ni menos gana de acabar, que la que pueden tener nuestros lectores. Preguntó por Inés; supo que estaba viva y sana, y le enseñaron una casita aislada donde vivía. Allí se fue en derechura, y le llamó por su nombre desde la calle. A esta voz se asomó Inés apresuradamente a la ventana, y mientras estaba con la boca abierta, queriendo proferir no sé qué palabras, la previno Lorenzo diciendo:

—Lucía se puso buena; la he visto anteayer; saluda a usted, y vendrá presto, ¡y cuánto tengo que contar a usted!

Entre la sorpresa, el placer de la noticia y el afán por saber más, empezaba Inés ya una exclamación, ya una pregunta, sin acabar nada, y olvidando luego las precauciones que acostumbraba tomar desde largo tiempo, dijo:

—Ya bajo a abrir.

—Aguarde usted. ¿Y la peste? —preguntó Lorenzo—. Creo que usted no la ha pasado.

—Yo no: ¿y tú?

—Yo sí; pero es menester precaución; vengo de Milán, y he estado metido en el contagio hasta los ojos. Es verdad que me he mudado de pies a cabeza, pero es cosa que a veces se pega como un maleficio, y puesto que el Señor ha librado a usted hasta ahora, quiero que usted se cuide hasta que se acabe este maldito influjo, porque es usted nuestra mamá, y quiero que vivamos todos juntos por largo tiempo y alegremente, en desquite de lo mucho que hemos sufrido, al menos yo...

—Pero… —comenzó a decir Inés.

—No hay pero ni pera —interrumpió Lorenzo.— Sé lo que usted quiere decir. Ya verá usted cómo no hay pero. Vamos a algún paraje bien ventilado donde se pueda hablar con comodidad y sin riesgo.

Indicóle Inés un huerto que caía a espaldas de la casa, diciéndole que entrase allí, y se sentase en uno de dos banquillos que estaban frente a frente, que ella bajaría luego, y se sentaría en el otro. Así se hizo, y estoy seguro de que si el lector, como impuesto en los antecedentes, hubiese podido hallarse presente, y ver y oír aquellos relatos, aquellas preguntas, aquellas explicaciones, aquellas quejas, aquellas exclamaciones, aquel hablar de D. Rodrigo y del padre Cristóbal, y todo lo demás con aquellas descripciones de lo futuro tan positivas y claras como las de lo pasado, estoy seguro, digo, de que hubiera tenido gran gusto en ello, y hubiera sido el último en separarse; pero para tener en el papel toda aquella conversación con palabras mudas, de tinta y sin ningún hecho nuevo, soy de parecer que no sentirá perderla, y que preferirá que se las dejemos adivinar. La conclusión fue que irían a vivir juntos al país de Bérgamo, donde ya Lorenzo tenía un buen acomodo; pero en cuanto al tiempo, nada se pudo determinar, porque dependía de la peste y de otras circunstancias, y sólo se acordó que apenas pasado el peligro, volviera Inés a su casa, aguardando allí a Lucía, o Lucía la aguardaría a ella; y Lorenzo entretanto haría otras escapadas a Pasturo a ver a su mamá, y tenerla al corriente de todo cuanto ocurriese.

Antes de irse le ofreció también dinero, diciendo:

—Vea usted, todo está intacto, pues hice aquí voto de no tocarlo hasta que se hubiesen aclarado las cosas. Ahora, pues, si usted lo necesita, baje usted una cazuela con agua y vinagre, y meteré allí los cincuenta escudos flamantes.

—No, no —contestó Inés—; tengo más de lo que para mí necesito; guárdalos, que te servirán para poner casa.

Retiróse Lorenzo con este nuevo motivo de consuelo, cual era el de haber encontrado en buena salud a una persona a quien tanto amaba: permaneció el resto de aquel día y la noche en casa de su amigo, y el día siguiente se puso de nuevo en camino, pero con otra dirección; a saber, la de su país adoptivo.

Allí encontró también con buena salud a su primo Bartolo, y con menos temor de perderla, porque en aquellos pocos días las cosas habían tomado rápidamente muy buen aspecto. Las invasiones eran mucho menos frecuentes, la enfermedad ya no era la misma; ya no se presentaba aquel amoratado mortal, ni aquella violencia de síntomas, sino unas calenturillas, la mayor parte intermitentes, y alguna vez un tumorcillo descolorido, que se curaba como un divieso ordinario. Era otro ya el aspecto del país: los que habían sobrevivido empezaban a salir de sus escondrijos, dándose recíprocamente el pésame o el parabién. Se hablaba ya de volver a poner corrientes las fábricas; y los dueños pensaban en buscar y apalabrar artesanos, especialmente en aquellas artes en que el número de ellos escaseaba también antes del contagio, como era la de la seda. Lorenzo, sin hacerse de rogar, prometió (salva siempre la debida aprobación) a su primo, que volvería a trabajar en cuanto fuese a establecerse con su familia en el país. Dispuso entretanto los preparativos más precisos; buscó una casa mejor, cosa entonces harto fácil, y poco costosa; la proveyó del ajuar y

muebles necesarios, echando mano otra vez del tesoro reservado; pero sin abrir en él gran brecha, porque de todo había desgraciadamente grande abundancia y baratura.

A los pocos días regresó a su país nativo, que halló extraordinariamente mejorado, y marchó inmediatamente a Pasturo, donde halló a Inés más animada, y tan dispuesta a volver a su casa, que él mismo la trajo. Creemos excusado decir aquí cuáles fueron sus sentimientos y sus palabras al verse juntos en aquel pueblo; cualquiera podrá figurárselo.

Inés lo encontró todo como lo había dejado; por manera que solía decir que esta vez, tratándose de una pobre viuda y de una pobre muchacha, los ángeles habían estado allí de guardia.

—Y la otra vez —añadía—, cuando cualquiera hubiera creído que el Señor cuidaba de otros, y a nosotros nos abandonaba, permitiendo que nos llevasen nuestra hacienda, manifestó todo lo contrario, porque me envió por otra parte dinero con que poder reponerlo todo: digo todo, y no digo bien, porque faltaba el ajuar de Lucía que los pícaros se llevaron enterito; mas hete aquí que nos viene por otra parte. Quién me hubiera dicho, cuando estaba trabajando en poner listo aquél, ¿crees tú trabajar para Lucía? ¡Pobre mujer! trabajas para quien no conoces. ¡Sabe Dios quién se llevará esas camisas, esas enaguas, esos jubones! Del ajuar de Lucía, del que verdaderamente ha de servirle, cuidará otra buena alma, que ni siquiera sabes si existe.

El primer cuidado de Inés fue el de preparar en su casita el alojamiento más decente que pudo para aquella buena alma: luego buscó seda que devanar, y con su aspa procuraba engañar la tardanza.

Lorenzo, por su parte, no pasó en la ociosidad aquellos días para él tan largos. Como por fortuna sabía dos oficios, se dedicó al de labrador. Empleaba parte del tiempo en ayudar a su huésped, para el cual no era poca suerte tener a su disposición un labriego, y un labriego de tanta habilidad: otra parte la dedicaba a cultivar y arreglar el huertecillo de Inés, abandonado enteramente durante su ausencia. Por lo que toca a su pequeña hacienda, no se cuidaba de ella, diciendo que era una peluca demasiado enmarañada, y de nada servían dos brazos para desenredarla. Tampoco ponía los pies en ella, ni en su casa, porque era para él un dolor el ver aquella desolación, habiendo ya tomado el partido de deshacerse de todo, de cualquiera manera que fuese, y emplear en su nueva patria lo que sacase.

Si los que habían quedado vivos eran unos para otros como resucitados, Lorenzo lo era para los de su pueblo como dos veces. Todos le felicitaban, le agasajaban, y deseaban oír su historia. Algunos quizá preguntaran: ¿y cómo andaba la cosa respecto a la requisitoria? Perfectamente. Apenas se acordaba de ella, suponiendo que los que debían ejecutarla tampoco se acordarían, y no se equivocaba. Y esto no dimanaba sólo de la peste, que todo lo había barajado, sino también (cosa muy común en aquellos tiempos, como lo hemos visto en más de una parte de esta historia) de que las órdenes, tanto generales como particulares, contra las personas, como no hubiese alguna animosidad privada o poderosa que promoviese su ejecución, quedaban sin efecto, a no ser que se ejecutasen en los primeros momentos, a manera de las balas de fusil, que si no causan daño al golpe, caen al suelo, en donde a nadie molestan, consecuencia necesaria de la excesiva facilidad con que a roso y velloso se expedían dichas órdenes. La actividad del hombre es limitada, y lo que va de más en ordenar, debe ir de menos en la ejecución.

Si alguno asimismo quisiese saber cómo se conducía Lorenzo con D. Abundo, mientras permanecía en su pueblo aguardando que se dispusiesen las cosas para su boda, diré que no tenían relación alguna entre sí: este último, por temor de oír hablar del casamiento, cuya palabra le traía a la memoria los bravos de D. Rodrigo y las reconvenciones del Cardenal; y el primero porque había determinado no hablar del asunto hasta el momento preciso de su ejecución, no queriendo escamarle antes de tiempo, no fuera que pusiese nuevos impedimentos. De esto hablaba frecuentemente con Inés, a quien solía preguntar:

—¿Cree usted que vendrá presto?

—Creo que sí —respondía Inés.

Y muchas veces hacia ésta la misma pregunta, con lo cual procuraban los dos entretener el tiempo, que les parecía cada día más largo.

Para nuestros lectores haremos que pase más pronto, diciendo en resumen que a los pocos días de haber estado Lorenzo en el Lazareto, salió Lucía con la buena viuda, y habiéndose dispuesto una cuarentena general, la pasaron las dos juntas en casa de la última, donde una parte del tiempo se empleó en el ajuar de Lucía, quien, después de algunos cumplimientos, tuvo también que trabajar en él. Concluida la cuarentena, confió la viuda a su hermano el comisario la tienda y la casa, y se hicieron los preparativos para el viaje. Podremos también añadir de seguida, para acabar pronto, que se pusieron en camino, que llegaron, y lo demás: pero a pesar de toda la prisa del lector y la nuestra, hay tres cosas correspondientes a aquel período que no queremos pasar en silencio, y a lo menos por lo que toca a dos, el mismo lector convendria en que hubiéramos hecho mal omitiéndolas.

La primera es que cuando Lucía volvió a hablar con la viuda de sus aventuras con más particularidad y más orden que el que pudo emplear en la agitación de la primera confianza, e hizo mención más expresa de la Señora que la había acogido en el convento de Monza, llegó a saber cosas de ella que excitaron en su ánimo la más triste y terrible admiración. Supo por la viuda que habiendo la desgraciada monja dado margen a sospechas de hechos atroces, fue trasladada de orden del Cardenal a un convento de Milán, y que allí, después de muchos desórdenes se arrepintió, y vuelta sobre sí, su vida actual era un suplicio voluntario tan duro, que nadie pudiera inventar otro más severo. El que quisiere tener noticias más circunstanciadas de este lamentable incidente, las hallará en la *Historia patria* de Ripamonti, década V, libro VI, capítulo III.

Se reduce la otra a que preguntando Lucía por el padre Cristóbal a todos los capuchinos que pudo ver en el Lazareto, supo con más pena que admiración que había muerto de la peste.

Finalmente, antes de salir de Milán deseaba tener alguna noticia de sus antiguos amos para cumplir con ellos, si alguno era vivo, como lo exigía la gratitud y la buena crianza.

Acompañóla la misma viuda a la casa, donde supieron que uno y otro se habían ido con los más al otro mundo. Por lo que toca a doña Práxedes, diciendo que murió, se dice todo lo que hay que decir, pero con respecto a don Ferrante, tratándose de un sabio de aquella época, el anónimo que varias veces hemos citado, creyó conveniente extenderse algo más; y nosotros de nuestra cuenta y riesgo trasladamos en compendio lo que él dejó escrito.

Dice, pues, que en cuanto se empezó a hablar del contagio, D. Ferrante fue uno de los más acérrimos y constantes en negar su existencia, no con alboroto como el pueblo, sino con raciocinios, cuyo enlace por lo menos nadie podía desconocer.

—*In rerum natura* —decía— no hay sino dos géneros de cosas, a saber, sustancia y accidentes; y si yo pruebo que el contagio no puede ser ni lo uno ni lo otro, habré probado que no existe, y que es una quimera. Vamos a probarlo. Las sustancias son o espirituales o materiales. Que el contagio sea una sustancia espiritual, es un dislate de tal naturaleza que nadie habrá que lo sostenga, de consiguiente es inútil hablar de él. Las sustancias materiales son simples o compuestas. Ahora bien, el contagio no es sustancia simple, y lo demuestro en cuatro palabras. No es sustancia aérea, porque si lo fuera, en lugar de pasar de un cuerpo a otro, volaría más bien a su esfera: no es ácuea, porque humedecería y la secarían los vientos: no es ígnea, porque quemaría; y no es térrea, porque entonces sería visible. Tampoco es sustancia compuesta, porque de todos modos se vería y se tocaría; y este contagio ¿quién lo ha visto? ¿quién lo ha tocado? Queda ahora por ver si es accidente. ¡Peor que peor! Nos dicen los señores médicos que el contagio se comunica de un cuerpo a otro, y este es su argumento, su pretexto para tantas órdenes sin utilidad. Ahora suponiéndolo accidente, vendría a ser accidente trasportado, dos palabras opuestas, no habiendo en toda la filosofía cosa más clara que la de que un accidente no puede pasar de un sujeto a otro. Y si para evitar este Escila, dicen que es accidente producido, huyen de él, y dan en Caribais, porque si es

producido, no se comunica ni propaga como van cacareando. Supuestos estos principios, ¿de qué sirve venir a hablarnos de víbicos, exantemas, antraces, etc.?

—¡Todas majaderías! —le contestó uno en cierta ocasión.

—No, no —replicó D. Ferrante—, no digo yo eso. La ciencia es ciencia; pero conviene saberla emplear... Víbicos, exantemas, antraces, parótidas, bubones amoratados, diviesos nigricantes, son todas palabras respetables que tienen su sentido; pero digo que no vienen al caso en esta cuestión. ¿Quién niega que haya de estas cosas? El punto está en ver de dónde vienen.

Aquí empezaban también los apuros de D. Ferrante, porque mientras se limitó a refutar la opinión del contagio, hallaba por todas partes quien le escuchase, porque seguramente es muy grande la autoridad de un sabio de profesión cuando trata de probar a los demás cosas de que ya están persuadidos; pero cuando quería distinguir y demostrar que el error de aquellos médicos no consistía en afirmar que existía un mal terrible, sino en señalar sus causas y modos, entonces (esto es, al principio, cuando no se quería oír hablar del morbo), entonces todos estaban contra él, y ya no podía emitir su doctrina sino a retazos.

—Existe, sin embargo, esta verdadera causa —solía decir—, y se ven obligados a reconocerla, aun aquellos que sostienen la otra así en el aire... Que nieguen, si pueden, esa fatal conjunción de Saturno con Júpiter. ¿Y cuándo se ha oído decir jamás que las influencias se propagan?... ¿Y habrá quién niegue las influencias? ¿Me negarán que hay astros? ¿Y querrán suponer que están allá arriba ociosos, como otras tantas cabezas de alfileres clavadas en una almohadilla? Lo que no puedo comprender de estos médicos, es que confiesan que nos hallamos bajo una conjunción tan maligna, y luego vienen diciendo: «no toquéis allí y os libertaréis, como si el evitar el contacto material de los cuerpos terrestres pudiese impedir el efecto virtual de los cuerpos celestes, y además tanto quemar andrajos. ¡Pobre gente! ¿Quemaréis a Júpiter? ¿Quemaréis a Saturno?

Fundado en estos desatinos, no tomó precaución alguna contra la peste. Ésta le acometió: D. Ferrante se metió en la cama, y murió como un héroe de tragedia, tomándola con el cielo y las estrellas.

¿Y su famosa biblioteca? Anda quizá dispersa todavía por los puestos de los que venden comedias y romances.

XXXVIII.
Conclusión.

Una tardecita oye Inés parar un carruaje a la puerta de su casa. «¡Ella es!» exclama, y efectivamente era Lucía con la buena viuda. La acogida por una y otra parte, y las recíprocas demostraciones de afecto, dejo que el lector se las figure.

La mañana siguiente llega Lorenzo sin saber lo que había sucedido, y sin otro objeto que el de quejarse de la tardanza de Lucía. Se deja también a la imaginación del lector lo que hizo, y lo que dijo al verla. Las demostraciones de Lucía fueron tales, que no se necesitan muchas palabras para referirlas.

—¡Dios te guarde! ¿Cómo estás? —fue lo único que le dijo con los ojos bajos y sin agitación.

Ni se crea que a Lorenzo este modo le pareciese frío y le incomodase. Supo entender la cosa; y así como entre gentes de educación se sabe dar su verdadero valor a los cumplimientos, del mismo modo comprendía Lorenzo cómo debían entenderse aquellas palabras. Por otra parte, es fácil conocer que Lucía tenía dos modos de proferirlas: uno para Lorenzo y otro para los demás conocidos.

—Yo estoy siempre bien cuando te veo —contestó el joven con una expresión que venía de molde.

—Nuestro pobre padre Cristóbal... reza por su alma, a pesar de que se puede asegurar que él es quien ruega por nosotros allá arriba.

—Bien me lo temía yo —dijo Lorenzo.

Y no fue ésta la sola tecla desagradable que se tocó en aquel coloquio; pero cualquiera que fuese la materia de que se tratase, el diálogo siempre le pareció delicioso. Como aquellos caballos resabiados que se obstinan y plantan sin querer ir adelante, levantando un pie, luego otro, y volviendo a plantar los dos en el mismo paraje, y hacen mil ceremonias antes de dar un paso, hasta que de repente toman carrera, y corren parejas con el viento, así era el tiempo para Lorenzo; de manera que antes los minutos le parecían horas, y aquí las horas le parecían minutos.

La viuda, por su parte, no sólo no echaba a perder la conversación, sino que la sazonaba. Ni Lorenzo, cuando la vio en la mala cama del Lazareto, pudo figurarse que sería mujer de tan buen humor y tan sociable; pero el Lazareto y el campo, la muerte y las bodas eran cosas muy distintas.

Por último, dijo Lorenzo que iba a buscar a D. Abundo para arreglar las cosas del casamiento. Con efecto, así lo hizo, y encontrándole en su casa, con tono algo socarrón, le dijo:

—¿Se le ha pasado a usted, señor Cura, aquel dolor de cabeza que le estorbaba casarme? Ahora estamos en tiempo. La novia está pronta, y yo vengo a saber cuándo se hallará usted en disposición de verificarlo: sólo le pido esta vez que no tarde mucho.

No es que D. Abundo se negase absolutamente; pero empezó a titubear, a poner excusas y adelantar ciertas insinuaciones, diciendo que por qué dar un cuarto al pregonero con aquella requisitoria encima; que la cosa pudiera hacerse en otra parte; que esto, que esotro, etcétera.

—Ya veo —dijo Lorenzo— que no se le ha pasado a usted enteramente el dolor de cabeza; pero oiga usted.

Y aquí le hizo una patética descripción del estado en que vio a D. Rodrigo, quien a esas horas debía ya haberlas liado, y concluyó diciendo:

—Esperamos que el Señor le habrá mirado con misericordia.

—Eso nada tiene que ver con lo que tratamos —contestó D. Abundo— ¿Por ventura te he dicho yo que no? Yo no me niego; sólo hablo... por buenos motivos... Ya ves, mientras el hombre respira... Mírame a mí: estoy hecho un cascajo; tuve ya un pie en el hoyo... y sin embargo, como no tengo disgustos, puedo tirar todavía... Luego hay ciertos temperamentos... pero, como digo, esto nada tiene que ver.

Después de otro diálogo ni más ni menos decisivo, hizo Lorenzo una reverencia, y volvió a su casa, en donde refirió lo que acababa de pasar, concluyendo con decir:

—Me he venido, porque ya estaba harto, y a pique de perder la paciencia y desmandarme. Momentos hubo en que me parecía el mismo que antes; el mismo gesto, las mismas palabras, y si dura algo más la conversación, no dudo que me echase los mismos latines. Preveo que trata de dar largas; así me parece que lo mejor será irnos a casar en donde hemos de vivir.

—¿Sabéis qué hemos de hacer? —dijo la viuda— Quiero que vayamos nosotras las mujeres a hacer un ensayo, y ver si damos con el cabo de esta madeja. Hemos de ir en cuanto acabemos de comer. Ahora quiero que usted, señor novio, me lleve a dar un paseo con Lucía, pues deseo ver esas montañas y ese lago de que tanto he oído hablar.

Desde luego las condujo Lorenzo a casa de su huésped, donde hubo nueva acogida, nuevos ofrecimientos y nuevas declaraciones de fina amistad, haciéndole prometer que no sólo aquel día, sino que todos iría a comer con ellos.

Después de haber paseado y haber comido, se marchó Lorenzo sin decir a dónde, y las mujeres quedaron algún tiempo conversando y discurriendo el modo de pillar a D. Abundo, como lo ejecutaron.

«¡Aquí están ellas!» dijo para sí al verlas; pero puso buena cara, se congratuló con Lucía, saludó a Inés y gastó cumplimientos con la forastera.

Hízolas sentar, y empezó a hablar de la peste. Quiso oír de boca de Lucía cómo le había ido en tantas desgracias; y el Lazareto dio margen a que también hablase su compañera de habitación. Habló luego D. Abundo, como era justo, de su borrasca, dando la enhorabuena a Inés por no haberla pasado. De esta manera la conversación se iba prolongando sin llegar al cabo. Inés y la viuda desde el principio estaban aguardando la ocasión de poder tratar del negocio que más les interesaba, y no sé quién de las dos fue la primera en romper la valla. Pero ¿para qué? Si D. Abundo no oía de aquel lado. A buen seguro que no dijese terminantemente que no; pero continuaba en sus trece con tergiversaciones y rodeos, diciendo siempre que convenía hacer anular la requisitoria, pues era muy expuesto publicar en la iglesia el nombre de Lorenzo Tramallino; y que puesto que todos estaban resueltos a expatriarse, no habiendo más patria que aquella en donde se está bien, era de opinión que lo más acertado sería hacerlo todo en donde la requisitoria tenía la misma fuerza que un papel de estraza, y concluyó en estos términos:

—Yo por mi parte lo haré muy gustoso; pero temo que la publicación de su nombre pueda acarrearle algún disgusto.

No dejaban Inés y la viuda de rebatir sus razones y de reproducirlas D. Abundo, cuando entró Lorenzo con paso firme, y un rostro que anunciaba alguna noticia favorable.

—Ha llegado —dijo— el señor Marqués de***.

—¿Qué es eso? —interrumpió D. Abundo levantándose— ¿Ha llegado dónde?

—A su palacio, que era el de D. Rodrigo, porque este señor Marqués es su heredero por fideicomiso, como dicen los abogados, por lo cual ya no queda duda. Por mi parte, me alegraría, si supiera que aquel infeliz había muerto bien. A buena cuenta, hasta ahora, he rezado por él muchos Padrenuestros, y ahora le rezaré muchos *De profundis*. Por señas, que este señor Marqués es un excelente sujeto.

—Cierto —dijo D. Abundo— y más de una vez he oído decir que es uno de aquellos señores chapados a la antigua; pero sobre todo, ¿es cierto?

—¿Usted cree al Sacristán?

—¿Por qué?

—Porque él le ha visto con sus propios ojos. Yo fui a las inmediaciones del palacio, suponiendo que allí algo sabrían; y efectivamente, dos o tres personas me aseguraron el hecho; pero últimamente me traje al amigo Ambrosio que venía de allá arriba, y le había visto mandar como amo. ¿Quiere usted oírlo? ¡Ambrosio!... Le hecho aguardar expresamente aquí fuera.

—Oigámosle —dijo D. Abundo.

Y Lorenzo mandó entrar al Sacristán, que confirmó la noticia, añadió muchos pormenores, y resolvió todas las dudas, retirándose luego.

—¡Ah! ¿conque ha muerto? —exclamó D. Abundo—. ¿Conque Dios se lo llevó? He aquí, hijos míos, cómo la Providencia acaba con ciertas gentes. ¡Sabéis que es un gran suceso! ¡que es una felicidad para este pobre país, en donde por él no se podía vivir! Es verdad que la peste ha sido un grande azote; pero ha sido también una escoba que ha barrido cierta canalla, hijos míos, de que nunca nos hubiéramos visto libres. En un abrir y cerrar de ojos han desaparecido a millares. Ya no los veremos pasear con aquel acompañamiento de matones, con aquel orgullo que parecía que todos vivíamos porque ellos querían. En fin, él ha muerto, y nosotros vivimos. Ya no enviará embajadores a los hombres de bien. Mucho nos ha dado que hacer a todos. Ahora ya se puede decir.

—Yo le he perdonado de corazón —dijo Lorenzo.

—Y has hecho bien. Has cumplido con tu obligación; pero también se puede dar gracias a Dios por habernos librado de él. Volviendo ahora a nuestro asunto, os vuelvo a decir que hagáis lo que tengáis por más acertado. Si queréis casaros, aquí estoy; y si os conviene más en otra parte, hacedlo. Por lo que toca a la requisitoria, yo también me hago cargo de que, no habiendo ya quien os tenga entre ojos y quiera haceros daño, no hay que tomarse gran pena, especialmente después del decreto de indulto, expedido con motivo del nacimiento del serenísimo señor Infante. Y luego la peste, amigo, la peste ha echado una gran plumada sobre muchas cosas. Conque, si queréis, hoy es jueves; el domingo corre la primera amonestación, porque lo que se hizo en otra ocasión, ya no vale después de tanto tiempo; y luego tendré yo el gusto de casaros.

—Ya sabe usted que a eso habíamos venido —dijo Lorenzo.

—¡Muy bien! —contestó D. Abundo— yo os serviré, voy a dar cuenta de ello a su Eminencia.

—¿Quién es su Eminencia? —preguntó Inés.

—Su Eminencia —respondió D. Abundo— es nuestro Cardenal-arzobispo que Dios conserve.

—En cuanto a eso, perdone usted —replicó Inés— que aunque yo soy una pobre ignorante, puedo asegurarle que no se llama así, porque cuando fuimos a hablarle la segunda vez, del mismo modo que hablamos con usted, uno de aquellos señores capellanes que allí se hallaban, me llamó aparte, y me enseñó cómo debía decirlo, y era usía ilustrísima y monseñor.

—Y ahora si hubiese de enseñar a usted de nuevo —dijo D. Abundo— le diría a usted que le diese el tratamiento de su Eminencia. ¿Entiende usted? Porque el Papa, que Dios guarde, ha mandado desde el mes de junio que a los cardenales se les dé este título, y ¿queréis saber por qué habrá tomado semejante resolución? porque el ilustrísimo, que sólo correspondía a ellos y a ciertos príncipes, está ya, como vosotros mismos lo veis, tan extendido, que se lo dan a muchos que no le tienen de derecho, y que, sin embargo, se lo tragan con mucho gusto. ¿Y qué había de hacer? ¿quitárselo a todos? De esto no resultarían sino reclamaciones, disgustos, enemistades y compromisos, para quedar luego la cosa como antes. El Papa, pues, ha encontrado este excelente arbitrio. Es verdad que luego se empezará a dar el tratamiento de Eminencia a los obispos, luego lo querrán los abades, después las dignidades; porque los hombres son así; luego los canónigos...

—¿Y los curas párrocos? —dijo la viuda.

—No, no —contestó D. Abundo— los pobres curas párrocos a tirar del carro; no tenga usted miedo de que los acostumbren mal. Los curas párrocos nada más que reverendos[19] hasta el fin del mundo. No me admiraría que a los caballeros que están acostumbrados a oírse llamar ilustrísimos, se les antoje algún día el tratamiento de Eminencia, y como lo quieran, no faltará quien se lo dé, y entonces el Papa tendrá que inventar otro para los cardenales. Pero volvamos ahora a nuestro negocio. El domingo correré la primera amonestación, y entretanto, ¿sabéis lo que he pensado hacer para serviros mejor? Pediremos dispensa para las otras dos. Mucho han de tener que hacer en la Curia para extender dispensas, si las cosas van en todas partes como aquí. Para el domingo tengo ya... una, dos... tres, sin contar la vuestra. Es una furia; ya no ha de quedar una mujer que no esté casada. ¡Qué disparate ha hecho Perpetua en morirse en tal ocasión! Esta vez hubiera encontrado también ella su comprador. ¿Y en Milán, señora —dirigiendo la palabra a la viuda—, sucede lo mismo?

—Lo mismo. Hágase usted cargo de que el domingo pasado, sólo en mi parroquia, hubo cincuenta y cuatro casamientos.

—Es lo que yo digo: el mundo no quiere acabarse. ¿Y a usted, señora, no ha empezado a rondarle todavía ningún moscardón?

—Yo no pienso, ni quiero pensar en eso.

---

19 Título que se les daba, y que aun por cortesía se les da en muchas partes de Italia a los párrocos.

—¿Y querrá usted ser la única? Vea usted, también Inés...

—Vaya usted... ¿tiene usted gana de burlarse?

—Sí; tengo gana de reírme, y me parece que es justo después de tantos males. ¡Qué buenos tragos hemos pasado! Es de esperar que estos cuatro días que nos quedan de vida no serán tan tristes. ¡Dichosos vosotros —a Lucía y Lorenzo— que, como no haya desgracia, tenéis todavía muchos años para hablar de vuestras aventuras! ¡pero yo, pobre viejo!... Los bribones pueden morir; de la peste se puede curar; pero contra los años no hay receta, y es muy cierto aquello de que *senectus ipsa est morbus*: que quiere decir que la misma vejez es una enfermedad; y si hubiera dicho mortal, no hubiera errado.

—Ahora, pues —dijo Lorenzo— hable usted latín cuanto quiera, que nada me importa.

—Puesto que tú estás tan mal con el latín, no tengas cuidado, que yo te arreglaré —dijo D. Abundo—. Cuando tú te presentes con esa, para que yo te diga ciertas palabritas en latín, yo te diré: tú no gustas de latines; vete, pues. ¿Y entonces?

—Yo bien me entiendo —replicó Lorenzo—; no es ese el latín que me asusta; otros son los latines que me desagradan; aquellos, por ejemplo, con que antaño...

—¡Calla, majadero! calla y no revuelvas cosas pasadas, que si hubiéramos de ajustar las cuentas, yo no sé quién ganaría. ¡Algunas me habéis hecho de tomo y lomo! De ti no lo extraño, porque siempre has sido un tunantuelo; pero sí de esa mosquita muerta, que parece que en su vida ha quebrado un plato: aunque yo bien sé quién la había aleccionado —señalando con el dedo a Inés—. Pero, en fin, todo lo perdono.

La noticia de la muerte de D. Rodrigo había infundido tal ánimo en nuestro D. Abundo, que nunca acabaríamos si quisiéramos trasladar todas las chanzas y chistes con que entretuvo a los concurrentes, deteniéndolos más de una vez cuando estaban para marcharse, tanto, que hasta en la puerta misma no dejó de entretenerlos algunos instantes con su conversación.

Recibió al día siguiente una visita tanto más agradable cuanto menos esperada; la del Marqués de que se había hablado el anterior.

Era éste de una edad entre la virilidad y la vejez: su presencia justificaba lo que de sus calidades pregonaba la fama: ingenuo, franco, llano, benéfico, lleno de dignidad, y con cierta apariencia de tristeza resignada.

—Vengo —dijo— a saludar a usted de parte del Cardenal-arzobispo.

—¡Ah! ¡qué favor! ¡qué bondad de ambos!

—Cuando fui a despedirme de aquel incomparable varón, que me honra con su amistad, me habló de dos novios jóvenes de esta parroquia, que tuvieron que sufrir mucho por causa del malaventurado D. Rodrigo. Monseñor desea tener noticia de ellos. ¿Viven? ¿Se han arreglado sus asuntos?

—Sí, señor, ya todo está arreglado, y yo justamente me había propuesto escribir a su Eminencia; pero ahora que tengo la honra...

—¿Están aquí?

—Aquí, sí señor, y dentro de poco estarán casados.

—Deseo que usted tenga la bondad de decirme si se les puede hacer algún bien, indicándome al mismo tiempo el mejor modo de realizarlo. En esta calamidad he perdido dos hijos y mi esposa, y he tenido tres herencias considerables, sobre mis cuantiosos bienes. Con esto ya ve usted que es hacerme un verdadero favor proporcionarme la ocasión de emplear mis facultades en beneficio de los que lo necesitan.

—¡Dios le bendiga! No todos son así. Yo por mi parte doy a usía ilustrísima la gracias; y puesto que así lo desea, tengo, si señor, un excelente medio. Debe, pues usía ilustrísima saber que esta buena gente ha determinado avecindarse en otra parte, y vender los cuatro terrones que poseen

aquí, que son una pequeña viña del mozo, tan destruida que sólo se puede contar con el terreno; además una casita, y otra la novia, que son dos nidos de ratones. Un caballero como usía ilustrísima no puede saber lo que pasa con los pobres cuando tienen necesidad de deshacerse de alguna cosa. Por lo regular va a parar a la boca del lobo. Para esto los logreros se valen de mil astucias, hasta que ponen al pobre vendedor en la necesidad de malbaratarlo todo. La mejor caridad, pues, que usía ilustrísima puede hacer a esta pobre gente es comprarles estas cortas fincas; de lo que me resultará también a mí la honra de tener un feligrés como usía ilustrísima. El señor Marqués hará en esto lo que mejor le parezca. Por obedecer hago esta indicación.

Celebró el Marqués la indicación. Dio gracias a D. Abundo, y le pidió que se sirviese ser el árbitro del precio, poniéndole más bien subido que bajo; y lo que más admiró al Cura fue la propuesta que le hizo de que ambos fuesen a casa de la novia, donde probablemente se hallaría también el novio.

Ufano D. Abundo con esto, habló también del asunto de la requisitoria, manifestándole las buenas prendas de Lorenzo, y que en lo de Milán obró como atolondrado e ignorante; pero siempre con la mejor intención del mundo.

—¿Hay empeños fuertes contra este joven? —preguntó el Marqués.

—Nada absolutamente —contestó D. Abundo—. Al principio le tiraron mucho; pero ahora creo que sólo debe ser una mera formalidad.

—Siendo así —replicó el Marqués—, la cosa es fácil, y yo la tomo a mi cargo.

Llegados a la casa de Lucía, hallaron justamente a las tres mujeres y a Lorenzo. Cómo estos quedarían no es fácil explicarlo. Animó el Marqués la conversación hablando del Cardenal y de otras cosas, y no se tardó en tratar de la compra indicada. D. Abundo fijó el precio, que aprobó el comprador, aumentándolo una mitad, concluyó convidando a todos a comer para el día después de la boda en su palacio, en donde se celebraría el contrato en regla, y se haría la escritura.

Vuelto D. Abundo a su casa, decía entre sí: «Como la peste hiciese siempre y en todas partes las cosas de esta manera, sería lástima hablar mal de ella, y casi casi se necesitaría que se reprodujese una vez cada generación.»

Vino por fin la dispensa y el indulto para Lorenzo, y aquel bendito día tan esperado. Presentáronse los dos novios con una especie de seguridad triunfal en su misma parroquia, en donde fueron casados por el mismo don Abundo. No fue para ellos menor satisfacción el ir el día siguiente al palacio de D. Rodrigo. El lector podrá figurarse lo que pasaría en aquellas cabezas al subir la cuesta y al entrar por la puerta, y los discursos que allá entre sí cada uno haría, según su genio: nosotros solamente diremos que, en medio de tanta alegría, ya el uno, ya el otro dijeron más de una vez que para completar la fiesta sólo faltaba el padre Cristóbal; pero luego añadían:

—¡Ah! el Padre sin duda está mejor que nosotros.

Hízoles el Marqués la más cordial acogida. Los condujo a un tinelo bien adornado, en donde les tenía prevenida una suntuosa mesa. Él mismo sentó a ella a los esposos con Inés y la viuda, y antes de retirarse a comer a otra parte con D. Abundo, quiso asistir algún tiempo a aquel convite y servirle. Creo que a nadie le ocurrirá decir que hubiera sido cosa más sencilla disponer una sola mesa. He dicho que el Marqués era un excelente sujeto, pero no un hombre raro como hoy se diría. He dicho que era llano, pero no un portento de llaneza; porque a la verdad, tenía la bastante para ponerse más abajo de aquella gente, pero no para ponerse al nivel de ella.

Después de haber comido los de una y otra mesa, extendió la escritura un letrado escribano, que no fue el abogado Tramoya, porque éste, o, por mejor decir, sus huesos, estaban y están todavía en Cantarelli. Para los que no son del país hay aquí necesidad de una explicación.

Más arriba de Lecco, como cosa de media milla, hay un sitio llamado Cantarelli, donde se cruzan dos caminos. Al lado de la misma encrucijada se levanta una especie de cerro artificial con una cruz en la cima, y este cerro no es otra cosa que un hacinamiento de cadáveres de los que

murieron en aquel contagio. La tradición sólo dice muertos del contagio; pero no puede ser sino éste, que fue el último, y el que ha hecho más estragos de cuantos han dejado memoria. Y se sabe que es necesario ayudar la tradición, como lo hacen todos los historiadores, porque ella de por sí es siempre muy escasa.

A la vuelta no hubo más novedad, sino que Lorenzo estuvo algo incomodado con el peso del dinero que traía; pero el hombre estaba acostumbrado a trabajos harto mayores. No hablo de los mentales, porque seguramente no era pequeño el pensar cómo emplearía aquel dinero con utilidad. Los proyectos que pasaban por su mente, sus cuentas, sus debates, sus objeciones con respecto a la agricultura y a la industria, eran tales como si hubiesen disputado dos academias del siglo pasado.

Ya desde luego no se pensó en otra cosa sino en hacer los líos, y ponerse en camino; la familia Tramallino para su nueva patria, y la viuda para Milán. Muchas fueron las lágrimas, las expresiones de agradecimiento, y las promesas de volverse a ver.

No menos tierna, a excepción de las lágrimas, fue la separación de Lorenzo y de su huésped: ni se crea que hubiese frialdad en la de D. Abundo, porque los tres pobrecillos habían conservado siempre cierto cariño respetuoso a su párroco, y éste en realidad no dejaba de apreciarlos. Los negocios, estos diablos de negocios, y los intereses, son los que casi siempre resfrían las aficiones.

Si se nos preguntase si hubo igualmente algún sentimiento en dejar el país nativo, y en separarse de aquellas montañas, diríamos que hubo disgusto, porque sentimientos y disgustos los hay en todas las cosas. Es de creer, no obstante, que no sería muy grande, porque podían muy bien ahorrárselo estando en su casa, sobre todo faltando los dos inconvenientes principales, a saber, D. Rodrigo y la requisitoria; pero ya había tiempo que todos estaban acostumbrados a mirar como suyo propio el país adonde iban a domiciliarse, pues Lorenzo se le había pintado a las mujeres como el mejor del mundo, ponderándoles los acomodos tan ventajosos como encontraban allí los artesanos, y otras mil cosas relativas a la baratura y comodidades de la vida. Por otra parte, todos habían pasado grandes amarguras en la tierra a que volvían las espaldas, y las memorias tristes siempre acaban con hacer desagradable el país que las recuerda, y si este país es el nativo, hay entonces en tales memorias un no sé qué más doloroso y punzante. El niño descansa gustoso en el seno de la que le alimenta en su pecho, y lo busca con ahínco y confianza; pero si aquella para retraerle unta el pecho con ajenjos, el niño retira el labio, vuelve a probar y a retirarse: llora, sí, no hay duda, pero al fin se retira.

Mas qué dirán ahora mis lectores cuando oigan que apenas llegados y establecidos en el nuevo país, halló Lorenzo disgustos preparados de antemano. ¡Miserias humanas! ¡Qué poco se necesita para turbar el estado feliz de una familia! He aquí cómo sucedió la cosa.

Lo mucho que se había hablado allí de Lucía antes que llegase; el saber cuánto había penado Lorenzo por ella, manteniéndose siempre firme y constante, y quizá alabanzas de parciales suyos, habían excitado extraordinariamente la curiosidad, y las gentes, prevenidas con estos antecedentes, estaban en grande expectativa de ver a tan interesante hermosura. Ya se sabe lo que es una prevención favorable. Como siempre la imaginación se adelanta a la realidad, rara vez queda satisfecha cuando llega el caso de la comparación; y entonces desquita el exceso de la ponderación favorable con el exceso contrario. Así es que, cuando se presentó Lucía, muchos, que quizá se la figuraron con el cabello de oro, las mejillas de carmín y nácar, los ojos como dos luceros, y ¿qué sé yo más? comenzaron a encogerse de hombros, a arrugar las narices, y a decir:

—¿Es ésa? Después de tanto tiempo y tanto hablar, otra cosa nos prometíamos. ¿Y últimamente qué es? Una aldeana como otra cualquiera. ¡Vaya! como ésta, y mucho mejores, las hay en todas partes.

Pasando luego a los pormenores, notaban, quién un defecto, quién otro, y no faltó quien la encontrase fea.

Pero como nadie iba a decir estas cosas a Lorenzo en sus bigotes, no era grande el daño. Quien hizo el mal verdadero, agriando la cosa, fueron ciertos chismosos, que nunca faltan, los cuales todo se lo contaban, no sin ribetes, y Lorenzo no dejaba de sentirlo, como era natural. Empezó, pues, a cavilar sobre ello, haciendo platillo de la ocurrencia, tanto con los que le hablaban, como para consigo mismo. «¿A vosotros qué os importa? —decía allá a sus solas, como si hablase con los murmuradores—; ¿quién os dijo que aguardarais otra cosa? ¿Os he hablado yo jamás de ella? ¿Os dije yo nunca que era hermosa ni fea? Y cuando alguno me lo preguntaba, ¿contestaba yo otra cosa, sino que era una buena muchacha, y una honrada aldeana? ¿Os dije yo jamás que os iba a traer una princesa? Si os desagrada, ¿hay más que no mirarla? Aquí tenéis buenas mozas, miradlas a ellas.»

Y ved aquí, lectores míos, cómo una fruslería basta muchas veces para decidir de la suerte de un hombre por toda la vida. Si Lorenzo hubiese fijado su residencia en aquel pueblo, según su proyecto, no lo hubiera pasado bien. A fuerza de estar fastidiado, se hizo fastidioso. Era adusto con todos, no porque faltase directamente a la buena crianza; pero todo el mundo sabe cuántas cosas se pueden hacer que desagraden, sin que den margen a andar a estocadas. Tenía cierta dureza en su trato: él también hallaba en todo algo que criticar: bastaba con que hiciese mal tiempo dos días consecutivos para que exclamase: «¡Esta es fruta del país!» Hasta ciertas personas que antes le querían, estaban incomunicadas con él; de suerte que siguiendo de esta manera, habría llegado el caso de hallarse en estado de hostilidad con toda la población, sin poder quizá él mismo señalar la causa, ni conocer el origen de semejante mudanza.

Pero se puede decir que la peste tomó a su cargo el sacarle de tan desagradable situación. Habíase llevado el contagio al dueño de otra fábrica de seda situada en un pueblo a poca distancia de Bérgamo, y el heredero, joven calavera, que en aquel establecimiento nada encontraba que le divirtiese, estaba determinado a venderlo de cualquier modo, con tal que le diesen el dinero a toca teja, para poderle emplear en sus caprichos. Como llegase esta noticia a oídos de Bartolo, corrió éste inmediatamente a reconocer el establecimiento, y trató de su compra, siendo imposible encontrar mejor ganga; pero la condición del dinero era un impedimento que todo lo echaba a perder, porque su peculio, compuesto lentamente con ahorros, estaba muy lejos de llegar a la cantidad estipulada.

Sin cerrar enteramente el trato, se volvió Bartolo al instante, comunicó el negocio a su primo, y le propuso la compra en compañía. Aceptó Lorenzo el partido, volvieron juntos a la fábrica, y se realizó el contrato. Cuando, pues, los nuevos dueños fueron a tomar posesión de su establecimiento, Lucía, a quien allí no se aguardaba con prevención ni sin ella, no sólo no estuvo sujeta a críticas, sino que agradó mucho, tanto que Lorenzo supo que más de una persona la había celebrado con entusiasmo.

El disgusto que él experimentó en Bérgamo le sirvió de una útil lección. Antes había sido precipitado en sentenciar, y se complacía en criticar las mujeres ajenas y las demás cosas. Conoció en esta ocasión que las palabras hacen un efecto en la boca, y otro en el oído, y se acostumbró a escuchar bien las suyas en su interior antes de proferirlas.

No se crea, sin embargo, que dejase de haber aun allí sus disgustillos. El hombre, dice nuestro anónimo (y ya sabe el lector por experiencia que éste tiene un gusto bastante raro en materia de comparaciones, pero me lisonjeo que tolerarán también esta por ser la última); el hombre, mientras permanece en el mundo, es un enfermo, que metido en una cama con más o menos incomodidad, ve alrededor de sí otras camas muy aseadas por fuera, muy lisas, y al parecer muy bien mullidas, y se figura que ha de ser un gusto ocuparlas; pero si llega a cambiar, apenas echado en cualquiera de ellas, empieza a sentir en un lado una paja que le punza, en otro una dureza que le mortifica, y presto se halla, poco más o menos, como en la cama primera; y esta es la razón, añade el mismo anónimo, porque debemos antes pensar en hacer bien que en estar bien, que es el modo de llegar a estar mejor. La comparación está un poco traída por los cabellos; sin embargo, en el fondo no deja

de ser exacta. Como quiera que sea, trabajos y penalidades de la naturaleza de los que hemos referido, ya no tuvo que pasarlos nuestra gente: desde entonces su vida fue tan tranquila, tan pacífica y tan envidiable, que si nosotros contásemos sus pormenores, no dejarían de fastidiar a cuantos la leyesen.

Los negocios iban en popa; al principio hubo sus trabajillos por la paralización del comercio, la escasez de operarios, y las excesivas pretensiones de los pocos que habían quedado. Se dieron órdenes tasando los jornales, y a pesar de este desatinado recurso, las cosas se arreglaron, porque por fuerza debían arreglarse. Vino luego de Venecia otra orden más racional, reducida a eximir de toda contribución real, por espacio de diez años, a los artesanos forasteros que fuesen a establecerse en aquel país, lo que fue una cucaña para los nuestros.

Antes de que cumpliese el año del casamiento, dio Lucía a luz una hermosa criatura, y como si fuese cosa hecha expresamente para proporcionar a Lorenzo la ocasión de cumplir su promesa, fue una niña, y nadie dudará de que se le pusiese por nombre María.

Tras de esta vinieron con el tiempo otras criaturas de uno y otro sexo, que eran la delicia de Inés, que lidiaba con ellas, y pasaba todo el día, ya riñéndolas, ya besándolas. Salieron todas por fortuna bien inclinadas, y Lorenzo quiso que aprendiesen a leer y escribir; porque aunque miraba esta habilidad como cosa de bribones, no creyó conveniente que dejasen de aprovecharse de ella.

Era un placer oírle contar sus aventuras, y siempre acababa su relación con decir lo que con ellas había aprendido para gobernarse mejor en adelante.

—He aprendido —decía— a no meterme en embrollos; he aprendido a no ser orador de plaza: he aprendido a no beber más de lo necesario; he aprendido a no estar agarrado a la aldaba de una puerta cuando hay gente de cascos calientes alrededor: he aprendido a no atarme a los pies una campanilla sin prever antes lo que pudiera acontecer, y otras mil cosas.

Aunque Lucía no hallaba que la doctrina fuese falsa en lo esencial, no quedaba del todo satisfecha. Le parecía en confuso que algo faltaba. A fuerza de oír repetir siempre la misma canción, y meditar sobre ella cada vez:

—Y yo —le dijo un día a su moralista— ¿qué es lo que he aprendido? Yo no fui a buscar los trabajos, sino que ellos vinieron a buscarme a mí; a menos —añadió sonriéndose— que no tengas tú por disparate el haberte querido y haberte prometido mi mano.

Lorenzo quedó por de pronto sin saber qué responder; pero después de reflexionar algún poco, sacó por conclusión, que los trabajos muchas veces vienen porque uno se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada e inocente para evitarlos; de todos modos, vengan por culpa propia o sin ella, la confianza en Dios y la resignación los mitigan y hacen que sean útiles para mejorar la vida.

Esta conclusión, aunque no la hayan sacado doctores, sino un pobre artesano, nos ha parecido tan exacta, que no hemos titubeado en sentarla aquí como la sustancia de toda esta historia. Si algunos ratos ha podido entreteneros, dad las gracias al anónimo, sin olvidar de todo punto a su remendón; mas si otros ha llegado a fastidiaros, tened por seguro que no lo hemos hecho adrede.

FIN.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*

372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario “Ahora”*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D’Aulnoy, *Viaje por España en 1679*

322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*

272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*

222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*

172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa

122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*

72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*

22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)